

A woman with long blonde hair, wearing a white, short-sleeved, knee-length dress, is walking away from the camera through a field of tall, golden-brown grass. The background is a soft, hazy sunset or sunrise sky with warm tones of orange, pink, and light blue. The overall mood is serene and contemplative.

*Encuentro
de
Almas
Por Clara*

Sonia R. Salvante

Encuentro de almas, PARTE I

POR CLARA

SONIA R. SALVANTE

© Sonia R. Salvante.

1ª edición, diciembre de 2019.

Imagen de portada: Adobe Stock.

Diseño de cubierta: Alexia Jorques.

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del *copyright*. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

Para papá,
que, aunque no estés para verlo,
sé que lo sabes.
Te quiero.

Índice

PRÓLOGO

CAPÍTULO 1

Clara

Laura

CAPÍTULO 2

Chema

Clara

CAPÍTULO 3

Laura

Chema

CAPÍTULO 4

Clara

Chema

CAPÍTULO 5

Laura

Clara

CAPÍTULO 6

Chema

Laura

CAPÍTULO 7

Clara

Chema

Laura

CAPÍTULO 8

Clara

Laura

CAPÍTULO 9

Chema

Clara

CAPÍTULO 10

Laura

Chema

CAPÍTULO 11

Laura

Chema

Laura

CAPÍTULO 12

Clara

Chema

CAPÍTULO 13

Laura

Chema

Clara

CAPÍTULO 14

Laura

Chema

CAPÍTULO 15

Laura

Chema

Clara

CAPÍTULO 16

Laura

Chema

CAPÍTULO 17

Laura

Chema

CAPÍTULO 18

Laura

Chema

CAPÍTULO 19

Clara

Laura

CAPÍTULO 20

Chema

Clara

CAPÍTULO 21

Laura

Chema

CAPÍTULO 22

Laura

Chema

Clara

CAPÍTULO 23

[Laura](#)

[Chema](#)

[CAPÍTULO 24](#)

[Clara](#)

[Laura](#)

[Chema](#)

[CAPÍTULO 25](#)

[Laura](#)

[Clara](#)

[Laura](#)

[CAPÍTULO 26](#)

[Chema](#)

[Laura](#)

[Chema](#)

[CAPÍTULO 27](#)

[Chema](#)

[Laura](#)

[Chema](#)

[CAPÍTULO 28](#)

[Clara](#)

[Laura](#)

[CAPÍTULO 29](#)

[Chema](#)

[Laura](#)

[Chema](#)

[CAPÍTULO 30](#)

[Laura](#)

[Chema](#)

[CAPÍTULO 31](#)

[Laura](#)

[Chema](#)

[Laura](#)

[CAPÍTULO 32](#)

[Chema](#)

[Laura](#)

[CAPÍTULO 33](#)

[Laura](#)

[Clara](#)

Chema

CAPÍTULO 34

Laura

Clara

Laura

AGRADECIMIENTOS

SOBRE LA AUTORA

PRÓLOGO

Madrid, en algún momento del futuro

¿Vaqueros o traje? ¿Informal o elegante?

Miro la ropa estirada sobre la cama y no logro decantarme por nada en especial. Supongo que tampoco tiene demasiada importancia lo que lleve puesto, pero todo esto es nuevo para mí y quiero que resulte perfecto. Tanto que algo superficial como qué vestir comienza a agobiarme.

—¿Qué me pongo? —pregunto, abriendo la puerta del baño y metiendo la cabeza dentro.

—¿Ehh? —David cierra el agua y abre la mampara para oírme mejor.

—Que no sé qué ponerme —repito sonriendo al ver su pelo de punta y lleno de champú.

—Con cualquier cosa estarás preciosa. Como siempre. —Sonríe y me guiña un ojo—. Es solo la firma de tus libros en un centro comercial, Diana. Ponte lo que prefieras.

—Sí, ya. Es solo eso, ¿verdad? —Le saco la lengua cuando veo que pone los ojos en blanco

—. Algo que hago todos los días, así, como ir a comprar el pan.

David suelta una carcajada y se aparta el flequillo que cae sobre sus ojos.

—No quise decir que no fuese importante, sino que cómo te vistas es lo de menos. Pero, si quieres un buen consejo, hazlo como más cómoda te sientas. Con eso seguro que aciertas.

—¿Vaqueros, entonces?

—Ajá. Perfecto.

Estoy ya cerrando la puerta cuando lo oigo a mi espalda.

—Yo voy a llevar el traje de tres piezas que compré para...

—Ajjj. ¡Te mato! —Vuelvo a entrar como una tromba en el baño y lo miro incrédula y de mala leche—. Entonces yo...

Sus risas y el agua con la que comienza a salpicarme interrumpen mis palabras.

—Era broma, tonta. Anda, corre a vestirte.

—Idiota. —Frunzo la nariz y le mando un beso por el aire ya saliendo de nuevo—. No tardes, ¿vale? Que ya nos conocemos y eres más presumido que la ratita del cuento.

—Si nos hubiésemos duchado juntos como te propuse, habríamos ahorrado tiempo.

—No —me río—, si lo hubiésemos hecho, llegaríamos tarde seguro.

—Eres demasiado lista. Siempre tienes razón —dice alegre y con aire travieso, justo antes de volver a abrir el agua.

Vestida con mis vaqueros más nuevos y un jersey de cachemir en tono rosado, me preparo un café en nuestra maravillosa cafetera de cápsulas y me siento ante la isla de la cocina para tomármelo con calma.

Todavía vamos bien de tiempo, pero a David le hará buena falta para acabar de prepararse, como siempre. Nunca he conocido a un hombre que tarde tanto en arreglarse, por el amor de Dios. Pero también es verdad que siempre luce tan perfecto y atractivo que es un defecto que supongo que vale la pena.

Nos conocimos en nuestro primer año de universidad y, desde entonces, nos volvimos inseparables. Él dice que fue un flechazo, y tal vez lo fuese, pero para mí fue incluso algo más... místico. Cuando lo vi, al fondo de clase, ocupado en elegir el pupitre en mejor estado y luego sacar de su bandolera una toallita para frotarle las manchas de tinta y otras cosas indecibles, supe que era el hombre de mi vida. Sin dudas. Sin preguntas. Y no precisamente por ese afán de limpieza y esa escrupulosidad tan exagerada, sino por su pose, su mirada, esa que me dedicó

desde allí arriba y que hizo que me temblaran las piernas.

Aquel mediodía tuvimos nuestra primera cita compartiendo un sándwich en la cafetería de la facultad. Y hasta hoy. Ocho años después, seguimos tan unidos como siempre, o incluso más. Es el marido perfecto, aunque sigo luchando día a día con su pequeña, o gran, paranoia hacia el orden y la pulcritud.

Me acaricio el vientre y se me escapa una sonrisa.

«Pobrecito. Espero que no seas de esos niños que lo dejan todo por medio y pringado, o tu papá lo va a pasar realmente mal», pienso con sinceridad. Aunque en el fondo sé que solo es una tontería. Como todo lo que se propone, David también será un padre ideal, de anuncio, estoy segura de ello.

No sé por qué estoy segura de que va a ser un niño, pero también es algo que tengo clarísimo, a pesar de estar de apenas dos meses.

«Esta vez va a ser un niño. Seguro».

Abro los ojos como platos ante ese pensamiento que se me ha colado sin esperarlo. *¿Esta vez?* Si este es mi primer embarazo... Un ligero y casi imperceptible mareo me nubla un momento la vista, y me veo a mí misma, o a alguien muy parecida a mí, paseando por una playa con dos niñas que... ¿son mías?

Sacudo la cabeza y me llevo la taza a la boca, a ver si la amarga bebida me hace volver a poner los pies sobre la tierra.

Estas cosas que me pasan tan a menudo ya no me sorprenden ni me perturban, pero siguen teniendo la capacidad de dejarme un pequeño vacío en el alma, como si una parte de mí anduviese rondando por ahí perdida, en otra vida, quizá incluso en otra persona.

Sé que suena a locura, que es absurdo y totalmente ridículo, pero nadie ni nada puede disuadirme de lo que yo siento. Y es justo eso... Haber vivido otra vida que a veces recuerdo al detalle y otras, como un sueño o una vieja película.

La primera vez que me sucedió tenía cinco años, durante un verano que pasamos en un pueblecito de Asturias. Jugando en la playa, corriendo detrás de una pelota que el viento estaba empeñado en llevar lejos de mis manos, me topé con una pareja sentada en la orilla. Ella estaba sentada entre las piernas de él, con su pelo largo azotando la cara de los dos. Reían a carcajadas con sus manos entrelazadas mientras observaban los intentos frustrados de dos niñas, mayores que yo, por mantenerse de pie encima de unas tablas de surf más pequeñas de lo normal.

Al verlos sentí una conexión con los cuatro tan inmensa, tan apabullante, que incluso me asusté. Yo los conocía, incluso podía ponerles nombre, y, sin embargo, nunca en mi corta vida los había visto. Me quedé mirándolos como una boba durante tanto tiempo que incluso llamé la atención de la mujer, que me sonrió con dulzura y me preguntó mi nombre. Con una sonrisa trémula por mi parte, se lo dije, y acabamos intercambiando algunas frases. Pero, en cuanto las niñas salieron del agua y se me acercaron, me marché corriendo junto a mis padres, escapando de unas emociones que con mi escasa edad no era capaz de comprender o asimilar.

La segunda vez fue en el taller de una exclusiva modista, donde mi madre encargó mi traje de comunión. Mientras me tomaban las medidas y ellas hablaban de todo tipo de telas, encajes y puntillas, mis ojos abarcaban cómo las costureras que trabajaban allí daban forma a los vestidos, cortando y cosiendo unas, dibujando una especie de planos en unos papeles blancos, otras. Y sin saber cómo, supe a ciencia cierta cómo se hacía todo aquello. Tuve la certeza de que yo misma podría crear una prenda de ropa con mis propias manos. Lo supe con tal exactitud que incluso convencí a mi madre para que me comprara todo lo necesario para mi primera incursión en el mundo de la costura. Y tal como afirmé, conseguí hacerme un vestido sin antes tan siquiera haber

cogido una aguja en mis dedos.

Desde aquel momento, esto me ha pasado en incalculables ocasiones. Saber cosas que no tendría por qué saber, tener pensamientos que no siempre son coherentes con mi vida actual e incluso encontrarme haciendo algo que nunca he hecho con una familiaridad pasmosa. Como cocinar, por ejemplo, que siempre se me ha dado increíblemente bien, pese a que la cocinera que mis padres tenían contratada no me dejaba poner un pie en la cocina salvo para coger algo de la nevera.

Quiso el destino que al final no fuese modista ni cocinera, a pesar de mis aptitudes para ello, sino escritora. Algo que también me ha fascinado desde que tengo uso de razón.

Comencé con la poesía. Con doce años y la inestimable ayuda de mis padres y de los miles de euros que se gastaron en sacar a la venta aquel pequeño libro, publiqué mi primera recopilación de poesías, pero para niños. Desde nanas hasta adivinanzas, pasando por algunas un poco más serias, como esa que le dediqué a una hermana imaginaria en la que volqué un amor y un realismo tan grande que todo el mundo se quedaba sorprendido al saber que era —y sigo siendo— hija única.

Mi madre dice que, dado que mi concepción fue un milagro, por eso poseo este extraño don. Yo creo en algo que va más allá, pero que ni siquiera me atrevo a plantear en voz alta. Y tampoco creo que mi nacimiento sea un milagro, sino un golpe de suerte que, eso sí, la ciencia todavía no se explica. Después de un par de operaciones, una decena de tratamientos en las más prestigiosas clínicas y más de seis años en lista de espera para acceder a una adopción, mi madre se quedó embarazada de la manera convencional. Cuando ya habían agotado todos los recursos y comenzaban a resignarse a no ser nunca padres, llegué yo a este mundo. Como un ángel, diría mi padre.

—¿Lista? ¿Y mi café?

Doy un respingo y giro la cara hacia mi marido.

—Yo sí, hace ya mucho. ¿Y tú? —pregunto, observándolo de arriba abajo e ignorando su petición.

—Solo me falta calzarme y tomar uno de estos. —Roba la taza de mi mano y le da un sorbo—. Está helado, qué asco.

Me echo a reír y se la vuelvo a coger. A mí es que el café me gusta de cualquier forma, hasta descafeinado y ya frío, como es el caso.

—Venga, apúrate o al final sí que llegaremos tarde.

—Qué va. Lo tengo todo controlado. —Se acerca más a mí, me da un beso en los labios y se encamina al sofá, donde a sus pies ha dejado los zapatos, perfectamente alineados sobre las rayas de la alfombra.

—Pues yo no. Estoy un poco nerviosa, la verdad.

—No tienes por qué. La novela ya es un éxito, cariño, y eso lo demuestran sus ventas. Tú solo tienes que llegar ahí, sonreír y pasártelo bien. Por cierto, me ha dicho mi jefe que gracias a esta, las anteriores están teniendo una gran acogida por el público. No sabes cómo me alegro. Si te soy sincero...

—Y tú siempre lo eres. —Le corto con una sonrisa.

—Y yo siempre lo soy. —Él también me sonríe, pero continúa algo más serio—. Esta última que casi te ha lanzado al estrellato...

—Mira que eres exagerado...

—Para mi gusto no es tu mejor obra —sigue David como si yo no hubiera hablado—. Yo, sin duda, me quedo con la primera, a pesar de haber sido la que menos ventas ha tenido.

—Yo también. —Aparto los ojos de él y los clavo en el cuadro de una playa que luce sobre el sofá.

Yo también. Porque en aquella volqué parte de mi vida anterior, esa de la que solo conservo retazos que me permiten vislumbrarla, esa en la que era otra, pero la misma. Esa de la que no hablo con nadie, pero tengo muy presente sin saber bien el motivo.

—Lo sé. —Mi marido se acerca y acaricia mi pelo—. Sé que esa novela es muy especial para ti. Y tú para mí.

Lo miro con todo el amor que le tengo y sonrío tímidamente. David, a pesar de ser bastante escéptico ante lo que no puede ver, cree en mí por encima de todo. Y no solo profesionalmente. A veces incluso parece estar orgulloso de tener una mujer capaz de sorprenderlo con alguna de sus excentricidades. Nunca ha puesto en duda que yo sea *algo diferente* al resto. Y le encanta.

—Te quiero —susurro.

—Eso también lo sé. Y yo a ti más. Pero ahora, vámonos, Diana Figueroa, que la fama te espera.

Suelto una risita temblorosa y cojo la mano que me tiende. Se la lleva a la boca y me da un beso húmedo en la palma que, junto con una mirada pícara, consigue que apriete las piernas.

—No es el momento de ponerte en plan seductor, eh.

—Es para que solo pienses en mí, y no en lo que te espera ahí fuera.

—Oh, Dios... ¿Lo que me espera...? Ahora sí me has puesto de los nervios.

Él suelta una carcajada y me abraza muy fuerte, besándome el cabello.

—Lo que te espera ahí es lo que te mereces, cariño. El reconocimiento y la admiración de tus lectores.

—¿Y la de mi marido? —pregunto juguetona.

—Esa la tienes desde aquel momento en que te reíste de mí por intentar adecentar los pupitres de la facultad. ¡Que mira que es guarra alguna gente!

Me río con ganas mientras salimos de casa y corro hacia el coche cuando él intenta darme un azote en el trasero.

Y, como también pasa siempre, me centro completamente en el presente. En esta vida maravillosa y plena de la que tengo la suerte de poder disfrutar.

La otra... Esa ahora queda muy lejos. Hasta que un nuevo pensamiento, un nuevo recuerdo o una simple anécdota me haga evocarla.

«La vida es aquello que te va sucediendo mientras tú te empeñas en hacer otros planes».

John Lennon.

CAPÍTULO 1

Clara

Asturias, verano de 2006

—En serio, Laura, no voy a salir.

Mi hermana resopla y se deja caer sobre mi cama. Juguetea con sus rizos y fija la vista en la ventana. Pero, cuando vuelve a mirarme, su sonrisa es casi perversa.

—Oh, sí, vas a hacerlo.

—En serio, no. Ya les he dicho a las chicas que no iba a bajar hoy. Tengo cosas que hacer.

—Excusas. Tontas excusas.

Se levanta rápidamente y me coge de un brazo, tirando de mí.

—Que no, *joba*, que no. Tú solo quieres que vaya para poder verte más tarde —protesto.

—Que sí, joder, que sí —dice imitando mi tono, pero sin poder evitar la palabrota—. Y también tienes parte de razón, pero más que nada es porque tienes que divertirte un poco, Clara, por Dios. —Es desesperante, pero sé que tiene todas las de ganar.

—Espera, espera. Al menos déjame recoger todo esto —le pido, resignada.

No me apetece nada salir esta noche, a pesar de que es el primer día de las fiestas del pueblo, esas a principios de verano por las que todos sus habitantes entre tres y veintitantos esperan todo el año. Yo prefiero sin duda la verbena del puente del Pilar, donde, en honor a la patrona, se hace un festejo mucho más especial; no por nada el pueblo lleva su mismo nombre. Si el tiempo lo permite, la gente come en plan picnic incluso en sus propias fincas y, aunque escasean las atracciones, hay buena música y mejor ambiente. Me encanta sobre todo el día dedicado a la Virgen, cuando una gran alfombra de flores decora el atrio de la iglesia y las niñas y jovencitas se disfrazan de época. Tengo más de un traje de esos guardado en los baúles del ático. Alguno incluso perteneció a mi madre. Y algún día también espero poder asistir al tradicional baile, aunque no sé con quién llegaré a hacerlo. Además, esta noche tenía otros planes. Llevo toda la semana esperándola para poder coser el vestido que voy a regalarle a Laura por su cumpleaños. Y todo porque fue esta misma mañana cuando pude hacerme con la tela.

Recojo por último las tijeras y las pongo arriba del todo antes de cerrar el costurero. Ya una vez rebuscando casi a ciegas en él el dedal, me las clavé en un dedo, y la experiencia no fue del todo agradable. De reojo, veo a mi hermana con los brazos en jarras, moviendo un pie sin parar contra el suelo, impaciente. Sonrío. Siempre tiene prisa. Para todo. Incluido el crecer.

—Venga, ya está. Vámonos —digo, todavía cerrando la puerta del armario donde guardo todos mis enseres de costura.

—Estarás de broma. —Me mira de arriba abajo y frunce el ceño—. ¿Vas a ir así?

Yo la miro a ella de la misma manera. Lleva puestos unos horribles pantalones de cuero negro y una camiseta de algún grupo que ni reconozco. Sus botas militares y sus grandes cruces en las orejas no ayudan precisamente a mejorar el *look*. A su lado parezco la princesa del cuento. Sé que mi sencillo vestido blanco no es de los más nuevos, pero me sienta bien y es de un tejido de esos duraderos. Lo he cosido en un estilo clásico, escote recto con tirantes delgados, la falda con un ligero vuelo y el largo hasta un poco por encima de la rodilla. Así sé que podré usarlo durante

mucho tiempo.

No es que andemos tan justos de dinero como para no poder comprarme ropa, desde luego, pero me encanta coser. De hecho, el ciclo que hice de corte y confección respalda que incluso sé hacerlo. Además, a pesar de que nunca se lo diré a Laura, todo el dinero que pueda ahorrar nos viene bien para que pueda irse a Oviedo a estudiar en la ESNE. Tiene un talento innato para el diseño y tanto mi padre como yo estamos de acuerdo en apretarnos un poco el cinturón para que ella se pueda sacar la carrera.

—Joder, pareces la muñeca Barbie —exagera ella, interrumpiendo mis pensamientos.

Sonrío. Es imposible no hacerlo ante el mohín que hace con su pequeña nariz.

—Anda, vámonos. ¿No tenías tanta prisa?

—Sí, solo un segundo. —Se acerca al espejo que tengo encima de la cómoda y se mira en él. Aprieta la larguísima y espesa cola de caballo que se ha hecho y difumina con el índice el lápiz negro de ojos que se ha aplicado.

—¿No vas tan siquiera a maquillarte un poco? —me pregunta mirándome de reojo.

—No. —Niego también con la cabeza para hacer más firme mi negativa.

—Bueno, como quieras. —Se aleja un poco y se mira todo lo entera que le permite el espejo —. Uff, venga, más ya no puedo hacer —suspira con exageración.

Me da la risa. Es una chica guapísima y no necesita adornos. Si soy realmente sincera, esa ropa que suele usar no le saca un justo partido y su temperamento eclipsa su físico, pero, aun así, para mí es la chica más guapa del mundo entero.

—Eres preciosa, Laura.

—Uff... —repite—. Ya. —Pone los brazos en jarras y, tras un fugaz vistazo de nuevo a su imagen, se gira y clava sus ojos azules en mí—. Demasiado pelo, demasiado rojo, demasiadas pecas, demasiadas tetas y demasiado culo. Pero bueno...

—Papá siempre dice que las pelirrojas son o muy guapas o muy feas. Y tú eres de las primeras y lo sabes.

—Papá adoraba a mamá. Y yo soy idéntica a ella, así que... no me convence —dice volviendo a fruncir la nariz y consiguiendo que suelte una carcajada.

—Mamá también era preciosa. Y no es cosa solo de papá. Pregúntale a cualquier hombre del pueblo que tenga la edad suficiente para recordarla y verás.

—Me gustaría más poder recordarla yo —admite en una de esas pocas ocasiones en las que deja ver su lado más tierno.

Doy dos pasos y me pongo frente a ella. Le acaricio el pelo con ternura y le planto un beso en la mejilla.

—Lo sé —susurro.

Ella me mira durante unos segundos y sonrío con timidez, pero, de pronto, ya está moviéndose de nuevo por todo el cuarto. Recoge sus cosas, que había dejado sobre la cama, y las mete bajo un brazo.

—Venga, vámonos —me apura.

Se acerca a mí y me sujeta un brazo para sacarme de la habitación. Rescato mi cazadora vaquera y mi bolso de detrás de la puerta y los llevo en la mano durante el tiempo que tardamos en bajar las escaleras.

—Si no encuentras a tus amigas, puedes quedarte con nosotras —me dice justo cuando estoy poniéndome la chaqueta en el pasillo de abajo.

—Gracias, pero antes prefiero quedarme subida toda la noche en lo alto de la noria —bromeo. Adoro a Laura y me caen bien todas sus amigas, pero solo pensar en pasar una noche completa a

su lado me agota. Son imparables, alocadas y no tienen la más mínima vergüenza. Y me consta que mi hermana es la peor de todas.

—¿Os vais ya, niñas? —pregunta mi padre saliendo de la cocina, situada al fondo del pasillo.

—Sí, papá, no volveremos tarde —le contesto con una sonrisa.

—O sí —murmura mi hermana lo suficientemente bajo para que él no la oiga.

Le lanzo una de mis severas miradas de hermana mayor, pero ella me la corresponde con un guiño de su ojo derecho.

—No —adviento muy seria—. Vamos a recogernos relativamente temprano. ¿Me oyes?

—Uff... —se queja, pero ya está saliendo por la puerta y atravesando el pequeño jardín delantero, por lo que no me queda más remedio que levantar una mano fugazmente para despedirme de mi padre y casi correr tras ella.

La plaza está tan llena de gente como me suponía. Paseamos una al lado de la otra con las cabezas alzadas, intentando encontrar cada una de nosotras a su correspondiente pandilla. Aunque, bueno, mi grupo de amigas es tan pequeño que ese nombre le viene enorme. Somos tres. Las tres de siempre, prácticamente desde el parvulario. Teresa, Ana y yo. En cambio, la de Laura está formada por casi toda su clase. Siempre tiene alguien con el que salir; si no se juntan cuatro, lo hacen trece, justamente los alumnos de último año de Bachillerato.

—Ahí están Alfonso y Vero —me dice en ese momento—. Los demás no pueden andar lejos. ¿Tú ves a alguno?

—No. —Mis ojos se pierden en un banco frente a mí, a unos pocos metros. Sentados en el respaldo, se encuentran Chema y Julián, mientras a sus pies y contra los extremos están Álvaro y Pedro. Todos hemos sido compañeros de clase desde siempre, salvo este último, al que atrapamos cuando repitió sexto. Están fumándose un cigarrillo con una cerveza en la mano, riéndose seguramente de algún chiste malo mientras repasan con los ojos, sin ningún tipo de disimulo, a toda chica que pasa por delante.

Me quedo clavada en el sitio y siento el característico vuelco en el estómago, como cada vez que lo veo. Muevo la cabeza alrededor, intentando no quedarme como una boba observando al chico por el que suspiro desde hace unos cuatro años. Y eso, quedándome corta. Lo cierto es que no recuerdo exactamente el momento en que comencé a verlo con otros ojos, pero sí sé que ahora mismo estos son solo para él.

—Bueno, Clara, ¿qué hacemos? —pregunta mi hermana a mi lado, enganchándose de mi brazo y, poniéndose casi de puntillas, apoya su cabeza en mi hombro—. ¿Te quedas con ellos esperándolas o...?

—¡No! —me apresuro a contestar, no demasiado sorprendida de que se haya dado cuenta de a quién miraba hace un rato. ¿Está loca o qué? No sería capaz de hacer eso ni aunque mi vida dependiera de ello. Es verdad que algunas noches acabamos todos juntos en el Pantera Rosa, pero eso es muy diferente a que sea yo la que me acople de esa manera.

Lo cierto es que allí solemos terminar con ellos y con muchos más, lo que quiere decir que no hay nada especial en ello. Este pueblo es tan pequeño que todos nos conocemos y, por otro lado, el Pantera Rosa es el único sitio con algo de música decente. Vamos, lo más parecido a un pub que hay en este lugar. Eso sin contar el bar de Paco, que, las noches de los fines de semana, intenta hacerle la competencia con bastante éxito, todo hay que decirlo. Supongo que la falta de locales es un gran punto a su favor.

—¡Por Cristo, Clara! Son amigos tuyos y él nunca va a desconfiar de que te gusta. Créeme, ni siquiera pareces capaz de sentir esa clase de sentimientos —bromea.

Sí, sé perfectamente que bromea, pero eso no quiere decir que no me moleste un poco oírlo. No lo de que él nunca lo adivine, claro, me moriría de vergüenza si ese fuera el caso, pero lo otro... Me consta que soy demasiado tímida e incluso poco habladora. También sé que mi experiencia con los chicos no es limitada, sino nula, y, claro, aquí, en el pueblo, todos los saben, pero de ahí a que me considere una especie de santa... Mi halo, si lo tengo, es más bien fruto de las responsabilidades que me tocó adquirir muy pronto y de mi manera de ser, introvertida e incluso algo mojigata.

Desde luego, está claro que nunca podré ser como ella, tan explosiva, tan viva... Ya de bien pequeña era un torbellino de rizos rojos que siempre estaba haciendo alguna trastada, o preguntando algo totalmente inadecuado.

—Venga, acércate, Clara. Sé valiente. De un momento a otro llegarán Ana y Teresa y te servirán de apoyo. Además, tengo entendido que Teresa y Julián andan medio liados, ¿no?

—Sí, pero... Esperaré por ellas. Es que... Jo, no sé ni qué decirles.

Laura se echa a reír.

—Cualquier cosa, cielo. Cualquier cosa. Puedes hablar del último follón del pasado finde o preguntarle incluso por su madre. De verdad, en este pueblo de mier... —Se calla ante mi mirada de advertencia y sonrío encantadora—. En este pueblo tan pequeño lo extraño es que no seamos todos primos o algo así.

—Serás exagerada...

—No, no lo soy. Venga, te acompaño, vamos.

Me arrastra literalmente hacia ellos por el brazo, que no me ha soltado en ningún momento.

—Laura, por favor... —susurro.

—Oh, cállate —me dice en el mismo tono—. Así también los saludo yo.

Me dejo llevar, aun sabiendo que no es la mejor idea del mundo. Algo me dice que esto puede acabar muy mal, y siempre para mí. Estamos a menos de dos metros cuando Colás, el hermano de Julián, se acerca a ellos y se hace un sitio entre las piernas de este y Chema. Al mismo tiempo, todos parecen darse cuenta de nuestra presencia, a la que tampoco se cortan en dar un buen repaso. Siento la cara arder y finjo una pequeña sonrisa. Miro a todos menos al que realmente quiero mirar y veo como Pedro le hace un comentario a Colás al oído, lo suficientemente alto para que todos ellos lo oigan, a juzgar por las risas. Este contesta algo que causa alguna otra carcajada. Y, como ya estamos muy cerca, me fijo en que el pobre está como la grana y con los ojos clavados en Laura. Bueno, en una parte de Laura que no es precisamente su cara.

Siento como ella se tensa a mi lado.

—Serán... —sisea. Y sin más, sin darme tiempo a evitar que su boca actúe por cuenta propia, como siempre, veo como da el paso definitivo y se encara con él.

—¿Me estás mirando las tetas, Colás? —le suelta tan ancha.

Si es posible, el chico se pone todavía más rojo, mientras cierra los ojos un breve instante tras sus gafas de pasta. Es un encanto, tan tímido y tan guapo sin saberlo... Ahora mismo me da mucha pena, la verdad. Parece realmente mortificado.

—No... no... no. —balbucea casi, mirando esta vez hacia el rostro de Laura.

Laura pasea su mirada indignada por todos ellos y vuelve a encararse con él, sin importarle para nada que sea dos años mayor que ella.

—Joder, al menos no lo niegues —le dice con los brazos en jarras, sin ser consciente de que así sus pechos se marcan mucho más—. Si eres tan hombre para mirarlas, ten el puto valor de

reconocerlo.

Esa frase solo consigue que los demás chicos rompan a reír como locos y Colás la mire con horror.

—Joder... —dice él en un suspiro. Y una palmada de su hermano mayor en un hombro le da el coraje para continuar—. Es verdad. Me preguntaron si sabría tu talla. Solo era eso. Un dato académico.

—¿Académico? —bufa mi hermana y, entonces, me sorprende y se echa a reír—. Noventa, copa C —dice sin ningún tipo de vergüenza, todavía entre risas—. ¿Has acertado?

El solo asiente con la cabeza.

—Pues sí que eres bueno con los números —continúa Laura—. Todavía se habla de ello en el instituto, y eso que ya hace dos años que no estás allí. ¡Qué pena, tío! Con ese don y haciendo ladrillos. Serás bueno contándoles los agujeritos, al menos.

Eso causa todavía más carcajadas en los chicos, hasta yo soy incapaz de reprimir una sonrisa, y eso que el bochorno de Colás casi lo noto como propio. Pero así es mi hermana, directa y muy bruta. Y con una determinación comparable a la de un guardaespaldas de la Casa Blanca. Con casi dieciocho años, no se achanta ante nadie y eso, si soy franca, no sé si me enorgullece o me da un poco de miedo.

—Es un *crack* —interviene Julián riéndose todavía. Clava en mi hermana esos hermosos ojos verdes que tiene, su mejor rasgo sin duda, y prosigue algo más serio, pero con una sonrisa pícaro—. Y sí, sabe contar agujeritos, aunque el pobre los únicos que cuenta son esos. —Contento con su propio chiste, vuelve a partirse de la risa.

—Jesús, mira que eres animal —le dice Chema sin perder la sonrisa y dándole un pequeño puñetazo en el brazo. Nos mira y se encoge de hombros, un gesto que me parece adorable—. Perdonad, chicas, era solo una broma.

—Ya... —digo, por decir algo. «Dios mío, Clara, eres tonta. ¿No había nada más inteligente que decir?».

—¿No está Teresa contigo? —me pregunta Julián de repente.

—No, es que en principio yo no iba a salir, pero... Sé que ellas andan por aquí, así que no creo que tarde en encontrarlas.

—Bueno... Quédate. —Mira el reloj y me guiña un ojo—. He quedado con ella en tres, dos...

—¡Hola! —Oigo justo tras de mí—. ¿Clara? ¡Qué bien, al final te decidiste!

—Sí... —Sonríe ante una alegre Teresa, que, contra todo pronóstico, no viene acompañada por Ana.

—La traje casi a rastras —explica mi hermana antes de darme un beso rápido en la mejilla—. ¿A las tres en el Pantera? —me pregunta ya andando hacia atrás para ir a reunirse con sus amigos.

—De eso nada. A las dos como muy tarde.

—*Porfa*... —Junta las manos y me suplica con un mohín.

—A las dos. —No cedo. En eso no puedo hacerlo. Sabe cómo es papá con el horario, pero parece olvidarlo a propósito.

Pone los ojos en blanco, pero, gracias a Dios, sin volver a insistir, me levanta el pulgar antes de salir prácticamente corriendo.

—Tu hermana es la leche —comenta Pedro mirando como se aleja.

—Sí. Es... muy suya —contesto. Es que, a veces, me parece mentira que las dos compartamos genes. Más diferentes sería imposible que fuésemos. Y, sin embargo, es la persona a la que más quiero en el mundo.

—Debe de ser todo ese pelo rojo —bromea Chema guiñándome un ojo.

Ese simple hecho hace que mi estómago ahora brinque. Dios, es tan mono... Abro la boca para decir algo, aunque no sé muy bien el qué, cuando Teresa se pone a mi lado y se cuelga de mi brazo.

—Bueno, aunque fuese a rastras, me alegro de que estés aquí. Al final, Ana también me dio plantón y yo quería venir.

Le sonrío y no me pierdo la fugaz mirada que cruza con Julián.

—Pues sí, aquí estoy. —Me siento boba en cuanto esa frase sale de mi boca, pero se me olvida cuando Chema abre la suya.

—Pues genial, ya podemos movernos. —Se levanta y se acomoda el pantalón metiendo los dedos en las presillas—. ¿Nos vamos a las atracciones, chicas? ¿O preferís tomaros algo antes?

No digo absolutamente nada. Espero a que sea Teresa la que conteste, pues está claro que la idea es pasar la noche juntos. ¿De verdad está sucediendo? ¿Voy a compartir una noche entera en su compañía? No sé si es porque la relación de mi amiga ahora es diferente con Julián y ya no esperan al final de la noche para escaparse un rato a solas, o por simple educación, pero ahora mismo me da un poco igual. Lo único que importa es que voy a disfrutar de su cercanía durante más tiempo de lo que nunca me atreví a esperar.

Laura

¡Joder, me he quedado dormida! Salgo de la cama todo lo rápido que puedo y en menos de cinco minutos estoy en la cocina. Mientras bebo mi zumo de melocotón de pie delante de la nevera, soy consciente de que ni siquiera me he parado a mirar qué me he puesto. Me observo a mí misma y compruebo que llevo unos vaqueros algo gastados y una camiseta negra con una gran calavera en el frente. Genial, lo ideal para ir a buscar trabajo.

—Hola, dormilona —me saluda mi hermana, entrando por la puerta cargada con el cesto de la ropa sucia.

Me fijo en que lleva también unos vaqueros, aunque en mejor estado que los míos, y una camiseta azul con unos volantes en los bajos. Una idea pasa veloz por mi mente. No tengo tiempo a nada más. En un par de minutos, mi padre ya estará pitando fuera para que embarque en el coche y acercarme a Luarca, donde tengo la entrevista. Si no, será él el que también llegue tarde al trabajo.

—Clara —le digo, poniendo el vaso sobre la encimera y quitándome ya la parte de arriba—, dame tu camiseta. Ya.

—¿Qué?

—Tu camiseta. No puedo ir con esta a una entrevista de trabajo. Venga, apúrate —la apremio cuando ya oigo salir el coche del garaje.

Me obedece sin rechistar, aunque una sonrisa pícaro aparece en su cara.

—¿Con volantes, Laura? Espero que nadie te vea —bromea.

—Ja, ja, ja. Muy graciosa. —Todavía con ella a medio poner, cojo el bolso que he dejado sobre la mesa y salgo lo más rápido que puedo.

El trayecto lo hacemos bastante rápido, no más de veinte minutos, pero, eso sí, en el más absoluto silencio. Mi padre odia hablar mientras conduce y yo he olvidado los cascos con las prisas. Bueno..., mi padre odia hablar, escuchar música, comer, beber o simplemente estornudar mientras conduce. A veces me pregunto cómo se permite el respirar. Vale, la verdad, esa fue una pregunta que le hice directamente con apenas diez años. Todavía recuerdo su ceño fruncido y esa mirada de «Nena, te estás pasando» que me lanzó. Es lo que tiene, su mirada da mucho miedo. Debe de ser la única persona a la que realmente le tengo un respeto bestial. A él y a su uniforme, todo hay que decirlo.

—Ya hemos llegado —me dice después de aparcar en un hueco a varios metros del restaurante donde tengo que ir. Porque, claro, tampoco puede parar un instante en doble fila como todo el mundo. Lo adoro, en serio, pero hay cosas de él que me superan.

Me giro, le sonrío a la vez que le beso la mejilla y salgo zumbada calle abajo. Al menos tengo que agradecerle que el recorrido no sea cuesta arriba. No soy una gran deportista.

La entrevista es una mierda. No tengo con qué compararla, pues es la primera de mi vida, pero estoy por apostar a que será la peor.

—¿Has trabajado antes de camarera?

—No, pero...

—¿Sabes llevar una bandeja?

—No, pero...

—¿Sabes retirar más de cuatro platos a la vez?

—No, pero...

—¿Sabes lo que es una comanda?

—No, pero...

—Bueno, adiós, ya te llamaremos.

¡Como si fueran a hacerlo! ¿Por qué demonios no especificaron en el anuncio que se requería gente con experiencia?

Me está bien empleado, esto me pasa por ser sincera. La próxima vez exageraré mis conocimientos, joder.

Voy hasta la parada de autobús sin siquiera echarle el ojo a un escaparate. Estoy cabreada, por no decir tremendamente furiosa. Mi hermana siempre me dice que este carácter mío es intrínseco a mi pelo, pero realmente eso es un estereotipo que no me convence. No es que tenga carácter; es que, a veces, me puede la mala hostia. Y lo peor no es eso, sino que después no me preocupo ni de arrepentirme de ella.

Pienso en la noche pasada, por ejemplo. Colás es un buenazo, no debí hablarle de aquella manera y lo sé. Pero lo sé porque Clara estuvo todo el camino de vuelta a casa reprochándomelo, aunque fuese en ese tono dulce que siempre usa, no por otra cosa. Sé que es un buenazo, pero no me arrepiento de nada. Sobre todo porque en esta ocasión incluso nos echamos unas risas, ¿no?

Cojo el autobús y me paso la siguiente media hora mirando por la ventanilla, absorta en mis cosas. Tengo que buscar un trabajo este verano; aunque en casa no me hayan dicho nada, sé que mis estudios se van a llevar un buen pico del sueldo de mi padre, el único que entra en casa. Mi hermana empieza a tener alguna clientela arreglando cuatro trapos, pero eso no cuenta. Con lo que cobra, es probable que no le llegue ni para el hilo que gasta. Es demasiado buena, joder. Mira que se lo digo siempre, pero no hay manera. Eso también me recuerda que ayer, entre su sermón sobre lo de Colás y mi entusiasmo por no haber dejado ninguna anécdota por contar de la noche, no le pregunté cómo había sido la suya. La vi varias veces a lo lejos, acompañada de los chicos y de Teresa, y sé que eso tuvo que significar mucho para ella. Y yo ni me molesté en interesarme. Vaya hermana ejemplar estoy hecha.

Adora a Rubio. O a Chema, como le gusta llamarlo a ella. Debe de ser una de las escasas personas que lo llaman por su nombre de pila y no por su apellido. Claro que, para ella, ese chico seguramente sea más especial que para nadie. Si hasta escribe poesías pensando en él, por Dios. Y parecen bastante buenas, aunque bueno... A mí todas me parecen iguales, lo que quiere decir... horribles. No puedo entender esa manera de escribir, y mucho menos a quien disfrute leyéndolas. Es la cosa más moña, ridícula y, a veces, difícil de comprender que he visto nunca. De hecho, conozco adivinanzas más claras que alguna de las poesías que nos mandaban estudiar y analizar en el instituto.

Llego a casa y, al abrir la puerta, la escucho cantar. Es una canción de Andy y Lucas y lo hace verdaderamente bien, aunque nunca lo reconocerá.

Me acerco a la cocina y me la encuentro planchando encima de la mesa, tan concentrada en la tarea y en la canción que ni me ha oído.

—Parece que estamos contentas, ¿no?

Ella levanta la vista asustada y se lleva una mano al pecho.

—¡Ostras! No te he oído entrar.

—Estabas... ensimismada —respondo, yendo a por algo de beber a la nevera, pero sin perder la oportunidad de lanzarle mi sonrisa más pícara.

Clara sonrío y sigue estirando la prenda y pasando meticulosamente la plancha por ella. Otra cosa que yo no comprendo. ¿Por qué se esmera tanto si el calor corporal haría el mismo trabajo? Algo más lento, sí, pero igual de efectivo.

—¿Qué tal anoche? —pregunto, después de beber la Coca-Cola directamente de la botella.

Ella me mira todavía con la sonrisa en la cara, pero la pierde durante un momento para llamarme la atención.

—Coge un vaso, Laura, por favor. Vaya manía tienes.

—Bah. ¿Qué tal anoche? —repito, ignorando la reprimenda de la Clara mamá.

Vuelve a sonreír y hasta se ruboriza.

—Bien —dice mordiéndose el labio inferior—. Muy bien.

Alzo una ceja y la miro fijamente esperando que me especifique ese «muy bien». Pero la muy cabrita no se da por aludida.

—¿Y? ¿Qué pasó? ¿Por qué dices «muy bien»? ¿Hubo tema? —insisto. La paciencia tampoco es lo mío.

Me mira casi horrorizada. Como si acabase de decirle que no existe Dios o algo así.

—¡Laura! ¡Claro que no!

—Bueno, hija, por Dios, no te pongas así. No me refería a que acabarais enrollados en la parte de atrás de su coche, mujer, solo...

—¡Laura! ¡Mira que eres bruta! Yo no haría eso ni en mi primera cita, y lo de ayer ni siquiera fue eso.

Pongo los ojos en blanco y meneo la cabeza. Lo sé; es más, yo tampoco creo que lo hiciera, así de primeras, a pesar de que mi forma de ser pueda dar a pensar lo contrario, pero solo se trataba de una broma, ¿cómo no lo sabe ella?

—Era una broma, Clara, parece mentira.

—Pero la de esta noche sí lo es —prosigue, sonriendo de nuevo y dejándome descolocada un momento.

—¿Cómo? ¿Qué...? ¡Joder, qué bien! —Salto sobre los dos pies en cuanto me doy cuenta de lo que está diciendo. Rubio es un gran tipo y ella se merece esa oportunidad y mucho más. Corro a abrazarla y ella chillaba porque, con tanto ímpetu, solo logro que se quemara con la plancha.

—¡Ay! ¡Dios! —Corre al fregadero y se mete el brazo bajo el agua.

—Perdona, Clara. Lo siento. —Pero, en el fondo, me da la risa. Cosa que ella nota, claro.

—Cuando dije que tu impulsividad iba a acabar matándome, ¿ves como era literal? —me dice seria, aunque yo sé que la situación le causa la misma gracia que a mí. Aunque un poco más de dolor.

La abrazo por detrás y pongo mi cabeza en su espalda. Mi frente solo llega a su cuello y eso que ella no es exageradamente alta, pero yo soy una canija, es lo que hay.

—Oh, perdona, cariño. Fue la alegría. Es que estoy tan contenta por ti... —La suelto y me pongo a su lado para verle la cara. Está sonriendo como una boba—. Y cuéntame, ¿cómo fue?

—Pues nada... Montamos en varias atracciones, nos fuimos a tomar algo al Pantera Rosa y todo muy normal. No sabes lo que me sorprendió cuando al acabar la noche se acercó a mí y me pidió salir.

—¿Te pidió salir? Pero así... ¿todo formal y eso?

Ella se ríe.

—Sí. No fue un «mañana nos vemos» ni nada de eso, sino un clarísimo «¿quieres salir conmigo?».

—¡Dios! Nuestro Rubio, siempre tan atento y responsable —le digo y de verdad lo pienso. A pesar de que su mejor amigo, Julián, está casi más loco que yo, él es tan tranquilo y tan educado como la propia Clara. Y, sin embargo, no parece aburrido ni estirado, sino todo lo contrario. No podría existir alguien con el que mi hermana se sintiese más a gusto y, por lo visto, viceversa—. Así que sois novios, ¿eh?

Ella asiente moviendo la cabeza muy rápido y veo como se le colorean las mejillas. Espero a que se seque con una servilleta la quemadura, que, por suerte, no es demasiado grande, y vuelvo a abrazarla, esta vez de frente.

—¡Bien por ti! ¡Bien por ti! —grito, casi haciéndola saltar a la vez que lo hago yo. Y digo solo eso porque todo lo que quiero decirle es demasiado. Que la quiero más que a mi vida, que se merece lo mejor del mundo y que, si no fuera por ella, yo no podría ser de la manera que soy y lo sé.

Desde que mi madre murió cuando yo tenía seis años, ella, con diez recién cumplidos, me cuidó y consoló como si, en vez de apenas cuatro años, nuestra diferencia de edad fuese el triple. Recuerdo el tiempo que se tomaba hasta que las trenzas le salían perfectas, o como me corregía los deberes. Se encargaba de que comiera lo más variado y mejor posible y de darme las medicinas cuando enfermaba. Nunca olvidaré la fiesta sorpresa que me preparó en mi duodécimo cumpleaños ni cuando, las noches en que mi padre tenía guardia en el cuartel o en las calles, renunciaba a salir con sus amigas para no dejarme sola en casa. Y eso sin que nadie se lo pidiera. Aprendió a guisar, a planchar y a hacer la colada cuando aún llevaba coletas. Dejó de ser niña para convertirse en prácticamente una madre y ama de casa, sin marido y sin haber parido. Esa es mi Clara, Clara mamá, Clara amiga y Clara hermana.

No sé qué habría sido de papá y de mí sin ella.

Yo es que ni me acuerdo de mi madre. Realmente creo que los fugaces *flashes* que asaltan mi mente son producto más de las anécdotas oídas y las fotos vistas que de mis propios recuerdos. Cuando murió yo no era tan pequeña, pero todo lo que la rodea está como difuminado. La psicóloga del colegio le dijo a mi padre que era algo muy normal. Memoria selectiva, la llamó. Una autodefensa que creó mi cerebro para protegerme ante la tragedia. Pues vaya mierda. Mi mente podía elegir otro tipo de cosas para olvidar y no a mi madre, ¿no? Por ejemplo, cuando me caí en mitad del pasillo de la iglesia el día de mi Primera Comunión, o mi primer beso, por el que todavía me resiento un poco de uno de los dientes delanteros.

Pero no, he olvidado a mi madre, la mujer que me dio la vida. Esa a la que dicen que soy prácticamente igualita. Aunque, gracias a Dios, he tenido la mejor sustituta del mundo.

—Te quiero —dejo escapar en dos palabras todo lo que me llena el corazón. «Te quiero tanto que daría lo que fuese por verte feliz».

—Yo también, cariño. —Se aparta un poco y me sonrío dulcemente—. Pero ahora tengo que acabar de planchar, ¿vale? Y luego ponerme con la comida y...

—Te ayudo —digo acercándome a la mesa. No se me da tan bien como a ella, pero sé hacerlo. Otra cosa de la que se encargó Clara. De que no fuera una inútil total en las tareas domésticas. Aunque mi dejadez y mi disgusto hacia ellas no haya hecho que su esfuerzo se viese muy recompensado.

—¿Segura?

Asiento mientras ya estiro la prenda que ella ha dejado a medias.

—¿Y qué tal la entrevista? —me pregunta unos segundos después, poniéndose un delantal negro con la frase «Yo me lo guiso, yo me lo como» que le regalé yo ya no recuerdo cuándo.

—Uff, ni preguntes. Fatal. —Paso con cuidado el metal caliente por las arrugas y frunzo el ceño al darme cuenta que he arrugado el otro lado. Joder, esto no es tan fácil.

—Bueno, no te preocupes. Tampoco es necesario que...

—Sí lo es —afirmo con rotundidad. La miro fijamente durante un instante y ella hace lo mismo conmigo.

—Vale —contesta al cabo de unos instantes, baja la cabeza y se gira para abrir la nevera.

—Clara... —Me obligo a no ser brusca—. ¿Por qué te has puesto triste? Vosotros no tenéis que hacerlo todo, ¿sabes? El sueño de estudiar Diseño de Interiores es mío, así que...

—Lo sé. Y entiendo que quieras trabajar, Laura. No es por eso —contesta sin mirarme. Saca una tabla de un cajón y se pone a picar cebolla.

—¿Entonces? —Ahora estoy confundida. Me ha repetido tropecientas veces que disfrute del verano, que no es necesario que me ponga a trabajar, aunque yo sepa que es mentira—. ¿Entonces? —repito algo más alto.

—Es porque te vas —dice bajito.

—Claro, tengo que irme a Oviedo. Es el sitio más cercano en el que hay esa Escuela Universitaria. Yo... —iba a decirle que no la entiendo, pero de repente sí lo hago. No es que el año que viene y los tres siguientes, como mínimo, me pase semanas fuera, no. Es porque me ha oído decir en repetidas ocasiones que quiero dejar este pueblo de mala muerte e irme a vivir a una ciudad. Si puede ser a la capital, mejor. Cuanto más grande, más gente y más barullo haya, más contenta estaré, estoy segura.

Olvido la plancha y corro a su lado. Si para mí ella ha sido como una madre, puedo entender que yo para ella sea algo parecido a una hija, ¿no?

—Clara... Durante muchos años nos vamos a ver muy a menudo y después... Aunque yo encuentre trabajo fuera de aquí, no voy a dejar de visitaros continuamente, deberías saberlo. No me gusta vivir aquí, pero tú y papá... Bueno, a vosotros os quiero y no podría pasar sin veros a menudo.

Me mira con los ojos húmedos y sé que no es por el ácido de la cebolla. Las dos los tenemos azules, pero los de ella son claros, luminosos, totalmente maravillosos. Los míos, en cambio, son turbios, empañados. Clara siempre los compara con un cielo de tormenta, lo que creo que le parece de lo más romántico.

—Pero... después de este verano... ya no va a ser lo mismo —me confiesa después de varios segundos.

—Sí, eso es verdad. Pero no tiene por qué ser peor, ¿sabes? Yo estaré haciendo lo que más que deseo y tú... Tú estarás con Rubio, Clara. ¡Con Rubio! Ese tío que podría abanicarte con sus pestañas si se pone algo cerca. —Y no exagero. Ni Marujita Díaz y sus pestañas postizas podrían competir con las tuyas.

Ella suelta una carcajada y vuelve a ruborizarse. Me encanta. Es tan tímida en todo lo referente a los chicos... Yo no me considero ninguna experimentada en esos temas ni mucho menos, pero tampoco me intimidan ni me abochornan.

—Bueno... Y ahora algo realmente importante... Esta noche ¿sí habrá tema?

Clara me da un empujón cariñoso y se pone totalmente colorada.

—¿Ni un poquito? ¿Un besito? Venga, mujer... —me cachondeo. Y me echo a reír. Y me río con ganas cuanto más se enfada ella. Exactamente hasta que huelo a quemado.

¡Joder, me he cargado el vestido!

CAPÍTULO 2

Chema

Me sacudo con fuerza los pantalones de trabajo y refriego de la misma manera los pies en la alfombra antes de entrar por la puerta trasera, que da a la cocina. Cojo algo de beber de la nevera y, una vez saciada mi sed, corro escaleras arriba para darme la ducha que necesito con urgencia.

Estoy lleno de polvo y sudor, pero he logrado acabar el cenador que le prometí a mi madre. Julián y Colás me ayudaron a echarle la placa, pero el resto del trabajo ha sido todo cosa mía, de lo cual me siento muy orgulloso.

Me aplico el champú y mis pensamientos pasan de mi pasión por la construcción a otra diferente. Clara. Esta noche, como muchas otras durante las últimas semanas, he quedado con ella. Pero además hoy es sábado, con lo que puede llegar un poco más tarde a casa de lo habitual.

Tardo un poco más de lo normal en vestirme. Quiero verme guapo para ella. Me decido por unos vaqueros oscuros y una camisa blanca con unos diminutos cuadros azules. Me esmero echándome algo de colonia y repeinándome hacia un lado el pelo, algo que me durará más o menos unos diez minutos, pero bueno... «Lo que importa es la intención, Chema».

Cuando bajo las escaleras, me doy cuenta de que todavía es temprano, así que atravieso la puerta que me lleva directamente a la ferretería. Aunque hace años que la dirige mi padre, la abrió mi abuelo hace sus buenos cuarenta y cinco años. Y todos nosotros hemos aportado siempre nuestro granito de arena. Apenas le llegaba al mostrador cuando comencé a vender sus productos, y ya mi hermana lo había hecho antes. Ahora, desde que dejé la escuela al acabar la obligatoria, es también a lo que me dedico, aunque no sea lo que quiero hacer para siempre. Ese es un tema que mis padres no llevan muy bien, pero les he dicho por activa y por pasiva que, en cuanto pueda, crearé mi propia empresa de construcción. Ya ahora dedico los fines de semana y algunas tardes libres a pequeñas obras o reparaciones que me van saliendo, la mayoría de las veces con la ayuda de mi mejor amigo y su hermano. Julián es muy bueno en lo suyo, por eso lo acaban de subir a la categoría de oficial en su curro. Lleva algún tiempo trabajando como albañil para los Alonso, que, no conformes con poseer la fábrica de ladrillos y un almacén con el resto de artículos necesarios para construir, como cemento, arena, plaquetas y un largo etcétera, hace cuestión de cinco años se decidieron a hacer realidad mi mayor ilusión. Construcciones Rubio. Casi puedo ya leer las letras plasmadas en un lateral de mi furgoneta. Pero bueno, ya queda menos.

—Hola, Chema —me saluda mi madre rescatándome al presente. Mueve las manos en el aire cuando me acerco y sonrío de medio lado—. ¿Y toda esa colonia? ¡Me vas a marear!

—No es para tanto, mamá. —Sonrío—. Dentro de un rato se evapora. Por cierto, ya tienes el cenador totalmente acabado. Ha quedado genial.

—Bien. Me alegro de tenerlo listo. —Me mira por encima de sus gafas de arriba abajo antes de continuar—. Vas a salir, supongo.

—Claro. —Amplío la sonrisa pensando en la noche y me dirijo hacia la puerta mirando el reloj—. Es hora de cerrar. Ya lo hago yo.

—Podríamos esperar un poco más —me habla sin despegar esta vez los ojos de su calceta. Está haciendo uno de esos jerséis que luego nunca le he visto a nadie puesto, pero que ella parece disfrutar tejiendo.

—Mamá... Es sábado. Y son casi las nueve —le respondo, dándole ya la vuelta al cartel para que desde fuera se vea la palabra «CERRADO». Le paso la llave a la puerta y me dispongo a bajar las persianas.

—Aún puede venir alguien —oigo, como tantas veces a lo largo de mi vida. Esa debe de ser, sin duda, su frase favorita. Resoplo y sigo cerrando la tienda, pues también sé que no va a insistir.

Es lo que tiene ser dueños de un negocio en un pueblo pequeño. Que abres más de lo que debes y, aun cerrado, nadie tiene ningún inconveniente en llamar a tu puerta.

—Hay una chica, ¿verdad? —pregunta, mirándome de nuevo por encima de las gafas mientras yo estoy haciendo caja. Mete sus útiles en una bolsa de flores y apoya sus manos en el mostrador a mi lado.

—Sí, mamá. Sabes que hace casi dos meses que me veo con Clara.

—La de Menéndez —resopla.

La miro un fugaz momento, pero sigo a lo mío.

—Sí.

—Pensé que volverías con Aída. En serio, no sé por qué dejaste a esa chica.

Frunzo el ceño y pierdo la cuenta de las monedas. Aída Alonso. Salí con ella cerca de diez meses y no nos iba mal del todo, pero su agradable compañía no compensaba lo pija que podía resultar a veces y aguantar al insufrible de su hermano. Eso por no contar las futuras comidas en casa de sus padres, que, seguramente, me causarían indigestión.

Si viviésemos en otro siglo, ellos serían los caciques del pueblo. Los ricos y poderosos con el feudo a sus pies. Y aunque Aída, en el fondo, es una buena chica, lo mejorcito de la familia, no pude obviar por más tiempo sus actitudes caprichosas y su manera de mirar a los demás por encima del hombro, como si realmente se creyese superior solo por tener más ceros en su cuenta corriente.

—Mamá... No quiero volver a hablar de lo mismo, de verdad. —«De hecho, me niego a ello».

—Pero... Es guapa, educada y, por encima, una Alonso. A veces, Chema, pareces tonto, hijo.

—Mamá... Por favor. Ahora estoy con Clara. Ella es...

—Su hermana es una atolondrada —me interrumpe sin darme tregua—. Parece mentira que su padre sea guardia civil, por Dios. Pero claro, sin una madre a su lado... Y esa Clara...

—Clara es estupenda, mamá —contesto con voz cansada, resignado a tener que defenderla. Mi madre es una mujer verdaderamente difícil cuando se lo propone.

—No sé. Yo creo que Aída era perfecta.

Dejo caer las monedas de mis manos a los compartimentos sin volver a contarlas. Mañana es otro día. Me giro y le doy un rápido beso en la mejilla. Quiero irme, huir de aquí y de sus consejos, seguramente bienintencionados, pero inútiles.

—Hasta mañana, mamá. No me esperes despierta.

—Nunca lo hago —refunfuña. Pero yo ya estoy saliendo por la puerta.

La espero sentado en el mismo banco de aquella noche en que le pedí salir.

Lo cierto es que siempre me pareció una chica preciosa, con ese pelo rubio tan liso y los ojos más azules del mundo, tan expresivos que a veces no necesita tan siquiera abrir la boca para hacerse entender. Y, como dice el bruto de Julián, está buena de cojones. Sí, tiene un cuerpo increíble. Quizás demasiado delgada para mi gusto, pero con las curvas indicadas.

Vamos, que siempre me pareció preciosa y era un gustazo mirarla, pero aquella noche de hace

casi dos meses, algo pasó. Aunque hacía años que la conocía y la trataba, fue como verla por primera vez. Creo que me enamoré. Su dulzura, su timidez, sus comentarios la mar de simpáticos cuando menos te lo esperabas, su serenidad... Todo eso estaba ahí y yo lo sabía, pero esa noche fue como si todo el conjunto me produjese un hormiguelo en las entrañas que me hizo mirarla en serio como a una mujer. Como a mi mujer.

Y nunca estuve tan contento de no haberlo consultado antes con la almohada y dejarme llevar. Le pedí salir y aceptó. Dios, toda la noche dándole vueltas a algo que transcurrió en menos de dos minutos. Pero que valió muchísimo la pena.

La veo acercarse con timidez, toqueteándose el flequillo que le cae hacia un lado y mordiéndose el labio inferior. Está nerviosa, como cada vez que nos encontramos. Al menos al principio, luego parece relajarse y dejar ver la persona maravillosa que es.

—Hola —susurra cuando llega frente a mí.

—Hola —repito con mi mejor sonrisa, poniéndome ya en pie y cogiéndole una mano. No puedo evitar acercarla a mí de un pequeño tirón y comerle la boca durante unos segundos. Últimamente parece que solo pienso en eso, o en ponerle las manos encima, joder. Me tiene loco.

—¿Adónde vamos? —me pregunta ligeramente colorada en cuanto abandono su boca.

—A comer algo. Estoy famélico. ¿Has cenado ya?

—La verdad es que no. Hoy hemos quedado más temprano de lo normal.

—Sí, porque te echaba de menos.

Se echa a reír y me mira dichosa.

—Si nos vimos ayer...

—Muy poco tiempo —replico. Le guiño un ojo y echo a andar con ella a mi lado, con nuestras manos entrelazadas y unas sonrisas bobas en la cara—. ¿Te apetece *pizza*? Podemos ir al Italiano. —Ese es un restaurante pequeño al lado del bar de Paco. Y sí, su especialidad es la comida italiana. No fueron muy originales que se diga a la hora de ponerle el nombre.

—Perfecto. No tengo demasiada hambre, pero no digo que no a un trozo de *pizza*.

Y en apenas cinco minutos ya estamos en el local, sentados a una mesa del fondo.

—¿Y los demás? —cuestiona mirando hacia la puerta.

—He quedado con ellos más tarde en el Pantera. Me apetecía tenerte un rato solo para mí.

Sonríe algo incómoda y se vuelve a toquetear el flequillo. Me resulta adorable que sea tan tímida, aunque, al mismo tiempo, también me frustra. Hay tantas cosas que quiero hacerle, joder. Y me reprimo porque su dulzura y timidez es el mejor escudo que puede interponer contra mi lujuria.

En cuanto nos ponen una *pizza* de las grandes delante, cada uno de nosotros coge un trozo. Aunque cuando yo ya voy por el tercero, ella todavía está mordisqueando el primero. Intento comer más lento, pero es algo que no se me da demasiado bien. Mi madre siempre se exaspera diciéndome que no se me va a escapar la comida del plato, pero yo lo hago así porque es como disfruto comiendo.

Charlamos sobre todo y nada en particular, haciendo de la cena un rato divertido y agradable. Y no me sorprende en absoluto que su hermana Laura salga varias veces en la conversación, pues parece adorarla.

Con solo el último trozo en el plato, me limpio la boca y las manos y se lo dejo para ella.

—No, cómetelo —me pide leyéndome el pensamiento—. Yo no quiero más. Prefiero pedirme algo de postre.

—Las crepes con chocolate son estupendas.

—Mmmm... Sí. Lo sé —me dice con una sonrisa pícaro—. Justamente en ellas estaba pensando. Tengo que hacerme como sea con esa receta.

Sonrí y me inclino por encima de la mesa para robarle un beso que no me llega a nada.

—Que sean dos crepes con chocolate —le digo al camarero cuando este nos viene a recoger la mesa.

Tan pronto nos las sirven, disfruto como un enano de la mía. Está exquisita. Me la zampo en apenas tres bocados y luego fijo la vista en los labios de Clara, que saborea casi con devoción el postre. Me imagino esa boca llena del dulce y solo puedo pensar en besarla. Ella me malinterpreta y me mete en la boca de una vez lo que le resta de la crep.

—Toma, que se te caen los ojos —me suelta con una sonrisa.

Lo dicho. Me tiene loco. ¿De verdad es tan inocente?

Tengo veintidós años, cumplidos en enero, y yo, desde luego, no lo soy. No es que me sobre experiencia, pero he salido con tres chicas más o menos en serio y he tenido mis rollos de una noche. No me he acostado con todas ellas; de hecho, con alguna estuve muy lejos de llegar al final, pero con Clara no estoy ni cerca del principio. Y no es porque ella me haya parado los pies; es porque parezco anclado al suelo como un estúpido, sin avanzar por miedo a asustarla.

«Soy idiota, definitivamente». Al final voy a perderla por tratarla con esta desacostumbrada actitud en mí, cuando nunca he padecido de cobardía a la hora de meterle mano a una tía.

—¿Qué te pasa? Te has quedado muy callado de pronto —oigo que me dice. Tiene la cabeza algo inclinada hacia un lado y me observa atentamente.

—Nada, nada. —Me levanto y me acomodo el pantalón en las caderas—. ¿Damos un paseo antes de ir hasta al Pantera? ¿O prefieres ir a otro lado y tomar un café?

—No. Un paseo me parece genial.

Pese a ser principios de septiembre, ya ha oscurecido cuando salimos del local, así que, bajo la luz de las farolas, la guío cogida de la mano hacia el parque que hay tras el Ayuntamiento. Un minúsculo bosque hecho por el hombre con árboles llorones que nos tocan el pelo con sus hojas y flores plantadas a su alrededor. Al fondo, una docena de castaños rodean un roble que ha estado ahí toda la vida, mientras el suelo está cubierto de un césped recién cortado. Justo detrás de ellos, una alta barandilla de madera protege a los ciudadanos de un pequeño acantilado que, a la vez, hace de pared a una playa de rocas pequeñas y de difícil acceso.

Nos acercamos hasta allí y me apoyo en la madera, reteniéndola por la cintura, entre mis piernas. Ella clava la vista en el mar, a lo lejos, mientras yo lo hago en su cara, fascinado otra vez por no haberme percatado antes de lo increíblemente guapa que es. He visto a varias parejas que, como nosotros, busca un poco de intimidad, así que me siento a gusto y tranquilo. La acerco un poco más y ella apoya la cara en mi pecho.

—Me muero por besarte —murmuro con la voz algo ronca.

Levanta la cabeza y me mira fijamente antes de ser ella la que une nuestras bocas. La beso con ganas, sin demasiadas sutilezas. Llevo toda la noche imaginándome haciendo esto.

El beso se alarga hasta que casi perdemos la noción del tiempo y de dónde nos encontramos. Nuestras lenguas se compenetran a la perfección y siento su vientre rozando mi erección. Bajo mis manos un poco más y le acarició las nalgas por encima del vestido. Ella se aprieta más contra mí, o tal vez soy yo el que me arrimo. La verdad, no lo sé. Ahora mismo lo único que quiero es sentirla, frotarme contra ella y gemir en su boca.

—Chema... Chema... —dice contra mis labios, con las manos apoyadas en mi pecho. Y al rato, me doy cuenta de que no pretende ser una caricia, sino que me está apartando un poco—. Tienes que parar —prosigue, negándome el contacto con su boca al bajar la cabeza—. Por favor...

Soy consciente de que está incómoda, casi tensa en mis brazos. Y, al mismo tiempo, de que yo

tengo las manos por debajo de su falda, encima de sus bragas. Joder, ¿cuándo he hecho eso? ¡Jesús, estoy salido del todo!

La suelto y le acaricio las mejillas.

—Lo siento. —Me encojo de hombros ligeramente y me justifico como puedo—. Creo que se me han ido un poco las manos.

Ella me mira y sonrío tímidamente.

—Un poco, sí. —Mira a su alrededor como en busca de testigos que hayan visto la escena—. Es que...

Le doy un rápido beso en los labios para interrumpirla. No sé qué iba a decir, pero que ni es el momento ni el lugar lo sé yo también. Le paso la mano por el hombro y la pongo a mi lado, mientras, con disimulo, con la otra me recoloco el paquete.

—Será mejor que nos vayamos. Es tarde —me obligo a decir.

—Sí, seguro que nos están esperando en el pub.

Clara

El Pantera Rosa es un local enorme en el que incluso sirven algo de comer, como hamburguesas y sándwiches. Tiene una zona con mesas de madera para ello, desde donde se puede ver la cocina. Bastante más alejado, separado por un corto pasillo en el que hay una puerta con la palabra «PRIVADO», está la zona de copas. Unas quince pequeñas mesas de mimbre con sus sillas a juego, algún sofá apostado contra las paredes y una pequeña pista de baile al otro lado, todo alrededor de una barra en forma de U pintada de negro y con una enorme pantera rosa acostada.

Sentada en una silla con un agua enfrente, y como vengo haciendo los dos últimos meses, puedo ver a mi hermana dentro de la barra, la mar de a gusto sirviendo cañas y combinados con la blusa rosa ajustada, el único uniforme que le han dado y que le dejan poner con faldas, vaqueros o lo que le apetezca.

A mi padre casi le da un ataque cuando se enteró de que iba a trabajar aquí. Discutieron como solo ellos discuten, como dos energúmenos, pero al final cedió. Supongo que el hecho de que Román, el dueño del pub, sea un buen amigo suyo, que esto para Laura sea solo una ocupación ocasional y que sepa a ciencia cierta que ella tiene carácter suficiente para pararle los pies a cualquiera, fueron razones que lo hicieron replantearse su, en principio, rotunda negativa.

—Tu hermana se mueve como pez en el agua —comenta Teresa, tan cerca de Julián que no se sabe dónde termina uno y empieza el otro.

—Sí, se le da bien —contesto con una sonrisa antes de volver a distraerme con mis pensamientos.

Un rato después, noto como Chema, sentado a mi lado, se acerca más a mí y coloca una mano en mi muslo. Dibuja con sus dedos en él líneas y círculos mientras charla con su amigo sobre algo del trabajo. Teresa aparenta estar también muy pendiente de sus palabras y, sin embargo, yo estoy a años luz. Bueno, no tanto. Más bien, a escasos siete minutos de allí. En las barandillas.

Dios mío. No sabía que estar con un chico podía ser así. Sus besos, sus caricias, todo ha sido espectacular. Durante un momento sentí las piernas de gelatina y también olvidé dónde estábamos. Observo disimuladamente a Chema, concentrado en lo que dice Julián. Si antes suspiraba, ahora me derrito por él. Creo que estoy irremediablemente enamorada y eso me produce el mismo entusiasmo que desasosiego. Una inseguridad que solo consuela su presencia a mi lado.

—Clara, Clara...

—¿Qué? —Me giro hacia donde creo que me llaman. Veo a Nieves y Nela, las mejores amigas de Laura, paradas ante nuestra mesa.

—Oye, ¿puedes decirle a Laura que nosotras nos vamos ya? —Es Nela la que me habla, sujetando por la cintura a la otra. La señala con la cabeza y sonrío sin ganas—. A esta se le ha ido la mano con la bebida y me la llevo a casa. Y los demás, no sé... Hoy andan todos un poco desperdigados.

—No te preocupes —la tranquilizo—. Ya hablo yo con ella. Iros, anda.

—¿Necesitas ayuda? —se ofrece Chema con amabilidad.

—No, no, qué va —responde Nela—. Está Alfonso fuera, él nos acompaña. Gracias.

Chema asiente y las chicas desaparecen por la puerta que también hay en esa zona y que da a la calle.

—¿A qué hora acaba tu hermana? —me pregunta Teresa.

—A las doce. Y hoy es su último día. El lunes se va a Oviedo —respondo. No era mi intención que en mi voz se leyese la tristeza que eso me produce, pero por lo visto así es, porque observo

como ella me mira de una manera rara mientras Chema me aprieta el muslo en un gesto de ánimo.

—Va a estar bien —me dice.

Sonrí y pongo una mano sobre la suya, en mi regazo.

—Lo sé. —Y realmente así es, pero esta angustia es más por mí que por ella. La voy a echar tanto de menos...

—Bueno, pues son menos cinco. No creo que tarde mucho —apunta Julián mirando hacia Chema con una sonrisa un tanto extraña. Me fijo en que él le pone mala cara y luego coge su cerveza para darle un buen trago. Y entonces su amigo suelta una carcajada que me deja todavía más sorprendida.

Entrecierro los ojos y busco a Teresa, que también ha estado atenta a esto último.

—Creo que Julián piensa que tu hermana le acaba de echar a perder la noche a Rubio —me explica con una sonrisa traviesa.

Su novio vuelve a carcajearse y yo siento que me pongo roja como un tomate. Y no solo por lo que sus palabras implican, sino por cómo mi cuerpo ha reaccionado a ellas. De repente estoy... excitada. Casi tanto como hace un rato, pegada a su cuerpo detrás del Ayuntamiento.

Me toqueteo el flequillo y miro fugazmente a Chema. Este me guiña un ojo y me dedica la sonrisa más seductora del mundo.

—No pasa nada, Clara. De verdad. No le hagas ni caso —me susurra al oído, produciéndome unos agradables escalofríos.

—¡Ya estoy aquí! —grita de pronto Laura, dejándose caer en una silla a mi lado y haciendo que me centre en algo que no sea Chema—. Bueno, parejitas, ¿qué tal todo?

—Bien —respondo.

—Muy bien. Pero no tanto como tú —le dice Julián con un arqueado de cejas. Con eso, solo consigue que mi hermana resople y su novia le dé un manotazo en el pecho—. ¿Qué? Es la verdad. Te estás poniendo muy guapa, Laura —prosigue.

Mi hermana lo ignora y se dirige a mí, pero ya con la atención puesta en el resto de las mesas, buscando a sus amigas, supongo.

—¿Has visto...?

—Se han ido —le explico—. Nieves no se encontraba muy bien. Y, por lo visto, hoy andan todos un poco perdidos. Palabras de Nela.

—Joder... ¡Qué mala suerte! Mi último sábado y no tengo con quién celebrarlo.

—Bueno... Puedes quedarte con nosotros —le sugiere Teresa—. Además, en un ratito seguro que se deja caer por aquí Colás.

—¡Qué bien! La alegría de la huerta —responde Laura sin mucho tacto.

—No seas mala —la reprendo.

—Uff... Está bien. Voy a por una cerveza.

—¿Seguro que puedes beber? —le pregunta Chema mirándola fijamente.

—Pues claro. Por si no lo sabes, la semana pasada cumplí dieciocho años, pero la cerveza puedo tomarla desde los dieciséis —contesta ella muy digna.

—A ver... Eso no es así —me atrevo a decir—. Legalmente podrías. Pero si papá se llega a enterar...

—Oh, Clara, por favor. Ya tengo dieciocho y un día es un día. Voy a por ella, ¿vale?

Asiento con la cabeza porque sé que tiene algo de razón, y la veo meterse de nuevo dentro de la barra para servirse ella misma.

—¿Y a ti qué te importa si bebe o no bebe? —se interesa Julián, dirigiendo la pregunta a Chema.

—Joder... Esa chica ya me da miedo sin beber... Imagínate —responde con una mueca.

—No es para tanto —digo, porque creo que tengo el deber de defender a mi hermana. Es un poco alocada, sí, pero nunca ha hecho nada temerario ni mucho menos. Además, oír algo negativo de ella en boca de Chema... me duele.

—Vale. Tú la conoces más que yo —me dice, apaciguador, antes de darme un beso en los labios que alargamos algo más de la cuenta.

—A ver, chicos, yo me quedo, ¿vale? Pero tenéis que dejar de comer los morros. Resulta bastante violento pensar en que me salten las babas.

—¡Laura, por Dios! —exclamo mortificada, apartándome de él.

Pero los demás se han tomado el comentario a risas, lo cual me hace sonreír muy a mi pesar.

Colás llega justo en ese momento. Coge una silla desocupada de otra mesa y la planta en medio de Chema y Julián. No es algo que extrañe a nadie. Aunque a veces se le ve con algunos amigos de su edad, parece preferir indudablemente la compañía de su hermano y mi novio.

—¿Qué, chicos? ¿Qué tal? —lanza a modo de saludo.

—¿De dónde vienes? —le pregunta su hermano.

—Del cine. He ido a ver la última de X-Men —responde, algo cohibido.

—¿Y has ido tú solo? —le pregunta esta vez Laura.

—Sí. —Se encoge de hombros—. Nadie quería acompañarme y me apetecía mucho verla.

—No me extraña. A mí también me encantan —le dice ella.

—¿Te gustan los X-Men? —Colás parece realmente sorprendido.

—Sí, mucho. Bueno, todas las de acción, a decir verdad. Y con mi hermana es imposible verlas. Ella es más de *El diario de...* —se interrumpe de golpe con la vista clavada en Chema—. Joder, si hasta te pareces y todo —le suelta entre risas.

—¿Qué? —Chema parece un poco descolocado y yo no puedo evitar reírme, a pesar de la vergüenza que me está causando esta conversación. Sí, yo ya me había fijado, realmente tiene un aire a Noah, aunque yo creo que es mucho más guapo.

—Nada. Nada. —Mi hermana mueve las manos en el aire quitándole importancia a su comentario y me guiña un ojo. Luego sigue hablando de películas con Colás, que parece encantado de oírla.

Julián y Teresa, haciendo caso omiso de la petición de Laura, comienzan a besuquearse sin freno y yo aparto la vista de ellos, un poco apurada, volviéndola hacia Chema. Lo descubro observándome de una manera tan especial que algo se agita en mi vientre mientras se me seca la boca de puros nervios. Porque me mira con deseo. Con mucho deseo. Lascivo y tierno a la vez, como solo él sabe hacer. Entonces se atrapa con los dientes superiores el labio inferior, me acerca su boca, y soy incapaz de resistirme a ella, a pesar de que nunca me han gustado estas demostraciones fogosas en público.

Nos besamos durante un rato, un tanto desbocados, hasta que una mano en medio de nuestras bocas nos obliga a separarnos.

—¿Qué cojo...? —comienza a decir Chema antes de darse cuenta de que la mano es de mi hermana, que nos está fulminando con los ojos.

—De verdad, eh. Mejor me voy —nos dice. Y con toda la razón.

—Perdona, Laura —me apresuro a hablar—. Quédate un rato. Sabes que papá prefiere que volvamos juntas.

—Entonces, quédate, por Dios —le ruega Chema, causando que todos nos echemos a reír.

—Vale. Pero dejad estas escenitas para el baile del Pilar, ¿OK? Allí solo admiten parejitas, o sea que esto debe de estar muy a la orden del día allí dentro.

—Lo dudo —replica Julián con una mueca—. Te olvidas de que también asistirán la mayoría de los padres.

—Ay, es cierto. —Laura suelta una risita y se aprieta la cola alta con la que tiene recogido el pelo.

—¿Tú no vas a ir? —le pregunta Teresa.

—No tengo pensado.

—Venga, Laura. Ya tienes dieciocho, este año te permiten la entrada y...

—Una tradición absurda, como el baile en sí —espetea ella.

—¿Y no será que no vas porque no tienes con quién? —la pincha Julián, arqueando una ceja.

—No. Eso es lo de menos. No voy porque...

—¿Lo de menos? Solo parejas, ¿recuerdas? Y tú no tienes.

—Supongo que no me costaría conseguir una para esa noche, ¿no crees? —se defiende Laura—. La cuestión es...

—Que no estás segura de poder conseguirla, así que por eso dices que no vas —sigue burlándose Julián.

—Que no, coño. Que no es por eso. —Laura entrecierra los ojos y yo estoy a punto de gemir un «oh, oh». Sé lo que significa esa mirada. No debió retarla—. Te apuesto lo que quieras a que, en menos de dos minutos, tengo una pareja para el baile.

—Ya. ¿Dos minutos? Seguro —ironiza Julián. Entonces parece caer en algo, porque abre mucho los ojos, mira a Colás y prosigue rápidamente—. Mi hermano no vale.

Laura se echa a reír con ganas.

—De acuerdo, tu hermano no vale. Lo siento, Colás. Eras mi primera opción. —Se encoge de hombros, se levanta con decisión y se dirige al fondo de la sala.

—¿A dónde va? —preguntan varios a la vez, no puedo asegurar quiénes.

—Ni idea —respondo, tan expectante como ellos. «Dios mío, ¿qué vas a hacer ahora, Laura?».

Entonces la veo venir de vuelta y, justo al llegar a nuestro lado, la música se apaga. El silencio, después de lo altas que sonaban las canciones, se hace abrumador. Y que todos los clientes, con la sorpresa, hayan empezado a callarse ayuda bastante.

La miramos sorprendidos, pero alucinamos cuando, ni corta ni perezosa, Laura se sube a nuestra mesa y pega un silbido metiéndose dos dedos en la boca. Capta con ello el interés de todo el mundo y, ahora sí, el silencio es total.

—¡Por favor, por favor! ¡Un poquito de atención! —comienza a gritar—. Necesito... Bueno... Me gustaría saber si hay alguien interesado en ser mi pareja para el baile del día del Pilar. Quiero asistir, pero...

No es necesario que termine. Empiezan a levantarse manos de casi la mitad de los chicos comprendidos entre los dieciséis y más o menos veinticinco, calculo. Aunque, oh, no, también veo a Julio, un cuarentón recién separado y con tres hijos con la mano alzada.

Me tapo la cara con las manos y meneo la cabeza. ¡Laura no puede estar haciendo esto! Cuando mañana le llegue a los oídos a papá, va a saber lo que es bueno. Suerte si le deja cogerse el autobús hasta Oviedo.

Entonces oigo de nuevo la música y miro a través de mis dedos. Laura está repantigada en la silla, mirando con una radiante sonrisa a un Julián perplejo. Giro el rostro y observo que Chema está de la misma manera, sin poder apartar los ojos de ella. Y también como sus labios comienzan a curvarse en una sonrisa que pronto se convierte en una carcajada. Se aprieta el estómago con las manos entre risas, mientras Laura y Julián siguen con el duelo de miradas.

—Vale —dice este un rato después, casi como si le doliera—. Tenías razón.

—Ya lo sé —le suelta ella sin modestia alguna—. ¿Me permites ahora que elija mi pareja?

—Ah, pero, al final, ¿vas a ir? ¿En serio? —le pregunto yo. No me puedo creer que vaya a llevar esto hasta el final.

—Desde luego. Y voy a hacerlo todavía más difícil. Voy a ir con alguien que no ha levantado ni la mano. —Mueve un poco la cabeza y mira al frente—. ¿Colás?

—¿Eh? ¿Qué? —El pobre está todavía patidifuso.

—¿Vamos juntos al baile?

—Eh... Esto... Sí, como quieras.

—Genial. —Se sacude las manos con salero y vuelve a apretarse la coleta—. Pues ya está.

Es justo ahí cuando Julián también rompe a reír, contagiándonos a todos. Y, cesadas las risas, comenzamos a hablar del baile, donde, aparte de las reglas mencionadas, también hay que ir vestido de época. A mí me hace especial ilusión, pues tampoco he asistido nunca. Sí me disfrazaba para asistir a la procesión, pero nada más.

En un momento dado, Chema aprovecha una pausa para acercármese mucho.

—¿No podemos escaparnos un rato? —me pregunta en voz baja.

Mi estómago da uno de sus vuelcos, esta vez doble o triple salto mortal. Sin mirarlo, pues también siento arder las mejillas, me giro hacia mi hermana y me la encuentro con la vista clavada en mí.

Sin necesidad de que le diga nada, se levanta como impulsada por un resorte.

—Colás. Vamos a dar un paseo —casi ordena. Y él se incorpora mirándola con la boca abierta—. Nos vemos en la puerta cuando tú quieras —me dice a mí.

—Bueno... ¿Sobre las dos?

—Que sean las tres, anda. No seas aguafiestas.

Sé que esto lo hace por mí, así que sonrío agradecida y me dejo llevar por ella y por las ganas de estar con Chema.

—Vale.

Vemos como se acerca a Colás y se pone a su lado. Y todos soltamos una carcajada cuando, a pesar de la música, podemos oír sus palabras hacia él.

—Y las manos quietas. Hoy y el doce de octubre, ¿entendido?

Como si el pobre tuviese el valor de usarlas para tocarla.

CAPÍTULO 3

Laura

Vivir en la capital es una gozada. Si esto me encanta, en Madrid podría flipar. De hecho, el sueño de pasar allí una temporada cursando un máster al acabar la carrera se hace cada día más fuerte. Claro que eso sería abusar del esfuerzo de mi familia, ¿no?

Quizá por eso encontrar un trabajo que pueda compaginar con las clases es algo que también da vueltas en mi cabeza. Me apetece ser un poco independiente económicamente hablando, aunque para ello tenga que prescindir de mis fines de semana libres, que suelo pasar en El Pilar.

Mis compañeras de piso son increíbles. Hasta para eso he tenido suerte. María, de Cudillero, la ciudad más cercana a mi pueblo después de Luarca, es un amor. Simpática y divertida, además de muy cariñosa. Está en mi clase, así que podremos ayudarnos mutuamente a sacar este curso adelante. Esther, algo mayor que nosotras, trabaja en El Corte Inglés y, aunque también es un encanto, tiene novio y un círculo social muy diferente al nuestro, por lo que el trato se limita solo a dentro de casa.

Ahora mismo estoy haciendo la pequeña maleta mientras María, tirada en mi cama, hace un *test* de esos chorras en una revista. De vez en cuando me suelta una pregunta que yo respondo con un sí o un no, sin molestarme en pensarla demasiado.

Lo cierto es que tengo que reconocer que, a una parte de mí, le hace especial ilusión ir al pueblo. Quién me lo iba a decir, eh, que moría por salir de allí. Aunque, claro, yo lo que realmente quiero es abrazar a Clara y cotillear con ella hasta que nos caigamos rendidas de puro agotamiento lingual. Ignoraba hasta qué punto iba a echar de menos a los míos.

Porque de El Pilar en sí no echo nada en falta. Ni la rumorología, que es el ocio favorito de la mayoría, ni sus estrecheces de miras ni mucho menos el ver siempre las mismas caras. Lo único que quizá sí añoro es ver el mar. Eso y su olor impregnado en todas sus calles, que no son muchas.

Estoy convencida de que Dios se equivocó cuando hizo que naciera ahí. Tengo una teoría a ese respecto. Seguramente le faltaban habitantes para que cuatro calles cruzadas y un pequeño polígono alcanzasen la categoría de pueblo, así que colocó en él a alguien que tendría que haber estado destinada a una gran ciudad. O sea, a mí.

—Pues ya está. A ver. —María se da toquecitos con el lápiz en los labios comprobando, supongo, los resultados del estúpido *test*. Lee los de ella para sí mientras yo rebusco una bota bajo la cama. No está. Joder. ¿Dónde la habré metido? Vuelvo a abrir el armario y me pongo de rodillas apartando zapatillas en busca de la pareja perdida.

—Bueno... Puede que acierte y todo —comenta ella—. ¿Qué haces?

—Ah, aquí está. —Me levanto con la bota en la mano y una sonrisa triunfal—. No la encontraba.

Ella se ríe, pero vuelve a bajar la vista hacia la revista.

—¿Te leo el tuyo?

—Eso no son más que chorradas. Pero si te hace ilusión...

—Claro que sí. A ver... Aquí dice que vas a tardar años en poder estar con tu verdadero amor.

—Genial. No tengo ninguna prisa.

—Escucha. Y que es la persona que menos te puedas imaginar. Vaya —abre sus oscuros ojos

como platos—, eso significa que ya lo conoces...

—No, eso seguro que no. —Me río cuando la imagen de un tímido Colás viene a mi mente—. Y, por favor..., ¿cómo es posible que con un *test* sepan mi futuro? Es ridículo.

—Bueno, el horóscopo también lo sabe y...

—Ya. No sé cómo puedes creer en todo esto.

—¿Y por qué no? —Aparta su melena casi negra y me explica muy seria—. Yo creo que hay algo más de lo que vemos, Laura. Y que nuestro futuro está escrito en algún lado, también. Así que ¿por qué no he de creer que alguien sepa verlo?

Arqueo las cejas, incrédula, y señalo hacia sus manos.

—¿Una revista de tíos buenos y que también habla de zapatos? Permíteme dudarlo. —Suelto una carcajada sin poder controlarme. Es totalmente absurdo—. Además, para eso tienes tus cartas, ¿no? ¿En cuántos sitios necesitas buscarlo?

María frunce el ceño, hasta parece ofendida.

—¿Tú crees en Dios?

—Sí —respondo sin pensar. Quizá sea porque me lo han inculcado desde pequeña y no haya gastado mi tiempo preguntándome la verdad sobre él, pero sí creo que tiene que haber algo o alguien superior a nosotros.

—Entonces, ¿por qué eres tan obtusa con lo demás? Por ejemplo, los sueños...

Ahí me ha dado. Ella sigue parlotando sin parar, pero yo solo puedo ahora pensar en un sueño recurrente que suelo tener desde hace un par de meses. Ya van unas seis ocasiones en que he soñado lo mismo. Y, al despertar, el vacío en mi estómago es casi doloroso. Menos mal que se me pasa enseguida, porque no me permito comerme mucho la olla, pero es, como mínimo, extraño.

En él me encuentro en un salón grande, frente a unas cristaleras desde las que se ve el mar. Escucho música. Una que parece llamarme, así que me doy la vuelta y observo en medio de la estancia un piano negro, brillante y enorme. Sentado frente a él, veo a un hombre al que no reconozco, pero eso no evita que me acerque, como si poseyese una fuerza o energía desconocida que tira de mí. Me siento en su regazo y contemplo fascinada sus manos, acariciando las teclas y arrancándole una melodía preciosa. Cuando la curiosidad me hace mirar detenidamente al dueño de esos dedos mágicos, descubro un cuerpo vestido de época, pero también que no soy capaz de distinguir los rasgos de su rostro. Del cuello para arriba, lo envuelve una especie de halo que me impide verle la cabeza. Y, entonces, de repente y sin saber por qué, me enfado. Me incorporo muy deprisa usando el piano como apoyo. Mi mano se posa sobre la tapa y mis ojos se quedan fijos al frente, donde las palabras *Pearl River* acaban por ir desapareciendo una a una ante ellos. Hasta que me doy cuenta de que en ese salón, de pronto completamente vacío, solo quedo yo.

—Eh, Laura, ¿sigues con nosotros? —me pregunta María poniendo voz de ultratumba, como si estuviese invocando espíritus.

—Sí, tonta. Claro que sí —contesto apresuradamente, saliendo del trance e ignorando el escalofrío que he sentido solo al recordarlo. Miro el reloj y cierro la maleta con prisas—. Pero por poco tiempo. Me voy. Me voy o pierdo el tren.

Llego a casa el viernes a última hora de la tarde. Mi padre y Clara han ido a buscarme a la estación de Cudillero, por lo que me he ahorrado media hora en autobús. Mi hermana y yo nos hemos dedicado a sonreír como tontas y a hablar casi por señas durante el trayecto, pero ahora corremos escaleras arriba y nos metemos en su habitación para ponernos al día.

—No tenemos mucho tiempo. Tengo que ir hacer la cena —dice ella riéndose, al ver cómo me tiro sobre su cama y le hago señas para que se acueste a mi lado.

—Venga, diez minutos. Después te ayudo.

—Tú no sabes cocinar.

—Bueno... No tan bien como tú, pero me las arreglo. A ver si piensas que en Oviedo me voy de restaurante...

—No, lo que creo es que comes fatal. Estás más delgada.

Me palpo las caderas y levanto la cabeza para mirarme las tetas. Sí, quizás haya adelgazado algo, lo cual es de agradecer. Nunca he estado gorda, pero tampoco he tenido la esbeltez de Clara. Yo soy más curvilínea, vamos, que a mí los kilos siempre se me ponen en los mismos sitios. Culo y tetas.

—Venga, cuéntame —sigue interesándose Clara—. ¿Qué tal el finde pasado en el cumple de María? Supongo que os lo pasasteis genial, ¿no?

—Sí, sí, muy bien. Pero a lo importante... —demando muerte de curiosidad, pues hace dos semanas que no la veo y hay temas que por teléfono a ella no le gusta hablar—. ¿Qué tal con Rubio?

—¿Con Chema? ¡Genial! ¡Oh, Laura, lo quiero tanto...! ¡Estoy total, loca, apasionada y rematadamente enamorada de él!

—¡Vaya! —Río ante su entusiasmo—. Te creo, te creo.

—Es tan... —Con la mirada perdida, soñadora, se retuerce las manos a la altura del vientre y es incapaz de acabar la frase.

A mí me da la risa floja al verla en ese plan. Ya sabía que, entre ellos, la cosa iba muy bien, pero ahora parece que se va a poner a levitar de un momento a otro.

—Bueno... Entonces dime que ahora sí ha habido tema. Confiérame algo pervertido y sustancioso, anda. —La provocho moviendo las manos en un gesto obsceno.

—¡Laura! —Mi hermana se pone de todos los colores y se deja caer en la cama, sentándose a mi lado. Se tapa la cara con las manos y menea la cabeza. Veo como se mueven sus hombros y, como no creo que esté llorando por mi morboso fisgoneo, imagino que se está partiendo de la risa.

—Eh... Quiero saberlo —le suelto, dándole un pequeño empujón—. Todo.

Ella levanta el rostro hacia mí y sonrío traviesa.

—No te voy a contar todo, Laura. Me da mucha vergüenza —dice justo antes de morderse el labio inferior.

—Bueno, pero algo sí, ¿verdad? *Porfa...* ¡Algo sí!

Mi petición queda empañada por los gritos de mi padre afirmando que tiene hambre, así que nos sonreímos cómplices y salimos del dormitorio para preparar cualquier cosa rápida con la que llenarnos los estómagos.

Estoy segura de que, antes de que acabe el día, mi curiosidad habrá quedado medianamente satisfecha.

Aún no sé cómo lo he hecho, pero he conseguido algo que llevo tiempo queriendo hacer. Bueno, sí lo sé. Clara ha sido de una estimable ayuda convenciendo a mi padre con palabras dulces, mientras yo montaba un pollo casi exigiéndole que me dejase redecorar un poco el salón. Pero lo que importa es que lo logramos.

Así que aquí estoy, un sábado por la tarde, de camino a la ferretería de Rubio para comprar

todo lo que necesito.

A escasos metros de ella me cruzo con don Julio, el cura. Lo saludo con un escueto «hola» y él responde a mi gesto como siempre. Aprieta los labios, levanta ligeramente la barbilla hacia mí y luego menea la cabeza con desaprobación. ¡Por favor! No puedo creerme que siga guardándome rencor por algo que hice hace más de diez años. ¿No se supone que los curas predicán el perdón y todas esas historias? Desde luego, su ejemplo deja mucho que desear. Es cierto que lo que hice no estuvo bien, pero tenía ocho años, joder. Además, tengo que decir en mi defensa que el sermón del domingo anterior había estado lleno de consejos sobre compartir y no ser egoístas. Así que yo, como buena cristiana, quise compartir con todos los feligreses mi perfume de la Barbie, un regalo de mi último cumpleaños. Lo eché en la pila del agua bendita, para que todo el mundo al entrar en la iglesia pudiese disfrutar de él. Pero nadie lo hizo, a juzgar por las caras que se les iban quedando. Y a don Julio por poco le da un telele. De hecho, el sermón que me echó en aquella ocasión fue el más largo de su historia. Porque sí, lo que tengo de bueno es que confesé que había sido yo. Esconder la mano y no aceptar mi culpabilidad no es uno de mis defectos, aunque en alguna ocasión me haya replanteado esta inútil virtud.

Hago una mueca ante el recuerdo mientras entro en la ferretería y comienzo a repasar la lista mental de todo lo que necesito. Quiero ponerme a ello ya, pues solo tengo el día de mañana y el siguiente; el martes es el día del Pilar y debería estar listo. Necesito el día libre para ir a comer fuera con la pandilla y asistir al dichoso baile, así que más me vale acabarlo antes, que no tengo ninguna intención de faltar a clases el miércoles.

Me encuentro a Rubio detrás del mostrador, subido a una escalera colocando unas pequeñas cajas de cartón que supongo que contendrán clavos, tornillos o algo parecido. Me alegro un montón de que no sea la sosa de su madre la que me atiende, pero casi prefería que estuviese su padre. No sé por qué, pero, de pronto, me siento un poco incómoda.

Mi vista, sin yo pretenderlo, se fija en cómo le sientan los vaqueros. Joder, tiene un buen culo el cabrón. Y después de haber estado hablando de él y sus maravillas durante buena parte de la noche, no puedo dejar de imaginarlo en sus momentos íntimos con mi hermana, lo que me avergüenza y me cabrea conmigo misma. ¿Qué demonios estoy haciendo? ¿Estoy tonta o qué?

—Hola —digo más alto de lo normal, consiguiendo que él se gire muy rápido hacia mí. Si ahora se cayese, creo que hasta yo me ruborizaría. Pero no. Apoya una mano en la estantería y consigue estabilizar la escalera que momentos antes se tambaleaba.

—Joder, Laura, al final vamos a tener todos razón. Eres un peligro —dice, ya bajando. Y, aunque seguramente lo diga de broma y la sonrisa que luce en la cara es una buena pista, yo me cabreo todavía más.

Sé que en esta mierda de pueblo no soy más que una niña loca con pantalones de cuero y faldas demasiado cortas, que siempre está haciendo el payaso y que carece de la más mínima vergüenza. Pero eso no es así. Bueno, sí, lo es. Pero también tengo mi lado responsable, dulce y bueno. En realidad, a pesar de mi fama, nunca he hecho nada de lo que verdaderamente tenga que abochornarme. Soy algo más que lo que todos creen ver y algún día se lo demostraré.

Y, por alguna razón que se me escapa, me molesta más de la cuenta que Rubio no vea más allá que todos esos ignorantes.

—Vengo a por pintura, brochas y rodillos —recito sin entrar al trapo—. Y si tienes papel pintado, me gustaría verlo.

Él se queda parado, observándome fijamente durante lo que a mí me parece una eternidad. Frunce el ceño y se pasa los dedos por él, como si quisiese alisárselo.

—Era una broma, Laura. —Apoya las manos sobre el mostrador—. De verdad.

Sé que he estado cortante y seca, pero esa disculpa no era necesaria. Claro que era una broma y una parte de mí lo sabía. ¿Qué narices me pasa hoy?

—Ya. Es que tengo prisa —razono, para quitarle hierro al asunto—. ¿Me dejas ver la carta de colores?

Él me mira durante un par de segundos más mientras se agacha un poco para cogerla bajo el mostrador.

—Aquí tienes. ¿Tienes más o menos claro lo que quieres?

—Sí. —Paso las gruesas hojas y me detengo en un color en particular, repasando con mis uñas pintadas de verde todas sus gamas—. Azul, pero un poco oscuro. Y mate, ante todo tiene que ser mate.

—El azul petróleo o el cobalto son bonitos. ¿Qué vais a pintar?

—El salón —contesto sin mirarlo.

—¿Os va a ayudar tu padre? —se interesa, incluyendo en ese plural, me imagino, a Clara.

—No. Bastante tuvimos con convencerlo para que nos dejase hacerlo. No lo quiero por allí. Podría darle un patatús mientras no terminamos todo.

Él suelta una carcajada que hace que me llegue su aliento. A fresas. ¿Cómo es posible? ¿Será que destila amor o quizá solo se está comiendo un puto chicle? «Ya, Laura, deja de pensar idioteces, por Dios».

—¿Cuándo os vais a poner con ello?

—Mañana por la mañana. A ver si adelantamos bastante. —Lo miro fugazmente antes de continuar con algo de sorna—. Clara quiere la tarde libre, no sé por qué será.

Él vuelve a reírse y apoya los codos en la madera, acercándose demasiado a mí.

—Será porque quiere estar con este tío bueno.

Levanto la cabeza y lo miro con los ojos entornados ante tanta chulería, pero él solo sonrío y me guiña un ojo antes de incorporarse un poco y ponerse en plan profesional.

—Podría ayudaros. Se me da bien pintar y cualquier cosa de ese tipo. Vamos, los trabajos manuales son lo mío.

Tengo que bajar la cara y esconderla entre la melena, que, por suerte, hoy llevo suelta, para que no pueda leer en ella lo que se me está pasando por la cabeza al oír esa frase. Dios, ¿pero qué coño me pasa? Siento unas ganas tremendas de comenzar a reír como una loca, en serio. Una risa nerviosa me sube desde el pecho y lucho con todas mis fuerzas para tragármela y no soltarla. ¡Era justo lo que me faltaba! Entonces sí que creería que estoy como una cabra. Eso sin contar con que, desde hace tanto tiempo que ni me acuerdo, creo que mi rostro hace juego con mi pelo. Mis pecaminosos pensamientos han logrado lo que muchos quisieran hacer.

—Laura... ¿estás bien?

—Sí, perfectamente. —Enfadada conmigo misma y muy desconcertada por mi comportamiento, suelto lo primero que se me pasa por la cabeza—. Pero ni estás tan bueno ni te necesitamos, gracias. ¿El papel?

Él disimula una sonrisa y se toca el puente de la nariz con el índice. Que le haya hecho gracia mi pequeño ataque ni me lo esperaba ni me gusta demasiado.

—Vale, el papel —acaba por decir—. Ahora mismo vuelvo. Mucho solo lo vendo por encargo, pero te voy a traer las muestras de los rollos que tengo ahora mismo en *stock*, ¿vale?

—Sí, perfecto.

Cuando se mete en la trastienda y desaparece de mi vista, apoyo la frente en el mostrador y me insulto mentalmente hasta que me canso. Me doy cuenta con auténtica preocupación de que, después de mi gran escena la última vez que nos vimos, aquella en el Pantera Rosa en la que me

subí a la mesa, fue su cara la primera que busqué para ver su reacción. Fue algo fugaz, pero terriblemente consciente.

«Oh, no, Dios. Tienes que cortar esto de raíz, ya».

Me yergo en toda mi estatura, que no es mucha, y trato de serenarme. Él no tarda en aparecer con varios rollos de papel en las manos y los deja sobre el mostrador, inclinándose después hacia mí hasta apoyar los antebrazos en él.

—Aquí tienes. Yo creo que al menos cuatro de estos pueden ir muy bien con el azul. ¿Tú qué dices?

Me mira y alza las cejas ante mi mutismo, supongo que esperando a que yo dé mi opinión, claro. Pero es que, mierda, nunca me había fijado en lo bonitos que son sus ojos.

—Sí, sí... Cualquiera... Cualquiera de ellos va muy bien. A ver... —Rogando por que no le dé importancia a mi absurdo balbuceo, me dedico a observar los papeles con detenimiento. Descarto dos que no me dicen nada e intento visualizar la pared que voy a empapelar con los otros dos. Pero hay algo que no me deja concentrarme del todo. Es... Un olor. Joder, es su olor. Usa una colonia discreta, supermasculina y riquísima.

Ay, por favor... Pero ¿qué coño...?

Me aparto con disimulo y, durante unos minutos, consigo llevar a cabo mi cometido.

—No, ninguno de los dos. Me voy a llevar ese. —Señalo uno de los que él ha apartado a un lado por no tener azul. Es de un gris muy suave con dibujos abstractos en negro y gris más oscuro. Los muebles que compramos hace relativamente poco son blancos. Con ese papel como fondo y la pared de al lado de un azul a juego con los sofás, quedará genial.

—Ah, vale. Muy bien. Tú eres la experta —afirma con una sonrisa.

Sonríó fugazmente y le dedico toda mi atención a la carta de colores.

—¿Te importa si me la llevo para saber cuál es el color más parecido a los sofás?

—Desde luego que no, cuñadita. Si quieres la recojo yo mismo cuando me acerque a buscar a Clara sobre las diez.

—Sí, claro. Perfecto. —Lo miro y no puedo evitar mi siguiente comentario—. Y con respecto a ella, ya sabes lo que te dije.

Él se ríe entre dientes, supongo que para no hacerme el feo de soltar una carcajada. Lo cierto es que que alguien como yo, que le llega a las axilas, lo haya amenazado con algo verdaderamente doloroso si le llega a hacer daño a Clara, debe de resultar hasta divertido. Pero tampoco pude evitar hacerlo, aprovechando un momento, en los primeros días de su relación, en que lo encontré a solas.

—Sí, no se me olvidará en la vida —asegura con una sonrisa encantadora. Luego se pone un poco más serio y acerca su cara a la mía—. Y no te preocupes, ¿vale? Clara es increíble. La única chica con la que quiero estar y a la que respeto muchísimo.

—Entonces, OK. No tendremos problemas. Dame el papel y hazme la cuenta, anda. —Y creo realmente cada una de las palabras que acaban de salir de su boca.

Él, sin haber perdido del todo la sonrisa, se gira y coge algo de una estantería. Coloca al lado de mis manos un rollo de esa cinta amarilla necesaria para recortar y me guiña un ojo.

—Supongo que también necesitarás esto, ¿no?

Asiento como una boba. Se me había olvidado por completo.

—Venga, esto es un regalo de la casa. Al fin y al cabo, vamos a ser familia —suelta, sin aparente malicia.

—Vale, gracias. Perfecto.

Pero nada es perfecto, joder. ¿Qué demonios me pasa?

Me observo en el espejo y no me reconozco. Así debió de vestirse la bisabuela de mi tatarabuela, y es incómodo de narices. Como no llego a los pequeños botones de la parte de atrás, corro a la habitación de mi hermana.

Ella está anudándose el lazo del cuello, ya vestida. También se ha recogido media melena con una pequeña cinta a juego con su ropa y ese peinado la hace incluso más dulce y joven. Está guapísima. Pero, en lugar de decirle eso, suelto lo primero que viene a mi boca.

—Claro. El tuyo se abrocha por delante. Muy lista. Poniéndole las cosas más fáciles a Rubio, me imagino.

Ella se ruboriza y abre los ojos como platos. Da un último tirón a su lazo y se acerca a mí girándome sin mucha delicadeza.

—Déjame ayudarte, anda.

—Para eso he venido.

—Y deja de decir esas cosas. Y, sobre todo, no se te ocurra decirlas nunca delante de él, ¿me oyes?

Me echo a reír. La pobre parece muy apurada al pensar en semejante situación. Como no puedo hacerle esa promesa, pues no soy de las que filtra mucho antes de hablar y me conozco, la abordo por otro lado.

—¿De verdad aún no lo habéis hecho? —pregunto girando la cara para verla.

—No —me responde con un resoplido, concentrada en mis botones—. Ya te lo he dicho.

—Ya. —Me muerdo la carne de la mejilla y espero los escasos segundos que tarda en acabar de abrocharme el vestido. Entonces, me doy la vuelta y le cojo las manos mientras la miro a los ojos—. Pero... ¿es porque no quieres?

—No sé. —Se suelta y se sienta en la cama mientras abre un pequeño bolso y, un poco nerviosa, revisa su contenido—. Tampoco me lo ha pedido. Simplemente... Bueno, lo que te conté.

—Cortas sus avances. Vamos, que cortas todo el rollo.

Ella me mira a la cara entre asombrada y divertida.

—Sí, algo así —termina reconociendo con un suspiro.

—¿Porque no quieres? —repito mi pregunta anterior. Al fin y al cabo, eso es lo único que me interesa.

—Sí quiero —dice muy bajito, tanto que no estoy segura de haberla oído bien—. Pero... ¿debo?

Vale, ahora sí sé que mi audición está en plena forma. Me siento a su lado y la miro con fijeza.

—En este caso, debes hacer exactamente lo que quieras, Clara. A Rubio le importas. No eres una más, si eso es lo que te frena —afirmo. Y no hago otra cosa que decir lo que siento. Ella se merece soltarse y disfrutar de esa relación. Ella se merece ser feliz. Ella se lo merece todo, joder.

Clara permanece muy seria durante unos segundos, pero una sonrisa tímida pronto se hace con su boca, ampliándola en segundos.

—Creo que lo sé —confiesa.

Sonríó y me levanto rápidamente tirando de ella. Estos momentos íntimos y profundos acaban por incomodarme un poco y no sé por qué.

—Entonces... vámonos. Y a pasarlo bien. Cada una como pueda. —Le doy una cachetada en una nalga—. ¡Que no se diga que llegas virgen a los veintidós! —le suelto, corriendo ya hacia la

puerta para que no me devuelva el azote.

Oigo su exclamación ahogada, casi horrorizada, pero también, de pronto, sus risas.

—¡Que no digas esas cosas!

—Bah... Pero, claro —continúo cachondeándome—, ¿qué se podía esperar de alguien a quien le gusta Marisol? ¿Ves? Hoy estás en tu elemento, usando ropa de varios siglos atrás.

—Serás... Que sepas que Marisol no es de hace siglos, lista.

—Ay, no, pero de tu época tampoco. —Me río.

Y así bajamos las escaleras, entre pullas y bromas, y no todo lo deprisa que quisiéramos gracias a nuestros vestidos.

Al acercarnos a la puerta del salón, vemos a mi padre repantigado en el sofá viendo un partido en la tele.

—Papá, nos vamos —anuncia mi hermana entrando y dándole un beso en la mejilla.

—Vale. De acuerdo. Pasadlo bien... Pero no demasiado —deja caer. A veces me pregunto si nos habrá puesto algún tipo de micrófonos en los dormitorios—. Y no vengáis muy tarde. ¿A qué hora acaba el baile ese?

Clara me mira y se encoge de hombros.

—No sé —dice, todavía con los ojos puestos en mí.

—Bastante tarde —respondo yo, a pesar de no tener ni idea—. Pero no te preocupes por nosotras. Yo me quedaré a dormir en casa de Nieves, te lo había comentado, ¿no?

¡Dios! Qué buena soy mintiendo. No se me ha notado ni una pizca que lo acabo de inventar sobre la marcha, pero no quiero que hoy Clara esté condicionada por mi horario. Sé que está muy emocionada por el baile y quiero que esta noche para ella sea lo más perfecta posible.

Mi hermana arquea las cejas, pero sonrío. Ella sí se ha dado cuenta de lo que tramo; después de todo, es la persona que mejor me conoce.

—Está bien —acepta mi padre mirándome fijamente mientras se pasa dos dedos por el bigote—. Pero te recoges en cuanto termine, ¿de acuerdo?

—Sí. Prometido. —Le hago un saludo militar y él me lo corresponde poniendo mala cara, por lo que corro a besarlo para borrar su ceño fruncido.

—Hala, iros —nos despide con un ademán, disimulando ahora una sonrisa que nos hace reír.

Ya a solas de nuevo en el pasillo, Clara detiene mis pasos apresurados hacia la puerta sujetándome de un brazo y vocaliza un «gracias» silencioso que me inspira una ternura inmensa. Igual que esa sonrisa radiante que siempre quiero ver dibujada en sus labios.

Chema

Clara está tan guapa que no me canso de mirarla. Debo de tener incluso cara de pardillo, pero no puedo evitarlo. Es que lo que siento a su lado es diferente a todo lo que he vivido. Es más. No sé explicarlo de otra forma.

No solo sé que la quiero a rabiar a pesar del poco tiempo que llevamos juntos, sino que estoy seguro de que es para siempre. A veces todavía me cuesta creer que es mía. Bueno, mi novia. Lo de «mía» ha sonado bastante... cavernícola. Pero, joder, es justamente así como me siento. Un tonto cavernícola enamorado hasta el garrote.

Disimulo una sonrisa irónica y quito la mano del cambio de marchas para ponerla sobre su muslo. Ella me mira, sonrío y se toquetea el flequillo. Me encanta hacerla sentir así, algo nerviosa y también expectante. Aprieto suavemente y percibo que todo lo que pillo solo es ropa.

—Pero... ¿Qué coño tienes puesto? —pregunto, frustrado.

Clara se echa a reír con ganas y se muerde el labio inferior.

—Bueno, a ver... Pololos, enaguas, falda y sobrefalda —enumera, levantando un poco la delicada tela verde llena de encajes.

—No tienes frío, ¿eh? —bromeo.

Ella vuelve a reírse, soltando unas carcajadas profundas que no solo son contagiosas, sino que me ponen a mil. Jesús, esta tiene que ser la noche. «Por favor, Dios mío, que sea la noche».

El baile ha estado genial. La verdad es que nos lo hemos pasado bomba, bailando esas cuadrillas que todos hemos improvisado como podíamos y luego haciendo bromas alrededor de la mesa del ponche, como si estuviésemos realmente varios siglos atrás.

Todos acudimos vestidos de época, y algunos trajes, como los de Clara y Laura, por ejemplo, eran auténticas obras de arte. De hecho, gracias a eso, mi novia tiene varios encargos para el año que viene que la mantendrán ocupada varios meses.

Yo visto un traje marrón que perteneció a mi abuelo. Por suerte, era tan alto como yo y casi de la misma complexión, por lo que apenas ha necesitado reformas. Mi camisa blanca tiene chorreras. ¡Chorreras, por el amor de Dios! Solo Clara pudo convencerme para ponerme algo así, pero al final hasta logré verme elegante y todo.

Aparte de estar con Clara, lo mejor de la fiesta fue, sin duda, obra de Laura. No solo vació una botella de ron en una de las ensaladeras del ponche, que a saber dónde la llevaba escondida, sino que hizo el papel de dama victoriana tan bien durante toda la noche que más de una de las señoras presentes todavía estarán preguntándose si no tendrá una hermana gemela por alguna parte. Sin embargo, aunque eso tuvo mucha gracia, las frases irónicas que soltaba solo para nuestros oídos eran las que nos hacían estallar en carcajadas ruidosas e inesperadas, sin que el resto de los asistentes comprendiera el motivo.

—Me lo he pasado muy bien en el baile —comenta Clara leyéndome el pensamiento.

—Estaba pensando en eso mismo. Ha estado genial. Tu hermana es increíble. Y tengo que reconocer que tenía un concepto equivocado de ella.

—Supongo que solo veías lo que todos. —Me excusa ella—. Pero ella es muy especial. Es... única.

Hay tanto orgullo en su voz que incluso me sorprende. Sé que la adora, que la quiere casi demasiado, pero esto es nuevo. Aunque ahora que conozco un poco más a Laura, tampoco tiene por qué asombrarme. He visto cómo ha dejado el salón y es una maravilla lo que ha hecho con el sitio en dos escasos días. E, indiscutiblemente, lo que ha inclinado la balanza del todo ha sido ver

cómo trata a Clara.

La verdad, nunca he conocido a dos hermanas que se lleven tan bien y que se admiren tanto mutuamente. Yo no tengo mucha referencia, porque, aunque sí tengo una hermana, esta se fue a América con su marido cuando yo no levantaba dos palmos del suelo. La diferencia de edad y la distancia fue —y sigue siendo— un gran hándicap entre nosotros. Y tampoco puedo compararlas con Julián y Colás, que, aunque matarían uno por el otro, también es cierto que el primero parece disfrutar torturando al segundo a la menor ocasión.

—Esta noche se ha quedado en casa de Nieves solo para que... —Clara se calla y se muerde el labio inferior al tiempo que gira la cabeza para que no le vea la cara, perdiendo la mirada en el paisaje oscuro a través de la ventanilla.

Sonríó travieso imaginándome el final de la frase. Y, aunque lo intento de veras, me resulta tan excitante verla ruborizada que no puedo dejar de provocarla.

—¿Para...?

—Bueno, ya sabes. Para que pudiéramos estar más tiempo juntos. Mi padre es un poco pesado con eso de que lleguemos juntas y ella tiene un horario más corto que el mío —habla de corrido, casi sin respirar. Aunque en medio de ese despliegue de palabras ha encontrado el valor para mirarme de nuevo.

Y yo tengo que dejar de apartar la vista de la carretera si no quiero empotrarme contra un árbol o caerme por un terraplén. No me ha preguntado a dónde vamos, y sé que se lo imagina fácilmente. Es la segunda vez que subimos la montaña para ir al mirador, un sitio precioso, que de noche lo único que tiene realmente bueno es la privacidad. Eso si no contamos con algún coche más, con alguna pareja dentro, que haya pensado lo mismo que nosotros, claro.

El resto de las veces que nos hemos metido mano y besuqueado hasta el dolor ha sido en sitios más cercanos, a veces sin siquiera un vehículo a nuestro alcance. Ella no se atreve a meterme en su casa a pesar de las ausencias de su padre algunas noches y yo... Yo no me planteo ni la idea de hacerlo en la mía. Mis padres son los típicos que no abandonan su hogar a no ser que las circunstancias se lo exijan. Nada de fiestas, ni de cenas, ni mucho menos vacaciones, evidentemente.

Cuando llego a una especie de cruce, en vez de seguir montaña arriba, me desvío a la derecha. No se ven los indicadores, pero, a diferencia de ella, yo sí he estado aquí en muchas más ocasiones. Aunque ninguna fue tan especial como la última con Clara, ni espero que esta. Con ella todo es distinto, como si fuese algo más que mi cuerpo lo que participa en el placer al conocer el suyo.

«Jesús, estás hecho un cursi de cojones». Pero así es exactamente como me siento. Con ella todo es mejor.

Cuando llego al claro, tenuemente iluminado por una farola que alumbraba un monumento a la Virgen del Pilar, mis faros también ayudan a iluminar la media docena de coches que ya hay allí. Busco un lugar algo apartado de ellos, conduciendo muy despacio, pero, aun así, los dos somos conscientes casi a la vez del meneo que se trae uno de ellos, moviéndose arriba y abajo como si una mano gigante e invisible lo golpease rítmicamente.

—Joder... —susurro, esbozando una sonrisa irónica, porque habría preferido que no fuese todo tan evidente. Los dos sabemos que no hemos venido aquí a jugar a las cartas, pero esto hasta se me hace violento a mí.

La miro de reojo y la veo con los ojos clavados en el coche. Se repeina el flequillo y luego me mira con cara de circunstancias.

Sé que no es el mejor momento, pero se me escapa la risa. He pretendido que resultara todo de

lo más romántico sin tener que recurrir a alquilar una habitación en la ciudad más cercana, pues no tenemos tanto margen, y parece que me ha salido el tiro por la culata.

Gracias a Dios, ella responde a mis risas con otras, aunque más suaves. Deja de tocarse el pelo y retuerce las manos en su regazo.

—Si quieres, nos vamos —me oigo decir. Y soy el primer sorprendido.

—No, no. Da igual, de verdad. Aparca, anda.

Me alejo unos metros de los coches y de la farola, y apago el motor. Me giro en el asiento y la observo durante unos segundos. Aunque está bastante oscuro, no tardo en acostumbrarme a la penumbra, y el lejano resplandor de la lámpara junto con la luna llena, me ayudan a verla bastante bien.

—Menudas pintas tenemos —dice ella, rompiendo el silencio y tocando con suavidad las chorreras de mi camisa—. Pero estamos guapísimos, ¿a que sí?

Sonríe e inclino la cabeza hacia un lado.

—Estoy convencido de que te encantaría vestir así siempre. Me da que adoras estas ropas.

—Sí, es verdad. Pero bueno, en invierno, eh. Porque en verano debe de ser un horror. — Mueve la docena de capas que tiene sobre sus piernas y se echa a reír.

Y no sé qué tiene su risa, pero me sube la libido como si se hubiese desnudado al completo. Estiro una mano y le acaricio una mejilla justo antes de besarla. Es tan suave, toda ella.

Ambos nos dejamos llevar por el beso hasta que nuestra excitación nos supera. O, al menos, la mía. Sin dejar de besarla, desato el lazo que tiene en el cuello y desabrocho los diminutos botones de su corpiño. Sé que estoy pisando terreno firme, pues es algo que ya me ha permitido en otras ocasiones, así que, sin dudar, meto mis manos a través de la tela y alcanzo sus pechos aún dentro del sujetador. Los acaricio hasta que los pezones se ponen duros y la siento, más que la oigo, gemir en mi boca.

Cuando comienzo a sudar, me aparto un momento y me deshago en un santiamén de la chaqueta. Me gustaría quitármelo todo, a decir verdad, pero con Clara quiero que marque ella las pautas de nuestra relación sexual y, ahora mismo, me temo que esta tampoco será la noche.

Vuelvo a su boca y a sus pechos y me recreo muchísimo tiempo en ellos. Cuando me doy cuenta, son mis labios los que ya los están besando y chupando. Mi mano se ha escondido debajo de sus faldas, pero solo alcanzo a encontrar más tela por todas partes. Joder, malditas polainas o como se llamen.

Hoy no haremos el amor, pero estoy decidido a darle un orgasmo. La última vez me paró antes de que lo lograra y ya son cuatro meses. Unos de los dos debería volver a casa con algo más que un calentón.

Sorprendido, percibo ahora que también me separa. La miro a la cara, confuso, pero ella sonrío y se mueve en el asiento hasta que consigue sacarse no solo esos horribles pantalones flojos de tela, sino la que creo que debe de ser la enagua. Los deja amontonados a sus pies y me echa las manos al cuello para volver a besarme, esta vez tomando una iniciativa que me asombra gratamente.

Nos volvemos a besar no sé cuánto tiempo, mientras mis manos se pierden por todo su contorno, sus pechos y sus piernas. Cuando siento las suyas desabrochando mi camisa y perderse dentro de ella, suelto un pequeño jadeo que casi parece de dolor. Jesús, esto es como arder en las llamas del infierno, sobre todo sabiendo que tendré que esperar a llegar a casa para pajearme como un poseso.

Entonces Clara vuelve a sorprenderme. Con la sonrisa más pícaro que le he visto nunca en los labios, se levanta y, con una increíble facilidad, pasa al asiento de atrás. La miro como un

completo tonto hasta que me llama con dos dedos a su lado.

Me muevo lo más rápido que puedo y, en dos segundos, no solo estoy atrás con ella, sino que la he colocado a horcajadas sobre mí. La altura de la furgoneta es perfecta para esto y, aunque no es ni de lejos una cama, tampoco puede compararse con la incomodidad de la parte delantera, con el cambio de marchas y el freno de mano estorbando a cada momento.

Ella pasa los dedos por mi pelo, acaricia mi cara y dibuja el contorno de mis labios antes de agachar la cabeza y entregarme de nuevo esa dulce lengua que me vuelve loco.

—Clara... —gimo en su boca sin poder evitarlo.

Ella sonrío contra mis labios y comienza a mover sus caderas en una tortura exquisita que va a lograr que me corra en los pantalones.

Se incorpora un poco y me ofrece de nuevo sus pechos, que están a la altura ideal para mi boca. Dejándome llevar, le arrastro la parte de arriba por sus hombros, me deshago del sujetador y los cojo en mis manos, masajeándolos, mientras mis dientes capturan el pezón en pequeños mordiscos.

—Oh, Dios... —gime ella meciéndose con más fuerza sobre mí, buscando una fricción que ambos necesitamos con urgencia.

Le agarro las caderas y hago la suficiente presión para que deje de moverse. Una cosa es lo que necesite y otra muy distinta lo que me puedo permitir.

—¿Qué...? ¿Qué...? —pregunta aturdida.

—Cariño... Esto... Tienes que parar, ¿vale? O si no, al menos, déjame quitarme los pantalones —le digo entre besos.

Clara se echa hacia atrás unos centímetros y baja sus manos hasta su vientre. Mientras se las retuerce, me roza constantemente la polla, lo que hace que suelte un jadeo entrecortado. Jesús, hasta sin querer es capaz de llevarme al límite.

«Chema, andas salido, tío. Esto no es nada nuevo».

—No quiero parar —suelta de repente, dejándome a cuadros. Y la verdad, por su tono, ella parece tan sorprendida como yo.

La alzo y la siento a mi lado. Desabrocho el pantalón y quiero quitármelo tan deprisa que me lío y acabo peleándome unos segundos con los zapatos. Los calcetines terminan también en el suelo, pero me dejo los calzoncillos, eso sí, por no intimidarla y pensando que manchármelos es un mal menor. Entonces la miro, imito su sonrisa tímida y, tirando de sus rodillas hasta tenerla acostada debajo de mí, vuelvo a besarla.

Solo que ahora no nos conformamos con besos y caricias. Mi mano sube hasta sus bragas, pero la aparto cuando ella se contonea quitándose las faldas con una facilidad pasmosa.

La beso durante un buen rato antes de volver a intentarlo. Pero lo hago con decisión, metiendo esta vez la mano dentro de sus bragas y acariciándola con la mayor de las delicadezas. Está tan húmeda, gimiendo entre mis brazos, que ni siquiera lo pienso y le introduzco un dedo. Me quedo quieto un segundo, por si lo rechaza, como la última vez, pero ella empuja su pelvis contra mi mano y yo comienzo a moverlo sin miedo. En círculos, adentro y afuera y otra vez en círculos. Siento como se derrite alrededor de mis dedos, mojándolos con sus jugos y acompasando mis movimientos.

Casi se me para el corazón cuando noto una pequeña mano acariciándome el paquete. Es la primera vez que hace tal cosa y yo nunca tuve el valor de pedírselo. Casi con cautela, lo roza por encima del calzoncillo durante un tiempo que se me hace eterno y corto a la vez. Luego, más atrevida, mete la mano dentro y busca mi calor. Debo de estar ardiendo. Desde luego, si está tal como me siento, le va a hacer falta meter la mano en un cubo de Silvederma. De hecho, cuando sus

caricias se vuelven más osadas, rodeando toda mi erección y moviéndola arriba y abajo sin mucho control, yo ya estoy a punto de perder el mío.

Con ya dos dedos dentro de ella, agarro con mi mano libre la suya, que me manosea, y se la sujeto por encima de la cabeza.

—Un momento, cariño. Un momento —murmuro con la frente contra la suya, pero sin dejar de acariciar su humedad en ningún instante.

Ella gime y se retuerce, por lo que supongo que quiere que yo también me detenga, cosa que hago, sujetando ahora sus dos manos entre las mías. Casi por instinto, me restriego contra ella, frotando nuestros sexos, embistiendo a pesar de la ropa que sigue entre nosotros, imitando lo que, indudablemente, tengo ganas de hacer.

Clara suelta unos jadeos maravillosos que se mezclan con los míos. Joder, su cuerpo debajo del mío, ahora también buscando el contacto, me pone más cachondo de lo que he estado en mi vida.

—No quiero parar —repite en apenas un susurro. Y yo tardeo lo mío en caer en a lo que se refiere. ¿Qué quiere decir, por Dios?

Levanto un poco la cabeza e intento observar detenidamente su cara, a ver si, a pesar de la penumbra, hallo algo en ella que me lo explique.

—¿Qué? —pregunto segundos después, moviéndome todavía sobre ella, pero mucho más despacio.

—Dios... Por favor, hazlo, Chema. Ahora. Hazme el amor.

Jesús, creo que me quedo boquiabierto durante un instante. Pero pronto mi excitación se dispara. Esa mezcla de pasión y dulzura impresas en su voz es lo más erótico que he oído nunca. Esas palabras en su boca hacen que mi polla brinque, queriendo escapar de su cárcel de tela, captando incluso antes que yo todo lo que significan.

—¿Estás...? ¿Estás segura? —me obligo a preguntar, por si mi imaginación y mis ganas me la han jugado.

—Oh, sí. Por Dios... —dice levantando la pelvis, buscando todavía más roce.

No me hago de rogar. Bien sabe Dios que no. Me desnudo y le quito las bragas en un tiempo récord. Luego vuelvo a besarla, a estimularla y a volverla casi tan loca como lo estoy yo. Sé que esta no va a ser la mejor de mis hazañas, así que me impongo esperar unos minutos para ponerla a cien.

—Chema... Por favor...

Solo cuando la oigo suplicar por tercera vez, me siento y la arrastro conmigo, volviendo a sentarla sobre mí, con sus rodillas a ambos lados de mis caderas. La aparto lo justo para ponerme un condón que saco rápidamente del bolsillo del pantalón. Desde luego, la esperanza es un gran invento y una gran previsión.

—Hazlo tú, ¿vale? —murmuro en su cuello. Quiero que tenga el control, aunque yo la ayude en el momento crucial.

Permanece quieta durante apenas un segundo que se me hace largo y, luego, cogiendo mi miembro en su mano, se lo lleva a su tan deseada vagina. Lo introduce muy despacio, bajando sobre mí a cuentagotas, tanto que estoy a punto de sufrir un ataque de ansiedad como no acabe pronto. Con apenas la mitad en su interior, se detiene y agacha la cabeza con un gemido, imagino que porque le hago daño. Y, Dios, es lo último que quiero hacerle, pero ahora no puedo parar.

—¿Estás bien? —pregunto con toda la suavidad que ahora puedo permitirme. Solo quiero hablar a gritos, joder.

—Es que... duele —me confiesa con un hilo de voz que me rompe por dentro.

Capturo su boca con la mía y la beso hasta que parece haberse olvidado de que está casi engarzada en mí. Y, cuando menos se lo espera, alzo las caderas a la vez que la empujo hacia abajo, introduciéndome entero en ella.

La oigo ahogar un grito a la vez que se aferra a mí. Reprimo un taco y, aunque estoy en el puto paraíso, no muevo mi parte inferior ni un ápice. Me dedico a acariciarla con las manos por todos lados, encendiendo lo que parece haberse enfriado de repente. Al menos en su caso. Jesús, yo soy capaz de correrme sin hacer el mínimo esfuerzo. Aprieto los dientes y me muerdo un labio, buscando en el dolor un poco de aguante.

—Cuando puedas, muévete un poco, ¿vale? —le sugiero un poco después, creyendo que, quizá, espera que lo haga yo.

Y lo haría, vaya si lo haría, pero nadie mejor que ella sabe lo que ahora puede soportar.

Comienza a mecerse con un inmenso cuidado, adelante y atrás. Después rota un poco las caderas y, cuando la veo más suelta, la ayudo a alzarse y la bajo de nuevo. Ella inhala aire muy rápido, pero coge el ritmo a la primera y empieza a moverse en una sucesión de diferentes meneos, a la vez que sube y se deja caer sobre mí.

Joder, esto es superior. Como sé que si no hago algo se va a quedar a medias, llevo una mano a su clítoris y lo acaricio en círculos, apretándolo y soltándolo alternativamente. En realidad, hoy dudo mucho que ella pueda llegar de otra forma.

Me sorprende antes de lo esperado, jadeando y retorciéndose contra mí. Enrosca los dedos en el pelo de mi nuca y echa la cabeza hacia atrás. Yo sigo acariciándola solo por intuición e inercia, porque me dejo ir. Alcanzo un orgasmo increíble, que me hace estirar las piernas todo lo que puedo mientras me clavo todavía más dentro de ella.

—Oh, Dios... Oh, Dios... —Esa es ella, casi convulsionando en mis brazos.

—Joder... ¡Qué pasada! —Ese soy yo, el hombre más feliz del mundo.

CAPÍTULO 4

Clara

Hoy hace justo un año que Chema y yo estamos juntos. El mejor año de mi vida. Él es tan... Todo. Es cariñoso, atento, paciente y encantador. Y, por si eso fuera poco, yo no sé si será el amor, pero cada día lo veo más guapo. Siempre fue un chico resultón, pero ahora parece que su atractivo se alimenta del tiempo, porque no pocas veces me encuentro ensimismada mirándolo, como si fuese una especie de Dios bajado a la tierra. Y sé que es una blasfemia, pero al que venero de la misma forma.

Estoy tan rematadamente enamorada que la poesía que escribo solo es sobre él. Que me visto solo pensando en gustarle a él. Que, después de estar con Chema, tardo todo lo que puedo en lavarme las manos, pues ellas todavía conservan su olor. Me las llevo una y otra vez a la nariz como una tonta, reviviendo los momentos compartidos, enganchada a su aroma como una adicta.

Sonríó irónicamente ante mis pensamientos. Estoy hecha una romántica boba, soy la primera en admitirlo. La segunda es mi hermana, que, cuando estamos juntas, se pasa las horas burlándose de mí y de mi total ensoñación. Aunque, en el fondo, sé que está feliz por mí, complacida al saber que nuestra relación marcha de esta maravillosa manera.

Saco la carne del horno y pincho las patatas dentro de la olla. Están casi listas. Emplato las nécoras que he cocido antes y las llevo al salón.

Esta comida es muy importante para mí. No solo es nuestro aniversario y las fiestas del pueblo, sino que es la primera vez que Chema viene a comer a casa. Creo que yo fui la más sorprendida de los dos cuando mi padre insinuó que lo invitara. Mi chico se lo tomó genial, sin demasiado asombro ni nervios. Lo único que comentó era que le parecía penoso no poder invitarme a mí a la suya con la misma naturalidad.

Y es que su madre no está demasiado contenta con nuestro noviazgo. No es que tenga nada contra mí especialmente, sino que creo que se había hecho demasiadas ilusiones con el hecho de acabar como consuegra de Francisco Alonso. Yo siempre intuí en ella un poco de prepotencia, y esa confesión por parte de Chema acabó por demostrarme que tenía razón. Confesión que, por otra parte, me asombró oír de su boca. Él no es criticón por naturaleza, pero, después de una discusión con ella, supongo que necesitaba desahogarse un poco.

Vuelvo a la cocina, apago el fuego de la olla y la tapo del todo. Me dirijo al salón de nuevo para ver si en la mesa falta algo. Lo dudo mucho, pues he sido bastante puntillosa para que todo luciese perfecto, pero no puedo dejar de hacerlo.

Casi doy un respingo cuando escucho el timbre de la puerta, concentrada como estaba en doblar bien las servilletas. Miro el reloj y frunzo el ceño. Mi padre tardará aún alrededor de media hora más o menos, y Chema, otro tanto.

Mi sorpresa es mayúscula cuando la que está al otro lado es mi hermana, cargando con una maleta y una preciosa sonrisa.

—¡Hola! ¡Sorpresa! —grita, mientras, casi sin esperar a que me aparte para dejarla entrar, se planta en medio del pasillo. Suelta la maleta de cualquiera manera y me abraza tan fuerte que me crujen las costillas. Es menuda, pero siempre ha tenido muchísima fuerza—. ¿Qué pasa? Cualquiera diría que no te alegras de verme.

—No. No. No es eso. Desde luego que no —respondo sin poder creerme que esté aquí—. Es que... ¿Cómo no se te ocurre avisar de tu llegada, tonta?

—Porque, si no, no sería una sorpresa, ¿no crees?

—Ya... ¡Qué lista!

Ella frunce la nariz y me saca la lengua.

—¿Qué pasa? ¿Tenías planes? ¿Tal vez una comida romántica con Rubio? —Mientras habla, se acerca al salón y se queda parada mirando la mesa—. Bueno... Parece que sí. Pero espera... Hay tres platos.

—Sí, porque, aunque no será muy romántica con papá a la misma mesa, sí es verdad que hoy como con Chema —le digo sonriendo y ya acercándome al aparador donde guardamos nuestra mejor vajilla para sacar un cubierto más—. Y ahora también contigo.

—Yo... ¿Seguro que no molesto? —oigo que pregunta a mi espalda, y hasta parece un poco nerviosa.

Me giro y la miro con rareza.

—¿Cómo vas a molestar? ¿Qué parte de que papá estará presente no has oído? Además, esta sigue siendo tu casa, Laura —aclaro bromeando con una inmensa sonrisa.

—Ya... No sé. No será una pedida de mano o algo así, ¿verdad? Porque entonces...

Mis carcajadas frenan su absurda frase.

—Anda, ve arriba y sube la maleta. En menos de media hora comemos —digo, pasando por su lado y dándole un beso ruidoso en la mejilla—. Corre, venga, vamos.

—Vale, vale... —Sonríe y se da la vuelta, pero entonces gira solo la cabeza para decirme algo más—. Por cierto, la mesa está preciosa.

—Sí, lo sé. Gracias.

Sí, realmente lo está. La viste un mantel del mismo color azul de la pared y, sobre ella, hay velas, flores e incluso le he puesto a cada comensal su platito individual para el pan.

Laura no tarda nada en bajar. Apuesto lo que sea a que se ha limitado a tirar la maleta encima de la cama y nada más. Entre anécdotas de clase, de sus compañeras de piso y de sus últimas locuras, la media hora pasa volando. Porque tiene mucho que contar, ya que hace tiempo que no viene por casa. Los últimos exámenes la han tenido lejos de nosotros casi un mes.

Sentadas en la cocina, sentimos abrirse la puerta de la calle. Ambas nos levantamos y, al salir al pasillo, vemos entrar a mi padre. Justo tras él, también lo hace Chema.

—Hola, papá —lo saluda mi hermana, casi echándose a correr para besarlo en las dos mejillas mientras le da un gran abrazo.

Chema y yo nos miramos sonriéndonos y adivino un «hola» mudo en sus labios. Me acerco y le cojo una mano, sin saber muy bien cómo saludarlo delante de mi padre. Él no parece tener el mismo problema, porque agacha la cabeza y me da un suave beso en los labios, mientras su pulgar dibuja círculos sobre mi palma. Que mi padre esté ocupado ante la impetuosidad de Laura también ayuda bastante a que ninguno de los dos se sienta violento.

—Hola, Rubio —lo saluda Laura al cabo de un rato.

—Hola, Laura. Veo que sigues sorprendiendo, ¿eh? Clara me dijo que llegarías pasado mañana.

—Sí, pero bueno... ¡Aquí estoy!

—Y nosotros encantados —apunta mi padre luciendo una de sus escasas sonrisas. Se frota la barriga y me mira a mí directamente—. Y ahora, ¿qué os parece si pasamos al comedor? Llevo sin probar bocado desde bien temprano.

—Venga, vamos —lo secundo yo—. Comenzad a sentaros, anda. Voy un momento a la cocina a

por la comida.

—Te ayudo —se ofrece mi hermana ya encaminándose a ella.

La comida ha sido todo un éxito. La conversación ha fluido con facilidad y mis dotes culinarias han sido elogiadas hasta que me he puesto colorada. Ahora, con nuestros platos de postre ya vacíos y el café delante —bueno, en mi caso, una infusión—, mi padre se dirige a Chema.

—Oye, Rubio, he oído por ahí que lo de montarte por tu cuenta es casi un hecho. ¿Es verdad?

Chema sonrío de medio lado y, apoyando los antebrazos en la mesa, juguetea con su tazón.

—Bueno, sí. La gestoría ya está con todo el papeleo, y el boca a boca ya ha hecho que haya tenido la oportunidad de preparar varios presupuestos. Aunque, por ahora, cosas tan pequeñas como las que venía haciendo, nada del otro mundo.

—En este pueblo te va a resultar complicado despegar —apunta mi padre con sinceridad, pero mirándolo con orgullo, lo que hace que yo sonrío a pesar del comentario—. Ya sabes...

—Casi todo Dios trabaja para los Alonso. O en la fábrica o en el almacén —interrumpe mi hermana con una mueca de fastidio—. Aunque sea por miedo a perder su puesto, la mayoría no les hará el feo de contratar a otro constructor.

—A eso iba —dice mi padre, deteniendo su discurso.

—Ya lo sé. Y cuento con ello. Pero no es para tanto. No todos trabajan para ellos. —Chema pasea la mirada entre mi hermana y mi padre mientras habla—. Lo cierto es que son más o menos la mitad. Y, según mis cálculos, podré vivir bastante bien si un porcentaje del resto me elige a mí. —Apoya una mano en el respaldo de mi silla y amplía la sonrisa—. Además, se están haciendo muchas obras en el polígono e incluso casas nuevas en la carretera que lleva a él. No digo que vaya a ser fácil, pero...

—Difícil pero viable —lo apoya mi padre con una fugaz sonrisa—. ¿Vas a contratar a alguien para que te ayude?

—Bueno... Ahora mismo, quizá no. Seguiré compaginando la ferretería con los trabajillos que vayan saliendo, pero espero que sea cuestión de pocos meses. Sé que puedo contar con Julián cuando lo necesite, lo que lo hace todo más sencillo. El tío es muy bueno en lo suyo. Entre los dos y, a lo mejor, con un peón, podremos sacar el trabajo adelante.

Mi padre asiente con la cabeza y le da una palmada en el hombro antes de beber de su café. Chema intercambia conmigo una mirada elocuente ante ese gesto y luego clava la vista en su oscuro brebaje. Se encoge de hombros y sonrío de medio lado.

—A lo mejor peco de optimista —confiesa—, pero lo bueno de tener a los Alonso como competencia es que, seguramente, sean los únicos que tenga.

Laura y yo nos echamos a reír, y hasta mi padre lo hace entre dientes. Después de las risas, y tras otra de esas miradas expresivas, mi chico saca el tema que a mí también se me ha pasado por la cabeza en varias ocasiones desde que vi aparecer a mi hermana en la puerta.

—¿Qué vas a hacer mañana, Laura? —le pregunta.

Ella levanta un momento la mirada de su café y la clava en él.

—¿Mañana? ¿Yo? Nada en especial. Supongo que dormir parte de la mañana y luego quedar con algunos de los de la pandilla. ¿Por qué lo preguntas?

Chema vuelve a mirarme antes de contestarle.

—Bueno... Tu hermana y yo teníamos pensado acercarnos a Tapia de Casariego. Es un lugar al que suelo escaparme a hacer surf cuando puedo y la playa es una pasada. ¿Te apetece

acompañarnos?

Ella me mira también a mí antes de responder. Se encoge de hombros y parece incómoda.

—Bueno... No sé. Mejor no. —Mira a mi padre, que está pendiente de la conversación, y vuelve a encogerse de hombros—. Es que... no me va mucho eso de aguantar la vela.

Mi padre frunce el ceño y no saca la vista de Chema, que, de repente, sonrío con toda la cara y se recuesta en el respaldo de la silla.

—¡Por eso no será! También vienen Julián y Teresa, Colás, Ana, Pedro, Álvaro y tus amigas Nela y Nieves. Apúntate, anda.

—¿Nela y Nieves? —Laura vuelve a interrogarme con los ojos—. ¿En serio?

—Bueno... Sí. Nieves le pidió a su primo, en cuanto se enteró del viaje, si podían acompañarnos —le explica Chema. Nieves y Álvaro son primos hermanos y, a pesar de la diferencia de edad, se llevan muy bien. A lo mejor que ambos sean hijos únicos y sus padres estén muy unidos ha sido bastante significativo para que así sea.

—Yo creo... —Sonrío y le guiño un ojo a Laura—. Yo creo que a una de las dos le gusta Colás.

—¿Colás? —Laura parece realmente sorprendida.

Chema se echa a reír.

—No me digas que a quien le gusta es a ti. A ver si toda esa fachada de tía dura que te traías con él no era más que para disimular —se cachondea Chema.

Mi hermana entrecierra los ojos y lo fulmina con la mirada.

—¡Muy gracioso, Rubio! ¡Pero que muy gracioso! No es eso, desde luego. Simplemente me extraña no haberme enterado. Hablo con ellas a menudo.

—Bueno, mañana a lo mejor alguna confiesa. Y después si quieres decírnoslo...

—¿Es siempre así de cotilla? —me pregunta ella señalando a Chema tras su último comentario.

—No, pero... A mí tampoco me importaría saberlo, si te digo la verdad —respondo con una sonrisa traviesa.

—¡Vaya dos! ¡Tal para cual! —exclama ella.

—Dios los da... —bromea mi padre antes de darle el último sorbo a su café. Se levanta y se atusa el bigote—. En fin, muchachos, yo me voy a dormir una siesta. Clara, todo estaba riquísimo. Rubio, estás en tu casa. Laura... —Eso último casi suena a advertencia.

—¿Sí, papá? —contesta ella poniendo cara angelical.

—Ayuda a tu hermana a recoger todo esto y pórtate bien —le dice ya de espaldas, desapareciendo del salón.

—Joder... —murmura ella—. ¿Cuándo va a dejar de tratarme como a una niña? Yo siempre te ayudo y siempre me porto bien.

Yo me echo a reír y comparto con Chema una mirada divertida.

—Bueno... La primera parte puede ser; ahora, la segunda...

Laura se levanta y comienza a coger las tazas de la mesa.

—Mamá Clara, aunque no te lo creas, yo soy una niña buena —replica con sorna—. Y esta niña buena va a recoger la mesa y va a subir a su cuarto. Estoy cansada del viaje.

Me guiña un ojo y, con las manos totalmente ocupadas, desaparece camino de la cocina.

Chema se echa a reír y estira una mano para capturar una de las mías.

—Venga, adcentemos esto un poco y luego tú y yo podemos tirarnos un rato en el sofá.

—Vale. Pero... —Me muerdo el labio inferior y lo miro indecisa—. Pero mi padre está arriba.

—No pasa nada. —Ahora es él el que me guiña un ojo—. Yo también soy un niño bueno.

Tal como prometió, mi hermana se retiró a su cuarto después de echarnos una mano, y yo me encuentro pasándole una bayeta a la encimera, lo último que queda por hacer. Del salón se está encargando Chema, que hace unos minutos me pidió la escoba y el recogedor. Sonríe como una boba pensando en lo hogareño que esto resulta y en lo perfecto que es él. A veces incluso me da miedo lo mucho que lo quiero. Es como si tuviese la impresión de que algo tan bueno se tiene que acabar en algún momento. No es que haya tenido una vida difícil ni mucho menos, pero sí que ha sido diferente a la del resto de mis amigas. Y, de repente, estar viviendo algo tan mágico, digno de una de las mejores películas o novelas de amor, me encoge el corazón de alegría y temor.

Doblo la bayeta y la guardo dentro del armario bajo el fregadero y, todavía de espaldas a la puerta, me echo las manos atrás para deshacer el nudo del delantal que me he puesto.

Unas manos agarran las mías y yo doy un respingo, pero no tardo en sonreír sabiendo de quién son. Solo que no lo he oído entrar y mi corazón se desboca. Bueno, y ahora sigue haciéndolo, pues, todavía sujeta por él, siento como me besa el cuello hasta que captura el lóbulo de mi oreja.

—Chema... —No quiero que se aparte, pero mi tono lo da a entender. Me siento un poco violenta; al fin y al cabo, mi padre puede bajar en cualquier momento.

Él no me hace ni caso. Juguetea con mi oreja y vuelve a descender por mi cuello, hasta que sus pequeños mordiscos en mi nuca me hacen suspirar mientras todo el vello se me pone de punta.

—Joder, Clara... Esta faceta tuya de ama de casa me está poniendo malo —susurra, restregándose contra mí. Y sí, realmente parece que es así por el bulto que frota contra mis nalgas.

Antes de que pueda replicar nada, me gira en sus brazos con rapidez, besándome con unas ganas y una intensidad que me hace jadear. Dios mío... Por un instante olvido que estoy en la cocina, en mi casa.

Es él también el que le pone fin, apartándose muy despacio mientras me observa. Leo en sus ojos y en su expresión todo el amor que debe de estar leyendo él en los míos. Levanto una mano y le acaricio la mejilla. Se ha afeitado para la ocasión y me deleito ante su suavidad. Me acerco más a él para empacharme de su olor y disfruto de sus manos apretando mi cintura. Y todo eso, perdiéndome en todo momento en el castaño claro de sus ojos, que, gracias a la luz que entra por la ventana justo frente a él, los hace parecer dorados.

—Te quiero —murmuro sin haberlo pensado antes. Es que lo quiero. Tanto que, a veces, duele.

—Cásate conmigo. —Es su respuesta, que me deja perpleja. Mi cuerpo se queda rígido en sus brazos, conmocionado. Antes de que pueda asimilar lo que he escuchado, sonrío y vuelve a repetir más alto—. ¡Oh, sí, por favor, cástate conmigo!

Una sensación mezcla de placer y dolor me recorre entera. Ilusión, congoja, nervios. Una especie de calambrazo que baja por mi columna, expande mi pecho y se resguarda en mi vientre.

Sé que estoy boquiabierta, pero, por dentro, mi sonrisa es inmensa.

Supongo que, como toda chica, he soñado con este instante alguna vez. En él siempre había velas, quizá flores, rodillas en el suelo y un anillo. Un entorno especial para una ocasión única. Pero... ¡Dios! ¡Esta es perfecta! ¡Maravillosa!

—¡Sí! ¡Sí! ¡Sí! —grito echándole los brazos al cuello—. ¡Claro que sí!

—¡Sí! —exclama él también levantándose en el aire, donde me hace girar y girar mientras nos reímos como tontos, entre beso y beso, entre «te quiero» de mi parte y «hagámoslo pronto» de él.

Chema

Conduzco con bastante cuidado, pero tengo que reconocer que no estoy demasiado atento a las señales de límite de velocidad. Me dejo guiar por el monovolumen que lleva Pedro delante de mí y disfruto de la compañía.

Llevar un buen rato hablando casi todos a la vez. Y supongo que en el coche que me precede el tema no será muy diferente. A todos los sorprendió muchísimo la noticia de la boda, pero también los puso tan contentos que hubo más saltos, exclamaciones y gritos que en el Circo del Sol. La única que se limitó a sonreír dulcemente fue Laura, que ya lo sabía por nosotros desde ayer.

Yo estoy exultante. Todavía no hemos hablado de fechas, ni de restaurantes ni de nada, pero tendremos que ponernos a ello. Después de tomar esta increíble decisión, solo quiero que sea lo antes posible.

Pero eso será mañana. Hoy toca relajarse y pasárselo en grande.

Llevo meses deseando hacer este viaje. Bueno, casi un año, a decir verdad. Desde que empecé con Clara, solo me he escapado una vez con los chicos, pues a su padre no le hacía demasiado ilusión dejarla ir conmigo cuando apenas comenzábamos, y yo tampoco quería renunciar a pasar tiempo a su lado. Pero, por fin, ha llegado el momento. Me hace mucha ilusión poder disfrutar de las dos cosas con las que más gozo en el mundo. El surf y mi novia.

Miro a mi lado y se me hace raro no verla a ella ahí sentada. Cuando nos acomodamos en el coche, ella le cedió el lugar del copiloto a Julián, supongo que pensando que su gran tamaño iba a hacer que Teresa, Laura y él mismo estuviesen muy apretados atrás. Y seguramente tenía razón. Sonríe de medio lado y, sin despegar la vista de la carretera, le pongo la mano en el muslo a mi amigo y aprieto un poquito.

—¡Joder, tío, no te confundas! —gruñe este quitándomela de un golpe—. A ella la tienes atrás, so mamón.

Me echo a reír y no soy el único. Las chicas me acompañan conscientes de la broma y hasta él acaba riéndose al cabo de unos segundos.

Lo dejo que hurgue en la radio a sabiendas de que acabará por desprogramarme algún canal y, cuando suena algo de *rock* en inglés, parece quedarse a gusto y se recuesta en el asiento.

—Aunque nos hagamos con una furgoneta de las grandes más adelante, deberías intentar conservar esta, tío. Va como la seda y eso que está cargada hasta los topes —comenta, mirando a su alrededor y ya pensando en mi negocio, del que él formará parte en cuanto pueda permitirme pagarle una nómina. A pesar de que los dos sabemos que su función en el futuro será la de un empleado, me orgullece muchísimo que hable en plural. Estoy deseando que llegue el momento de trabajar juntos, hacemos un gran equipo.

—La verdad, cargada sí que va. Menos mal que entre esta y el siete plazas de los padres de Pedro hemos podido arreglarnos. Si llega a traerse el Mini... —dice Teresa, acabando su última frase con una risita—. Aunque, bueno, a mí sigue gustándome muchísimo ese coche. ¡Es una monada!

—Eso es porque eres tan pija como él —replica su novio con sorna—. Ya me gustaría a mí verte follando en la parte de atrás de esa caja de cerillas. —Gira la cara hacia ellas y sonrío con picardía—. En cambio aquí...

Ante su juego de cejas arriba y abajo, Teresa se parte de risa, mientras veo como la cara de Clara adquiere un tono rojizo.

—Por Dios, Julián... Ya te vale —protesto sin muchas ganas. Intercambio una mirada muy

expresiva con ella a través del espejo retrovisor y, a pesar de mí mismo, me río por lo bajo y no puedo evitar guiñarle un ojo. Observo como su bochorno parece crecer, pero su timidez solo consigue hacerla más deliciosa.

—¡Oh, no! ¡Oh, no! —chilla Laura en ese momento—. ¿En serio? —Mira los asientos que están ocupando y también el suelo fingiéndose horrorizada, o al menos, eso quiero creer—. ¡Me acabáis de joder el viaje! ¡Ay, ahora nunca podré mirar esta furgoneta y no pensar en eso!

Todos estallamos en risas, hasta Clara, y eso que, de refilón, veo como mira a su hermana colorada como la grana.

—Por Dios —prosigue Laura—, cierra los ojos, Clara. Los corazoncitos que te salen por ahí van a llenar el coche de tal forma que voy a tener que salir por la ventanilla.

—¡Oh, no seas mala! —se queja mi novia dándole un pequeño manotazo en el hombro.

Y así transcurre el resto del viaje, entre risas y bromas. La cosa se desmanda un poco cuando Julián comienza a contar los chistes verdes más guarros de su repertorio, pero, por suerte, ya llegamos a destino.

Aparco bastante cerca de la playa. Aunque ya hay algunos coches, al haber salido temprano, tenemos sitio de sobra para elegir.

—¡Oh, es preciosa! —dice Clara cuando ponemos un pie en la arena. Se acomoda el enorme bolso que lleva colgado en un hombro, me da la mano y, entonces, frunce el ceño—. Y vaya olas, ¿no?

Sonríó y le doy un beso en la mejilla. Sé que esa frase encierra tanta preocupación como asombro y no quiero que se angustie por nada.

—Tranquila, ¿vale? Ya sé que imponen y eso, pero no es la primera vez que cogemos olas más grandes.

Ella me mira y asiente, pero sé que está impresionada. Lo cierto es que el hoy el mar está perfecto. Bueno, perfecto para surfear. Supongo que para un baño tranquilo es mucho decir.

—¡Joder, qué pasada! Tengo que remontar una de esas —comenta Pedro llegando a nuestro lado y señalando una extraordinaria ola que nos muestra el mar en ese momento a modo de bienvenida.

—Pues venga, vamos —nos anima Julián, pasando junto a nosotros y adelantándonos—. A ver si aprovechamos un par de horas antes de ir a comer.

Y el resto lo seguimos, buscando una zona donde quepamos todos con nuestros petates, que no son pocos. Entre sombrillas que se empeñaron en traer las chicas, bolsos como casas con toallas y a saber qué más, nuestras mochilas, mucho más pequeñas, tres neveras a reventar de bebidas y las tablas, lo cierto es que ocupamos un sitio considerable. Ahora me alegro más que nunca de que hubiésemos decidido comer en el chiringuito para no cargar con más lotes.

Menos de media hora después, ellas están tiradas en las toallas con su piel al sol y nosotros dándoles los últimos ajustes a nuestras preciosidades. Y, no, no me refiero a las chicas.

—Pásame el *wax* —me pide Álvaro acercándose a mí—. Pensé que lo había metido, pero va a ser que no.

—Tranquilo. Aquí tienes. —Le doy la cera y pongo la tabla de pie a mi lado, esperando a que terminen de una vez. Observo a Clara, que, con un bikini rosa de esos en triángulo, está para comérsela. Ella también está mirándome, aunque, a diferencia de mí, su sonrisa no le llega a los ojos.

—Tened cuidado, ¿vale? —nos pide, pero es a mí a quien se dirige.

—Sí, claro. Lo tendremos. Como siempre.

—Bueno... Como siempre... La última vez te empeñaste en hacer un tubo y casi...

Cuando está a punto de acabar la frase, Julián se da cuenta de que lo estoy fulminando con la mirada, así que se ríe y continúa mintiendo con bastante naturalidad.

—Y casi lo conseguiste, tío.

Álvaro y Pedro se echan a reír a carcajadas, imagino que recordando el momento. La verdad es que hice el ridículo más espantoso. Supongo que surfear con la cabeza puesta en otra cosa no es muy buena idea. Y lo cierto es que aquel día no podía sacarme de la mente a la mujer con la que ahora voy a casarme. ¡Jesús, qué afortunado soy! Esa maravilla de chica va a ser mía para siempre.

Le paso la tabla a Julián casi de malas maneras y los dejo reírse a sus anchas. Me acerco a Clara y le doy un beso en los labios.

—Solo vamos a divertirnos un rato, ¿vale? —susurro contra sus labios—. Tú disfruta del sol y ve pensando en los detalles de nuestra boda.

Le arranco con ese comentario una sonrisa sincera y preciosa, así que, contento, me giro y, recuperando mi tabla, me dirijo al agua.

Las siguientes dos horas pasan en un suspiro. Los cuatro las disfrutamos al límite. Nos hemos pegado algún que otro golpe, pero todo ha valido la pena. Volar sobre las olas, girar encima de ellas y sentirme su dueño me hace sentir eufórico. Y creo que a mis amigos les pasa exactamente lo mismo.

Salimos del agua a la vez y risueños, un poco cansados, pero con la adrenalina todavía a flor de piel; nos encaminamos junto a los demás, que, por sus risas, parecen estar pasándose muy bien.

—Bueno, bueno, veo que no nos habéis echado mucho de menos —comenta Julián, dejando su carga a un lado y tirándose a lo bestia encima de Teresa.

—¡Ahhh! ¡Bruto! —chilla ella entre risas cuando él la moja entera.

Yo miro a Clara con picardía y coloco la tabla encima de la arena. Me acerco a ella muy despacio, como un tigre al acecho de una gacela.

—Ni se te ocurra —me advierte, poniendo una mano delante, aunque su boca luce una sonrisa—. Estoy seca y así quiero ir a comer.

—Vale, vale. —Sonríe y estiro una toalla a su lado. Pero lo que sí hago es inclinarme para darle un beso antes de tumbarme—. ¿Qué tal todo por aquí?

—Genial —me contesta—. Aquí, las chicas, incordiando al pobre Colás, pero por lo demás...

—Hala, si a él le encanta —dice Laura guiñándole un ojo al susodicho, que se encoge de hombros y sonrío con timidez.

—La culpa es vuestra —nos dice él—. Por dejarme solo con ellas.

—¿Qué culpa tenemos nosotros de que seas rarito y no te guste pillar una buena ola? —lo increpa su hermano, pero solo con la intención de chingar un poco más—. No sé cómo puede no gustarte, seguro que surfear y las matemáticas tienen algo en común.

—Sí, seguro —ironiza Colás—. El 360 no cuenta, macho.

—¿Cómo que no? —pregunta muy serio Julián, haciendo que el resto nos echemos a reír.

Mientras ellos siguen a lo suyo, discutiendo sin malicia como siempre, Clara se acerca a mí y me pasa una mano por el pelo, sacándome el flequillo de la frente.

—Estás muy guapo —murmura. Le robo un beso. Y luego otro. Y lo que pretendía que fuese algo inocente se nos va un poco de las manos. Es que sabe tan bien... Pero entonces, una chancleta impacta en un lado de mi cabeza.

—¡Tíos, joder, no comáis de esa manera delante de hambrientos! —se queja Pedro.

Me giro y busco el improvisado proyectil a mi derecha para mandárselo de vuelta, pero él,

viendo mis intenciones, pasa corriendo casi por encima de mí y la alcanza antes.

—¡Mía! —grita con ella en lo alto a modo de triunfo.

—Dios mío, es como un niño pequeño... —comenta Laura, meneando la cabeza y dirigiéndose a Nieves, con la que prácticamente comparte toalla.

Sonríó porque me hace gracia el comentario viniendo de ella, pues es otra que no se corta en hacer el ganso a la menor oportunidad. Igual que Pedro, vamos. Ambos podrían ganarse tranquilamente la vida como payasos, pero en el buen sentido.

—Oye, tú, renacuaja. Yo no tengo nada de pequeño. —Se hace el ofendido mi amigo, irguiéndose en su casi metro noventa de estatura—. Nada, nada —remata con un movimiento de cejas.

—No voy a ser yo quien confirme eso —le replica mi cuñada con mucha soltura.

—Será porque no quieres —le responde él.

—Eso puedes tenerlo clarísimo —sigue ella.

—Pues tú te lo pierdes.

—Yo y muchas, por lo visto. ¿No estabas hambriento? —se burla Laura, levantándose.

Antes de darle opción a Pedro de seguir con ese juego subidito de tono, que no sé por qué me hace sentir incómodo, intervengo yo.

—Bueno, creo que hambre tendremos todos. ¿Nos vamos al chiringuito?

Después de la comida, el que más y el que menos se tira en su toalla tratando de digerir la fritanga que nos hemos metido entre pecho y espalda. Seguro que nos vendría mejor un paseo, pero... pasamos. Hemos comido hasta reventar y ahora una siesta es lo único que apetece antes de volver a surfear. Ante las protestas de las chicas, los hombres nos hacemos con casi toda la sombra que aportan las cuatro sombrillas y, boca abajo, nos abandonamos en un estado de relajación soberbio. Bueno, tengo que reconocer que yo podría estar más relajado de lo que estoy. Que Clara esté a horcajadas sobre mi trasero, masajeándome la espalda con la crema protectora, me excita más que otra cosa, pero, al mismo tiempo, tampoco quiero que pare. Sus manos obran maravillas, así que me recoloco hasta que mi erección no es un problema e incluso consigo quedarme dormido.

Me despiertan unas risas y, cuando abro los ojos, una imagen llena todo mi campo de visión. Laura, encima de una tabla colocada sobre la arena, se mueve imitando los movimientos que tendría que hacer encima del agua, mientras Álvaro y Pedro la corrigen y las locas de sus amigas la animan a que lo haga en el mar.

—¿Y esto para qué es? —pregunta ella en ese instante, agachándose para coger en sus manos el trozo de cuerda que va unido a la tabla y, con ese ademán, mis ojos viajan sin querer hasta su espléndido culo y se quedan ahí más tiempo de lo conveniente.

En cuanto caigo en lo que estoy haciendo, los cierro un tanto abochornado y me río de mí mismo por idiota. Sí, es la hermana de Clara, pero es una tía y yo no dejo de ser un hombre, ¿no?

—Es el invento o agarradera. Te la colocas en el tobillo para no perder nunca la tabla —le explica Álvaro con tono de profesor. Lo cierto es que acaba de terminar la carrera de Magisterio, supongo que lo lleva en el ADN.

—Ah. Pero... ¿no es muy incómodo? —se interesa ella.

—No, todo lo contrario. Te aporta seguridad —le confía Álvaro—. ¿Quieres probar? ¿Te atreves a intentarlo en el agua?

Ella parece pensárselo. Mira en mi dirección, aunque a quien busca es a su hermana, y ese

gesto, en alguien con tanto carácter como Laura, me parece adorable.

—Uff, qué miedo, ¿no? —le dice Clara—. Tú misma, cariño, pero recuerda que lo de meter la cabeza bajo el agua no es lo tuyo.

Laura se echa a reír con ganas.

—Sí, es verdad. —Mira de nuevo a Álvaro—. Supongo que no caerme no es una opción, ¿no? Él también se ríe.

—No, me temo que no.

Ella abre los brazos y casi baila encima de la tabla.

—Bueno, entonces usaré mi imaginación y seguiré aquí.

—Cobarde... —se burla Nieves entre risas.

—¿Algo a lo que Laura tiene miedo? ¡No me lo puedo creer! —la corea Nela.

La aludida sigue meneándose durante unos segundos, para después erguirse y levantar su larguísima melena para hacerse un moño bastante alto.

—Venga, valientes, hacedlo vosotras —las desafía a su vez.

—¡Ni de coña! —contesta una. Pero no sé muy bien quién es, porque mi atención está puesta en Julián, que, frente a mí, frunce el ceño y comienza a maldecir.

—¡Joder, el que faltaba! ¡No habrá playas en toda la puta costa!

—¿Qué?

—Mira quién viene ahí —prosigue, incorporándose un poco en la toalla para sentarse—. Si esto no es mala suerte...

Todavía no me he girado y ya sé de quién se trata. Su conocida y repulsiva risa llega a mis oídos junto con un comentario bastante fuera de lugar.

—¿Me harías a mí un baile de esos en privado, Laurita? ¡Joder, cómo te has puesto desde la última vez que te vi! ¡Cómo has crecido, ¿no?!

Yo trato de levantarme, muy molesto, pero una mano de Clara en mi brazo me insta a permanecer sentado.

—Lástima que no pueda decir lo mismo de ti, Selmo —le contesta Laura con una sonrisa falsa en la cara—. Sigues siendo el mismo pobre niño rico de siempre.

No puedo evitar sonreír ante su réplica. Laura es rápida y muy ocurrente respondiendo frases fuera de tono, pero a Selmo parece no hacerle la misma gracia, pues ahora, con los brazos en jarras, la mira con una mezcla de desdén y lascivia.

—Nunca has sabido cómo hablarles a tus mayores, nena. Alguien tendrá que enseñarte —le suelta, lo que a todos nos suena a amenaza y no nos gusta un pelo.

—Déjala en paz —me escucho diciendo sin haberlo pensado siquiera.

—No te metas. —El que me contesta no es Selmo, sino Hugo, uno de sus perritos falderos. Él y Lucas siempre van a su lado, aunque este último nunca me ha parecido tan odioso como los otros dos. Los tres son un año mayores que nosotros, pero Selmo y Hugo siempre están buscando follón donde pueden y el primero, sabiendo sin dudas que su padre puede comprar su inocencia si los líos se les van de las manos. Tiene toda la pinta de lo que es, un puto ricachón malcriado. Lleva puesto un bañador de esos del lagarto y el pelo oscuro peinado hacia atrás como siempre, aunque hoy, en vez de la gomina, la causa será el agua del mar. Sus músculos de gimnasio, donde pasa casi todo el día, junto con un horrible cordón de oro al cuello, lo hacen parecer el típico chulo de playa.

—Joder, Selmo, déjalo ya —le pide Julián en un tono bastante razonable—. Tengamos la tarde en paz, ¿vale?

—Julián, Julián... Si supieras lo que te conviene no te juntarías con este. —Señala hacia mí

con el mentón—. Está siendo un chico muy malo quitándome alguna obra.

—¿A ti? —No puedo evitar soltar una carcajada—. Si tú no has trabajado en tu puta vida, Selmo. —Y, a propósito, no lo llamo Alonso, cosa que sé que, si lo hago yo, le jode bastante. Creo que, por alguna razón que se me escapa, hacerse llamar por su apellido lo hace sentir muy importante.

—A diferencia de ti, no lo necesito. Pero es mi empresa, recuérdalo.

—Es de tu padre —lo desafío—. Y en este país la competencia es libre.

—Será en el país, pero en El Pilar no tanto. Aunque bueno, ahora que lo dices... —Se lleva un índice a la barbilla y parece pensarse algo antes de decirlo—. Quizá me plantee abrir una ferretería en el pueblo, a ver si tus padres opinan como tú sobre la competencia libre.

Aunque sus palabras me irritan, me muerdo la lengua para no insultarlo. Laura tiene razón, no es más que un pobre niño rico, que ni se da cuenta de que esa decisión es exclusiva de su padre. El salir con Aída tuvo algo realmente bueno y fue descubrir que la relación entre Alonso padre y su hijo no es tan buena como este último quiere hacer creer a todo el mundo. Supongo que cualquiera con dos dedos de frente estaría decepcionado de que su heredero no fuese más que un vago con una exorbitada chulería.

—Haz lo que consideres —logro decir con mucho temple—, igual que voy a hacer yo.

Al no haber conseguido cabrearme, él sí se mosquea. Mira a todos mis amigos despacio, imagino que buscando a alguien a quien atacar. Solo que, cuando lo hace, eso sí logra enfurecerme de verdad.

—Clarita, Clarita...

—Ni se te ocurra —siseo, intentando levantarme de nuevo, pero, otra vez, la mano de Clara me hace cambiar de opinión. Lo cierto es que este tío no se merece más que la indiferencia, pero, joder, es tan difícil no saltarle al cuello...

—¿Qué pasa, Rubio? ¿Ella te importa de verdad? ¿Así como lo hacía mi hermana hace un par de años? Porque no creo que esta tía tenga ni tan siquiera un buen polvo. Es mona, sí, pero tiene toda la pinta de ser una estrecha.

Clara aprieta más mi brazo y a mí no me da tiempo ni a abrir la boca. Es Laura la que contesta, acercándose un par de pasos a él.

—¿A diferencia de tu hermana, quieres decir? —le espeta—. Bueno, no la tenía por un putón, pero si tú lo dices...

Pedro, el más cercano a ella, la coge de un brazo para aplacarla.

—Laura... —dice bajito y, luego, levantando la vista, se dirige a Selmo—. Venga, ya, tío. Lárgate de aquí y...

Una carcajada de Selmo lo frena en seco. El tío se ríe como un loco, mientras sus amigos lo miran incrédulos. Laura, aprovechando el momento, se suelta de Pedro y, de repente, todo sucede demasiado rápido.

En una zancada, Selmo la agarra por la cintura y la pega a él poniéndola a su lado y haciendo que ahora esté frente a nosotros, como él. Todos nos ponemos de pie para intervenir, pero Laura pone una mano delante y sonrío tranquilizándonos antes de levantar el mentón y mirar a Selmo con los ojos entrecerrados.

—Laurita, Laurita... ¿Qué voy a hacer contigo? —le dice él, casi cariñoso.

—Estaría bien que me soltases, para empezar —solicita ella con calma.

—¡Oh, no! —Se ríe él, y yo no soy consciente de que he dado un par de pasos al frente hasta que siento las manos de Julián en mis hombros. Lo miro y él menea la cabeza, supongo que intentando evitar una pelea. Pero como no la suelte en cuestión de segundos, le voy a partir la

cara. O a estrangularlo con esa mierda de horterada que lleva al cuello.

Cuando vuelvo la vista hacia delante, veo como Selmo repasa a Laura de arriba abajo con los ojos. Ella, muy digna, no saca los suyos de su cara.

—Sí, señor. Buenas tetas —opina él, en un tono tan ofensivo como el resto de su actitud.

Laura se gira un poco, todavía pegada a su cuerpo y sonríe ampliamente. No sé por qué, pero eso no me da buena espina. Mueve los ojos hacia abajo con descaro, igual que hizo él antes y se para a la altura de su bañador.

—Buen paquete —comenta al descuido.

Una sonrisa comienza a insinuarse en la boca de Alonso, pero se muere en el acto cuando Laura, justo después de hablar, levanta la rodilla y se la clava con fuerza en la entrepierna. Con tanta saña que Selmo solo acierta a soltar un chillido casi afeminado antes de caer de rodillas. Ella aprovecha para apartarse de él y lo mira de lejos, con los ojos convertidos en rendijas y los brazos en jarras.

—Joder... —Oigo decir cerca de mí y creo que es Álvaro, pero yo estoy boquiabierto, superorgulloso de Laura y riéndome por dentro al ver a Selmo, pálido, tirado en el suelo y agarrado a sus pelotas.

Hugo da un paso al frente no sé muy bien con qué intención, pero somos demasiados los que lo imitamos y parece cambiar de opinión. Mira a Selmo y lo coge de un brazo, pero este, de un manotazo, lo empuja entre gruñidos.

—Me ca... La. Puta —balucea mirando hacia Laura.

Ella solo eleva las cejas y lo mira con asco.

—Te dije que me soltaras —le dice con tono hastiado.

—Venga, Alonso, vámonos de aquí. —Ahora es Lucas el que se acerca al dolorido Selmo, aunque no hace ni el amago de tocarlo.

—Sí. Vámo... nos. —Alonso logra ponerse de pie y se apoya un instante en él para dedicarnos una mirada de odio—. Esto... no se queda así.

Y nosotros, como contestación a su intento de acobardarnos, nos disponemos a sentarnos de nuevo mientras nos miramos unos a otros conteniendo la risa. Pero aquello parece ser el detonante para hacerlo explotar.

—¡Julián, estás despedido! —grita antes de darse la vuelta.

—¿Qué? —grita mi amigo a su vez—. ¡Eso tendrá que decírmelo tu padre, idiota!

—No se te ocurra aparecer por la obra el lunes. O el siguiente será tu hermano —prosigue Selmo.

—¡Que te den! —replica Julián, pero Alonso lo ignora y sigue caminando, aunque algo encorvado, junto a sus inútiles guardaespaldas. Así que mi amigo, con cara de estupefacción, la misma que ahora lucimos todos, nos mira y pregunta—. ¿Y yo qué coño he hecho?

Me aganto la risa, porque la situación para él no debe de tener ninguna gracia, pero todo esto es surrealista. Y, de reojo, veo que no soy el único que lucha por no estallar en carcajadas.

—No le hagas ni caso —lo tranquiliza Colás con bastante sentido común—. Ese tío no manda nada en la empresa. Francisco es el que lo maneja todo y lo sabes, así que...

—Joder, eso espero. ¡Era lo que me faltaba! —se queja Julián.

—Lo siento, Julián —dice Laura muy seria—. Si al final te quedas sin trabajo, la culpa es toda mía.

—No, la culpa es de ese gilipollas, Laura —apunta él. Y entonces sonríe—. Tú has estado de puta madre, tía.

Y ahora sí que nos echamos a reír, mientras ella me echa una breve mirada y, por primera vez,

veo como se ruboriza.

CAPÍTULO 5

Laura

Mi hermana se casa. Con Rubio.

Dejo que el agua de la ducha empape mi pelo y mi cuerpo, llevándose el champú y el gel, mientras apoyo las manos en los azulejos y bajo la cabeza.

Se casan. En tres semanas. Genial.

Sí, genial. Me alegro por ellos. Muchísimo. Se merecen estar juntos. Ser felices. Solo hay que verlos para darse cuenta de lo mucho que se quieren, de que están hechos el uno para el otro.

Me enderezo al darme cuenta de que me molesta el agua en la cara y me echo el pelo hacia atrás, retirándome los restos de espuma.

Daría todo lo que tengo por que la sonrisa que lucían cuando nos dieron la noticia les durase toda la vida. Estoy muy contenta por Clara, sé que Rubio es un buen tío y que hará todo lo que esté en su mano para que ella tenga una vida plena y maravillosa.

Salgo de la ducha componiendo una sonrisa y cojo una toalla con la que me envuelvo y otra pequeña para limpiar el vaho del espejo.

Me miro en él fijamente. Soy la hermana de la novia. Y hoy es su despedida de soltera. Tengo el pelo aplastado por el peso del agua y, empapado, gotea sobre el suelo. Estoy sonriendo y me brillan los ojos. El nudo que siento en el estómago es aprensión por el gran cambio que van a dar nuestras vidas y emoción por la felicidad de Clara. ¿Verdad?

Tan pronto me hago esa pregunta, algo se rompe dentro de mí. Me observo de nuevo y tengo que ser sincera conmigo misma, a pesar de haber ignorado por tanto tiempo todos los síntomas.

Sí, estoy sonriendo, pero es una sonrisa triste. Y sí, mis ojos están brillantes, pero por las lágrimas que retengo con todas mis fuerzas. Y el nudo de mi estómago, ahora ya en la garganta, es dolor. Joder, un dolor horrible, absurdo y totalmente fuera de lugar.

Me siento en la taza del váter y aprieto las sienes entre mis manos. Esto es una puta locura. Una puta locura. Lo que me duele es saber que mi casa ya no será donde viva Clara, que hay otra persona más importante en su vida con la que se siente feliz. Son celos, celos horribles de una pésima hermana. Sí, son celos... Eso lo tengo claro. En lo que me sigo engañando es hacia quién.

Reprimo una carcajada histérica y me repito hasta la extenuación que todo irá bien, odiándome al mismo tiempo por tener la necesidad de hacerlo, sin querer indagar más allá. Me insulto y me recrimino hasta que soy capaz de tragarme las lágrimas que amenazan con cargarse mi garganta y empañar mi vista. Joder, yo no soy una mala persona. Quiero muchísimo a Clara, y a Rubio... A Rubio mejor ni nombrarlo.

Me levanto al cabo de un buen rato y me vuelvo a mirar en el espejo. Con una determinación feroz me prometo a mí misma que la felicidad de Clara está por encima de la mía, por encima de la de cualquiera, y que yo voy a poner mi granito de arena para que así sea. Me lavo bien la cara con agua fría, me yergo en mi pequeña estatura y me encamino a mi cuarto.

—Tienes el baño libre —le digo a María en cuanto entro en él.

—Vale. Gracias. No tardo —comenta ella con una sonrisa, dejando sobre la cama una revista que estaba hojeando y desapareciendo por la puerta con aparente prisa.

La he invitado este fin de semana a casa con motivo de la fiesta que le hemos preparado a mi

hermana para despedir su soltería. Ayer fuimos a tomar algo rápido con la pandilla al Pantera y la tía encajó a las mil maravillas, lo mismo que con Clara, lo que, por otro lado, no me sorprende. María es una persona estupenda, supersociable y que siempre cae bien. Es alguien a quien he llegado a querer muchísimo este último año y en quien puedo confiar. Y el sentimiento es mutuo. Porque yo, a pesar de mis confusos pensamientos y mis muchas travesuras, también soy leal y digna de confianza. Y eso es algo que no es falta de modestia, sino el resultado de los valores inculcados por la estricta educación de mi padre y todo el cariño y paciencia de mi hermana.

Por otra parte, soy una persona con suerte, sana, joven y con toda la vida por delante. Hace una semana que he cumplido diecinueve años, estoy estudiando la carrera de mis sueños y conseguiré salir de este pueblo de mierda. Voy a alcanzar todas mis metas. Estoy segura de ello. Ser una mujer libre, realizada e independiente. Eso es lo que quiero y lo que siempre quise. De la misma manera que sé que la vida que le espera a mi hermana al lado de Rubio es lo que ella siempre deseó. Ser la perfecta ama de casa, con al menos tres niños y un hombre que la adore. Coser en los ratos libres para ayudar con los gastos e invitar a la moderna de su hermana a todas las fiestas familiares, recibéndola con una inmejorable comida y una sonrisa. Y, de verdad, me alegro de que lo haya logrado.

Esto que creo sentir por Rubio no es que sea dañino; es que es obsceno. Joder, una putada. Supongo que el no haberme enamorado nunca antes también ha ayudado bastante. Estoy tan unida a mi hermana que he vivido su relación casi como propia, de ahí que mis sentimientos se hayan visto involucrados.

Abro el armario y miro sin ver lo que hay dentro de él. Paso mis dedos entre las perchas, totalmente ajena a lo que hay allí colgado.

Sí, seguro que eso es lo que ha pasado. Rubio es genial y me he volcado demasiado con ellos. Joder, si los tíos como él no son para nada mi tipo.

A mí me gustan los hombres algo rudos, atormentados y con ese atractivo dejado, tipo Mel Gibson en *Arma letal*. La película, o películas, mejor dicho, por excelencia. Sí, también soy así de simple. Y de inculta, dirían muchos. Martin Riggs es y será siempre mi protagonista favorito, el hombre del que me enamoraría hasta las trancas. Aunque, bueno, tampoco le hago ascos al Mel de *Rescate*, al de *Braveheart* o al de *El patriota*. Joder, es que el tío ha nacido para hacer ese tipo de personajes. ¿Será que es así en la vida real?

Meneo la cabeza con una sonrisa irónica. Lo dudo mucho. Demasiado bonito para ser cierto.

Mis amigas se burlan muchísimo de mí por culpa de Mel. Dicen que puede ser mi abuelo, y quizá tengan razón, pero yo lo que de verdad adoro de él son sus papeles. Y la culpa de todo la tiene mi padre, del que también es su actor favorito. Llevo toda la vida teniendo que decantarme por las comedias románticas y dramones que pilla mi hermana en el videoclub, o por las de acción y cine negro que elige mi padre. Sin dudarlo, siempre he preferido las de él, pero, aun así, he visto más veces de las recomendables películas como *Ghost*, *Titanic* o *El diario de Noah*.

Antes que esta última película me haga recordar algo que no quiero, me fijo en que, sin apenas darme cuenta, ya estoy completamente vestida. Haber estado pensando en frivolidades y en el buen culo de Gibson me ha venido bien para despejar la cabeza.

Respiro hondo, cuadro los hombros y salgo de mi dormitorio. Hoy, día de juerga. Y voy a pasármelo bien. Mi gran sonrisa y mi fuerte carácter me sacaran adelante, lo sé. Tienen que hacerlo. Por Clara y por mí.

No sé cómo coño ha pasado, pero lo que se suponía que era una fiesta de chicas ha dado como resultado que la mitad de los tíos del pueblo estén ahora en ella. Y lo que es peor... el novio incluido.

Habíamos preparado una cena fría en un merendero que hay cercano al pueblo, justo al lado de la carretera que lleva al famoso mirador. Tres farolas estratégicamente colocadas nos facilitaban la iluminación, pero de una manera tenue, casi romántica. Así que un montón de mantas y toallas sobre el suelo y manteles sobre las mesas de piedra, junto con suficiente comida y mucha más bebida, era todo lo que necesitábamos. Eso y una gran radio que trajo Nieves de casa para poner buena música y bailar hasta caer rendidas.

Hace una noche preciosa. Este septiembre es inusualmente caluroso y el tiempo se acomoda a la perfección a nuestro plan. Y, durante casi tres horas, pudimos llevarlo a cabo. Pero no sé a quién se le debió de ir la lengua, porque ahora mismo esto parece una verbena en pleno campo, más que una puñetera despedida de soltera.

Y lo que más me molesta es que yo parezco ser la única ofendida por el asunto. Mi hermana casi se parte la cara en dos con la sonrisa que compuso cuando vio acercarse a Rubio con sus amigos. Y, como si estos hubiesen ido dejando migas, detrás de ellos comenzaron a llegar algunos chicos más. Vamos, que éramos pocos y parió la abuela.

Estoy sentada apoyada en un árbol, observando todo a mi alrededor con una cerveza en la mano. Ahora mismo, aparte de cabreada, también me siento ridícula. Joder, la fiesta es para Clara y, si ella está feliz, a mí no debería importarme una mierda quién esté en ella. Sobre todo después de la cara que se le quedó a la pobre al principio, cuando llegamos y vimos que Aída también había sido invitada a la despedida. Eso es lo que pasa por organizar algo así en un pueblo tan minúsculo y hacerlo de la manera más cómoda.

—Es la despedida de Clara. Invita a quien quieras.

Esa fue la frase que comenzamos a hacer correr entre los más allegados y, claro, la cosa llegó a oídos de quien no debía. Pero bueno, ahora parece estar de maravilla. Allí tirada en una manta, en el regazo de su novio y haciéndose arrumacos.

Le doy un par de tragos a la cerveza y una idea peligrosa cruza por mi mente.

Eso es lo que debería hacer yo. Buscarme a un tío cañón y dejarme llevar. Lo cierto es que, a pesar de mi carácter extrovertido y mi desvergüenza, o quizá por culpa de eso, nunca me he comido un rosco. Aparte de un par de besos que me robaron y alguno que yo misma provoqué, soy tan virgen como la santa que lleva el nombre de nuestro pueblo.

Bueno, en realidad, yo no sé si la Virgen del Pilar lo era. Me río yo sola. Vaya pensamientos. Como el cura se entere, voy a estar lo que me resta de vida cumpliendo penitencia. Aunque no es algo que me preocupe demasiado tampoco. Recuerdo que, cuando iba a confesarme de pequeña, salía del confesionario dispuesta a rezar lo mandado, pero no sé cómo coño hacía que siempre acababa pensando en otra cosa totalmente diferente, allí arrodillada en el banco y con los codos apoyados en el de delante, mientras mis manos se juntaban inocentes la una a la otra, como si de verdad estuviera rezando. Allí planeé travesuras, pensé en lo que les pediría a los Reyes Magos y, más tarde, soñé con los besos del chico que me hiciese tilín en aquel momento.

Joder. Eso tiene que ser pecado. Y estoy por apostar que de los malos. «Vas a ir derechita al infierno, Laura. Y no solo por eso».

—¿Qué haces aquí tan sola?

La pregunta, susurrada muy cerca de mí, me sobresalta.

—Joder... —digo con la mano en el pecho y buscando al causante del susto.

—Hola, Laura.

Miro al chico que me está hablando y entrecierro los ojos. Aparto mis ojos de él y busco con ellos a varias personas. Clara sigue junto a Rubio, muy cerca de Julián y Teresa, también abrazados como lapas. María está con Nieves, Nela y algunas más en una de las mesas y, a juzgar por las cartas que mueve, leyéndoles el tarot. Y, por encima de su imagen, algo más lejos, veo el deportivo rojo de Selmo, donde él y Hugo están apoyados en el capó, fumando. Achico más los ojos, porque no me gusta nada tenerlos tan cerca. ¿Qué coño hacen aquí?

—¿No vas a saludarme, Laura?

—No me apetece demasiado, la verdad —contesto sin volver a mirarlo.

Él se ríe y se sienta a mi lado. Me saca de las manos mi cerveza, ya no muy fría, y pone en ellas una mucho más fresquita.

—Venga, no seas así. Yo no soy como ellos —dice, consiguiendo que lo mire.

—¿Ah, no, Lucas? Pues si andas con ellos y actúas como ellos, no sé dónde está la diferencia.

—Bueno... —Se encoge de hombros y me sonrío. Parece una sonrisa sincera, casi tímida—. Mis padres y los Alonso son íntimos, ya sabes. Y yo he sido siempre su amigo, desde que éramos así. —Estira la mano dejándola a una ridícula altura del suelo, lo que me hace reír.

—Vamos, desde que erais liliputienses —me cachondeo.

Él suelta una carcajada que le suaviza las facciones y, cuando acaba, me mira fijamente, casi con ternura.

—Eres increíble, Laura. Y aquel día en la playa estuviste genial. —Vuelve a reírse—. Alonso es un gilipollas la mayor parte del tiempo, pero es mi amigo y... Bueno, es lo que hay. Que yo lo aprecio y eso, pero tengo que reconocer que no puedo evitar sonreír cuando recuerdo cómo lo pusiste de rodillas. Algo que, por otra parte, le viene bien de vez en cuando.

Lo observo con detenimiento. Parece sincero, cómodo y hasta buen tío, lo que me sorprende y me pone alerta al mismo tiempo.

—¿Y él sabe que piensas todo eso?

—No lo sé. Supongo que no. —Se ríe entre dientes y hace el amago de retirarme un mechón de pelo que me acaba de caer sobre un ojo, pero retrocede rápidamente.

Soy yo quien lo aparta metiéndolo tras una oreja, mientras sigo provocándolo.

—Y lo más importante, ¿cómo es que lo has abandonado esta noche? ¿Sabe que te has escaqueado? Seguro que en cualquier momento necesita que alguien le suene los mocos.

Ante mi comentario burlón, Lucas se ríe de nuevo y después le da un gran trago a la cerveza. Me fijo en cómo se le mueve la nuez al tragar. Siempre me ha fascinado esa parte del cuerpo de los hombres. No sé por qué. Pero me parece *sexy* y supermasculina. Quizá porque nosotras no la tenemos... Aunque, bien pensado, tampoco tenemos otra cosa y no tengo ninguna fijación con las pollas.

—Te has quedado muy callada. ¿En qué piensas?

Casi me atraganto con mi propia saliva. ¡A ti te lo voy a decir, seguro!

—En nada. Solo estoy sorprendida. Me parecías un auténtico capullo.

Esta vez suelta una carcajada ronca que acaba con una pequeña tos.

—Joder, Laura, eres la hostia. ¿Eso quiere decir que ya no? —pregunta casi... ¿esperanzado?

—No sé, aún no lo tengo del todo claro.

Él sonrío y se pasa las manos por el pelo.

—Pues es una pena —dice—, porque tú a mí me gustas más a cada segundo.

Me muerdo el labio inferior y le mantengo la mirada. Joder, ¿qué le contesto yo a eso? Lo cierto es que Lucas es un tío de buen ver, con esa mandíbula cuadrada, ese cuerpo de gimnasio y el porte de tío duro que no me es indiferente en los chicos. Me aferro a cualquier cosa con tal de

romper este incómodo momento.

—¿No soy muy cría para ti? Hace poco que me quité las coletas, por si no lo sabes.

Él vuelve a sonreír. Bueno, en realidad creo que no ha dejado de hacerlo desde que ha llegado. Se rasca la frente y acaba riéndose en silencio sin apartar sus ojos de los míos.

—Eres más mujer que cualquiera de las de mi edad, nena —acaba por decir al cabo de un rato. Y ahora no sonrío, sino que me atraviesa con la mirada, lo que despierta en mí algo que me da un poco de miedo.

—Joder, ya soy nena —suelto antes de beber varios tragos de mi cerveza. Mi chulería sigue intacta, pero tengo la boca seca y mi voz no ha sonado tan burlona como debería.

—Perdona, no quise molestarte. Es una simple palabra cariñosa —se explica.

—No te preocupes, tampoco tiene tanta importancia.

Él parece relajarse al oírme y saca un paquete de tabaco. Coge uno y me acerca el resto.

—¿Quieres uno?

—Sí, ¿por qué no? —Me sirvo y me inclino hacia él para que me dé fuego. No soy una gran fumadora, pero sé tragarme el humo desde los dieciséis, desde aquella época en que mis amigas y yo compartíamos un cigarrillo por el simple placer de hacer lo prohibido. Y reconozco que, de vez en cuando, aún disfruto a escondidas de ese hábito.

—Bueno, cuéntame. ¿Qué estás estudiando? ¿Qué tipo de diseño? —Ante mi arqueado de cejas, prosigue—. Aquí todo se sabe, no sé de qué te sorprendes.

—Tienes razón. —Me río y acabo la cerveza. Y tengo que dejar de beber, porque ya van tres y no estoy demasiado acostumbrada a ellas—. Diseño de interiores. En Oviedo me quedan tres años y, luego, si pudiese irme a Madrid para hacer un máster, sería la repera.

—¿En Madrid? ¿Y eso? —Le da una profunda calada al pitillo y mis ojos vuelan a su nuez sin poder evitarlo.

—Bueno, es donde preferiría hacerlo. Por nada en especial, solo me atrae la idea.

—Seguro que lo harás. Me da que eres de las que va a por lo que quiere.

Vaya, esa frase me ha impactado. Casi no soy consciente de que me pone otra cerveza en la mano, que también acabo. Ni del tiempo que pasamos hablando sobre mi último año como estudiante, de su trabajo como encargado en la fábrica de ladrillos, del pueblo en general y hasta de lo que queremos para el futuro.

Estoy cómoda y relajada. Lucas, definitivamente, no es el capullo que esperaba. Y a cada instante me resulta más atractivo. Es divertido, gracioso y sabe escuchar. Lo cierto es que es una agradable sorpresa descubrir otra faceta en él más que la del amigo sin personalidad del mayor imbécil de El Pilar.

En un momento dado, él mira al frente y se sienta muy derecho.

—¿Te importa si damos un paseo? —me pide—. Creo que Alonso me está buscando y no me apetece que me encuentre, si te soy sincero.

—¿Ves como al final sí le tienes miedo? —digo con sorna.

—Anda, sabes que no es eso. Solo que no quiero que acabe con esto. —Entrecierra sus ojos oscuros y parece clavarlos en sus amigos.

—¿Con esto?

Él me mira muy serio y, esta vez, sí deja llegar su mano hasta mí en una caricia fugaz a mi mejilla.

—Creo que nunca me lo he pasado tan bien con nadie como aquí charlando contigo, Laura. No quiero separarme de ti todavía.

Me gusta lo que oigo. Mentiría si dijese lo contrario. Mi ego escala puestos y siento aletear

cosillas dentro de mí. Para mí también está siendo una noche especial. Sobre todo cuando empezó con tan mal pie. Y quizás sea ese recuerdo el que me da el valor para aceptar ese paseo.

—Pues tienes suerte. —Me escucho decir—. Porque hoy tengo un horario muchísimo más largo. Esto de que se te case una hermana es lo que tiene.

Él se ríe y se pone en pie tendiéndome una mano, y así nos alejamos un poco del improvisado campamento metiéndonos entre los árboles.

Seguimos conversando mientras caminamos todavía con los dedos entrelazados. Nos reímos cuando estoy a punto de caer y él se acerca mucho para sujetarme con rapidez, alejándose luego de mi cuerpo con la misma prontitud. Ese gesto suyo me gusta. De hecho, me siento bien, segura y contenta. Al final, va a ser verdad eso de lo que engañan las apariencias, me digo a mí misma. Joder, quién lo iba a decir.

Nos detenemos antes de que la oscuridad dificulte ver por dónde vamos, no demasiado lejos, en realidad. Lucas se quita el jersey fino que lleva puesto y lo extiende para que me siente.

—No es necesario —protesto, incómoda ante el papel de damisela.

—Por aquí hay muchas agujas de pino. Hazme caso, anda.

Obedezco porque reconozco que no es más que un detalle bonito, y él se sienta a mi lado.

—Lástima no haber pillado algo más de beber —comenta con una sonrisa.

—Bueno, yo creo que por hoy ya tengo el tope. De hecho, esta última quizá me sobró.

—Bah, no estás borracha, si eso es lo que te preocupa.

—Ya sé que no lo estoy, pero sí... demasiado contenta —expongo buscando una expresión inocente. Porque lo que estoy es excitada, joder. Y me alegra saber que aún controlo lo suficiente para no dejar caer una bomba así entre los dos.

Retomamos la charla con naturalidad. Ahora, entre risas, nos dedicamos a criticar a todo aquel personaje del pueblo que se nos ocurra. La señora Fátima, la mayor cotilla en kilómetros a la redonda, que se dedica a husmear todo desde la ventana abierta de su cocina, parapetada tras una cortina que aparta sigilosamente con una mano. Del zapatero, del que se dice que en sus años de juventud estuvo en prisión, pues era un camello importante de Asturias. Incluso de la mujer de Francisco Alonso, que, después de su viaje anual a la capital, aparece más rejuvenecida que nunca, como si tuviese un pacto con el diablo o un buen trato con un cirujano plástico.

Y sin saber en qué momento ni cómo ha pasado, me encuentro acostada en vez de sentada, con Lucas inclinado sobre mí, observando mis labios de forma que parece estar pidiéndome permiso para besarme.

Incorporo mi torso y soy yo la que lleva mi boca a la suya, buscando un contacto que no solo deseo, sino que preciso. Que hubiese estado pensando que un buen rato con un chico era justo lo que necesitaba antes de que él apareciese es, sin duda, una señal del destino. Que sea una buena chica con ganas de hacer cosas malas y él un tipo malo con un sorprendente fondo tierno también tiene que serlo.

«Esto es una mala idea, Laura, muy mala». Bah, ni caso. Ahogo la voz de mi conciencia y me limito a disfrutar del momento. ¿Qué puede haber de malo en unos besos?

Me besa primero muy despacio, capturando mis labios con dulzura, primero uno y luego otro, chupándolos y mordisqueándolos con un arte que despierta un calor muy agradable en mi vientre. Reposo mi cabeza en su brazo y me acaricia la boca con su lengua, sin invadir, solo con pequeños lametones que me hacen desear ser yo quien se la chupe. Cuando me la introduce dentro, la mía sale a su encuentro con ansia. Joder, Lucas besa muy bien, al menos, comparado con todo lo que conozco al respeto.

No sé cuánto tiempo estamos así, sin despegar nuestras bocas, pero, sin que me sorprenda

demasiado, de pronto noto una mano en mi pecho, por encima de la camiseta. Es agradable, muy agradable. Me acaricia y busca mi pezón, retorciéndolo entre sus dedos hasta que tirones de placer van de él hasta mi sexo, causándome una sensación maravillosa.

Me encantan sus caricias y mis manos buscan su cuerpo, trepando por dentro de su camiseta y recorriendo su contorno. Él gime en mi boca o yo en la de él. O quizá los dos a la vez. Realmente estamos calientes, muy calientes y, aunque no tengo experiencia ninguna en estos menesteres, no soy tan inocente como para no saber que mi sexo está mojado y que ese bulto contra mi cadera no es otra cosa más que su erección restregándose contra mí. Por una vez, estoy viviéndolo y no esperando a que me lo cuenten, lo que en sí es una novedad que me excita todavía más.

No me permito pensar si lo que hago está mal, tengo derecho a un poco de esto, ¿no? Estoy convencida de que cualquiera de mi edad ya ha disfrutado de bastantes más toqueteos. Es algo natural querer experimentar un poco.

Me retuerzo buscando un roce que deseo y él se mueve a su vez, poniéndose encima de mí. Sus manos desaparecen dentro de mi camiseta, apartando también el sujetador y tocando ahora carne. Mi carne, que, estremecida, se complace con sus caricias. Comienza a mover sus caderas, haciéndose sitio entre mis piernas, que se abren un poco para recibir sus suaves y oscilantes embistes.

Cuando deja de hacerlo para desabrocharme el pantalón y tirar de él, salgo de esa niebla que me envolvía y despierto a la realidad. Esto va muy deprisa, ya no me siento tan cómoda ni tan caliente. Creo que la situación acaba de sobrepasarme. No sé qué intenciones tiene Lucas, pero el pánico a un malentendido me hace enfriarme como si me revolcase en nieve.

—Espera, espera —digo apurada. Si solo quiere acariciarme, tal vez no tengo inconveniente, pero no quiero que piense que voy a llegar más lejos. Las cositas claras...

—¿Qué? Tranquila, nena. Tranquila. —Y justamente esas palabras... lo que es tranquila no me dejan.

De rodillas entre mis piernas, sigue tirando del pantalón. Y no solo de este. Mis bragas siguen el mismo camino, agarradas entre sus manos.

—Lucas, no. Espera —repito. Y como parece no escucharme, soy todo lo clara que puedo—. No vamos a follar, ¿vale?

—Lo que tú digas, nena. —Vuelve a dejarse caer sobre mi cuerpo y siento sus dedos en mi entrepierna, tocándola—. Pero no te creo. Joder, estás exquisitamente preparada para mí.

El cabreo pasa a ser mayor que el miedo. Aprieto todo lo que puedo las piernas y muevo una mano para tirarle del pelo y poder mirarlo a la cara.

—Pues créetelo —siseo—. Y sácate de encima.

«Tenías que haberlo parado antes, idiota», me reprendo.

Lucas se zafa de mi sujeción y lleva mis dos manos sobre mi cabeza con una de las suyas mientras esconde su rostro de nuevo en mi cuello, besándomelo hasta llegar a mi oreja.

—Vamos, Laura. Lo deseas tanto como yo. Y tú, precisamente, no vayas a ir ahora de puritana. ¿Qué coño te pasa?

—¿Qué? —Ahora no es que esté fría, es que me he quedado helada. Es tal mi estupefacción y mi bloqueo que tardo unos segundos en darme cuenta de que él se ha desabrochado los pantalones con la mano que tiene libre y lo que reposa ahora sobre mi vientre es su pene, duro, pesado y muy caliente—. ¡Lucas! ¡No! —Y ahora sí que me retuerzo con ganas, queriendo salir de debajo de su cuerpo—. ¡Quítate de encima! ¡Que no me toques, joder!

El se queda muy quieto y se separa lo justo para poder mirarme.

—¿Es en serio? —pregunta con la mandíbula apretada, casi entre dientes—. Joder, no eres

más que una puta cría. ¿A qué creías que veníamos? ¿A recoger hojas?

Me siento tan humillada que no sé cómo no rompo a llorar. ¡Qué estúpida! ¡Qué ingenua! Ahora mismo no sé cuál de los dos es más imbécil. Él por hacerse pasar por lo que no es o yo por creérmelo.

—A-pár-ta-te —silabeo.

—Lo haré cuando acabes lo que has empezado, nena. Si no quieres follar, no lo haremos, pero tú...

Muevo las piernas rápidamente, intentando pegarle donde más le duele, pero él parece leerme el pensamiento y me las atrapa con sus rodillas.

—No, cariño, esa jugada tuya ya me la sé. —Se ríe antes de volver a intentar besuquearme el cuello, algo que no le pongo fácil.

Furiosa y avergonzada, no puedo creerme que esto esté sucediendo. Y comienzo a pensar seriamente que esto va a acabar muy mal. Una sensación horrorosa me recorre la espalda, como si mi columna estuviese escarchándose a la vez que mi impotencia me hace revolverme contra él.

—Lucas, como no me dejes ir de inmediato, te juro que te vas a arrepentir —me oigo decir. Estoy tan desesperada que lo amenazo con lo primero que me viene a la mente, aunque odio usar eso en mi beneficio. Creo que no lo hacía desde tercero o así—. Olvidas que mi padre es guardia civil. Puedo hacer que...

Él se aparta en el acto, aunque no todo lo que me gustaría.

—Joder, no eres más que una puta niñata. Me has mandado todas las señales —dice con rabia mientras, por fin, se levanta con facilidad y comienza a acomodarse la ropa. Desde lo alto, me mira con desprecio—. Nadie se comporta como tú si no tiene ganas de follar, así que haz el favor de recordarlo la próxima vez que estés con un tío. —Ríe sin ganas antes de rematar la faena—. Tan descarada, tan atrevida... Laurita la marchosa, así te llamamos. ¡Y no eres más que una puta calientapollas!

Sus palabras me duelen en el alma, me aturden y se me clavan como puñales. ¿Laurita la marchosa? ¿Quién me llama así? ¿Y a qué coño se refiere? ¿Es realmente esa la imagen que doy? No puede ser, yo no soy así. Joder, si esta es la primera vez que...

Me subo el pantalón y me incorporo deprisa, destilando odio, hacia él y hacia mí.

—¡Sí que eres un capullo! ¡No quiero volver a verte en la vida! —le grito antes de salir corriendo de allí, abrochándome el botón por el camino.

—¡Yo tampoco, tía, para lo que me sirves! —lo escucho, a pesar de estar ya a unos metros.

Llego al merendero más rápido de lo que esperaba. Salgo entre los árboles corriendo y me freno al ver como algunas caras se vuelven hacia mí. Seco con brusquedad dos gruesas lágrimas que no he podido evitar e intento tranquilizarme. En el fondo, sé que ha dicho todo eso solo para hacerme daño, pero eso no hace que duela menos.

Respiro hondo un par de veces y me dirijo directamente hacia la mesa donde está María. Hemos venido en su coche y yo necesito salir de aquí.

Antes de llegar a su encuentro, Nieves y ella me ven y sonríen. Pero pierden la sonrisa al fijarse en mi rostro, seguramente desencajado de rabia y vergüenza.

—¡Dios mío, Laura! ¿Estás bien? —María se levanta y se acerca a mí, junto con Nieves y Nela; esta última acaba de enterarse de mi llegada al oírla hablar.

—¿Qué pasa? ¿Qué te sucede? —me pregunta Nieves, poniéndose a mi lado y mirándome con tanto detenimiento que me pone nerviosa.

—Nada, nada —logro decir e incluso finjo una sonrisa.

—¿Cómo que nada? —Esa es Nela, que, con los brazos en jarras y los ojos entrecerrados,

parece buscar en mi cuerpo la respuesta, observándome de arriba abajo.

—Nada —repito.

Nieves saca en ese momento una hoja de mi pelo y la pone frente a mí, supongo que esperando una explicación. Joder, no son mis madres y no tengo por qué dársela.

—¿Puedes acercarme a casa? —le pregunto a María, tragando con fuerza el nudo instalado en mi garganta.

—Claro...

—¡Laura! ¿Qué sucede? —Cierro los ojos al oír la voz de Clara detrás de mí. Me giro lentamente y quiero que se abra el suelo y me trague cuando la veo con Rubio al lado. Él clava sus ojos en los míos mientras tira la colilla del cigarrillo en una botella vacía que tiene en la otra mano.

—Joder, Laura... ¿Con Lucas? —Nieves lo ha murmurado, pero eso no impide que todos los que me rodean lo hayan oído. Todos ellos, sin excepción, siguen su mirada hacia los árboles por donde él acaba de salir. Lucas no me quita ojo, me mira con chulería y hasta se atreve a guiñarme un ojo cuando pasa por mi lado. ¿He dicho que quiero que me trague la tierra? No, quiero morirme. Ya. O arrancarle los ojos a ese cabrón.

—Laura... —susurra Clara, con los ojos muy abiertos y una franca preocupación en su cara.

—No ha pasado nada. Nada —reitero, más que nada porque quiero tranquilizarla, pero no soy capaz de aguantarle la mirada. Ni a ella, ni mucho menos a Rubio, que pasea la vista entre Lucas y yo con el ceño fruncido.

Comenzando a agobiarme mucho, me giro hacia María.

—¿Te importa...?

—No, no. Anda, vámonos. Chicos, nos vemos —se despide, sacando ya las llaves del bolsillo y cogiéndome de la mano para dirigirnos hacia el coche.

Hacemos el viaje en silencio. Yo con los ojos puestos en la ventanilla, que me devuelve mi reflejo, pero, aun así, puedo notar los suyos sobre mí a veces, supongo que esperando algún tipo de explicación. No le doy el gusto. No soy capaz. Solo quiero llegar a casa, quitarme esta ropa y darme una ducha. Ahora sé cómo deben de sentirse las víctimas de una violación, porque, aunque lo mío dista mucho de eso, me siento sucia. No solo por el acto en sí, del que, al fin y al cabo, disfruté la mayor parte del tiempo, sino por sus palabras, por su actitud, por esa humillación que parece ser que yo misma me busqué.

Es como si me hubiesen echado un cubo de mierda encima, joder. Me siento asquerosa.

Más de una hora después, nos encontramos ya acostadas en mi cuarto, una frente a la otra. No sé ni el tiempo que he pasado bajo el agua, pero mis dedos arrugados son testigos de que ha debido de ser mucho. María no me ha presionado en ningún momento; de hecho, apenas ha abierto la boca. Se ha limitado a darme un abrazo enorme un instante antes de meternos en la cama. No sabe cuánto se lo agradezco, porque esta noche ni siquiera tengo fuerzas para decirle eso.

Clara

Me miro en el espejo y doy una vuelta sobre mí misma. Estoy tan dichosa que, seguro, todo me parece mucho mejor de lo que es en realidad. Me veo guapa, el vestido de novia es precioso y el recogido que me hicieron, espectacular. Aunque, probablemente, si me siento tan radiante es por la felicidad y plenitud que me embarga. Es tal que casi estoy flotando. ¡En una nube! ¡O encima de las mismísimas estrellas!

—Eres la novia más bonita del mundo —susurra Laura sentada sobre mi cama. Sonríe y me guiña un ojo—. Y apuesto a que la más enamorada.

—Sí, eso último seguro. —Me río y vuelvo a observar mi imagen. No suelo ser muy presumida, pero hoy quiero lucir perfecta para el amor de mi vida—. ¿Estoy tan guapa como yo creo? —pregunto estúpidamente.

—Más —contesta ella levantándose y acercándose a mí—. Rubio no va a poder esperar a esta noche, ya verás. Resbalarás en su baba como no te andes con cuidado.

Le doy un empujoncito cariñoso y suelto una carcajada. Si ella supiera...

—Mira que eres exagerada. Y garra, por Dios —comento divertida, pero pierdo la sonrisa cuando la expresión de mi hermana parece apagarse—. Laura... Cariño, ¿estás bien?

—Sí, claro. Muy bien —dice sonriendo de nuevo y yendo a por su bolso—. ¿Qué? ¿Nos vamos? Seguro que hay mucha gente abajo que se muere por verte.

—Sí, claro. Pero... —Sé que no es el mejor momento para tener una conversación seria con ella, pero desde mi despedida de soltera la noto rara, como ausente. Por desgracia, no hemos podido pasar demasiado tiempo juntas, pues ya ha comenzado las clases en Oviedo y yo he estado bastante liada organizándolo todo, así que no he logrado que se sincere conmigo. Y la conozco, le pasa algo. Como también sé que le costará confesarlo porque, a pesar de su carácter extrovertido e impulsivo, Laura es muy reservada con todo aquello que le haga daño o no sepa gestionar. Agotando los últimos minutos, me atrevo a insistir—. ¿Seguro que estás bien, cariño? Desde lo de Lucas...

—Bah, tonterías. Estoy perfectamente. Ya te dije lo que pasó. Un estúpido rollito. Yo había bebido un poco, él se mostró muy simpático y acabamos besándonos. Nada más.

—¿De verdad? ¿Solo unos besos? Cuando volviste, parecías muy afectada, Laura. Solo por unos besos...

—En serio, Clara. No pasó nada. Simplemente él se puso un poco borde cuando quise volver, solo eso. No te preocupes, de verdad. He aprendido la lección. No besar a los chicos malos del pueblo. —La última frase me la dice con una sonrisa y con el índice estirado, moviéndolo de arriba abajo en señal de reprimenda, lo que me hace reír.

—Vale, te creo. Pero quiero que sepas que puedes contarme cualquier cosa, ¿de acuerdo?

—Claro. Lo sé. Y lo haré, cuando haya algo interesante que contar. Y ahora, nos vamos, que, cuando Rubio dijo que tenía prisa por casarse, no bromeaba.

Suelto una carcajada y, cogiendo el ramo de novia de encima de la cómoda, me encamino a la puerta.

—Todavía es temprano, pero tienes razón. No, no bromeaba. Hemos preparado todo esto en tres escasos meses. Dios mío, estamos locos.

—Sí, el uno por el otro —replica ella con guasa, mientras recoge la cola de mi vestido, que no es muy larga, pero lo suficiente para que resulte incómoda para bajar por las escaleras—. Pero bueno, todo va a estar perfecto, ya verás. Empezando por este día, que, pese a ser el primer

sábado de octubre, está soleado, para variar.

—Claro. Chema me dijo que él se encargaba de eso —bromeo.

—Vaya, qué detalle, tía. Eso sí que es un hombre enamorado, esperemos que no esté chamuscado tras su charla con el sol.

Entre risas por ese comentario, recibo el beso de mi padre, que me mira con orgullo y un pie en la primera escalera.

—Estás preciosa, cariño. Ojalá mamá pudiera verte.

—Oh, papá, gracias. Y no te preocupes, que estoy segura que lo hace. Esté donde esté. —Y realmente lo pienso, o al menos quiero creerlo. Me gusta pensar que ella ha estado ahí a mi lado, guiándome durante todo el camino, desempeñando un papel significativo a la hora de haber encontrado al hombre de mi vida. Creo en el ángel de la guarda, aunque parezca una tontería y no se lo confiese a nadie, así que ¿quién mejor que mi propia madre para ser el mío?

Él se atusa el bigote y me sonrío con dulzura.

—Venga, aquí hay un montón de gente que quiere saludarte. —Me coge de una mano y me lleva hasta el salón, donde hay varias personas dando cuenta de los aperitivos y bebidas sobre la mesa. Están Teresa y Ana, junto con las mejores amigas de mi hermana. También se han acercado mis únicos parientes: la hermana de mi padre y su marido, que han viajado desde Extremadura para la ocasión.

Saludo a todo el mundo con una inmensa sonrisa en la cara y, recibiendo de su parte cumplidos, besos y buenos deseos, el tiempo se me pasa muy deprisa. Hoy las horas cunden como minutos. Parecen volar, al igual que yo. Porque, cuando quiero darle el segundo sorbo a un refresco que alguien ha puesto en mis manos, mi padre toquetea el reloj diciéndome, con ese gesto, que es hora de irnos a la iglesia.

A Laura le hace mucha ilusión usar su recién estrenado carnet de conducir, así que es ella la que se sienta en el asiento del conductor mientras mi padre y yo lo hacemos atrás. Le aprieto la mano durante todo el trayecto, y no es por los nervios. Lo cierto es que estoy inusualmente tranquila. Este paso que voy a dar es importante, sí, pero nunca he estado de nada tan segura como de que esto es lo correcto. Si lo agarro con fuerza es porque sé que para él va a ser duro quedarse solo.

Fue algo que hablamos hasta el cansancio. Con Laura fuera, incluso me planteé la opción de que Chema y yo nos mudásemos a mi casa después de la boda. De hecho, aún contra su voluntad, él me apoyó en todo momento. El que no quiso saber nada del tema fue mi padre, que me aseguró que estaría bien, que el casado casa quiere y que aún era muy joven para depender de nadie. Así que mi futuro marido y yo alquilamos un pisito semiamueblado en el centro del pueblo, que espero convertir pronto en nuestro hogar. Ya le he hecho algún retoque, poniéndolo a mi gusto, pero sé que lo que lo acabará de convertir en algo especial serán nuestras risas rebotando contra sus paredes y nuestros besos estrenando cada rincón.

Laura aparca el coche justo frente al atrio de la iglesia, pero se gira hacia atrás y me guiña un ojo antes de salir de él y hacer las veces de un buen chófer. Me abre la puerta y también me ayuda a estirar la falda del vestido para mi paseo hasta Chema.

—¡Eh, espera! —dice cuando no he dado ni dos pasos. Se acerca y sujeta mi velo colocándomelo sobre la cara—. Ahora sí. Lista.

—Gracias —susurro. La verdad es que se me había pasado totalmente por alto. Y el hecho de que sea el novio quien me lo retire es algo que siempre quise vivir. Bueno, eso y muchas otras tradiciones relacionadas con la boda. Sé que estas últimas semanas he estado un poco pesada para que todo resultara perfecto, pero, bueno, una solo se casa una vez. O, al menos, en mi caso no

espero otra cosa.

Cuando entro en la iglesia y veo a Chema esperándome en el altar, no puedo evitar emocionarme. Está tan guapo, con su traje negro, su pelo engominado y esa radiante sonrisa compitiendo con la mía. Tiene las manos entrelazadas delante de su cuerpo y los pies muy juntos, prácticamente tieso, lo que me hace ver que está nervioso. Eso me entenece y me hace gracia a la vez. Porque, por una vez, me parece justo ser la más serena de los dos.

—Hola —murmura en cuanto llego a su lado, tomando una de mis manos entre las suyas y acariciándomela con delicadeza—. Pareces un ángel.

—Gracias. Tú estás guapísimo —digo en el mismo tono, mirándolo con adoración. Sus ojos brillan especialmente y percibo su olor entre muchos, deseando inspirarlo hondamente para retenerlo conmigo para siempre.

—Solo para ti —susurra de nuevo.

Un carraspeo muy suave de mi padre hace que preste atención a algo más que a Chema. Con una sonrisa y un beso en la mejilla, saludo a mi suegra, que ejerce como madrina. Ella se limita a hacer un movimiento con la cabeza, pero ni siquiera sonrío, sino que se gira muy digna y clava los ojos en el cura.

Yo la imito, sin querer darle mucha importancia a su comportamiento. Durante este año y pico me he dado cuenta de que no soy lo que esperaba para su hijo y, aunque me duele, tengo que aprender a vivir con ello. Además, hoy no voy a permitir que nada ni nadie me estropee el día.

La ceremonia se me pasa en un suspiro. Y creo que eso va a ser la pauta para lo que resta del día. Aunque he estado atenta a cada palabra, el momento del intercambio de alianzas me coge incluso desprevenida. De hecho, cuando Chema aprieta mi mano y comienza a repetir las frases del sacerdote colocándome el anillo, siento como si estuviese viéndolo todo desde fuera. Supongo que es culpa de la de veces que me he imaginado esta escena. Y ahora... Es verdad, me estoy casando con este hombre. El único al que he amado en cuerpo y alma y al que amaré el resto de mi vida.

Soy capaz de despertar del trance y hacer mi parte con aparente naturalidad y, al poco rato, a pesar de que nuestro párroco no ha dicho nada sobre que el novio puede besar a la novia, Chema no se corta un pelo y me levanta el velo para plantarme un beso que no tiene mucho de casto, la verdad.

Oigo a lo lejos alguna risita y mi suegra toca mi hombro con sutileza pero con insistencia, creo que para que deje de besar a su hijo. De lo que no parece darse cuenta es de que es él el que tiene mi cintura ceñida en sus manos, mientras su boca devora la mía.

El cura carraspea y mi padre le da una palmada amistosa en el hombro a Chema, lo que rompe el momento. Y casi me alegro, porque la vergüenza estaba ahora mismo superando al disfrute.

—Te dije que te lo iba a hacer pagar —me dice Chema muy bajito y sonriendo con picardía.

Me pongo muy colorada, pues sé bien a lo que se refiere.

—Pero... ¿Aquí? —logro articular, asombrada.

Él ríe entre dientes y, de repente, los abrazos y besos de todos los asistentes al enlace nos hacen perder el contacto. El fotógrafo intenta mantener un orden, diciendo que eso se hace a la salida, pero nadie parece hacerle mucho caso, y las felicitaciones vuelan sobre nosotros como supongo que lo hará el arroz en cuanto pongamos un pie fuera de la iglesia.

El achuchón de mi suegro me arranca una sonrisa tierna, el de mi padre me emociona, pero la única que consigue ponerme al borde de las lágrimas es mi hermana. Se acerca a mí casi a cámara lenta y luego da una zancada apresurada antes de estrujarme tan fuerte entre sus brazos que me quedo sin aliento.

—Ehh... —susurro conmovida.

—Te quiero, Clara. Ojalá seas tan feliz como yo quiero que lo seas. Ojalá...

—Lo seré —aseguro apartándome para mirarla.

—Claro que lo serás. Lo seréis... Tenéis... Tenéis que... serlo —balbucea mientras se le humedecen los ojos y parpadea muy rápido para disimularlo.

—Gracias, cariño. Y yo también te quiero. Ven aquí. —Y ambas nos volvemos a abrazar hasta que nuestros amigos intervienen reclamando su turno.

Algo más tarde, después de haber posado ya para la cámara, Chema y yo nos encaminamos cogidos de la mano a la salida. Mi suposición es cierta y nos vemos envueltos en una niebla de arroz que nos deja perdidos, pero riéndonos a carcajadas. Tras más besos, achuchones, piropos y enhorabuenas, la gente comienza a abandonar el lugar para ir hacia el restaurante. Nosotros nos hacemos un poco los remolones, queriendo disfrutar un poco más de cada instante. Charlamos alegremente con las últimas personas que nos rodean y nuestros dedos vuelven a entrelazarse.

—Eh, chicos, yo me voy con María, ¿vale? —nos dice mi hermana acercándose.

—De eso nada —oigo que replica mi padre, detrás de mí—. ¿No querías conducir? Pues vas a ser tú quien lleve el coche de los novios. Yo me iré con Román y volveré con él, que el día de la boda de mi hija pienso celebrarlo a lo grande.

Chema se echa a reír, mientras Laura lo mira casi boquiabierta. Mi padre nunca bebe, salvo quizá una cerveza durante un partido puntual o una copa de vino un día de fiesta.

—¿Vas a beber, papá? —le pregunta con desfachatez.

—Pues claro. Y tú no, recuerda que tienes que conducir —le suelta él de la misma forma.

Laura compone una mueca rara, pero enseguida sonrío y se resigna.

—Está bien. Como quieras.

—A mí me parece genial —opino yo—. Así me ayudas con esta cola que no hace más que enrollarse en mis piernas.

—Desde luego, cariño. Hoy es tu día, tú a mandar.

—Pues también es el mío —interviene Chema—. Y creo que te has olvidado de darme un abrazo, cuñada.

Ella frunce el ceño y lo mira, seguramente pensando si eso es cierto.

—¿No...? ¿No te felicité? —pregunta, pasmada.

—Sí, pero solo con palabras. Quiero besos y abrazos, faltaría más —bromea él.

Ella se queda quieta un segundo y luego se acerca a él casi con timidez. Eso me resulta chocante, pero lo achaco a que, con Chema, Laura parece guardar las formas de una manera especial. Creo que tal vez por respeto a mí, lo que me resulta adorable aunque innecesario. Laura es como es y, a pesar de que a veces me gustaría que controlase más sus impulsos, no quiero que pierda su esencia por nadie, ni siquiera por mí.

Es mi ya marido el que la rodea por la cintura alzándola en volandas mientras ella se deja hacer. Le planta dos sonoros besos en la cara y la hace girar antes de volver a ponerla en el suelo.

—Eh, ya está bien —protesta ella de broma—. Estrújala a ella, que para algo es tu mujer. —Se suelta y va en busca de María, supongo que para comentarle lo del cambio de planes.

—¡Oh, sí, eso pienso hacer! —le grita él de buen humor. Se acerca a mí y susurra sobre mis labios—. No te puedes imaginar lo eterno que se me va a hacer el convite.

—Lo dudo mucho —aseguro yo—. Ahora entiendo por qué las bodas de los gitanos duran tres días. Son mucho más listos que nosotros. Yo creo que este día se me va a hacer muy muy corto.

Él sonrío travieso y se muerde el labio inferior.

—Bueno, si te sirve de consuelo, pienso hacer que la noche sea maravillosamente larga.

Me echo a reír y, con mis manos apoyadas en su pecho, lo empujo cariñosamente.

—Dios mío, pero tú ¿no piensas en otra cosa?

—No, joder, no. Y la culpa es toda tuya —me espeta mirándome tan fijamente que siento como me ruborizo. Sobre todo cuando pienso que tiene mucha razón.

Llevamos sin hacer el amor un mes, y porque yo se lo pedí. Fue en uno de esos momentos ñoños que me dominan a veces, deseando que nuestra noche de bodas no solo fuese especial, sino muy deseada. Y el pobre, después de quedarse estupefacto y asegurarse de que no bromeaba, me lo concedió prometiendo una venganza en consonancia.

—Lo sé —susurro—. Y gracias.

Él sonrío de una manera que logra excitarme al instante, acentuando con ello mi bochorno. Pestañea varias veces con esas inmensas pestañas y me da un golpecito con el índice en la nariz.

—Recuérdalo cuando me digas basta —me advierte, consiguiendo que, de solo pensarlo, todo se agrave aún más. Mis colores y mi excitación. Y, entonces, riéndose, me coge de la mano y tira de mí—. Y ahora, al coche, que aquí ya no queda nadie y me temo que aún nos queda alguna foto por hacer.

Lo sigo sonriendo y no puedo evitar saltar sobre mis tacones para darle un rápido beso en la mejilla. Él me sujeta por la cintura y me aprieta contra sí.

—Será rápido. Ya se lo he dicho al fotógrafo.

—Genial. —Se alegra él.

Sé que le molesta perder el tiempo con el ritual de las fotos y eso, pero también sé que luego nos pesaría no tenerlas. Al fin y al cabo, este debería ser el día más feliz de nuestras vidas y quiero tener pruebas de ello.

No hemos avanzado ni un par de metros cuando mi hermana se une a nosotros y la siento recolocarme la cola del vestido. Miro hacia atrás y le agradezco el gesto con una sonrisa y, justo en ese momento, percibo que Chema se tensa a mi lado, apretándome la mano inconscientemente.

—¿Qué...? —no llego a preguntar qué es lo que sucede, pues ya puedo verlo con mis propios ojos. Apoyados en el muro de la iglesia, prácticamente al lado de nuestro coche, Selmo y sus amigos sonrían con los brazos cruzados y la vista puesta en nosotros.

—Joder... ¿Qué coño quieren ahora estos? —cuestiona Chema en voz baja, aunque estoy segura de que no espera ninguna respuesta de mi parte.

—Por favor, ignóralos —le pido—. Por favor...

Él me lo promete con una mirada y me conduce a nuestro destino sin apenas mirarlos.

—¡Vivan los novios! —La voz de Selmo llega a nosotros a solo unos pasos de él—. Ya sé que no hemos sido invitados, pero no podíamos dejar de felicitaros en un día tan especial. Rubio, Clara...

—Gracias —les dice Chema seco, cortándolo, antes de echar la mano a la manija de la puerta de atrás del coche y encontrárselo cerrado. Mira hacia Laura y le hace un gesto para que abra, pero ella está estática, más pálida de lo normal y fulminando a Lucas con la mirada.

—Laura... —la llamo, pero otra voz se escucha por encima de la mía.

—Bueno, bueno, bueno... La hermana de la novia sí que está guapa hoy. —Selmo descruza los brazos y le pone una mano en el hombro a Lucas—. ¿A que está preciosa, Lucas?

—Sí, es todo un bombón.

—¿E igual de dulce? ¿Y tan suave como parece? Tú dirás, Lucas. —Selmo se echa a reír a carcajadas y Chema da un paso hacia ellos con la mandíbula apretada.

—¡No, Rubio! —Lo frena Laura, acercándose y agarrándolo de un brazo—. No valen la pena. —Pulsa el mando y nos abre la puerta de atrás—. Por favor, vámonos de aquí.

Chema parece indeciso, mira a Laura, luego a ellos y después a mí. Parece leer algo que lo convence en nuestras caras porque, ayudándome a entrar primero, obedece.

—¿No valemos la pena? ¿Habéis oído, chicos? No decías lo mismo la noche de la despedida, Laura. Por lo visto ese día Lucas sí que te sirvió para algo. —El que habla ahora es Hugo, cuando nosotros ya estamos acomodados dentro.

Observo con desazón como Chema hace el amago de volver a salir, pero Laura, metiéndose en ese momento también en el coche, es la que se hace cargo de la situación.

—Sí, tienes razón —contesta con una dulzura insólita—. Me sirvió para saber que está muy lejos de ser un hombre de verdad. —Y, dicho esto, cierra la puerta, mete las llaves en el contacto y arranca, todo en cuestión de un segundo.

Busco los ojos de Chema, pero él está pendiente de ella.

—¿Estás bien, Laura? —le pregunta unos metros más adelante.

Ella gira un instante la cara y nos sonrío.

—De maravilla. ¿Y vosotros? ¿Qué tal ahí atrás? No hay tanto espacio como en la furgoneta, pero bueno, espero que tampoco os pongáis a hacer guarradas en mi presencia.

Sé que, seguramente, no esté tan bien como nos quiere hacer creer con esa broma, pero le seguimos el juego y nos reímos.

—Ni se nos ocurriría —digo—. Recuerda que Julián y Teresa nos han reservado la *suite* nupcial en el mejor hotel de Luarca.

Chema me mira con expresión traviesa.

—Habla por ti, cariño, habla por ti. —Y todos volvemos a reír. Y a mí se me olvida comentar que, solo por un instante, Lucas parecía verdaderamente incómodo ante las carcajadas de Selmo.

El resto del día, tal como predije, parece evaporarse ante mis ojos. Aunque estoy cansada y me duelen los pies un montón, parece que hace poco que hemos entrado en el restaurante... y ya estamos saliendo de él.

La comida ha estado genial, la compañía muchísimo mejor y la música, expresamente elegida por nosotros, fue un éxito total. Todos dimos lo mejor de nosotros en la pista de baile, después de que Chema y yo improvisáramos un vals que no nos salió del todo mal. En realidad, yo estuve toda la canción perdida en sus ojos, mientras el calor de sus manos alrededor de mi cuerpo parecía traspasar el vestido.

En cuanto me siento en el asiento de la furgoneta que nos ha acercado Julián, me quito los zapatos y me masajeo los pies.

—Diooosss... —gimo en voz alta—. ¡Qué gusto! No te puedes imaginar las ganas que tenía de quitármelos.

Chema me mira de reojo y sonrío de medio lado.

—Créeme, sí lo hago. Serán las mismas que tengo yo de arrancarte ese vestido. Y no es que no estés guapísima con él, pero...

Suelto una carcajada y él amplía la sonrisa, por lo que no llega ni a acabar la frase. Cuando cesan las risas, me pone una mano en el muslo y me lo acaricia por encima de la tela.

—Te quiero, ¿sabes? —dice echándome una breve mirada de reojo—. Te quiero muchísimo.

—Y yo a ti. Más que a mi vida. —Y es verdad. No quiero que jamás se vaya de mi lado; si para ello tengo que morirme yo primero, que así sea.

Chema lo es todo para mí. Con él aprendí hasta a quererme a mí misma de otra manera. Me

hace sentir bonita, diferente, especial... Nuestra relación es perfecta, casi idílica. No soy tan tonta como para creer que siempre va a ser así, claro. Los años, la rutina, los problemas cotidianos... eso hará que en algún momento surjan discusiones o pequeñas decepciones, pero, hasta ahora, todo ha sido un camino de rosas. Estos quince meses que llevamos juntos han sido inmejorables. O, al menos, entre nosotros. La única espinita entre tanta rosa es la actitud de su madre, siempre protestando por todo. Primero ignorando nuestra relación, como si así pudiese hacerla desaparecer y, después, encontrando pegas en todas nuestras decisiones. Que si nos precipitamos con la boda, que si nos casamos en otoño, mala época, que si no deberíamos alquilar un piso cuando contamos con las casas de nuestros respectivos progenitores, que si Chema no debería plantearse lo de dedicarse a la construcción y desatender la ferretería, que sí, que sí...

Intento llevarlo lo mejor que puedo, más que nada por Chema, porque para él sé que también es difícil no contar con el apoyo de su madre, pero eso no hace que importe menos. Si hasta en un día como el de hoy he tenido que oír cómo criticaba que el marisco estaba soso y la carne seca... Sonríe tristemente al recordar la escena y la contestación de Laura en mi oído al escucharla.

—Sosa y seca sí que es ella, joder. Espero que sus genes se pierdan por ahí y no pasen a mis sobrinas, ¿eh?

Sí, yo también lo espero. Y ahora debería dejar de pensar en mi suegra, me digo, recordando la promesa de que hoy no permitiría que nada me preocupase.

—¡Ehhh, cariño! ¿Sigues aquí? —oigo a Chema sacándome de mis cavilaciones.

—Sí, sí, perdona. Estaba pensando.

—Espero que en mí.

—Bueno... También.

—A ver, confiesa. ¿Qué pensamientos eran esos que te rondaban? Después te digo los míos. Me echo a reír.

—Creo que los tuyos ya me los sé —lo provoco, haciendo que sonría con picardía.

—¿Y los tuyos? —insiste él.

Lo miro durante un momento y me agarro a mi último pensamiento. Por nada del mundo quiero meter ahora a su madre en el coche, aunque sea en una simple conversación.

—En niños. O en niñas, más bien.

Él me observa durante un segundo antes de volver la vista a la carretera.

—Así que quieres niñas, ¿eh? ¿Cuántas?

—Pues... Me conformaría con dos... O con tres —declaro. Y aunque no es la primera vez que hablamos de tener hijos, sí parece nuestra primera charla formal sobre ellos.

—Tres. Mmmm... Me parece bien. ¿Y cuándo quieres la primera?

—¿Cuándo...? No sé, pero pronto —confieso.

Él esconde todo su labio inferior entre los dientes y disimula la risa.

—¿Esta noche, por ejemplo? —propone de manera casual, pero consigue dejarme estupefacta.

—Chema... ¿De verdad? ¿Considerarías la idea de intentar tener ya un bebé?

—Si es lo que tú quieres, sí, desde luego.

Abro la boca sorprendida y un poco aturdida, pues, de pronto, lo que era un sueño acaba de convertirse en una probable realidad. Una para la que tengo que tomar una decisión que, por otra parte, tengo muy clara.

—Sí, yo quiero —le digo sonriendo como una boba.

Él me aprieta el muslo, pero no pronuncia palabra.

—Chema, pero... En serio, si hoy no quieres... Quiero decir, no hace falta que sea ya. Solo cuando tú también estés dispuesto.

Una carcajada ronca surge desde su pecho.

—Cariño... De verdad, ninguna otra noche me encontrarás más dispuesto.

CAPÍTULO 6

Chema

Me he levantado de muy buen humor. Abrí los ojos antes incluso de que sonase el despertador. Y ya lo hice con una sonrisa en la boca, al sentir el cuerpo de Clara prácticamente encima de mí. La aparté y besé sus labios mientras acariciaba su incipiente barriga, todo ello con inmenso cuidado para no despertarla, lo que, por cierto, conseguí. De todas formas, desde que está embarazada, duerme como una marmota, así que no ha sido todo el mérito mío.

Me preparé un sándwich antes de salir de casa y pasé por el bar de Paco para tomarme un par de cafés. Luego conduje hasta la casa de Marisa y rematamos la obra en mucho menos de las tres horas que preveía. Tampoco es que quedara mucho ya por hacer para acabarlo. La clienta quedó muy contenta y así nos lo hizo saber. No se trataba más que de un simple garaje, pero sé que lo he construido lo mejor que sabía y, además, se lo hemos dejado todo limpio como una patena.

Vamos, que he tenido una mañana increíble que se me acaba de estropear en cuanto pongo un pie en la ferretería.

—¡Buenos ojos te vean! —ataca mi madre en cuanto me ve—. Espero que esa tontería tuya deje de ser apoyada por los vecinos del pueblo, para que puedas volver a estar detrás de este mostrador de una buena vez.

—¿Qué? —Creo no haber oído bien. Sé lo que mi madre piensa de mi trabajo fuera de estas paredes, pero lo que ha dicho ha resultado hasta ofensivo. Hace más de tres meses que solo despacho aquí en momentos muy puntuales, pues, por suerte, me está saliendo el suficiente trabajo para dedicarme exclusivamente a lo mío.

—Lo que has oído. Pensé que te cansarías pronto de esa idea, o que nadie te ofrecería más que simples chapuzas, pero...

—Pero te molesta que me vaya bien —acabo la frase por ella, con una tranquilidad pasmosa que me sorprende hasta a mí. Pero es así como me siento, pasmado de que mi propia madre esté deseando mi fracaso.

—¡Por Dios, no seas tan dramático! Claro que quiero que te vaya bien. Pero aquí, en la ferretería, donde debes estar.

—Mamá... —No sé qué quiero decirle, la verdad. ¿Qué se puede decir en un caso así? De todas formas, da igual, porque ella me interrumpe rápidamente.

—Sí, ya sé, la culpa es mía. Debí cortarlo de cuajo cuando vi como te inclinabas hacia la construcción. Pero...

—Pero era muy cómodo, ¿verdad? Que entre Julián y yo reparáramos el tejado cuando tuvimos goteras, que reformara el baño cuando hizo falta y que te construyera el cenador que querías. Ahí sí que no te molestaba esta tontería mía —le espeto, repitiendo la forma que tuvo ella anteriormente de referirse a mi trabajo y cansado de aguantar siempre el mismo tipo de conversación. Aunque hoy, sin duda, su falta de tacto se lleva la palma.

Parece que mis argumentos la han dejado sin palabras, porque abre y cierra la boca como un pez fuera del agua y me mira con los ojos desorbitados.

—Tú... Tú... —Le cuesta un poco comenzar, pero después me lo suelta todo del tirón—. Tú siempre has sido un buen hijo, pero, desde que estás con Clara, no sé qué demonios te ha pasado.

Dejas de lado el negocio que te pertenece por ley y sangre, te encaprichas con montar una empresa que, a la larga, te va a llevar a la quiebra y apenas vienes por casa. Estás irreconocible, hijo. Nosotros, tu padre y yo...

—Habla por ti, mujer —interviene mi padre saliendo de la trastienda con una caja en las manos y enfrentándola, cosa, por otra parte, bastante rara de ver. Siempre he considerado a mi padre un buenazo, no un calzonazos, porque más que hacer lo que ella quiere, simplemente la ignora la mayoría de las veces, pero nunca entra al trapo de discutir. Como dándome la razón, deja de mirarla para centrarse en mí—. ¿Qué tal, Chema? He oído que Julián va a dejar a los Alonso en unas semanas.

—Sí, papá. El día uno del mes que viene comienza conmigo. Y otro chico como peón.

—Muy bien. Ese chico vale mucho. Y ahora voy a seguir colocando esto. —Y sin más, da media vuelta y desaparece tras la puerta por la que salió.

Al quedarnos solos mi madre y yo, el silencio, tan presente, parece ocupar un espacio entre los dos, casi como si de una tercera persona se tratase.

—Estarás contento —dice ella al cabo de un rato, en un tono un poco más alto que un susurro—. Ahora tu padre y yo también discutimos por tu culpa. —Menea la cabeza con disgusto y me mira de la misma manera que solía hacerlo cuando tenía seis años y llegaba a casa con los pantalones agujereados a la altura de las rodillas.

La única diferencia es que ya no tengo seis años y hace mucho que los pantalones me los pago con mi propio sudor.

—Mamá... —hablo hastiado y cabreado, pero sin levantar la voz. El respeto hacia ella, a pesar de cómo se porte, es algo que tengo arraigado en el subconsciente—. Me voy.

Salgo de allí reprimiendo las ganas de dar un portazo y me subo a la furgoneta. La arranco y me dirijo a la finca donde, mañana, comenzaremos a construir una casa. Mi primera gran obra y el reconocimiento a todas las chapuzas que llevo haciendo durante años.

Tobías, un chico de apenas dieciséis años que tengo contratado para echarme una mano, se ha acercado allí directamente desde el garaje de Marisa. No queda a más de diez minutos andando y yo había pensado en cogermelo un pequeño descanso para visitar a mi madre y tomarme un café con ella. Joder, debí irme con él. El pequeño descanso se ha convertido en el gran cabreo.

Aparco en la acera y abro el portal para acceder al solar. A mi derecha veo que el material que esperaba a lo largo de la mañana ya ha llegado y a Tobías con un albarán en la mano, revisándolo todo tal como le pedí.

—¿Qué tal va eso? —pregunto acercándome a él.

Él levanta la cabeza y me mira casi asustado.

—Bueno... No muy bien. Los pilares, los sacos de cemento, de arena y el morrillo están correctos, pero... Mira ahí. —Me señala con la cabeza los grandes paquetes cuadrados de ladrillos envueltos en plástico transparente. Doy dos pasos y los observo detenidamente.

Aprieto la mandíbula y rechino los dientes. Joder, lo que me faltaba para rematar la puta mañana. La mayoría de los ladrillos están rotos.

Me llevo la mano a la nuca y me la froto lleno de rabia y frustración. Si trabajo con el almacén de los Alonso es por comodidad y porque tengo que reconocer que incluso me sale más barato que irme fuera del pueblo. Aunque el precio de los materiales viene a ser el mismo, me ahorro los portes del trayecto o el tener que ir a buscarlos. Además, nunca trato con Selmo, sino con su padre o con el encargado del almacén, pero ya no es la primera vez que me la juegan, y sé perfectamente quién es el culpable. Tampoco es que sea muy difícil imaginarlo, ya no por la inquina que nos tenemos, sino porque no ha escatimado en amenazas sobre hacerme la vida imposible si seguía

empeñado en hacerles la competencia. Y, de hecho, se ha esmerado en cumplir sus promesas.

Jesús, entre él y mi madre parecen empeñados en que, como contratista, tenga los días contados.

—Vete a casa —le digo a Tobías casi de malas maneras. Espero que el chaval sepa que mi mala hostia no es culpa suya y no me lo tenga en cuenta, porque ahora mismo no me apetece ni disculparme. Salgo embalado y, antes de que la rabia comience a enfriarse, me encuentro entrando por la puerta del almacén.

—Buenos días, Rubio —me saluda Carlos, el encargado.

—Serán para ti —suelto sin pararme a pensar que ese hombre tampoco tiene la culpa de nada—. ¿Puedo saber quién o quiénes dejaron mi material en la finca?

—¿Cómo? ¿Ha sucedido algo?

—Sí. Y algo bastante grave.

—Espera, espera. —Pone las manos delante e intenta tranquilizarme—. ¿Qué ha pasado? Yo mismo ayudé a cargar el camión y todo iba en perfecto estado.

—Pues tengo todos los fardos de ladrillos con muchos de ellos rotos —le explico—. Y te aseguro que yo no he sido.

—A ver, a ver... ¿No habrá sido el chico ese que trabaja contigo al moverlos o...?

—Te estoy diciendo que no —siseo. Estoy tan cabreado que casi ni lo miro, buscando a mi alrededor a Selmo o a cualquiera de sus esbirros para poder descargar con alguien la adrenalina que me corre por las venas.

—Pero... es imposible. De aquí salieron bien —sigue Carlos en sus trece, y tengo que reconocer, a pesar de mi mosqueo, que seguramente esté diciendo la verdad.

Respiro hondo y me froto la nuca.

—Joder, Carlos... No puede ser. ¡Yo no voy a comerme esto! He pasado por alto que los pedidos me lleguen casi siempre con retraso y lo sabes. También que siempre parezca haber errores en mis facturas, mucho más altas que el albarán de entrega. Y ya no te hablo de las dos veces en que alguien se ha pasado por la obra y me ha llenado la arena de piedras, porque de eso no puedo hacerlos responsables directamente. Pero esto no. ¡Estoy hasta los mismísimos huevos! —acabo gritando y me importa una mierda. Alguien tiene que pagar por esto y no voy a ser yo.

Debo de parecerle lo suficientemente furioso y desesperado, porque baja la cabeza y responde casi entre dientes.

—Se ha ofrecido el mismo Selmo a hacer el transporte. Lo ha acompañado Hugo.

—La verdad, eso sí que no me lo esperaba. Esta vez hasta han ido de frente. ¿Y bien? ¿Qué vamos a hacer ahora?

—No lo sé. Mira, déjame hablarlo con Alonso —me dice, refiriéndose al padre y dueño de todo. Le agradezco que, por lo menos, no insulte mi inteligencia intentando negar la implicación de los niños esos, y sus siguientes palabras me lo confirman—. Sabe las pegadas que su hijo te está poniendo y...

—¿Pegadas? Me está haciendo la vida imposible, joder. ¡Y yo solo quiero trabajar! Ya que hablas con él, dile de mi parte que, como las cosas sigan así, yo me buscaré la vida en otro almacén, lo que nos joderá a los dos, pero su hijo no se va a ir de rositas. No sé si denunciarlo o pegarle la paliza de su vida, pero te juro que...

—Venga, hombre, no te pongas así. No son más que chiquilladas...

—¿Chiquilladas? —¿De verdad ha dicho eso? Así le va al gilipollas de Selmo—. Ese tío es mayor que yo, joder. Y estamos hablando de mi dinero, ese que necesito para comer, así que soluciona esto de una buena vez o yo tomaré las medidas oportunas.

—Vale, tranquilo, déjalo en mis manos. Selmo es un chico difícil, solo necesita madurar un poco.

Arqueo las cejas con escepticismo y salgo de allí antes de seguir escuchando burradas. Ahora hasta yo me siento ridículo habiéndome rebajado al nivel de chivarme de las putadas de Selmo como si estuviésemos en el colegio. Pero ya lo he enfrentado más de una vez, en alguna incluso tuvieron que separarnos después de llegar a las manos, y no logro que me deje en paz. Él y sus amigotes parecen estar siempre buscándome las cosquillas y esta vez me las han encontrado de verdad.

Adrede, me paso por el bar de Paco a ver si me los encuentro, pero no tengo esa suerte. Me acerco también a dos cafeterías más que no suelen frecuentar a menudo, solo por descartar, pero más de lo mismo. Doy una vuelta con la furgoneta por el pueblo observando las aceras con detenimiento, pero no llego a verlos.

Agobiado tras mi búsqueda infructuosa, miro el reloj y veo que van a ser las dos de la tarde. Normalmente llego sobre la una para comer, Clara estará preocupada.

Me encamino al piso y subo las escaleras de dos en dos. Tengo un peso extraño en el pecho fruto de mi furia, la sangre parece hervirme dentro y mi cabeza no deja de imaginarse mis puños contra los dientes de Selmo hasta dejarlo desdentado como a un bebé.

Abro la puerta con mis llaves y un olor a carne asada me asalta de lleno. Aunque huele de maravilla, ni siquiera eso me abre el apetito. Ha sido una mañana de mierda y solo tengo ganas de desquitarme con algo hasta paliar mi mala hostia.

Cuando entro en la cocina, Clara está sentada en una silla con un libro en sus rodillas. Alza la cabeza al verme y me sonrío con dulzura.

—Hola, cariño. ¿Mucho trabajo? —se interesa.

Observo durante un segundo la mesa puesta y vuelvo a clavar los ojos en ella sin siquiera contestarle. Lo único que consigo hacer es una mueca rara que pretendía ser el amago de una sonrisa.

—¿Qué sucede? No tienes buena cara —dice, acercándose y pasándome dos dedos por el ceño, que seguro que sigue fruncido desde que vi aquellos destrozados ladrillos.

—Nada. No te preocupes —miento. No me apetece hablarlo con ella. Bueno, no me apetece hablar y punto. No me considero una persona con mal carácter, pero, cuando algo me saca de quicio, no suelo ser muy buena compañía. Como casi todo el mundo, supongo.

—¿Seguro? Habla conmigo, Chema. ¿Qué ha pasado?

—Nada, de verdad. No quiero hablar. Ahora no —digo, más tajante de lo que debería.

—Bueno, como quieras. Supongo que tendrás hambre, ¿no?

—No, la verdad es que tampoco —le confieso.

—A ver, Chema. Aunque no tengas mucha hambre, tendremos que comer, ¿no?

Suspiro sonoramente y me froto la nuca.

—Quizás más tarde —le suelto sin mucha delicadeza.

Ella abre los ojos sorprendida y luego me observa detenidamente pero con cautela. Y eso me enerva más de lo que ya estaba. No quiero asustarla, joder, ni preocuparla. Solo quiero...

—Bueno, ¿entonces qué quieres hacer? —pregunta con suavidad, intentando ponerme las cosas fáciles, lo que hace que todavía sea más consciente de mi horrible actitud con ella y acabe también por cabrearme conmigo mismo.

—¿Que qué quiero...?

Ni lo pienso. Me dejo guiar por el más puro instinto. La alzo por la cintura y la siento encima de la mesa mientras devoro su boca. Necesito algo que me haga olvidar durante un rato todos los

problemas. Y el sexo siempre funciona.

Me hago un hueco entre sus piernas y prácticamente le arranco la blusa que lleva puesta. Clara jadea en mi boca, pero sé que es más de asombro que de placer en esta ocasión. La verdad, ahora mismo ni le doy importancia. Le acaricio los pechos y tiro de sus pezones, ahogando un gemido suyo con otro beso profundo. Le subo la falda y me desabrocho los pantalones, bajándomelos junto con los calzoncillos en menos de un segundo.

—Chema... —la oigo, pero no la escucho. Vuelvo a besarla y paseo mis dientes sobre su cuello mientras mi polla se acerca a su sexo, todavía con las bragas y las medias puestas. Me froto contra ella y llevo las manos hasta allí, rompiéndole los pantis. Ahora solo quiero apartarle la ropa interior y meterme dentro. Joder, hoy lo quiero rápido. Y brusco, incluso. Por favor, solo por una vez...

Cuando estoy a punto de follármela, Clara me sujeta la cabeza y me mira fijamente.

—Chema, para. ¿Qué estás haciendo? —me dice muy seria.

Sus húmedos ojos azules se clavan en los míos haciéndome dar un paso atrás. Me paso las manos por la cara. «Jesús. Eso, Chema, ¿qué estás haciendo?».

Joder, sé perfectamente lo que estoy haciendo. Pagando mi frustración con ella, usando su cuerpo como desahogo. Jamás le he hecho el amor de otra forma que no fuera con suavidad, con delicadeza. Clara es tan dulce, tan pura, tan buena... Dios, es mi ángel. La menos indicada para pagar mi mal humor. Nunca tiene un reproche, ni tan siquiera un mal día. A veces me pregunto si será humana o un alma bajada del cielo.

Doy otro paso atrás, arrepentido de mi conducta, y la miro avergonzado mientras me subo la ropa.

—Perdona, cariño. Lo siento...

Ella se echa a mis brazos y me abraza con ternura. Me da un beso en los labios y esconde su cara en mi pecho.

—Clara... Perdona, yo... Joder, me he dejado llevar y...

—Tranquilo —susurra acariciando mi espalda—. No importa.

La aparto de mí y la miro a la cara.

—Joder, sí que importa. He estado a punto de follarte como un animal —suelto a lo bruto, tal como lo siento.

Ella sonrío tímida.

—Bueno, sí. Y yo no iba a romperme por ello. Simplemente... Bueno, me sorprendió y... No sé, creo que me asusté un pelín. No parecías tú y me hacías daño.

Abro los ojos como platos ante sus palabras. De todo lo que ha dicho solo me he quedado con dos cosas: que estaba asustada y que le hacía daño. Como si lo recordara de pronto, miro su vientre, ya un poco redondeado en su cuarto mes de embarazo.

—Joder. Ni siquiera recordé... Jesús, cómo pude olvidarme de que... —Respiro con dificultad y me siento el hombre más miserable de la tierra.

—Ehh, ehh... —Ella vuelve a enmarcar mi cara entre sus manos—. Estoy bien. No me lastimaste, Chema. No me malinterpretes.

—Te hice daño.

—Bueno, sí. Un poco. —Tira de mis pezones por encima de mi camiseta y entiendo de qué me habla.

Ella se ríe ante mi mueca de dolor y los suelta. Sí, la verdad, he estado un poco bestia. Confirmado.

—¿Qué ha sucedido, Chema? —pregunta de nuevo, ahora acariciándome los bíceps, que se me

han marcado mucho más a lo largo de estos meses de trabajo.

—Lo de siempre, Clara. Mi madre, machacando. Alonso, haciendo de las suyas. Lo de siempre. Solo que hoy se me ha juntado todo y...

—Cuéntamelo, anda. ¿Qué han hecho esta vez?

—No. No me apetece, cariño. —La abrazo y le beso el pelo—. Solo quiero tenerte así. Un ratito, por favor.

—Todo el tiempo que quieras.

La aprieto contra mí e inhalo su aroma. Huele a mantequilla azucarada, a hogar... A galletas recién hechas. Paseo mi nariz por la sedosidad de su pelo y respiro con fuerza, empapándome de su esencia. Algo que siempre logra tranquilizarme.

Al cabo de un rato, ella levanta la cabeza y se muerde el labio inferior.

—¿Seguro que no quieres algo más? —ronronea cerca de mi boca.

Sonrío y le doy un beso en los labios. La Clara insinuante resulta más adorable que provocativa, pero a mí me basta para volver a ponerme a punto.

—¿Hablas de comer?

—No. —Niega también con la cabeza, ampliando la sonrisa.

—Ahhh... Entonces seguro que hablas de esto. —La vuelvo a besar, pero esta vez como suelo hacerlo. Con ganas y pasión, sí, pero con toda la ternura del mundo. Y así, entre beso y beso, y casi quitándonos la ropa por el camino, acabamos sobre la cama, donde hacemos el amor despacio, recreándonos en nuestros cuerpos y demostrando lo que sentimos. Yo, por lo menos, es lo que pretendo, en un intento de compensar mi acto anterior.

Y me hago una promesa. Con Clara siempre será así, no se lo merece de otra manera. Ella es un ángel y como tal me prometo tratarla.

Laura

Me meto el último trozo de bocadillo en la boca y contesto lo mismo por milésima vez en estos meses.

—No, María, no puedo. Tengo que ir a trabajar.

—Vamos, Laura. ¿De verdad? ¿Otra noche cuidando a la señora Renata?

—Bueno, es mi trabajo —contesto mientras me limpio con la servilleta. La pongo encima del plato y me levanto para recogerlo—. Y sabes lo que me ha costado conseguir uno que pueda compaginar con los estudios, así que...

—Sí, sí, ya sé. Pero primero era para algunas tardes y pocos fines de semana, y ahora casi te pasas más tiempo allí que aquí, joder. Te saldría más rentable irte a vivir con ella, así te ahorrarías el alquiler —me suelta levantándose de la mesa con su plato en la mano.

Me echo a reír. No es que no tenga parte de razón, pero a mí no me importa ir más de lo acordado en un principio. Me pagan cada una de las horas que paso en aquella casa y, encima, algunas de ellas las dedico a estudiar. Además, me encanta la compañía de la señora Renata, una mujer muy mayor que todavía conserva un espíritu tan joven que sería la envidia de muchos de los de mi edad.

—Sí, tú riéte. Su hija seguro que también lo hace. Desde que cuenta contigo, no hay un solo fin de semana que no tenga algún plan.

—A ver, María, no sé por qué te pones así si a mí no me importa. Me pagan muy bien, ¿sabes?

—Sí, lo sé. Pero, Dios, Laura, desde la boda de tu hermana estás irreconocible. ¿Cuántas veces hemos salido de marcha? ¿Tres? Que trabajes y todo eso está muy bien, pero también tienes que salir. ¿Te crees que los diecinueve vas a volver a tenerlos en otra ocasión? Pues no. Se acaban, ¿sabes?

Vuelvo a reírme con ganas. ¡Dios mío, María cuando quiere es de un melodramático...!

—Joder, mujer, ni que no tuvieras con quien salir. Dime, ¿con quién has quedado hoy?

Ella se vuelve a sentar después de un rápido paseo hasta el fregadero para poner su plato encima del mío. Sonríe y me mira con picardía.

—Pues... Ya sabes, con Alba y Vero, como siempre. Pero también con esos chicos tan monos de último curso. Fran, Carlos, Marcos y Tito —me recita sus nombres, como si no los recordara.

—Ahh, me parece muy bien. Dales recuerdos a todos de mi parte —digo. A ellas las conozco muy bien, además de compañeras de clase nos hemos hecho amigas, y ellos, aunque no los conozco tanto, parecen buena gente. Y, dos de ellos, bastante guapos, todo hay que decirlo.

—¿A alguno más que a otro? —pregunta ella con retintín.

—¿Qué? No. ¿Estás insinuando algo, María?

—Bueno... Yo creo que Marcos te pone ojitos.

—¿Ojitos? Joder, leíste demasiado la *Superpop*. Y también tienes demasiada imaginación.

—¿Tú crees?

—Sí. Solo ha sido majo conmigo. Nada más.

—Y tú con él. —Esa frase casi me la dice cantando, supercontenta.

La miro con los ojos entrecerrados. ¿Yo con él? ¿En serio? Yo juraría que lo he tratado de la misma manera que a cualquiera, pero, por lo visto, otra vez he dado una impresión equivocada.

—Como tú digas. —Miro el reloj y veo que es hora de marcharme—. Y ahora me voy o llegaré tarde. Tenían reserva en el restaurante a las diez, así que...

Ella me sigue cuando salgo de la cocina y, cuando estiro el brazo para coger el bolso del

perchero, me lo sujeta. La miro extrañada y veo en sus ojos algo parecido a la preocupación.

—¿Te ha molestado?

—¿Qué? ¿El qué? —respondo, o pregunto más bien, confusa.

—Mi comentario sobre Marcos.

—No, no. Desde luego que no. ¿Por qué...?

—No sé, me lo ha parecido. Desde lo de Lucas, no sé, Laura, me da la impresión de que...

—¡Oh, por Dios! ¡Ni de coña! No te montes películas, María —la interrumpo. Joder, al final va a ser verdad que tiene algo de adivina. Parece saber más de lo que le he contado sobre qué pasó esa noche—. Y me voy, de verdad, o llegaré tarde.

—Vale, vale —me suelta casi a regañadientes—. Pero prométeme, ya que esta Semana Santa no te vas a El Pilar, que me reservarás una noche.

Sonríó y le doy un beso en la mejilla.

—Prometido. Tenemos una cita —bromeo—. Pero no te hagas demasiadas ilusiones, ¿eh? Me siguen gustando los chicos.

Ella pone morritos y yo salgo de casa tras guiñarle un ojo.

—No, María, no...

—¡Me lo prometiste!

Pongo los ojos en blanco. Joder, es más pesada que un tanque en la solapa, como diría Chiquito. Ya han pasado quince días desde nuestra última discusión idéntica a esta y eso que en Semana Santa salimos no una, sino tres veces.

—Eh, eh... Y lo he cumplido. Como una campeona. Pero de verdad, todavía no he acabado el trabajo de la clase de...

—¡Excusas! Levántate de ahí y ponte guapa, que pienso aprovechar cada noche que la arpía esa te dé libre —espeta, refiriéndose a Lola, la hija de la señora Renata.

—María, en serio...

—Te prometo que mañana por la tarde me pongo contigo y te ayudo, que el mío ya lo acabé. De verdad, te lo juro por Allison DuBois.

—¿Allison DuBois? —repito alzando las cejas.

—Eh, que la serie está basada en una persona de verdad. Y es una vidente de las buenas.

Suelto una carcajada. ¿Quién se cree un juramento de ese tipo?

Por lo visto, yo, porque, en menos de media hora, ya estoy lista para salir. No era una excusa, de verdad tengo que acabar el proyecto, porque lo cierto es que esta noche sí me apetece salir. Aunque yo misma me sorprendo a veces de lo poco que me importa anteponer mi trabajo a la fiesta, sigo siendo la misma a la que le gusta tomarse unas cervezas en buena compañía y mover el esqueleto al ritmo de una buena canción.

—¿No nos acercamos andando? —pregunto ya en la calle, cuando veo que María saca las llaves del coche del bolso.

—No, he quedado con ellos en la otra punta de la ciudad. Hay una pizzería nueva a la que querían ir y después ya nos quedaremos por allí a tomar algo, supongo.

—Vale, perfecto.

Nos subimos al coche y nos abrochamos los cinturones de seguridad. Aún no ha arrancado cuando comienza el interrogatorio. Paciencia ha tenido, lo sé. Pero, al final, María siempre intenta hacerme confesar cuando menos lo espero.

—Y ahora, ¿me vas a decir por qué no fuiste esta Semana Santa a casa?

—Bueno... Lola me había dicho que, a lo mejor...

—Chorradas. La verdad, Laura.

¿La verdad? Ni de coña. La verdad me la niego hasta a mí misma, así que no va a ser ella quien la oiga de mi boca.

—La verdad es que no me apetecía demasiado. Eso y que realmente pensé que me sacaría un dinero quedándome algún día con la señora Renata. Para que luego digas que Lola abusa de mí —apunto, en un intento inútil de desviar su atención.

—¿Y por qué no te apetecía? —María saca un momento la vista de la carretera para clavarla en mí, arqueando las cejas. Sé que resulta extraño. El año pasado me pasaba protestando cada uno de los fines de semana que no podía acercarme al pueblo y este busco excusas para no ir.

—Verás... —Sonríe con picardía y me muerdo el pulgar haciéndome la interesante—. Este año mi hermana está ocupada con su maridito y no quiero molestarla demasiado y... Y aquí no tengo a mi padre incordiándome con la hora de llegada. —Me muevo en el asiento y me inclino hasta acercar mi cara todo lo que puedo a la suya—. ¿Contenta con la explicación, cotilla?

—¡Yo no soy ninguna cotilla, Laura! Solo me tienes preocupada. Muy preocupada —confiesa, dejándome ahora pasmada.

—Pero... ¿por qué?

Ella niega con la cabeza y me mira de reojo.

—Mira, no quiero volver sobre el tema, pero estás rara. Muy rara.

—¿Sobre el tema? —En cuanto acabo de decir la última palabra, ya sé de lo que habla. Joder, está pesadita con el asunto, eh. Y que tenga algo de razón no quiere decir que me resulte más fácil. Lucas fue un error. Algo vergonzoso con lo que cargaré durante mucho tiempo, pero nada más—. Olvídalo. No estoy rara. A lo mejor... es que he madurado.

Ahora ella se parte de la risa.

—No te pases, Laura, no te pases. Que ayer mismo, delante de todo Dios, le dijiste a Rafa que se subiese la bragueta. Y él estaba solo ante toda la clase, exponiendo su trabajo sobre Historia del Arte —recuerda, mientras se le escapa de nuevo la risa.

Me encojo de hombros y, a pesar de que me apetece sonreír, me pongo muy seria.

—Joder, es que la tenía abierta. Lo hice por su bien.

—No, lo hiciste porque sabías que lo avergonzarías y querías la revancha por todas las veces que te llama Ana de las Tejas Verdes.

—Bueno... —Ahora sí que sonrío con malicia. Es verdad. Rafa se cree muy gracioso y solo es un estúpido payaso más—. Tal vez. Pero es que ya se hace cansino. Yo acepto una broma como la que más, pero...

—Él solo pretende llamar tu atención, que lo sepas.

—Pues lo único que consigue son muchas risas a mi costa, ¿o no lo sabes? —refunfuño.

María se ríe, creo que también le hace gracia el mote que me ha puesto.

—Es que te pega muchísimo —se atreve a decir. Y antes de que yo pueda intervenir, prosigue rápidamente—. Y cambiando de tema, ¿qué tal tu hermana y Rubio? ¿Tan bien como me imagino?

—Sí, muy bien —contesto. Sí, les va genial. Hablo con Clara varias veces a la semana y sé que está feliz como una perdiz. No me esperaba otra cosa, tampoco.

—¿Para cuándo el bebé?

—Para julio, como la última vez que lo hablamos —le respondo con sorna.

—Joder, no lo recordaba. Soy un desastre con las fechas. ¡Dios, cómo pasa el tiempo! Parece que fue ayer cuando estábamos en su boda y dentro de nada vas a ser tía —suelta de corrido, casi

sin respirar—. Esos no pierden el tiempo, ¿eh?

—No. No lo pierden. —Sonrío, pero no tardo en girar la cara y clavar la vista en la oscuridad de fuera. No pierden el tiempo, ni yo quiero que lo hagan. Quiero que Clara consiga todo lo que desee y más. Pero, mientras una parte de mí piensa eso, mi mente juega conmigo y me recuerda el día de la boda. O más bien, el abrazo que Rubio me robó. Era verdad que no lo había felicitado como la ocasión requería, pero había sido un hecho estudiado a conciencia. No quería tocarlo. Ni olerlo. Ni ninguna otra cosa. Mantenerme lo más alejada de él, tal como me prometí que haría, eso era lo que quería. Y eso es lo que voy a hacer.

No me doy ni cuenta, tan ensimismada estoy, de que María aparca el coche y apaga el motor. Solo cuando grita mi nombre ya saliendo por la puerta, abandono el trance.

—Oye, ¿dónde estabas? —se interesa cuando ya estoy a su lado en la acera.

—Pensando en el trabajo que mañana me vas a ayudar a terminar —le contesto dándole un empujón con la cadera.

Ella se ríe mientras, intentando mantener el equilibrio sobre los tacones que se ha puesto, me hace señas hacia una puerta a la izquierda. Hemos llegado a la pizzería.

Después de una cena excelente acompañadas por Alba y Vero, las cuatro nos dirigimos a un local bastante cerca. Éstas últimas ya han estado allí en otra ocasión y hablan maravillas de él. También cuentan que han quedado allí con el grupo de siempre, pues Vero parece ser que está saliendo bastante en serio con uno de ellos, Fran.

—¿Así que te has echado novio? —me burlo ya a las puertas del local—. Pero ¿tú no eras la que decías que la libertad era el estado natural de las personas?

—Y sigo siendo libre —responde ella, abriendo mucho sus ojos verdes y echándose la negra melena hacia atrás—. Pero ahora tengo quien me haga un masajito sin pagar fisioterapeuta y, de paso, me ahorro bastantes copas.

Todas nos echamos a reír, pues sabemos que esa pose superficial solo es eso, una pose.

Buscamos con la vista a los chicos en cuestión y los localizamos al fondo, alrededor de una mesa baja. Nos acercamos y ellos sonríen al vernos llegar.

—Hola, chicas —nos saluda Carlos, levantándose y comenzando a repartir besos, lo que los demás no tardan en imitar.

—¿Y Marcos? —pregunta María cuando se está sentando, al darse cuenta de que no está entre ellos.

—En la barra, cogiendo provisiones —informa Fran con el brazo sobre los hombros de Vero. Mira hacia allí logrando que todas lo hagamos, pero él ya viene de vuelta, con cuatro cervezas en las manos. Al llegar nos sonrío mientras las coloca sobre la mesa.

—Bueno, me toca volver —comenta de buen humor—. ¿Qué queréis tomar, chicas?

Después de que nos hayamos decidido por unas cañas para empezar, María se ofrece a ayudarlo. La miro porque es algo que me sorprende, pero ella me guiña un ojo y va tras él. A ver, que no entiendo nada. ¿Ahora le gusta Marcos? Vaya, esa no me la sabía. Hace unas semanas se suponía que era para mí, me digo con ironía. Sonrío sarcásticamente y presto atención a algo que me dice Alba en ese momento.

Cuando regresan, se sientan a mi lado, dejándome en medio de ellos, y comenzamos a charlar de todo y nada en especial. Me encuentro muy a gusto entre ellos y tengo que reconocer que ya no echo tanto de menos a Nela y a Nieves como al principio. Observo a Marcos, que está contando una anécdota sobre un profesor. Creo que es algo mayor que los demás, pero tiene esa apariencia de eterno adolescente que lo disimula. El pelo oscuro alborotado y un poco más largo de lo normal, la barba de dos días, un cordón al cuello bajo su camiseta, vaqueros y las clásicas

Converse. Quizá lo que más llame la atención de él sean sus ojos, de un gris muy poco común y tras unas gafas de pasta negra que le quedan de muerte. En él resultan sexis, casi demasiado. Lo cierto es que, aunque siempre me ha parecido un chico mono, hoy lo veo con otros ojos. *Sexy*. Muy guapo. Un tío bueno, vamos. No me extraña nada si María le ha echado el ojo, siempre ha tenido buen gusto para los hombres.

Como si me leyera el pensamiento, en un momento en que las dos nos acercamos al baño, me saca de mi error.

—Es todo tuyo, eh. Solo quería darle un pequeño empujón, por eso lo acompañé a por las bebidas —espeta, así, sin venir a cuento de nada.

—¿Qué? ¡Estás como una cabra, tía! ¿De qué hablas?

—Vamos, Laura, que no le has quitado ojo en lo que va de noche. Y sí, estate tranquila, que a él también le gustas un montón.

—¿Hablas de Marcos? —pregunto de forma estúpida.

—No, de tu cuñado, no te jode —replica, lo que hace que suelte una carcajada tan bestial que hasta está fuera de lugar. «Muy bien, María, superoportuna».

Ella solo menea la cabeza como si considerara que me falta un tornillo, pero al rato se sube el vestido y se baja las bragas, adoptando una posición bastante precaria para hacer pis sin sentarse en el váter. Que nadie dice que no estuviese limpio a primera hora, pero lo que es ahora mismo... parece que ha servido como letrina a medio zoo.

Cuando volvemos a la mesa, en ella solo está Marcos.

—Allí, imitando a Michael Jackson en sus mejores tiempos —explica él antes de que preguntemos. Y sí, ya vemos a los demás, en medio del local, los chicos haciendo movimientos más graciosos que provocativos con sus pelvis y pies, mientras ellas se menean partiéndose de la risa.

—¿Y tú, no te animas? —le pregunta María.

—Creo que paso. Tengo el sentido del ridículo demasiado desarrollado.

—Pues yo me apunto. Pero no te preocupes, que Laura se queda a hacerte compañía —resuelve ella en un instante, como si yo no tuviese ningún poder de decisión. Aunque no me importa charlar un rato a solas con Marcos, tampoco puedo decir que no me apetezca enseñarles a esos chicos cómo se baila de verdad.

Disimulo un suspiro y me siento en uno de los sofás, mientras ella se aleja en dirección a la verdadera fiesta.

—Vete si quieres, Laura —dice Marcos—. Sé que te encanta bailar. Por mí no...

—No lo hago por ti, lo hago por ella —replico, guasona—. Ya que parece empeñada en que tengamos algo, vamos al menos a concederle unos minutos de gloria.

Él abre mucho los ojos antes de soltar una carcajada.

—Joder, Laura, la diplomacia no es lo tuyo —comenta, todavía entre risas.

—¿Demasiada sinceridad para ti? —bromeo.

—No, perfecta —me dice, con los ojos brillantes y fijos en mí—. Perfecta.

—Pues me alegro, porque resulta muy cansino tener que medir cada palabra, ¿no te parece?

—Sí, desde luego. Ahora, espero que, por tu bien, cuando tengas tus propios clientes, procures ser un poco más... —Se para un momento, mueve los ojos hacia los lados y frunce un poco los labios, buscando la palabra apropiada para continuar.

—¿Falsa? —lo ayudo.

Él vuelve a reírse.

—Amable. Correcta. Comedida —apunta.

Yo pongo los ojos en blanco, pero solo por hacer el tonto.

—Tienes razón —acabo por aceptar—. Pero eso aún será dentro de unos años.

—Sí, pero pocos. Créeme, pasarán volando.

—Pareces mi padre hablando —me cachondeo—. ¿Cuántos años tienes, ancianito?

Él sonríe y me encuentro admirando esa sonrisa. Es preciosa, encantadora. Me fijo en cómo sus labios vocalizan un número, pero ni lo oigo.

—¿Qué? —vuelvo a preguntar, sintiéndome idiota.

—Casi veinticinco.

—Vaya, ¡qué mayor! ¿Y eso? ¿Te diste la gran vida antes de decidirte a estudiar o...?

—Algo así —confiesa con una sonrisa traviesa—. Digamos que tuve una adolescencia... difícil. Y mucho no he debido de cambiar porque, si te soy sincero, estoy estudiando esto solo por fastidiar a mi padre.

—Pero... ¿por qué dices eso? —pregunto con curiosidad. Con tremenda curiosidad, si soy franca.

Él se encoge de hombros y menea la cabeza con la mirada sobre la mesa.

—Bah, es una historia muy larga. Por favor, cambiemos de tema. Mi padre no es lo más divertido para un sábado por la noche.

Yo sonrío y le doy la razón de nuevo, guardando mi curiosidad para otra ocasión. Me sorprende un poco de ese pensamiento. Otra ocasión. Sí, me apetece volver a verlo. Y no solo en pandilla, quizá. Marcos es un chico interesante y con el que me siento muy a gusto.

—¿Y de qué te apetece hablar? —pregunto al cabo de dos minutos en que ambos no hemos hecho otra cosa salvo mirarnos como dos tontos, lo que me pone nerviosa.

—De ti. —Sonríe.

—¿De mí? ¿Y qué quieres saber?

—No sé, sorpréndeme.

—Eso es fácil. Dicen que estoy un poco loca y que no tengo pelos en la lengua. Lo cual es verdad.

—Y que yo ya sé. Pero me gusta. —Se pone algo más serio y acerca su cuerpo al mío—. Eres tan fresca...

—¿Fresca? ¿Me estás llamando guarra? —lo vacilo. Y me siento muy orgullosa de poder bromear sobre eso. Después de siete meses, ya era hora de comenzar a superarlo.

Pero él no lo pillaba. Pobre.

—¡No, joder! —grita espantado—. Me refiero a...

Me echo a reír con ganas y él acaba compartiendo mis risas, resignado ante mis bromas.

—Lo dicho —me dice al cabo de un momento—. Nunca sé qué esperar de ti.

—Eso es bueno. ¿No me digas que eres de esos tíos que lo tienen todo planificado? Ya sabes, esos que no saben vivir sin una agenda y hasta saben perfectamente con qué tipo de tía se casarán.

—No, no. De eso nada —Responde tras reírse entre dientes—. Pero bueno, tengo que reconocer que sí pensé que sabía qué tipo de chica me gustaba.

—¿Ah, sí? ¿Y cómo era?

—Alta, rubia, ojos claros, buenas curvas... —Me guiña un ojo y me dedica una sonrisa increíble.

—Uy, qué original —contesto siguiéndole el juego—. ¿Puede ser lista o también la prefieres tonta?

Marcos se parte de la risa ante mi pregunta y se mueve un poco más hacia mí.

—A ver, listilla, ¿y cuál es tu tipo de chico?

Arqueo las cejas y no le contesto. Antes lo tenía claro. Ahora... no tengo ni idea.

—Tendrás predilección por alguno, digo yo —insiste.

—Por uno —me burlo—. Mi hombre ideal es Martin Riggs. El de...

—*Arma letal* —acaba él la frase—. ¿En serio? Esa película es anterior a que nacieras.

—Ya, pero me encanta —digo exagerando mi voz de soñadora—. Y él es tan maravilloso...

—¿Maravilloso? —Me mira incrédulo un instante antes de continuar—. ¿Así que te gustan los hombres que están como cabras, con tendencias suicidas y que viven en una caravana? Bueno, sobre gustos...

Ahora la que se descojona soy yo. Hombre, dicho así, Martin ya no es tan ideal. Además, me lo ha dicho tan formal, aunque ahora vuelve a sonreír, que ha resultado graciosísimo.

—Me gustan un pelín atormentados, sexis y valientes —expongo, ante lo que él vuelve a enarcar mucho las cejas—. Así que también eres fan de *Arma letal*, ¿eh?

—Claro. Y de *La jungla de cristal*. ¿A quién no lo gusta una buena peli de acción? Pero desde luego, no me gustaría tener como pareja a ninguno de los dos. Supongo que mi mayor ilusión no es quedarme viudo a una edad temprana.

—No estás siendo objetivo —apunto cuando acabo de reírme—. Y lo estás viendo con ojos de hombre. ¿A que no te importaría estar con Lara Croft a pesar de que siempre está en peligro?

—Uff... —Marcos menea la cabeza de un lado a otro muy lentamente y frunce los labios—. Lara es mucha Lara. Además, es condesa. Seguro que, si llega a pasarle algo, me deja, al menos, forrado.

—¿Y dónde queda el amor? —pregunto muy seria, aunque estoy de coña y sé que él también lo está—. Seguro que su muerte no te dejaría tan indiferente como quieres aparentar.

—No, es verdad. Pero apuesto a que ser un conde rico ayuda mucho cuando después me vaya a la caza de una despampanante rubia alta y de ojos claros.

Ambos estamos riéndonos de nuestra charla absurda pero divertida cuando los demás vuelven a la mesa para beber algo y descansar los pies. Más tarde, nos animamos y nos acercamos también a la pista, bajando el alcohol a base de movernos, incansables y risueños, marcando el ritmo de la música cañera que suena en esos momentos. Bastante tiempo después, me siento relajada y de maravilla en sus brazos, ahora bajo el embrujo de una balada con la que nos mecemos, más que bailamos.

Después de un par de canciones de ese estilo, Marcos tira de mí hacia la barra y se pide un cubata. Acepto encantada otro igual y nos acomodamos en unos taburetes altos allí mismo, donde el volumen de la música todavía nos deja hablar sin hacerlo a gritos.

Charlamos sobre música, sobre más películas y nos reímos relatando anécdotas de nuestra adolescencia. Eso da lugar, no sé muy bien cómo, a que terminemos confesándonos antiguas relaciones. Yo no tengo mucho que contar, así que me invento un ex que me duró unos meses para no parecer una mema, mientras él se sincera diciéndome que sí hubo alguien especial, y durante mucho tiempo. Marcos no entra en demasiados detalles, pero se nota a la legua que le ha dejado huella. Porque, a pesar de que no hay rabia ni dolor en su voz al contarle, puedo notar como su pierna se mueve intranquila apoyada en el travesaño de la silla, mientras su mano no para de mover su vaso en círculos.

—¿Era alta, rubia, de ojos claros y curvas perfectas? —suelto sin pensar, recordando sus palabras.

Me muerdo el labio inferior al oírme, avergonzada. Solo pretendía evadir esos pensamientos que parecen haberlo entristecido, no que mi curiosidad resultase tan evidente.

Para mi alivio, Marcos, después de una mirada sorprendida con arqueo de ceja incluida, se

echa a reír.

—Pues sí. ¿Eres adivina?

Niego con la cabeza.

—Perdona. No sé por qué he preguntado eso.

—¿Ah, no? —pregunta, socarrón.

—Bueno, sí. —Me río—. Tu tipo de chica, ¿recuerdas?

—Ajá. Pero ¿sabes qué? —Sin esperar contestación, tira de mi taburete acercándome tanto a él que acabo entre sus piernas—. Permíteme replanteármelo. Ahora mismo, por ejemplo, prefiero sin duda las chicas con pecas, pelirrojas y bajitas. Con mala leche pero mucho sentido del humor y...

Y me besa. Así, tras esas palabras, sin pedir permiso o esperar a que yo lo viera venir. Planta una mano en mi nuca, junta nuestros labios y me come la boca. Así, sin preámbulos. Entre su última sílaba y jugar con mi lengua, no ha transcurrido ni un latido. Joder, rápido sí es. Y saber... Saber también sabe. La virgen, cómo besa el chico.

No sé cuánto tiempo dura el beso. Lo único que sé es que es lo bastante corto para que no me llegue a nada y lo suficientemente largo para que acabemos algo acelerados los dos.

—Laura... —susurra contra mis labios, haciéndome cosquillas en ellos con su aliento y convirtiendo estas en ramalazos de placer que acaban en mi vientre. ¡Dios, esto de besar mola mucho! Y supongo que estar desentrenada hace que las sensaciones sean exageradas.

—¿Sí?

—Laura, vivo aquí al lado. ¿Por qué no nos vamos...?

Joder, joder, joder. Planto las palmas de las manos en su pecho y me aparto como si quemara. ¿En serio? ¿Está ya pensando en follar? ¡Dios! ¿Esto es lo normal y yo he salido de un pueblo remoto del siglo pasado y no entiendo el percal, o es que no valgo ni siquiera la molestia de un par de citas normales antes de ir al tema?

Siento de nuevo como si hubiesen comenzado a caer grandes bolas de nieve sobre mí, dolorosas y heladas. Me viene a la mente lo simpático que fue Lucas antes de insultarme y humillarme por no haber querido echar un polvo. Y noto, nerviosa y cabreada, como las lágrimas acuden a mis ojos sin poder evitarlo. Joder, joder, joder. ¿Otra vez? No, no puede ser. Esta vez no he hecho nada. Nada. Solo bailar. Bailar, sí, un par de baladas, pero solo bailar.

Bajo del taburete y me giro para alejarme de él sin pronunciar palabra. No llego ni a dar dos pasos cuando una mano sujetando mi brazo me hace pararme.

—Déjame —siseo sin mirarlo a los ojos.

—Laura, espera... ¿Qué pasa?

—¿Que qué pasa? ¡Que no quiero ir contigo a ninguna parte! —le grito enfadada.

—Vale. Pues nos quedamos. No pasa nada. Pero esto... —Mira un segundo a su alrededor y yo aprovecho para deshacerme de su agarre.

—Quédate tú. Yo me largo.

—Pero... Laura, joder. ¿Qué coño te pasa?

Si no estuviese tan alterada quizá me parase a pensar que su voz suena sorprendida, casi preocupada, pero esa frase, igualita a una que me dijo Lucas aquella noche, me remata. Sin querer ni seguir mirándolo, salgo por la puerta del local sin avisar a María. Cojo un taxi y vuelvo a casa. Solo al llegar allí la llamo para decirle dónde estoy y que no se preocupe.

CAPÍTULO 7

Clara

Si me lo hubiesen preguntado hace apenas una hora, diría, sin el mínimo asomo de duda, que el día más feliz de mi vida había sido el de mi boda. No por nada me sentía como la protagonista de un cuento de hadas al lado de mi príncipe azul.

Pero ahora, segundos después de que hayan puesto en mis brazos a esta cosita de apenas tres kilos, indefensa, recién salida de mi vientre, toda arrugadita y sonrosada, ya no tengo esa certeza. Y eso que estoy llorando a mares, pero es de felicidad.

Aparto la vista un momento de ella y observo a Chema, inclinado a mi lado todavía en el paritorio, tan absorto en nuestra hija que tarda en devolverme la mirada. Me aprieta una mano, la misma que no me ha soltado durante las cinco horas que ha durado lo peor del parto.

—Es preciosa. Ahora tengo dos ángeles —dice.

—Sí, es tan bonita... —Le vuelvo a contar los deditos de las manos y los pies—. Tan perfecta.

El pediatra, la comadrona y la enfermera nos miran con medias sonrisas en sus labios, seguramente acostumbrados a este tipo de situaciones, pero, gracias a Dios, todavía no inmunes a ellas.

—Perfecta, sí. Aunque le hace falta un buen baño —bromea Chema, retirando con sus pulgares las lágrimas de mis mejillas. Supongo que solo intenta romper un poco este momento emotivo y hacerlo más natural, lo que también agradezco.

—Sí, eso sí. —Pero, aunque me río e intento no emocionarme, es volver a contemplar sus párpados cerrados y su pequeña boquita, y ponerme a llorar de nuevo. Dios mío, este bebé es mío. Mío y de Chema. Un pedacito de los dos que hemos creado con muchísimo amor. Una criaturita diminuta por la que ya siento un amor inmenso y eso que hace escasos minutos que la conozco. ¿Cómo es posible quererla ya tanto?

Yo creía de todo corazón que nunca podría querer a nadie tanto como a Chema, pero va a ser que sí. O quizás más. Vuelvo a mirarlo, sintiéndome casi culpable por pensar eso. Pero pronto se me pasa, porque me deja fascinada al escuchar cómo le susurra unas palabras a nuestra hija.

—Hola, cariño. Yo soy tu papá. Chema. O Rubio para todos los demás. Y ella, la mejor mujer del mundo, la que ahora te tiene en brazos, es mamá. Clara para el resto y un ángel para mí. Y estoy completamente seguro de que también será un ángel para ti. Y tú el nuestro, pequeñita. Ya verás. —Me mira a los ojos y traga saliva con fuerza antes de besarme en los labios con muchísima dulzura.

No. Más que a Chema no puedo amar a nadie. Simplemente son amores distintos que se complementan de una manera que expanden mi pecho, rebosándolo, resultando casi doloroso.

«Oh, cariño, voy a darte todo el amor del mundo. Sin pedirte nada a cambio. Bueno, sí. Que nos quieras y que seas feliz. Solo te pido eso. Que seas muy feliz». Yo también le hablo al bebé, aunque no tengo el valor de hacerlo en alto, así que me conformo con esperar que el mensaje le llegue a través de mi piel y de mis lágrimas, que, sin querer, han caído sobre sus manitas.

Unas cuatro horas más tarde, salgo de la ducha ayudada por Chema. Hemos dejado a nuestro bebé durmiendo en su cunita después de tomarse su dosis de biberón y he aprovechado para quitarme de encima el sudor y los restos de la experiencia más maravillosa —pero también más dolorosa, seamos del todo sinceros— que he tenido nunca.

—Con cuidado, valiente —dice agarrándome un brazo cuando me tambaleo al querer vestirme sola.

—Estoy bien, solo algo mareada.

—Pues deja que te ayude.

Me hace sentarme encima de la tapa del váter y me abrocha el camisón. Cuando acaba con todos los botones, se pone en cuclillas, me observa detenidamente con mucho orgullo y acerca sus labios a los míos durante unos segundos. Paso mis manos alrededor de su cuello y me abrazo a él cuando intenta apartarse.

—Te quiero.

—Y yo más —me rebate, como es habitual—. Y ahora, a la cama. —Me incorpora cogiéndome de las manos y me guía hasta sentarme sobre el colchón. Despliega las sábanas y me ayuda a acostarme.

—No soy ninguna inválida —protesto con una sonrisa ante tanta atención. La verdad es que me hace gracia que se desviva tanto por mí, pero también me resulta un poco incómodo.

—Ya lo sé. Pero tú ya has hecho bastante, ¿no crees? Déjame mimarte un ratito, anda —me pide, mimoso, no perdiendo la oportunidad de volver a besarme—. Mmmm... ¿Cómo puedes oler tan bien? —susurra un ratito después sobre mi pelo.

—Será porque acabo de ducharme —bromeo.

—No, no tiene nada que ver. Hueles a...

—¡Oh, Dios mío, Dios mío! —oigo gritar a Laura a mi derecha, interrumpiendo el momento romántico en el que estábamos perdidos, tanto que ni siquiera nos enteramos de que hubiese entrado nadie en el cuarto—. Perdón por haber entrado así, pero la puerta estaba abierta y... ¡Oh, Dios mío! ¡Qué preciosidad!

Mi hermana está inclinada sobre la cuna y mi padre sobre ella, los dos admirando a nuestra hija. Es ella la primera que se aparta y me echa los brazos al cuello.

—¡Oh, Clara, es una ricura! ¿Y tú, cariño? ¿Cómo estás? —Se aparta un poco y me mira fijamente—. ¡Estás guapísima! ¿Cómo puedes estar tan guapa después de dar a luz? ¿No se supone que tendrías que estar ojerosa y agotada?

Me echo a reír y la atraigo hacia mí para volver a abrazarla.

—Muchísimas felicidades, cariño —susurra en mi oído.

—Gracias, cielo. ¿A que es bonita?

—¿Bonita? ¡Es preciosa!

Sonrío y miro hacia mi padre, que está hablando con Chema todavía en medio de un abrazo. Como si fuera consciente de mi mirada, vuelve sus ojos hacia mí y, de repente, estoy entre sus brazos.

—Felicidades, cariño —me dice—. Y gracias por esta nieta.

Sonrío otra vez. Parece que no sé hacer otra cosa. Creo que tengo la sonrisa pegada en la cara y ahora, de nuevo, los ojos húmedos de lágrimas. Pestañeo muy rápido para ahuyentarlas y observo como Laura rodea la cama para ir al encuentro de Chema. Camina muy despacio, nada que ver con la euforia de unos momentos antes.

—Felicidades, papá —farfulla emocionada al llegar a su lado. Es mi marido el que la abraza y besa su pelo, que tiene a la altura de su esternón.

—Gracias, Laura.

Ella separa la cabeza y se pone de puntillas para darle un pequeño beso en la mejilla antes de apartarse del todo.

—A ti, por hacernos tía y abuelo. —Vuelve casi corriendo de nuevo a la cuna y acaricia con muchísima delicadeza las manitas de la niña—. Dios... ¿Cómo se hace para tener una cosita tan linda?

Todos nos reímos ante su pregunta, pero es Chema el que se la responde después de carraspear suavemente.

—Bueno, Laura, ya te lo explicaré. En un momento en que tu padre no esté delante —bromea.

No puedo evitar ruborizarme ante esa frase, cohibida por su significado, pero observo como mi padre sonrío divertido y se atusa el bigote, y acabo por sonreír. Miro hacia Laura y, para mi sorpresa, veo que también está colorada. Eso es algo tan inusual en ella que resulta muy divertido.

—Laura —me burlo—, te has puesto colorada.

—Tú también —contesta ella mirándome y sacándome la lengua. Luego vuelve de nuevo toda su atención a nuestra pequeña—. Y al final, ¿qué nombre le habéis puesto? ¿Adela? —ironiza, sin fijarse por lo visto en la pegatina al frente de la cuna donde aparece escrito.

Muevo mis ojos en sus cuencas y se me escapa un suspiro. No recuerdo la de veces que mi suegra nos dijo a Chema y a mí, juntos o por separado, que teníamos que ponerle ese nombre. Por lo visto es una tradición, como lo de José María. Pero, gracias a Dios, ninguno de los dos cedió en eso. No fue un capricho. Adela no me resulta tan feo y no hubiese tenido inconveniente alguno en hacerlo. Pero es algo que siempre he tenido clarísimo. Mi primera hija se llamaría como mi madre. Y no solo por ella, sino porque, además, es un nombre que me encanta.

—Marta —respondo, aunque reparto la mirada entre mi padre y mi hermana al decirlo. Laura sí sabía de mis intenciones, pero mi padre no tenía ni idea.

—Marta —repite mi padre en apenas un susurro. Levanta los ojos de la cuna para clavarlos en mí durante un segundo y luego vuelve a fijarlos en su nieta—. Perfecto. Y así casi aseguradas que va a ser una gran mujer.

Me emociono ante sus palabras y no soy la única. Laura tiene los ojos húmedos y abraza a mi padre por la espalda.

—Sí, va a serlo. Eso seguro. ¡Mira qué padres tiene! —exclama para alegrar el ambiente, que no es que estuviese triste, pero sí demasiado emotivo—. ¡Y qué abuelo! Y bueno... ¡La tía ya es lo mejor!

Se nos escapan a todos las carcajadas y así nos encuentran Julián y Teresa, que entran en ese momento por la puerta.

—¡Felicidades, chicos! —gritan casi al unísono.

Reparten besos y abrazos, y admiran a Marta durante un buen rato. Teresa mira a su alrededor y coloca encima de la mesilla de noche un oso rosa de peluche que ha tenido todo el tiempo entre sus brazos.

—Esto es para la niña —me avisa, sabiendo de mi pasión por los peluches y haciendo que me eche a reír—. El primero tenían que regalárselos sus padrinos.

—Gracias. Pero se te han adelantado —la informo de buen humor, devolviéndole la broma—. Laura le regaló uno en su última visita.

Teresa mira a Laura, que está, muy divertida, afirmándolo con la cabeza.

—¿Otro osito? —le pregunta mi amiga.

—No. ¡Qué aburrido! —responde mi hermana con desparpajo—. Yo le regalé una rana. Y verde. Como son las ranas.

—Uff, cuando tenga edad, se va a pasar meses besándola, a ver si se convierte en príncipe —mete baza Julián, riéndose.

—Ahora que lo dices... seguro —resopla mi hermana—. Como se parezca a Clara...

—Oye —protesto—, que yo no he besado a ninguna rana.

—¿De verdad? —se cachondea Julián mirando elocuentemente a Chema. Con ello solo gana que mi marido le dé una colleja, pero también que los demás nos riamos con ganas.

—Ah, Laura, por cierto —le habla Teresa, acercándose mucho a ella en cuanto cesan las risas—. Gracias por cederme el sitio. Sé que tú también querías ser la madrina y...

—Oh, por favor, no tiene importancia —la interrumpe mi hermana—. Yo voy a querer igualito a mi sobrina. Además, ya tengo título oficial. ¡Soy su tía guay!

—Gracias igualmente —insiste Teresa ahora sonriendo.

Laura también sonrío, hace un ademán quitándole importancia al asunto y se inclina otra vez sobre la cuna. Parece no cansarse de mirar a nuestro bebé. Lo cierto es que, desde que éramos niñas, siempre habíamos hablado de que seríamos las madrinas de la primera criatura de la otra. Pero como, indiscutiblemente, Julián era el padrino, Teresa, su novia y mi mejor amiga, quería acompañarlo en esa empresa, así que Laura se retiró elegantemente. O bueno, se retiró a su manera.

—Conociéndote, creo que no voy a quedarme sin amadrinar a un hijo tuyo, así que no te preocupes, que no pasa nada, en serio. Además, ahora tengo muchos gastos —remató, con una de sus aplastantes y sinceras frases, aunque yo supe, sin dudarlo, su clara intención.

—Por cierto, ¿cuándo has llegado? —le pregunta Julián en ese momento.

—Ahora mismo —contesta mi hermana—. En cuanto mi hermana me dijo que estaba de parto, pillé el siguiente tren.

—¿Sabes, Laura? Se te echa de menos por el pueblo. Este verano no va a ser lo mismo el Pantera Rosa sin ti —comenta Teresa, refiriéndose a los dos veranos anteriores, en los que trabajó allí durante casi un par de meses.

—Bueno, ahora tengo trabajo en Oviedo y no puedo plantarlo en verano si quiero conservarlo. Así que...

—Ya. ¿Y no echas esto de menos? ¿Ni siquiera estos meses de calor?

—¿El Pilar? —pregunta mi hermana pasmada—. ¡En absoluto! Echo de menos a mi gente, claro, pero no el pueblo en sí. Me encanta vivir en la ciudad.

—Sí, siempre has soñado con escaparte de aquí —apunta mi padre y no suena disgustado, para variar, sino más bien resignado.

—Es que este pueblo es demasiado pequeño para tanto talento, ¿verdad, Laura? —expone Chema con cariño.

Ella sonrío, pero no puedo dejar de fijarme en que la sonrisa no le llega a los ojos. Laura está como siempre, parece la de siempre y se comporta como la de siempre, pero algo me dice que no es la de siempre, y eso me descoloca un poco, porque considero que si tuviese algún problema o disgusto, yo sería la primera en saberlo.

—Este pueblo es demasiado pequeño y punto —afirma con rotundidad, casi hablando consigo misma.

—Laura... —susurro su nombre, pero me freno al darme cuenta de que no es el lugar ni el momento para hablar. Además, Marta elige justo ese instante para comenzar a llorar. Y el llanto, que ha empezado como el de un gatito, se vuelve más fuerte en cuestión de segundos.

—¿Puedo? —me pregunta Laura con las manos ya dentro de la cuna, pero sin tocar aún al bebé.

—Claro.

—Voy a por un biberón —oigo que dice Chema ya en la puerta del cuarto.

Marta aumenta entonces escandalosamente sus gritos. O, al menos, todo lo escandaloso que puede resultar el llanto de una niña de apenas unas horas de vida.

—¡Dios! —exclama mi hermana, mirándola mientras la pasea de un lado a otro de la habitación—. Esta niña, físicamente, es una mezcla de vosotros dos, pero todo hay que decirlo, parece que ha heredado mi mala hos... leche. Mi mala leche —se corrige con rapidez.

Y, cuando llega mi marido con el biberón, aún nos estamos riendo.

Chema

Remuevo la masa con la paleta y pongo una pequeña capa en el suelo antes de estirarla con la ayuda de la llana dentada. Coloco la plaqueta, pongo las crucetas separadoras, porque soy un tocapelotas perfeccionista, y de nuevo cojo masa de la cubeta. Repito la operación y vuelta a empezar. De hecho, llevo de rodillas en el suelo cerca de dos horas, pero hoy no estoy muy centrado. Trabajo más por inercia que por otra cosa.

Sé que podría achacarlo todo a que Clara y yo hemos pasado muy mala noche. Bueno, a decir verdad, quien lo ha hecho ha sido Marta, pero eso nos repercute a nosotros directamente. La pobre lleva un par de semanas con los cólicos lactantes, las mismas que llevamos nosotros sin descansar lo suficiente. Sí, podría decir que eso es lo único que me pasa, pero sería mentira.

Tampoco ayuda que todavía no esté al cien por cien de la garganta. A principios de semana, tuve que tirarme un par de días sin ir al curro, con una infección de esas que me dejan tirado con casi cuarenta de fiebre. Algún día tendré que plantearme en serio lo de hacerme quitar las amígdalas porque que una o dos veces al año me den la lata no me lo quita nadie. Pero claro, nunca parece el momento adecuado, así que solo lo recuerdo cuando vuelvo a enfermar.

Sí, ese también sería un buen motivo, pero no. Lo cierto es que tengo la cabeza en cosas mucho más importantes que el estar cansado o algo dolorido.

Por un lado, la noticia de que Clara está embarazada de nuevo me tiene perplejo, asustado y, a la vez, entusiasmado. No sé cuál de los sentimientos ganaría la partida. Joder, es que no creo que haya en todo Asturias una pareja tan fértil como nosotros. Solo fue una vez. Una jodida vez sin tomar precauciones, y porque yo estaba tan desesperado por la falta de sexo después de la puñetera cuarentena que ni me preocupé. Clara, por lo visto, tampoco pensó mucho en ello y todavía no había empezado a tomarse la píldora. Fue un mes y medio después, en una cita en el ginecólogo para pedir la susodicha pastillita, cuando nos enteramos que ya no le hacía ninguna falta. Volvía a estar embarazada.

Sí, queríamos hijos y no es el fin del mundo. Pero es demasiado pronto y eso ambos lo sabemos, aunque ella diga que está muy feliz, que así las criamos juntas, que serán amiguitas y un sinfín de cosas más. Que no digo que no sean ciertas, pero, definitivamente, me hubiera gustado esperar un poquito.

El proyecto de la casa que quiero construir para mi familia tendrá que quedar aparcado durante más tiempo. Ni siquiera puedo plantearme la idea de hablar con un arquitecto con dos bebés para mantener, el alquiler del piso y el material que he comprado nuevo para la empresa por pagar. He invertido una cantidad que no tenía en unos andamios nuevos y una furgoneta más grande, aunque, eso sí, de tercera mano. Así que ahora, además de los gastos habituales, cuento con un préstamo a mayores.

Mi padre me ha ofrecido el dinero, todo tengo que decirlo, pero mi orgullo me ha impedido aceptarlo. Quiero que esto sea solo cosa mía, luchar por ello y salir adelante, cosa que, por otra parte, sé que voy a hacer. El trabajo, gracias a Dios y a nuestro empeño y buen hacer, modestia aparte, no nos está faltando. Contar con Julián es un orgullo y una garantía de éxito en cualquier obra que surja. De hecho, sé que, como sigamos así, tendré que ir pensando en contratar a alguien más. Tobías y Borja, como peones, desempeñan su función, pero aún no están lo suficientemente preparados para darles más responsabilidades.

—¡Rubio! ¡Rubio, joder!

Me giro hacia la puerta, en la que Julián está apoyado sobre los dinteles.

—¿Qué? ¿Qué sucede?

—¿Dónde coño estabas, tío? Llevo llamándote sus buenos cinco minutos —dice sin poner un solo pie en la habitación. La plaqueta está recién colocada y sabe que no puede pisarla.

—Perdona, estaba pensando. Dime.

—Mandé a los chicos a por unos refrescos y unos bocatas y ya están aquí. Anda, vente, antes de que se calienten unos y se enfríen los otros. —Sonríe y desaparece, confiando en que le hará caso.

Durante un momento, me planteo no hacérselo y acabar el cuarto. Pero cambio de idea pronto. Me vendrá bien estar con ellos y despejar la cabeza. Y, de paso, meterme algo en el cuerpo. Estamos trabajando a media hora de El Pilar, así que hoy tampoco iremos a casa a comer.

Cuando salgo, utilizando la ventana, los busco donde solemos sentarnos durante ese merecido descanso. Están acomodados sobre unos tablones en el porche delantero y me hacen sitio al verme. Julián me pasa una bolsa de la que saco primero el Kas de naranja.

No es hasta que le doy unos tragos que me doy cuenta de la sed que tenía. Y me pasa exactamente lo mismo con la comida. La disfruto con ansia mientras río las tonterías que se cuentan Julián y los chicos. Mi amigo no se cansa de meterse con ellos, pero ellos ya están empezando a conocerlo y ahora también tienen alguna réplica ingeniosa para salir del paso. Veinte minutos después, no es necesario que les haga un gesto para que se levanten y se pongan con lo suyo, pero Julián se toma unos minutos más, tal como me esperaba. Se saca una cajetilla de tabaco del bolsillo de la camisa y me lo ofrece.

—Toma. Hoy parece que lo necesites.

—La verdad, me vendría mejor un café —comento, pero no rechazo el cigarrillo. Me alcanza el mechero y lo enciendo con una profunda calada. Desde que estoy con Clara y, sobre todo, desde que vino al mundo Marta, fumo muchísimo menos que antes, pero, de vez en cuando, la nicotina me llama y hace el efecto esperado; me relaja.

—¿Qué tal lo lleva Clara? —se interesa Julián—. ¿Sigue vomitando a todas horas?

Suspiro sonoramente.

—No, ya no. Con un bebé de meses y su malestar, estaba a punto de volverme loco —confieso—. Aunque pensarás que soy un gilipollas y con razón. Peor lo estaba pasando ella.

Él solo sonrío y me da una palmada en la espalda.

—A lo mejor ahora os viene el niño.

Sonrío de medio lado y expulso el humo despacio.

—Clara está convencida de que es otra niña. No es que no quiera un niño, pero dice que esta vez no será.

—¡Joder! ¿Ya estáis pensando en el tercero?

Me río entre dientes.

—Bueno, concédenos una tregua —bromeo—. Aún no ha nacido este.

—El que ha sacado el tema has sido tú. O ella. O como sea —dice algo apurado.

—Sí, ha sido ella. Y eso que fue la primera sorprendida cuando se enteró de este embarazo. En cambio, ahora está encantada.

—Bueno, sí, a ella se la ve feliz.

Lo miro y entrecierro los ojos.

—¿Estás insinuando que yo no lo estoy? No es eso, solo estoy cansado.

—Ya, ya. Ya lo sé. Por eso te lo digo. Tienes que bajar un poco el ritmo, tío.

—No puedo. Y eso también deberías saberlo.

—A ver, sé que no estás pasando un buen momento económico. Pero ¿de verdad no puedes

prescindir del dinero que te aportan las chapuzas a las que te dedicas los fines de semana?

—No, ahora mismo no. Clara apenas tiene tiempo para coser y nos hace falta el dinero. Será solo una temporada, lo sé.

—Eso espero, Rubio, porque al final te va a pasar factura. Y los presupuestos aceptados se están acumulando. ¿Has pensado qué vas a hacer con eso?

—Bueno, por ahora, decirle a la gente que tiene que esperar. Más adelante había pensado en hablar con tu hermano.

—¿Con Colás? ¿En serio? —pregunta sorprendido, aunque puedo leer en su sonrisa y en sus ojos que también está contento con la idea.

—Sí. Tú le has enseñado todo lo que sabe y no se defiende mal. Además, es de total confianza. Sabes que para mí también es como mi hermano pequeño. ¿Conoces a alguien mejor para el puesto?

—No. La verdad es que no.

—Pues eso.

—Va a alegrarse un montón. Está deseando dejar la fábrica. —Apaga la colilla bajo su bota y se frota las manos en los muslos mientras se levanta para volver a currar. Yo suspiro y hago el intento de hacer lo mismo, pero él me pone una mano sobre el hombro y mi culo vuelve a encontrarse sobre los tablones. Se saca otro cigarrillo del bolsillo, esta vez sin tan siquiera quitar el paquete de él, y lo pone a mi lado junto con el mechero.

—Tómame unos minutos más, anda. Eres el jefe. —Me guiña un ojo y, sin más, se marcha.

Jugueteo con el pitillo entre mis dedos sin encenderlo durante un rato. Sonrío y me doy cuenta de lo afortunado que soy por contar con Julián como amigo. Y no solo con él. Sé que Pedro y Álvaro, junto con el mismo Colás, están ahí para lo que necesite. Eso sin contar con mi mujer, que sigue siendo el ángel por el que me muevo cada día. Estoy cansado, sí, y un poco preocupado, pero también sé que todo irá bien.

Enciendo el cigarrillo y lo disfruto con largas caladas que tardo en expirar. No suelo traerme el tabaco al trabajo, pero quizá tenga que replantearme ese hábito. Tampoco se trata de gorronearle a Julián. Él no está para tirar cohetes, pues me confesó su intención de casarse pronto con Teresa y está ahorrando para ello.

Mi cabeza, casi por su cuenta y al pensar en dinero, se pone a hacer cuentas. Si todo sigue así, en un par de años, cuando acabe de pagar el préstamo, podré comenzar con mi propia casa. Será muy poco a poco y con mucho trabajo, pero lo haré. Contar con la finca ya es un gran adelanto. Y es, además, una finca perfecta en un lugar mágico. Desde bien pequeño soñé con cómo sería tener una casa allí, con vistas a la playa desde un pequeño acantilado. Fue uno de los regalos de boda que me hicieron mis padres, adelantarme ese maravilloso solar como herencia.

Me deshago de la colilla incorporándome ya. Soñar está muy bien, pero hay un cuarto por terminar de emplaquetar.

Después de un día muy productivo, y sin molestarnos en pasar por casa para adecentarnos, Julián y yo nos dirigimos al bar de Paco en cuanto pisamos El Pilar.

—No debería estar aquí —digo, pero ya tengo una cerveza bien fría en la mano cuando empiezo a sufrir remordimientos por estar tomándome algo con mi amigo, en vez de en casa, ayudando un poco a Clara con la niña.

—Venga, hombre, hoy es viernes. Te mereces un pequeño premio. Solo serán quince minutos.

—Ya —respondo asintiendo. Porque, qué carajo, lo cierto es que también necesito estos momentos, en los que no estoy bregando con las obras o entre biberones, pañales y tareas domésticas. E ignoro a conciencia el hecho de que todavía estoy tomándome el antibiótico y el alcohol no hace muy buenas migas con él.

—¿Recuerdas cuando hacíamos esto casi todas las noches? —pregunta Julián con un suspiro, mirándome por encima de la botella que se está llevando a los labios.

Me echo a reír. Esta conversación parece más propia de cuando lleguemos a la cincuentena. Claro que me acuerdo, eso fue prácticamente ayer. Pero, a pesar de ello, de los problemas económicos, del trabajo agotador, de noches sin dormir, también sé que no me arrepiento de haber tomado la decisión de haberme casado con Clara. Vivir con ella es tan fácil, tan maravilloso que no sé si me lo merezco.

Bebo un par de tragos de la cerveza y la apoyo en la barra, dedicándome a romper el cerco de humedad que deja la botella sobre la madera y pensando en el gran cambio que ha dado mi vida.

—¿Qué tal Laura? No se le ve el pelo —se interesa Julián de repente, sin venir a cuento.

—¿Laura? Bien. Muy bien. Estudiando y trabajando. Otra que no para.

—Bueno, lo importante es que ella esté contenta. ¿Sabes? Creo que su ausencia ha ayudado a que mi hermano comience a fijarse en otras chicas.

Lo miro con las cejas arqueadas. Siempre he sospechado que le gustaba un poco, pero esto me coge de sorpresa.

—¡Vaya! ¿Así que teníamos a Colás enamorado de Laura y me entero ahora? —cuestiono asombrado.

—Bueno, no sé si estaba enamorado. Pero gustar... Le gustaba. Bastante. Solo que nunca intentó nada. De todas formas —se ríe—, ahora no se ha ido muy lejos.

—¿Eh? ¿Cómo? No entiendo.

—Joder, Rubio, que no te enteras de nada —se cachondea. Y, ante mi cara sorprendida, estalla en carcajadas—. Da igual, olvídalo. Y con respecto a lo de Laura, tampoco es para que te sorprendas tanto. Laura es mucha Laura. Y cada día tu cuñadita está más buena, Rubio. ¿O no te has fijado?

—Joder, Julián, que es la hermana de Clara.

—¿Y? Nadie te dice que pienses en tirártela, tío, solo que reconozcas que está cañón. Además, la tía da mucho morbo.

Lo miro con los ojos como platos. ¿Pensar en tirármela? ¿Morbo?

—Jesús, Julián, cada día eres más bruto —suelto sin comprometerme a dar mi opinión sobre ella. Joder, que Laura es... Bueno, es Laura.

—¿Pero está buena o no? —insiste, ahora riéndose.

—Laurita está muy buena —dice alguien detrás de mí, haciendo que Julián mire en esa dirección y frunza el ceño. Yo también lo estoy haciendo, porque, para mi desgracia, sé exactamente de quién se trata.

No me giro tan siquiera. Acabo mi cerveza con la intención de salir de aquí cuanto antes. Después de aquel asunto de los ladrillos rotos, tuvimos más que unas palabras y no ha vuelto a las andadas, así que la indiferencia es lo más inteligente a lo que puedo optar. Así que ni lo miro.

—Paco, cobra aquí, anda —le digo al dueño del bar, que está ahora mismo en la otra punta de la barra hablando, seguramente de fútbol, con un cliente.

—Deja, a esto invito yo —me sorprende Selmo. ¿Y ahora a qué coño juega este?

—¡Paco! —elevo un poco el tono, ignorando la invitación. Saco cuatro euros que tengo cambiados y los dejo sobre el mostrador—. Aquí te quedan. Guárdate la vuelta.

Pero entonces, percibo un bulto a mi lado y una mano vuelve a acercarme las monedas.

—¿Qué quieres, Selmo? —pregunto entre dientes. Y ahora sí que lo miro. Tampoco se trata de que piense que le tengo miedo. Observo de refilón a Hugo, su perro guardián, a su lado. Al que no veo es a Lucas, lo que realmente me extraña. El refrán de que nunca hay dos sin tres está hecho pensando en ellos.

—Pagarte las putas cervezas —espeto acercándome su careto.

—No —digo yo con rabia. Pero en realidad lo que estoy es perplejo ante su actitud. Y confundido. Menos mal que todo queda absolutamente aclarado con su siguiente frase.

—Venga, hombre, deja que os invite. Me ha dicho un pajarito que no estás pasando un buen momento. Y, por cierto, ¿sabes que trabajar los fines de semana por tu cuenta es ilegal?

Le clavo un dedo en el pecho con fuerza.

—¿Tú nunca te cansas?! ¡Métete en tus asuntos, joder!

—Oh, pero es que ya lo estoy haciendo. ¿Sabes la obra de los González que presupuestaste la semana pasada? No la aceptes. Esa es nuestra, ¿me oyes? O quizá tengas problemas con una inspectora de trabajo que resulta que es amiga de la familia.

Convierto mis ojos en dos rendijas antes de empujarlo contra la barra. Será hijo de puta...

Julián se mete entre él y yo para que la cosa no pase a mayores. Ahora mismo estoy ciego. No, mejor dicho, lo veo todo de color rojo. Intento apartar a Julián, pero es como una mole que no se mueve un ápice.

—No, Rubio —intenta tranquilizarme—, no vale la pena.

—Joder, estoy cansado de que todo Dios me diga eso. ¡Estoy hasta los cojones! ¡Apártate!

Como toda respuesta, Julián me coge por los hombros y me obliga a salir del bar.

—Julián, suéltame —siseo ante mi impotencia al no tener nada que hacer contra su fuerte sujeción y por la furia que arrastro hacia el impresentable que se ríe a nuestras espaldas.

Ya fuera, se pone delante de mí y me agarra de los brazos. Sus ojos se clavan en los míos y me da una pequeña bofetada en la cara para captar mi completa atención.

—¿No ves que es lo que quiere? Joder, Chema, tienes una hija y otra en camino. ¿De verdad quieres acabar en comisaría o algo peor? Créeme, tío, yo mismo le daría unas hostias que lo pondrían del revés, pero tenemos mucho más que perder que él. Quiero casarme con Teresa y, a poder ser, pasarme el resto de las noches en su cama, así que no voy a jugármela por mucho que me caliente un niño rico de esa calaña.

Inhalo con fuerza y cada una de sus palabras penetran en mi cerebro, que confirma que tiene razón. Asiento con la cabeza y, sin molestarme en despedirme, camino calle abajo en dirección a mi coche. Sí, mi mente sabe que estoy haciendo lo correcto, pero mis puños siguen apretados, crispados y la rabia me consume.

Antes de ir a casa, pierdo otro valiosísimo cuarto de hora conduciendo en círculos, tratando de serenarme. Me niego a que Clara me vea así.

Laura

Apago la radio, quito la llave del contacto y salgo cerrando la puerta de *Ibi* con cuidado. Sí, le he puesto nombre a mi coche, al fin y al cabo es mi más preciada posesión. Y no me importa que mi padre piense lo contrario.

El día que me vio llegar con este Seat Ibiza amarillo de más de diez años de antigüedad, con asientos de cuero rojo y unos cuadros absurdos en el techo y en los espejos, casi le da un ataque. Yo solo reaccioné con otro, pero de risa. Sé que a simple vista es un auténtico horror, pero a mí me rechifla. Es como estos perros muy muy feos que, de tan feos, hasta resultan adorables. Pues eso mismo. Además, que sus antiguos dueños no tuvieran ningún sentido del gusto ni del ridículo fue un gran punto a la hora de que me resultase una ganga, así que ni qué decir tiene que yo estoy encantada de la vida con él.

Cruzo la carretera casi a la carrera, escapando de la llovizna que está cayendo pese a estar ya a mediados de mayo. Entro por las enormes puertas acristaladas del hospital y atravieso el vestíbulo hasta los ascensores. Hace menos de un año que hice este mismo recorrido y por el mismo motivo: conocer a un nuevo miembro de la familia. A mi nueva sobrina. Aunque, en este caso, con una pequeña diferencia. Esta vez también soy la madrina. Y, para mi sorpresa, el padrino no es otro que Colás. No es que no me parezca bien, ni mucho menos, sino que no sabía que Rubio lo tenía en tan alta estima como para hacerle ese honor. Creí que serían Pedro o Alvaro, si soy sincera.

Cojo el ascensor y me dirijo a la tercera planta. Por lo que sé, me espera una pequeña sorpresa arriba, o al menos eso fue lo que me dijo mi hermana por teléfono entre risas, cuando me llamó para darme la noticia de que Llara ya había llegado a este mundo. Un pelín antes de lo que se esperaba, eso sí.

Mientras subo y el aparato para en las dos primeras plantas para dejar o recoger gente, y luego, mientras recorro el largo pasillo, la expectación por conocer al bebé y por abrazar a mi hermana queda un poco empañada por el recuerdo del sueño que he vuelto a tener esta noche. Llevaba como unos dos meses desaparecido y pensé que nunca volvería, pero no. Lo hizo y con más nitidez que nunca.

Cuando desperté, casi podía sentir en las yemas de mis dedos la suavidad de la chaqueta del hombre y el calor que emanaba. La sensación de vacío cuando todo desapareció a mi alrededor fue peor que nunca. Tuve que sentarme en la cama e inhalar y expirar profundamente una cuantas veces para que mi corazón dejase de latir a la velocidad que lo hacía.

Sé que resulta ridículo. Es un estúpido sueño. Ni siquiera llega a la categoría de pesadilla. Pero, quizá por lo recurrente, o por el misterio, o por todas las sensaciones que me hace sentir durante y después de tenerlo, no puedo quitármelo de la mente durante días.

Me sacudo esos pensamientos y sonrío antes de entrar en la habitación. Hoy es un día feliz. Y tengo que centrarme en estar con los míos y disfrutar de ellos. Además, hace tres meses que no los veo, y eso en una escapada rápida de un día que no me llegó a nada, así que me muero por abrazarlos y comérmelos a besos.

Observo que en la primera cama hay una joven con un bebé en brazos que no es mi hermana, así que saludo en voz muy bajita para no molestar y doy un paso en dirección a la cortina corrida que separa a ambas pacientes. Dos manos me agarran de los hombros y reprimo un grito.

Cuando me giro, Julián me mira risueño.

—Uhh —susurra, lo que me hace sonreír. Y amplió la sonrisa cuando veo tras él a Teresa.

Los empujo prácticamente de vuelta al pasillo porque necesito felicitarlos en condiciones. Con muchos gritos, besos y abrazos. Ella ya luce una redonda y perfecta barriguita que también traerá como recompensa una niña. Una amiguita para mi ahijada. Lo cierto es que, como el de mi hermana, fue un embarazo no esperado, por lo que se decidieron a adelantar la boda. Una boda a la que yo no asistí porque me encontraba en plenos exámenes.

Cuando nos ponemos más o menos al día, entramos de nuevo en la habitación y nos dirigimos hacia el fondo del cuarto.

Es Julián quien aparta la cortina, haciendo un chirrido sordo al chocar las arandelas contra la barra metálica. Y, desde luego, parece tan sorprendido como yo cuando vemos a Rubio casi encima de Clara, besándola como un descosido.

—Por el amor de Dios —dice Julián sin cortarse un pelo, aunque no grita demasiado, supongo que en consideración a la compañera de cuarto—, dos hijas en menos de un año y no eres capaz de quitarle las manos de encima. A este paso vas a hacerte con la familia numerosa antes de que salgáis del hospital.

Mierda. Joder. Mierda. Ahí está de nuevo el nudo en el estómago. Y mi corazón ha dado un brinco tal que creo que se ha dado la vuelta. Respiro profundamente y compongo mi mejor sonrisa. Indiscutiblemente, a pesar de cómo reaccione mi cuerpo por su lado, la frase de Julián ha sido graciosa. Y una verdad como una casa.

Rubio, que en esos momentos ya no tiene la lengua en la garganta de mi hermana, se ríe con ganas.

—Envidiosos —nos suelta, agarrándole una mano a Clara. Esta, por el contrario, se ha ruborizado y lo mira solo a él, con un amor que casi rebosa por fuera. Si en este momento le saliese purpurina rosa en forma de corazones por las orejas, yo no me inmutaría lo más mínimo.

—Hola —acierto a saludar. Y luego me reprendo interiormente y corro hacia mi hermana, pues la cuna me queda en el otro lado, cerca de Rubio—. Hola, cariño. ¡Enhorabuena! ¿Qué tal estás? —digo entre besos.

—Muy bien. Genial. Este parto fue mucho más fácil y Llara es una preciosidad.

—¡No me esperaba menos! —aseguro con alegría. La aprieto contra mí y la beso de nuevo.

—Venga, ve y mírala —dice con una sonrisa extraña curvando su boca.

—Ahora mismo —obedezco. Porque además me muero de ganas.

Solo que antes, como mi cuñado está delante, tengo que pasar la prueba de fuego. Me acerco a él y le doy un abrazo rápido.

—Enhorabuena, Rubio.

Es él el que me besa en la mejilla, inclinándose sobre mí, y vuelve a acercarme a él en un abrazo más firme.

—Hola, cuñadita. Se te echa de menos —me dice—. No puedo tener un hijo cada vez que queramos verte, ¿eh? Podías ser más generosa con tus visitas.

Me encojo de hombros apartándome de él.

—Y vosotros también podríais venir algún día, ¿no? —Sin saber por qué, me pongo a la defensiva. Pero en cuanto lo digo, me arrepiento. Sé que él trabaja casi todos los días y no les sobra precisamente el tiempo para hacer el viaje. Además, si yo no me acerco es por lo mismo que no quiero tenerlos por allá, así que no sé a qué ha venido mi brillante frase. Pero antes de que pueda disculparme, Clara interviene con una dulce sonrisa.

—Bueno, me temo que estamos todos un poco liados, ¿no? La verdad, cariño, entiendo que estés muy ocupada, entre el trabajo y los estudios...

—Sí, pero Rubio tiene razón. Intentaré acercarme más veces, te lo prometo... —Y en serio,

ojalá pueda cumplir esa promesa. Pero, joder, qué difícil es esto. Me pongo firme y miro a Rubio—. Y ahora apártate, que quiero ver a mi ahijada.

Él hace el amago de una reverencia y yo paso por su lado. Me acerco a la cuna y...

—¡Dios mío! ¡Joder! ¡Es pelirroja! —chillo como una loca, causando las carcajadas generales y que Julián y Teresa se precipiten a mi lado para ver al bebé—. Y preciosa. Y toda rosita, tan...

—Tan pelirroja —apunta Teresa con una sonrisa enorme.

—Dios mío, otra bomba de relojería —bromea Julián mirándome a mí de nuevo, tras un fugaz vistazo a Llara, o más bien, a su pelo.

—Muy gracioso —replico con un mohín. Y luego sonrío con toda la boca y miro a mi hermana—. Clara, es pelirroja. Y muy lista. Ya sabía que yo era la madrina y ha querido quedar bien conmigo.

—¡Estás como una cabra! —exclama ella entre risas—. Además, ¿por qué te alegras tanto si a ti nunca te ha gustado tu pelo? —me pregunta. Y con razón.

Me quedo un instante pensativa. No sé contestar a eso. Es verdad que siempre critico mi cabello. Es difícil de peinar, con tanto rizo y su tendencia a encrespase, es llamativo, demasiado espeso y ya no quiero ni pensar en lo difícil que resulta de combinar. Nunca he podido vestirme de rojo, pues podría atacarme un toro, ni de naranja, pues entonces mi pelo parece adquirir ese tono y convertirme en una zanahoria andante. El fucsia está descartado, porque entonces me ficharía un circo como payaso, y ni te digo con el amarillo, que parezco un huevo frito con pecas.

—Ehh, Laura, ¿sigues con nosotros? —me habla Rubio tan cerca de mí que doy un respingo.

—Sí, sí.

—¿Y qué tienes que decir en tu defensa? —bromea.

—No sé. Me hace ilusión —contesto con sinceridad. Y sí. Me hace verdadera ilusión que precisamente Llara, mi ahijada y la que lleva el nombre que yo quería para mi primera hija, tenga mi color de pelo.

Clara sonrío con dulzura y me guiña un ojo. No miro hacia él, no quiero saber cómo me está mirando, si es que lo está haciendo.

—¿Llara? —se asombra en aquel momento Teresa, pasando los dedos por el nombre escrito en la cuna—. Precioso. ¿Se puede saber de dónde lo has sacado? Pensé que le pondríais Adela. Al menos fue lo que os entendí.

Clara atiende a Teresa con una sonrisa, pero me mira a mí de nuevo antes de contestar.

—Resulta que Llara es el nombre favorito de Laura. Siempre le ha encantado. Y a mí también, no te voy a mentir. Esta mañana, cuando la llamé para decirle que ya estaba en el hospital, me pidió que se lo pusiera. Y...

—Y con contracciones cada tres minutos, se puso a discutir con ella por teléfono porque no quería hacerlo, ya que algún día Laura tendría sus propias hijas y bla, bla, bla... ¡Fue una auténtica locura! —continúa Rubio, pero parece sumamente divertido. Me pasa un brazo por los hombros con naturalidad—. Como os podéis imaginar, ganó aquí la pelirroja. Y volvió a perder mi madre —añade con un suspiro que, más que penoso, resulta cómico—. De todas formas, he de decir que Llara me parece un nombre muy bonito y no me hacía ninguna ilusión que mi hija fuese la sexta Adela de la familia.

Todos nos echamos a reír, sin excepción, y, de repente, mi cuñado vuelve a abrazarme. Joder, no hay hombre en el mundo más sobón que él. Y a mí me resulta doblemente exasperante esa faceta suya.

—Gracias, cariño —me dice, y yo me aparto disimuladamente—. Gracias por convencerla. Estaba empeñada en hacer feliz a mi madre aun contra su voluntad. Y realmente es mi madre y la

quiero, pero todos aquí sabemos que no se merece que Clara haga algo así por ella.

—Eso es verdad —lo respalda Julián.

—Bueno... Últimamente está más agradable —aclara Clara, siempre defendiendo hasta al diablo.

—Hola a todos —saluda el mismo desde la puerta, pero este no tiene rabo ni cuernos, sino un moño bajo sin un pelo fuera de lugar y un discreto vestido azul con su rebeca a juego.

—Hola, mamá —farfulla Rubio, incómodo, acercándose a ella y dándole un beso en la mejilla. Supongo que está pensado lo que todos. ¿Habrá oído algo?

—Hola, hijo, enhorabuena —le dice Adela. Da dos pasos hacia la cama y le da un beso en la mejilla a mi hermana—. Enhorabuena, Clara. ¿Qué tal te encuentras?

—Bien, Adela, muy bien. Gracias.

—Me alegro. Y ahora, claro, quiero ver a mi nieta. La que supongo que lleva mi nombre.

Todos aguantamos la respiración. Además, hemos inhalado tan fuerte al oírla que la habitación parece haberse quedado sin oxígeno, cargada, con un peso extraño en el ambiente. Durante unos segundos nadie abre la boca, y Adela frunce el ceño y entrecierra los ojos, paseando la mirada de su nuera a su hijo y viceversa.

—Adela, ¿verdad? —repite con la mosca tras la oreja.

—No, mamá —se atreve a contestar Rubio con bastante firmeza, todo hay que reconocerle—. Le hemos puesto Llara.

—¿Llara? ¿Y qué clase de nombre es ese, por Cristo?

—Pues mire —le contesto yo sin pensar—, es el ideal. No solo es asturiano, sino que su traducción al castellano es Pilar o Clara. Yo creo que más perfecto no podría ser, ¿no cree?

Parece que la he dejado sin palabras, porque me mira fijamente durante una eternidad. Luego resopla y se dirige hacia la cuna con decisión. Al llegar allí, todos tenemos que contener esta vez la risa. Porque, después de un breve vistazo a su nieta, se gira con la cara desencajada, los ojos muy abiertos y clavados en mí. La pobre señora abre y cierra la boca varias veces seguidas, totalmente aturdida. Y cuando recupera la voz, solo acierta a decir una frase.

—Y por encima pelirroja. ¡Pelirroja!

Julián es el primero en soltar una carcajada.

—Muy pelirroja, Adela —dice con sorna—. Y aún no las tiene, pero seguro que también le saldrán pecas.

—¡Por Cristo! —Mira de nuevo a su hijo y a su nuera, y menea la cabeza con disgusto—. No os veo nada sorprendidos o incómodos por ello.

—Bueno, mamá... La madre de Clara era pelirroja y aquí, Laura, también, así que...

Adela se vuelve a observar a Llara durante un instante y luego se dirige a Clara.

—Dicen que en la farmacia venden un champú especial para aclarar el cabello. Quizá si comienzas a usárselo desde ya... Sino habrá que recurrir al agua oxige...

No puedo más. En serio. He luchado desde la primera frase contra mi lengua, pero pierdo la batalla, como siempre. Sin ser apenas consciente, tengo los brazos en jarras y me he acercado a ella.

—¡Pero bueno! ¿Usted está mal de la cabeza o qué? ¿Qué tiene en contra del pelo rojo?

Ella me mira con los ojos tan fruncidos como la boca. Vamos, como si tuviera tres culos en su cara. Parece muy ofendida, pero no tanto como lo estoy yo. ¿Pero qué se cree la vieja esa para criticar de esa forma a mi sobrina? ¿Para intentar cambiar algo de ella, cuando es tan perfecta?

—Ya sabes lo que dicen —me replica, sin pelos en la lengua—. «Pelo bermejo, mal pelo y peor pellejo».

Inhalo demasiado rápido y aguanto el aire dentro de mí. ¿De verdad ha dicho eso?

Tengo mil respuestas en la lengua, pero me frena el que es la suegra de mi hermana. Eso y que todavía estoy tan sorprendida por su falta de respeto que necesito un segundo para recomponerme. La muy bruja me ha insultado a la cara y se ha quedado tan pancha. Y luego la desvergonzada soy yo.

—¡Mamá! ¡Por Dios! —exclama mi cuñado agarrándome de un brazo y apartándome para ponerse él delante de ella. Menea la cabeza disgustado antes de proseguir—. ¡Mamá, joder! ¿Cómo se te ocurre decir semejante barbaridad?

Observo a Clara, que me mira a su vez, espantada y casi con lástima. Y luego a Rubio, que, con los puños apretados, espera que su madre le responda. Esta solo se digna a recoger el bolso que ha dejado sobre los pies de la cama y a ponerse muy erguida.

—Bueno, será mejor que os vea cuando os vayáis a casa. Allí seguro que estamos todos más tranquilos. —Comienza a andar hacia la salida—. Descansa, Clara —añade, sin mirarla.

—Joder —eso lo dice Julián, en cuanto Adela desaparece del cuarto.

—Pero ¿qué...? —Teresa deja la pregunta a medias, tan perpleja como el resto.

—Perdona, Laura —me dice Rubio—. Perdona, yo...

—Tú no tienes la culpa de nada —respondo, aún alterada. No entiendo qué le he hecho a su madre para que me odie tanto. Ya no han sido sus palabras, sino la manera de mirarme. Y no solo en esta ocasión, sino cada una de las veces que hemos coincidido. Sé que no es mi problema, que Adela es especial y que incluso encuentra pegas en Clara, la mejor persona del mundo, pero... me afecta. Maldita sea, me afecta. Y nunca me ha afectado lo que nadie de este puñetero pueblo pensara de mí.

Necesito casi tanto como el respirar salir de esta habitación. Es como si me faltase el aire, las paredes parecen acercarse unas a otras y el pecho ya empieza a comprimírseme. Quiero llorar y no puedo permitírmelo. Y la actitud de todos, observándome con pena, dispuestos a apoyarme en cuanto me rompa, no me ayuda demasiado. Yo soy la fuerte, a la que nunca le han importado las críticas. La que se queda con la última palabra. La que se defiende antes de verse atacada.

—Laura... —murmura mi hermana, en un tono tan triste que logra justo lo contrario. A mí no resulta tan fácil hundirme. Se necesita algo más que un refrán viejo y maligno.

Compongo mi sonrisa de anuncio, aunque en este caso hasta yo sepa que es falsa y demasiado grande.

—Estoy bien, solo me ha dejado estupefacta. Mira que he oído comentarios sobre el color de mi pelo, pero ese refrán es algo nuevo —comento, quitándole importancia al asunto.

Los demás parecen estar de acuerdo conmigo, porque comienzan a hablar de otras cosas, intentando olvidar el incidente. Cinco minutos después, Colás entra en el cuarto con una sonrisa de oreja a oreja. Yo lo saludo con dos besos y espero a que felicite a los orgullosos padres y a que admire a nuestra ahijada, pero luego aprovecho que somos demasiados en el cuarto para escabullirme.

—Yo voy a acercarme un rato a casa —les digo—. Todavía no he visto a papá y...

—Papá está al caer —me anuncia Clara—. Hablé con él por teléfono hace un rato.

—Ah... Pero... Me apetece darme una ducha y comer algo y... —Recojo el bolso y me lo coloco en el hombro en un solo movimiento—. Vuelvo más tarde, ¿vale?

Y sin esperar contestación, huyo como una cobarde buscando esa fuerza que parezco perder cada vez que vuelvo a El Pilar. Porque, seamos claras, Adela no es la única culpable de que me sienta así.

CAPÍTULO 8

Clara

Estiro los pequeños trajes de época que acabo de hacerles a mis hijas para el día de El Pilar y los contemplo con atención. Perfectos. Solo falta quitarles los hilvanes, pasarles una buena plancha y listos.

Las niñas estarán preciosas con ellos. Y no solo porque me haya esmerado en coser unos vestidos lo más vistosos posible, sino porque ellas son, sin duda, las criaturas más bonitas de todo el pueblo.

Sé que Chema opina como yo, aunque no presume de ello y se ría cuando me oye hablar así, argumentando que eso seguro que lo creen todos los padres sobre sus hijos. Y quizá tenga razón, pero, en este caso, no lo pensamos solo nosotros. La gente hasta me para por la calle para alabar su hermosura... Bueno, para eso y para disfrutar un rato con las preguntas y reflexiones de Marta y el desparpajo de su hermana intentando imitarla.

La mayor es, físicamente, una mezcla perfecta de su padre y mía, pero más dorada, por describirla de alguna manera. Su pelo es color miel y sus ojos, exactos a los de Chema, de ese castaño claro tan peculiar. Ojos de gato, como los llama mi padre. En cambio, su carácter es todo un desafío. La mayor parte del tiempo es la dulzura personificada, pero, a veces, nos sorprende con una vena terca que me recuerda muchísimo a Laura. Es una niña especial, llena de curiosidad por todo y demasiado lista para su edad. Y Llara... Llara es una réplica exacta de mi hermana. Sus ojos de un azul turbio, sus tirabuzones rojos, sus pecas, su sonrisa... Todavía es pronto para hablar de su personalidad, pero, en principio, sí parece, al menos, mucho más tranquila de lo que lo fue su madrina.

Parece mentira que ya hayan crecido tanto. Este año Marta ha comenzado el colegio y para el siguiente será Llara quien lo haga. Por un lado, agradezco esas horas de paz que me ofrece la escuela, en las que puedo coser a gusto, escribir o, simplemente, poner la casa al día sin las niñas jugueteando por medio. Pero, por otro, me da pena que se me escapen de las manos. Parece que fue ayer cuando Chema y yo nos pasábamos el día dando biberones, purés y acunándolas para dormir las, y ahora mi hija mayor ya protesta como una adolescente cuando no se sale con la suya.

Chema, en cambio, está encantado. Y yo también puedo entenderlo. Feliz de llegar a casa y disfrutar de una cena tranquila y un rato de sofá. Aliviado de dormir casi todas las noches del tirón y, aunque no lo diga, de poder hacer el amor sin ser interrumpidos en el noventa por ciento de las ocasiones.

Sonrío recordando eso y salgo del cuarto de costura. He dejado a Llara viendo los dibujos mientras remataba los trajes, aunque he salido en varias ocasiones para vigilarla como la mamá gallina que he resultado ser. La encuentro en la misma postura en la que la dejé, sentada muy quieta delante de la tele. Está viendo un capítulo repetido de *Dora, la exploradora* y respondiendo a sus preguntas en esa especie de idioma que solo Marta, Chema y yo podemos entender del todo.

Miro el reloj. Son cerca de las doce y media de la mañana. Será mejor que ponga de nuevo la carne a calentar para echarle las lentejas, o no tendré la comida preparada para cuando llegue Chema de trabajar.

Un poco pasada la una, abre la puerta de la calle en cuanto yo apago la olla.

—¡Hola, cariño! —grito desde la cocina.

—¡Hola! —responde él aún en el vestíbulo. Sé que estará colgando la chaqueta y la bandolera en el perchero y colocando las llaves encima del recibidor, como cada día.

Menos de un minuto después entra en la estancia. Lo que antes era una diminuta cocina y un salón de tamaño normal es ahora una gran estancia abierta gracias a una reforma que él mismo hizo. La casera no puso ningún reparo en ello, sino todo lo contrario. Incluso nos descontó dos meses del alquiler cuando vio cómo había quedado la obra.

—¡Papi! —Llara baja del sofá como un torbellino y se tira en sus brazos. Él la coge en volandas y la achucha mientras mordisquea su garganta.

—¿Quién es la niña más guapa del mundo? —pregunta.

—Yo, yo... —responde Llara entre risas, retorciéndose ante sus cosquillas.

Entonces se acerca a mí, todavía con ella en brazos, y me besa en los labios.

—¿Qué tal la mañana? —se interesa.

—Bien, como siempre. ¿Y tú? ¿Alguna novedad?

—Pues sí. El tejado de la hija de Román es nuestro y el muro de su vecina también —contesta con una inmensa sonrisa. Entonces, me guiña un ojo y se muerde pícaro el labio inferior—. ¡Ah! Y la casa de la prima de Álvaro también, claro.

Doy un salto y me abrazo a él. Eso es una noticia estupenda. Y además, sé que él se alegra de cada pequeño logro como al principio de comenzar. Fueron tiempos difíciles, pero la cosa parece mejorar por momentos, gracias a Dios. Recuerdo cuando hace cerca de dos años dudaba si contratar o no a Colás. Tenía miedo de que solo fuese una época de mucho trabajo puntual y luego no poder hacer frente a su sueldo, pero aquellos resultaron temores infundados.

—¡Dios mío, eso es genial! —exclamo.

—Sí. La única pega es que tendremos que pasar la semana fuera. Vamos a trabajar a más de una hora de camino, así que no nos va a compensar venir hasta el pueblo.

Aprieto los labios, pero no protesto, porque sé que Chema todavía no puede rechazar cada una de las obras que le salgan y, además, a él es al primero que no le hace ninguna ilusión dormir fuera de casa.

—Bueno, serán unos meses —le digo mientras me giro y destapo la olla—. Tampoco será la primera vez. Lo importante es trabajar, ¿no?

—Ya. —Chema también da el tema por zanjado—. Mmm... Eso huele de maravilla.

—Solo son lentejas.

—Pero huelen bien. —Acerca su cara a mi nuca e inhala profundamente—. Como tú.

—Mamá *ule a getas* —dice Llara riéndose.

Chema suelta una carcajada.

—Sí, mamá huele a galletas. Mamá está muy rica. —Me da un pequeño mordisco en el cuello, haciendo que la niña se parta ahora de la risa.

—Es perfume de vainilla, listillos —les aclaro con una sonrisa—. El que uso siempre.

—Galletas, natillas... —bromea Chema—. Lo que digo, riquísima. —Y vuelve a esconder su nariz en mi cuello.

—Venga, ya está —finjo protestar—. A comer. Que dentro de nada tienes que volver al trabajo. Y yo a buscar a Marta.

—Vale, vale. A comer —dice él, sentándose a la mesa y colocando a Llara en la silla de al lado—. ¿Comes con papá?

—Sí. Con papá. *Poque yo quero* a papi. —Se vuelve a reír ella, sacudiendo sus rizos rojos y

haciendo que estos caigan sobre su cara.

—Papi también te quiere a ti, cariño —dice él con una sonrisa tierna, apartándole con dulzura el pelo del rostro. Y, entonces, todavía con una mano sobre sus rizos, se queda ensimismado observándola.

Soy incapaz de apartar los ojos de ellos, porque esta es una imagen que quiero grabar bien adentro. Llara lo mira con adoración, pero la mirada de Chema desborda amor, ternura y tanto orgullo que, cuando vuelve la vista hacia mí, es imposible que no vea que me he emocionado.

Despertando del trance, traga saliva, sonrío y me guiña un ojo mientras me tiende el plato. Y yo lo imito, girándome para servirlo con una sonrisa enorme que contradice mis ojos húmedos. Sonrisa y ojos con nombre propio: felicidad.

Sí, felicidad. Porque soy de las afortunadas que no necesitan grandes cosas, solo estos pequeñísimos momentos llenos de complicidad y cariño alborotando la rutina. Solo estos instantes robados a la vida que se nos va preocupados en sobrevivir.

Y, gracias a Chema y a las niñas, yo de estos reboso.

El día de Nuestra Señora del Pilar amanece nublado, pero, por suerte, no hace todavía frío.

Me levanto temprano, me visto y, ya en la cocina, me pongo un café y me hago una tostada. Hoy es uno de esos días en los que ayudo a mis suegros en la ferretería. Al principio, les costó aceptar mi sugerencia, pero ahora no protestan, sino que agradecen que, muy de vez en cuando, los releve y puedan tomarse alguna jornada libre. Adela se dedicará a dejar la casa como un coral y José María se perderá en la trastienda para colocar o arreglar cualquier cosa que se le ocurra, pero a lo que ellos decidan dedicar su tiempo libre no es asunto mío.

A mí lo único que me importa es que puedan disponer de él; por eso me ofrecí. Sé que estar casi diez horas al día detrás de un mostrador puede resultar cansino, y más cuando ahora les falta Chema, que no tiene tiempo para ello. O si lo tiene, es tiempo que les roba a sus hijas. Así que soy yo la que va en su lugar, dejándolo a él a cargo de las pequeñas, que se quedan más que encantadas de poder retozar una mañana con su padre en la cama o en el sofá.

Además, hoy, en consideración a la Virgen, cerraremos a las doce. Así que aún me da tiempo a volver a casa y vestir a las niñas para ir a misa, donde estrenarán los vestidos que ya cuelgan en su armario.

La mañana se me pasa volando. No han entrado demasiados clientes, pero los que lo han hecho ha sido sin prisas, casi con más ganas de charlar que de gastarse el dinero en lo que se supone que necesitaban. Así me he enterado de que la nieta de la señora Fina está embarazada de su segundo hijo y que el panadero tiene invitados en su casa. También de que la hija de Román, la del tejado que pronto va a arreglar Chema, está buscando un coche nuevo y de que a Nela y a Colás se los ha visto pasear por el parque tras el Ayuntamiento cogidos de la mano. Vaya, me alegro por ellos. Tiempo les ha llevado decidirse a dar el paso. Mientras me entero de detalles de las vidas de mis vecinos, aprovecho para vender unos botes de pintura, un par de lijas y varias puntas, clavos y tornillos. También una cafetera y cuatro metros de alambre. Y a las doce en punto, bajo las persianas y le doy la vuelta al cartel de la puerta.

Me despido de mi suegro con un beso en la mejilla y de Adela con un simple «hasta luego». Es casi seguro que nos veremos en la iglesia y, además, sé que ella no es mucho de besos y caricias innecesarias. A veces me pregunto a quién ha salido Chema, que parece que no puede estarse quieto con las manos. Eso sin contar los besos que nos da a las niñas y a mí a lo largo del día.

Cuando llego a casa, las risas me reciben en cuanto abro la puerta. Oigo el inconfundible chapoteo del agua y me dirijo directamente al cuarto de baño.

Chema está sentado en la taza del váter con una gran toalla en el regazo, mientras las niñas, las dos juntas dentro de la bañera, juegan con un pequeño barco y se lanzan agua la una a la otra con unos vasos de plástico.

—Dios mío, el suelo está perdido —digo a modo de saludo, tirando de la alfombra hacia la puerta, pues está a punto de acabar encharcada.

—¡Mami! ¡Mira! —dice Marta—. Es que estamos jugando a ser fuentes.

—Uf, pues qué bien —comento resignada—. Pero intentad no ahogaros.

Chema se echa a reír, se levanta y se acerca a mí para abrazarme y depositar un beso sobre mi pelo.

—Venga, no te enfurruñes —susurra sobre él—. ¿Mi madre ha estado muy pesada?

Me aparto lo justo para mirarlo a la cara.

—No, qué va. Apenas la he visto. Creo que hoy tocaba sacarle brillo a las lámparas.

Sonríe y me da un beso en los labios.

—Vaya, por unas simples lámparas, yo aquí, echándote de menos —dice mimoso.

Llevo los ojos hacia las niñas y arqueo las cejas.

—Me sorprende que no te hayan mantenido lo suficientemente ocupado —me burlo sonriendo.

—Bueno, sí, pero... —Me da otro beso—. Pero de distinta manera. —Y otro más.

Me río y lo empujo mientras camino hacia atrás.

—Anda, sácalas, por favor. Antes de que se conviertan en uvas pasas. Además, tengo que vestir las y aún tengo que cambiarme yo y...

—Vale, vale. Venga, ponme su ropa encima de sus camas, que ya me ocupo yo de ellas. Y arréglate tú.

—¿Seguro?

—Sí, claro.

No me hago de rogar. Corro a su habitación y le preparo los trajes. Luego, ya en la mía, me desnudo, me recojo el pelo y, tras enjabonarme, me relajo cinco minutos debajo del agua en la ducha del minúsculo baño que tenemos en el dormitorio.

Estoy subiéndome las medias cuando Chema entra en el cuarto con el vestido de Llara en las manos. Trae el ceño fruncido y mira la prenda como si estuviese resolviendo un gran misterio.

—Con el de Marta me las he arreglado, pero... ¿cómo coño se abre esto?

Me levanto, disimulo una sonrisa y le bajo la cremallera escondida que tiene en un lateral.

—Oh, bien —dice. Me mira, se encoge de hombros y vuelve a salir del cuarto con la cara que pone cuando algo no le sale bien. La mismita que su hija mayor.

Sonrío con ganas y sigo vistiéndome con calma. Y, al acabar, me dejo caer sobre la cama y estiro los brazos en cruz.

Dios, adoro mi vida, pero se está tan bien tirada sin hacer nada durante un rato... Cierro los ojos y me obligo a no oír a Llara gritando, a Marta cuestionando con insistencia el porqué de vestirse así y a Chema intentando poner un poco de calma. Si no, saldré corriendo hacia allí y necesito estos minutos. Dejo vagar mi mente y termino, irremediabilmente, pensando en ella.

Creo que me he quedado dormida porque, cuando abro los ojos, Chema está a mi lado, inclinado sobre mí y sonriendo.

—Oh, Dios mío. ¿Qué hora es? —me sobresalto incorporándome.

Él me empuja de nuevo hacia atrás y pasea el dedo índice desde mi cuello hasta mi cintura.

—Aún es temprano, tranquila. La misa es a la una y media, ¿no?

—Sí.

—Pues sí, entonces todavía es pronto.

—Pero de todos modos —hago de nuevo el amago de levantarme—, tengo que peinar a las niñas y fregar el baño y...

—Por Dios, Clara, relájate cinco minutos. Cariño, te veo un poco estresada.

—No, qué va...

—Entonces, preocupada —adivina—. ¿Qué sucede? Y no me digas que nada.

Suspiro y me hundo en el colchón. Sí, hace tiempo que algo me tiene angustiada. El estar bastante atareada me ayuda a olvidarlo a menudo, pero es recordarla y...

—Es Laura —confieso.

—¿Laura? ¿Le pasa algo?

—No. Bueno, no sé.

Él eleva las cejas y espera, paciente, a que me decida a hablar.

—Apenas la vemos. Y ya ni siquiera hablamos por teléfono tanto como antes. No sé, es como...

—Cariño, es normal. Tiene una vida fuera de aquí. Y muy ajetreada. Nada más acabar el máster en Madrid, ya comenzó a trabajar en una empresa en Oviedo.

—Sí, lo sé. Pero eso es precisamente lo que me preocupa. Me dijo que antes de irse a Madrid se pasaría aquí los meses de verano y no lo hizo.

—Bueno, sabes que esa señora a la que cuidó durante casi toda su carrera empeoró muchísimo y la contrataron más horas.

—Ya. Y luego, me dijo que al volver de Madrid...

—Le apareció un trabajo, Clara —me dice muy serio—. ¿Querías que renunciara a él?

—No, pero... —me callo, porque, de repente, me siento muy egoísta. Quizá esté siendo injusta con ella. Yo tengo mi vida, con mi marido, mis hijas, mi costura, mis libros y mis horas en la ferretería. Tampoco he hecho nada para verla salvo exigirle que nos visite más a menudo. Pero es que necesito tanto tenerla cerca... La echo de menos, siempre ha sido una parte vital en mi existencia y ahora... Ahora lo único que consigo con mi actitud es que incluso, a veces, se enfade conmigo.

—Cariño, sé que la echas mucho de menos —dice Chema leyéndome el pensamiento— y estoy seguro de que ella a ti también, pero... Cada una de vosotras tiene una vida diferente, por desgracia lejos una de la otra. Lo que importa es que ambas estéis bien y seáis felices, ¿no?

Abro mucho los ojos y los clavo en él.

—Sí, pero eso es lo que trato de decirte. Yo creo que Laura no es feliz —suelto. Y es ahora que lo he dicho en voz alta cuando estoy segura de que es eso lo que sucede. Laura es una chica guapa, joven y divertida. Vive en la gran ciudad y es diseñadora de interiores, como siempre soñó. Sigue manteniendo ese carácter fuerte y algo alocado tan suyo y sonrío a todas horas. Es una mujer segura e independiente... Pero yo creo que no es feliz. Y no sé por qué.

—Por Dios, Clara. ¿A qué viene eso? Yo la última vez la vi bien. Como siempre. Realmente, cariño, creo que entiendes tan poco su forma de ver la vida que estás buscando problemas donde no los hay. No todo el mundo es feliz de la misma manera, ella es...

—Vale, vale. —Ahora sí que logro ponerme en pie. Sé que es difícil de explicar, y más hacer que me entiendan, así que doy el tema por zanjado—. Supongo que, si tuviese algún problema, me lo diría.

—Claro, tontita. —Él también se incorpora hasta sentarse en la cama. Me abraza por la cintura y apoya su mandíbula en mi vientre, pero no quita sus ojos de los míos—. Te preocupas

demasiado por todos. Y por ella, más. Eres un ángel, si ya lo digo yo.

Sonrío y meto mis dedos entre su pelo, alborotándoselo.

—Además —continúa él—, Laura sabe que vosotros estáis bien, por eso ha espaciado tanto sus visitas, Clara. Desde que tu padre está saliendo con Lidia, yo creo que hasta está aliviada por no saberlo solo.

Me muerdo el labio inferior ante sus palabras. Lo de mi padre fue una sorpresa que nadie se esperaba. Siempre había mantenido muy buena relación con Lidia, sí, pues, al fin y al cabo, era la viuda de Fermín, su mejor amigo desde la juventud. Pero quizás también eso fue lo chocante, que siendo las dos parejas tan íntimas como acabaron siendo, ahora ellos dos hayan rehecho su vida el uno con el otro. En el pueblo todavía se oye de vez en cuando una crítica al respecto, pero por mi parte siempre los he apoyado. ¿Quién soy yo para juzgarlos? No hacen daño a nadie y yo solo quiero ver feliz a mi padre. De la misma manera que algún día querré ver feliz a mi hermana.

—Sí, quizá tengas razón —murmuro.

Y por un instante, me agarro a eso. ¿Y si ya es feliz y yo no sé verlo?

Laura

Le cuelgo el teléfono a mi hermana sin siquiera habérselo cogido. Corro como una loca por la acera y cruzo la carretera todavía con el semáforo de peatones en rojo. Solo me he cerciorado de que no venga ningún coche. Una cosa es llegar tarde a la reunión y otra no hacerlo. O hacerlo magullada. Y de eso ya voy servida.

Clara me llamará para recordarme, casi con un mes de antelación, que va a ser el cumpleaños de Marta y que estoy, como siempre, invitada. Como si a mí se me fuese a olvidar o me hiciese falta invitación. Lo único que me preocupa es que es más que posible que tampoco pueda ir. El mes pasado, en mayo, cuando mi ahijada cumplió los tres años, no pude asistir. Sé que a mi hermana le dolió, a pesar de que llamé para felicitar a Llara y le mandé por correo una enorme casa de muñecas para compensar. Sí, aun así, sé que le molestó, pero ni la mitad que a mí. Ni ella ni las niñas tienen culpa de las horas que dedico a mi profesión, ni mucho menos de la otra causa que me impide ir a verlas tanto como quisiera.

Miro el reloj y me cago en todo lo que se menea. Ha tenido que ser precisamente hoy cuando a *Ibi* se le ocurrió dejarme tirada. La madre que lo parió. Justo hoy que Cristóbal, mi jefe, nos reunía a todos para presentarnos a su hijo, con el que yo formaré equipo cuando me necesite. Y cuando no, me dedicaré por fin a mis propios proyectos.

La verdad es que he tenido suerte. A menos de una semana de acabar el máster en Madrid, María presentó mi currículum en la empresa en la que ella ya llevaba trabajando unos meses y aceptaron hacerme una entrevista. Y aquí estoy ahora, casi un año después, desempeñando el cargo de ayudante en el equipo que forman la misma María y Claudio, otro arquitecto. Me han estado preparando para ocupar el puesto de diseñadora de interiores al lado del hijo del jefe, que estaba estudiando su último año de arquitectura en Estados Unidos. Puesto que pasaré a ocupar a partir de ya, si es que no me despiden después de llegar una hora —¡una hora!— tarde a la reunión.

Vuelve a sonarme el teléfono y lo saco apurada del bolsillo del vaquero. No me extrañaría que fuesen María, Claudio o el propio Cristóbal. Lo cierto es que hasta se me hace raro que no me hayan llamado antes. Pero no. Se trata de Richi, mi compañero de piso durante mi estancia en Madrid. Le doy a la tecla de colgar y recorro como una bala el vestíbulo. Me cago también en Murphy. ¿Qué le ha dado hoy a todo el mundo para llamarme en el peor momento posible? Al llegar al ascensor, pulso el botón un montón de veces, como si con ello consiguiera que bajase antes.

He intentado ponerme en contacto con ellos un par de veces, pero nadie me ha respondido, lo que, por otra parte, me esperaba. Cristóbal odia que tengamos los móviles encendidos durante las reuniones, aunque lo cierto es que el pobre hombre odia esos cacharros con toda su alma a todas horas, pese a que él posea uno de última generación que ya quisiera yo para mí.

Cuando llego arriba y entro en nuestras oficinas, me dirijo directamente al despacho de mi jefe. Me detengo un instante, que me tomo para acompasar mi respiración y pasarme las manos por la frente retirando el sudor que la cubre. Joder, qué imagen debo de dar. Llevo los vaqueros sucios por dármeles de mecánica durante unos minutos, cuando no tengo ni pizca de idea de cómo arreglar un coche. Y gracias a mi maravilloso carácter, también tengo la uña del dedo gordo del pie derecho rota y manchada de sangre. No se me ocurrió nada mejor que darle una patada al coche cuando vi que me tocaba patear. Lo de que llevaba sandalias no lo recordé hasta que el dolor me hizo cojear durante un buen rato. Seguro que además llevo el poco maquillaje hecho un cristo y

del pelo, mejor ni hablar. Me lo recojo en lo alto de la cabeza con una goma que siempre llevo en la muñeca y respiro hondo antes de llamar a la puerta con los nudillos.

—Laura. Laura —oigo que me llaman. Me giro y veo que se acerca Virginia, la secretaria de mi jefe—. Están en la sala de juntas, cielo —anuncia mirándome de arriba abajo—. ¿Qué te ha pasado? Llegas...

—Tarde. Muy tarde. Lo sé. —Sin pararme a dar más explicaciones, recorro el pasillo hasta el final, donde está la dichosa sala. Estoy a punto de llegar cuando veo salir de ella a María y a Claudio.

—Oh, Dios mío, Laura. ¿Dónde estabas? —pregunta María, observándome con detenimiento—. ¿Qué te ha sucedido? Ahora mismo iba a llamarte.

—*Ibi*. Me ha dejado tirada —suspiro sonoramente y preocupada—. ¿Ya ha acabado? Tengo que entrar y disculparme, yo...

—Tranquila. Tranquila. Ellos siguen dentro. Ve, lo entenderán —dice acariciándome un brazo. Entonces clava los ojos en mí y abre la boca, pero la cierra de inmediato.

—¿Qué? —pregunto, pues es evidente que quiere decirme algo.

—Esto... Es que... Mira, será mejor que entres.

—Sí, pero...

María se muerde el labio inferior y niega con la cabeza.

—Nada. Entra, anda. No los hagas esperar más.

—Vale, vale —no insisto, porque sé que tiene razón. Claudio, todavía junto a la puerta, me la abre para que pase y, tras sonreírme, la cierra a mi espalda.

La sala de juntas es una estancia grande y rectangular pintada de gris, donde una enorme mesa de acero y cristal, a juego con sus ocho sillas, ocupa la mayor parte. Rompiendo la cromática, destaca la pared a mi derecha, cubierta de un papel pintado en todos verdes, abstracto y elegante, que sirve de apoyo a un aparador moderno sobre el que reposan varios cuencos de vidrio llenos de golosinas, el confesable y gran vicio de mi jefe.

Veo a Cristóbal de perfil, sentado en una silla al fondo, mirando hacia el que se supone que debe de ser su hijo. Este se encuentra de espaldas a mí, de pie ante la ventana, observando las vistas con las manos en los bolsillos.

—Laura es una gran profesional, no sé qué la ha retrasado. Y muy divertida, ya verás.

—Eso seguro —replica el otro con una risa sin girarse hacia su padre.

—Además, es la atípica...

No espero a que termine la frase. Me siento incómoda aquí parada espiándolos y, además, ya llego con bastante retraso.

—¡Hola! ¡Lo siento! —casi chillo captando la atención de mi jefe. Y sintiéndome ahora idiota, bajo un poco el tono—. Cristóbal, lo siento mucho, de verdad. El coche me dejó tirada al salir de casa de los Sánchez y he tenido que venir a pie casi todo el trayecto. Al principio no avisé porque allí hay muy mala cobertura y luego recordé que aquí no quieres los móviles. Mierda, se me olvidó por completo llamar directamente a Virginia... —Solo paro de hablar, como el loro en que me he convertido, porque él se echa a reír. Lo cierto es que debo de parecer una loca acelerada. No he parado ni para respirar durante todo mi monólogo y ahora lo hago con rapidez, intentando recuperar el aire perdido.

—No te preocupes, Laura. Y no te quedes en la puerta, mujer. Ven.

Sonríó y me tranquilizo de repente. Cristóbal, con su pelo blanco, sus ojos oscuros y su barriga cervecera, nos trata a todos como si fuésemos de la familia. A pesar de ser uno de los más prestigiosos arquitectos y constructores de toda Asturias, la fama y el dinero no se le han subido a

la cabeza; es el hombre más sencillo y honesto que conozco después de mi padre.

—Marcos, ella es Laura —le dice antes de dirigirse a mí de nuevo—. Bueno, es casi como si te conociera, chiquilla, porque le he hablado mucho de ti.

Amplío mi sonrisa y, decidida, aparto la vista de Cristóbal y echo a andar hacia su hijo para presentarme yo misma en condiciones.

Y, entonces, lo veo y... freno en seco mientras también se me para el corazón. Pero no como en las novelas románticas o en las películas de amor, que lo hace cuando conoces al hombre de tu vida y a vuestro alrededor solo hay puntos de luz flotando, no, sino porque Marcos, ese Marcos, es la última persona que esperaba ver.

—Hola, Laura —me saluda él, educado, pero con una sonrisa pícaro en la cara.

—Ho... Hola, Marcos. Cuánto tiempo —respondo. Joder. ¡Cuánto tiempo! ¿No pude estarme callada y no recordarle eso? Tanto tiempo como desde aquella noche en la que rechacé su invitación a su casa para follar.

—Algo más de cuatro años —dice él.

Solo atino a asentir con la cabeza. Estoy descolocada y muy sorprendida de que, de todos los tíos del mundo, tenga que ser precisamente él mi compañero, o mi casi jefe, o lo que sea...

—Genial. Veo que ya os conocéis y no solo de oídas. —Cristóbal sonrío con toda la cara y comienza a recoger unos papeles para meterlos en el maletín—. Bueno, entonces os dejo y os ponéis al día. He quedado con tu madre para hacer unas compras y yo también llego tarde —le explica a su hijo.

—Vale, papá. Nos vemos después en casa.

—Perfecto. Laura, te dejo en buenas manos. Mañana seguiremos hablando.

—De acuerdo, Cristóbal. Hasta mañana —respondo como una autómatas.

Cristóbal nos vuelve a sonreír antes de salir del cuarto y ahí nos quedamos los dos a solas. O no. Que el silencio que de pronto nos envuelve ocupa y pesa de narices.

Él me observa sin disimulo mientras yo, ahora más incómoda que otra cosa, me dejo caer en una silla e intento mirar a todas partes menos a su cara.

«Joder, Laura, madura. Y compórtate como una adulta», me increpo. Pero estoy nerviosa y no sé qué decir ni cómo actuar. Además, comienzo también a sentirme ridícula, porque acabo de caer en que voy hecha un adefesio. Es que es mala suerte, eh. Hoy creo que incluso preferiría llevar uno de esos vestidos que uso para atender clientes estirados, pues, aunque no sean para nada mi estilo, sí le daría un empujoncito a mi orgullo.

Es Marcos el que se encarga de romper el embarazoso momento, sentándose a mi lado y cruzándose de piernas.

—Vaya, qué pequeño es el mundo —dice—. Que conste que me imaginé que eras tú cuando vi la cara de María al reconocerme, pero me parecía demasiada casualidad.

—Bueno, no es para tanto. Soy diseñadora y tenía que trabajar en algún lado. ¿Qué mejor sitio que este?

—¿De verdad vas a decirme que tú no estás sorprendida? ¿Sabías que tu jefe era mi padre?

—Para nada. —Me río—. Creo que en ningún momento supe tu apellido, así que...

Él golpea rítmicamente los dedos sobre el cristal de la mesa y, aparte de esbozar una maliciosa sonrisa, no dice nada más durante unos eternos minutos.

—Así que arquitecto... —Soy yo la que esta vez se deshace del opresivo silencio.

—Sí, ya ves. Supongo que al final maduré y opté por hacerle caso a mi padre.

Recuerdo aquella conversación, así que también sonrío, pero fugazmente. Lo mejor será que nos pongamos en plan profesional.

—Bueno, ¿y cuándo tienes pensado comenzar? ¿Ya?

—Sí, en cuanto deshaga las maletas. —Mira el reloj—. Hace menos de tres horas que he llegado a España, pero mi padre se moría por vivir este momento y no quise defraudarlo. Así que supongo que mañana habrá un despacho disponible para mí. Y tú dejarás de ser una simple ayudante para trabajar en tus propios diseños.

Ahora sí que la sonrisa que luzco es totalmente sincera.

—Sí. ¡Por fin!

—Espero que formemos un gran equipo. Creo que me voy a hacer cargo del nuevo hotel NH. Ahí vas a tener bastante trabajo tú también.

—Genial. Me hace muchísima ilusión.

Él sonríe y vuelve a repiquetear con los dedos bajando un poco la cabeza. Cuando vuelve a mirarme, lo hace por encima de sus gafas, en la misma postura.

—¿Y del resto? ¿Qué es de tu vida?

—Pues... como siempre. Vuelvo a compartir piso con María y me encanta mi trabajo. No hay mucho más que contar.

¿Qué coño quieres saber, Marcos? ¿Si ya he aprendido la lección? ¿Que todos los tíos sois iguales y que debí comportarme de otra manera contigo? Pues sí, eso lo sé. Pero no te lo voy a decir, como comprenderás.

—Ya... —masculla él—. No volví a verte después de aquella noche, Laura. ¿Qué...?

—No sé, no coincidimos —me apresuro a contestar, omitiendo que lo estuve evitando hasta que acabó el curso—. Tampoco es que saliera mucho, ya sabes. Entre estudiar, trabajar y tal..

Él me mantiene la mirada mucho tiempo y yo soy la primera en retirarla para, después de rascarme la cabeza, morderme la uña del dedo pulgar y mirar al techo en dos ocasiones, levantarme casi de un salto.

—Bueno... Me imagino que estarás cansado y...

—Sí, un poco —contesta todavía sentado y antes de morderse un carrillo. Juraría que está disimulando una sonrisa, el muy idiota. Entonces carraspea y se incorpora señalándome la puerta con la palma abierta hacia arriba—. Está bien, venga, mañana será otro día. Lo cierto es que me apetece llegar a casa y darme una ducha. ¿Te vienes?

Abro los ojos como platos. ¿Adónde? ¿A su casa? ¿A la ducha? ¿Con él? «Espera, espera, Laura, estás desvariando». No...

Él parece leerme el pensamiento, porque suelta una carcajada.

—¿Tú también bajas? —pregunta todavía entre risas.

—Sí, claro, sí. —Salgo de la sala antes que él, más que nada para ocultar que debo de estar colorada hasta las orejas. ¡Soy estúpida! Eso o tengo el ego tan alto como el Teide.

—Nos llevaremos bien, ya verás —dice ya dentro del ascensor. Y yo soy muy consciente de que se está divirtiendo mucho a mi costa. No puede disimular la sonrisa y los ojos le brillan traviosos—. Lo único que no tengo que hacer es invitarte a una copa, besarte u ofrecerte ir hasta mi casa.

Esta vez también es mi boca la que se abre sorprendida, a la par que mis ojos. Pero pronto los entrecierro y pongo los brazos en jarras.

—Estás muy gracioso, ¿no? —espeto—. No tiene ni puta gracia, Marcos. ¿Qué pasa? ¿Nunca te han dicho que no?

—Venga, mujer, no te pongas así. Claro que me han dicho que no, pero nunca con tanto ímpetu como tú.

Cuando se abre la puerta del ascensor, me despido con un ademán y salgo de él deprisa,

atravesando el vestíbulo sin volverme a mirarlo ni una sola vez. Pero lo que no puedo evitar es oírlo.

—Siempre nos quedará el cine.

Será mamón... ¿Divertido, dice? Lo que va a ser es un incordio en toda regla trabajar con él.

El recuerdo de sus palabras me acompaña de camino a casa. Aunque seguramente bromeaba, o intentaba aligerar lo sucedido, a mí la situación no me resulta nada cómoda. Más bien violenta y bochornosa. Me hizo sentir insegura y eso es algo que nunca me hace mucha gracia. Además de recordarme que me porté como una cría, dejándolo plantado en la barra del bar, huyendo como una idiota inmadura en vez de negarme elegantemente como toda una mujer. Bueno, al menos eso es algo que he aprendido a hacer. Ahora doy calabazas con maestría. De hecho, podría escribir un libro con mis métodos.

Lo cierto es que me niego a creer que lo ocurrido con Lucas me haya afectado tanto como para determinar una pauta en mi vida, pero sé que María y Richi, los únicos con los que al final me sinceré, tienen sus razones para pensarlo. Llevé fatal durante años el que me vieran solo como un polvo y, por lo visto, es lo único a lo que puedo aspirar.

Bueno, eso no es del todo verdad. Sí que hubo dos chicos que aparentaban estar interesados en mi cerebro, pero justamente ellos eran dos que no me decían nada. El resto, los que sí me atraían, solo querían... pues... lo que querían. Y a la de ya.

Quizá sea demasiado exigente, busque lo imposible o realmente tenga un pequeño trauma, pero lo único que sé es que... así me va. En septiembre cumpliré los veinticuatro y sigo virgen. Un tema que incluso comienza a preocuparme. Al principio no me acostaba con nadie porque no me gustaba la idea de que mi primera vez no fuese con alguien especial, ese chico con el que compartes una cómplice conexión y sientes las ansias de darte y tomarlo; y ahora, dentro de la ecuación, también entra que me da vergüenza hacerlo. Joder, es que debo de ser la virgen más vieja desde el siglo diecinueve. ¡Vaya mierda! Esto es como la pescadilla que se muerde la cola.

Cuando me suena el teléfono, casi me cae de las manos con las prisas con las que lo saco del bolsillo.

—Hola, Richi —saludo al ver su nombre en la pantalla.

—Hola, cosita —me responde él—. ¿Qué tal estás? Hace siglos que no hablamos. Te echo de menos. Y tengo notición.

Pongo los ojos en blanco y sonrío ante su manera de dramatizar cada frase, cambiándole incluso el tono. Richi es un encanto, pero, con creces, más femenino que yo.

—A ver, cuéntame. ¿De qué se trata? ¿Está de oferta la colonia de Hugo Boss? ¿Los pijamas de seda? ¿O por fin te has decidido a hacerte las mechas? —me cachondeo.

—Oh, nada tan importante, desde luego, pero notición al fin y al cabo —ironiza siguiéndome la broma—. ¿A que no sabes quién se ha decidido por fin a venirse a vivir conmigo?

—¿Roberto? ¿En serio? —casi grito de alegría, pues sé la ilusión que le hacía.

—Sí, cosita. Bobby, mi Bobby se viene a casa. ¡Oh, Dios mío, estoy tan emocionado! —suspira entre risas y yo me lo imagino saltando al otro lado. Lo único que le impedirá dar palmaditas será que tiene una mano ocupada con el teléfono.

—Oh, Richi, me alegro muchísimo —digo con sinceridad.

—Lo sé, cosita, lo sé. Y ahora te dejo, que quiero prepararle una cena especial y muy romántica para cuando llegue del trabajo. Tenemos que celebrar por todo lo alto que mañana

empieza con la mudanza. ¡Ah, y otra cosa! A ver cuando me llamas tú para darme una noticia parecida, ¿eh? Cosita, necesitas un hombretón en tu vida. Siempre te lo digo. Aunque no te haga demasiado tilín, podrá hacerte tolón.

Me echo a reír con ganas. Pero cuando ya estoy guardando el móvil, yo también me pregunto lo mismo. ¿Encontraré eso que él tiene con Roberto algún día?

Todavía no he abierto del todo la puerta del piso cuando María me recibe a gritos.

—¡Laura! ¡Laura, ven!

Sigo su voz y el olor inconfundible a sándalo hasta el salón. Sin sorprenderme ni un poco, la encuentro sentada en la alfombra, con la espalda apoyada en el sofá y observando detenidamente tres cartas del tarot colocadas boca arriba sobre la mesa baja. El resto espera en una esquina, en un montón perfecto. Cuarzos de distintos tamaños dentro de un cuenco y una varita humeando en otro extremo son los típicos complementos que no pueden faltar en una sesión.

—Mira —me dice emocionada—, está aquí. ¿Lo ves?

Todavía de pie, observo las cartas y no veo nada, salvo tres figuras que no sé ni decir lo que son.

—Yo no, la verdad. ¿Qué ves tú?

—Este es tu pasado, tu presente y tu futuro. ¿Lo ves? —pregunta, toqueteando con su índice cada una de las cartas.

Arqueo las cejas y la miro resignada. Sé que me lo explicará, de la misma manera que ella sabe que me creeré lo justo. No digo que a veces no acierte, pero lo de esta tía ya raya la obsesión.

—¡El mismo hombre! ¡El mismo! Y seguro que no es otro más que Marcos. Hoy, cuando lo vi en la reunión, lo tuve claro.

Suelto una carcajada casi horrorizada.

—¿Ahora también tienes ese tipo de poderes? —me burlo—. Ya no solo sabes leer las cartas, sino que también adivinas el futuro con una mirada. ¡Eres increíble, María!

—Tú riéte. Pero yo no creo en las casualidades. Es el destino, Laura. Tu destino.

Me arrodillo a su lado y ella vuelve a barajar las cartas. Después me agarra una mano mientras coloca de nuevo tres de ellas boca arriba.

—Otra vez. Lo mismo. Un mismo hombre. ¿Me crees ahora?

La miro escéptica y aguanto las ganas de reírme.

—María... Esas no son las mismas cartas de antes. ¿Cómo puedes ver lo mismo?

—Oh, tonta, hay que interpretarlas. Bah, no sé ni para qué me molesto. —Mueve la cabeza con disgusto y yo me fijo, y no es la primera vez, en lo bien que le queda ese nuevo *look* que se hizo durante mi estancia en Madrid. El flequillo largo a un lado y la melena por los hombros suavizan sus pómulos marcados y realzan sus ojos, un pelín achinados.

—No sé si me repito mucho, pero me encanta como te queda así el pelo.

—Sí, te repites. Pero en este caso no me parece mal. Gracias. —Sonríe ella—. Y ahora escucha y no te me vayas del tema. Tienes que darte una oportunidad con Marcos.

Me echo a reír a lo loco.

—¡Estás como una cabra! ¿Qué pretendes? ¿Que le pida salir?

—Bueno... Después de rechazarlo una vez, ahora deberías dar tú el primer paso, sí.

—María... Hace cuatro años que no lo veo. Y, la verdad, no hubo nada entre nosotros más que un beso, así que...

—Porque tú no quisiste.

—Esa no es la cuestión. Y esta conversación es absurda. Y estúpida. No me interesa y...

—Ah, sí, claro. Ahora me dirás que no lo encontraste guapísimo. Siempre fue atractivo, pero ahora está tremendo.

—Sí, eso no te lo discuto. Está como quiere el muy... —Pestañeo y me centro—. Pero deja el papel de celestina, a lo mejor hasta tiene novia.

—Menos mal que sigues teniendo ojos —se ríe— y no, no tiene novia.

Arqueo las cejas, sorprendida de que ya sepa ese dato.

—No se lo pregunté, tranquila —explica con una sonrisa traviesa—. Salió el tema cuando Claudio lo invitó a salir con él y sus amigos este finde a tomar unas copas. Está libre. Del todo.

Pongo los ojos en blanco y continuó con firmeza.

—Pero de ahí a que vaya a haber algo entre nosotros... —Recuerdo su mirada burlona y me reafirmo—. ¡Olvídalo!

—Bueno... Es lo que dicen las cartas. Y ellas no mienten. Hay un hombre con el que tuviste algo, te importó o te marcó en el pasado, que está en tu presente y que estará en tu futuro. ¿Sabes de otro que no sea Marcos?

Hago rodar las piedras por la mesa. Esto es una tontería. Y un cuento chino. Y sí, hay otro, pero ese sí que es un imposible...

—Bah, no me líes —protesto sin saber qué otra cosa decirle, porque, cuando se le da por competir con la bruja Lola, se pone imposible.

—Y tú deja los cuarzos en paz, bonita. Que no son ningún juguete, sino la única manera que tengo de limpiar las cartas después —me regaña. Y yo aparto mis manos al instante, pues, aunque esa frase resulte extraña y surrealista, ella la cree a pies juntillas.

—Ya no te molesto más —comento encaminándome a la cocina—. Voy a preparar algo para cenar. Hoy me toca a mí, ¿no?

—Sí. ¿Qué va a ser? ¿Bocata o *pizza*? —pregunta con recochineo. Lo cierto es que no soy un as en la cocina, pero, que yo sepa, nunca ha pasado hambre.

—¡Vaya! Realmente tus dotes de adivina mejoran por momentos —me burlo yo ahora. Le saco la lengua antes de desaparecer de su vista y la oigo reírse.

Cuelgo el bolso en una silla y miro en el congelador a ver si aún queda alguna *pizza* para meter al horno. Sonríe como una niña con zapatos nuevos cuando, al fondo, encuentro una que a saber el tiempo que lleva ahí. Sin arriesgarme a mirarle la fecha de caducidad por si me llevo un chasco, la desempaqueto y la pongo a calentar a no demasiada temperatura. Así aprovecho el tiempo para darme una ducha rápida y ponerme el pijama.

De nuevo en la cocina, observo que la *pizza* está justo en su punto. ¡Vaya! Me estoy volviendo una profesional en esto.

—¡La cena! —anuncio poniéndola encima de la mesa del salón y pasándole el cortapizzas a María para que haga los honores.

—¿Ves? No me has decepcionado. —Se ríe ella comenzando a cortarla.

—Nunca lo hago, cariño —respondo con retintín.

—Como no acabes saliendo con Marcos, lo harás. —Y de vuelta la mula al trigo.

Resoplo sonoramente y pongo los ojos en blanco. O más bien los hago girar en las cuencas.

—Que tú tengas pareja... o lo que sea... —apunto con alevosía, solo para hacerla rabiar, pero ella sonrío ampliamente antes de coger un trozo de *pizza* y llevárselo a la boca.

—Sí, eso. Yo me lo estoy pasando pipa —dice con garbo antes de pegarle un mordisco—. Que de eso se trata, cielo.

—Vale, pues eso, que me alegro por ti, pero deberías dejar de...

—¿De qué? ¿De buscarte un buen chico con el que puedas quitarte esa manía que les has

cogido a todos?

—¡Oye! —protesto—. Yo no les tengo manía a los tíos. Simplemente... Bueno, no he tenido mucha suerte, ¿no crees?

—Lo que creo es que exageras un poco, cielo. Yo no digo que lo de Lucas no fuese una putada y que Marcos quizá no estuvo muy fino aquel día, pero...

—Ha habido más —confieso apurada e interrumpiéndola.

Ella se queda con la boca abierta y la *pizza* dentro de ella, pero no llega a darle un bocado. La aparta y la deja sobre una servilleta encima de la mesa.

—¿Más?

—Sí, varios más.

—Espera, espera... ¿A qué te refieres? Si hablas de esos tíos salidos que se acercan en cualquier local nocturno y que quieren rollo, no vale. A esos nos los hemos encontrado todas en algún momento, no...

—No, de esos también hubo, claro, pero hablo de chicos que conocía más que de un par de horas. Esos ya no entran en esa categoría, ¿no?

—No —me dice categórica—. ¿Y todos han querido llevarte al huerto en la misma noche? ¿Sin siquiera una cita de por medio? ¿Cuántos son «varios»?

—Que me importara de verdad, cuatro. Cuatro más.

—Joder...

—¿Te acuerdas de David? Era nuestro compañero...

—Sí, claro. En cuarto, el profesor de Escenografía os puso como pareja para un trabajo... — Se calla de repente, al darse cuenta de que aquel proyecto lo acabé yo solita, aunque la nota fuese para los dos—. Tú me dijiste que él no podía porque...

—Lo siento, te mentí, María. Lo cierto es que no llevábamos ni una hora trabajando en su habitación cuando prácticamente se me echó encima. Creo que sus palabras exactas fueron que había tenido suerte, pues le había tocado la más caliente de clase.

—Pero... Ay, que solo con imaginármelo no sé si reírme u ofenderme. Pero ¿así? ¿Sin más? Si parecía majísimo... Teníamos muy buen rollo con él en clase.

Me encojo de hombros. Sí, yo también lo consideraba un buen tío.

—Un subnormal como la copa de un pino —continúa de pronto, con los ojos entrecerrados, ahora enfadada—. ¿Y los demás?

—No me apetece hablar de esto, de verdad, yo...

—Laura, por favor... ¿Los demás? ¿También los conozco?

Meneo la cabeza con disgusto, pero eso no me impide darle un buen mordisco al trozo de *pizza* que he tenido en las manos todo este tiempo y que aún no he probado.

—Come... —le ordeno.

Ella obedece, pero no separa los ojos de los míos, esperando a que prosiga.

—Está bien —me rindo—. Solo te voy a contar lo sucedido con otro. Esta es mi historia favorita. —Sonríó tan irónicamente como hablo—. Era un chico que hizo el máster conmigo. Otro muy majo. Hablábamos en clase, nos intercambiábamos apuntes y era casi con el que mejor me llevaba de allí. Y una noche que decidí salir junto con otras compañeras a tomarnos algo a un pub, me lo encontré. Se acercó y comenzamos a charlar. Y sí, era tan agradable como parecía en clase. No era el típico guapo, pero sí atractivo y simpático. Estuvimos riéndonos, bailando y bebiendo. Y al cabo de un tiempo, acabamos sentados a una mesa, donde, en vez de sillas, había uno de estos sofás de falso cuero bastante cómodos. Bueno, lo que viene a continuación te lo imaginas. Me besó. Vale, hasta ahí bien, yo también participé, no te lo voy a negar. Lo que pasa es que en

cuestión de minutos sus manos ya parecían estar en todas partes y, supongo que debido a mis anteriores experiencias, se lo dejé bien clarito. «Hoy no vamos a follar», le dije.

—Así me gusta, Laura, tú siempre tan fina.

—Bueno, no quería ser delicada, solo sincera, joder, que luego me llaman calientapollas.

—Vale, vale, si claro le quedó. Y hasta ahí todo normal, ¿no? Así que sigue, que me da que la cosa mejora —dice con sarcasmo.

Sonríó resignada.

—Sí, no te preocupes, que ahora tampoco te voy a decepcionar. Que el tío ese, Nacho, por cierto, me dice que no hay problema, que no era lo que pretendía, que no era de esos y bla, bla, bla. Durante cinco minutos halaga mis oídos con cosas como que le parezco muy interesante, que en clase no se había atrevido a invitarme a tomar algo pero que le apetecía mucho y, bueno, más mierdas de esas. Todo muy bonito. Me gustaría saber qué habría sucedido si yo no hubiera ido al baño en ese momento, pero, la verdad, después de beber algunas copas y menear el esqueleto, me meaba encima, así que le dije que no tardaba y me fui a hacer pis. No te vayas a pensar que había mucha cola y eso, ¿eh? Era bastante tarde y el sitio ya no estaba atiborrado. ¿Qué pude tardar? ¿Exagerando diez minutos? Bueno, pues fueron los que le llevó ligarse a otra tía y liarse con ella. Cuando volví a la mesa, ahí lo encontré, la mar de bien acompañado, con la lengua metida hasta la campanilla en la boca de otra.

—Joder, menos mal que no era de esos y que le parecías interesante...

—Sí, menos mal. —Ahora la que convierte los ojos en dos rendijas soy yo. Y vuelvo a sonreír, pero esta vez con malicia, recordando el final de la historia.

—¿Qué? ¡Oh, esa cara! ¿Qué hiciste, Laura?

—Nada —respondo con inocencia—. Muy amablemente le toqué el hombro y, cuando me miró, lo avisé de que su novio ya estaba fuera esperándolo y que sí, que había ganado la apuesta de que era capaz de hacerse pasar por hetero y besar a una chica a pesar de ser gay. No esperé su contestación, solo sé que me miró pasmado mientras ella se alejaba de él insultándolo. Como imaginarás, no nos volvimos a dirigir la palabra en lo que restó de curso.

—Dios mío, Laura, eres la leche. —Se ríe María, pero no tarda nada en cogerme una mano y apretármela muy fuerte—. Vale, tienes razón. No has tenido mucha suerte, pero te puedo asegurar que no son todos iguales y que, antes de que acabe el año, tendrás una cita como Dios manda con un hombre que sí valga la pena.

—¿Y eso lo sabes así? ¿Sin cartas?

—Sí, graciosa. Ya verás, ya verás.

CAPÍTULO 9

Chema

Coloco el jarrón con las flores en medio de la mesa y me aparto para mirar mi obra de lejos. Todo perfecto. Aunque el mantel sea de papel, los vasos y platos, de plástico y el menú, unas hamburguesas acompañadas de refrescos que me acercará Colás en unos minutos, sé que a Clara le encantará.

Miro a mi alrededor. He colocado la mesa para comer en lo que va a ser el salón. El suelo todavía es de cemento y las ventanas y las puertas solo son un hueco en la pared, pero sé que voy a sorprenderla. Ella no se espera nada, así que todo esto ya es demasiado.

Lo que me costó levantar la casa de mis sueños lo sé yo. Yo y mis amigos, que me ayudaron en todo lo que pudieron. Llevo más de un año robándole horas a mis ratos libres, e incluso alguna otra a las obras que realmente me daban dinero, y todo para construir el hogar que quiero para mi familia. Para Clara, sobre todo.

Camino hasta donde van a ir los ventanales del salón y miro hacia fuera. A lo lejos se ve el mar. Tendré que colocar un muro limitando la finca, al menos en esa parte, pues acaba en un pequeño acantilado que me pone nervioso sabiendo que las niñas corretearán por ahí. Pero eso tendrá que esperar un poco más. Tras acabar el crédito del material, he tenido que pedir otro para hacerle frente a lo que me estoy gastando en esta obra, así que me tocará ahorrar un poco o esperar a acabar de pagarlo. Quizá me quedé un poco corto con la cantidad solicitada, pero vi a Clara tan acojonada con el asunto que no quise aumentar su preocupación. Y eso que ella no sabe de la misa la mitad.

La última vez que estuvo aquí solo existían la cimentación y las columnas. El resto era un boceto en un plano. Y por suerte, y aunque resulte extraño, durante estos meses no le ha llegado a los oídos todo lo que hemos avanzado en ella. Sospecho que los vecinos no suelen pasar mucho por aquí, porque nuestra casa está situada en una pista asfaltada a unos dos kilómetros del centro y en dirección a ninguna parte. En esta zona solo hay cuatro casas aisladas, por lo que la intimidad es total, pero, sin duda, lo mejor son las vistas. Monte y mar. Es que lo tiene todo.

Sonríó ilusionado y, ansioso ante su reacción, me froté las manos en los muslos y luego me las meto en los bolsillos volviendo a adentrarme en el cuarto.

Esta habitación es enorme. La visualizo tal como la he visto en mi imaginación, supongo que producto de ese sueño recurrente que tengo a veces. Estanterías en las paredes, unos enormes sofás al fondo y mi gran capricho justo aquí, donde estoy ahora parado. Tampoco falta la butaca tapizada de rojo a los pies de esa maravilla que, algún día, podré permitirme. Un piano. Porque sí, sé tocar ese instrumento y no solo eso, sino que me encanta hacerlo, aunque eso sea algo que saben muy pocas personas.

Pero, sin dudas, lo mejor de esta imagen en mi cabeza es mi mujer aquí, tal como también la veo en el sueño. De espaldas, mirando por los ventanales, para luego girarse casi a cámara lenta y acercarse a mí despacio. Sentándose en mi regazo y compartiendo mi escondida ambición. Solo habrá una diferencia. En la realidad podré verle la cara y no desaparecerá de mi lado, como sí ocurre en esa persistente visión que exterioriza mi mente dormida.

Miro el reloj y sonríó de nuevo. En menos de quince minutos llegará Colas con la comida y,

después, Julián con mi mujer. No sé qué se le habrá ocurrido como excusa para traerla, pero solo espero que esta vez haya actuado con mesura y no se haya inventado un accidente o algo peor. La dejará aquí conmigo y volverá con Teresa, quien, cómplice nuestra, se quedará con las niñas. Lo que Clara no sabrá es que va a ser más tiempo del que ella cree.

Lo cierto es que ya no recuerdo la última vez que pudimos disfrutar de unas horas de tal intimidad. Incluso le he echado el ojo a un par de sitios en que podremos estrenar la casa como Dios manda, con una buena sesión de besos, o algo más.

Sacudo la cabeza alejando esos pensamientos. No me siento demasiado orgulloso de mí en este instante. He organizado todo esto con la intención de que esta sorpresa sea un detalle de lo más romántico... Y ya estoy pensando en sexo. Aunque, por otra parte..., ¿qué es una cita romántica sin él?

Sonrío con ironía, negando con la cabeza ante mis ocurrencias, y me froto las manos mientras sigo deambulando por las estancias de la planta baja, que no son otras que un enorme salón, una cocina casi tan grande como él y un baño. O lo serán en su momento.

Estoy un poco nervioso, así que me enciendo un cigarrillo y vuelvo sobre mis pasos al salón. ¿Cómo reaccionará al ver la casa?, me pregunto por enésima vez. Es que hoy para mí es un día muy especial, aquel por el que me he deslomado y empeñado. De repente, se me ocurre hacer una cosa. Cojo una paleta con bastante punta que encuentro en una esquina y tallo con ella la fecha de hoy en uno de los premarcos de la puerta. Dos de julio. Aunque me consta que quedará escondida tras el trabajo de un carpintero, yo sí sabré que hay una huella de él en este rincón de nuestro hogar.

Y, mientras grabo el número, recuerdo otra cosa. En cuatro días Marta cumplirá cuatro años y percibo que Clara está disgustada porque cree que su hermana no se acercará. Laura aún no ha concretado nada en firme, pero sí ha dejado caer por teléfono que anda muy liada. La han ascendido o algo parecido, y parece ser que tiene entre manos un proyecto muy importante con el que no puede defraudar a la empresa. Yo la entiendo, claro que sí, pero también empieza a molestarme un poco que tantos desplantes por su parte, aunque no sean intencionados, le pasen factura a la persona que más la quiere en el mundo.

Sin pensarlo demasiado, saco el móvil del bolsillo y busco su número en la agenda. Todavía dispongo al menos de diez minutos y seguramente me sobren.

Coge al segundo tono y sus aceleradas preguntas me hacen ver que está nerviosa.

—¿Rubio? ¿Qué sucede? ¿Está bien Clara? ¿Le ha pasado algo a alguna de las niñas? ¿A mi padre?

Sonrío y la tranquilizo.

—No, Laura, nada de eso. Estamos todos bien. —No me extraña que se haya preocupado. En casi cinco años que llevo casado con Clara, más uno de noviazgo, es la primera vez que la llamo. Hemos hablado varias veces, claro que sí, pero siempre cuando Clara me pasaba el teléfono y solo el minuto que nos llevaba saludarnos.

—¡Ah, me has asustado! ¡Es toda una novedad que tú me llames! —exclama, corroborando mis anteriores pensamientos.

—Bueno, sí, pero quería pedirte un favor, así que... —Permanezco en silencio unos segundos, sin saber muy bien cómo continuar, porque tampoco me siento demasiado cómodo persuadiéndola a hacer algo que en verdad no puede o, en el peor de los casos, no quiere hacer.

—Dime, Rubio, ¿de qué se trata? Si está en mis manos... dalo por hecho —dice.

Suspiro, me rasco la nuca y lo suelto todo de corrido sin darle más vueltas.

—Se trata del cumpleaños de Marta. Ya sabes que se lo celebramos el sábado. Me gustaría

mucho que vinieses, Laura. Por favor.

Silencio. Al otro lado, Laura tarda una eternidad en contestar. Vuelvo a mirar el reloj y me acerco a la ventana que da a la parte delantera de la casa para mirar si veo llegar algún coche. Todo despejado, pero no tardarán.

—Laura, ¿estás ahí?

—Sí, sí, claro. Perdona. Mira, Rubio, te prometo que haré lo posible por ir. Hablaré con mi jefe por si este sábado no... —Se queda callada un par de segundos y acaba por decir lo que seguro que lleva pensado todo el rato—. Pero... ¿qué pasa? ¿De verdad que no sucede nada?

—Lo único que pasa es que Clara te echa muchísimo de menos —me sincero después de otro suspiro—. Y cada vez que cuenta contigo y no apareces se le nota a la lengua que está dolida. Yo no quiero verla así, Laura. Comienza a pensar cosas raras y...

—No. No, por Dios. No hay nada raro. Es el trabajo, Rubio. Ahora tengo más responsabilidades y se me acumula todo lo que tengo por hacer. Suelo traérmelo a casa y aprovechar el fin de semana para adelantar algo. Supongo que aún no le he cogido el ritmo, nada más.

—Bueno, yo te entiendo, pero... Por favor, Laura, intenta venir el fin de semana que viene. Clara te necesita. —Y entonces, antes de que me arrepienta, ataco con la artillería pesada—. Mira, ella no te lo ha querido decir por teléfono, estaba esperando a verte, pero... está embarazada. Y un poco más sensible, como comprenderás.

—¡Embarazada! ¡¿Embarazada?! —grita tanto que me separo un poco el teléfono de la oreja para que no me destroce el tímpano—. ¡No me digas que ha sido otra vez sin querer! Joder, Rubio, hay que saber enfundar de vez en cuando. ¿Cómo está? ¿Se encuentra bien?

A pesar de lo bruta que ha sido, no me ofendo. Más bien lo contrario; me resultan tan divertidas sus pullas que me da la risa. Además de que reconozco en esas frases a la misma Laura que se subió un día encima de la mesa en el Pantera Rosa, o que echó una botella de ron en el ponche durante el baile del día del Pilar. Esa Laura que Clara lleva diciéndome durante mucho tiempo que hemos perdido.

—Ha sido buscado, Laura —aclaro con sorna—. Y, por si no lo sabes, Marta también lo fue. Solo hemos tenido un fallo, si es que a tu preciosa ahijada puede llamársela así.

—Sí, vale. Tienes... tienes razón. Oye, per... perdona, ¿eh? —balbucea tras unos segundos, bastante cortada, o eso parece.

—Y sí, Clara se encuentra bien —continúo como si no fuese consciente de su incomodidad—. Solo quiere tenerte cerca un poco más a menudo.

—Ya —la oigo suspirar—. No te preocupes, te prometo que el próximo sábado estoy ahí. Y te guardaré el secreto. Me haré la sorprendida, ¿vale?

—Te lo agradecería. —Ahora sí oigo el ruido de un motor, así que me apresuro a despedirme—. Y ahora tengo que dejarte. Hablamos.

—Hablamos, chao.

Hemos disfrutado de nuestras hamburguesas como si se tratase del mejor caviar. Aunque no tengo yo muy claro que eso esté tan rico como dicen. Por lo menos, demasiada buena pinta no tiene, a pesar de toda su fama. Y cuando se lo comenté a Clara durante la comida, ella opinó exactamente lo mismo, lo que nos hizo reír como dos bobos. Bueno, como lo que somos, dos bobos enamorados.

Ahora, cogidos de la mano, nos encontramos recorriendo la casa otra vez. Y ya es la tercera. Clara todavía está abrumada por la sorpresa, fascinada por lo que ve y más contenta que nuestras hijas la mañana de Reyes.

—Dios... Es que no me lo creo —repite de nuevo, entrando en el que será nuestro dormitorio. La abrazo por detrás, abarcando su cintura, y le doy un beso en el cuello.

—Pues créetelo, cariño. Es toda para ti. —La rodeo y, sin soltarla, busco en su cara la verdad—. ¿Seguro que no estás ni un pelín enfadada?

—¿Enfadada? ¿Cómo podría estarlo? ¡Esta es la mejor sorpresa y el mayor regalo que nadie me ha hecho ni me hará nunca! —exclama con una sonrisa de oreja a oreja. Y esa no engaña, ni tampoco sus ojos, que brillan exageradamente con la mezcla perfecta de ilusión y emoción, lo que me hace abrazarla muy fuerte contra mí, deseando poder metérmela dentro de la piel. Ojalá pudiera atesorar estos instantes tan mágicos para regalárselos en un día gris. Quisiera bajarle las estrellas y subirla a la luna. Sí, darle incluso lo imposible, todo eso que yo creo que merece, porque ella nunca pide nada. Es la mujer más especial del mundo y es mía. Un ángel, eso es lo que es.

—Pues que sepas que Julián lleva desde la primera piedra diciéndome que era posible que te cabrearas. De hecho, él cree que Teresa le hubiese dado una patada en sus queridas pelotas —bromeo, más que nada porque la emoción también está sobrepasándome a mí.

—Bueno, conociendo a Teresa, es muy probable. Sabes que la pobre es un poco mangoneadora. No lo hace a mala fe, pero...

Me echo a reír. Sí, a nuestra Teresa le gusta un montón mandar, eso es indiscutible. Hasta ella misma lo reconoce, lo que no por ello significa que sea menos marimandona.

—Creo que a Julián le pone ese carácter. Y a mí me pones tú —susurro a su oído.

Siento sus manos en mi nuca y nuestras bocas se encuentran a medio camino, buscándose la una a la otra. Nos besamos durante un rato, pero con más cariño que pasión, intercalando sonrisas. Y es en una de ellas cuando recuerdo que hay algo que todavía no le he enseñado. Me aparto tras darle un par de besos cortos en los labios y, cogiéndola de la mano, tiro de ella escaleras abajo, llevándola hacia la parte de atrás. Salimos por los que serán los ventanales del salón, a ras de suelo, y le enseño el porche que recorre toda la casa a lo largo. Sé que le encantan y no podía faltar. Lo he construido lo suficientemente ancho para poner una mesa o lo que surja. Además, las vistas son inmejorables. Y el muro alto que limita la casa vecina por un lado, junto con el bosque por el otro, hacen de él un lugar íntimo a pesar de ser abierto.

—Este sitio les va a encantar a las niñas —comenta ella mirando hacia todos lados—. ¡Dios mío! Sin desmerecer el resto, es lo mejorcito de la casa.

—Sabía que opinarías eso. —Le guiño un ojo y camino con ella toda su extensión hasta llegar al otro extremo, donde una puerta también lo comunica con la cocina. Se la señalo y comienzo a explicarle mi idea—. He pensado en cerrar este trozo como si se tratase de una galería. Todavía quedaría suficiente porche abierto y este espacio podrías convertirlo en tu cuarto de costura. Así podrías tener a las niñas vigiladas cuando estén jugando fuera y, al mismo tiempo, te sería útil también en invierno, ¿qué te parece?

Clara sujeta mi mentón con una mano y hace que la mire, mientras coloca la otra sobre la mía, esa que lleva un tiempo sobre su barriga. Sonríe tímida y emocionada, ampliando más su sonrisa cuando una primera lágrima traviesa escapa de sus ojos.

—Sería perfecto. Maravilloso. Me encantaría —susurra al tiempo que yo limpio sus mejillas con mis pulgares—. Dios mío, Chema, soy tan feliz... Te quiero tanto...

—Y yo más —contesto con infinita ternura.

Nos abrazamos y nos besamos, pero, tratando de buscar más comodidad, me siento en el suelo, apoyo la espalda en la pared y estiro las piernas antes de atraerla a mi regazo. Ella descansa su cabeza en mi hombro y se enrosca sobre mí, acariciando mi cuello y mi mandíbula mientras yo juego con su pelo.

—Me gustaría poner ahí unos columpios —comento mirando al frente, a esa extensión de terreno que acaba en el mar—. Y en verano podríamos colocar una de esas piscinas desmontables, ¿no crees?

—Claro. Suena genial. Y también una casita de esas de plástico de colores, ¿sabes cuáles digo? A las niñas les haría muchísima ilusión —sueña ella también en alto.

—Ajá. Y quizá... —Acaricio su vientre y sonrío con picardía—. Una portería, ¿no?

Ella suelta una carcajada.

—Quieres un niño, ¿eh? Aunque dices que te da igual, se te ve el plumero, cariño.

—A ver... —contesto sonriendo con ganas—. Estoy encantado con mis niñas, pero no me importaría que fuese un niño, no. —La miro como si ella tuviese una respuesta a esa pregunta, cuando todavía es muy pronto para saberlo. Pero, bueno, lo cierto es que las dos primeras veces acertó antes de que el médico lo viera, así que...—. ¿Tú crees que es otra niña?

—Esta vez no tengo ni idea. Solo sé que no he vomitado ni una sola vez, cuando en los anteriores embarazos no hacía otra cosa. A lo mejor es que va a ser todo distinto, no sé.

Me acaricia la cara y me besa en los labios, pero yo todavía sigo pensando en su frase. Sí, puede que sea diferente. Un niño. Me gustaría muchísimo que lo fuera, pero me siento fatal al decirlo en voz alta. Es una tontería, lo sé, pero no quiero que piense ni por un instante que me sentiré decepcionado si es otra niña, porque tampoco sería el caso. Y conociendo a Clara, seguro que hasta se culpa por ello, como si ella tuviese algún poder sobre eso.

Masajeándole ahora la espalda, levanto un poco la muñeca para mirar el reloj y me sorprendo de la hora que es. La tarde ha pasado volando. Voy a comentarlo, pero apenas he abierto la boca cuando Clara me mira muy seria.

—Gracias, Chema. Por todo —susurra con los labios muy cerca de los míos—. Por la casa, por las niñas, por todo.

—No me des...

—Shhh. —Me hace callar con un beso. Y, al separarse, baja la mirada y la clava en mi camiseta—. Tú siempre me lo das todo y yo... Yo he sido muy egoísta.

—¿De qué hablas? —pregunto tan sorprendido como confuso. ¿Clara egoísta? Esos dos conceptos son tan opuestos para mí como el surf y el desierto.

—De este embarazo. Sé que solo has accedido por mí. Lo sé... Lo supe desde siempre y, aun así, seguí adelante con la idea. Yo...

—Clara, no. Escúchame. —Levanto su barbilla y la obligo a mirarme—. No quiero que pienses eso. Ambos lo decidimos. —No voy a mentirle diciéndole que yo deseaba este bebé tanto como ella, pero también sé que voy a quererlo con locura. La ilusión de Clara era tener otro hijo y, si eso es ser egoísta, yo también lo soy, porque la mía es hacerla feliz. El porqué de los motivos de cada uno es lo de menos, lo importante es que ambos éramos conscientes de lo que hacíamos—. Los dos —repito con firmeza.

Ella deja escapar un suspiro y apoya de nuevo la cabeza en mi pecho.

—¿Cómo te gustaría el suelo? Yo creo que lo prefiero oscuro —la oigo decir al cabo de un rato. Sonrío y le beso el pelo, contento de que no le dé más vueltas al tema anterior.

—Me parece bien. Pero primero dime cómo quieres las puertas y las ventanas, que quiero encargárselas ya.

—¿Ya?

Y así pasamos la siguiente hora. Acariciándonos con suavidad y robándonos besos de vez en cuando, mientras, con palabras llenas de ilusión, decidimos de qué color van a ser las ventanas y el suelo, o cómo nos gustaría amueblar la cocina.

Clara

Oigo el timbre de la puerta, pero no me preocupo en ir a abrir. Estoy segura de que alguien se ocupará de ello, y yo estoy bastante ocupada colocando platos llenos de aperitivos sobre las mesas y vigilando a los niños que juegan en el jardín. Veo a Chema acercarse con varios refrescos de dos litros que deposita sobre el mantel y se lo agradezco con una sonrisa que él imita al instante, aunque la suya sí le llega a los ojos.

Quizá estoy siendo injusta y egoísta, pero no puedo evitarlo. Me considero, de hecho, una persona muy comprensiva, pero que mi hermana no se haya ni dignado a buscar una excusa para no venir un día como hoy me duele horrores. Y, por momentos, intento paliar ese dolor enfadándome con ella, lo que me hace todavía peor persona. Suspiro, recordándome que es inútil seguir pensando en ello, así que curvo mis labios en una leve sonrisa y me concentro en colocar los platos a una distancia casi perfecta unos de otros.

Cuando me dirijo a la puerta que comunica el jardín con la cocina para ir a por las servilletas, reparo en que mi padre y Lidia salen por ella. Al verme, intercambian una mirada cómplice y luego se me quedan mirando la mar de risueños.

Vaya, todavía no me acostumbro a eso. A ver a mi padre sonriendo tan a menudo. Desde que está con Lidia parece... otro hombre. Feliz, exultante... No sé cómo no me di cuenta de lo mucho que faltaba en su vida después de que se fuera mi madre. Supongo que olvidé cómo era cuando ella aún vivía y pensé que ese carácter serio que lucía era suyo por naturaleza. Me alegro tanto por él...

—Clara —me dice en cuanto me acerco más—, acaba de llegar una invitada a la que creo que no esperabas.

Frunzo el ceño pensando durante unos segundos de quién puede hablar. Pero antes de que acierte a decir nada, ellos se apartan un poco y la que aparece debajo del umbral no es otra que Laura.

—¡Sorpresa! —exclama con los brazos totalmente abiertos.

Mis ojos se agrandan sorprendidos mientras mi boca compone una sonrisa inmensa y, cuando me doy cuenta, ya estamos la una en brazos de la otra. No nos veíamos desde Carnaval y, últimamente, hasta las llamadas se han ido espaciando poco a poco. Y, en eso, admito que no siempre es culpa suya, aunque si yo no la llamo más a menudo es porque temo molestar. Parece estar siempre tan ocupada...

—Ay, Laura, qué ganas tenía de verte, cariño... No te puedes imaginar cuántas...

—Sí, sí que me lo imagino —dice en mi oído, todavía abrazadas—. Porque yo también te echo de menos, tontita. Y más de lo que crees.

Me separo un poco sin soltarle las manos y la miro de arriba abajo. No ha cambiado nada. Sigue siendo esa chica sencilla y guapísima que se fue del pueblo. Con su larga melena suelta en un despliegue de caóticos rizos rojizos cortados a diferentes alturas y vistiendo una camiseta negra y unos vaqueros muy cortos con zapatillas.

—Estás como siempre... —susurro. No sé por qué, pero siempre temo no reconocerla en alguna de sus visitas. Me aterra pensar que un día veré en ella a una mujer de ciudad que no se parecerá en nada a mi hermana.

—Claro. Y tú también. —Se ríe haciéndome girar—. Estás fabulosa.

—Oh, gracias. Pero por poco tiempo —le digo guiñándole un ojo.

Ella abre mucho los suyos y se cruza de brazos.

—¿Y eso?

—Bueno... Vas a ser tía por tercera vez —le suelto de sopetón. Me moría por decírselo, pero confieso que tener que darle, precisamente a ella, una noticia así por teléfono me fastidiaba mucho. Y más después de querer ir un domingo a Oviedo a visitarla y que ella me insinuase que no le venía bien por no sé qué de su trabajo. Ahí ya me sentí dolida.

—Vaya... —Laura sonrío y vuelve a abrazarme—. Enhorabuena, cariño. —Entonces busca a Chema con su mirada y lo encuentra detrás de mí—. Felicidades a ti también.

—Gracias, Laura. —Sonríe él.

—¿Y qué? ¿Otra niña? —me pregunta ansiosa.

—No lo sé. —Me río—. Pero Chema quiere un niño, aunque nunca lo reconocerá en voz alta —digo a sabiendas de que él me está oyendo.

Lo oigo bufar a mi espalda y Laura suelta una carcajada.

—Bueno, si es una niña ponle Adela, por Dios. Antes de que le dé un telele a esa mujer — bromea mi hermana haciendo una mueca supergraciosa.

Chema resopla de nuevo y a mí se me escapa la risa. Sí, ese va a ser un tema peliagudo llegado el momento.

La llegada de Julián y Teresa con su hija Sofía aplaza el momento en que Laura y yo podamos conversar como me apetece, pero el patio se llena de besos, risas y bromas en las que participo de buen humor. La presencia de Laura ha disipado esa espinita de la que seguro que no hubiese podido desprenderme en todo el día, así que me dispongo a disfrutar de esta fiesta con ganas. Las mismas que parece traer Nela, que salta prácticamente encima de mi hermana al verla, mientras Colás menea la cabeza resignado y luego la saluda con más moderación.

Y ya estamos todos, porque el resto de nuestros amigos están trabajando fuera de El Pilar y ya nos hemos acostumbrado a que falten en casi todas las celebraciones.

Mientras esperamos a que lleguen dos niños que se retrasan, yo acabo de colocar la mesa y Laura se pone al día con sus sobrinas. Se las come a besos para, justo a continuación, improvisar junto con Nela algunos juegos para entretener a todos los niños. Y por lo bien que aparentan pasarlo, divertirse ellas también.

Y después, con todo organizado y entre conversaciones paralelas, sí encontramos unos minutos para nosotras. Charlamos sobre todo un poco, poniéndonos al día, aunque, eso sí, de una manera precipitada e interrumpida continuamente. Pero yo lo agradezco igual. Ya me vale con comprobar que los fuertes lazos que siempre nos unieron siguen ahí. Nos tratamos como si nos hubiésemos visto ayer, inmunes a la distancia. Incluso ese pequeño resentimiento que crece en mí ante su ausencia me parece ahora un mal recuerdo.

—¿Y tus suegros? —me pregunta mucho más tarde, sentada a mi derecha. Lo hace en voz bajita, para que no la oigan los demás.

—Vendrán más tarde. Siempre hacen lo mismo —explico en el mismo tono—. Se acercan un ratito a última hora de la fiesta, le dan el regalo a la niña y se van. —Me encojo de hombros resignada—. Ya no me sorprende ni me molesta.

—No, yo diría que hasta deberías agradecerlo —replica Teresa frente a mí. Lo que quiere decir que la conversación que pensábamos estar manteniendo entre las dos ya es de dominio público. Lo cierto es que no me molesta, todos los que están alrededor de esta mesa son de confianza y conocen bien el percal. Si acaso, me resulta incómodo por Chema; al fin y al cabo, estamos hablando de sus padres. Lo miro y me disculpo con la mirada, a lo que él niega con la cabeza y sonrío quitándole importancia.

—Es lo que hay —comenta—. Solo diré que, a su manera, quieren mucho a sus nietas.

—Sí, eso no lo dudo. —Y soy sincera. Adela no es demasiado cariñosa; sin embargo, con las niñas se porta bien. Menos fría, más permisiva... Y mi suegro, bueno, él es un santo. Lo cierto es que hacia mí nunca ha tenido ni un pequeño desaire, siempre me ha tratado como a una hija, de la misma manera que también se desvive por sus nietas.

—Bueno... ¿Y qué? ¿Sacamos ya la tarta? —pregunta Chema poniéndose en pie y ahuyentando mis pensamientos.

—Sí, sí. Vamos allá. —Asiento y lo sigo a la cocina. Y una vez allí, no puedo evitar mis siguientes palabras—. Oye, perdona, no debimos...

—Clara, por Dios... No tiene ninguna importancia —dice mientras saca la tarta de la nevera—. Deja en paz esa cabecita tuya, ¿vale?

—Vale. —Sonríó agradecida—. Venga, déjame colocarle la vela.

Él pone el pastel sobre la mesa y mira por la ventana.

—¿Hay fuera suficientes platos para todos?

—Sí, coge solo el cuchillo para cortar la tarta y la espátula para servirla.

Sin pararse a dudar un segundo, abre dos cajones y saca lo que le he pedido. Sonríó pensando en lo bien que sabe dónde está todo a pesar de que esta es la cocina de mi padre, pero no me sorprende. Desde el principio han hecho buenas migas y se viene aquí de vez en cuando a verse un partido con él, o incluso a charlar un ratito. Cosa que me encanta, he de reconocer. Sobre todo antes, cuando Lidia aún no vivía aquí, porque considero que la soledad no es buena para nadie. Y entonces, al pensar en eso...

—¡Oh, Dios!

—¿Qué? ¿Qué pasa?

—Esto... Es que acabo de recordar que Laura todavía no sabe que Lidia se ha mudado aquí, con papá. No se lo quisimos decir por teléfono y...

—Vosotros tenéis un problema grave con dar las noticias por teléfono, ¿no? —pregunta Chema divertido—. Bueno, no te preocupes, hoy ya se enterará.

—Sí, pero... ¿Tú crees que se lo tomará bien?

Él sonríe y luego se le escapa la risa.

—Cariño, es Laura. ¿Tú crees que no? No he conocido a nadie tan tolerante en la vida. ¿Por qué le va a molestar? Yo creo más bien que se alegrará de que tu padre por fin haya rehecho su vida. Ya sabía que salían juntos y le pareció genial, ¿por qué va a poner ahora pegas a que vivan juntos?

—¿Están viviendo juntos? —los dos oímos la pregunta de boca de mi hermana y nos giramos a la vez hacia ella, que, con los ojos muy abiertos, nos mira sorprendida.

—Mierda... —susurra Chema.

Yo suspiro, pero después me apresuro a contestarle sin elevar mucho la voz.

—Sí, cariño. Lo siento. No queríamos que te enterases así. Pero por teléfono no nos gustaba...

—Tenéis un problema serio con el teléfono, ¿verdad? —pregunta con el ceño fruncido, lo que aun así me hace sonreír.

—Chema me ha dicho lo mismo hace un segundo.

Ella lo mira fugazmente y entonces da unos pasos hacia dentro y apoya las manos sobre la mesa.

—A ver, a lo que vamos... ¿Están viviendo juntos? ¿De verdad?

—Sí, desde hace casi un mes —le respondo con el mayor tacto posible.

Ella frunce los labios, mira a su alrededor moviendo muy rápido los ojos y entonces suelta una carcajada.

—¡Dios! ¡Eso es genial! ¡Genial! ¡Me alegro tanto por ellos! Pero pensé que nunca serían capaces de dar el paso. Como ya fueron criticados cuando comenzaron su relación y eso...

—Bah, tonterías. Ya sabes cómo es este pueblo. Lo critican todo —respondo con un mohín.

—Pues eso... Y sí, sé cómo es este puñetero pueblo... A mí me lo vas a decir. —Pone los ojos en blanco y, al instante, vuelve a sonreír con toda la cara mientras la acerca mucho más a nosotros —. Pero es genial que lo hayan hecho. Y, por favor, no le digáis que lo sé. Quiero ver sus caras en el momento que pretendan darme la noticia.

—Serás mala... —la reprendo, pero no puedo evitar sonreír.

—Eres una pequeña bruja, Laura —dice Chema casi a la vez.

—Sí, todo eso. Pero por favor... —Junta las palmas de las dos manos y nos lo ruega.

—Está bien —cedo—. Pero prométeme que no serás muy cruel y les dirás que lo sabes antes de que acaben con la explicación.

—Prometido, claro —dice cruzando dos dedos y saliendo otra vez de la cocina casi corriendo. Chema me mira y menea la cabeza divertido.

—Eso que ha hecho con los dedos... ¿No invalida la promesa?

Le devuelvo la mirada confundida, pero al rato me estoy partiendo de la risa. Sí, es un poquito bruja... Entonces Chema recoge la tarta para sacarla y yo lo sigo, llamando a los niños para que se acerquen. Marta tiene que soplar las velas y todos comenzamos a cantarle a coro el *Cumpleaños feliz*.

Impaciente, aprovecha mientras reparto el pastel para destrozar el papel de los regalos, abriendo mucho los ojos ante cada uno de ellos. Pero, cuando consigue desenvolver el de Laura y ve los patines rosas por los que suspiraba, creo que se le van a salir de las órbitas. Comienza a saltar y a girar en círculos con ellos en las manos, consiguiendo que los adultos nos riamos. La verdad, no sé cómo lo hace, pero eso sí tengo que reconocerlo, y es que siempre acierta con los regalos. Parece tener un don natural para adivinar lo que quieren las niñas, a pesar del poco tiempo que pasa con ellas. Miro hacia mi padre y los veo intercambiar un guiño. Sonrío cómplice. Vale, ahora ya me cuadran un poco más las cosas.

Mucho más tarde, mis suegros ya han hecho su visita de rigor, los compañeros de clase invitados al cumple también han sido recogidos y mi padre, junto con Lidia, se han ido a dar un paseo. Así que, alrededor de la mesa, con un refresco o una cerveza en la mano, picoteando de los restos de los aperitivos después de casi acabar con toda la tarta, los demás alargamos el momento de retirarnos, cómodos y disfrutando de una conversación entre amigos.

—¿Qué? ¿Abel y Lidia ya han confesado? —le pregunta Chema a mi hermana—. Me he fijado en que te apartaron de la mesa y te llevaron a la cocina aprovechando la llegada de mis padres.

—Sí. —Laura sonríe pícaro—. Han estado muy graciosos. Me recordaron a Clara el día que le dijo a papá que estaba saliendo contigo.

Mi marido se echa a reír y veo que no es el único.

—Muy simpática, cariño, muy simpática —replico son sorna, recordando lo nerviosa que estaba. Como si estuviese confesando estar haciendo algo malo.

Laura se ríe y me da un empujón cariñoso.

—Cariño, ese día parecías tan acojonada que yo creo que el pobre se imaginó que estabas embarazada o algo peor.

Su frase causa todavía más risas y yo siento como me suben los colores.

—¡Oh, por Dios, para! —me quejo, tapándome las mejillas con las dos manos y sintiéndome ridícula. Soy madre de dos niñas y otro en camino, ¿cómo es posible que todavía me ruborice a la mínima?

—¡Eres adorable! —Esa exclamación la oigo por duplicado y no sé de qué me sorprende. Mi hermana y mi marido parecen leerse la mente muy a menudo.

—¡Y vosotros, odiosos! —respondo, pero no estoy enfadada, más bien incómoda por ser el centro de atención.

Más risas y Chema se levanta para ir a por otras cervezas a la nevera. Cuando vuelve y le ofrece una, mi hermana está pendiente del móvil tras recibir un wasap. Se la acepta, pero respondiendo al mensaje con una sonrisa traviesa en los labios. Y ahí es cuando decido vengarme.

—¡Vaya, cariño! ¿Hay algo que tengas que contarnos? ¿Quizá te has echado novio?

Ella levanta la vista de la pantalla y la clava en mí.

—No... No, no.

—Uy, cuántos «no», ¿no? —bromea Teresa—. ¿Eso es un sí?

Laura niega con la cabeza, pero, en ese instante, recibe otro wasap que no tarda en leer ni un segundo.

—Eso sí que es un sí —se burla ahora Julián con una carcajada.

Ella lo responde en un santiamén antes de volver su atención a nosotros. Ha debido de hacerlo con un monosílabo, porque mucho tiempo a otra cosa no le ha dado.

—No tengo novio, listillos, pero si lo tuviera no sería asunto vuestro.

—Uff, eso ha dolido. ¿A qué sí, cariño? —dice Chema mirándome a mí directamente.

Sí, un poco sí que ha dolido.

—¡Claro que sería asunto mío! ¿No voy a ser la primera en enterarme de algo así? No puedo creérmelo —le suelto, mitad en broma y, sí, la otra mitad totalmente en serio.

Otro wasap que le llega y que lee con rapidez.

—No tengo novio, ¿vale? —me hace saber antes de contestarlo, lo que me gusta más de lo que debiera. Tengo que hacerme a la idea de que Laura tiene una vida lejos de mí, pero es algo que me cuesta asimilar, a pesar de los años que llevamos separadas. En serio, esto que me sucede seguro que tiene un nombre clínico y todo. El síndrome del nido vacío o algo así. Y en mi caso es doblemente absurdo, porque ella ni siquiera es mi hija.

—Vale —digo componiendo el amago de una sonrisa—. ¿Pero es posible que lo tengas en breve?

Ella me fulmina con la mirada ante las risas que causa mi pregunta y, pidiendo un segundo con el índice, contesta el wasap de nuevo.

—A ver, contesta a la pregunta de Clara —le pide Teresa con interés.

Chema y Julián se inclinan hacia ella esperando la respuesta, mientras Colás y Nela, más relajados pero no menos curiosos, tampoco le quitan el ojo de encima.

—Joder —espeta al acabar de teclear—, sois unos cotillas.

—Oye, que tú a mí me hiciste el tercer grado cuando no reconocía que me gustaba Colás —protesta Nela en ese momento—. Así que tampoco te pongas así. Además, ya va siendo hora de que lo que tengas, guapa.

Laura la mira perpleja por su última frase, imagino.

—Sabes que los hombres están sobrevalorados, ¿verdad? —le responde, muy digna.

Pero Nela solo suelta una carcajada que todos los demás imitamos al instante.

—No sé por qué me río si me siento insultado —dice Julián, todavía entre risas.

Laura resopla, aunque tiene una sonrisa en los labios.

—Porque sabes que tengo razón. A ver, ¿qué aportáis que sea tan interesante?

Chema se atraganta con la cerveza que se acaba de llevar a la boca y comienza a toser mientras se pega con un puño en el pecho.

—Jesús, Laura... Vas a matarme —susurra cuando se le pasa el mal trago.

Teresa se levanta corriendo como una loca, todavía a carcajada limpia.

—Dios, que me meo. Por favor, esperadme, no se os ocurra seguir esta conversación sin mí.
—Y desaparece dentro de la casa casi a la carrera.

—¡Madre mía! ¡Esta casa es de locos! —exclamo, tapándome los ojos con una mano.

Y, ahora, hasta Laura se ríe también a carcajadas.

Casi por acuerdo tácito, nos dedicamos a beber y a mirarnos unos a otros, risueños, hasta que, en escasos minutos, Teresa vuelve corriendo.

—¿Qué? ¿Alguien le ha explicado a esta chica qué aportan los hombres? —pregunta aún sin sentarse.

—No, nadie lo ha hecho —responde mi hermana.

—Pues... —Julián carraspea y se frota la nariz con el índice—. Si no lo sabes, malo, malo. Rubio, explícaselo tú, anda, que eres de la familia.

—Yo paso —dice mi marido con una risita—. Que se lo explique cualquiera de ellas, que seguro que están más capacitadas y así no nos echamos flores.

Nosotras nos miramos unas a otras, pero solo acertamos a hacer muecas. ¿Qué se supone que tenemos que contestar?

—Bah, se está quedando con nosotros —dice entonces Julián con una sonrisa—. Seguro que está despechada o algo parecido. A ver, ¿quién es él?

—Eso, eso, confiesa. A saber con qué gilipollas te habrás cruzado —apunta Teresa.

—¿O quizá estás enamorada de alguien que no te hace caso, Laura? —se cachondea Nela sin malicia.

Y entonces miro a Laura esperando su réplica y está... colorada. Toda ella es roja, incluso su cuello. Baja la cabeza ocultando su rubor con el pelo, pero ya es tarde para ello.

—¡Oh, Dios! Pareces una antorcha —dice Teresa mirándola fijamente. Y no pretende resultar graciosa, ni siquiera meterse con ella. Simplemente está perpleja ante su reacción, como todos nosotros.

—Oye, Laura, ¿qué sucede? —Chema le toca un hombro pasando un brazo por detrás de mi espalda. Observo su ceño fruncido y me doy cuenta de que parece preocupado. Confundida, vuelvo a mirar a mi hermana. ¿Qué demonios está sucediendo aquí?—. Oye... —repite, tratando de llamar su atención.

La respuesta de Laura nos deja a todos sorprendidos hasta las cejas. De un manotazo aparta su brazo y se pone en pie.

—No pasa nada. ¡Y déjame en paz, tío! —le suelta cabreada—. ¿No tienes nada mejor que hacer que cotillear? ¿Construir algo? O no sé... ¿escribir un diario?

Chema se deja caer contra el respaldo boquiabierto y sin entender por qué se ha puesto así ni de qué habla. Bueno, igual que el resto, aunque yo sí tengo una sospecha de a qué se refiere. Frunzo el ceño y miro a uno y a otro sin saber qué decir en estos momentos. Estoy tan confusa como sorprendida.

—Eh, eh... ¿Laura? ¿A qué viene esto? Cálmate un poco, ¿no? —interviene Teresa, moviendo las manos arriba y abajo.

—Me calmaré cuando me dé la gana —responde ella en muy mal tono.

—Vale, vale. Pues a ver si te da la gana pronto, bonita, porque acabas de joder la fiesta —replica mi amiga sin mucha consideración. Teresa es así, un amor, pero sin demasiados pelos en la lengua. Bueno, quizá algo de su propia medicina le venga bien a mi hermana, porque, ahora que comienzo a centrarme, estoy bastante molesta con su actitud. No sé cuál de los comentarios le ha

afectado tanto, pero, desde luego, Chema no tenía por qué pagar todos los platos rotos.

—Sí, tienes razón —dice ella al cabo de unos largos segundos—. Mejor me voy a dar una vuelta. De todas formas yo aquí ya sobraba, ¿no?

—¿Qué? ¿Por qué dices eso? —soy yo la que pregunta eso. Debo de ser tonta porque cada vez entiendo menos.

Me mira, menea la cabeza disgustada y, tras recoger el móvil de encima de la mesa, se mete en el interior de la casa. Sin pensar, me incorporo para ir tras ella, pero Chema me agarra suavemente de un brazo.

—Déjala. No creo que sea buen momento —me dice—. Espera a que se tranquilice para hablar con ella.

—Pero... ¿qué ha pasado? —pregunto a nadie en particular.

Él se encoge de hombros, al igual que Julián en cuanto lo miro. Teresa eleva las cejas sin saber qué contestar, y Colás y Nela parecen todavía no creerse lo sucedido.

Después de un silencio que me pone de los nervios, comienzo a recoger la mesa como una autómatas, sin poder sacarme de la cabeza la reacción de Laura. Los demás me ayudan al verme tan trabajadora y luego se van tras una despedida un tanto incómoda. Yo creo que todos nosotros nos sentimos un poco culpables de lo sucedido, pero también sé que no hacíamos más que bromear; a su costa, sí, pero como tantas veces ha hecho mi hermana con los demás.

Cuando vuelven mi padre y Lidia de su paseo, todavía no sabemos nada de Laura. La llamo al móvil varias veces, pero no me lo coge, o no lo oye, ya no lo sé.

—Mañana es otro día, Clara —comenta Chema ya en el coche de camino a casa—. Seguro que está con Nieves por ahí tomándose algo, no te preocupes más.

—Sí, seguro —afirmo, queriendo creérmelo—. Pero... ¿por qué se ha puesto así? No lo entiendo.

—Bueno... No sé. Quizá tenías razón y le ha sucedido algo de lo que no quiere hablar... No sé, Clara. Desde luego, sea lo que sea, se le ha ido un poco la pinza. Nadie pretendía ofenderla.

Asiento con la cabeza sin querer criticarla en voz alta. Pero no ha estado muy acertada, no. Y claro que yo tenía razón. Laura no es feliz... Y ahora lo sé con seguridad, lo que no me deja para nada más tranquila. Casi prefería la duda, porque saber que lo ha pasado mal, o que lo está pasando mal y que no cuenta conmigo, me destroza el alma.

Cuando llegamos a casa, acostamos a las niñas en sus camas tras ponerles el pijama con cuidado para no despertarlas. Las pobres se han quedado rendidas en el corto trayecto, pero han tenido un día ajetreado y siempre les sucede lo mismo.

Me dirijo al dormitorio y me meto en el baño. No me apetece cenar nada. No solo porque he estado picando toda la tarde, sino porque ahora mismo tengo el estómago cerrado por la preocupación. Desnuda, me recojo el pelo y espero a que el agua salga muy caliente. Luego me enjabono y me aclaro deprisa, pero permanezco dentro de la ducha un buen rato, dándole vueltas a la cabeza mientras el vapor me envuelve y relaja mi cuerpo.

Al salir, observo que Chema ya se ha acostado y me espera medio sentado contra el cabecero.

—¿Tú tampoco quieres cenar? —pregunto con extrañeza.

—Solo a ti —me contesta con una sonrisa traviesa.

Pero no soy capaz de correspondérsela ni con un amago. Me meto en la cama y me refugio en sus brazos, pero no hay nada sexual en ello. Solo necesito su calor, su ternura... Sentirme reconfortada y que me susurre que lo de hoy no ha sido más que una tontería y que mañana Laura volverá a ser la de siempre. Lo que sucede es que no le pido nada de eso, solo me aprieto contra él rodeando su cintura y apoyando medio cuerpo sobre el suyo.

Disfruto con los ojos cerrados de sus relajantes caricias sobre mi espalda, pero pronto sus manos comienzan a desplazarse a otros lugares, haciéndome saber que hoy los dos buscamos cosas muy diferentes.

—Cariño, no... —susurro, cuando rodea uno de mis pechos y juguetea con mi pezón.

Se detiene al instante y la mueve de nuevo hacia mi espalda, pero, aunque casi de forma imperceptible, yo percibo como se tensa debajo de mí.

Levanto la vista y lo miro a la cara.

—¿Estás enfadado?

—No —responde acomodándose en el colchón sin soltarme; sin embargo, tiene la mandíbula apretada, ya no sonríe y sé que está algo molesto. Por comodidad, porque es más fácil ignorar ese hecho que cualquier otra opción, cierro los ojos, pero no intento ni dormir. La preocupación por Laura es uno de los motivos, pero el nudo que me oprime el estómago, ahora mismo, tiene el nombre de mi marido.

No soporto que se enfade conmigo, aunque sea por una tontería y pasajero. Es algo que me produce incluso ansiedad. Pero, aun así, tampoco me encuentro con ánimos de hacer el amor esta noche, así que aprieto más los ojos y solo empiezo a aflojar los músculos al notar como la tensión abandona los suyos.

No es que no disfrute acostándome con Chema, nada más lejos de la realidad, por Dios. Él es maravilloso, delicado, suave y atento. Me encanta la manera en que nuestros cuerpos se dicen «te quiero» y cómo reaccionan el uno al otro. Simplemente creo que, en ese tema, nos movemos en aguas distintas. Y la metáfora me viene genial, porque así es tal cual también fuera de la cama. Mientras que a él siempre le apetece nadar, aventurarse en mar abierto y surfear las olas más altas, yo soy más de lago o piscina. Y, ahí, la mayoría de las veces, me conformo solo con sentarme en la orilla y sumergir los pies en el agua.

—No eres capaz de dormir, ¿verdad? —susurra él en un suspiro.

—No. ¿Tú tampoco?

—No. Mi motivo es este. —Me coge una mano y la lleva a su erección, pero la retira al momento—. ¿Cuál es el tuyo? ¿Sigues pensando en Laura?

—Lo siento. —Y no sé si lo digo por un motivo o por el otro. Quizá por los dos. Aunque ahora que veo que él no está disgustado, mi hermana vuelve a ocupar todos mis pensamientos.

—Por mucho que te rompas la cabeza no vas a solucionar nada.

—Lo sé, pero... —no termino la frase porque sé que no es preciso. Chema me conoce perfectamente. No es tan fácil despreocuparse de algo, o al menos no para mí.

—Clara, una cosa —dice después de unos minutos en silencio—. Hay algo que no acabo de entender. Lo de que me mandase a construir algo sí, claro, pero... ¿por qué dijo lo del diario? Que yo sepa eso solo lo hacen las quinceañeras.

A pesar de que el tema no es gracioso, se me escapa una risita que ahogo en su pecho. Mi marido parece mortalmente ofendido al haber sido comparado con una ingenua adolescente.

—Es por la película —confieso—. *El diario de Noah*.

—¿Qué? —pregunta, confuso.

—Es que... Verás, es que las dos opinamos que te pareces al protagonista. Era una especie de broma que...

—Eh, eh, eh... ¿Ese no era bajito y enclenque?

Suelto una carcajada que no puedo evitar.

—No exageres. No es bajo. Y al final de la película estaba mucho más fuerte —consigo decir entre risas—. Y sí que tenéis un parecido. Mucho, además.

Él resopla y menea la cabeza contra mi pelo. Creo que no está demasiado de acuerdo con nuestra apreciación. Sonrío agradecida por este momento de distensión y dejo sobre su pecho un beso de buenas noches.

Pero no puedo evitar quedarme dormida entre algunas de las cuestiones que me perturban.
«¿Por qué ya no confías en mí, Laura? ¿En qué momento te he perdido?».

CAPÍTULO 10

Laura

Cuelgo el teléfono y me quedo con él en la mano, mirándolo con fijeza. Dios, ¡qué pasada! ¡Vaya noticia me ha dado mi hermana! Flipada, sonrío como una boba, contagiada por la felicidad que desprendía su llamada y el júbilo que, sin duda, mostraban los gritos de Rubio tras ella.

Joder, cómo me alegro por ellos. Era justo lo que les faltaba para que sus vidas fuesen perfectas.

—¡Eh! ¿Qué sucede, Laura? Te has quedado como lela.

Sentada en el sofá, giro la cabeza y miro hacia María, que se acerca con una bandeja cargada hasta los topes con todos sus enseres de pitonisa.

Amplío mi sonrisa y me acomodo en el mullido asiento, metiendo mis pies descalzos bajo el trasero.

—A ver si lo adivinas —me burlo.

—Déjate de leches, anda. ¿Alguna novedad?

—Pues sí. Les ha tocado la lotería.

—¿Qué?! ¿En serio?! Y me lo sueltas así, como si nada.

Suelto una carcajada y me recojo el pelo con un movimiento casi inconsciente usando la famosa goma pulsera.

—Tranquila, no se han convertido en millonarios de la noche a la mañana ni nada parecido, pero sí que les ha tocado un pellizquito que, todo sea dicho, no les viene nada mal.

—¡Qué bien, tía! ¡Me alegro muchísimo por ellos! —exclama, colocando la bandeja en una esquina de la mesa y comenzando a colocar las cartas, las piedras y el incienso de una manera casi marcial.

—Yo también. Y no sabes cuánto... Ya te conté que estaban construyéndose una casa, ¿verdad? Este dinero les vendrá genial.

—Sí, me lo comentaste. Esa misma casa que ibas a ir a ver el fin de semana que saliste de tu pueblo como si te persiguiera el demonio.

Frunzo el ceño y resoplo. «Vaya, María, muchas gracias por recordármelo». Como si yo misma no lo hiciera ya a menudo.

Es que aquel día me comporté como una idiota. Una idiota caprichosa y casi demente. La única excusa que tengo, por buscarme alguna, es que tenía los nervios a flor de piel. Ir a El Pilar nunca es fácil. Demasiadas emociones contradictorias que saturan mi cuerpo con sensaciones desconocidas. La frontera entre el amor y el odio es tan sutil que me siento la peor persona del mundo, a pesar que solo allí mi corazón parece crecer, llenarse de un modo absoluto.

—¿Hablas de esa casa? —insiste María, mirándome de reojo mientras baraja las cartas—. Sabes que, aunque hayas pedido perdón por teléfono a todos los implicados, le debes una buena explicación a tu hermana, ¿verdad?

«Ahí, María, machácame un poco más, anda, que yo no lo hago lo suficientemente bien».

—Sí, lo sé. —Vuelvo a resoplar con fuerza—. No deja de repetírmelo. Como tú.

—Es que está preocupada por ti. Mucho, Laura. Incluso me ha llamado varias veces para intentar sonsacarme algo.

—¿Qué? —pregunto, ahora sorprendida—. Pero...

—No le he dicho nada. —Me mira a los ojos y se encoge de hombros—. Tampoco tengo mucho que decir, ¿no? Solo lo que tú me has contado. Que tenías un mal día, que te sentiste atacada y que el ponerte a la defensiva se te fue un poco de las manos. —Alza de nuevo sus hombros—. No le des más vueltas, cielo, un mal día lo tiene cualquiera.

La observo detenidamente durante lo que me parece una eternidad. Arqueo las cejas y abro la boca en varias ocasiones, pero acabo por cerrarla. María tiene esa capacidad sobre mí. A veces creo que calla más de lo que dice, que tiene la capacidad de verme el alma.

Porque, a ver... Si piensa eso, ¿por qué ha sacado el temita de las narices?

Me saca de dudas enseguida.

—Y todo lo demás, ya sabes, lo que no cuentas, yo no puedo decirlo. Se supone que no sé nada.

«Hala, y se queda tan ancha».

—Es que no hay más. Bueno, sí. También estaba en ese momento ahí Marcos, apabullándome a wasaps para invitarme al cine. Cosa que no ayudaba nada, por cierto.

María se echa a reír con ganas.

—Pues menos mal que insistió, ¿no? Al final acabaste por aceptar y no os va nada mal.

Sonríe y bajo la cabeza para clavarla en mis rodillas. Dibujo en ellas estrellas y círculos mientras pienso en él. Sí, estoy saliendo con Marcos, o algo parecido. Aquel sábado, cuando salí de casa de mi padre, cogí el coche y volví a Oviedo casi sin ser consciente del camino. Recuerdo haberme pasado el trayecto con la vista fija en la raya blanca que separa los carriles, intentando no pensar en lo avergonzada que me sentía por mi estallido. En aquellos instantes no me creía capaz de volver a mirarlos a la cara. Mi explicación sobre mi reacción fue bastante sincera; claro que la gota que colmó el vaso no lo podrá adivinar nadie. Que hubiera mucha verdad en las bromas influyó, pero lo que acabó conmigo fue aquel roce cariñoso de Rubio. Su preocupación en la voz.

Había obviado durante todo el día su presencia tanto como podía. Ni siquiera lo había mirado directamente a la cara en ninguna ocasión. Ya bastante tenía conmigo misma, tratando de no vomitar el estómago por la boca e intentando que el corazón no se me saliese del pecho. Porque toda la desfachatez, naturalidad y alegría con la que actuaba no era más que una máscara para ocultar mi gran pecado.

Así que ahí estaba yo. Dolida, abochornada y sintiéndome el peor bicho del mundo cuando por fin llegué a Oviedo. Y, contra todo pronóstico, me encontré aceptando ir al cine con Marcos al día siguiente tras otro más de sus cuantiosos mensajes. ¿Qué podía perder? ¿Que no me gustase la película? Al fin y al cabo, para ser fiel a la verdad, nuestra relación laboral no era del todo incómoda, pero creo que ambos percibíamos ese *algo* ahí enrareciéndola. Si compartir palomitas la mejoraba, perfecto, y si no, peor no íbamos a estar.

Lo que me sorprendió de verdad fue pasármelo tan bien. Y eso que la película sí que resultó un auténtico tostón. Pero Marcos fue tal como lo recordaba. Ocurrente, encantador y educado. Eso sin contar que está para mojar pan.

Aquella *cita* trajo con ella otras del mismo estilo. Comenzamos a tomarnos unas cañas al salir del estudio, a comer algún día juntos cuando no nos daba tiempo a ir a casa y a disfrutar de nuestra compañía en el trabajo. Aunque todavía no llevábamos ningún proyecto en común, sí que nos pedíamos consejo sobre ellos, y lo de escaparse a tomar un café a media mañana ya era una costumbre durante las últimas semanas.

Así que sí, puede decirse que tengo pareja, aunque no la hayamos formalizado con palabras de

rigor. Quizá los apasionados besos que compartimos desde hace un par de semanas sean suficiente prueba de ello.

Sé que no estoy enamorada de él. Al menos, aún no. Pero me gusta. Me gusta muchísimo, y eso es lo más cerca que he estado de sentir algo por un hombre que no esté prohibido. Que me atraiga tanto físicamente y que sea un placer en sí hablar con él tienen que ser otros dos buenos motivos para estar con una persona. Sobre todo cuando la atracción es mutua.

«Y además, ya se sabe, un clavo saca otro clavo y esas cosas».

Oh, por favor. Maldita conciencia. Marcos no es el sustituto de nadie, porque nadie ha habido nunca, joder. Marcos se merece que lo quieran por sus propios méritos.

Y voy a hacerlo. Voy a ir a por todas. Voy a darle una oportunidad a esto que está creciendo entre nosotros.

—Mañana. Mañana es la noche —me oigo decir. Abro muchísimo los ojos y los clavo en María. Joder, lo he dicho en voz alta.

—¿Qué? —Frunce el ceño, mirando las cartas colocadas boca arriba sobre la mesa, y arruga la boca. Luego parece captar mis palabras, porque casi de un salto se acerca más a mí y me toca una rodilla—. ¿Qué has dicho? ¿Mañana qué? —Ahora la que abre los ojos es ella, tanto que el flequillo cubre la mitad de ellos al esconderlos debajo—. ¿Estás segura?

—Esa no es la pregunta, María. —Sonríe—. Tendrías que haber dicho: «¿Ya?».

—No seas tonta. —Me da una palmadita en la pierna y vuelve su atención a las cartas, que observa con disgusto—. Joder... —Las recoge con rapidez y comienza a barajarlas otra vez.

—¿Qué pasa? —cuestiono, señalando la baraja con mi barbilla.

—No sé... —Menea la cabeza y coloca el montón de cartas en una esquina de la mesa. Mueve la varita de incienso alrededor de ellas y, dejándola de nuevo en su sitio, se gira para mirarme de frente—. Así que mañana...

Me muerdo el labio inferior y le devuelvo lo que en mí debe de ser mi mirada más tímida.

—Sí. Me ha invitado a cenar por mi cumple. Es la semana que viene, pero...

—Sé cuándo es tu cumple, Laura. El uno de septiembre. Claro... Pero el próximo finde vas al pueblo. —Se toca la frente al recordar que ya se lo había comentado.

—Sí, es también el de mi padre. Y además, se lo debo.

—Ya. Y así que vas a celebrarlo por todo lo alto con Marcos, ¿no? —pregunta, risueña.

—Sí, joder, no voy a esperar más. Soy una adulta que está saliendo con un hombre de treinta años. Llevamos dos meses tonteando y... Y estas dos últimas semanas, pues... ¿qué quieres que te diga? Los besos se nos están quedando cortos y...

—Oye, cielo, no tienes nada que justificar. Si te apetece, adelante, faltaría más. Solo un detallito... —Levanta la mano y deja un pequeño espacio entre el pulgar y el índice—. Dile que eres virgen.

Bajo la mirada y cojo un cojín que pongo sobre las rodillas. Jugueteo con sus flecos y pienso una vez más en el *detallito*. Lo cierto es que preferiría no decírselo. Aunque suene absurdo, me da vergüenza... Y sé que es absurdo, desde luego. Voy a hacer cosas más bochornosas con él, estoy segura. ¡Oh, Dios! ¡Voy a hacerlo! Noto como el estómago se me contrae. Nada comparado con esas mariposas traviesas que revolotean en él por el hombre equivocado, pero, aun así, reconozco el deseo... Y nervios, muchos nervios.

—Trae, anda. —María me retira el cojín de las manos y yo observo el largo hilo de seda que se ha quedado en mis dedos. Creo que eso antes era un fleco—. Te lo vas a cargar.

—Perdona. Es que...

—Estás nerviosa. Normal. Por ahí hemos pasado todas, cielo.

—Sí, pero a otras edades —aclaro. Sé que ella perdió la virginidad con un chico con el que salía en el instituto. Y que después de él ha habido más. Vamos, es una chica normal que disfruta de su sexualidad. Todo lo contrario que yo.

—Eso da igual. Pero en serio, Laura, tienes que decírselo.

—Bueno, ya veré —contesto sin comprometerme a nada.

—Laura, por favor... Hazlo cuando consideres, en la cena o en su cama, pero hazlo.

—Ah, eso me recuerda otra cosa. Supongo que lo traeré aquí. Todavía está en casa de sus padres, no le dan el piso hasta el mes que viene. ¡Mierda! —razono en voz alta. Joder, ni siquiera había pensado en ello. ¡Vaya seductora estoy hecha!

—No te preocupes. Sabes que no tengo intención de salir, pero me encerraré temprano en mi dormitorio y ni te enterarás de que estoy.

—Vale, gracias.

Ella me guiña un ojo y vuelve a coger las cartas para estirar, esta vez doce, sobre la mesa.

Las observa mucho tiempo y entrecierra los ojos.

—¿Y qué? ¿Tu hermana no te ha contado nada más? —pregunta de pronto, lo que me extraña un poco. No porque se interese por ella, que lo hace a menudo, sino por la manera de hacerlo.

—Solo que mañana iban a celebrarlo por ahí, han invitado a todos a cenar —continúo con una sonrisa—. El fin de semana que viene lo celebrarán de nuevo conmigo.

—Genial. Y están todos bien, ¿verdad?

Me tomo unos segundos antes de contestar. María mira las cartas con atención, la misma que yo le presto a ella. Algo no me da buena espina y está empezando a asustarme.

—Sí, muy bien. ¿María? ¿Qué ves?

Ella gira la cabeza tan rápido que creo que he oído crujir su cuello.

—Nada, nada, mujer. —Lo recoge todo con prisas.

—¿María? Ahora sí que me estoy acojonando.

—Laura, por Dios... No seas tonta. Es solo que hoy salen cosas muy raras, no me hagas caso. No tengo el día.

La miro no muy convencida. A ver, que yo no creo en todo esto, ¿vale? Pero, aun así, prefiero cuando las cartas dicen cosas buenas, coño, que las malas ya vienen solas.

—Olvidalo, Laura. No estaba del todo centrada... Tanto hablar de tu noche de pasión...

Sonríe, pero... Dios, esa sonrisa no es sincera. Un escalofrío me recorre entera, pero ella elige justo ese momento para tirar de mí y llevarme hasta mi dormitorio.

—A ver, hay que elegir lo que te vas a poner mañana. Ropa interior, vestido, zapatos...

Media hora después, mi cama parece un puesto de mercadillo, pero yo ya he olvidado por completo todo lo que pudo haber reflejado el tarot ese.

La cena con Marcos está siendo tan perfecta que hasta tengo miedo a estropear la noche si luego resulta que el sexo se nos da mal. El restaurante al que me ha llevado es superromántico y con mucha clase. Me alegro de haberle hecho caso a María y ponerme uno de esos vestidos estilosos que no suelo usar mucho. El que llevo es verde oscuro, con manga francesa y cuello barco. El escote redondo que luce en la espalda le da el toque seductor, y se me ajusta al cuerpo como un guante, pero de forma sutil. Mi amiga se ha esmerado conmigo, maquillándome de forma natural y recogéndome el pelo en un moño desenfadado del que se me escapan los rizos más cortos. La verdad, me encuentro guapa y me alegro, porque no solo el sitio es espectacular, sino que Marcos

también se ha arreglado para la ocasión. Luce un traje azul marino de lino y una camisa blanca con puntitos en celeste y los dos primeros botones desabrochados. Se ve muy muy atractivo.

«Vamos, Laura, lo que está es tan *sexy* que no puedes dejar de pensar en el final de esta noche».

Vale, sí. Pero no solo porque está para comérselo y eso lo sé yo y todas las tías que le han echado una miradita, sino porque estoy atacada. De hecho, ni siquiera disfruto de la excelente comida tanto como debería y eso que en este sitio cocinan de muerte. Pero los nervios, instalados en mi estómago, no me dan tregua.

¿Cómo diablos se supone que voy a hacer para que acabemos en mi apartamento? ¿Lo invito a tomar arriba la última copa? ¿A subir directamente sin excusas? ¿Le digo claro que quiero hacer el amor con él? ¡Joder, Marcos, pon algo de tu parte, tío, y saca al salido que seguro que hay en ti! ¡Pídemelo, anda, que hoy te digo que sí!

—Laura, si quieres puedes pedir otra cosa.

—¿Eh? ¿Qué?

Él señala con la barbilla mi plato, donde he destrozado el pescado, que apenas he probado. ¡Vamos, genial! Ahora parezco una niña caprichosa que juguetea con la comida.

—No, está bueno. Es solo que no tengo mucha hambre.

Él levanta la vista de su plato sin mover la cabeza y me mira por encima de las gafas. Sonríe con picardía y se mete en la boca lo que sea que lleva en su tenedor. ¡Ay, pues sí que estoy mal, ni siquiera recuerdo qué ha pedido para cenar!

Pero, eso sí, me quedo prendada mirando como sube y baja su nuez mientras traga. Me resulta tan erótico...

—Tampoco estás muy habladora, ¿no? —apunta risueño, y creo que muy consciente de mi mirada.

¡Arggg! «Céntrate, vamos, Laura, que pareces lerda, tía».

—No, no sé. Estoy pensando. —«Vale, hasta ahí eres sincera. A ver ahora qué haces cuando te pregunte en qué».

—Te apuesto lo que quieras a que en lo mismo que yo —dice, en cambio, dejándome ahora con cara de idiota.

«¿Sí? ¿En serio?». Eso sería genial. Más que maravilloso.

—Y eso es... —coqueteo. Y qué bien me siento al hacerlo, por Dios.

—En nuestra primera cita. Bueno, por llamarla de alguna manera. Aquella noche en aquel pub, donde me dejaste plantado. —Sonríe con toda la cara y le brillan los ojos con diversión—. Aún hoy no sé qué hice que te pareció tan mal.

«Vaya. ¿Así que en eso pensabas? Pues no, no es lo mismo, guapo». ¿Y ahora qué coño le respondo yo?

—Bueno... Fuiste demasiado rápido. No sé, apenas nos conocíamos y...

—¿Y? —Marcos parece confuso.

—Y no follo la primera noche —suelto casi sin pensar. Seguro que hay una manera más delicada de decirlo, pero así acabo antes y no dejo lugar a dudas.

Lo que menos me espero es que abra los ojos como platos y suelte una carcajada tan espontánea y ruidosa que veo como los comensales de las mesas a nuestro alrededor se vuelven a mirarnos.

—Dios... Joder, Laura... —balbucea entre risas. Parece no poder parar. En un momento dado se detiene, pero es clavar los ojos en mí y descojonarse de nuevo.

—¿Qué te hace tanta gracia? —siseo, pero manteniendo mi sonrisa para el público. Joder con

la nohecita...

—Yo... yo... —carraspea e intenta ponerse serio, pero una socarrona sonrisa le mueve las comisuras—. Yo no quería eso.

Arqueo muchísimo las cejas y lo miro perpleja.

—¿Tú no querías? ¿Tú no querías qué?

—Yo no quería follar —me dice bajito, casi atragantándose con la última palabra, pero no por mojigato, sino porque se le escapa otra vez la risa.

—¿En serio? —Ahora estoy ojiplática. Y muy avergonzada. Tanto que repito como un loro—. ¿En serio?

—A ver... Quizá me he explicado mal. Que un hombre que se precie te diga que no quiere... vamos, follar, no es del todo cierto, ¿vale? Solemos querer siempre. —Sonríe travieso y ¡hala! Si eso no ha sido una mariposa revolotear, algo raro le ha pasado a mi vientre. «¡Por favor, que no sean gases, hoy no, por favor!»—. Pero aquella noche no era esa mi intención. De verdad.

—Tú... Tú dijiste que vivías al lado y...

—Es que vivía al lado.

—Y me estabas besando. —Y ahora sueno absurda, joder. Pero me he puesto a la defensiva, porque me siento ridícula.

—Sí, lo sé. Por eso mismo. ¿Recuerdas que el camarero nos dijo que eran las últimas consumiciones cuando nos sirvió los cubatas?

Niego con la cabeza. Ni idea.

—Estaba pasándolo muy bien y no quería que terminara la noche. No cuando había conseguido dar semejante paso contigo. Pero el pub estaba prácticamente cerrando. Te comenté que vivía al lado y te invité a ir hasta allí, sí, pero la invitación se ampliaba a todo el grupo, aunque ya no me dejaste ni decirlo. Te lo prometo. Solo quería estar contigo un poco más.

Aprieto muy fuerte los ojos y me los froto. ¡Madre del amor hermoso...! Sé que está siendo sincero; su sorpresa, sus carcajadas y su explicación desbordan franqueza y naturalidad.

—¡Oh, Dios! ¡Qué vergüenza! ¡Y qué creída, joder! —Y sí, he vuelto a pensar en voz alta. Voy a tener que hacérmelo mirar. Sonrojada, escondo la cara entre mis manos.

—Oye... Mírame. —Me coge las manos tirando de ellas y separa despacio los dedos, que he apretado en dos puños—. Laura, por favor...

Lo hago. Abro los ojos y los clavo en los suyos, que ahora están algo más oscuros de lo normal, pero tan impresionantes como siempre. Es que tiene unos ojos preciosos, de un color nada usual. Joder... Y cómo me mira. Con cariño, con muchísimo deseo...

¡Oh, sí, por favor! Nunca voy a estar más preparada de lo que lo estoy hoy para perder la virginidad. Sé que lo ideal sería que fuese más espontáneo y eso, pero me conformo con que resulte satisfactorio. Necesito hacerlo, ya no solo por terminar con esta situación que ya me resulta bochornosa, sino porque quiero que sea con Marcos. Por otra parte, sé que también lo necesito para poner punto y final a una parte de mi vida. Será una especie de nuevo comienzo para mí. Y tiene que ser hoy, no quiero comerme más la cabeza pensando en ello. Además, joder, nunca voy a estar más depilada que ahora mismo. Me he pasado casi toda la tarde buscando y quitando esos pelos rebeldes que siguen apareciendo a pesar del dineral que me gasté haciéndome el láser. Eso sin contar con la cantidad de crema que me he puesto para estar tan suave como un bebé.

Y que... Que Marcos me pone un montón. Y este quizá sea el punto más importante de todos.

—Te debo una disculpa —soy capaz de decir después de unos segundos.

—No me debes nada. —Marcos sonrío y me acaricia la palma de la mano con el pulgar—. Fue un malentendido. Quizá te lo tomaste un poco a la tremenda, pero aquí estamos, ¿no? Que es lo que

importa.

—Ya, pero...

—Por favor, si saqué el tema fue porque realmente sentía curiosidad por saber qué había hecho mal. Ya está aclarado. Y, muy a tu pesar, hasta pasé un buen rato —dice con sorna, refiriéndose a las risas, lo que ahora me hace sonreír a mí—. Y ahora... ¿Qué quieres de postre?

—A ti.

«¿A ti? Muy fina no has estado, chica, pero lo tienes justo donde querías».

Dos palabras muy muy cortitas, tres escasas letras. Marcos no necesitó nada más para levantarse de la mesa y casi arrastrarme hasta la salida del restaurante, donde solo se paró porque había que pagar la cuenta. El trayecto hasta el coche fue casi más de lo mismo, solo que yo a esas alturas ya me estaba riendo, absorbida por una especie de estado nervioso, excitada y realmente divertida por la situación.

Me apoyó contra la puerta del coche y me besó hasta que un peso alucinante se concentró a la altura de mi vientre. Luego me metió en el vehículo y solo me preguntó si prefería ir a mi casa o a un hotel.

Respondí que a casa sin pensar, porque la opción del hotel ni siquiera la había barajado.. Pero, por otra parte, también lo prefería. En casa iba a estar más cómoda, más en mi elemento, y hoy todo eso me aporta seguridad.

El camino se me hizo excesivamente corto, lo que me alarmó y agradecí a partes iguales. Porque estaba un poco acobardada, sí, pero más decidida y anhelante. Mi impaciencia y yo, hasta en momentos así.

Ahora, arrinconada contra la puerta de mi dormitorio, donde aún no hemos entrado, Marcos me devora la boca de una manera implacable y arrebatadora, a lo que yo respondo por igual, o aún con más ímpetu. Tal vez no esté enamorada de él, pero que lo deseo es una verdad del tamaño de América. Durante un brevísimo instante, aquel que quería olvidar se cuela en mi mente, pero lo ignoro fácilmente a base de mucha práctica adquirida. Él estará celebrando sus propios éxitos y seguramente acabe la noche de una forma parecida a la mía.

En lo único que tengo que poner ahora los cinco sentidos es en el hombre que me sostiene entre sus brazos, acariciando mis costados con suavidad mientras su boca obra magia sobre la mía. Nunca he sido tan ilusa como para creer que el sexo y el amor van siempre de la mano, y sentir mi cuerpo en perfecta armonía con Marcos me lo está dejando patente. Otra cosa es que hubiese deseado encontrarlo todo junto.

Claro que, con Marcos, la diferencia es casi mínima. No solo participan nuestros cuerpos, sino que el cariño, la admiración y el respeto son, sin duda, sentimientos compartidos. Tengo fe en que esto sea el principio de una bonita historia de amor y, si la calentura es un factor a tener en cuenta, entonces ya podemos comenzar a pensar en perro y niños.

Aparto con pesar una mano de dentro de la camisa que ya le he abierto y la llevo hacia atrás, para alcanzar el pomo de la puerta y hacerlo girar. Cuando esta se abre hacia dentro, no sé si yo tiro de él o él me empuja a mí, pero en nada estamos a los pies de la cama, deshaciéndonos de la ropa, que está resultando un verdadero incordio.

—Cremallera, cremallera... —susurra Marcos en mi oído, recorriendo mi espalda con premura.

—¿Qué?

—Que no encuentro la cremallera de este vestido, joder —dice, frustrado.

Me echo a reír, lo que me desinhibe todavía más. Enciendo la lámpara de mi escritorio dándole la espalda y levanto el pelo, que ahora cae suelto sobre ella... a saber por dónde andarán las horquillas. Él parece entenderlo a la primera. Unos pocos botones forrados bajan desde mi cuello hasta unos centímetros más abajo, donde comienza el escote redondo que llega hasta la cintura. Los desabrocha en un tiempo récord y soy yo la que tira de él hacia delante, dejándolo colgado de la cintura, donde Marcos se hace cargo de un par de botones más que allí hay. La fuerza de la gravedad se encarga del resto y me quedo en ropa interior delante de él, con un conjunto de encaje bastante revelador en el mismo tono que el vestido.

—Eres preciosa, Laura. Preciosa —murmura Marcos acariciándome con dos dedos la piel que hay justo encima de la puntilla del sujetador. Estoy llena de pecas, es algo que siempre he odiado. También sé que, aunque mi cintura es estrecha y mi vientre bastante plano, mis pechos, caderas y culo son enormes en comparación. Sin embargo, Marcos me hace sentir divina. Bonita. Hermosa. Deseada—. Algún día te las contaré todas —asegura con voz ronca, pasando sus yemas por las pecas que tantos complejos me han acarreado—. Pero no será hoy.

Se acerca esa misma mano que ha quemado mi piel a sus gafas, pero yo, adivinando sus intenciones, se la sujeto.

—No, déjatelas puestas.

—Vaya, te ponen, ¿eh? —Sonríe, pícaro, y se atrapa todo el labio inferior con los dientes antes de dar un paso hacia mí y pegarme a él sujetándome por el trasero—. Dios... Necesito oírte gemir.

Joder. El primero ya se lo ha ganado solo con esa frase. Y, después, todo se precipita. Pero no de manera violenta o apurada, sino que las sensaciones se multiplican por mil y ya no soy yo, solo un cuerpo ansioso que quiere más a cada segundo.

No sé ni cuándo ni cómo nuestra ropa interior acaba siendo un recuerdo en el suelo; solo sé que, de pronto, estoy estremeciéndome debajo de él, mientras sus manos me acarician sin pausa y su boca sigue el mismo recorrido que estas. Yo también tanteo toda cuanta piel llego a alcanzar sin darme por satisfecha, porque Marcos desprende tanto calor que es como tocar fuego sólido y maleable bajo mis dedos.

Los jadeos y gemidos que salen de nuestros labios son la música ideal para la danza más sensual que he bailado en mi vida. Y nuestros cuerpos buscándose y encontrándose, adictos al placer que causa cada roce, cada beso y cada suspiro, se acoplan a la perfección.

En un momento dado, mis pezones se contraen por enésima vez bajo sus dientes y arqueo la espalda en un acto reflejo. Cuando esta vuelve a tocar el colchón, es mi pelvis la que sube en busca de un contacto que preciso tanto como el respirar. De hecho, quizá más, pues hay instantes en que retengo el aliento sin ser apenas consciente. Pero, para mi consternación, cuando consigo esa ansiada fricción contra su erección, se me queda tan corta que estoy a punto de suplicarle que acabe con este tormento. O tocarme yo. Porque soy virgen, sí, pero no tonta.

Marcos parece leerme el pensamiento porque estira una mano y coge un preservativo de encima de la mesilla de noche. ¡Anda, ¿cuándo lo ha puesto ahí?! Se aparta el segundo que le lleva ponérselo y se recoloca entre mis piernas, acariciando ahora mi latiente y húmedo sexo con el suyo. Baja una mano para volver a acariciarme ahí mismo, cerciorándose de lo muy preparada que estoy para él.

—Joder, va a ser estupendo —gime en mi oído—. Pero dime, preciosa... ¿Me prefieres suave... o no? Quiero que nuestra primera vez sea perfecta para ti.

¡Ay, la Virgen! Que acaba de ponerme del revés. No sé si comenzar a reír histéricamente o

ponerme a gritar. Mi excitación ha crecido de repente, pero, al mismo tiempo, mi cabeza mantiene una lucha ante su significativa pregunta. ¿Que qué prefiero? Como si pudiese saberlo...

«Laura, tienes que decírselo». Y esa no sé si es María repiqueteando en mi mente o yo misma convenciéndome.

Él, ajeno a mis pensamientos, me acaricia el clítoris y me besa el cuello, llevándome a un mundo remoto en el que solo hay placer, pero, a pesar de eso, mi cuerpo se tensa, expectante y algo turbado ante lo que va a ocurrir.

¿Se lo digo? No. «Sí». Joder...

—Laura, ¿cómo...? —insiste mordisqueando mi barbilla.

¡Dios! ¿En serio? ¿Sigue esperando una respuesta? ¿Por qué tiene que ser tan educado hasta en un momento así?

—No... No lo sé. Yo nunca... —Aunque no es más que un susurro, Marcos se queda muy quieto y clava los ojos en los míos, agrandados por la sorpresa.

Caigo en la cuenta que se ha deshecho de las gafas en algún instante atrás, pero casi lo agradezco. Puedo leer en sus ojos el asombro, aunque también ese crudo deseo que mi confesión no parece haber disminuido.

—Soy virgen —especifico como una idiota, como si ahora dudara de habérselo dejado claro.

Él cierra los ojos y suspira, pero luego sonrío casi con timidez y se muerde el labio inferior. Esconde la cara en mi cuello, aunque puedo oírlo claramente cuando se decide a hablar.

—Dios, Laura. Creo que nos hemos saltado todas las fases, cariño.

Sonrío como una boba antes de que él levante el rostro y murmure contra mis labios.

—Pero, por favor, dime que no te importa —suspira sonoramente y yo inhalo todo su cálido aliento—. Necesito tenerte, yo...

—No. Sí. No. —¡Joder, no sé ni lo que digo!—. Quiero que sigas. Yo sí que quiero tenerte. — Hay una nota de súplica en mi voz, pero me da igual. Y para que vea que hablo en serio, levanto mi pelvis, buscándolo.

Él captura mi boca en un beso hambriento, tan caliente que es casi como si me hiciera el amor con él. Mientras, acaricia todo mi torso hacia abajo, hasta llegar a su miembro, que coge para dirigirlo al lugar correcto y colocarlo allí, rozando mi entrada. Puedo sentirlo palpitando sobre mí, pero todavía no se mueve y yo tampoco me atrevo a hacerlo. Mi corazón late tan deprisa y tan fuerte que hasta puedo oírlo. Pum, pum. Pum, pum.

Marcos separa un poco la cabeza y me mira frunciendo el ceño. ¿Qué pasa? Pienso una milésima de segundo.

Pum, pum. Pum, pum. ¡Dios mío! ¿Es que él también lo oye?

Pum, pum.

—Laura, están llamando a la puerta.

—¿Qué? ¿Qué? —Confusa, tardo en caer en que lo que creía mis latidos no son más que unos golpes en la madera, cada vez más insistentes.

Se deja caer a mi lado suspirando, acomodándose la sábana en torno a su cintura y yo, desconcertada y saliendo de la nube en la que me encontraba, abandono la cama y me encamino a abrir. Recojo del suelo lo primero que pillo y me lo pongo. Resulta ser la camisa de él, que ni me molesto en abrochar. Me la sujeto con un puño bajo el pecho mientras abro.

Me encuentro con María, que está muy seria y con un teléfono en la mano. La miro extrañada y ella trata de explicarse sin mirar hacia dentro del cuarto.

—Yo... Lo siento, Laura. Es que... —Me alcanza el móvil, que cojo por inercia, descubriendo que es el mío. Estaba en mi bolso, que habré dejado tirado en algún lugar entre la puerta principal

y la de mi habitación—. Cariño, es tu padre, tienes que ponerte.

Junto las cejas ante la información, ahora sorprendida del todo. ¿Mi padre? Es tardísimo. Él nunca llamaría a estas horas sin un motivo importante. Me lo llevo a la oreja muy despacio, casi con miedo.

—¿Papá? —Al otro lado no oigo nada, lo que me intranquiliza más. Y la cara de María, con una palidez desacostumbrada y la vista fija en el suelo, no ayuda demasiado—. ¿Papá?

—Laura... Laura, cariño...

Chema

He perdido la cuenta del tiempo que llevo sentado en esta silla. Ni siquiera me resulta ya incómoda. Parece que he dejado de sentir, aunque el bloque de hielo que me satura el pecho siga produciéndome un frío inmenso que no tiene pinta de remitir.

Con las piernas separadas y los codos apoyados en mis muslos, agarro mechones de pelo que aprieto entre las manos, buscando algo de dolor al tirar de ellos. Pero por mucho que tire, no logro sentir más que el putito hielo recorriendo mi interior, bloqueando mi sistema a cualquier estímulo físico.

El silencio es tan bestial que hasta puedo oírlo. Es un zumbido constante en mis oídos. Y hace mucho que dejó de molestarme el olor aséptico que se respira aquí, así como el blanco cegador de las barras colgadas del techo.

Solo queda esperar. La pregunta es... ¿a qué?

Julián y mi suegro, sentados a mi lado, por mí podrían ser otras malditas sillas más, para el caso que les hago. Desistieron de hablarme al ver que ni me molestaba en mirarlos, y tampoco lo hacen entre ellos. En realidad, no recuerdo las horas que llevo sin pronunciar palabra, pero sí sé exactamente cuál fue la última.

Me incorporo un poco y latigazos de pánico recorren toda mi columna vertebral, suben hasta mi cabeza y producen un doloroso hormigueo. Es la peor sensación que he tenido nunca. Preferiría sin lugar a dudas que me amputasen un miembro sin usar anestesia. En todo caso, esa la necesito ahora. A raudales. Apoyo la cabeza contra la pared y trago saliva con fuerza. Ni con anestesia podrá quitarse este dolor. Dolor que sé que está todavía entumecido, latente, pero recubierto de la estúpida y falsa esperanza de que esto solo sea una puta pesadilla.

Cierro los ojos al notar que me lagrimean por haber estado mirando el techo, sin pestañear, durante un tiempo indefinido. Y entonces, amparado en la oscuridad, me permito soñar con poder volver al pasado, aunque eso sea, indiscutiblemente, lo más imposible de todo.

Estaba eufórico. Creo que llevaba así desde aquella llamada de Paco anunciándome que nos había tocado la Primitiva. La llevaba jugando desde ni me acordaba y, tras años de no ganar nada, últimamente solo lo hacía por una vieja costumbre.

Lo dicho, estaba eufórico. Y eso que el premio no era ninguna millonada, pero ya no solo era el dinero en sí, sino lo que yo podría hacer con él. Con esos ciento cincuenta mil trescientos un euros, terminar la casa ya no sería el resultado futuro de un esfuerzo constante, sino un proyecto inmediato para disfrutar en el presente. Estábamos a finales de agosto y ya había logrado acabarla por fuera, construyendo incluso un pequeño porche encima de la puerta principal que, junto con las ventanas elegidas, también habíamos colocado. Ahora solo quedaba trabajar en su interior. Contratando a un hombre más y repartiéndonos para cumplir con las demás obras, yo creía que podríamos estrenarla para Año Nuevo.

Entré en el piso después de haber dejado a las niñas en casa de mis padres. Saldríamos a celebrarlo con una cena en un asador de las afueras. Nos acompañarían todos nuestros más íntimos amigos, además de mi suegro y Lidia. Que mis padres no quisieran venir no me sorprendió lo más mínimo, por lo que ni me molestó. Además, así se quedaban con las niñas y Clara estaría más tranquila que con cualquier canguro. Al día siguiente iríamos a comer con ellos y lo

festejaríamos de nuevo.

Avancé directamente hasta el dormitorio al no ver a mi mujer ni en el salón ni en la cocina. Al no encontrarla allí, sonreí y me encaminé hacia su refugio. Llamaba así a la tercera habitación de la casa, la más pequeña de todas. Era donde ella se pasaba sus horas, ya fuera por ocio o por trabajo. Era su guarida, un lugar donde en cada rincón podía verse el reflejo de su personalidad.

Abrí la puerta con cuidado y la observé acurrucada en el amplio sillón orejero con un libro en el regazo. Estaba sentada de lado, con los pies colgando por uno de los brazos y completamente dormida. Me acerqué despacio y le acaricié una mejilla. Me daba lástima despertarla, pero habíamos quedado al cabo de hora y media con los demás y ella todavía tenía que arreglarse.

—Clara... Clara, mi amor...

—¿Eh? ¿Qué? —Abrió los ojos, aturdida, y me miró asombrada—. Oh, Dios, me he quedado dormida. ¿Qué hora es?

—Son las ocho y media. Anda, arriba, dormilona.

Obedeció con una sonrisa y me cogió la mano que le tendía para ayudarla a levantarse. La seguí al dormitorio, donde comenzó a desnudarse y se metió tras la mampara. Me puse un poco mimoso e insinué acompañarla, pero, con una risita, me explicó que entonces sí llegaríamos tarde, así que me senté en el váter y contemplé cómo se duchaba.

Media hora después, todavía sentado en el mismo sitio, observaba fascinado cómo se pasaba las planchas por el pelo. Solo llevaba puesta su ropa interior, con una ligera bata encima, anudada con un simple nudo que se había ido abriendo con sus movimientos. Me levanté y la abracé desde atrás, apoyando la barbilla en su hombro y mirándola a los ojos a través del espejo. Tiré del cinturón y, cuando la bata se abrió del todo, le rodeé con las manos el pequeño vientre abultado. Pese a estar solo de cuatro meses, en este embarazo había desarrollado antes la típica barriguita de embarazada y era más que evidente, pero yo la encontraba más guapa si cabe.

—Así no vamos a llegar nunca —protestó ella, levantando las planchas en el aire y empujando hacia atrás su trasero para apartarme, pero solo logró que, al restregármelo por la entrepierna, me pusiera inmediatamente duro. Gemí en su cuello mientras se lo besaba con delicadeza.

Apoyó el chisme ese en el lavabo, se giró en mis brazos y, rodeando mi cuello con los suyos, besó mis labios.

—No me tientes, no lo vas a lograr —dijo contra mi boca antes de señalarme el dormitorio con un dedo y continuar con una sonrisa—. Hala, a vestirte.

Yo me había duchado y afeitado justo antes de salir con las niñas, así que calculaba que cambiarme de ropa me llevaría alrededor de cinco minutos. Con un gemido, esta vez de descontento, me volví a sentar en el inodoro. Mis rodillas prácticamente tocaban su cuerpo, pues el baño de nuestro dormitorio era diminuto.

—Venga, no refunfuñes, que esta noche te recompenso.

Aunque sonreí, no me encantó la frase. Odiaba que hiciese eso, como si solo follase conmigo para consolarme.

Sacudí esos pensamientos y me reprendí mentalmente. ¡Vaya estupideces pensaba a veces! No tenía ninguna duda de que ni hacía eso, ni era su intención tan siquiera insinuarlo. Simplemente echaba de menos a aquella Clara del principio, que parecía derretirse en mis brazos al menor contacto. Suponía que era normal. Con dos niñas, otro bebé en camino y el suficiente trabajo para mantenerla ocupada, estaría cansada y algo agobiada. Aunque, coño, a mí eso no me pasaba. No existía nada que me quitase el apetito sexual.

—Te juro que voy a tomarte la palabra —acabé por decirle mientras acariciaba sus nalgas por encima de la suave tela—. Te voy a hacer el amor tan tan despacio que...

—Tú siempre me lo haces despacio. —Se rio ella.

—Que me vas a suplicar —rematé con una sonrisa traviesa.

—Es probable. —Ella meneó el trasero, juguetona, y me guiñó un ojo a través del espejo.

—Como vuelvas a hacer eso, a lo mejor no soy tan delicado... —la provoqué, haciendo que se ruborizara hasta la raíz del pelo. Me incorporé y la abracé antes de darle un beso en la mejilla entre risas.

Jesús, era tan adorable cuando se ponía en plan pudorosa. Aunque lo cierto es que no tenía necesidad de ponerse. Ella era así. Tan dulce como la miel y todavía conservando esa aura de inocencia que yo nunca sería capaz de romper. Al fin y al cabo, era mi ángel particular. Alguien con el que nunca podría satisfacer mis más perversas fantasías sexuales, pero a las que renunciaba de buen grado con tal de compartir con ella todo lo demás.

—Oh, cógelo ahí, por favor —me pidió, con el maquillaje ya en la mano, al oír el sonido característico de la entrada de un wasap en su móvil.

Lo recogí de encima del tocador y se lo tendí.

—Léelo tú, anda. ¿Quién es?

—Vaya, tu hermana. —Me acomodé de nuevo sobre la tapa del retrete antes de abrir el mensaje—. A ver si nos va a dar una de sus sorpresas y se presenta sin avisar.

—No lo creo. Tenía planes este fin de semana, por eso no podía acercarse hoy.

Me callé que, de no haberlos tenido, tampoco creía que lo hubiese hecho. Y más sabiendo que vendría el próximo sábado.

—¿Qué tal estáis? —me interesé.

Ella se giró un poco para mirarme y se encogió de hombros.

—Supongo que bien. No sé, le he dicho que de una buena charla no la libra nadie y me temo que solo la he alejado más. Pero, bueno, puede ser que exagere, a la vista de que todavía se acuerda de mí. —Señaló con la barbilla el móvil y sonrió con tristeza.

—Ella te adora, cariño. No deberías preocuparte tanto por todo —le aseguré mientras movía la pantalla para leer el mensaje. Y me reí en cuanto las palabras me entraron por los ojos.

«A ver, consejo, que Laura y yo no nos ponemos de acuerdo. Tiene una cita romántica. ¿Pelo suelto o recogido?». Leí textualmente.

Clara sonrió con toda la cara.

—Es María —comentó lo evidente—. ¿Así que una cena romántica? ¡Vaya! Tengo que enterarme de quién es el afortunado.

—Sí, pobre incauto —bromeé—. No sabía que había alguien en su vida. ¿Tú sí?

—Ni idea. Es la primera noticia que tengo. —Le noté el disgusto en el tono de voz ante ese hecho, pero no indagué en la herida.

—¿Qué quieres que le conteste?

—Recogido. Y, ¡ah!, dile que mande una foto de cómo va vestida.

Escribí lo mandado lo más rápido que pude.

—Como tu hermana sepa que soy yo el que está leyendo y respondiendo sus mensajes, va a tenerme escribiendo un diario hasta que me jubile.

Clara se echó a reír.

—Bah, no tiene importancia. No creo que sea ningún secreto cómo lleva el pelo.

La llegada de una imagen frenó mi contestación. Y, cuando la abrí, tampoco pude decir ni mu.

Una foto de Laura en ropa interior encima de la cama me dejó completamente fuera de juego. Estiré el brazo todo lo posible, como si apartando el teléfono pudiese ignorar lo que mis ojos seguían contemplando por su cuenta.

—Jo-der —logré balbucear en algún momento. Laura estaba... Estaba increíble. Aunque la pose *sexy*, tumbada de medio lado y con aquel diminuto conjunto verde quedaba deslucida por estar echándole la lengua a la cámara en una mueca graciosa, no se podía obviar lo que había de cuello para abajo—. No le digas que he visto esto —dije demasiado rápido, levantándome y poniéndole la imagen delante a Clara.

—¡Oh, Dios! ¡Está preciosa! —exclamó con ilusión, antes de mirarme al rostro y descubrirme mirando el techo, seguro que todavía con cara de pasmo. Soltó una carcajada mientras me sujetaba la barbilla y me hacía clavar los ojos en los suyos—. Chema, por Dios, no seas mojigato. Es Laura.

—Ya. —Puse el teléfono sobre la repisa del lavabo y salí del baño—. ¿Quieres que me ponga algo en especial? —pregunté para cambiar de tema.

Que sí. Que era Laura. Su hermana, sí. ¡Su hermana, joder, no la mía! Que yo solo soy un simple mortal, un puñetero hombre con ojos en la cara.

—Camisa blanca y Dockers camel, ¿quieres?

Sonreí, distraído, porque sabía que me pediría eso.

—Claro. ¿Qué pasa con esa ropa? ¿El pantalón me hace buen culo? —bromeé.

—También. —Ella sonrió y se mordió el labio inferior—. Pero es que además es del mismo color que tus ojos, ¿sabes?

Se me escapó una carcajada.

—Exagerada... —Y me concentré en vestirme, mandando la nueva imagen de Laura que, muy a mi pesar, se me había quedado grabada en la retina, a la papelera de mi cerebro.

—Mira, aquí está tapadita. —Clara me puso el móvil delante, enseñándome una foto que había recibido hacía escasos segundos. Cogidos de la mano, nos dirigíamos del coche al restaurante.

—Menos mal —murmuré antes de mirarla. Y luego—. Joder, ¿esta es Laura? ¡Menuda elegancia!

—Sí, ya ves. Se ha puesto espectacular. Debe de ser alguien importante, ¿no te parece?

Con mucho disgusto hacia mí mismo, lo único que pude pensar en ese momento fue que, si la ropa interior que llevaba debajo era para él, desde luego, si aún no lo era, lo sería después de esa noche. Y tras ese pensamiento, maldije mi calenturienta mente.

—¡Vivan los novios! —gritó Julián en cuanto nos vio, haciendo girar varias cabezas de las mesas vecinas y consiguiendo poner las mejillas de Clara de un rosa subido. Yo solo me reí.

—Estoy esperando el momento en que pidas que nos besemos —me chanceé.

—Todo llegará, colega, todo llegará —dijo él, siguiéndome la broma.

—Ni se os ocurra —pidió Clara, mirándonos espantada y sentándose a la mesa donde ya estaban todos—. ¡Dios mío, estáis como cabras!

—Bueno, pues pídenoslo tú a nosotros —sugirió Teresa besando ya a su marido—. Yo no voy a poner pegas.

—Ya veo, ya —asintió Clara con una sonrisa.

La cena estuvo de lujo. Y no hablo solo de la comida. De hecho, el plato principal fue el entusiasmo y las risas compartidas. Pero como de eso no se alimenta el hombre, disfrutamos de una parrillada de marisco y de una excelente carne asada mientras intercambiábamos bromas y anécdotas hablando casi todos a la vez. También nos llenaron los oídos de innumerables consejos sobre dónde invertir el dinero, cada uno de ellos poniendo voz a sus ilusiones e imaginando estar en nuestro lugar.

Hice durar todo lo que pude la cerveza que me había pedido, pero, al final, acabé por solicitarle otra a la camarera. No se me pasó por alto que Abel, mi suegro, estaba sentado enfrente

y que era guardia civil, pero, con lo que había comido, dos cervezas no podían darme positivo en una prueba de alcoholemia, ¿no?

No vi en su cara ningún gesto raro ni pronunció palabra alguna, lo que me tranquilizó lo suficiente para bebérmela a gusto. Me sentía bastante ridículo al tener esos reparos en referencia a mi suegro, pero no lo podía evitar. Abel siempre había sido un hombre que imponía respeto hasta sin uniforme y, a pesar de mis años, o quizá gracias a ellos, ahora todavía lo respetaba más.

Cuando llegaron los postres, Julián y Pedro estaban bastante achispados, pero, como ninguno de ellos tenía que conducir, hasta el mismo Abel se rio de sus gracias y se burló de su poco aguante. Bueno, contra eso yo tenía bastante que decir. Entre los dos se habían bajado tres botellas de vino y suponía que no iban a hacerles ascos a los chupitos que comenzaban a ponerles delante.

Rechacé el mío apartándolo a un lado y compartí con Clara un trozo de tarta de chocolate. Esta vez la presencia de mi suegro no me impidió lamerle con delicadeza un trocito que se le quedó pegado en la comisura de su boca.

—Chema, por Dios... —protestó mi mujer, avergonzada, mirando de reojo hacia su padre.

—Por el amor de Dios, besaos si os apetece. Creo que la ocasión lo merece.

Las palabras de Abel causaron risas en todos, pero yo le hice caso a la primera. Joder, estaba excitado desde su ducha e iba a aprovechar cualquier excusa para disfrutar de ella.

Cuando los camareros comenzaron a montar para el día siguiente las mesas vacías a nuestro alrededor, que eran casi todas, nos decidimos a seguir la fiesta en otro sitio.

—¿Vamos hasta el bar de Paco? —propuse yo. Al fin y al cabo, él tenía bastante que ver con esa celebración.

—¡Claro!

—¡Genial!

—¡Una buena idea!

De camino a la puerta, Clara me pidió pasar por casa de mis padres. Era la primera vez que las niñas dormían fuera y, aunque no la compartía, podía entender su preocupación.

—Van a estar bien, pero si quieres... —dije.

—Por favor...

Ya en el aparcamiento, puse al día de nuestros planes al resto.

—Vamos a ir hasta la ferretería. —Sonreí con indulgencia mirando a Clara antes de continuar —. Aquí mi mujer no está demasiado tranquila. De todas formas, no tardaremos, así que esperadnos allí.

—Chicos, ¿no es un poco tarde? —Abel miró su reloj mientras nos hacía la pregunta.

—Si no vemos luces, ni siquiera timbraremos —expliqué, y miré a Clara por si estaba de acuerdo con ello, a lo que asintió.

Con todos avisados, nos metimos en el coche, nos abrochamos los cinturones y arranqué; fui el primero en salir a la carretera. Detrás de mí, el coche de mi suegro y, tras él, el que conducía Colás y el de Álvaro, que nos seguían a una distancia prudencial. Me dio la risa.

—Joder, Clara, tu padre nos tiene a todos firmes. Creo que nunca he visto viajar a tantos coches juntos respetando la distancia de seguridad.

Ella sonrió con ganas mirando hacia atrás y luego apretó con su mano la que yo ya había puesto sobre su muslo.

—Hemos tenido mucha suerte, ¿verdad? —susurró al cabo de un ratito.

La miré y sonreí.

—Sí, mucha.

—Ya no solo por el dinero, que no nos viene nada mal. Sino por todo... ¡Me siento tan

afortunada, Chema! Creo que tengo más de lo que merezco.

—¡De eso nada! Si alguien se merece incluso más, eres tú —respondí con énfasis.

—No deseo nada más.

Aparté un momento la vista de la carretera y compartimos una mirada que, aunque brevísima, fue lo suficientemente intensa para que nos entendiéramos.

—Yo tampoco —susurré.

Metí cuarta al pasar una serie de curvas y aumenté un poco la velocidad. Clara miraba por la ventanilla, hacia los árboles que limitaban el bosque, y comenzó a jugar con mis dedos cuando volví a descansar mi mano en su pierna.

—Chema...

—¿Sí?

—¿Seguro que no necesitas nada más?

La pregunta en sí me confundió, pero el tono mucho más. Parecía nerviosa.

—¿A qué te refieres?

Suspiró y después inhaló aire en profundidad.

—Es que... Verás. He estado charlando con Teresa y... —La miré de nuevo, captando justo el momento en que se mordió el labio inferior mientras se toqueteaba el flequillo.

—¿Y? —Arrugué el ceño. A saber qué iba a soltar por esa boquita.

—Y a lo mejor estoy descuidando nuestra relación.

—¿Qué? —Ahogué una carcajada. Eso era ridículo.

—Es que... Entre las niñas, la costura y la casa... Y las horas en la ferretería. No sé.

—Cariño, yo también trabajo. No te ofendas, pero estás diciendo tonterías.

Ella permaneció en silencio unos cuantos minutos y, cuando habló, lo hizo muy rápido, como queriendo sacárselo de encima de una vez.

—Además, está lo del sexo.

—¿Qué?

A pesar de la poca iluminación, podía notar su bochorno. Y yo me alegraba de estar conduciendo por una larga recta, porque, asombrado y curioso, no podía dejar de echarle vistazos hasta que se decidió a continuar.

—No soy tonta —acabó por decir—. Sé que tú querías... hacer más cosas. Otras posturas... Experimentar. Ya sabes. Y yo...

No la dejé continuar. Las imágenes que paseaban por mi mente eran demasiado para mi excitado estado de esa noche.

—Y tú eres perfecta —la corté rotundo. Porque sí, ella tenía su razón, pero, desde luego, yo tenía la mía. Y Clara era perfecta.

—Si quieres... —prosiguió ella ignorando mis palabras—, esta noche, pues... podríamos...

La miré un instante. ¡Joder, sí! Sí a lo que fuera. Pero rápidamente volví la vista al frente. Y entonces entrecerré los ojos y fruncí el ceño, en principio más desconcertado que preocupado.

Unas luces demasiado intensas venían directamente hacia nosotros, saliendo de una curva a no demasiada distancia. Me tomé el segundo que me llevó levantar el pie del acelerador y cambiar de marcha en identificar si lo que mi mente procesaba era correcto. La Virgen. Era un coche que venía en dirección contraria y demasiado rápido.

Actué por instinto. Creo que en algún momento barajé la posibilidad de echarme al otro carril y tratar de rebasarlo, pero sabía que había un gran terraplén y, a la velocidad que íbamos, no estaba seguro de poder maniobrar. Y digo «creo», porque no sé si eso lo pensé antes o después de clavar el freno, dar un volantazo hacia la derecha y chocar contra el tronco de un abedul.

Fue todo tan rápido que duró lo que un parpadeo. Solo sentí vibrar el volante bajo mis manos y, al segundo siguiente, el impacto, que hizo un ruido espantoso. Durante el proceso, mi cabeza golpeó el cristal de la ventanilla y me vi zarandeado de repente hacia el asiento del copiloto para después ser lanzado hacia delante. Estiré una mano y la puse sobre el torso de Clara, intentando amortiguar lo posible el esperado y fuerte tirón del cinturón. El mío se movió unos centímetros y frenó mi cuerpo en seco.

Lo único que pensé, al ser consciente de todo lo sucedido, es que estábamos bien. Había sido un golpe bestial y el árbol estaba encajado en el morro del pobre coche, pero yo solo tenía un chichón sobre la oreja y, al mirar hacia Clara, no encontré nada alarmante.

—Joder, vaya susto. Estás bien, ¿verdad, cariño? —quise asegurarme, quitándome ya el cinto.

Ella no me contestó. Sentada en el asiento, con la barbilla apoyada en su pecho y algo inclinada hacia un lado, tampoco hizo ningún movimiento.

—Clara, cariño... —Me acerqué cuanto pude y le toqué una mejilla. Su cabeza se movió en un ángulo extraño y de sus labios no salió ningún sonido.

Ahí llegó el primer latigazo de pánico. Se formó en mi estómago y creció en espirales a lo largo de mi columna.

—¡Clara! ¡Háblame! ¡Por Dios, Clara! —exigí, desabrochando su cinturón, pero mis dedos estaban torpes, entumecidos, prácticamente helados.

La puerta de su lado se abrió y vi asomar la cabeza de Abel. Yo seguí luchando con el maldito cierre, necesitaba soltarla, por algún motivo que no entendía aquello se había convertido en una prioridad para mí.

Solo que mis movimientos se ralentizaron y después se congelaron cuando levanté la vista y la clavé en él.

Observar su cara desencajada fue más que suficiente. Pero que llevara dos dedos al cuello de Clara y luego se dejase caer arrodillado en el suelo, escondiendo la cabeza en el regazo de su hija, me condenó.

Desesperado, sin querer admitirlo, la cubrí con mi cuerpo, rodeándole el pecho, y la sacudí contra mí.

¡No! ¡Ella no podía irse! ¡No! ¡Me negaba a ello!

—¡Clara, no! ¡No, no, no! ¡Joder, no me hagas esto! ¡Despierta, cariño! ¡Ven conmigo, Clara! ¡Clara!

—Rubio... —dijo Abel sin moverse un ápice.

—¡No, no! —grité sin querer oírlo—. ¡No, joder, no! ¡Clara! ¡Dios! Quédate, por favor...

No fui apenas consciente de que habían llegado los demás. Los sollozos y los gritos se mezclaron con la llegada de la policía y la ambulancia. Solo recuerdo que luché cuando intentaron quitármela de los brazos y luego creo haber estado sentado en el suelo, apoyado en una de las ruedas traseras durante mucho tiempo.

Pero ya no era yo, sino una cáscara vacía.

CAPÍTULO 11

Laura

Llueve. No es esta lluvia que cae a cántaros, ni siquiera en pequeños chubascos. Es de la insignificante, como si el cielo soltase pequeñas lágrimas, que mojan igual, pero con delicadeza, sin que apenas te enteres.

Entiendo que el cielo se haya puesto de nuestra parte. El día, gris, guarda un sobrio luto y el viento que de repente se ha levantado parece también lamentar esta injusta muerte.

De pie, flanqueada por María y por mi padre, miro al frente sin querer ver. Oigo sin escuchar las palabras del sacerdote y me mantengo derecha a base de pura fuerza de voluntad.

Los dos últimos días han sido una pesadilla. Después de aquella llamada, actué como una zombi. Sin creermelo que aquello estuviese sucediendo de verdad, me dejé guiar por María, que me ayudó a vestirme y se encargó de meter en una pequeña maleta cuatro cosas para las dos. Marcos también se hizo cargo de la situación, sentándose tras el volante y acompañándonos hasta el pueblo. Con los ojos secos y la mente embotada, el camino hasta El Pilar fue extraño y demasiado largo. Me repetí tantas veces que era imposible que esto estuviese sucediendo, tantas, que llegó un momento en que supongo que me lo creí, porque mi cuerpo no era capaz de sentir el mínimo dolor y el llanto se me resistía.

Solo me desmoroné cuando el cuerpo de mi hermana llegó al tanatorio. Verla dentro de aquella caja me descompuso. Vomité hasta que las arcadas se redujeron a un líquido amarillento y me pasé incontables horas con las manos contra el cristal que nos separaba, incapaz de hacer otra cosa que no fuese mirarla, mientras las lágrimas se deslizaban silenciosas por mis mejillas.

El dolor nos vuelve egoístas. No reparé en el de mi padre, ni en el de mi cuñado. Bastante tenía con el mío. Apenas les dirigí la palabra y mucho menos me paré a observarlos. Sabía que me derrumbaría. Como en trance, me permitía moverme cuando alguien tiraba de mí y así entré en la iglesia y salí de ella.

Ahora, parada al lado del nicho en que van a meterla, enfundada en un vestido negro y con una rosa blanca que alguien ha puesto en mis manos, la magnitud de lo sucedido me deja fría, vacía, como una muñeca rota.

Aparto mis ojos del ataúd y alzo la mirada. Enfrente, entre sus padres, Rubio parece tan perdido como yo, o incluso más. Despeinado, mojado y con los ojos enrojecidos pero tan secos como los míos, mantiene la vista clavada en la caja que nos roba a Clara.

Noto el silencio antes de oírlo cuando el cura deja de hablar. Algunos sollozos llegan hasta mí como lejanos, absorta por primera vez en un desconsuelo que no es el mío. Lo veo dar un paso hacia el féretro y acariciarlo con las yemas de los dedos. Luego pone encima tres rosas y cierra los ojos, a la vez que murmura algo que no llego a entender.

Nadie se acerca en los minutos que Chema permanece allí. Los llantos se acentúan a mi alrededor, lo que no me extraña. Esta escena es dolor en estado puro. Tangible, visible, terrible. La última caricia de un marido a su mujer, su último susurro, su definitivo adiós.

Los ojos me arden y un nudo presiona mi garganta casi hasta el ahogo, pero no cedo al llanto. Tengo miedo a comenzar y no poder parar. Así que trago muy fuerte y vendo la herida transformando la angustia en ira. No es que esta no me haya acompañado durante todo este

suplicio, sino que ha estado ahí, latente, esperando el momento oportuno para hacerme fuerte, lo cual agradezco.

¡Joder, es que es tan injusto! Soy capaz de golpear al mismísimo Dios de ponerse delante. ¿Por qué mi hermana? ¿Por qué ella? Deja en el mundo a dos hijas pequeñas que la necesitan y a un marido que la adora. Era la mejor persona, amiga, hija, hermana... ¡Mierda, joder, es como volver a quedar huérfana de nuevo! Solo que esta vez me será imposible olvidarla. Y no sé qué prefiero. Porque recordaré siempre su eterno buen humor, sus consejos, sus risas, su dulzura, esa inocencia a veces rota por su especial chispa... La recordaré siempre y siempre la echaré de menos. Siempre dolerá.

Aprieto las manos hasta que las espinas de la flor se me clavan en las palmas. Hacerme daño, eso es lo que quiero. Es lo que merezco. Porque, compitiendo con todas esas horribles emociones, crece también el odio hacia mí misma. Odio cada minuto que la aparté de mí, cada fin de semana que no la visité, cada llamada que evité, cada día que no me permití disfrutar de su compañía. Aborrezco el tiempo perdido, detesto no haber estado a su lado durante estos últimos años, y odio el motivo. Mi mayor pecado.

Me distancié de ella, apartándome de un sentimiento imposible y a la vez, excluyéndola por el camino. Siempre pensé que ella era como uno de esos templos antiguos, que siempre estaría ahí.

Y no. Se ha ido. Un veinticuatro de agosto, al volver de una celebración, en un accidente absurdo, nos ha dejado. Con veintisiete años, igual que mi madre.

—Cariño... Tienes que despedirte.

Giro la cara hacia mi padre y lo miro confusa.

Él me señala con los ojos la rosa que aprisiono entre mis dedos y, luego, el ataúd. Al volver la vista allí, me fijo en que las personas que la querían están desfilando ante lo que queda de ella, algunos depositando flores y otros besos sobre la fría madera.

María da un paso al frente rodeando con su brazo mi codo. Pero yo no puedo seguirla, esta vez no.

—¡No! —grito, sin ser apenas consciente de haber elevado la voz—. No puedo... No puedo...

—Laura... —Mi amiga me acaricia la espalda y busca mis ojos.

—No puedo despedirme. ¿Recuerdas que le debo una explicación, una charla? —pregunto absurdamente, queriendo alejarme cuanto pueda de esta cruel realidad.

—Laura... Cariño...

—Dios Santo —murmura mi padre meneando la cabeza y acariciando mi brazo—. Por favor, sácala de aquí.

Supongo que no habla conmigo, porque María asiente y me veo alejándome de allí como si mis pies no me pertenecieran.

Ya junto al coche, unos brazos me envuelven en su calidez y apoyo la cabeza contra un pecho sólido. Lo reconozco por el olor.

Agarro las solapas de su chaqueta y dejo que consuele lo inconsolable. No lloro, ni hablo, me limito a sentir los latidos de su corazón mientras sus manos me aprietan contra él. En algún momento durante todo aquello, había olvidado su presencia. Consumida por la pena, Marcos era solo un rostro más entre tantos otros que me miraban con lástima. Pero ahora... Ahora agradezco su calor. No llega a derretir el hielo que me atenaza, pero sí me ayuda a limar sus esquirlas.

—Lo siento mucho, preciosa. Lo siento —susurra sobre mi pelo.

Cierro los ojos y estrujo su traje. Pero al rato, me separo y lo miro a la cara.

Él acaricia mi mejilla y me sonrío con tristeza.

—Eres fuerte, cariño. Muy fuerte. No lo olvides.

—Contra esto...

—Contra todo —afirma él—. Tómame el tiempo que necesites. Descansa y déjate querer por tu familia. Te necesitan, y tú a ellos.

—Lo sé. —Lo que no sé es si podré hacerlo, cuando lo único que quiero es huir, alejarme de todo.

—Lláname a cualquier hora, para lo que precises. O simplemente si quieres hablar. ¿Lo harás?

Asiento con la cabeza.

—Cuídate mucho, ¿de acuerdo? —me pide, retirándose hacia atrás un rizo—. Yo estaré esperándote en Oviedo. También te necesito.

Doy unos cuantos pasos atrás sin saber por qué. Pero él me busca y me da un suave beso en los labios.

—Quédate con ella un par de días, por favor —le dice a María antes de sacar sus llaves del coche y ofrecérselas—. Toma, quédatelo, me vuelvo con mi padre. —Y entonces de nuevo se dirige a mí acariciando mi mejilla—. Te llamo mañana, ¿vale?

—Vale —acierto a decir mientras observo como el que me besa ahora en la frente es el mismo Cristóbal, mi jefe, al que ni siquiera había visto hasta este momento.

—Estamos contigo, Laura —murmura.

Yo solo asiento otra vez y, cubriéndome de una indiferencia que no siento, me meto en el coche.

—¿A dónde te llevo? —pregunta María en cuanto enciende el motor.

La miro un segundo y vuelvo la vista a la ventanilla.

—A su casa. Las niñas están con Lidia. Quiero estar con ellas.

—¿Estás...? ¿Estás segura? —titubea, temiendo que no sea muy adecuado en el estado que estoy. Yo tampoco estoy muy convencida, pero solo sé que si espero a dar este paso, a estar con un pedacito de ella, luego va a ser más doloroso.

—Sí.

Y salimos del cementerio, dejando atrás mucho más que a una hermana. Parte de mí se ha quedado con Clara, sepultada en esa caja.

Ver y estar con mis sobrinas es justo lo que necesitaba, aun a pesar de mis dudas. Asistir al entierro de Clara ha sido lo más horrible que he hecho en mi vida, pero estas preciosas niñas, todavía ignorantes de la tragedia, ahora precisan a alguien a su lado más que nunca.

Sé bien a lo que se van a enfrentar. La ausencia de una madre es un vacío difícil de cubrir. Recuerdo cuando todas mis amigas protestaban sobre las suyas, llegando a odiarlas al no salirse con la suya. Y yo siempre las envidiaba. Idealizar algo que no tenemos y no valorar lo que sí se posee es algo tan natural como la vida misma, lo sé. Yo también habría discutido con mi madre de haberla tenido, pero no tuve oportunidad. Como de tantas otras cosas, malas y buenas. Cosas que Marta y Llara echarán de menos aún sin saber de su existencia.

Me permito paliar parte de esa falta. Y me resulta extraño ver que, al hacerlo, ellas son las que me ayudan a mí.

Jugamos a los médicos, a las profes y vestimos varias muñecas. Más tarde, ayudo a Marta con un puzzle especialmente difícil para una niña de su edad, mientras Llara se entretiene un rato con un capítulo de *Caillou*, cantando a su manera la canción del comienzo, lo que me hace sonreír por

primera vez en dos días.

Cuando llega Rubio, Lidia ya hace un rato que se ha ido a casa con papá, y yo estoy bañando a las niñas, buscando el consuelo en una rutina que nunca volverá a ser la misma para ellas.

Pego un respingo cuando se apoya en el marco de la puerta con las dos manos. No lo había oído entrar.

—Hola, princesas —les dice con voz apagada y triste después de hacerme un gesto con la cabeza. Su aspecto es todavía peor del que tenía en el cementerio, pero, por suerte, las niñas no parecen percibir nada raro en él.

—¡Hola, papi! —grita Llara.

—¿Y mamá? —pregunta Marta. Y si no fuera porque tiene solo cuatro años, creería que lo hace con suspicacia.

El corazón se me salta un latido y contengo el aliento sin querer. ¡Dios! ¿Qué coño se le contesta? Miro a Rubio y arrugo la falda de mi vestido con los dedos.

—Mamá está un poco malita, cariño —habla él con voz rota. Compone una falsa sonrisa que camufla de prisa, colocando una mano completamente abierta sobre su boca mientras mueve los dedos, nervioso—. Va a tardar unos días en volver a casa.

—¿Está en el doctor? —vuelve Marta a la carga.

—Sí, cariño.

—Pero... ¿se va a poner bien? —insiste.

Joder para la niña. Conocía esta faceta suya, claro, pero no deja de sorprenderme. ¡Tiene cuatro años, por el amor de Dios!

Rubio solo asiente con la cabeza antes de abandonar la entrada y perderse por el pasillo. Supongo que esto ha sido demasiado para él, porque a mí me ha dejado bloqueada y más rota que nunca.

Marta se queda mirando la puerta durante un par de segundos, y Llara la mira a ella con un vaso lleno de agua en alto, tal como ha estado haciendo durante toda la conversación.

—Bueno, venga, vamos... —las apremio, levantándome del váter y salpicándolas un poco con el agua de la bañera. Tengo que romper este momento, así que hago de tripas corazón y compongo mi mejor sonrisa—. Creo que la princesa Marta y la princesa Llara tienen que tomar su majestuosa cena e irse luego a sus aposentos a descansar.

Llara se parte de la risa.

—Sí, mañana *tenemo* que *baila* con el *píncipe* —dice, comiéndose varias letras, lo que la hace todavía más adorable.

—Y recibir a nuestros súbditos —añade Marta, dejándome anonadada de que conozca esa palabra.

—Pues eso, manos arriba que voy a enjabonaros.

Cuando las tengo listas, las seco y les ayudo con los pijamas, que la misma Marta saca de un cajón. Después de preguntarles qué acostumbra a cenar, ellas me dan una charla sobre el tema y se deciden esta noche por leche con cacao y galletas, lo que les agradezco un montón. La cocina no es lo mío.

Lo toman delante de la tele, cosa que tampoco sé si es costumbre o si me han engañado. De todas formas, no me preocupa demasiado. En breve, sus hábitos se verán tan trastornados que esto es lo que menos importancia tiene. Y pensar en eso me produce un nudo en el estómago y una angustia horrible. Rubio es un padrazo, pero le va a costar hacerse con todo. Y solo considerar que la suegra de Clara sea la encargada de ayudar a educarlas y criarlas comienza a producirme jaqueca. Pero, por otra parte, ¿qué más puede hacer él? Necesita esa ayuda, y Lidia y mi padre

todavía tienen peor horario en el trabajo que el suyo. Sé que le echarán una mano en todo lo que puedan, pero las niñas requieren de un cuidado permanente.

«¿Y tú?».

¿Yo? Yo tengo mi vida fuera de El Pilar. No puedo quedarme. No *debo* quedarme.

«Vaya, una excusa muy loable, Laura».

Me froto las sienes y recojo las tazas vacías. Protestan un poco cuando les digo que es hora de acostarse, pero me siguen como patitos hasta su dormitorio.

Marta sube la pequeña escalera que la lleva a la litera de arriba y yo lo hago detrás de ella, para arroparla y darle un beso de buenas noches. Y repito la operación con Llara, que ya se ha metido solita en su cama.

—Hasta mañana, princesas —les digo desde la puerta, encendiendo la luz nocturna y apagando la del techo.

—Hasta mañana, Mína —me responde Llara con una sonrisa, llamándome de la misma manera que comenzó a hacerlo con apenas añito y medio. «Mína», de madrina.

—Hasta mañana —dice Marta, más seria.

Entorno la puerta y voy hasta el final del pasillo en busca de Chema. Necesito saber cómo está. En esta casa las puertas suelen estar abiertas, así que me es fácil comprobar que Chema no está ni en su dormitorio ni en el baño principal. Pero la que sí me encuentro cerrada a cal y canto es la del cuarto de costura de mi hermana. Apoyo un instante allí la oreja y me parece escuchar pasos. Levanto la mano para llamar, pero, indecisa, acabo por no hacerlo. Quizá quiera estar solo. De hecho, lo entiendo. Suspiro y vuelvo al salón sin saber muy bien qué hacer. ¿Me quedo? ¿Me voy? Me siento en el sofá y refriego mi cara. No sé qué puñetas hacer. ¿Y si me voy y él no está en condiciones de atender a las niñas? ¿Y si me quedo y molesto? Nerviosa, me rehago el moño en lo alto de la cabeza.

Subo los pies al sofá y apago la tele que antes he dejado encendida. Me acurruco abrazándome a mí misma y pensando en qué será lo mejor. Pero han sido dos días muy duros, en los que apenas he dormido nada, y me pesan los ojos. Los cierro un segundo. Solo será un segundo, a ver si así se me aparece la solución.

Pero lo que no iba a ser más que un segundo se convierte en horas.

Me despierta de nuevo la televisión, cuando cerca de las ocho de la mañana, Marta la enciende y se sienta a mi lado.

Chema

De haberme quedado un poco más con las niñas, me habría echado a llorar. No estoy preparado para esto. Todo me viene grande. Me veo incapaz de hacer de padre y madre cuando ahora mismo ni siquiera soy persona. Soy un desecho humano castigado donde más duele, perdido, me cuesta encontrar una buena causa por la que luchar.

Sí, tengo a mis niñas, un trabajo, familia y amigos... Pero yo, ante todo, era marido. Esa faceta era la que más disfrutaba, la que me hacía sentir vivo. Y sé que este razonamiento puede sonar horrible para algunas personas, pero es mi verdad. Clara era mi cómplice, mi faro, mi futuro. Era con ella con quien iba a envejecer mientras todos los demás hacían su propia vida, como también tiene que ser. Y ahora... Es como si me hubiesen robado una mitad. ¿Qué hago yo sin ella?

Me encierro en su refugio y me apoyo contra la puerta. Observo con devoción su espacio, donde todavía puedo oler su aroma. Todo me recuerda a ella, pero, si hay un sitio que lo hace a lo bestia, es este. La mesa colocada cerca de una esquina, al lado de la ventana, la que ella usaba para trabajar y para escribir, algo que le encantaba y que yo nunca llegué a apreciar del todo. Haciendo ángulo con ella, una más pequeña con la máquina de coser encima. Tiene el hilo rosa enhebrado y, al lado, doblado escrupulosamente, descansa un vestido de Llara sin terminar. Está esperando por ella, al igual que todos en esta casa. Solo que ese vestido, a diferencia de mí, no sabe que eso no va a suceder.

La he dejado en el cementerio, metida en una caja y encerrada tras una gruesa capa de cemento dentro de un nicho. Aprieto los puños ante las ganas de salir corriendo hacia allí y me dejo caer en el sillón donde, parece que fue hace cinco minutos, la desperté. En cambio, desde entonces, han pasado tantas cosas... Tantas que mi vida ha sufrido un revés que no me creo con fuerzas para afrontar.

Me froto los ojos doloridos por las lágrimas no derramadas y por las horas sin dormir. Estoy agotado pero más despierto que nunca. El vacío y la insensibilidad que sentí justo después del accidente ya son historia. Ahora soy todo dolor. Una llaga sangrante que escuece constantemente. Supuro angustia, miedo, rabia, culpabilidad, impotencia, frustración... Me gustaría tanto volver atrás. O al menos recuperar algo de esa impasibilidad con la que pude cubrirme en aquella sala, mientras le hacían la autopsia.

Claro que menos mal que fue así, porque si no me hubiese descompuesto en añicos. Ser consciente de que al otro lado de la puerta estaban abriendo a Clara, hurgando en ella y despedazándola como si fuese un puto ternero para el mercado, es para acabar con la cordura de cualquiera. Evadirse, congelarse, supongo que fue una de esas cosas extrañas que hace el cuerpo humano para ahorrarse dolor, pero ahora mismo esas defensas me han abandonado.

Y total, ¿para qué? ¿Para qué destrozaron su cuerpo? No hace falta ser forense ni un puto lince para saber que murió desnucada, joder.

Permanezco con la cabeza baja apoyada en mis manos hasta que la claridad comienza a escasear en la habitación. Me levanto sin saber para qué. Al lado del sillón hay una librería en la que centro toda mi atención. Doy un paso y repaso con los dedos todos los CDs que tiene en el primer estante. Mis ojos se quedan clavados algo más en uno en especial, mi último regalo de San Valentín. *El diario de Noah*. Una de sus películas favoritas junto con *Ghost* y *La vida es bella*. Quiriendo escapar del recuerdo de ese día, retiro varios al azar y leo los títulos escritos por su letra. *Mujercitas*, *Dirty Dancing*, *Titanic*... Antes de acabar de ver el resto, vuelvo a guardarlos en su sitio.

Paseo mi mirada más abajo, donde reposan varias cajas de diferentes colores. Sé lo que contienen sin abrirlas siquiera. Botones, cremalleras, corchetes... Me he pasado muchas horas en este cuarto haciéndole compañía, y ahora aborrezco todas las que no lo he hecho, por querer ver la tele, salir a tomar una cerveza o simplemente dormir.

Aprieto tanto los dientes que comienzan a dolerme. Me aparto de ahí, le doy la espalda y cierro los ojos. Aun sin mirarla, sé que también hay como una docena de novelas románticas de bolsillo y mil y una revistas de costura y moda, algunas amarillentas, por haber sido compradas en el rastrillo que se hace en el pueblo una vez al año.

Al abrir de nuevo los ojos, estos se quedan clavados en las fotos que cubren toda una pared. Mis pies van hasta ellas atraídos como por un imán. La mayoría las he hecho yo con el móvil. Aparecen sobre todo Clara y las niñas. Clara y una niña. Las niñas. Los cuatro. Los dos solos. Una puñetera familia feliz es lo que parecemos. Una puta familia feliz es lo que éramos. ¿Qué pecado hemos cometido para recibir tal castigo? ¡Joder, ¿qué puto pecado?!

Las ha colgado en estos cristales sin marco que encuentras en cualquier bazar chino. Pero sin apenas gastar, ha dejado en esa pared constancia de nuestra vida juntos. Una frase de su puño y letra adorna la parte de abajo de cada retrato. «Un día de parque», «En la playa», «Marta se va al cole», «Tú y yo conociéndonos»... Me quedo pegado a esta última. Fue en una de nuestras primeras citas, los dos de la mano apoyados en un árbol. Creo que nos la hizo Teresa. La contemplo con lágrimas en los ojos, que logro no derramar a base de pestañeos. Y entonces me fustigo un poco más y busco mi favorita. En la que está Clara sola. Es un primer plano de ella en el que solo se ven sus hombros, la punta de sus rodillas y su hermoso rostro. Estaba sentada en la playa, con las piernas encogidas y abrazada a ellas. En la foto se muestra un poco de perfil, apenas. El pelo, movido por el viento, le azota la cara y un mechón se le ha quedado prendido en la comisura de los labios. No mira a la cámara, sino al frente. Y refleja estar embelesada, enamorada y totalmente atraída por su visión. Se la sacó Laura en aquel viaje a Tapia de Casariego, al día siguiente de que le pidiese matrimonio. La ha titulado «Mirada de amor» y es a mí a quien estaba mirando.

Cansado de dar paseos, agobiado por el futuro, dolido por los recuerdos y vencido físicamente, salgo del cuarto. Al pasar por el de las niñas, me las encuentro durmiendo plácidamente. Resoplo. ¡Joder, empezamos bien! Ni siquiera he caído en algo tan básico como que había que acostarlas.

Me paso las manos por el pelo y, sin pensar, mis pies me llevan hasta la cocina. Abro la nevera y, en el estante superior, veo los dos *packs* de cerveza que yo había metido el sábado, por si acabábamos la celebración en nuestra casa. Cojo uno entero y la cierro bruscamente. Alargo la mano y recojo de encima del frigorífico el cartón de tabaco que siempre suelo tener medio escondido. Saco una cajetilla. No suelo fumar en casa, pero esto es una emergencia. Porque, si esto no lo es, no sé qué podrá suceder para pasarme por el forro lo que hasta ahora era una buena costumbre. Al girarme para irme, me quedo estático un segundo.

Laura duerme en el sofá, en una postura que, a narices, tiene que ser incómoda. Miro el reloj y, asombrado, descubro que son las cuatro de la mañana. Me acerco a ella y, con cuidado, la estiro lo mejor que puedo, cubriéndola también con una pequeña manta hasta la cintura. Luego, armado con mis nuevos amigos, la nicotina y el alcohol, me escabullo al refugio que ahora comparto con mi mujer.

No sé si pasan minutos, horas o días. Caigo en estados de duermevela de los que despierto turbado y con un dolor atroz al recordar mi nueva realidad. Hace rato que acabé las cervezas, que no llegaron a emborracharme. Salvo un par de viajes al baño, su efecto ni siquiera aplacó mi sed. Me rugen las tripas, pero las ignoro. Me duele la cabeza, pero no me muevo a por un calmante. Paso del sillón a la silla que acompaña la mesa y, de ahí, al asiento improvisado en la ventana gracias al diseño de este edificio. A Clara le encantaba sentarse aquí y mirar hacia la calle.

Me levanto al cabo de no sé cuánto y me planto de nuevo delante de la foto de mi mujer. Meto las manos en los bolsillos y la contemplo con fijeza hasta que el cuerpo me pide otra vez sentarme.

Me despierto con la frente encima de algo duro. Cuando levanto la cabeza y enfoco la vista, veo que es uno de los álbumes que he encontrado en su estantería. Este es de la época de novios y lo he mirado durante tanto rato, una y otra vez, que me lo sé casi de memoria.

Las tripas han dejado de moverse pidiendo alimento, ahora solo me duele el estómago. Debería salir a comer algo, pero no me apetece. No sé lo que me voy a encontrar al otro lado de esa puerta y no quiero ver a nadie. Ni que nadie me vea a mí. Sé que soy egoísta, pero me importa un huevo. Miro a través de la ventana y veo el sol en lo alto. Esperaré a la noche, como un fantasma.

«Muy apropiado, Chema. Muy apropiado».

Vuelvo a ojear el álbum.

Observo los cascos de cerveza alineados frente a mí. Los cuento una y otra vez, y pienso que sería bonito perder la cordura. Estar loco. Sería tan fácil vivir en la inopia. No ser consciente de nada.

Yo estoy loco, sí. Pero de pena, joder. Y cabreado. Estoy tan cabreado...

Tiro una de las botellas contra la pared y aprecio cómo se hace añicos. Genial, igual que mi corazón. Me recreo en la sensación, en los cristales sobre el suelo, en la mancha en la pared. Entonces entierro la cara en mis manos, dejándome caer al suelo arrastrando la espalda por la pared. Y, como el vidrio, me rompo, llorando con sollozos que trato de ocultar bajo mi puño.

—Rubio, ¿estás bien? —oigo a Laura al otro lado de la puerta, después de tocar apenas con los nudillos.

—¡Sí! —gruño con voz ronca.

—Rubio... Tienes que salir. Comer algo y...

—¡Vete!

No vuelvo a oírla, entiendo que me ha obedecido.

Laura

Hoy hace seis días que vivo en esta casa. He sacado a las niñas un par de tardes, una para jugar un ratito en el parque y otra para una breve visita a casa de mi padre. También he recibido yo algunas. Por descontado, Lidia y papá vienen todos los días por aquí, cargados con más compra de la que podemos consumir. María se pasó conmigo prácticamente los dos días que estuvo en El Pilar, aunque dormía en mi casa. Bueno, en la de mi padre. Nela se acerca de continuo y me llama otras tantas veces. Y Julián y Teresa también se dejaron caer en más de una ocasión, trayendo consigo saludos de todos los demás y supongo que intentando averiguar si serían bienvenidos.

Y todos, todos, se fueron preocupadísimos por Rubio.

Hasta su madre, de la que no me salvé. Entró como una reina con un táper que contenía carne asada. Lo único que agradecí de la visita. Pasó un dedo por el mueble del recibidor en busca de polvo, que, por cierto, encontró. Me encantó no defraudarla en su momento y ver como se le agriaba el rostro, pero luego me sentí mal. Y no sé por qué, joder, lo de ama de casa nunca fue lo mío y nunca me avergonzó reconocerlo.

Preguntó por su hijo e insistió ante la puerta tras la que se encierra, pero no hubo manera. Fue algo más amable que conmigo aquel segundo día, pero no abrió. Así que se fue como vino, pero con las manos vacías. Eso sí, dejó tras de sí un par de consejos sobre cómo cuidar a las niñas, a las que no invitó a su casa en ningún momento. No es que me molesten, por Dios, son la única causa de alegría a mi alrededor, pero es su abuela, ¿no? Es lo menos que podía hacer, sobre todo viendo el comportamiento de mi cuñado.

No sé ni lo que me digo. Si lo hubiese hecho también me habría molestado.

«Sí, lo sabes bien».

Resoplo y paso el paño por la mesa del salón. Marta y Llara están recién acostadas y aprovecho para poner un poco de orden.

Aparto los mandos de la tele y el móvil hacia un lado para limpiar en profundidad. Acabo de colgarle a Julián, que ha llamado para saber de su amigo. No tengo ninguna novedad que contarle, salvo que estoy segura de que sale del cuarto de vez en cuando, aunque yo no lo vea. Las cervezas han desaparecido de la nevera. Las que había y otros dos *packs* con los que yo me hice en una de las salidas. También sé que ha picoteado algo de embutido, lo que me tranquiliza. Y no es porque cuente las lonchas, sino porque el papel en el que viene envuelto estaba perfectamente doblado a la manera de Clara y no a la mía, que viene siendo de cualquier forma.

Vamos, que estamos todos angustiados por él, sin saber cómo ayudarlo cuando no se deja. Como esta situación se alargue mucho, no sé qué voy a hacer. En semana y pico comienza el cole de las niñas, y yo también tendría que incorporarme al trabajo. Sé que Marcos me dijo que me tomase el tiempo que necesitara, pero no puedo ni quiero abusar.

He pensado en todas las posibilidades y, salvo contratar a alguien ajeno a ellas, cosa que no me compete, no encuentro otra solución para que sus vidas no se alteren más de lo que ya lo han hecho. Y no es que me haga feliz saber que mis sobrinas van a estar con una extraña, pero lo que no concibo es que anden de casa en casa como testigos de Jehová.

Ay, es que esto es muy complicado. Reconozco que, aun sabiendo que lo mejor para mí es irme, me daña el hígado el pensar en dejarlas. Y más con un padre ausente. Joder, hay momentos en que me cabreo mucho con Rubio. Que cada cual pasa el dolor como puede, vale, pero él tiene dos hijas que dependen de él. Ahora, doblemente.

—¿Qué tal está mamá?

Doy un salto acompañado de un grito y miro hacia Marta, que me habla desde atrás.

—¡Joder, qué susto! ¿Qué haces despierta?

—No podía dormir. ¿Qué tal está mamá?

—Bueno... —Me muerdo el labio inferior y trago saliva—. Aún no puede venir. —Y no me atraganto ni nada al decirlo. Vaya logro.

—Tía Laura... Dime la verdad.

—¿Qué? —Pestañeo varias veces y la alzo acercándola a mi pecho—. Vamos, a la cama, que es muy tarde. —Y de nuevo pestañeo muy rápido para ahuyentar la traicionera humedad de mis ojos. Esta es, sin duda, la parte más dura con la que lucho a diario. Oír «mamá» de sus labios me rompe el alma.

Ella se deja llevar, agarrando con sus manitas mi cuello. Cuando la estoy arrojando, me mira con esos ojazos tan idénticos a los de su padre.

—No soy tonta, ¿sabes?

Le devuelvo la mirada sin saber qué contestarle. Además, yo no sé qué quiere hacer Rubio al respecto y no quiero decir nada de lo que después tenga que arrepentirme.

—¡Ya lo sé, cariño! Eres la niña de cuatro años más lista de toda España. ¿Qué digo? Del continente. ¿Qué digo? De...

—Déjalo estar. Cuando llegues al universo, ya estaré dormida —me suelta la listilla, rematando la faena girándose hacia la pared y dando por terminada la conversación con un «buenas noches».

De verdad, esta niña no es normal. Me descoloca continuamente. No sé si tratarla como a una niña de cuatro años o como a una adulta, porque sus comentarios y su agudeza no se corresponden a su edad. Menos mal que después tiene sus momentos y nos permite ver a la pequeña criatura que en realidad es.

Al salir del dormitorio, todavía pensando en el corte que acaba de darme, veo la ropa que les saqué antes, aún tirada en un rincón. La recojo y decido poner una lavadora.

—Joder... —digo mirando todos aquellos botones más propios de la Nasa. Desisto. Mañana hablaré con alguien que sepa de esto.

Entonces me dirijo a la nevera planeando qué comer mañana. A ver... ¿Qué hay para hacer? Mejor, ¿qué sé cocinar? Menos el día que Adela trajo la comida, he hecho macarrones con atún y queso, espaguetis con salchichas, huevos fritos —con los que me quemé—, otro día *pizza* y macarrones de nuevo. Mañana le pediré a Lidia que me pase algunas recetas fáciles.

Mierda, a este paso esto va a parecerse más a un cursillo de ama de casa.

Recojo un poco más por allí e, inspirada, me dirijo al baño. Bah, aún está bastante limpio. Así que lo adecento un poco con una toalla que enseguida meto en el cubo de la ropa sucia. Cubo que está a reventar, lo que me recuerda que apenas me queda ropa. Creo que en casa de mi padre todavía conservo algunas prendas que no me llevé a Oviedo. Apunto: ir a por ellas o hacer que me las traigan. Creo que las bragas que llevo puestas son las últimas limpias... O semilimpias.

Más agobiada que cansada, me siento a la mesa de la cocina. Barajo la idea de hacerme un café o coger un refresco, pero nada me apetece demasiado. Clara viene a mi mente de una manera tan brutal que es como si la tuviese sentada enfrente.

«Te vendría mejor una infusión, cariño. ¿Quieres que te la haga yo?».

Apoyo los codos en la mesa y me tapo la cara con las manos. Comienzo a sentir la ya familiar presión en la garganta, pero trago saliva hasta que desaparece. Estoy llevando demasiado bien su pérdida y yo soy la primera sorprendida. Supongo que mantenerme ocupada y que dos niñas estén detrás de mí todo el día ayuda bastante. Pero, al llegar estas horas, me quedo sin pilas y el dolor

que guardo tan celosamente durante horas intenta hacer mella en mí.

Y, como todos los días, lucho contra él y no me permito desfallecer. Me levanto decidida y me abro una cerveza. Con premeditación y alevosía, subo encima de una silla y miro encima de la nevera, donde juraría que en alguna ocasión le oí comentar a Rubio que escondía el tabaco. Hay un cartón que parece vacío. Mierda, esto de ponerle la miel en los labios a una...

Al cogerlo, una sonrisa perversa ilumina mi cara. Queda una cajetilla. La bajo y me vuelvo a sentar. Me bebo la cerveza muy muy despacio, disfrutando al mismo tiempo del cigarrillo. Joder, qué bueno...

Pero antes de acabar las dos cosas, me noto un poco mareada. Hacía demasiado tiempo que no fumaba y, mezclado con el escaso alcohol, pero alcohol al fin y al cabo, y que, últimamente, tengo el estómago cerrado y como bastante menos que poco, pues... Blanco y en botella.

Vacío el resto del botellín en el fregadero y meto bajo el grifo la colilla para apagarla. Tiro ambas cosas a la basura y me voy a la cama. Bueno, al sofá, que menos mal que es cómodo y eso, y yo tengo buenos huesos, que si no...

Allí, acostada de lado, casi puedo oír un último consejo de mi hermana.

«Bloquearlo no lo hará desaparecer, cariño. Suéltalo, Laura».

Pero lo esquivo e intento dormir. Solo que, cuantas más ganas le pongo al asunto, más me cuesta. Mi mente va por libre. Y no quiero pensar, ni llorar... Ni recordar. No quiero hacerlo porque me da pánico. Porque estos sentimientos que reprimo son tan dañinos como para acabar conmigo. Así que, una vez más, me mantengo firme. Soy fuerte, me repito. Y no debo sentirme culpable.

Aunque, mierda, lo soy.

Me despiertan unos golpes junto con varios juramentos. Me incorporo muy deprisa y echo las piernas al suelo pensando, en primer lugar, en las niñas.

Tanto el salón como la cocina están a oscuras, pero la luz del pasillo está encendida, y puedo ver a alguien abriendo y cerrando los armarios de la cocina casi con saña.

No hay que ser muy lista para adivinar de quién se trata. Se me instala un peso en el pecho y el estómago me da un vuelco. Luego comienza a vibrar de puros nervios.

—Rubio...

Ignorándome, se acerca al salón, donde sigue rebuscando en el mueble bajo la tele. Enciendo la lámpara de pie que tengo al lado y él, al girarse hacia mí todavía agachado, guiña con los ojos como si le molestara la luz. ¡Dios, no me extraña! Seguro que está ahí dentro a oscuras, como un puto vampiro.

Me mira sorprendido, como si se preguntase qué hago aquí, pero pronto desiste, o se acuerda, y se incorpora del todo.

—¿Dónde está el ron? —pregunta con la voz tomada.

—¿Qué?

—El ron. ¿Dónde está?

—¿El ron?

—Sí, joder. El ron —me espeta, enfadado.

—¿Para qué lo quieres? —pregunto y sí, es estúpida, ya lo sé.

—Para ducharme, no te jode —responde, sarcástico. Esa faceta suya es tan desconocida para mí que me quedo mirándolo alucinada. Y cuando las palabras acuden a mi boca no las suelto, para

variar. Está tan desaliñado y descuidado que, sí, una ducha es lo que realmente necesita. Todavía lleva los pantalones de traje y la camisa del día del entierro, aunque esta última la luce por fuera, casi desabotonada y muy arrugada. Tiene el pelo revuelto y sucio, unos cerquillos de sudor bajo las axilas y sus ojos... Joder, sus ojos son la cosa más triste que he visto en mi vida.

—¡Laura! Sé fijo que teníamos ron en casa. ¿Lo has visto?

—Yo... Sí.

—¿Dónde?

—Rubio... No lo hagas. Métete en cama y mañana...

—¿Dónde? —casi me ladra.

—Por favor...

—¡Laura, dónde, joder! —grita.

Pongo los brazos en jarras y lo fulmino con la mirada. A pesar de la ternura que me inspira y de lo mucho que me hormigean los dedos por las ganas de abrazarlo, como despierte a las niñas se va a enterar.

—Baja la voz. Las niñas... —siseo.

Él me mira de forma diferente. Destensa la mandíbula y traga muy fuerte, lo que hace que me quede como una boba con la vista fija en su nuez. Se acerca a mí en una zancada y me sujeta fuerte por los hombros.

—Por favor, Laura. No soy capaz de dormir. Lo necesito. Necesito dormir. Por favor... Quiero dormir para olvidar durante un rato que... —Vuelve a tragar, pero esta vez no aparto los ojos de los suyos.

Me puede con esas palabras. ¿Quién coño soy yo para negarle a este hombre un poco de alivio? Ni que fuese el primero en emborracharse para quitarse las penas... Y la suya es enorme.

—Ahí. —Señalo con la cabeza la estantería que hay detrás del sofá. En ella, aparte de varios libros, figuritas de damas antiguas y un sinfín de marcos de fotos, el estante inferior aloja un par de botellas.

Me suelta rápidamente y va hasta ella mientras yo me reclino sobre el respaldo para observarlo. Coge la de ron que está a medias y luego también la que está sin empezar. Cuando ya creo que se va a llevar las dos, cambia de opinión y deja la primera en su sitio.

Y, sin más, desaparece del salón en silencio, sin volver a cruzar ni siquiera una mirada conmigo.

«Si nada nos salva de la muerte, al menos que el amor nos salve de la vida».

Pablo Neruda.

CAPÍTULO 12

Clara

Me empujan demasiado fuerte. Una parte de mí quiere quedarse aquí. Se respira paz. Pero yo misma perdí esa opción al elegir volver. Manos desconocidas, pero a las que no temo, me arrojan a un vacío inmenso en el que floto ligera. No estoy asustada, lo que mi cerebro no puede dejar de registrar como extraño. Aunque después de haber visto y hablado con mi madre, lo raro ha alcanzado otra dimensión.

Después, la nada.

Tardo en acostumbrar mis ojos a ver de nuevo. Al principio, todo son sombras. Yo misma soy una de ellas, difuminada entre una luz tan brillante que me ciega por momentos. Me obligo a no mirarme a mí misma y fijo la vista al frente, intentando perfilar la imagen que tengo delante.

Al hacerlo, el impacto es indescriptible. No es dolor. Ni alegría. Es como un golpe seco que me aísla de la luz y me hace recuperar el cuerpo.

A quien veo es a Chema. Hundido, triste y sentado en mi sillón. Acaricia sin parar una foto que ha descolgado de la pared y en la que salgo yo. La que bauticé como «Mirada de amor».

Me acerco despacio y susurro su nombre, pero no me oye. Estiro la mano y acaricio su pelo, pero no lo siente. De hecho, yo acabo de quedarme perpleja al ver como mis dedos atraviesan su cabello sin llegar a rozarlo.

Miro hacia mis pies, confundida. Están en el suelo, sí, pero es una sensación chocante. Excepcional y sorprendente. Porque, en realidad, no lo advierto bajo los zapatos. Es como si me deslizara sobre él, sin tocarlo.

A pesar de ello, intento ahora abrazarlo. Y, de nuevo, es inútil. Mis brazos traspasan su pecho y ninguno de los dos siente el menor contacto. Entonces, doy dos pasos hacia atrás y, como si de una película se tratase, lo recuerdo todo. La lotería, la cena, el accidente, mi madre...

«Estás muerta, Clara».

Estoy muerta. Entonces... ¿Por qué no estoy asustada? ¿O angustiada? ¿O enfadada? Estoy muerta, por el amor de Dios.

Me dejo caer de rodillas o, más bien, adopto esa posición.

Mi madre. He visto a mi madre. He estado con ella. Incluso compartimos un abrazo. A ella sí pude dárselo. Y hablamos. Sí. Mantuvimos una conversación, estoy segura. Aunque ahora sus palabras me resulten confusas e incomprensibles, como si me las hubiese dicho en un idioma extranjero. O extraño.

Vuelvo a observar a Chema con detenimiento. Y, fascinada, caigo en la cuenta de que soy capaz de ver mucho más allá de lo normal. No solo su cuerpo está ante mis ojos, sino que también puedo apreciar su tristeza, su dolor, su rabia, su frustración... Son emociones que sobresalen de él en pequeñas auras y que yo identifico a la perfección.

En cambio, yo no tengo ninguna. Es insólito. No siento nada y, a la vez, eso me llena de paz. Ni siquiera mis sentidos funcionan tal como recordaba. El tacto me es imposible, como ya he comprobado, y en mi boca no percibo ningún tipo de sabor, pero los otros tres están sorprendentemente desarrollados.

Puedo distinguir decenas de olores a la vez y diferenciarlos. El miedo de Chema, su sudor, un

deje de mi colonia que aún conserva la casa, el aroma del pequeño ambientador que reposa sobre el recibidor de la entrada, y hasta la pasta de dientes que está usando ahora mismo Laura.

Mi oído es igual de extraordinario. Advierto los latidos del corazón de mi marido, su estómago protestando, el agua corriendo por las tuberías después de caer en el lavabo... Reconozco un montón de sonidos con una claridad asombrosa.

Chema echa la cabeza hacia atrás y suspira. Se levanta, da una vuelta sobre sí mismo y vuelve a sentarse. Está tan perdido... Otra emoción que se une a las demás auras.

Y, a pesar de que mis sentimientos están ausentes, mis pensamientos no, por lo que me debato entre querer ayudarlo y saber que no tengo medios para hacerlo.

Aparto la vista. Porque, aunque no siento, soy incapaz de seguir observando tanto dolor.

Entonces oigo a Marta. Se ha levantado antes de tiempo, como siempre. La escucho hablar con Laura y luego, entre ambas, despertar a Llara. Así es como me entero de que es su primer día de colegio. Y, siguiendo un impulso, me dirijo hacia ellas. Después de probar a coger el pomo, con el resultado esperado, me lleva unos segundos decidirme a atravesar la puerta. Dios mío, es que todo es tan surrealista... Pero, alentada por las voces de mis hijas al otro lado, doy un paso al frente sin pensar y alcanzo el pasillo.

Estoy con ellas mientras desayunan y se visten. Llara parlotea incansable y Marta está algo nerviosa ante este día especial. Laura se desenvuelve bastante bien con ellas, aunque parece todavía más nerviosa que mi hija y una tristeza inmensa la rodea entera. Lo que la ampara es que es superior su aura de fortaleza y, cómo no, la de una ira profunda que parece empequeñecer a las demás. A pesar de todo, la imagen que transmite es la de una chica llena de energía, con una sonrisa perenne y muchas ganas de vivir.

—Venga, a la calle o llegaremos tarde —les dice a mis hijas en ese momento, guiándolas por el pasillo.

—¡Al cole! ¡Guay! —grita Llara.

—Tía, espera... —Las frena Marta ya en el vestíbulo—. Las mochilas con la merienda y el agua.

—¡Ay, Dios, se me olvidaban por completo! ¡Un segundo, que ya las tengo preparadas! — Laura corre hasta la mesa de la cocina y coge las dos—. Listas.

—Bueno...

—¿Qué sucede ahora, Marta? —resopla Laura.

—Creo que a estas horas de la mañana deberíamos llevar unas chaquetas —explica encogiéndose de hombros con suficiencia. Y, bueno... porque seguramente me lo ha oído a mí en más de una ocasión.

Mi hermana pone los ojos en blanco, pero vuelve a correr hasta el armario de las niñas para hacerse con sus cazadoras vaqueras, que les pone en cuanto regresa.

—¿Podemos irnos ya? —pregunta con retintín.

—Sí. Ahora sí —contesta Marta al abrir la puerta de la calle.

Para mi sorpresa, me encuentro sonriendo. ¡Vaya! De repente, dos sentimientos a la vez. Asombro y sentido del humor. Animada por ello, me atrevo a ir tras ellas y acompañarlas al colegio.

—Pero... ¡¿qué coño estáis haciendo?!

Con los brazos en jarras y echando fuego por los ojos, Laura increpa a los dos peones de mi

marido. Al salir del colegio, ha ido dando un paseo hasta la obra y yo, como no tengo mucho que hacer, la he seguido. Al llegar allí, nos hemos encontrado con que los dos chicos están al lado de un montón de escombros y un pequeño tractor que espera a ser cargado, pero, en lugar de trabajar, se pasan el uno al otro una pelota de goma mientras charlan con tranquilidad.

—¿Os parece bonito?! —chilla de nuevo. Y cuando uno de ellos abre la boca para explicarse, ella pone una mano delante con la palma abierta y lo detiene en el acto—. ¡No! ¡No quiero excusas! ¡Joder, que no lleváis ni hora y media trabajando y ya estáis haciendo el vago!

Los muchachos, abochornados y apurados de repente, cogen las palas que estaban tiradas muy cerca y se ponen a recoger escombros. Laura se acerca más a ellos y, totalmente decidida, le quita a Tobías la suya de las manos.

—Búscate otra —le espeta—. Y si no, usa las putas manos.

Y, sin esperar respuesta por su parte, comienza ella misma a usarla para adelantar trabajo.

Fascinado ahora, el chico la observa con los ojos muy abiertos, pero corre a por otra pala cuando Laura vuelve a fulminarlo con la mirada.

Bastante tiempo después, cuando la camiseta blanca que se ha puesto está sudada y sucia y su piel desprende gotas de sudor, Laura suelta la herramienta al ver salir a Julián de dentro de la casa a la que están echándole un tejado nuevo.

—¿Laura? —susurra él, alucinado.

—Joder, Julián, esto no puede ser. He encontrado a estos dos jugando a la pelota en horas de trabajo. Se supone que tú estás al cargo y...

—Dios, Laura, dame un respiro, ¿quieres? —Le hace señas con una mano para que se separe de ellos y se la lleva a un lugar alejado de oídos indiscretos—. No puedo con todo, joder. Mientras estoy arriba, me es imposible vigilarlos y no sé qué coño pasa con ellos. Supongo que se han relajado al no ver al jefe por aquí.

Laura arquea las cejas, indignada.

—Entonces es que no valen mucho como empleados, ¿no crees?

—¿Y qué quieres que haga? ¿Que los despida? No es que sobren jóvenes dispuestos a ganarse el sueldo de peón de obra en el pueblo, Laura. Eso sin contar que yo no soy nadie para hacerlo.

Mi hermana menea la cabeza, disgustada, pero sé que entiende su razonamiento.

—¿Y Colás? —pregunta.

—En casa de la señora Fátima, haciendo una pequeña chapuza. Le metía algo de agua el cobertizo —suspira sonoramente y se frota los ojos con las manos sucias, dejando huellas de ello sobre su frente—. ¿Cómo está Rubio?

—Igual. —Ahora la que suspira es Laura—. O peor. No lo sé. Ahora le ha dado por el ron.

—La virgen. —Se mesa el pelo, nervioso—. Joder, no se lo compres.

Laura se encoge de hombros y lo mira con tristeza.

—Tienes razón. Solo le compré una botella más de las que ya había en casa por...

—Pues eso no lo ayuda. Solo va a acabar con su hígado.

—Lo sé. Y te juro que esa que le compré la semana pasada es la última. Ya lo había decidido cuando vi que no le duró ni dos días. Solo que... A veces me cabrea mucho su actitud, pero otras me da tanta lástima... Supongo que pensé que podría necesitarlo un día de mucho bajón, pero...

—Pero parece que todos lo son —apunta Julián.

—Sí. Me imagino que es cuestión de tiempo. Es que esto ha sido un golpe muy duro para él, está destrozado y...

—No lo discuto. Claro que lo ha sido. Hasta a los demás nos cuesta encajarlo, joder. Y sobre todo a ti. Pero aun así, ¿acabo de verte con una pala en las manos cargando escombros o he tenido

un sueño erótico? —cuestiona él con una sonrisa triste en la boca y las cejas levantadas, en un intento de bromear pese a todo, o quizá justo por ello.

Consigue lo que buscaba, sacándole una sonrisa a Laura y que le dé un manotazo en el pecho, a lo que él corresponde con un guiño.

—Bueno, Laura, es un placer hablar contigo, pero tengo que seguir trabajando.

—Vale. Y yo debería ir a hacer unas compras —se despide ella también.

Pero cuando ambos se separan unos pasos, él la llama.

—Oye, Laura... Si esto sigue así tendremos que hablar, ¿vale?

—Claro. —Laura entrecierra los ojos, confundida—. ¿De qué?

Él resopla y niega con la cabeza.

—¿De qué? —insiste ella, acercándose.

Julián ahora se muerde la carne de la mejilla, indeciso en hablar.

—Venga, suéltalo, hombre.

—Se me hace difícil, Laura. Con todo lo que está pasando... —resopla de nuevo—. Pero verás, Rubio nos pagaba a la semana y hace dos que no cobramos. Los chicos entienden la situación y yo también, pero...

—Joder... ¡Claro! ¡Los sueldos! Mierda. Él... Él no está para nada ni nadie y yo...

—Ya... Lo sé. No te preocupes, ¿vale? Como tú has dicho, necesita tiempo. Pero si en dos semanas más no mejora la cosa, alguien tendrá que recordárselo. Me sabe mal, pero... —Se encoge de hombros, y yo puedo ver que siente tanta vergüenza por tener que hablar de dinero en estos momentos como preocupación por su situación económica.

—Sí, desde luego. Déjalo en mis manos, ¿de acuerdo? Quince días. Si no, se lo diré.

—Vale, gracias. Y ahora vuelvo al curro, que esto no se hace solo. ¡Oye, que sea para hoy! —les grita a los chicos, con la atención ya puesta en el trabajo.

—De esperar otros quince días, nada. Vamos, ni de coña —refunfuña Laura por lo bajo, ya alejándose de la obra.

Desde luego. Es Laura. No es algo que me sorprenda. De hecho, el aura de determinación que ahora la acompaña empequeñece todas las demás.

Camino del supermercado, gracias a mi nueva condición, me es sencillo seguir las zancadas de mi hermana. A pesar de que yo siempre fui mucho más alta, ella tiene un paso difícil de seguir. Como todo en ella, es decidido, fuerte y seguro.

Nuestro recorrido se ve interrumpido de repente, cuando un coche frena a nuestra altura aparcando de cualquier manera en la acera. Si lo de sentir antes asombro fue una falsa alarma, ahora se confirma. Me quedo con la boca abierta cuando es Lucas el que sale del vehículo y se acerca resuelto a Laura. Ella, perpleja, lo mira sin abrir la boca, pero tampoco retrocede ni un milímetro.

—Laura, menos mal que logro verte.

—¿Qué?

—Quería hablar contigo. Decirte que siento mucho lo de tu hermana y... —Baja la cabeza, supongo que sin saber cómo continuar. Su aura es una mezcla de arrepentimiento, arrogancia, confusión y malicia.

—¿Qué narices quieres, Lucas? ¿Que te agradezca el pésame? Bien, gracias. —A Laura, cuando quiere, a borde no la gana nadie. Lo esquiva y da dos pasos al frente antes de que él la sujete de un brazo.

—Joder, espera. También quería... Yo quería...

Ella arquea las cejas y, soltándose con un ademán brusco, se cruza de brazos. Lo mira con

desdén mientras espera con impaciencia a que él acabe la frase.

—Pedirte perdón, joder. Por aquella vez...

Una carcajada sarcástica por parte de Laura acalla sus disculpas.

—¿En serio? Después de... Vamos a ver, ¿cuatro... cinco años? ¿Te has dado un golpe en la cabeza o padeces alguna enfermedad terminal y estás expiando tus culpas antes de palmarla?

—Oye, esto para mí no es fácil, ¿vale? —protesta él—. Es que nunca he encontrado el momento oportuno para hacerlo y además...

—Y además eres un puto cobarde, ¿verdad, Lucas?

Él aprieta los labios en una línea muy fina y se le marcan los huesos de la mandíbula.

—Mira, da igual... Pensé que podríamos arreglarlo. Yo no estoy orgulloso de aquello, tú me pareces una buena tía y creí que seríamos capaces de comportarnos como adultos, tomarnos un café y...

—¡Vaya! ¿Y además quieres invitarme a un café? ¡Qué considerado!

El comienzo de una sonrisa traviesa le mueve las comisuras a Lucas justo antes de hablar.

—Nadie habló de invitarte. —Aunque la frase no ha estado muy acertada, el tono en el que la dice es apaciguador, bromista pero no burlón, solo divertido—. Pero lo haré. Sin problema.

Laura tarda un minuto entero en contestarle. Lo ha dedicado a mirarlo fijamente, creo que considerando la idea de olvidar lo que fuese que les sucediera en el pasado, o mandarlo a paseo.

—No creo que sea buena idea, Lucas —acaba por decir—. Pero prometo saludarte cuando pase por tu lado, si te hace tanta ilusión.

Él ignora el tono burlón de su última frase.

—Venga, son las doce de la mañana, ¿seguro que no...?

—¡¿Las doce?! ¡Son las doce! —Se mira ella misma el reloj como si no se lo creyese—. ¡Mierda, mierda! ¡Joder!

—¿Qué pasa?

—¡Llora! Está en el cole, con el período de adaptación ese de las narices. Tenía que haberla recogido hace media hora —dice todo esto superapurada, mirando a un lado y a otro, como si no recordase hacia dónde queda el colegio.

Meneo la cabeza, resignada ante sus olvidos. Pero ella está muy preocupada, un halo diferente ha aparecido encima de su cabeza. No debería angustiarse tanto, la profesora no va a dejar a Llora en la calle ni nada parecido.

—Sube. Te llevo —se ofrece Lucas ya rodeando el coche.

—No, ni de coña.

—Anda, no seas terca, sube. Llegarás antes.

«Dios mío, Laura, no subas si no te sientes segura con él. Llora está bien». Me gustaría tanto poder gritárselo que aprieto los puños en señal de frustración. Aunque esta no llega del todo; es más bien como un recuerdo de lo que debería haber sentido.

Pero ella, resoplando, sube al coche tras un instante de duda. Y yo desaparezco.

De nuevo, la nada.

Chema

Hoy le toca a la culpabilidad. Un sentimiento que no es del todo nuevo, pero sí tan horrible como los demás. He pasado por el dolor inmenso, la impotencia, la lástima, la autocompasión y la rabia. Hoy, además de todo eso, también me siento más culpable que nunca. Como si fuesen mis propias manos las que hubiesen acabado con su vida.

¿Habría actuado más rápido de no haberme tomado aquella segunda cerveza? Nunca lo sabré, ¿no? Ni siquiera me hicieron la prueba de alcoholemia. Tener un suegro guardia civil viene bien de vez en cuando.

¿Habría tenido otros reflejos si mi mente calenturienta no estuviese formándose imágenes lascivas en las que follaba con mi mujer? Ni puta idea. Todavía recuerdo con exactitud la que ocupó mi mente un segundo después de su proposición. Y me parece doblemente obsceno haber pensado en eso un instante antes de perderla. ¿En qué momento traicioné mi promesa de tratarla solo como a un ángel? ¿Dónde habían quedado mis firmes ideas acerca de no presionarla nunca? «Joder, no lo hiciste». Sí, aunque fuese sin querer. Algo debió de ver en mí para proponérmelo. «Eres penoso». Eso lo tengo clarísimo. Pero da igual, ¿no? No volveré a tenerla nunca jamás ni en mi vida ni en mi cama, así que puedo ser y sentirme como me dé la puta gana.

Fantástico. He mantenido una conversación con mi última gran amiga. Una botella de coñac. ¿Cuántas llevo en...? ¿En cuánto tiempo? Ni pijotera idea. A las dos preguntas.

La primera que me tomé sí la recuerdo. Y era ron. Lo cierto es que cumplió su cometido. Me dejó en estado comatoso durante mucho tiempo. Al despertarme, el malestar de la resaca me ayudó a centrarme en otro tipo de dolores, en vez de en los que últimamente no me abandonan. Incluso me llevó hasta la ducha, donde, vestido y todo, me metí para aliviar los sudores fríos que me consumían entero.

Me miro a mí mismo. Llevo un pantalón de pijama y una camiseta oscura. No recuerdo habérmelos puesto. Juraría que después de ese remojito cogí un chándal del armario. Me encojo de hombros y bebo de la botella componiendo una mueca. Es probable que haya visitado la ducha en otra ocasión que ni recuerdo. Últimamente parezco no recordar muchas cosas. Como comer, sonreír o que tengo responsabilidades. Bueno, esto último me pasa por la mente de vez en cuando, pero ahora mismo no tengo ánimo ni fuerzas para nada. Eso sin contar que, en el fondo, me importa todo bien poco.

Cojo el último cigarrillo que me queda y lo enciendo con esfuerzo. Me tiemblan tanto las manos que soy incapaz de aguantar la llama prendida en el mechero. Lo consigo tras varios intentos y le doy una calada tan fuerte que noto arder los pulmones. No me extraña. Es otra cosa que hago casi obsesivamente. Fumar. No me alivia una mierda, pero da el pego, así que tengo que ir a por más. Seguro que Laura se ha encargado de comprar. Eso es lo que ha estado haciendo hasta ahora, dejándolo a mi alcance en mis salidas nocturnas, tratando de mantenerse tan alejada de mí como yo quiero. Lo que sí ha dejado de hacer es facilitarme alcohol, salvo algún *pack* de cervezas de vez en cuando y aquella última botella de ron. Supongo que lo hará por mi bien. ¡Qué ilusa! No hay nada que pueda hacerme bien si no me devuelven a Clara. Aunque, joder... El alcohol me hace olvidar a ratos y eso ya es algo. Es que ya no me importa de qué se trate, creo que acabé con todas las existencias que había en la casa.

Miro la botella y le doy otro sorbo. Arrugo el morro al tragar. Está asqueroso. Ni siquiera es un buen coñac, sino uno que Clara usaba para los guisos y que me encontré rebuscando en los armarios a la desesperada, tratando de encontrar un poco de alivio a este dolor. Joder, sí que soy

patético.

Dejo caer la cabeza sobre mi brazo apoyado en la mesa y cierro los ojos un momento. «Clara, cariño, ¿por qué me has dejado?».

—Clara, joder, ¿por qué lo hiciste? Teníamos una vida por delante. ¿Qué voy a hacer sin ti? —susurro.

A eso he llegado. A hablar en voz alta con un fantasma. ¿Un fantasma? Suelto una carcajada amarga y vuelvo a beber. ¡Qué idiota! Un fantasma hasta sería algo cercano, pero ella está muy lejos de mí.

Otra calada larga y otro trago. Y un poco más de dolor.

No estoy dormido, pero sí en trance. Mi vista está perdida en algún punto de la pared y mi cuerpo es un peso muerto tirado sobre el sillón. La borrachera ha perdido intensidad, pero ni siquiera noto los efectos de la inminente resaca. Estoy recordando nuestra boda, donde ella lució durante todo el día una sonrisa que no le cabía en la cara. Le brillaban los ojos de una manera especial. Me encantaban sus ojos, eran como dos trozos robados al cielo. Claro que ella era un ángel, así que lo tenía más fácil que cualquier mortal para lograr semejante hazaña.

Aunque oigo como alguien llama a la puerta, opto por ignorarlo. Serán las niñas jugando. Mis niñas. Desde lo sucedido, solo las veo dormidas. Pero me avergüenzo de lo que soy en este momento, así que aquí sigo, escondiéndome. No soportaría ver sus caras cuando no fuese capaz de aguantarme las lágrimas, o la rabia, lo que sería todavía peor.

Cuando insisten con golpes más fuertes, miro hacia la puerta con el entrecejo fruncido. Pero entonces, el pomo se gira y esta se abre e, inconscientemente, me siento más derecho en el sillón. Joder, se me olvidó cerrar con llave la última vez que salí.

Laura aparece en el umbral y me observa fijamente. Menea la cabeza con disgusto y da un par de pasos hacia dentro. Cuando cierra tras de sí, me pongo de pie.

—Rubio, tenemos que hablar —dice, seria.

—¿Qué quieres?

—Tus hombres llevan dos semanas sin cobrar —explica sin andarse por las ramas—. Julián habló ayer conmigo y quería esperar otras dos antes de que te lo dijera, pero no me parece justo.

Me siento de nuevo y la miro entre los dedos con los que tapo mi cara.

—Me había olvidado por completo —susurro.

—Sí, de eso y de todo —me suelta.

No le pregunto a qué se refiere. Lo que menos me apetece es un sermón. Ya bastante tengo con oír a mi madre al otro lado de la puerta cada vez que viene de visita. Me ha animado, suplicado y hasta amenazado para hacerme salir. Pero no quiero, cojones. He perdido lo que más quería en este mundo, ¿acaso no puedo decidir cómo sobrellevarlo?

Salgo del cuarto rozándome con Laura al abrir la puerta y me encamino a mi dormitorio, ese en el que no he dormido ni una sola noche desde que ella no está. Entre unas mantas en el armario hay un sobre con dinero. Lo cojo y se lo doy.

—Si no te llega, llamaré al banco para que puedas sacar el resto —arrastro casi las palabras y mi voz es más ronca de lo normal.

Ella me mira tan detenidamente que consigue ponerme nervioso.

—¿No vas a preguntar cómo va el trabajo? ¿O, lo más importante, cómo están tus...?

—Si no llega, me avisas —la corto, antes de volver a mi guarida.

Y entonces, sin esperarlo, Llara aparece en la otra punta del pasillo y me ve. Sonríe feliz y se acerca corriendo para echármese a los brazos.

—¡Papi! ¡Papi! ¡Has vuelto!

Jesús... Esto es demasiado. Cierro los ojos ocultando mis lágrimas. «No, cariño, todavía no he vuelto». Pero no soy capaz de decírselo, ni eso ni nada. Abrazo con fuerza ese cuerpo menudo y me empapo de su aroma infantil. Escondo la cara en su cuello y una lágrima desobediente resbala por mi mejilla. Sin poder evitarlo, ella se separa y me agarra la cara con sus dos manitas. Me limpia con el pulgar la humedad y sonrío a la vez que mueve los rizos.

—¿Son de felicidad? —pregunta—. A Mina también se le escapa alguna a veces. ¿*Vedad?* — se dirige ahora a Laura, sin perder la sonrisa.

—Sí, cariño —dice Laura e, inmediatamente, se muerde el labio inferior, que ha comenzado a temblarle.

—¿Y mami? Papi, yo *queo* que ya ha vuelto. Como tú. ¿*Vinistes* juntos? *Poque* a ella no la *encuento* —continúa la niña, sin pronunciar ninguna de las erres, como es habitual en ella. Dios, había olvidado ese pequeño detalle. La manera de hablar de mi pequeña. Cosa que me destroza tanto como el contenido de su frase—. Mira, ven.

Se mueve intentando bajar y yo la dejo en el suelo. Me coge de la mano y tira de mí mientras me explica que hoy ha ido otra vez al cole y que su profe es muy guay. Puedo ver al fondo a Marta, que se ha detenido contra la pared y observa la escena. Le dedico una sonrisa fugaz, pero ella no se mueve y me mira con gravedad.

Llara solo deja de hablar cuando me hace entrar en su cuarto, donde el olor de la colonia de Clara entra por mi nariz para golpearme directamente en el pecho.

—¿A que huele a ella? A galletas —comenta Llara, sentándose en la alfombra con las piernas cruzadas al estilo indio.

Confuso y estupefacto, doy una vuelta sobre mí mismo. ¡Qué cojones! Que huele a Clara es indiscutible, la pregunta es por qué.

—¿Quién ha usado su colonia? —pregunto con los puños cerrados e intentando mantener la calma.

Nadie me contesta, lo que me irrita un poco más.

—¿Quién lo ha hecho? —Esta vez mi voz es más alta. Y mi cabreo, bastante evidente.

Llara comienza a llorar y, por su cara y la actitud anterior, sé que es inocente. Me giro y me encaro con Marta y Laura, las dos todavía en el pasillo y observándome con los ojos muy abiertos.

—¿Marta?

—No, papá. No llego a la estantería de vuestro baño, donde lo tiene. Yo no he sido, de veras.

La pobre casi tiembla, apoyada contra la pared. Mueve la cabeza negándolo, asustada de verdad. Conozco a mis hijas. Cuando Marta miente, aparta la mirada y se monta historias.

—¿Laura?

—Estarás de coña, ¿no? —contesta, quedándose con la boca entreabierta y meneando la cabeza como si considerase que estoy loco solo por cuestionármelo.

—Lo que está claro —digo casi entre dientes y más tenso que la cuerda de un arpa— es que alguien la ha rociado aquí. Y me gustaría saber si has sido tú.

Ella da un paso atrás y me señala con un dedo.

—Yo no tengo por qué aguantar esto —marca con enfado cada sílaba, antes de girarse con la cabeza muy erguida y comenzar a andar.

La alcanzo entrando en el salón, la cojo de un brazo y hago que me mire.

—Alguien ha sido —insisto.

—Pues habrás sido tú durante una de tus borracheras —espeta sin paños calientes—. Y suéltame, coño —exige, rotunda pero sin levantar la voz, tras varios intentos fracasados de hacerlo por su cuenta dando tirones.

Lo hago, pero no porque me lo ordene, sino porque esto se nos está yendo de las manos. Quizá esté algo nervioso, roto y fuera de mí, pero todavía no he perdido la facultad de raciocinio.

—Yo no he sido —susurro. Me echo las manos al pelo a la altura de la frente y tiro de él mientras me alejo de ella.

—Rubio... —Laura casi gime mi nombre y, cuando siento su mano sobre mi brazo al cabo de unos segundos, me desprendo de su contacto como si me quemase.

Me froto la cara y respiro muy rápido y profundo. Todavía siento en mi nariz el aroma único de mi mujer.

—Voy a acabar por volverme loco —murmuro para mí mismo.

—Mamá está en el cielo, ¿verdad? Como la abuela de Teo —oigo justo a mi lado, lo que hace que mi corazón comience a bombear de una manera frenética, a la vez que mis pulmones dejan durante un instante de coger aire.

Giro la cara y veo a Marta mirándome con los ojos encharcados en lágrimas aún no derramadas. Ojos que me ruegan casi a gritos la verdad. Vuelvo la vista hacia Laura, que mira a la niña con las manos sobre su boca.

Me arrodillo en el suelo y abro los brazos, en los que mi hija se cobija sin dudar. Negar la realidad ya es inútil.

—Lo siento. Lo siento muchísimo —susurro contra su pelo—. Lo siento, cariño.

Por primera vez me consiento romperme delante de alguien. Comparto el llanto con mi niña, pero sin emitir ni un sonido, al contrario que ella, que parece echar fuera su dolor a base de angustiosos y desgarradores berridos.

Entre lágrimas, observo como Llara entra en el salón y se acerca casi temerosa a Laura, a la que le agarra una pierna con fuerza. Mi cuñada se agacha poniéndose a su altura, pero ella solo nos mira a su hermana y a mí. Abro un brazo invitándola, pero Llara niega con la cabeza, triste y temerosa ante lo que ve.

—Cariño... —murmuro, mientras contemplo indefenso como mi hija se deja abrazar por Laura y rompe a llorar también, aunque no sepa muy bien aún el motivo por el que lo hace.

No sé cuánto tiempo pasa hasta que Marta lo echa todo fuera. Cuando sus hipidos se reducen lo suficiente para que considere que es capaz de hablar, se aparta lo justo para mirarme a los ojos. Me duelen las rodillas y tengo la espalda entumecida de estar tanto rato en la misma postura, pero no me muevo lo más mínimo mientras ella abre y cierra la boca varias veces, buscando las palabras que quiere usar.

Laura se ha acomodado en el sofá con Llara en el regazo y, tras calmarla, la mantiene pegada a su pecho, ambas tristes y calladas.

—¿En el cielo se está bien, papi?

Cierro los ojos ante la pregunta de Marta. Ella solo me llama «papi» cuando está asustada o malita.

—Sí, cariño —me fuerzo a contestar.

—Pero... ¿mami no estaba bien aquí con nosotros?

—Sí, cariño, claro que sí. —¡Jesús, qué difícil es esto!

—Entonces... —Lleva un dedo entre sus labios y se muerde la yema—. Entonces... ¿por qué se fue?

Antes de responderle, miro de nuevo hacia Llara. Ella está escuchándolo todo muy atenta, pero parece no comprender el alcance de la situación. Sus tres años me parecen ahora una bendición, ojalá yo tampoco entendiera del todo que Clara nunca va a volver. Y si Marta no fuese una niña tan especial, quizá esta explicación sería innecesaria o, al menos, no tan dura.

—Papá Dios la necesitaba ahí arriba, cariño.

—Pero... ¿por qué? Ella era nuestra mamá. —Gruesas lágrimas vuelven a caer por sus mejillas, pero ahora son de rabia. Tiene los puñitos muy apretados y le tiemblan los hombros.

—Sí, lo era. —No sé cómo, pero logro no caer en la tentación de darle la razón a Marta y ponerme a gritar de frustración—. Pero también era un ángel, ¿recuerdas? ¿Recuerdas que yo siempre lo decía?

Mi hija mayor, tan madura y tan inteligente, no me lo rebate, pero tampoco me da la razón. Me mira con fijeza y luego me da un gran abrazo, como consolándome ella a mí.

—¿Y ahora tiene alas? —pregunta Llara, repartiendo la mirada entre su madrina y yo.

—Sí, claro. Unas alas blancas y enormes —le responde Laura con inmenso cariño, lo que le agradezco muchísimo.

Si tengo que pronunciar una palabra más, es posible que me estalle el corazón.

CAPÍTULO 13

Laura

Las cosas no están demasiado bien, pero Rubio parece haber dado un pasito hacia delante después de la angustiada tarde en la que las niñas se enteraron de la verdad.

Al menos, ahora, todas las noches sale del maldito cuarto de costura para pasar un ratito con ellas y acostarlas. No es mucho, una horita u hora y media cuando no tiene el día muy malo, pero ya es algo y les viene muy bien a los tres, creo yo. Ellas, demasiado empáticas para su edad, se portan exageradamente bien con él, supongo que porque les encanta estar con su padre, o quizá intentando ampliar ese tiempo a base de ser simpáticas y obedientes.

Lo que sí sé seguro es que los niños son unos seres asombrosos. Mucho más fuertes de lo que parecen y con un poder de adaptación exagerado. Durante todas esas semanas en que justifiqué la falta de sus padres con excusas sobre hospitales, enfermedades y demás, ellas parecían estar bien. Preguntaban por ellos, claro, pero la inocencia las cobijaba bajo su ala consiguiendo que fuesen las mismas de siempre.

Ahora, conscientes de la verdad, la cosa evidentemente ha cambiado. Pero siguen demostrando una fortaleza y una aceptación excesivas para ser tan pequeñas.

Llora todavía está un poco perdida con el tema. Hay veces en que pregunta por su mamá como si fuese a volver de un momento a otro de algún recado, y otras en las que se echa a llorar añorándola, aunque, con el transcurrir de los días, estas ocasiones son menos frecuentes.

Marta, por su parte, está más seria y sensible que nunca, lo que traduce en inconformismo. Demuestra su dolor protestando a menudo y siendo mucho más exigente con ella misma y con los demás de lo que ya era. Es su autodefensa, tan parecida a la mía que la entiendo mejor que nadie. Eso no hace que pueda pasarle por alto todo y me deje torear por ella. Se supone que aquí yo soy la adulta y darle educación consiste en pararle los pies cuando se está pasando.

En estos momentos, la más pequeña está sobre la alfombra del salón, jugando con un par de muñecas, mientras en la tele *Dora* le hace compañía. Marta, de rodillas ante la mesa baja, colorea unos dibujos tan concentrada que frunce, sin querer, el entrecejo.

Yo las observo desde la mesa de la cocina, donde estoy doblando una ropa que acabo de recoger del tendedero. Estoy separando la mía y poniéndola directamente en la pequeña maleta que tengo sobre una silla, pues mi estancia en esta casa está a punto de terminar.

Los quince días que tenía pensado coger al principio han aumentado a un mes, al disfrutar también de las vacaciones que aún me debían en el trabajo. Pero ahora tengo que volver. No puedo posponerlo más. Sería propasarse y no quiero hacerlo. Así que, a golpe de viernes, solo tengo la ropa indispensable para este fin de semana en el armario de las niñas, donde me hice un hueco.

Saber que me voy a ir me produce sentimientos encontrados. Quiero recuperar mi vida, mi trabajo, mis amigos, mi espacio... Este pueblo me agobia y las circunstancias que me rodean también. Sé que respirar otro aire y salir de este entorno me ayudará a comenzar a asimilar y curar mi heridas.

Pero, por otro lado, pensar en abandonar a estas dos criaturas me deja un vacío en el estómago que solo llena un peso enorme. El peso de la culpa, de la angustia y de la pena. Las voy a echar

muchísimo de menos, eso sin contar que parece que estoy fallándole a Clara al no cuidar de ellas.

Sé que van a estar bien. Estas dos últimas semanas, Adela ha insistido en que se las acercara a su casa para pasar tiempo con ellas, y hasta mi padre ha aprovechado las tardes libres para llevarlas a tomar un helado o a jugar al parque. Todos se están preparando para mi marcha, facilitándome la decisión.

El único que no se ha pronunciado al respecto ha sido Rubio. Ni siquiera sé si se lo espera. Sí se lo he insinuado alguna vez en estas últimas semanas, a lo que él únicamente asentía distraído; pero ahora debo buscar el valor de despedirme. Y nadie se imagina lo difícil que me resulta eso.

Nuestra situación es rara y complicada. Nunca, desde que nos conocemos, hemos estado tan cerca uno del otro y, a la vez, tan lejos. Lavo su ropa, cuido a sus hijas y limpio su casa, hasta me ocupo de su bienestar todo lo que puedo. He cogido el hábito de dejarle un plato de comida preparado en la encimera antes de acostarme. Comida que, por la mañana, ya no está, lo cual supongo que me agradecerá y que a mí me deja mucho más tranquila. También le he cortado el suministro de alcohol, no así el de tabaco. Pero es que no podía dejar que eso se le fuera de las manos. No hubo por su parte ni una protesta ni un simple comentario. Se dedica a coger alguna cerveza cuando las hay y a no beberlas cuando se acaban.

Sí, hago todo lo que está en mis manos por él, pero nada de eso lo ayuda en realidad. El chico que todos conocíamos parece haber sido enterrado en la misma caja que Clara, y en su lugar ha quedado un hombre solitario y amargado. Un hombre que no deja acercarse a nadie.

De hecho, apenas hablamos y yo tampoco quiero presionarlo. Nuestro trato se basa en el intercambio de unas cuantas frases antes del «hasta mañana» de despedida cuando se lleva, todos los días a las nueve en punto de la noche, a las niñas a la cama.

Clara era una persona de costumbres y rutinas en la crianza de sus hijas, algo que yo he respetado todo lo que he podido, comprobando en carnes propias que resulta tan necesario como cómodo. Solo me gustaría poder manejar la casa y la cocina de la misma manera, porque si no llega a ser por los guisos que, de vez en cuando, Adela y Lidia nos traen, las niñas tendrían una dieta idéntica y desequilibrada.

—Mira, tía Laura. —Se acerca a mí Marta con el dibujo en la mano.

Lo cojo y observo admirada lo perfectamente coloreado que está. Miro a mi sobrina y de nuevo el folio que tengo entre los dedos.

—¡Dios mío, Marta! ¡Te ha quedado precioso! ¡Está genial!

—Bueno... En algún sitio me he ido un poco por fuera.

—Pero ¿qué dices? Está perfecto, cariño. Tendríamos que colgarlo en...

—¿Te vas?

—Eh... ¿Qué? —La miro de nuevo a ella y la veo con la vista clavada en la maleta. Tiene los ojos entrecerrados y una mueca extraña en la boca.

—¿Te vas? ¿Tú también?

Si es posible sentir cómo se rompe el corazón, yo lo he sentido en este momento. Un dolor agudo, lacerante y profundo se instala en mi pecho.

—Cariño, yo...

—¿Qué? ¿Adónde vas? —pregunta ahora Llara, acercándose también y mirándonos a la una y a la otra sin entender nada.

Me separo de la mesa y la rodeo para acucillarme delante de ellas.

—Princesas, tengo que volver al trabajo. A mi casa.

—Pero... ¿Po qué? —continúa mi ahijada—. ¿Es *poque* aquí *duemes* en el sofá? Yo puedo *dejate* mi cama, Mina.

Cierro los ojos y suspiro. Cuando los abro de nuevo, los clavo en Marta, que me mira acusadora y con los brazos cruzados.

—¿Quién nos va a cuidar? —me pregunta, tan práctica como siempre.

—Pues... Está papá...

Aunque no dice nada, su arqueado de cejas interrumpe mis palabras. Joder, esta niña no es normal, de verdad. Llevo días pensando en hablar con alguien sobre el tema, porque esta perspicacia e inteligencia suya hasta asusta, pero, en cuanto quiero hacerlo, el sentimiento de deslealtad hacia ella me frena en seco.

—Bueno... —prosigo después de tragar saliva—. Están los abuelos. Ellos...

—Yo no quiero que me cuide la abuela Adela. Hace unos bizcochos muy *licos*, pero no nos deja *juga*. Dice que somos... somos como te... te...

—Terremotos —la ayuda su hermana—. Pequeñas granujas que lo ensuciamos todo.

—¿Cómo? —pregunto incrédula. Estas niñas tendrán defectos, como todos, pero son muy tranquilas y decididamente maravillosas.

—Es que le gusta tener todo muy limpio y ordenado —me explica Marta. Y no lo dice como queja, sino como la constatación de un hecho.

Aun así, aprieto los dientes e inhalo profundamente. Mis temores confirmados. Adela no es la mujer adecuada para hacerse cargo de dos niñas pequeñas. Y mi padre y Lidia, pues... Ellos harán lo que puedan, pero, con los dos trabajando, lo tienen difícil.

—Mina, no te vayas. Por favor... Tú nos cuidas muy bien.

—Llara, no seas pesada. Si quiere irse, que se vaya. Ya se ha ido primero mamá... Nos acostumbraremos —replica Marta, enfadada.

Mi ahijada rompe a llorar y se echa a mis brazos mientras yo le echo una mirada desaprobatoria a la mayor.

—Marta, por Dios.

—No te vayas, Mina... No, no. *Pofa*... —suplica Llara con la carita pegada a mi pecho.

—Niñas, yo... —Mierda, no sé qué hacer.

Entonces Llara se separa de mí y echa a correr hacia el pasillo. Cuando la siento aporrear una puerta, suelto un taco por lo bajo y corro tras ella seguida por Marta. La cojo en brazos y, con el corazón en un puño, aún espero unos segundos a que Rubio abra la puerta, cosa que no hace. Nunca he agradecido tanto que se mantenga encerrado ahí dentro y nos ignore. Y, al mismo tiempo, me indigna muchísimo que no haya hecho caso de unos golpes desesperados como lo eran los de Llara. ¿Qué hubiese sucedido si la causa fuese algo grave?

Ay... Joder. Frustrada, enfadada y, sobre todo, preocupada por mis niñas, vuelvo a la cocina y me siento en una silla con Llara todavía en mi regazo. Marta es como una sombra, pegada a mí pero sin emitir ningún sonido ahora.

No sé qué decir para suavizar este momento. Y, lo peor, tampoco sé qué hacer. Mi decisión ya no es tan firme como hace unos minutos. De repente, mi vida en Oviedo no me parece ni siquiera real.

Me convengo a mí misma de que puedo y debo irme, de que nadie es imprescindible, y la ausencia de Clara en sus vidas es una muestra de ello, pero... pero, joder...

Apenas soy consciente de que llaman a la puerta, inmersa en mis pensamientos. Es Marta la que corre a abrir, y vuelve acompañada por Teresa y Julián, que traen con ellos a su hija Sofía.

Él todavía tiene puesta la ropa de trabajo, con restos de cemento en las botas. Miro el reloj y descubro asombrada que ya son casi las ocho de la tarde.

—Hola, chicos —saludo, poniéndome en pie y dejando en el suelo a Llara, a la que Sofía coge

muy rápido de la mano y tira de ella hacia su dormitorio; le dice no sé qué sobre un juego.

Agradezco la interrupción al verla irse con su amiguita y le hago una seña con la cabeza a Marta para que las siga, pero esta, ignorándome, recoge el dibujo que aún sigue sobre la mesa y se lo lleva de vuelta al salón. Supongo que no quiere perderse detalle de nuestra conversación, cosa que me molesta y me divierte a partes iguales.

Teresa, tras saludarme, se ha sentado a la mesa de la cocina, por lo que aparto la ropa que aún está sobre ella hacia un lado e invito a Julián a que la imite, apartando otra silla.

—No, gracias —me responde él, rascándose la nuca para luego apoyar las manos sobre el respaldo—. Así estoy bien.

—¿Os apetece tomar algo?

—No, Laura, no te molestes —dice Teresa antes de intercambiar una mirada con su marido. Este meneo la cabeza hacia ella y después clava la vista sobre el mármol de la encimera, justo por encima de mí.

—¿Qué sucede?

—Verás, es que...

—¿De verdad te han visto en un coche con Lucas, o la gente de este pueblo vuelve a aburrirse y se están inventando cosas? —interrumpe Teresa a su marido.

—¿Qué? —acierto a decir, confundida. Aunque no sé de qué coño me sorprende, este pueblo no cambiará en la vida.

—Joder, Teresa, te dije que la dejaras en paz —se enfada Julián con su mujer—. No hemos venido aquí a cotillear.

—Ya lo sé. Pero no podía dejar de preguntárselo. —Aparta su media melena oscura y abre mucho los ojos mientras se apoya sobre la mesa—. Es que no lo entiendo, Laura, ¿qué demonios hacías con alguien como Lucas? Quizá no sea tan capullo como los dos con los que anda, pero no es nadie que recomendaría como amigo.

«Sí, Teresa, es tan capullo, créeme».

—Por el amor de Dios —resoplo, hastiada—. Solo subí con él un momento porque se me había olvidado recoger a Llara en el cole y llegaba tardísimo. Y de eso hace semanas. Y no te preocupes, que no entra en mis planes irme de cañas con él.

Ella me mira con atención, supongo que pensando si creerme o no. Lo que, en realidad, me da igual. Era lo que me faltaba, sentirme juzgada por algo tan estúpido. ¿A quién le importa, de todas formas?

—No tienes que darnos ningún tipo de explicaciones, Laura —me tranquiliza Julián y, acto seguido, fulmina a Teresa con la mirada.

Esta no parece para nada afectada por el cabreo de su marido.

—Bueno, yo las agradezco —se atreve a decir, lo que, contra todo pronóstico, me hace gracia. Sonríe y meneo la cabeza, resignada ante su forma de ser. Nunca entendí como dos personas tan diferentes como Clara y ella podían ser tan buenas amigas. Aunque, bueno, supongo que no sería difícil. Mi hermana era una persona tan dócil que a Teresa le resultaría la mar de fácil salirse siempre con la suya.

—Tú eres la peor de todas esas cotillas, Teresa, reconócelo —le suelto sin amilanarme. «Lo siento mucho, cielo, pero yo no me parezco en nada a Clara».

—Tienes razón, nunca le hago ascos a un buen chisme. Pero en esta ocasión es por algo más que eso. Me importas, Laura, y como Clara ha estado siempre tan pendiente de ti, pues algo se me ha pegado. —Aunque me ha dicho todo eso con una sonrisa en la cara, noto como la punta de su nariz enrojece y sus ojos castaños brillan llenos de lágrimas, emocionada.

Nunca ha sido una mujer especialmente guapa, pero sabe sacarse muchísimo partido y eso, junto a su franqueza y una seguridad apabullante en sí misma, la hacen resaltar. Por eso resulta todavía más difícil verla vulnerable, aceptar que tras ese carácter mandón e incluso algo borde se esconde también un gran corazón.

Me levanto como un resorte y voy a por dos cervezas. Pongo una frente a Julián y a la otra le doy un buen trago a morro. Así es como resuelvo yo los momentos intensos.

—¿A ti qué te apetece? —le pregunto a Teresa, pues sé que no bebe alcohol.

Es ella misma la que se levanta y se sirve un vaso de agua, mientras Julián y yo intercambiamos unas sonrisas tristes y una mirada muy significativa.

—¿Cómo está él? —se interesa bajando la voz, supongo que en deferencia a la niña que nos observa a hurtadillas.

—Bueno... Más o menos igual.

Entonces sí que se deja caer en la silla y resopla.

—Joder, ¿qué podemos hacer?

Me encojo de hombros. Como no sea sacarlo a patadas del agujero en el que él mismo se esconde, no tengo ni idea.

Julián apoya un codo en la mesa y descansa la frente en su mano. Luego se frota la cara con exasperación y suspira.

—Díselo, Julián —le pide su mujer, sentándose a su lado y acariciándole un brazo.

Él me mira y parece indeciso.

—¿Qué es lo que pasa? —Ahora la que lo apremia soy yo.

—Lo siento, Laura, sé que tú ya tienes bastante, pero... tenemos un problema. Rubio era el encargado de hacer los presupuestos y estamos perdiendo trabajo a destajo. Algunos clientes entienden la situación por la que está pasando y esperarán, pero... son los menos, si te digo la verdad. Ya sabes cómo va esto; cuando alguien quiere hacer una obra, la quiere ya. O, por lo menos, lo antes posible.

—Sí, lo sé bien —digo. Aunque mi trabajo es en otro ámbito, viene a ser lo mismo y, en cuanto un cliente decide gastarse la pasta en una reforma, la desea para anteayer.

—Pues eso. Últimamente la cosa estaba un pelín floja, sin grandes obras entre manos, así que tenemos faena para algo así como mes y medio, y luego... Joder, no sé qué coño hacer.

Lo miro pensativa barajando ya posibilidades. Nunca he sido de las que se quedan esperando a que pasen las cosas, sino que algunas incluso las fuerzo, así que hilvano una idea con otra buscando una solución.

—A ver... No puede ser tan difícil —pienso en alto.

—A mí no me mires. Soy malísimo con los números. De hecho, ni siquiera acabé la ESO por las estúpidas matemáticas.

—Y por lengua, cariño —mete baza Teresa.

—¡Vaya! No sabía que fallaba en eso. Juraría que a ti te gusta cómo me las arreglo con ella.

Ella suelta una risita y le da un manotazo cariñoso.

—No seas guarro —protesta sin muchas ganas.

—Bueno, bueno... A lo que estamos —los interrumpo, aunque me han hecho sonreír. Que la vida, ajena a nuestra desgracia, siga como siempre es justo el aliento de esperanza que necesitaba —. Tú sabes medir, ¿no?

Él me mira con cara de bobo.

—¿Medir? ¿Con un metro, quieres decir?

—Claro —respondo, algo más irascible de lo que debiera.

—Desde luego que sé medir. ¿Qué clase de pregunta es esa?

—Y Colás es buenísimo con los números, ¿verdad?

Él parece seguir el hilo de mis pensamientos, porque muestra una sonrisa fugaz antes de asentir categóricamente.

—Sí, muy bueno.

—Pues ya está. Tú te encargarás de medir y entre él y yo nos las arreglaremos con la ayuda de antiguos presupuestos. Al fin y al cabo, tampoco es el primero que haré. —Y es cierto. Era parte de mi trabajo, aunque, en vez de ladrillos y cemento, yo calculara el precio de muebles y cortinas.

Y entonces la realidad cae sobre mí como una tonelada de piedras. ¿Qué estoy haciendo? ¿No se suponía que me iba? Miro hacia Marta, que parece haber perdido interés en nuestra conversación y está absorta sobre una libreta, y de nuevo a Julián. ¿De verdad voy a quedarme? ¿A renunciar a un trabajo que me encanta? ¿A una posible relación con un hombre maravilloso? ¿A mi piso, sin ruido y juguetes por medio? ¿A la libertad de entrar y salir cuando me venga en gana? ¿A mi cama?

Joder, sí. Voy a hacerlo. ¿Acaso no renunció Clara a su adolescencia para cuidar de mí? Ahora mismo hasta me siento avergonzada por haber pensado en dejar a sus hijas solo buscando mi propia satisfacción.

—¿Laura? Laura, ¿estás bien?

—¿Eh...? Sí, sí, estoy bien.

Los dos me observan preocupados. No me extraña, mi cara debe de ser un poema en estos momentos.

—Estoy bien, de verdad —repito, bebiendo de mi cerveza con ganas. Y deseando un cigarrillo—. Entonces... ¿te encargas tú el lunes de ir a ver las futuras obras y le dices a Colás que se acerque aquí por la tarde con las medidas? Yo buscaré entre los papeles de Rubio algún presupuesto anterior. Creo que lo guarda todo ahí, en el mueble del salón. Les iré echando un vistazo.

—Sí, perfecto. Quedamos así.

Y, tras darle dos tragos a sus bebidas para acabarlas, llaman a Sofi, se despiden afectuosamente de nosotras y se van. Miro de nuevo la hora. ¡Dios, se ha hecho tardísimo! Y aún tengo que hacer una llamada muy importante.

—¡Niñas! Los pijamas...

Chema

Como el alma nocturna en la que me he convertido, salgo a oscuras al pasillo y lo recorro guiándome con una mano apoyada en la pared. Al llegar al salón, las tenues luces de la calle que entran por las ventanas me ayudan a dirigir mis pasos hasta la cocina, donde enciendo solo los pequeños apliques que yo mismo coloqué debajo de los armarios, a petición de Clara.

Cubierto con papel de aluminio, un plato me espera encima del mármol, lo que me arranca una sonrisa triste. Lo destapo y me encuentro con un muslo de pollo asado junto a una guarnición de patatas y verduras. No necesito nada más que esa visión para saber que mi madre ha estado por aquí. Laura se las está arreglando bastante bien con la casa y las niñas, pero en la cocina es un auténtico desastre. El recuerdo del bistec de ayer, más parecido a una suela de zapato, duro e insípido, solo produce que mis tripas rujan furiosas. Fui incapaz de acabármelo y lo que ahora tengo delante me hace casi salivar.

Sorprendido por sentir por primera vez ganas de comer algo apetitoso, más que el hambre producida por un estado puramente fisiológico, meto el plato en el microondas y contemplo hipnotizado como da vueltas dentro.

Cuando el pitido me saca de mi aturdimiento, lo retiro y me siento a la mesa tras coger un tenedor y una cerveza. Después del primer bocado, siguen otros, como si estuviese famélico, y quizá lo esté. Además, el sabor de la comida de mi madre me hace recordar tiempos pasados, en los que el dolor y la desesperación eran algo lejano, incluso me atrevería a decir que impensable para mí.

Mi madre tiene muchísimos defectos, pero cocina de maravilla. Algo que tenía en común con Clara, aunque no le gustase admitirlo. Todavía no la he visto desde el día del entierro, y parece que se cansó de hablarme a través de una puerta de madera, lo que agradezco una barbaridad. Eso me hace pensar en cómo serán sus visitas a esta casa. Sé por las niñas que no pasa aquí mucho rato y apenas habla con Laura, pero, aun así, esas dos juntas son algo que temer. Espero que no esté poniéndole las cosas difíciles a mi cuñada, pues no se merece más que agradecimientos.

A veces me odio por dejar todo en sus manos, pero no estoy en condiciones de hacer otra cosa. El tiempo que me obligo a pasar con mis hijas es el más duro de todo el día. Ellas me recuerdan lo que perdí de una manera brutal, y ni me quiero acordar de las veces en que me hablan o me preguntan cosas sobre su madre, esas en las que una tonelada de cemento parece impedirme el paso del aire, mucho más el de las palabras con las que contestar.

Aun así, día tras día, salgo de mi letargo y ejerzo ese miserable y corto periodo como padre, porque sé que es lo mínimo que debo hacer. Y sus primeras sonrisas, esas con las que me reciben, son el único instante de paz con el que cargo las pilas para poder sobrevivir las siguientes horas.

A pesar de que el pollo está riquísimo y del ansia con la que empecé a comérmelo, soy incapaz de acabarlo, por lo que tiro las sobras a la basura y meto el plato en el fregadero sin siquiera molestarme en lavarlo.

Al girarme para salir de ahí, mis ojos vuelan al sofá donde duerme Laura. Vestida con un pijama de verano, está hecha un ovillo completamente destapada. Se abraza a sí misma y las rodillas casi le rozan el vientre, supongo que intentando buscar un poco de calor.

Tuerzo el gesto y frunzo el ceño. Las temperaturas han bajado mucho de repente, a pesar de que el otoño acaba de comenzar. ¿Por qué no se ha tapado con una manta? ¿Y dónde está la que solemos tener doblada sobre el respaldo del sofá?

Sin darle más vueltas, me dirijo hasta ella, cuidando de no hacer ruido, y acerco mis dedos a

su mejilla rozándola apenas. Joder, está helada. Voy a por una manta gruesa a mi dormitorio y la cubro hasta los hombros. Cuando me inclino sobre ella para sometérsela un poco en la espalda, me fijo en cómo arruga la nariz. Me aparto con rapidez, pero, por suerte, no se despierta, sino que suelta un pequeño susurro y parece acomodarse mejor.

Sin poder evitarlo, le saco un mechón grueso y rizado que le ha caído sobre la cara y se me aparece, como una imagen de película en blanco y negro, la de veces que he hecho eso con Clara. Laura vuelve a arrugar su nariz y yo doy un paso atrás.

¿Qué demonios? Me huelo las axilas y noto con desagrado que necesito una ducha con urgencia. Pero ¿es posible que ella me haya llegado a oler?

Se me escapa una sonrisa de burla hacia mí mismo. Estoy hecho un desastre y ahora, además, me comporto como un auténtico pirado.

«Sí, chico, un pirado roñoso».

Me obligo a no seguir pensando estupideces y me encamino a la ducha, donde me recreo debajo del agua como no hacía desde hace mucho. Y al salir, me acuesto en la cama en la que nunca creí poder volver a dormir sin mi mujer.

Supongo que haberme pasado la tarde aquí, oliendo y acariciando su ropa, me ha animado a hacerlo después de más de un mes.

Me paso horas dando vueltas sobre el colchón, recordándola, añorándola y, en ocasiones, pasando mis dedos por el espacio que solía ocupar, como si así aún pudiese sentirla. Hay momentos en los que estoy tentado de levantarme y abandonar lo que me parece un tortuoso castigo, estar en nuestra cama sin ella, pero no lo hago. Al fin y al cabo, sí hay una penitencia que tengo que pagar.

Clara

Estoy en el cuarto de las niñas.

No sé cuánto tiempo ha pasado desde la conversación de Laura y Lucas, antes de que volviese a tragarme la nada, pero solo pierdo un segundo pensando en ello.

Ahora estoy con mis niñas y eso es lo único que me importa.

Me alegra descubrir que sí hay amor en mí. Y todo lo vuelco en ellas. Es un sentimiento que la última vez no percibí y, mientras me acerco a las literas en las que duermen, también me embarga el agradecimiento por tenerlo de nuevo.

Observo a Llara abrazada a su rana de peluche, con sus rizos rojos desperdigados por la almohada y tapada hasta el cuello. Está en posición fetal y, aunque siento la necesidad de comérmela a besos, no poder hacerlo no me causa ningún dolor. Es como si hubiese aceptado mi estado sin luchar. Lo único que noto es una satisfacción enorme por tener el privilegio de verlas durante un poco más de tiempo.

Supongo que, si fuese una muerta normal, ahora estaría muy lejos de ellas.

Unas palabras de mi madre cruzan mi mente casi como si estuviese oyéndolas de nuevo.

—Debes elegir si volver o no. Si lo haces, podrás ayudar a dos almas que, perdidas y destrozadas, a la par que asustadas, no llegarán a aceptar su destino.

¿Se referiría a mis hijas? Me imagino que sí. Al menos, parecen las almas más inocentes y necesitadas de todas. Pero no sé cómo ayudarlas. Espero que estar cerca de ellas sea suficiente.

Me encaramo a la litera superior y me siento sobre ella. Marta duerme boca abajo, igual que su padre. Su padre. Chema. Él también está sufriendo mucho. Quizá incluso más. ¿Será él una de esas almas? Pero entonces, ¿cuál es la otra? ¿Cuál de estas dos criaturas?

Asombrada, caigo en algo. Dios mío, estoy preocupada... Pero, en cuanto lo pienso, un alivio inmenso se apodera de mí, dejando solo mucha paz y amor en mi interior. Una luz rápida y cegadora, como la de un rayo, me ha iluminado un instante y ahora estoy limpia de nuevo de todo sentimiento negativo o perturbador. Anda... ¡Vaya invento! Y entonces sonrío encantada. Mi sentido del humor no es que haya vuelto, sino que ahora es mucho más desarrollado.

Gateando, me acomodo al lado de mi hija mayor y deslizo las yemas de mis dedos por el pequeño trozo de cara que deja visible. No lo aprecio, pero no me importa. Sé que estoy haciéndolo y me llena de igual manera.

No sé el tiempo que permanezco con ella, hablándole en susurros, dándole consejos sobre su especial conducta y su, a veces, irascible comportamiento. Mi pequeña manipuladora, eso es lo que eres, pienso con cariño. Tanta inteligencia y madurez en un cuerpo tan pequeño tenía que acabar pasando algún tipo de factura.

Cuando le he dicho todo lo que se me ha ocurrido, bajo y me arrodillo sobre la alfombra, esta vez acariciando a mi bebé.

Ya sé que tiene tres años, pero todavía no me acostumbro a que ya no lo sea. Y el que venía en camino solo es un recuerdo cargado de ternura.

—Mi pequeño tomatito —susurro, acercando mis labios a la mejilla de Llara. La he llamado así desde la primera vez que la tuve en brazos, con aquel pelo tan rojo y toda su piel rosita, como avergonzada de su desnudez. Sonrío con ternura ante el recuerdo y mis manos vuelan a sus rizos —. Eres tan bonita...

Ella se remueve en el colchón, pero no llega a abrir los ojos.

—Tienes que seguir siendo tan buena como siempre, ¿vale? Tú eres tan dulce, ¿verdad,

tomatito? Eres...

—¿Mami?

Su voz me hace dar un respingo. Y aunque sus ojos permanecen cerrados, su boquita se abre de nuevo.

—Mami, ¿eres tú?

Está soñando, me digo. Está soñando conmigo. ¡Dios mío, que sea un sueño bonito, que no se ponga triste, que...!

—Hueles a galletas —habla otra vez, apretando mucho los párpados y arrugando la nariz.

—Oh, Dios mío... —no puedo evitar susurrar.

—Mami. —Y esta vez no es una pregunta, de hecho, una sonrisa enorme ha aparecido en su cara, a pesar de estar todavía dormida.

—Sí, cariño, estoy aquí —digo sin pensar y sin saber qué otra cosa hacer.

—Te echo de menos —murmura ella.

—Lo sé, cariño. Pero estoy bien y... Y os quiero mucho.

—Lo sé —repite ella con su sabiduría de tres veranos—. Papá está muy *tiste*.

—Oh, cariño... —Me tapo la boca para ahogar un sollozo, aunque sería uno de felicidad. Estoy manteniendo una conversación con mi pequeña, todavía no me lo puedo creer—. Tienes que cuidarlo mucho, ¿vale? Yo soy feliz y él también tiene que volver a serlo.

—Vale, mami. Tengo mucho sueño. —Un bostezo interrumpe su última palabra.

—Pues duerme, tomatito, que mamá cuida de ti.

CAPÍTULO 14

Laura

Me sacó la camiseta en un instante. ¡Joder, esto quema!

Me fijo en que mi pecho y mi estómago están de un rojo subido y muy sensible al tacto. Tampoco es que me extrañe. El café estaba hirviendo.

Miro con el ceño fruncido la taza ahora vacía encima de la mesa, la culpable de este accidente. No, siendo sincera, la culpable he sido yo, por pagar mi mala hostia con mi apresurado desayuno.

Justo hoy, que se me han pegado las sábanas... Bueno, más bien la manta. Justo hoy es el día en que tengo que volver a cambiarme para llevar a las niñas al cole. Y no solo eso, sino que la piel ya comienza a arderme, recordándome que estoy chamuscada.

Aunque así ya llevo desde primera hora de la mañana, aunque en sentido figurado. Cuando Marta me despertó a base de zarandeos y me comentó que su hermana estaba durmiendo en el suelo, a los pies de la puerta tras la que se esconde su padre, mi piel ya comenzó a hervir. Y después se me incendió todo, cuando al recogerla de la fría plaqueta y despertarla, me dijo que estaba allí para cuidar de su papá.

Tengo que reconocer que, en ese momento, la rabia hacia Rubio pudo con toda la lástima y ternura que me inspiró Llara. Joder, que él estará muy mal, pero sus hijas lo necesitan, ¿o es que no lo ve?

Lo que lo salvó en aquel instante fue que miré el reloj y vi que era mucho más tarde de lo habitual. Eso y el recuerdo de sus ojos llenos de tristeza, que me apacigua con la misma rapidez.

—Vamos, tía, o llegaremos tarde —me apura Marta ya con la pequeña mochila en una mano.

—Sí, un segundo. —A zancadas voy a su cuarto a por un jersey, que me pongo sin siquiera cambiarme el sujetador también algo húmedo. Ya lo haré a la vuelta.

Tras enfundar a las niñas en sus pequeños anoraks y coger mi cazadora, las llevo al colegio casi a la carrera, y no solo es el resguardarnos de la fina lluvia lo que nos hace correr.

Me despido de ellas con un beso y, al girarme, veo a Teresa esperándome en una marquesina, protegiéndose de la humedad.

—No te olvides de que hoy las recojo yo para que coman con Sofía —me dice casi a gritos cuando todavía estoy a unos metros de ella.

—Ah, es verdad. —Con tantas prisas, había olvidado la invitación. Es el cumple de Sofía y ya lo habíamos hablado—. ¿A qué hora quieres que vaya a por ellas después?

—Bah, no te preocupes. Que disfruten de la tarde. Julián o yo te las acercaremos sobre las ocho.

—¿Seguro? —Y tan pronto como hago esa pregunta, arrugo la nariz. Dios, me comporto como la típica madre. Nunca he entendido esa pregunta que hacen continuamente, como si cuando alguien decide hacerse cargo de tu hijo no supiera de qué habla o fuese a cambiar de opinión al oír la estúpida palabra.

Teresa no se digna ni a contestarme. Asiente con una gran sonrisa y abre un inmenso paraguas, despidiéndose con la mano antes de echarse a andar calle abajo con aparente prisa.

Yo también comienzo a andar, aunque en dirección contraria. Me encantaría acercarme a la

obra y pasar un rato con los chicos, pero hace un día de mierda y, ahora que lo recuerdo, están en casa de Miriam, construyéndole un anexo para ampliar el salón, y su casa queda en la carretera que lleva al polígono.

Miriam es la pastelera del pueblo. Una mujer encantadora de unos cuarenta años a la que, por extraño que resulte en este pueblo, le gustan tan poco como a mí los cotilleos. Quizá por eso me caiga tan bien y siempre hayamos hecho buenas migas a pesar de la diferencia de edad.

Me aprieto la cazadora contra el pecho y la piel dolorida me hace fruncir la cara en una mueca de dolor.

Sería bueno pasar por una farmacia a por una pomada. Aunque seguro que no es nada grave, mi blanca y delicada piel la agradecerá. Entonces, sin venir a cuento, se me pasa por la cabeza que tengo el día libre. Las niñas no estarán y no tengo ni idea de en qué invertir mi tiempo. «A ver, por Dios, Laura, piensa. ¿Qué hacías en tus horas libres antes de atenderlas?».

Joder, ¿cómo puedo no recordar algo así? ¿Y cómo puedo haber olvidado con tanta facilidad mi vida anterior?

Es verdad que a veces pienso en ella, pero como algo tan lejano que parezco una abuela recordando sus años de juventud, lo que es absolutamente ridículo. No hace ni cinco días que decidí asentarme aquí durante un tiempo y poner mis sueños en *stand by*; no es normal que me resulte tan fácil adaptarme a esta existencia que nunca quise para mí.

Supongo que la satisfacción de ver a mis sobrinas mejor día a día, la preocupación por Chema, el haber estado entretenida con alguna obra, revisando presupuestos y luego improvisando dos con la ayuda de Colás, no me deja mucho tiempo para lamentarme por mi situación o para pensar en mi futuro. Todavía soy joven, aún puedo lograr todo lo que me propuse en su momento, pero más adelante.

El sonido del teléfono me sobresalta. Estaba tan ensimismada que he estado paseando un buen rato sin notar la fina lluvia cayendo sobre mí.

En cuanto veo el nombre de Marcos ocupando la pantalla, suelto un suspiro exagerado y se me tensan los músculos del estómago.

«Joder, Laura, ¿qué esperabas? ¿Que nunca se enterase?».

Sí, como una puta cobarde, aún no he tenido la valentía de hablar con él sobre mi decisión de dejar el trabajo y quedarme en El Pilar un tiempo indefinido. Me limité a mantener esa conversación con Cristóbal, mi jefe, que insistió en que me lo pensase bien y hasta me ofreció más tiempo para intentar solucionar mis problemas familiares. Pero no había nada que pensar y aceptar más tiempo era un abuso. No sé si esto es cuestión de semanas, meses o años. No se trata de una enfermedad, ni de un conflicto de intereses; estamos hablando de dos niñas pequeñas que no tengo ni idea de cuándo van a dejar de necesitarme. Dos niñas y su padre, que parece todavía más perdido sin Clara que ellas.

Que Marcos estuviese pasando la semana en Madrid con los clientes del hotel NH ajustando detalles me vino de perlas. Y que María se encontrase disfrutando de sus vacaciones, también, para qué engañarse. Lo de dar explicaciones me cuesta bastante, sobre todo cuando yo todavía no sé muy bien si estoy haciendo lo correcto. Porque... ¿quién me ha dicho a mí que en apenas unos días Rubio no saldrá de su infierno personal y que le resultará satisfactoria la idea de tenerme en su casa? ¿Quién me asegura que él me considere la más indicada para criar a sus hijas? Sé que es él el que tiene la última palabra, claro, pero, aun así, soy incapaz de irme ahora, sea cual sea la decisión que tome después.

Con tanto pensar, mi móvil ha dejado de sonar, lo que otra vez me hace soltar un suspiro, no sé si de alivio o porque soy tonta perdida. Pero no me da tiempo a salir de dudas, pues el sonido

vuelve al instante, haciendo que mi corazón comience a bombear muy rápido contra las paredes de mi pecho.

—Hola, Marcos —contesto, antes de que un infarto me impida comportarme como la adulta que soy y hablar con él de una vez.

—Hola, Laura. ¿Sabes qué? Me ha pasado una cosa realmente curiosa —dice, en un tono tan desapasionado y seco que, por un momento, no reconozco a este Marcos—. Después de pasarme una semana en Madrid, ahora, al regresar al trabajo, mi padre acaba de decirme que *mi novia* ha dimitido de la empresa. No tenía ni idea del tema. Es más, ni siquiera sabía que existía esa posibilidad. ¿No te parece de lo más extraño?

—Marcos, yo...

—Que no quisiera que la visitara en más de un mes supongo que debió de haberme dado una pista de que algo no iba bien, y que...

—Marcos, por favor...

—¡Mierda, Laura! ¿Qué cojones estás haciendo? ¿Cómo es eso de que no vuelves? Tú odias ese pueblo. ¿Qué está sucediendo para que hayas decidido algo así? Y ya de paso, ¿cómo es que no he sido el primero en enterarme de ello? ¿Sabes qué cara de idiota se me debe de haber quedado?

—Lo siento, Marcos, de verdad. Lo siento, pero... tengo que quedarme —aunque he comenzado a hablar con tono normal, he ido bajándolo casi a un susurro. Me siento fatal, pero nada de lo que diga va a hacerme cambiar de opinión.

—¿Qué es lo que pasa, Laura? He hablado con mi padre y ambos estamos de acuerdo en que te daremos el tiempo que necesites, pero...

—No, Marcos. No puedo aceptar eso. Os lo agradezco, pero no. No puedo dejar a las niñas, me necesitan. Mi cuñado está pasándolo fatal y...

—¡Y tú estás bailando la jota, no te jode! —resopla con fuerza antes de continuar algo más calmado—. Cuando te dije que eras fuerte, no me refería a que tuvieses que cargar con todo tú sola, Laura. Ni siquiera a que no pudieras llorar a tu hermana como debes. Tu actitud...

—No necesito una clase de psicología barata, Marcos —le digo, quizás más cortante de lo que merece, pero no quiero que siga por ahí—. Y, de verdad, lo siento, pero mi decisión está tomada. No voy a quedarme aquí para siempre, pero no puedo permitir que me guardéis un puesto de trabajo cuando no tengo ni idea de cuándo voy a volver.

Al otro lado, de pronto, solo hay silencio. Un suspiro lo corta durante un momento, pero parecen pasar siglos antes de que Marcos vuelva a hablar. Yo me muerdo el labio inferior con ganas, para no apremiarlo a responder a mis palabras, pues sé que para él esta situación tampoco es fácil. Aunque en ningún momento hubo palabras de amor entre nosotros, nos unía algo especial.

—¿Y nosotros? —pregunta, cuando yo casi he perdido la esperanza de volver a oír su voz.

—¿Nosotros?

—Sí, ¡tú y yo! —suelta, brusco.

Respiro hondo antes de contestar. No solo para aclarar mi mente, sino para sonar lo más razonable posible.

—No lo sé —me escucho diciendo. «Vaya, muy clara y con razones de peso, Laura. Tú siempre lucíendote».

—Genial. ¿A quién se lo pregunto, entonces? Con un poco de suerte, quizá María tenga en sus cartas una respuesta a esa pregunta —ironiza. En serio, soy una fan del sarcasmo. Nadie lo usa como yo, pero no es lo mismo aplicarlo que ser la beneficiaria de la siempre inteligente y lapidaria ironía.

—Joder, Marcos, no me juzgues, ¿quieres? Solo intento hacer lo que creo que es mejor.

Lo oigo resoplar de nuevo al otro lado de la línea. No sé si porque cree que miento o no es más que un suspiro exagerado ante una situación que también lo desborda.

—¿Mejor? ¿Para quién?

—Para mis sobrinas. Ellas me necesitan. Son tan pequeñas... No puedo dejarlas.

Él vuelve a suspirar, o más bien a soplar.

—Está bien, ellas te necesitan. ¿Y nosotros? ¿Qué va a pasar con nosotros? Y no me digas que no lo sabes, en algún momento cuando tomaste la decisión de ejercer de Madre Teresa te lo tendrás que haber planteado, ¿no?

—¡Oye! —grito cabreada—. ¡No seas cabrón! ¡Tú no eres así!

Mi salida de tono parece hacerle replantearse la conversación, porque, tras unos segundos de silencio, Marcos parece más resignado que enfadado.

—Joder, Laura, lo siento, pero es que... Joder... Mira, no me queda otra que aceptar tu decisión, pero no me pidas que la comprenda así de repente.

—No lo hago. Entiendo tu postura, Marcos, pero... —me callo durante un segundo para ordenar mis pensamientos—. Ojalá Clara siguiera viva... Ojalá nuestra relación tuviese una oportunidad, pero... Sé que no puedo exigirte nada, ni...

—Necesito pensar, ¿vale? Ahora mismo solo me apetece gritarte y no es muy maduro por mi parte. Lo siento, Laura, voy a colgar.

—Adiós, Marcos.

No sé si tan siquiera seguía ahí cuando me he despedido. Y lo entiendo, claro que sí, pero no por ello deja de doler. Sé que no tengo el corazón roto, pero él era el hombre con el que seguiría compartiendo mi vida si aquella desgraciada noche alguien no se hubiese quedado dormido al volante e invadido el sentido contrario.

Levanto la vista del móvil que estoy mirando como si tuviese las soluciones a todos mis problemas. Estoy frente al bar de Paco, justo bajo el toldo de la cafetería de enfrente, donde cuatro mesas en fila comienzan ahora a llenarse con algunas personas, todas conocidas en mayor o menor medida, a las que saludo antes de seguir mi camino. Aún no he dado ni dos pasos, cuando el teléfono suena otra vez, todavía en mi mano.

Lo cojo y me protejo de la lluvia subiéndome a las escaleras del portal pegado a la terraza.

—Papá, hola —saludo al ver quién me llama.

—Hola, cariño. Supongo que vienes del cole, ¿no?

—Sí, me coges aún en la calle. Estaba dando un paseo.

—¿Con este tiempo? —sin esperar respuesta, algo que tampoco tenía, continúa casi con cautela—. Bueno... Yo... Salgo ahora para el cuartel, pero quería decirte algo.

Ante su pausa, en la que carraspea, yo intento no ponerme nerviosa. Todavía siguen sonando en mis oídos las frases dolidas de Marcos, ¿qué otra cosa desagradable voy a escuchar ahora?

—Dime, papá. ¿Qué quieres contarme?

—Ayer estuvimos en el cementerio —deja caer, y yo cierro los ojos. Aún no lo he pisado desde el entierro y no es algo que tenga pendiente. Clara no está allí. Eso lo tengo tan claro como que Dios se equivocó con su muerte, así que ¿para qué voy a ir? Intento centrarme en mi padre, que continua hablándome, aunque en un tono tan bajo que tengo que hacer verdaderos esfuerzos para entender—. Y no tenía todavía la lápida. Laura, cariño, hay que decírselo a Chema. Ya es bastante duro tenerla allí, para que por encima parezca un nicho abandonado... Me haría cargo yo mismo, pero supongo que...

—¡Oh, Dios! —gimo en voz alta, interrumpiéndolo—. Yo... Yo no... Él... —Joder, no me

salen las palabras. No reparé en ese detalle ni un solo instante. Y, a pesar de que yo opine que mi hermana no descansa en esa urna, sí sé con absoluta certeza que su cuerpo sí lo hace—. No te preocupes, papá. Hablaré con él.

Porque, claro, ese «hay que decírselo» era una petición en toda regla.

—Vale, cariño. Gracias. Sé que es difícil, pero...

—Tranquilo, papá. Clara se merece la mejor lápida del mundo, no sé cómo se nos ha podido olvidar.

—Bueno... Creo que no estamos ninguno de nosotros en nuestro mejor momento —vuelve a carraspear para aclarar la voz, que le ha sonado algo ronca—. Hablamos mañana, ¿vale?

—Vale, papá. Un beso.

Cuelgo el teléfono con la sensación de que algo se rompe de nuevo dentro de mí. Como siga así, van a tener que recoger mis trozos del suelo con una pala de esas de la nieve.

Joder, qué día de mierda, y eso que aún no son las diez de la mañana. Si es verdad eso que dicen, que hay días en los que es mejor no levantarse de la cama... O del sofá.

Guardo el móvil en el bolso y bajo un escalón con la intención de tirarme en el sofá y no salir de él hasta que regresen las niñas. Ahora mismo me parece un plan alucinante. Solo espero poder dormir, sino sé que tendré que ponerme a hacer algo para no dejarle vía libre a pensamientos o sentimientos que todavía no estoy preparada para dejar salir.

Y entonces, mi nombre en labios de alguien sentado en la mesa más cercana al portal me frena en seco.

—... Laura, sí. La de Menéndez. Lleva viviendo con su cuñado desde la muerte de la pobre Clara. No sé, pero a mí eso tampoco me parece muy normal. —No reconozco la voz, pero apostaría a que se trata de una mujer algo mayor.

—Por lo visto está sacando la casa adelante. Y a las niñas. Pero sí, es cierto, un viudo joven, una chica tan... Bueno, Laura nunca ha sido un ejemplo de corrección, si entiendes a lo que me refiero.

Abro los ojos como platos. Esto debe de ser una coña. Y no solo la frase en sí, sino que esta vez sí sé quién habla. Es Petra, la madre de Nieves. Esa mujer me conoce desde siempre, ¿cómo se atreve a insinuar algo tan...? ¡Tan retorcido, joder!

—Ya. Adela está realmente trastornada con el tema. Todas sabemos cómo es Laura. Solo espero que más pronto que tarde vuelva a...

No la dejo terminar. Lo raro ha sido que las haya dejado llegar tan lejos. Pero la sorpresa había pegado mis plantas de los pies en la escalera como si hubiesen usado ese pegamento con el que se cazan las ratas.

—Y si no lo hago, ¿qué? —me encaro con las dos a un tiempo, repartiendo mi mirada entre ellas y descubriendo que la otra es Lucía, la mujer del panadero.

Ellas me miran ahora con la boca abierta, tan abochornadas como pasmadas ante mi presencia.

—Oh, Laura... —susurra Petra, apoyando su espalda en el respaldo como si así pudiese poner más espacio entre ella y yo—. No sabíamos que...

—¿Que os escuchaba? Eso lo sé yo solita, Petra. Por Dios, parece mentira que os dediquéis a criticar nuestra vida en estos momentos. Yo...

—Bueno, solo opinábamos sobre ti, Laura —se defiende de una manera totalmente absurda Lucía, tan roja como el toldo sobre su cabeza.

—¡Vaya, muchas gracias! Ya estoy mucho más aliviada.

—Lo que quiere decir Lucía es que no es muy correcto que vivas con Chema, criatura. Él quizá no lo haya pensado todavía, pero vuestra convivencia va a dar lugar a rumores...

—¿Por qué coño hablas en futuro, Petra? Si ya estabais vosotras encargándoos de comenzar a esparcirlos —le espeto, apretando tanto el asa del bolso que noto las costuras clavándoseme en la piel.

—No, nosotras no...

—La verdad es que, ayer en la carnicería, no se hablaba de otra cosa; nosotras solo opinábamos sobre ello.

Las miro horrorizada. Pero esa sensación solo me dura unos segundos. ¿Qué otra cosa podía esperarse de este pueblo, en el que vivir es como hacerlo en el putito *Gran hermano*?

Entrecierro los ojos hasta convertirlos en rendijas. Mi pie derecho pisotea con fuerza contra el suelo, mientras aprieto tanto los dientes que los oigo rechinar.

—Joder... ¡Joder! ¿Es que aquí nadie tiene otra cosa mejor que hacer? —grito antes de girarme enfurecida y salir de allí prácticamente a zancadas.

La puerta del edificio nota mi furia cuando la cierro de un portazo, y uno de los buzones también es testigo cuando mi mano abierta impacta sobre él. Pero nada de esto me ayuda, solo me hace subir los cuatro pisos a pie frotándome la palma dolorida por el porrazo. Golpeo cada escalón con los tacones de mis botines, marcando en ellos con cada sonido el fruto de mi cabreo y frustración. Pero cuando ya estoy delante de la puerta del piso y uso las llaves, sigo tan iracunda que vuelvo a pagarlas con la puerta. Además, estoy muy nerviosa. Las manos me tiemblan y solo tengo ganas de llorar de rabia. Coloco con tanta fuerza la cazadora y el bolso en el perchero de pie del vestíbulo que solo logro tirarlo y que me caiga justo uno de sus brazos encima del meñique del pie derecho, dedo que ya me he roto en una ocasión.

—Joder, mierda, joder. —A la pata coja y sin molestarme en recogerlo todo, me encamino al salón y me dejo caer en el sofá. Me quito las botas y los calcetines y observo que el impacto me ha dejado el dedo magullado, aunque puedo moverlo a pesar de los latigazos de dolor que lo recorren entero.

¡Genial! Quemada, dolida, criticada, cabreada y magullada. ¿Algo más?

—¡Seguro que la mañana aún te da para algo más, no te cortes! —le grito a un Dios en el que cada vez creo menos.

Me levanto como un resorte y comienzo a acomodar los cojines del sofá con tanta mala leche que los golpeo en vez de mullirlos. Cuando veo que ni con esas soy capaz de mantener las lágrimas a buen recaudo, respiro hondo, me yergo, muerdo con fuerza mi labio inferior y cierro los ojos un segundo mientras expiro todo el aire retenido.

Un par de lágrimas se escurren por las mejillas, pero las ignoro. No las limpio tan siquiera, como si no existieran, y logro tragarme todas las demás.

Entonces decido que desprenderme de la ropa húmeda y una ducha caliente me vendrá bien, así que me dirijo al baño. En el pasillo, y antes de llegar a mi destino, algo llama mi atención en el suelo. Es la rana verde de peluche de Llara. Aquella que yo le regalé a Marta antes de que naciera y de la que su hermana se apropió. Está tirada delante de la puerta del cuarto de costura, donde la pobre pasó la noche.

Recreo en mi mente el momento en que recogí a la niña del suelo. Estaba helada, hecha un ovillo en busca de un calor que en las frías plaquetas no encontraba.

Y entonces mi rabia vuelve a raudales. Todavía no se había extinguido del todo y me alcanza como un rayo en el pecho, haciendo que me cueste respirar durante unos instantes. Se mezcla la reciente con la sentida a primera hora de la mañana y, cuando me doy cuenta, ya estoy aporreando la puerta con los puños. El no recibir respuesta no disminuye mi determinación, sino que la alimenta. Cojo el pomo y lo giro con fuerza; consigo abrirla, algo que me sorprende. Normalmente

suele encerrarse con llave.

Pero, claro, no lo ha hecho porque Rubio no está ahí. A mis fosas nasales llega un olor horroroso, a alcohol, a sudor, a semanas enteras sin ventilar. Eso sin contar que el cuarto que mi hermana tenía como los chorros del oro es ahora un lugar tan sucio y desordenado que incluso a mí, que no soy precisamente un modelo para ningún anuncio de limpieza, me resulta casi nauseabundo. Lo que me enfada todavía más.

Cierro la puerta con brusquedad para no verlo. Ya me ocuparé de adecentarlo más tarde. Y sin dudar de nuevo, me encuentro llamando a la puerta de su dormitorio. No puede estar en otro sitio.

Chema

Me despierto desorientado por un ruido que, en principio, no identifico. Me siento en la cama y miro a todos lados, incluido a mi reloj. Estoy en la cama y no recuerdo haber dormido tanto y tan bien desde... Bueno, desde que Clara se fue. Me froto la cara y no me sorprende sentir el dolor sordo en mi estómago ni el peso en mi pecho, lo que no es otra cosa que el sufrimiento por la pérdida de mi mujer traducido en síntomas físicos, algo ya familiar a estas alturas.

Al menos, hoy he logrado descansar. Y lo he hecho sin sueños. Ni tan siquiera ese, perturbador y recurrente, ha sido capaz de colarse esta noche en mi cabeza. Ya lo hizo bastante en demasiadas ocasiones, incluyendo las dos últimas semanas, en las que se convirtió casi en un hábito. Y no lo entiendo. Clara ya no está, joder. ¿Qué clase de tortura es esa de soñar con un futuro en nuestra casa?

Unos nuevos golpes me hacen mirar hacia la puerta, algo confundido. No están llamando precisamente con suavidad y eso, como primera reacción, me alarma y preocupa. Voy a abrir así como estoy, sin camiseta y con unos pantalones de pijama.

Apenas le he dado la vuelta a la llave cuando la puerta se abre casi impactando en mi cara. Suerte que hace tres días que no bebo ni gota y mis reflejos me ayudan a evitar el porrazo.

Doy dos pasos atrás y observo a Laura pasando por mi lado, entrando en el dormitorio como si lo hiciese todos los días. Me repasa con la vista y entrecierra los ojos antes de mirar a su alrededor. Se encamina hacia la mesilla de noche más cercana y recoge de allí dos botellas vacías de cerveza. Ah, ¿no las había recogido?

Vuelve a pasear por delante de mí para dejarlas en el pasillo y, de nuevo, entra como Pedro por su casa. Entonces, para mi mayor estupefacción, porque la verdad es que llevo mudo de asombro desde que me la encontré en la puerta, comienza a darles tirones a las sábanas, rescatándolas del colchón.

Y eso, más que nada, me hace reaccionar.

—Eh, eh... ¿Qué haces? —digo con una voz que no reconozco como mía, dando un paso en su dirección.

—Cambiar las sábanas. Esta habitación también apesta.

—¿Qué? —Estoy confuso y algo atontado, pero lo que sí sé es que tengo que detenerla. La agarro de un brazo y la separo de la cama—. No. Déjalas estar.

—Joder, Rubio... ¿Cuánto tiempo hace que no se cambian? No puedes...

—¡No! —repito en un grito. No puedo consentirlo. En esas sábanas dormió Clara. Y aunque es cierto que hace tiempo que nos dejó, yo solo llevo durmiendo en ellas cuatro noches. No quiero que las cambie. Todavía no—. No.

Ella parece leerme el pensamiento, a pesar de que no le explico el motivo. Se aparta de mí haciendo que la suelte y pone los brazos en jarras.

—Esto se acabó, Rubio. ¡Se acabó! —grita a su vez, antes de volver a emprenderla a tirones casi desesperados con la causa de nuestra discusión.

—Pero... —La miro incrédulo y la irritación pronto supera todo lo demás—. ¿Quién coño te crees que eres? ¡Deja en paz las putas sábanas, joder!

Ella me hace caso y se planta tiesa a los pies de la cama. Me mira tan cabreada como lo estoy yo, pero sus ojos están rojos y llenos de pena. No sé si hacia mí o por toda la situación.

—No me da la gana —dice con una calma escalofriante viniendo de ella—. ¿Qué vas a lograr viviendo en la mierda, Rubio? ¿Emborrachándote casi a diario? ¿Pasando de tu empresa?

—Oye...

—¡Y ya no te digo de tus hijas, joder! —vuelve a gritar ahora—. ¡Ella no va a volver, joder! Mi hermana se ha muerto, pero los demás siguen vivos y tú eres responsable de ellos.

Aprieto los puños con los brazos estirados a los costados. ¡No tiene ningún derecho a hablarme así! ¡Ninguno!

—Sal de aquí, Laura —siseo. Siento tanta rabia que me tengo miedo a mí mismo.

—No. Vas a escucharme. Esto no puede seguir así.

—Sal, Laura.

—¡Que no!

Es emprenderla a golpes con algo o largarme. Así que, sin pronunciar palabra, abandono la habitación con rapidez. Pero Laura, como si fuese el puto Flash, me adelanta y se me planta delante cuando voy a meterme en el refugio de Clara.

—De eso nada —sisea ella ahora—. No voy a consentir que vuelvas a esconderte.

Tenso la mandíbula y la miro con tanto odio que no concibo que no aparte ni tan siquiera sus ojos de los míos. La rabia que me consume hace que lleve mis manos a sus brazos e intente sacarla de mi camino usando la fuerza. Pero ella no se queda quieta. Planta los pies firmemente en el suelo y me pega un empujón en el pecho que me hace dar un paso atrás al no esperarlo.

—¿Sabes dónde ha dormido esta noche Lara? —me pregunta alzando la voz—. ¿Lo sabes?

Algo me dice que me va a doler, así que paso por su lado ignorándola y me dirijo al salón, queriendo escapar de su presencia.

—¡En el suelo! ¡Delante de tu puerta! ¡Como un puto perro! —grita detrás de mí cuando entro en la cocina.

Me giro y clavo mis ojos en los suyos, impactado.

—¿Qué?

—Estaba cuidándote —explica bajando la voz—. Cuidándote... Tu hija de tres años está tan preocupada por ti que amaneció casi congelada por velarte.

Me agarro a la mesa hasta que los nudillos se me ponen blancos. Joder, joder...

—Te necesitan, Rubio.

La miro casi sin verla. Lo veo todo nublado y no sé si lo que cubre mis ojos son lágrimas o pura rabia.

—¿Crees que no lo sé? —gruño. Porque esto que me sale no es hablar—. ¡Pero no puedo! ¡No puedo, joder!

—Pues haz por poder. —Ella se acerca a mí y suspira con fuerza antes de seguir hablando—. No puedes seguir así y, si no lo haces por ti, hazlo por ellas. Ya han perdido a una madre, no hagas que...

—¡Cállate! —Me llevo las manos a la cabeza y aprieto tanto mis sienes que percibo los latidos de mi corazón en ellas—. ¡Cállate, por Dios!

Entonces siento sus manos encima de las mías. Están frías y secas y, aunque agradezco la sensación, me separo enseguida.

—Rubio, por favor...

—¡¿Qué?! —chillo con desesperación—. ¡¿Qué quieres de mí?! ¿Acaso no puedo llorar a mi mujer como y cuanto quiera? ¡No tienes ni puta idea de lo que es perder a alguien a la que quieres ta...!

—¡Sí, lo sé! —me interrumpe—. ¿Crees que eres el único que la quería? ¿Que la echa de menos? ¡Joder, Rubio! ¡No te comportes como un puto egoísta! Tus hijas la querían. Yo la quería. También la echo de menos, pero...

—Pues no se te nota —digo con maldad. Quiero hacerle daño, joder. Es mezquino y me convierte en alguien que no soy, pero me da igual. Solo quiero compartir este dolor y esta furia, que sienta parte de lo que yo siento—. De hecho, tu entereza raya la...

—¡No acabes esa frase, Rubio! —grita mientras me clava el índice en el pecho—. Porque te juro que...

—¿Qué? ¿Qué vas a hacerme? ¿Crees que hay algo peor que pueda pasarme que lo que ya sucedió? ¡No! ¡No lo hay, joder!

—Sí lo hay, maldita sea. Todavía tienes mucho que perder. Tus hijas...

—Mis hijas son niñas. No comprenden el alcance de... Y te tienen a ti. A la perfecta Laura. A la que nunca se desmorona, ¿verdad?

—¡Sí, me tienen a mí, gracias a Dios! Pero necesitan a su padre, joder —resopla y se quita con rapidez el pelo que le ha caído sobre la cara—. Compórtate como un hombre, joder, Clara estaría decepcionada de ver...

—Una palabra más y te largas de esta casa —le espeto con una voz tan fría como el hielo que me ha recorrido entero al oírla—. ¿Me escuchas? Voy a olvidar que eres mi cuñada y voy a...

—¿Y vas a qué? ¿A encerrarte de nuevo y mandarlas a casa de tu madre para que esa arpía las cuide? ¿Vas a hacer algo peor de lo que vienes haciendo hasta ahora? ¡Genial, Rubio!

—¡No te metas con mi madre! Gracias a ella mis hijas han comido algo más que la mierda que tú les preparas.

Laura abre mucho los ojos y la boca, y me mira tan indignada que creo que va a empezar a arder de un momento a otro. Sé que soy injusto con ella, pero las ganas de herirla me pueden, como una maldita adicción que no puedo controlar.

—¡Al menos era mierda comestible! —se defiende pasados unos segundos—. ¡Muchísimo más de lo que tú has hecho por ellas! Comer una sola vez a la semana, cuando tu perfecta madre traía algo, no creo que sea lo que querías para ellas. Aunque a lo mejor me equivoco. Quizá querías que se convirtieran en algo así como tú, unas malditas almas en pena que no necesitan ni comer para...

—¡Te estás pasando, Laura! ¡Estás en mi casa, no te olvides!

—¡Oh, créeme, no lo olvido! Pero también es la casa de Clara y...

—¡Y ella está muerta! ¡Tú misma lo dijiste! ¿Qué pasa, Laura? ¿Quieres quedarte con su parte? Quizá... ¿ocupar su lugar? —No sé muy bien lo que digo, es verdad. No soy muy consciente del significado de cada una de las palabras que salen de mi boca, sigo obcecado en arrancar a base de hacer daño, este que parece consumirme entero.

Laura, en un movimiento tan rápido que me descoloca, coge el frutero de encima de la mesa y lo tira al suelo en un alarde de ira que interrumpe mis gritos en el acto. El estallido del grueso cristal al romperse cae sobre nosotros como se si tratase de una bomba, mientras las dos arrugadas manzanas que había dentro de él ruedan entre nuestros pies haciéndonos apartar como si fuesen granadas de mano. Las miro como si fuesen algo desconocido para mí. Clara siempre tenía ese frutero lleno de todo tipo de fruta, que se encargaba incluso de colocar lo más bonito posible. Absurdamente pienso que esas dos viejas manzanas y yo somos iguales. Lo único que ha quedado de algo precioso y lleno de vida, ahora apagado y descolorido.

Levanto la vista hacia Laura de nuevo. Por su cara mientras observa su obra, creo que está asombrada por lo que ha hecho, pero, en cuanto vuelve a mirarme, veo que sigue tan furiosa como antes. Sus ojos parecen lanzar llamas de fuego y toda ella tiembla, como si la rabia fuese tan superior a su cuerpo menudo que no alcanzase a caberle dentro. Y me parece perfecto, porque yo estoy igual, joder.

—¡Eres un hijo de puta! —me suelta con la voz casi vibrando—. Si sigo aquí aguantando tus insultos es solo porque quería tanto a Clara que estoy dispuesta a hacer lo que sea por mis sobrinas, pero...

—Pero... ¿qué pasa? ¿No la querías tanto como para aguantarme a mí? ¡Pues es lo que hay! ¡Lo que ves es lo que soy! ¡Un hijo de puta, sí! ¡Egoísta y amargado! ¿No es eso lo que piensas de mí? No te das cuenta de que aquí... —me golpeo en el pecho con un puño— aquí solo hay dolor, joder. No tengo fuerzas para otra cosa más que para seguir respirando. No sé cómo lo haces tú, si no la querías tanto como dices o...

La bofetada que me arrea me hace girar la cara tan bruscamente que noto un tirón en el cuello. Laura es bajita y parece debilucha, pero estoy por apostar que tengo sus cinco dedos grabados en la mejilla. Me escuece, pero es un dolor bienvenido. Es como si espantara un poco otro que llevo a cuestras todo el tiempo.

—¡A lo mejor cuidar a tus hijas, limpiar tu casa y encargarme de parte de tu puto trabajo hace que no tenga demasiado tiempo para llorar por las esquinas! —me espeta—. ¡No! A mí no me ha dado por meterme en un zulo y salir de él solo de noche como un fantasma para no tener que hacer frente a todo lo demás. ¡Pensé que eras diferente, Rubio, pero solo eres un niño egocéntrico que...!

—¡No te consiento que me hables así! ¡Si no estás a gusto, ya sabes dónde está la puerta! —Y en cuanto lo digo, me arrepiento al momento. Jesús, aparte de todo lo que ella dice, que es verdad, también soy gilipollas.

—¿Quieres que me vaya? ¿Es eso? —silabea muy despacio, para que me quede clara cada una de sus palabras.

Yo abro la boca, pero soy incapaz de pronunciar palabra. «No, joder, no quiero que te vayas». Ahora mismo yo la necesito tanto a ella como... ¡Mierda! Como mis hijas a mí.

Laura se gira y comienza a salir de la estancia antes de que yo sea capaz de digerir lo que está haciendo o todo lo que mi cerebro intenta abarcar. Cuando soy consciente de ese hecho, casi corriendo la alcanzo en el vestíbulo, donde está levantando el perchero que, por un motivo que desconozco, se encuentra en el suelo.

Sin mediar palabra, la ayudo a incorporarlo y ambos nos quedamos, cada uno por un lado, con las manos sobre él y nuestro ojos en los del otro.

Ella me aguanta la mirada unos segundos eternos, pero después suspira y recoge del perchero su cazadora y su bolso. Pestañeo e intento salir del trance. Se va a ir, joder, por mi puta culpa. Y no quiero que lo haga.

—Laura... Yo...

Ella abre la puerta principal y se queda muy quieta de espaldas a mí.

—Joder, no. No te vayas —logro decir muy rápido.

Se vuelve y se cruza de brazos mirándome. Sé que espera algo más de mi parte para no hacer exactamente eso. Coger la puerta y dejarme a cargo de algo para lo que aún no estoy preparado del todo. Y, Dios, no me merezco otra cosa. He sido un auténtico capullo con ella.

—Las niñas... Ellas también te necesitan a ti. —Y ahora soy un puto miserable al recurrir a ellas, pero no quiero que se vaya. Eso es lo único que tengo claro.

—Lo sé —me contesta muy seria. Y no es prepotencia, sino una verdad como que las paredes van antes que las ventanas.

Quito las manos del perchero porque me siento ridículo ahí, abrazándolo, y me pongo frente a ella.

—Entre los dos podremos hacerlo, Laura. Pero yo también te necesito.

Ella abre muchísimo los ojos y se lleva una mano a la boca. Parece realmente afectada por mis palabras, así que me atrevo a seguir hablando.

—Lo siento, ¿vale? Siento todo lo que dije —se me enronquece la voz y carraspeo para no romperme ahora—. Yo sé lo que Clara significaba para ti, yo...

Ella da un paso al frente, cierra la puerta a sus espaldas y se acerca a mí.

—Llorarla no es malo —me dice con una dulzura increíble—. Pero no puede ser lo único que hagas. —Baja la vista hacia sus manos, que frota la una contra la otra—. Yo también lo siento. Sé que me he pasado. Perdona el bofetón... pero... es que estaba muy enfadada. Hoy ha sido un día horrible y difícil y... me ha superado. Yo...

—Shh, shh. —Soy yo el que acorta la escasa distancia que nos separa y la abrazo con fuerza. Apoyo su cabeza en mi pecho y le beso el pelo—. Creo que era justamente lo que necesitaba, cariño. Una buena patada en el culo.

Y es extraño, pero el poder consolar a alguien tan fuerte como Laura me ayuda. Es como si algo de su vitalidad se traspasase a mí. Como si al tenerla entre los brazos y mezclar nuestro dolor y nuestra angustia, consiguiese aligerarla un poco, fortaleciendo, al menos en mi caso, algo que ya creía perdido. La aceptación de la muerte y de que la vida sigue. De que, aunque la desesperación me haga olvidarlo, sí tengo mucho por lo que vivir y luchar.

CAPÍTULO 15

Laura

—Mierda, todo esto aquí no va a caber.

Miro toda la ropa encima de la cama de Llara y de nuevo el armario. Lo he vaciado entero para organizarlo un poco y hacer algo de sitio para mí, pues, ahora que mi estancia aquí parece ir para largo, necesito sin falta más espacio. Pero esto es como jugar al Tetris, no consigo meter aquí dentro toda nuestra ropa por mucho que me esfuerce.

Suspiro y me aprieto la coleta. Tengo que encontrar la manera. Quizá si comprase un baúl y lo pusiera bajo la ventana, podría meter en él toda la ropa de verano de mis sobrinas y así desocupar bastante el armario. Sí, me gusta esa opción. Y ahora que lo pienso, no haría falta ni comprarlo. Tengo uno en mi dormitorio en casa de mi padre que sería perfecto.

Sin parar a pensármelo más, recorro el piso hasta la puerta principal para ir a buscarlo ya mismo. Pero justo cuando mi mano va a abrirla, el sonido del timbre me hace dar un respingo.

Joder, cosa oportuna.

Al abrir, me encuentro enfrente a una sorprendida María, aunque en realidad la asombrada soy yo. No me la esperaba y, la verdad, no sé si esta visita me va a resultar fácil, a pesar de lo que adoro a esta chica.

—¡Dios! Esto es rapidez y lo demás son cuentos, Laura. ¿Qué estabas? ¿Pegada a la puerta?

—Pues sí. Me pillas saliendo.

—Ah... —Me mira y su boca comienza a esbozar una sonrisa lenta mientras arquea las cejas con una mezcla de diversión y exasperación—. ¿Y no vas a fingir ni que estás contenta de verme?

Sonríó y la cojo de una mano para acercarla a mí y plantarle dos besos en las mejillas.

—Anda, pasa, tonta. Por cierto, ¿qué haces aquí? Te creía todavía en Italia.

—Sí, pero hemos tenido que volvernos antes de tiempo. Al ex de mi hermana le ha surgido un problema y no podía hacerse cargo de los niños. Pero bueno, eso solo ha hecho que me haya enterado, antes de lo que esperabas, de que me he quedado sin compañera de piso —me dice recorriendo el pasillo hasta el salón y, justo al llegar a él, se da la vuelta y pone los brazos en jarras—. ¿Cómo no lo he sabido por ti, eh? Y que has dejado el trabajo... ¡Por Dios, Laura, creía que éramos amigas! Hemos estado mandándonos cientos de wasaps absurdos y no me cuentas lo más importante. —Se deja caer en una silla como si estuviese agotada y prosigue sin darme tiempo a replicar—. ¿Qué es eso de que te quedas aquí, en El Pilar? ¿Lo has pensado bien? ¿Estás completamente segura de que es lo que quieres?

—Eh, eh, respira, ¿quieres? —Me río ante su verborrea y me acerco a la nevera a por dos refrescos antes de sentarme frente a ella—. Lo siento, ¿vale? No era mi intención ocultártelo... —Ante su arqueo de cejas vuelvo a reírme—. No, no lo era. Pero sabía que tendríamos esta conversación y no quería joderte las vacaciones.

—Bueno, vale. Pues ahora ya estoy aquí. ¿Qué sucede? ¿A qué viene este cambio de planes? No entiendo nada, Laura.

Suspiro sonoramente antes de explicarle un poco todo lo sucedido a lo largo de estas semanas. Le hablo de las niñas, de Rubio y de la necesidad de quedarme, por ellos y también por mí misma.

—Además —acabo mi monólogo con otro suspiro—, se lo debo a Clara, ¿no crees?

María sube las cejas hasta esconderlas bajo su flequillo.

—¿Qué? —pregunta, un tanto perpleja.

—Después de todo lo que ella hizo por mí, es lo menos que puedo hacer yo por los suyos — respondo, y sé que me he puesto a la defensiva, aunque no sé muy bien por qué.

—Se lo debes a Clara —susurra ella con la mirada clavada ahora en la mesa. Se toma un par de segundos antes de incorporar la cabeza y clavar esta vez los ojos en mí—. ¿Le debes tu vida, Laura? Yo creo que no.

Me echo hacia atrás en la silla y la miro desencajada. ¡Por Dios! Tampoco es eso.

—¡No seas exagerada! Solo será un tiempo, hasta que...

—¿Hasta qué?

No sé qué iba a decir si no llega a interrumpirme, porque ahora no tengo ni idea de qué contestar a eso.

—No lo sé. Un tiempo. No sé cuánto. —Me levanto y apoyo las manos sobre el frío mármol—. Oye, es mi vida, ¿vale? No sé por qué narices tengo que darle tantas explicaciones a todo el mundo.

—¿Por «todo el mundo» te refieres a Marcos y a mí?

—Joder... —susurro volviendo a dejar caer mi culo en la silla, con tanta fuerza que hasta me hago daño—. Joder...

Siento que me aprieta una mano y dejo mis ojos fijos en esa imagen.

—¿Cómo está? ¿Lo has visto? ¿Has hablado con él? —No soy capaz de mirarla mientras hago esas preguntas.

—No sé si está más cabreado o dolido —suspira ahora ella—. Supongo que no sabe cómo manejar esta situación.

—Yo tampoco —me sincero—. Pero si tengo que elegir entre él y mis sobrinas...

—Ya has elegido —dice ella con muchísima dulzura—. Y Marcos también lo sabe.

La miro a los ojos y asiento con la cabeza, aunque no soy capaz de pronunciar palabra. Sí, ya he elegido, pero una parte de mí sabe que no solo ellas han sido la causa de mi decisión. Una parte que me hace incorporarme como un resorte y ponerme a lavar cuatro cacharros de la comida que todavía siguen en el fregadero.

No es hasta que me estoy secando las manos con un paño que María rompe el silencio que se había instalado en la estancia.

—Yo solo quiero saber algo y que seas sincera —dice, haciendo que mi corazón comience a galopar dentro de mi pecho. Conociéndola, sus inquietudes pueden resultar desastrosas para mí—. ¿Tú cómo estás?

El suspiro de alivio que suelto es sustituido de inmediato por una sonrisa. ¡Dios, ya me temía lo peor!

—Bien. Lo llevo bien.

—Demasiado bien, ¿no? —cuestiona ella con otro arqueado de cejas.

—Bueno... Sí. Me he mantenido ocupada y...

—Y el día que te rompas vas a flipar —suelta sin paños calientes—. Laura, cariño, te conozco. Y esa costumbre tuya de guardarte todo dentro...

—Estoy bien —insisto, frenando lo que sin duda iba a ser su acostumbrado sermón—. De verdad.

Ella menea la cabeza sin creermelo del todo, pero, por suerte, cambia de tema.

—Por cierto, ¿dónde están las niñas?

—En casa de mi padre. Las ha venido a buscar para estar con ellas un rato antes de irse al

cuartel.

—¿Y tu cuñado? ¿Sigue encerrado?

—No. No es que se deje ver mucho, pero ahora parece estar haciendo un esfuerzo por seguir adelante. De hecho, hoy es la segunda vez que decide acercarse un rato a la obra, aunque no creo que tarde. Es como si no fuese capaz de centrarse en algo durante mucho tiempo. Y, desde luego, su lugar favorito sigue siendo el cuarto de costura de Clara. Al menos me ha dejado limpiarlo un poco. —Resoplo al recordar su estado y, con los codos apoyados en la mesa, me froto las sienes —. Es horrible verlo así... Yo... —me callo en el acto, asustada de revelar más de lo que debo.

—Tú más ya no puedes hacer —apunta María, haciendo que vuelva a respirar tranquila. No sabía que había retenido el aliento hasta que la he oído—. Solo necesita tiempo. Tiene que ser durísimo perder a tu pareja. Y ellos se veían tan bien... Tan enamorados, ¿verdad? ¿Recuerdas todas las veces que les dijiste que resultaban empalagosos? —Sonríe tratando con esa broma de aligerar el ambiente, pero lo que no sabe es que con esa simple frase acaba de abrirme un agujero enorme en el pecho. Y mi estómago, que nunca ha vuelto a ser el mismo desde la muerte de Clara, se me revuelve entero.

Buscando una salida para dejar de atormentarme y, de paso, saciando una curiosidad morbosa que me ha perseguido desde el accidente, me animo a hacerle una pregunta de la que aún no tengo muy claro que quiera saber la respuesta. Pero antes, me levanto y cojo un cigarrillo.

Me lo enciendo ante el asombro de María y solo me encojo de hombros ante su muda pregunta acerca de esta insana costumbre.

—Tú lo sabías, ¿verdad? Lo viste aquel día en las cartas —comento sin que se lo espere, haciendo que ahora su cara de sorpresa ante mi hábito se transforme directamente en una de pánico.

—Yo... —Comienza a hacer dibujos con su índice sobre el mármol de la mesa—. Yo...

—Lo viste.

—Bueno... vi algo. Sí. —Me mira un fugaz momento y baja la vista, casi avergonzada ante su confesión.

—María, no pasa nada. Es solo que... No sé. Sabes que me cuesta creer en esas cosas, pero me ha sido imposible olvidar tu actitud aquella tarde con las cartas, sobre todo después de lo sucedido.

—Ojalá lo hubiese visto más claro, Laura. A lo mejor hubiese podido impedirlo —se lamenta, dejándose a cuadros—. Pero...

—Por Dios, no te estoy echando nada en cara. Eso es una tontería. Además, tú me has dicho muchísimas veces que el destino ya está escrito, así que...

—Sí, supongo. De todas formas, solo acerté a ver la muerte de alguien muy querido para ti y mucho dolor. No supe de quién se trataba hasta la llamada de tu padre.

Se me ponen los pelos de punta, tal como el día en que la colonia de Clara se percibió claramente en el cuarto de las niñas. Y cuando estoy a punto de contarle ese hecho, el ruido de la puerta principal me hace cerrar la boca en el acto.

Ambas miramos hacia la puerta que comunica el pasillo con el salón, por la que entra mi cuñado con las manos en los bolsillos. Al vernos, se queda parado durante unos segundos, incómodo en su propia casa, lo que me hace sentir algo violenta.

—Hola —saludo para romper la tensión.

—Hola. Hola, María —dice él acercándose.

—Hola, Rubio. —Ella también parece un poco rígida, supongo que no sabe cómo seguir con el saludo. «¿Cuánto tiempo!» o un «¿Qué tal?» parecen fuera de lugar. Sobre todo porque se ve a las

claras que no está bien. Aunque se ha recortado la barba, sus ojeras negras no pasan desapercibidas, además de que ha perdido muchísimo peso desde el día del entierro. El jersey de lana que lleva puesto le cuelga desmadejado, así como los vaqueros en las caderas.

Para mi sorpresa, él parece el primero en recuperarse y actuar con normalidad. Da los pasos que lo separan de nosotras y hace algo que me sorprende. Me roba lo que me queda del cigarrillo y se lo lleva a sus labios.

—Esto es dañino, Laura —me suelta con todo el morro tras darle dos caladas rápidas y meterlo dentro de mi bote de refresco, que, por cierto, todavía no había acabado.

—¡Vaya, hombre! ¡Lo que hay que oír! —exclamo con los ojos como platos.

Ignora mi comentario y se sirve un café, que mete en el microondas.

—¿Te quedas unos días en El Pilar? —se interesa, dirigiéndose a María.

—No, qué va. Solo es una visita rápida de paso. Voy hasta Cudillero. Mis padres hacen hoy treinta y cuatro años de casados y, aprovechando que se nos ha fastidiado el viaje a mi hermana y a mí, han decidido celebrarlo con una cena, aunque caiga entre semana.

Él frunce el ceño a la vez que un velo de dolor cubre sus ojos durante un instante. Se lleva rápidamente la taza a la boca para disimular el rictus amargo que han dibujado sus labios y después la deja sobre la encimera.

—Bueno, os dejo solas, chicas. Seguro que tenéis mucho de lo que hablar.

María mira el reloj y se pone en pie.

—No te preocupes. Yo ya me iba. Quiero coger las tiendas abiertas y comprarles un detallito.

Me pongo de pie imitándola y ella rodea la mesa para darme un abrazo de oso y un beso en la mejilla.

—Te voy a echar de menos, cielo, pero prometo visitarte todo lo a menudo que pueda —me dice—. Y ni que decir tiene que el trabajo no va a ser lo mismo sin tus locuras por allí.

Sonríe incómoda mientras ella se despide de Rubio y después la acompaño a la puerta, donde vuelve a abrazarme como si en vez de a menos de una hora de distancia, una de las dos se fuera a Australia.

—Venga, mujer. Que al final me vas a hacer llorar —le digo de broma, aunque de broma tiene lo que yo de alta.

Cuando se va tras dedicarme una sonrisa triste, vuelvo a la cocina pensando en que la visita de María ha sido el punto irrevocable que me ha hecho ver el alcance de mi decisión. Y no es que ya me esté pesando, sino que yo soy la única que sabe que estoy renunciando a mucho más que lo que se ve a primera vista. Estoy renunciando a no poder olvidar a la única persona que nunca podré tener.

—Laura... Esto... —El balbuceo de Rubio ahuyenta mis perturbadores pensamientos.

—¿Sí?

—Perdona, pero... —De pie, apoyado en la encimera, me mira con los ojos entrecerrados. Parece confuso y algo nervioso. Y cuando comienza a mesarse el cabello y deja una de sus manos apoyada en su nuca, frotándosela, me confirma que es así como se siente.

—¿Qué sucede? —pregunto, ahora tan desconcertada como él.

—Es que... ¿Has dejado el trabajo? Lo siento, creerás que soy idiota, pero... No sé. Pensé que... Joder, no sé lo que pensé. Pero... ¿has dejado el trabajo?

Inhalo aire hasta que los pulmones están tan llenos que duelen. Cuando lo suelto, lo hago muy despacio, para que él no sea consciente de lo que me molesta tener esta conversación. No, no es molestia. Es miedo. Pánico. A que me diga que no era necesario, que él puede encargarse de sus hijas, que no le hago falta... Porque aunque sé que sería una verdad a medias, también sé que

ahora mismo soy de gran ayuda. ¿O no fue hace escasos días cuando me dijo que me necesitaba?

—Sí —me atrevo a contestar después de un espantoso silencio—. Quiero estar con las niñas una temporada, ¿te parece?

Él me observa como si me viese por primera vez. Parece estudiarme, y yo me muerdo la carne de la mejilla con saña. Quiero quedarme, claro que sí. Pero hay momentos, como ahora mismo, que también quiero irme lejos, y ahora Australia hasta me parece demasiado cercana. Desaparecer, no sentir nada de lo que siento, porque todo es tan contradictorio en mi jodida cabeza que voy a colapsar.

—¿Si me parece bien, quieres decir? Joder, Laura, eso es el mayor regalo que les podrías hacer. A ellas y a mí. Pero me siento fatal, yo... Tú... Es que no deberías tener que renunciar a...

—Quiero hacerlo, Rubio. Estar con las niñas es justo lo que necesito. De no ser por ellas, a lo mejor yo...

En apenas dos zancadas lo tengo frente a mí y, antes de que me dé cuenta de sus intenciones, sus brazos me rodean y tengo la cabeza pegada a su pecho. Dios, es horrible. La última vez estaba demasiado disgustada y no fui consciente del abrazo más que como un modo de consuelo, pero ahora es diferente. Estar en sus brazos es... terrible, vergonzoso y un error.

Chema

Salgo de casa preparado para trabajar. Hoy no tengo intención de pasarme por la obra solo para controlar, cosa que ni llegué a hacer las pocas veces que me digné a ir, si soy sincero. Los últimos días me pasaba el rato dando vueltas sobre mí mismo, más perdido que Wally en lo que habían sido mis dominios y mi pasión desde que conseguí hacer mi primera masa.

Me paso por el banco para hacer unas gestiones y también me acerco a la marmolería antes de ir al trabajo. Tengo que encargar la lápida para Clara, algo necesario, aunque me remueva las tripas el hacerlo. Pero es lo que hay, y no puedo obviar más el hecho de que mi mujer ni siquiera reposa en un lugar bonito y lo hace tapada con una fea losa gris de hormigón. Todavía no puedo creer que algo así se me pasara por alto, pero supongo que, cuando uno está tan absorto en su propio dolor como lo he estado yo estos últimos dos meses, el resto del mundo deja de tener importancia. Incluso mis hijas, cosa de la que me arrepiento cada minuto del día desde que Laura, quizá no con métodos muy apropiados pero sí efectivos, me hizo ver lo mal que lo estaba haciendo.

Hago mi encargo con rapidez, pues sé bien lo que quiero para la última alcoba de mi mujer y, de vuelta en el coche, conduzco casi con ilusión ante las horas de trabajo duro que me esperan. A lo mejor es lo que necesito. Sentirme de nuevo útil, persona, para salir de este pozo o, al menos, para no ahogarme en él.

Cuando llego a la casa de Miriam, donde la estructura del salón anexo ya ha sido levantada, Julián me recibe en el patio con una pequeña sonrisa que amplía al ver como comienzo a cambiarme con la ropa de faena. No para de cargar cajas de plaquetas en una carretilla mientras me saluda, pero, cuando la tiene lo suficientemente llena, se acerca y me da una sonora palmada en la espalda mirándome de arriba abajo.

—Bueno, veo que hoy vienes con ganas de trabajar, tío. No sabes la alegría que me das.

—Me imagino —digo—. ¿Has mandado a Colás y a los chicos a casa de Pedro, como te pedí?

—Sí, claro. Su madre está desesperada por ese muro. —Me guiña un ojo y vuelve a donde está su carga, que comienza a llevar hasta la obra mientras camino a su lado—. Lo que no me extraña —añade—, a mí tampoco me gustaría vivir al lado de Hugo sin nada que dividiera nuestras fincas.

—Ya. Que ese chico se haya ido a vivir solo justo al lado de ellos ya es mala suerte. No quiero ni pensar en todos los problemas que puede acarrear.

—Eso sin contar los fiestones que se monta los fines de semana. Según Pedro, son bestiales.

Tuerzo el gesto y espero a que pase él primero antes de hacerlo yo y, entonces, boquiabierto, me quedo en la puerta observando la escena que tengo delante de mí.

Laura, arrodillada en el suelo, remueve la masa con ansia en un cubo. Lleva puestos unos vaqueros viejos, una sudadera dos tallas más grande de la que usa y el pelo escondido tras un pañuelo de colores atado en su nuca.

—Laura... —susurro.

—Ah, sí. ¿No lo sabías? Tenemos un nuevo peón en la empresa —se cachondea Julián mientras descarga la carreta.

Ella se levanta y se sacude las rodillas. Parece avergonzada y no me mira a la cara cuando habla.

—Es que me aburría y... bueno, me dejo caer por aquí de vez en cuando —se justifica.

—¿De vez en cuando? Laura, por favor, si vienes casi todas las mañanas al dejar a las niñas en el colegio —apunta Julián con una sonrisa sardónica. Luego me mira a mí y hace un gesto de

apreciación con la cabeza—. Y la verdad, no lo hace nada mal, que lo sepas.

Sacudo ligeramente la cabeza para aclararme las ideas. Pero... ¿hay algo que esta chica no se atreva a hacer?

—Solo es para pasar el rato —se defiende ella—. La casa se me cae encima y...

—No pasa nada, Laura —digo con mi cabeza pensando en mil cosas a la vez. Ha dejado su trabajo, me ayuda con las niñas, con la casa y en el trabajo. No solo haciendo los presupuestos que he revisado y no estaban nada mal, sino que ahora también me entero de que se ha puesto a ejercer de albañil. Joder, tengo que darle un puto sueldo, es lo menos que se merece. Contratarla como lo que sea y dejar de abusar de ella de esta manera. Si hay un momento en el que me puedo permitir ser un poco generoso, es este, en el que el dinero, por una vez, no es un problema a corto plazo. Sobre todo porque no tengo ninguna intención de seguir con la casa por ahora. ¿Para qué? Si Clara no va a poder disfrutarla.

—Bueno, esto ya está. — Laura le acerca el cubo a Julián y comienza a recoger las cosas que hay por el suelo para poder empezar a emplaquetarlo.

En esos momentos, Miriam entra en la estancia desde lo que antes era el salón, ahora con los muebles contra la pared más alejada y cubiertos con mantas viejas.

—Hola, chicos —saluda con una bandeja en la mano en la que trae cafés y pasteles—. Tomaos algo, anda, antes de que me vaya a trabajar.

Todos aceptamos gustosos la invitación y, mientras sorbemos nuestro café, la mujer se dirige a Laura en busca de opinión.

—Laura, sé que a lo mejor estoy aprovechándome de ti, pero, ya que te tengo por aquí, quería preguntarte algo.

—Claro, dime, Miriam.

—Es que... Tengo un dilema a la hora de amueblar este espacio. No sé si poner aquí la mesa del comedor, aprovechando la luz de las cristaleras, o dejarlo en el otro lado. —Señala hacia la antigua estancia—. Es que ahí la mesa quedaría más cerca de la cocina. Pero como quiero poner un aparador, quedaría muy raro para acceder a los sofás, ¿no? ¿Tú qué dices?

Laura la mira con una sonrisa y, acto seguido, le pide un papel y un lápiz. Antes de que Julián y yo nos terminemos el café, ya ha hecho un boceto de cómo distribuir los muebles de la mejor manera posible, tanto en funcionalidad como estéticamente. Y no solo eso, sino que Miriam parece realmente encantada con la propuesta.

Quince días después, ambos nos hemos habituado a una rutina que nos facilita a ambos el trabajo. Laura se va a eso de las doce del curro a casa y soy yo el encargado de recoger a las niñas del cole para comer juntos. He tenido que ajustar un poco el horario laboral corriendo medias horas, pero ninguno de mis obreros me ha puesto inconveniente alguno. De hecho, Julián hasta lo ha agradecido, pues así, como yo, puede comer con su hija y todavía le sobra un poco de tiempo para bajar la comida.

Por las tardes, mientras yo vuelvo al trabajo, ella se ocupa de las niñas y de la casa. Y soy yo el que se encarga de la cena, por eso de comer, aunque sea una vez al día, algo un poco decente. Porque Laura es muy buena en lo suyo, y tiene una voluntad asombrosa, pero en la cocina es un auténtico desastre con patas. Y eso que yo no soy ningún *crack*, pero a su lado parezco Karlos Arguiñano.

Así que aquí estoy, entrando en casa con las mochilas de las niñas en la mano, esperando que,

por Dios, haya hecho algo comestible, aunque tampoco protestaré sea lo que sea.

—Hola, princesas —saluda, recibiendo a las niñas con besos y abrazos—. ¿Qué tal el día?

—Bien pero un poco aburrido. La profe es una pesada con los números, yo ya me los sé todos —refunfuña Marta haciéndome sonreír, aunque mis labios apenas se mueven del sitio.

—Bueno, cariño, a lo mejor a tus compañeros les cuesta un poco más. Así que...

—A aburrirse toca —termina mi hija la frase por Laura y, poniendo los ojos en blanco, me coge la mochila de la mano y se la lleva a su dormitorio.

—Yo bien —dice Llara, rescatando también su mochila, pero tirándola encima del sofá—. Como no llovía, hemos jugado mucho en el patio.

—Ay, eso es divertidísimo —asegura mi cuñada con una sonrisa—. Me alegro un montón.

—Yo también —afirma Llara, moviendo mucho la cabeza y haciendo que sus rizos se muevan en todas direcciones.

—¿Qué tenemos de menú? —pregunto yo acercándome al horno, donde algo se está cocinando. Descubro que son su especialidad, macarrones con carne y queso. Bueno, quizá se repita demasiado, pero al menos es algo que hace bastante sabroso.

—Macarrones. Venga, a comer, que ya los voy a sacar.

—Deja, ya lo hago yo.

Saco la fuente y la pongo sobre la mesa, encima de una cosa de esas para que no se quemé el mantel. Las niñas se acercan corriendo y ocupan sus lugares, al igual que yo, en la cabecera, como siempre. Laura llena los vasos de agua antes de sentarse al lado de su ahijada, dejando, como siempre, el lugar a mi izquierda libre. El lugar de Clara, que nadie ha ocupado desde que falta. La verdad es que queda raro. A mi derecha tengo a Llara y, luego, frente a Laura, está Marta, separada de mí por un espacio vacío y a la vez tan lleno de significado. Pero aunque es así, extraño, no tengo el valor de decirle a mi hija mayor que se acerque, ni ella de pedírmelo o hacerlo, así que seguimos condenando esa silla a estar desocupada y llevando a la mesa la presencia de alguien que nunca volverá y a la que todos echamos de menos.

Me he quedado tanto tiempo mirando el lugar vacante que hasta Llara se ha dado cuenta de ello.

—Papá, no estés *tiste* —me dice, estirando su brazo para pasarme por la mejilla su manita.

—No, cariño, estoy bien —miento, metiéndome en la boca un buen puñado de pasta a ver si, junto con ella, consigo también tragarme el nudo que se me ha instalado en la garganta.

—Mami no quiere que estés *tiste* —suelta de nuevo con la boca medio llena.

—¿Qué? —No, no la he entendido bien.

Llara traga y bebe agua antes de volver a hablar.

—Que mami no quiere que estés *tiste*. Y también dice que te cuide.

Miro a Laura rápidamente, buscando que me traduzca lo que acabo de oír, porque definitivamente ahora no comprendo nada.

Pero ella no me ve, con la vista clavada en su ahijada.

—Cariño —le dice con muchísima ternura—, ¿has soñado con mamá?

Llara se ríe y meneá los rizos.

—Noooo —responde con una sonrisa y total convicción—. Ha venido. A mi cama.

Perplejo, abro mucho los ojos y niego con la cabeza. Laura atrapa mi mirada por encima de la niña y se muerde el labio inferior mientras me hace gestos, pero no entiendo lo que quiere decirme. Joder, ahora mismo parezco gilipollas. No entiendo nada.

—Lo has soñado, tonta —interviene Marta de malos modos.

—No, no es *vedad*. Ha estado en *nuesto cuato*.

Los tres la miramos con fijeza. Seguro que es eso lo que ha pasado, que lo ha soñado y...

—Dos veces —aclara la pequeña de repente, levantando el índice y el corazón de una de sus manos—. Dos.

—Llora, cariño, a veces los sueños...

—No, Mina. —Ahora está enfadada, casi a punto de llorar porque no la creemos—. Ha estado. Ha *habado* conmigo.

—¡Llora! ¡No digas mentiras! ¡Recuerdas lo que le pasó a Pinocho? —ataca Marta, mirándola enfurecida.

—No son mentiras. No lo son. Es la *verdad*. Me llamó tomatito.

Pestañeo muy rápido porque los ojos me duelen de tenerlos tanto tiempo abiertos.

—Mira, princesa... —intervengo, aunque no sé muy bien qué decir—. Mami...

Ella me mira muy seria con los ojos anegados en lágrimas.

—También me dijo que tú... que no eras cu... cupa... ¡*Culpabe* de nada! —termina alzando la voz al conseguir recordarlo.

Y yo... Yo me echo hacia atrás en el asiento como si alguien me hubiese golpeado en el pecho. Pero ¿qué cojones...? Es imposible que esto último haya sido un invento de la niña. Nadie, nadie sabe de la culpabilidad que me roe las entrañas.

Mis ojos vuelan de nuevo a Laura, intentando buscar en ella algún tipo de explicación, pero parece tan estupefacta como yo. Se frota los brazos con ahínco, como si tuviese mucho frío a pesar de llevar puesto un grueso jersey de lana.

Nos saca del trance Marta, que se levanta de la silla tan deprisa que da con esta en el suelo. Con los puños apretados, se dirige a su hermana a gritos.

—¡Mamá está muerta! ¡Muerta! Eres una niña boba. ¡Mamá está muerta!

—¡Marta! —Me pongo en pie y me estiro para alcanzarla, pero ella da un salto atrás y evita que la coja.

—¡Está muerta! No va a volver. ¡Díselo, papá! ¡Está diciendo tonterías! ¡Díselo!

—Marta, para —le pido con seriedad.

—¡Que pare ella! —chilla—. ¿Por qué no te enfadas con ella, que es la que está diciendo mentiras?

Miro a Llora pensando en las palabras de mi hija mayor. Pero no, soy incapaz de enfadarme con ella. Está llorando en silencio, mientras me mira con los ojos como platos y un dedo en la boca. Me rompe el alma verla así, porque ella está totalmente convencida de que Clara ha estado a su lado y ha hablado con ella.

Laura parece opinar como yo, porque la coge en brazos y la sienta en su regazo.

—¡Es una mentirosa! ¡Castígala! —sigue increpando Marta fuera de sí.

—¡Marta, por Dios! —Aparto la silla y doy dos pasos hacia ella, pero la niña, rápida como una liebre, se escuda tras la mesa baja del salón—. Ven aquí, anda —pido con calma, acercándome despacio a su lado.

—No. No quiero. ¡Es mentira! ¡Mentira!

Me acuclillo sin atosigarla y le tiendo una mano, pero ella sigue obcecada en gritar que es mentira, una y otra vez.

—Cariño, Marta, escucha. —Veo a Laura pasando por mi lado, poniéndose más cerca de mi hija y agachándose para hablarle—. ¿Por qué te has puesto así? No pasa nada. Todo tiene una explicación, seguramente, pero...

—¡Pero es mentira! ¡Tiene que ser mentira!

—¿Por qué? —vuelve a cuestionar Laura sin alzar la voz.

—Porque... Porque... —Marta se queda muy quieta con los brazos estirados a sus costados—. Porque si es verdad, ¿por qué no ha hablado conmigo también?

Joder, otro impacto de estos y acabo con el culo en el suelo. Trastabillo hacia atrás y tengo que echar mano de todo mi equilibrio para ponerme en pie. En una zancada, tiro de mi hija y la aprieto entre mis brazos.

—Cariño... —susurro. Nada de lo que diga será lo suficientemente bueno en este momento.

—Papá, ¿a que es mentira? —murmura ella contra mi cuello.

—Claro que sí —digo tan bajito que solo ella me oye—. Tranquila, cariño. Shhh, shhh.

Pero el recuerdo de la palabra «culpable» saliendo de los labios de Llara me produce un escalofrío.

Clara

No sé si lo estoy haciendo bien. Quizá hablar con Llara no sea bueno, después de todo. Pensé que ayudaría a Chema, pero ver lo que ha producido en Marta la confesión de su hermana me hace recapacitar sobre el tema.

Así que no he vuelto a hablarle a mi pequeña, aunque sí que las visito a las dos cada vez que la energía, Dios o quien sea me permite aparecer de nuevo. Muchas noches Llara pronuncia mi nombre y tengo que hacer uso de toda mi fuerza de voluntad para no contestarle. Y lo peor... lo peor es no saber si estoy haciendo lo correcto.

No recordar la conversación mantenida con mi madre me está resultando frustrante. Aunque, por suerte, comienzo a recordar cada vez más retazos de ella, todavía no tengo claro qué hago aquí o cuánto voy a estar. Lo que sí sé es que en algún momento deberé irme. Me lo dicen las entrañas. Esas que están a la espera de mi propio desenlace.

Desde hace dos días no he vuelto a desaparecer. Y no es que lo eche en falta, pero algo está cambiando y eso me tiene un poco desconcertada. Eso y que estoy sintiendo de nuevo cosas que creí que no volvería a sentir, como esa confusión. Y, aunque me alegro, porque sentirse vacía de sentimientos era una sensación de lo más extraña, me asusta que algunos de ellos vuelvan. Como el dolor. No es agradable ver a la gente que quieres rota y sufriendo, pero, al menos, aunque suene de lo más raro, no me duele. Soy como una espectadora de una película dramática, pero de esas que no sueltan una lágrima ni en la escena final de *Titanic*, cosa que por cierto yo no era en vida. No sé explicarlo bien, pero sí sé que prefiero que sea así.

Cuando he visto a Marta derrumbarse en brazos de su padre, quería tenderle una mano y acariciarle el pelo, abrazarla o besarla hasta el cansancio, pero no dolía. Es como si esa parte de mí hubiese muerto con mi cuerpo. Como si una paz desacostumbrada la hubiese recubierto. O quizá sea el amor tan inmenso que me llena, que no da cabida al dolor ni a ningún sentimiento negativo.

Es como ahora, sentada en el sofá observando a mis hijas jugando con Laura. Lo único que siento es una gratitud enorme hacia ella y muchísimo amor. No hay envidia por que sea ella las que las disfrute, ni añoranza por no hacerlo yo. Solo amor.

Todos en casa han caído en una especie de rutina, que, aunque embargada en un halo de tristeza, parece sacarlos adelante día tras día. La vida sigue, sí. Es una frase manida y oída hasta el cansancio por todo aquel que tiene que superar una pérdida, pero también es una verdad elemental. La vida sigue, a pesar de los recuerdos y del dolor que asola a Chema cuando menos se lo espera, sobre todo al acostarse, cuando se queda todas las noches durante eternos minutos observando la foto que hay sobre la mesilla. Esa de un primer plano mío el día de nuestra boda.

La vida sigue, sí, aunque Laura se haya recubierto de una armadura de jovialidad y dureza que esconde su gran pena.

La vida sigue, aunque mis hijas hayan perdido a su madre y, aun así, haya un constante recuerdo mío en su día a día. Sentimental y material. Esas caricias y canciones al acostarlas, la comida en sus platos, con las que les formaba dibujos a menudo, la silla vacía en la mesa, mi ropa todavía en el armario y muchos de los hábitos y normas que les había impuesto, y que Laura y mi marido secundan a rajatabla a pesar de mi ausencia.

Hoy es uno de diciembre. Mi cumpleaños. O lo sería de no haberme muerto aquel día. Han pasado tres meses de mi muerte y el día despertó tan gris como los ánimos en la casa. Por la mañana, bien temprano, he acompañado a mi marido al cementerio, donde ha roto a llorar delante

de mi tumba. Hacía tiempo que no veía sus mejillas mojadas en lágrimas y una inmensa ternura me ha hecho apartar la vista, concediéndole intimidad. Mi lápida, en blanco, luce la figura de un ángel. Eso me arrancó una sonrisa. «Mi ángel», me llamaba Chema, con esa sonrisa que me encantaba y esos ojos casi dorados brillando de amor. Pagaría por volver a ver ambas cosas, aunque no fuesen dedicados a mí.

Después de la visita, se ha ido directo a la obra, a pesar de que es domingo y de que allí no habría nadie. Han comenzado a construir una casa pequeña, de esas de fin de semana, en la carretera del polígono, y allí lo he dejado, bregando con ladrillos y masa, enfadado con el mundo y más triste que cualquiera de los días anteriores.

Parece absurdo, ¿verdad? Que la fecha de un cumpleaños, de un aniversario o de un día especial hagan recordar a alguien de una forma diferente, pero así es como funciona la vida o el ser humano. Como si ese día nos abandonáramos a sentimientos que, el resto de los días, intentamos mantener a buen recaudo, supongo que simplemente por instinto de supervivencia.

Mi hermana se ha dedicado en cuerpo y alma a hacerles la tarde agradable y entretenida a las niñas. Ha dibujado con ellas, ha visto dibujos animados en la tele y ahora están las tres inmersas en el parchís, juego que Marta domina a la perfección, como no podía ser de otra manera.

—Tienes que contar veinte, Llara, le has comido una ficha a la tía.

—Oh, pero yo no quiero *comésela*. Mina, *pedona*...

Laura sonrío y le da un beso en la mejilla.

—Es un juego, cariño. Tienes que comérmela para ganar tú. Anda, a ver que te ayudo, vamos a contar veinte con una de tus fichas. ¿Cuál prefieres?

Coge la ficha que le indica Llara y cuenta con su ayuda. Pero después se levanta y va hasta la ventana, observando preocupada como la lluvia golpea con brío contra los cristales. Echa un vistazo a su reloj y frunce más el ceño. La entiendo. Son las siete de la tarde, hace casi una hora que es noche cerrada, el día está horrible y Chema no ha vuelto desde que salió a primera hora.

—¿Dónde está papi? Tarda mucho, ¿no? —pregunta Marta, leyéndole el pensamiento.

—Oh, no te preocupes, cariño, seguro que en nada ya está aquí —responde Laura, volviendo al sofá justo a tiempo para ver como la niña, con la atención de nuevo en el juego, tira los dados y saca el número indicado para meter la última ficha que le faltaba en el centro del tablero.

—¡He ganado! ¡He ganado! —comienza a chillar saltando alrededor de la mesa.

—Bah, vaya suerte —protesta Llara—. Yo nunca gano.

Marta le echa la lengua a su hermana.

—¡Ah, ah! ¡Pues yo sí! Y elijo la cena, ¿verdad, tía? Lo dijiste.

—Sí, claro —dice Laura—. La que ganaba elegía la cena, desde luego.

—Quiero *pizza*. ¡*Pizza*!

—Uff, genial. Me parece estupendo. —Laura sonrío, supongo que aliviada de que no hayan pedido nada difícil de preparar. Aunque de la cena normalmente se está encargando Chema, hoy ella parece opinar como yo, que él no va a estar mucho por la labor.

—¡*Pizza*! ¡Yo también quiero! —grita Llara también.

—¿Ves? Tú también has ganado —le susurra mi hermana—. Y ahora, ¿qué os parece si os lleno la bañera y os dejo jugar más tiempo de lo normal en ella?

Las niñas aceptan encantadas entre chillidos y la siguen hasta el baño, donde Laura abre los grifos y ellas comienzan a desnudarse, Llara con algo más de dificultad que su hermana.

No es hasta que están bañadas y en pijama, y Laura ya está metiendo una *pizza* en el horno, cuando Chema vuelve a casa por fin.

—No, cariño, no —detiene a Llara, que se ha levantado escopetada del sofá hacia él—. Estoy

mojado y te voy a empapar.

La niña hace un mohín al frenar en seco su carrera, pero luego observa a su padre de arriba abajo con la cabeza ladeada. No es que esté mojado, es que podría incluso escurrirse como una fregona. Su pelo, mucho más largo de lo normal, gotea sobre sus hombros, mientras la ropa lo hace sobre el suelo.

—¡Joder, Rubio! Métete en la ducha y sácate esa ropa. Vas a coger una pulmonía —le dice Laura cerrando el horno demasiado fuerte y acercándose a él.

—Sí, ya voy —contesta él con voz cansada, pero no hace ni el amago de moverse. Con la vista al frente, perdida en algún punto por encima de la cabeza de su hija, parece sumido en sus pensamientos.

—Hola, papá —lo saluda en ese momento Marta, pero él ni le responde, con la mente lejos de allí. Ella lo estudia un instante y se encoge de hombros, como si realmente no le importase que su padre no le haga ni caso, aunque sus ojos brillan de una forma diferente y aprieta sus manitas en dos puños.

—¡Jode, papá, *hale* caso a Mina! —chilla Llara, tirándole un poco del pantalón y haciéndole regresar de donde fuera que estuviese.

—¡Llara! —la reprende Laura—. No se dicen palabrotas.

—Tú las dices —responde la pequeña.

—Sí, pero yo soy... Mayor. Yo puedo.

—Mamá no decía palabrotas. Y también era mayor —apunta Marta, con garbo.

—Bueno... —Laura la mira y deja los labios entreabiertos, sin saber qué contestar.

—Es *vedá* —reafirma Llara.

—Bueno... Yo soy yo y vuestra madre... Pues era mucho más lista y por eso no las decía.

—Eso es cierto. Y también cocinaba mejor. Y nunca, nunca se olvidaba de la merienda del cole. Tú eres un desastre, como dice la abuela Adela —Marta habla acercándose desde el sofá y poniéndosele enfrente, casi desafiándola.

Mi pequeña manipuladora. Siempre atacando cuando se siente triste. Pero aunque sea así, eso no la exculpa ni nada parecido. Tiene que aprender a no ofender por el simple hecho de buscar una vía de escape a su dolor. En eso se parece a su padre más de lo que me gustaría admitir.

Chema mira toda la escena como si no fuese con él, paseando la mirada de Laura a Marta, ignorando que está formando un pequeño charco a sus pies. Por su parte, mi hermana parece opinar como yo, porque pone los brazos en jarras y entrecierra los ojos cuando se dirige a mi hija.

—Eso que acabas de decir es muy feo, Marta. Deberías pedirme perdón —le dice seria pero sin gritar, y sé que está haciendo un verdadero esfuerzo para que su mal genio no salga a la luz.

—No es más que la verdad —replica mi hija—. Y no está feo decir la verdad.

Laura abre la boca, pero la cierra al instante. Da un pisotón en el suelo, frustrada, y mira a mi marido buscando que sea él el que la ponga en su sitio, supongo.

Él la mira casi sin verla y se encoge de hombros. Se da media vuelta para salir de la estancia y comienza a andar.

—Bueno, algo de razón tiene —comenta ya de espaldas y desapareciendo por la puerta.

—¿Qué? —Laura, creo que de tan perpleja que está, solo susurra esa palabra. Se queda muy quieta, allí parada en medio de la cocina, durante un par de minutos en los que su blanca piel adquiere casi el tono de su pelo y, cuando su mala leche gana la partida, yo aprieto los dientes porque me imagino lo que viene a continuación.

Señala a las niñas con un dedo.

—Vosotras, al sofá y quietecitas a ver un rato los dibujos —les ordena con la mandíbula

apretada, antes de salir como una tromba de la cocina y dirigirse en busca de Chema.

Yo la persigo por el pasillo y la veo entrar en nuestro dormitorio, sin siquiera molestarse en llamar a la puerta.

—¡Cómo has podido! —le dice en cuanto lo ve—. ¿Crees que así ayudas? ¿Qué clase de respeto van a tenerme si cada vez que Marta me ofende le das la razón?

Chema, sorprendido, desnudo de cintura para arriba y con los pantalones desabrochados, la mira con los ojos muy abiertos antes de responderle.

—Estás sacando las cosas de quicio —responde con desgana.

—¡¿Qué?! ¿En serio? ¿Tú crees? Ya sé que no le llego a Clara a la suela de los zapatos, pero me espero un mínimo de respeto, de ti y de tus hijas. ¡Perdona si es mucho pedir, pero...!

—Joder, Laura, hoy no es un buen día, ¿vale? No me apetece discutir contigo, ni tratar tus complejos de inferioridad.

Laura boquea como pez fuera del agua durante unos segundos. Estoy segura de que no puede creerse lo que está oyendo.

—¿Que hoy no es un buen día? ¿Y cuándo lo es desde el accidente, Rubio? Yo te lo diré, ¡ninguno! Pero no voy a permitir que me tratéis así, ¿me oyes?

—¿Así, cómo? —Chema comienza a quitarse los pantalones a tirones, supongo que para tener las manos ocupadas y que no se note que le han empezado a temblar desde que Laura me ha nombrado.

—Como si no valiera para nada porque no soy tan perfecta como ella, joder. Eso ya lo sé, soy despistada, un cristo en la cocina y las sábanas blancas ahora son rosas. ¡Pero hago lo que puedo! —Estira los brazos con las palmas hacia arriba y, acto seguido, se las lleva a su cara, frotándosela durante un segundo para luego masajearse las sienas. Cuando vuelve a hablar, ya no grita, pero no por ello está menos furiosa y dolida—. O vuelves ahí y solucionas esto o yo misma voy a encargarme de que no vuelva a repetirse algo así, ¿me oyes?

—¿Me estás amenazando con irte? —pregunta Chema, en calzoncillos y abriendo los brazos, perplejo y molesto ante la idea—. ¿De verdad? ¿Vas a hacer eso cada vez que algo no salga como quieres? ¡No seas caprichosa!

—¿Qué coño estás diciendo? —Laura da un paso atrás mientras pregunta eso, pero luego avanza dos zancadas hacia delante y le clava un dedo en el pecho—. ¿Qué coño estás diciendo? —repite silabeando casi—. ¿Me crees capaz de algo así? ¿Deirme por una puta discusión? ¿Quién te crees que soy, joder? Cuando dije que no le llegaba a Clara a la suela de los zapatos —otro toque con el dedo que lo hace dar un paso atrás—, me refería a como madre y ama de casa. Quizá porque no soy ninguna de las dos cosas ni nunca he querido serlo. —Otro toquecito y Chema acaba sentado encima de la cama al apartarse de nuevo y tropezar con ella—. Como persona no soy peor, Rubio, que te quede muy clarito. Y nunca, jamás, abandonaré a mis sobrinas mientras me sigan necesitando. Eso es algo que ya deberías saber, ¿no?

Chema la mira y menea la cabeza.

—Joder, Laura... Sí, claro que lo sé. Es que... —Apoya los codos en sus rodillas y esconde la cara en sus manos—. Hoy era su cumpleaños.

—Lo sé.

—Y... he tenido un día horrible.

—Yo también —responde mi hermana muy tiesa, con la vista clavada en su pelo, lo único que puede ver de la cabeza de mi marido.

Entonces él la levanta y la observa detenidamente.

—¿Tú también? —le pregunta, bajo mi punto de vista, ridículamente.

—Sí, yo también. Llevo todo el día pensando en ella, hoy más que nunca. Tratando de que las niñas no me vieran triste y, por encima, preocupada por ti. Sí, Rubio, hoy ha sido un día de mierda. Pero cuando has entrado por la puerta, no te he insultado, ¿verdad?

Él la mira de arriba abajo, tan atentamente que ella comienza a ponerse nerviosa. Lo sé porque aprieta varias veces su cola de caballo y juguetea con los pies.

—Jesús, Laura... ¿Estabas preocupada? ¿Por mí?

Ella desvía la mirada y asiente casi imperceptiblemente con la cabeza. Vuelve a encogerse de hombros y comienza a andar hacia la puerta.

—Dúchate y vuelve a la cocina. Creo que tenemos que hablar con Marta. Y ambos me debéis una disculpa. Por lo de hoy y por tirar a la basura la mayoría de lo que cocino pensando que soy tan idiota como para no enterarme de ello —dice resuelta y, sin esperar contestación, sale del dormitorio cerrando la puerta tras de sí.

Chema se queda mirando la madera durante un interminable momento. Menea la cabeza y, muy obediente, se mete en la ducha.

—Seré gilipollas, joder... —murmura con la frente apoyada en los azulejos—. Seré gilipollas...

El ruido del agua le impide oír un grito desde la cocina, seguido de las exclamaciones de disgusto de las niñas.

La *pizza* se ha quemado.

CAPÍTULO 16

Laura

Me pidieron disculpas. Los dos. Aunque tengo que decir que a Marta le costó bastante más que a su padre.

Esta niña me tiene descolocada. La mayoría del tiempo no sé cómo tratarla. A veces se comporta como la niña pequeña que es y otras, más a menudo de lo que yo quisiera, parece una adolescente en plena efervescencia hormonal, joder. Sé que me quiere, no tengo ninguna duda al respecto, pero también creo que disfruta poniéndome al límite y desafiándome.

Cuando lo comenté con Teresa, me dijo que no me preocupara, que sería una fase normal tras la tragedia. Al fin y al cabo, según ella, estoy ocupando el lugar de su madre, y Marta es lo suficientemente inteligente para saberlo y también lo bastante astuta para ponerme a prueba continuamente. Pero ambas se equivocan. Yo no ocupo el lugar de Clara, ni lo pretendo. Solo quiero ser su tía, esa que les está echando una mano hasta que las cosas, de una manera u otra, se normalicen. Supongo que llegará un día en que Chema quiera recuperar su intimidad, su casa y su vida. Y aunque una parte de mí casi teme ese momento, otra, la más sensata, espera con ansia el día en que tenga que hacer las maletas y regresar a una vida que me gustaba y disfrutaba.

«Eres una gran mentirosa, Laura. Esa no es la parte sensata, sino la hipócrita, bonita».

Juzgarme es algo que se me da de miedo, pero me sacudo esos pensamientos en cuanto me pasan por la mente.

Llego al colegio puntual y, tras despedirme de las niñas con un beso, me voy directa a casa de Eva, la hija de Román. Me ha llamado para que la ayude a decorar la habitación de su hija de ocho años y estoy ilusionada con el proyecto.

Desde aquel boceto que le hiciera a Miriam, es la quinta vez que realizo algo de lo mío, aunque este sí es el primero por el que voy a cobrar, porque Eva se negó en redondo a considerar otra cosa. Así que lo que empezaron siendo un par de consejos y unos dibujos mal hechos para ayudar a las clientas de Rubio en las nuevas obras, parece ser el principio de lo que puede encarrilar mi carrera aquí, en El Pilar, cosa que nunca hubiese ni imaginado. Estoy muy contenta, y ya no solo por el dinero, sino porque el boca a boca esta vez fue bueno para mí, para variar. Miriam quedó tan encantada con su salón que no solo me regaló durante varios fines de semana tartas, pasteles y bizcochos, sino que se convirtió en una publicista asombrosa.

Después de un par de horas en casa de Eva, y no todas hablando del dormitorio de la niña, vuelvo a casa para apuntar cuatro ideas que he tenido, aprovechando que tengo algo de tiempo antes de ponerme con la comida. Creo que tengo bastante claro lo que quieren madre e hija, y Eva ha estado de acuerdo conmigo en lo que le propuse.

Estoy acabando la lista de lo que necesito encargar para ello cuando suena el timbre de la puerta.

—Ah, hola, Adela —saludo cuando veo a la suegra de mi hermana al otro lado. No soy desagradable ni mucho menos, pero ambas sabemos que ninguna es santo de la devoción de la otra y no vamos a andarnos con falsas alegrías.

—Hola, Laura. Puedo pasar, ¿no?

—Sí, sí, claro. —Me aparto para que entre, pero no le cojo de las manos la bolsa que trae.

Una vez lo hice y su comentario ante eso fue bastante grosero e hiriente. Desde entonces, ni lo intento. La sigo hasta la cocina, haciéndome ya la boca agua ante la comida que viene dentro. Porque la señora es borde, sí, pero cocina como los ángeles, todo hay que reconocerle.

Observo como mira a todos lados, supongo que controlando el grado de orden y limpieza en la que mantengo la casa de su hijo. Que no es por nada, pero hoy está bastante bien. Y, de todas formas, Rubio tampoco está manco como para poder echar una mano con el polvo o la aspiradora si ve la necesidad, digo yo. Francamente, tanto su madre primero, como Clara después, lo han malcriado un poco en este aspecto.

—¿Mi hijo? —pregunta, colocando la bolsa sobre la mesa de la cocina y comenzando a sacar un par de táperes de ella.

—En el trabajo.

—¿Las niñas?

Pongo los ojos en blanco a su espalda y contesto con retintín.

—En el cole. ¿Dónde van a estar si no?

Ella me mira durante un instante, pero no dice nada y comienza a doblar la bolsa de una manera increíble, dejándola reducida a un triangulito diminuto que, a mi pesar, me deja admirada. Joder, eso sí que es magia. ¿Cómo coño lo hace? Yo lo único que hago con ellas antes de guardarlas en otra es arrugarlas en mi puño.

—¿Qué tal está él, Laura?

Parpadeo y la miro asombrada, apartando mis ojos del trozo de plástico que observo fascinada. Es la primera vez desde lo de Clara que me pregunta directamente algo así, y que además utiliza un tono de voz normal, como si realmente le interesase mi respuesta.

—Bueno... Creo que mejor —contesto, aceptando gustosa esta tregua. Estar a mal con ella después de ver que me ha resuelto el problema de la comida para un par de días es de muy mala persona—. Las Navidades han sido difíciles, ya sabe, pero ahora parece que ya pasó lo peor.

—Si te soy sincera, no sé lo difíciles que han sido. No le he visto el pelo ningún día durante esas fechas. Y tú, salvo un par de tardes que me acercaste a las niñas, tampoco permitiste que pasásemos ninguna fecha señalada con ellas.

—La verdad, Adela, tampoco es que las invitaras, ¿no? De haberlo hecho, no me hubiese negado, evidentemente. Pero como ese no fue el caso, las pasamos con mi padre, pues tu hijo se dedicó a hibernar desde Nochebuena hasta Reyes y aquí no hacíamos nada —le suelto sin paños calientes y sin pensarlo también, tuteándola. Pero es que me ha cabreado. ¡No te jode! Yo no voy por ahí ofreciendo a las niñas, ¿qué se cree? Lo cierto es que yo misma critiqué su forma de proceder, no pidiendo que ellas cenasen o comiesen ninguno de los días especiales con ellos, sus abuelos, pero no me importó en absoluto que lo hiciesen con nosotros. Aunque muy tristes, al menos Lidia, mi padre y yo intentamos que fuesen unas Navidades lo más amenas y normales para las pequeñas.

Adela aprieta los labios formando una línea apretada y menea la cabeza con disgusto.

—Son mis nietas. No pensé que necesitaban invitación.

Arqueo las cejas y la miro con incredulidad.

—Entonces, ¿qué debí hacer? ¿Dejártelas allí sin más y largarme? No sé qué querías...

—Laura, aunque no te lo creas, yo adoro a esas criaturas. Y no te pienses que por estar aquí, ayudando en su crianza, tienes más derecho sobre ellas. Tu parentesco no es superior al mío, así que...

—Así que haberlas invitado, joder —le espeto. Esto no es una competición, coño.

—A mí háblame con respeto, jovencita. Y omite esas vulgaridades. Espero que, al menos,

delante de las niñas tengas más cuidado al usar esa boca sucia que tienes.

—Bueno... ¡hasta aquí hemos llegado! —Pongo los brazos en jarras y retengo las ganas de decirle que se largue, más que nada porque esta no es mi casa—. No puedes llegar aquí y...

—Mira, Laura, solo te voy a decir una cosa. —Con esa frase me frena en seco y hasta despierta mi curiosidad. A saber...—. Estoy concediéndote el beneficio de la duda, aunque nunca fuiste de mi agrado ni lo eres ahora. Hay numerosos rumores en el pueblo, ¿sabes? Y tengo que admitir que, aunque por ahora no me creo ninguno de ellos, no resultan agradables de oír para una madre. Que mi hijo y tú conviviáis así no es... Bueno, no es muy cristiano ni moral y da lugar a...

—¡Por favor! ¡Esto es lo que faltaba! ¿De verdad crees que tu hijo está con ánimos para meterme en su cama? —alzo la voz, sin importarme nada si estoy siendo vulgar, bruta o bestialmente sincera—. Ya sé lo que hablan de nosotros las urracas de este pueblo, pero me importa una soberana mierda, señora.

Ella abre los ojos como platos, pero se recompone enseguida.

—Yo lo único que voy a considerar por ahora es que mis nietas estén bien. Y, por extraño que parezca, parece que contigo lo están.

¿Eso es un piropo? ¡Guau! A ver si va a desintegrarse aquí mismo, delante de mí, por haber sido capaz de reconocermé un mérito.

—Solo espero —continúa— que estés a la altura. Y aunque no creo que lo consigas, la verdad, voy a darte una oportunidad.

Pongo los ojos en blanco esta vez sin esconder la mueca. ¡Mujer, muchas gracias! ¡Por todo! ¡Ya decía yo que era demasiado bonito para ser verdad! Esta mujer me odia y no acierto a saber el motivo.

—Si te soy sincera, Adela, eso es algo que también me importa una soberana mierda.

Supongo que he sido lo suficientemente categórica y borde para que dé un paso atrás y se lleve una mano al pecho.

—¡Dios mío! Contigo no se puede ni hablar. Eres... Eres...

—Hola, mamá. Laura. —El saludo de Rubio entrando en la cocina nos deja a las dos incómodas y algo violentas. Lo que sucede es que a mí el cabreo me puede y estos sentimientos casi quedan en un segundo plano.

—Hola, hijo. No te oímos ni entrar —le dice Adela dándole un beso en la mejilla—. ¿Qué tal estás?

—Bien, mamá. —La observa fijamente y luego vuelve la vista hacia mí—. ¿Estabais discutiendo?

—No, solo intercambiábamos opiniones —contesta ella, muy digna.

Bufo, y con ello atrapo la mirada sorprendida de Rubio y la ofendida de su madre.

—Laura, ¿está todo bien? —se interesa él.

—Sí, todo bien. —Me doy la vuelta y guardo los táperes en la nevera, dándoles la espalda. No voy a contarle nada de lo sucedido, no soy ninguna chivata, pero también porque me avergüenza muchísimo hablar con él de los rumores que corren sobre nosotros.

—Ella está bien. Y yo también, por cierto —lo reprende Adela con una voz venenosamente dulce.

—Me alegro, mamá. ¿Y papá?

—Tu padre, como siempre. A ver si vas a visitarlo más a menudo, hijo, te echa de menos.

Tengo que aguantarme las ganas de intervenir. ¡Joder, ¿qué clase de padres son estos?! Si lo extraña, que mueva él el culo y que venga a verlo.

—Un día de estos —contesta él.

—¿Y tu garganta? ¿Has tenido más recaídas?

—No, mamá. Estoy bien.

Rubio tiene fuertes infecciones de garganta desde siempre. Y después de aquella sopa que se cogió el día del cumpleaños de Clara, amaneció con fiebre. Por suerte, lo convencí para ir al centro de salud y, al comenzar con antibiótico, en dos días estaba de vuelta al trabajo. Fue una afección leve, nada que ver con alguna otra, que sé por Clara que lo dejan tirado por varios días en cama.

—Bueno, pues nada, me alegro. Os he traído un poco de comida, supongo que agradecerás comer bien de vez en cuando.

¡Será bruja la jodida! No pierde la ocasión de meter el dedo en la llaga, eh.

—Gracias. Pero tampoco hace falta que te molestes, nos las estamos apañando bastante bien, ¿verdad, Laura?

Lo miro y sonrío cuando él me guiña un ojo.

Y, joder, creo que nunca lo he querido más que en este momento. ¡Mierda!

Así que vuelvo a girarme rápidamente y me entretengo sacándole brillo a una olla que ya estaba lavada y escurriéndose en el fregadero.

Un par de tardes después, estoy sentada a la mesa de la cocina con el ordenador delante. He buscado los muebles en internet, guardado sus imágenes y estoy acabando de colorear el dibujo que he hecho a mano para que Eva y su hija puedan ver el resultado final. Aunque sería mucho más profesional entregar un diseño hecho en el ordenador, a mí lo que realmente me encanta es dibujar, así que he pasado de pijerías y lo he hecho a mi manera. Supongo que ellas no tendrán problema alguno y, si es así, no tendré inconveniente en usar uno de mis programas para tenerlas más contentas.

Estoy tan concentrada que me sorprende cuando siento abrirse la puerta de la entrada. Miro el reloj y veo que ya son las ocho menos cuarto de la tarde. O, más bien, de la noche, porque el día está horrible y, cuando a las cinco y media dejé a las niñas en casa de Teresa, ya estaba oscureciendo.

Teresa y yo hemos llegado a un buen arreglo con respecto a las niñas. Como ella el viernes y el sábado trabaja en una de las dos peluquerías del pueblo, yo me quedo la primera tarde con su niña, pues el sábado ya libra Julián. De esta manera, ella, una tarde a la semana, se hace cargo de mis sobrinas para que yo pueda dedicarme con tranquilidad a mi trabajo.

Porque desde hace un mes y medio, aparte de los pocos diseños que hago, también me dedico a presupuestar las obras de Rubio e incluso a llevarle al día el papeleo del que no se ocupa la gestoría, como los pagos de los obreros, la revisión de las facturas del almacén de acuerdo con los albaranes o, simplemente, llevar al día las cuentas de la casa. Tengo que decir que al principio no me hizo mucha gracia que insistiera en pagarme la Seguridad Social y darme un sueldo, alegando que le venía bien que alguien se ocupara de estas cosas. Lo veía más como un acto de lástima por estar desempleada o de agradecimiento por el hecho de quedarme. Pero, cuando comenzó a explicarme paso a paso cómo se hacía un presupuesto y a delegar más cosas en mí para así dedicarse exclusivamente a la albañilería, descubrí que era un buen arreglo. Y sentirme útil más que como niñera y mujer de la limpieza es un aliciente añadido. Al fin y al cabo, por eso empecé a trabajar en las obras, volviendo al principio un poco loco a Julián. Aún ahora sigo haciéndolo muy de vez en cuando, colándome en la obra y echando una mano en cosas simples,

pero que disfruto. Me siento bien, me gusta el trabajo y la compañía y, además, me ayuda a canalizar esta necesidad de estar continuamente ocupada para no pensar.

Porque sí, lo reconozco. Aunque nunca lo diré en voz alta, sé que estoy llevando el duelo por Clara de una forma extraña y contraproducente a la larga, pero por ahora me funciona y es lo único que me importa.

—¿Aún no han llegado las niñas? —me pregunta Chema a modo de saludo cuando pasa por mi lado.

—No, pero no creo que tarden. Me dijo Teresa que las acercaba Julián cuando llegase de trabajar.

—Ah, vale. Me voy a la ducha y luego me pongo con la cena, ¿de acuerdo?

Y sin esperar contestación, vuelve a desaparecer por el pasillo.

Por suerte, antes de que él acabe de asearse, las niñas llegan acompañadas de Julián y yo de inmediato las baño para luego ponerles el pijama.

Aunque resulte un poco ridículo, dado el hecho de que estamos viviendo juntos, me siento incómoda cuando ellas no están en casa y me encuentro a solas con él. Bueno, si soy sincera, no es incomodidad propiamente dicha, es algo mucho peor. Algo a lo que no me atrevo ni a ponerle nombre dentro de mi cabeza. Porque, joder, me siento una mierda solo por pensarlo. Esto que siento no es justo para mí, ni para él, mi mucho menos para Clara, que, solo pensar en que pueda adivinarlo desde donde sea que nos esté mirando, me remueve las entrañas.

—Eh, Laura, ¿estás bien?

Parpadeo y lo miro confusa.

Estamos ya sentados a la mesa, con los platos llenos de brócoli acompañado por bistecs y él se dedica a trocearle la carne a Lara mientras yo juego distraída con la comida.

—Ah, sí, perdona. Estaba pensando. ¿Te ayudo, Marta? —pregunto, intentando disimular mi turbación.

—No, tía, no hace falta. Ya lo hizo papá —responde con las cejas alzadas y enseñándome un pequeño trozo de carne, dando a entender lo absurdo de mi pregunta.

—Ah, vale, perfecto. —Me meto un bocado en la boca y clavo la vista en mi vaso de agua. «A ver si dejas de hacer el ridículo y te pones a lo que estás, Laura, por Dios».

Rubio carraspea y pincha en el tenedor de Lara un poco de verdura y un trocito diminuto de bistec antes de ponérselo delante a la niña.

—Venga, come —le pide.

—Es que... papá. Esto no me gusta mucho.

—Venga, hay que comer de todo —insiste él—. Ve empezando, por favor.

Ella hace algo parecido a un puchero, pero se mete en la boca el contenido del tenedor antes de imitar a su padre y pinchar ella misma un poco de ambas cosas.

—Así me gusta, cariño —la animo yo—. Al final seguro que nos ganas y todo.

—Gracias, mam... Mina.

El corazón me da un vuelco y miro rápidamente hacia Rubio casi sin querer. Él solo atrapa con sus dientes superiores su labio inferior y suelta el aire por la nariz.

Por extraño que parezca, es la primera vez en todo este tiempo que a una de ellas se le escapa un «mamá» al referirse a mí. Supongo que han interiorizado tanto su falta que no lo dicen ni por error, como no sería nada anormal. De hecho, me llaman «profe» a veces, como yo me equivoco llamando a la una por el nombre de la otra. Así que sé que no debería darle importancia a que ahora lo haya hecho, pero eso no quita que algo muy adentro se haya agitado al escucharla. Y no sé si eso es bueno o malo. Por eso, la siguiente pregunta de Chema me deja, cuanto menos, pasmada.

—Llara, cariño, no es que me moleste, ¿vale? —le dice con tacto—. ¿Pero puedo saber por qué estás diciendo en el cole que Laura es tu mamá? Sabes perfectamente que es tu madrina, cariño.

Abro los ojos como platos y los clavo en la niña, que mira a su padre con una sonrisa tímida y triste.

—Es que... Todos tienen y... Y Mina ahora es mi mamá, ¿no? —Se lleva a la boca la punta de su pulgar y no aparta los ojos de Rubio, esperando una contestación.

Él vuelve a carraspear y me mira a mí.

—Bueno... Ella... Ella no es tu mamá, Llara. Tu mamá...

Llara vuelve la vista hacia mí y me observa con los ojos muy abiertos.

—¿Tú no quieres ser mi mamá? —me pregunta, haciendo que mi corazón se encoja tanto en mi pecho que creo que está por desaparecer—. ¿No quieres?

—Yo... —quiero decirle que sí, cualquier otra cosa me parece cruel, pero me da miedo lo que Rubio pueda pensar. Y tampoco quiero confundirlas más de lo que ya deben de estar—. Cualquiera querría ser tu mamá, cariño. Eres la niña más buena del mundo.

—¿Pero quieres serlo? ¿Quieres ser tú ahora nuestra mamá? —interviene Marta, con las manos sobre la mesa, una a cada lado del plato y la espalda muy recta de lo tensa que se ha puesto.

Busco inmediatamente los ojos de Rubio, esperando que me dé una pista de qué decir. «Joder, tío, ayuda un poco».

Pero él parece más perdido que yo, paseando la mirada entre las tres mientras se frota la nuca.

—Marta —interviene después de unos horribles segundos de silencio—, tú ya tienes una madre, cariño. Laura...

—¡Yo ya no tengo mamá! —grita ella, empujando el plato hasta el centro de la mesa—. ¡Ella está muerta!

—¡Marta! —Rubio se pone en pie apurado—. No digas esas cosas.

—Pero si es la verdad. ¡No lo entiendo! ¿Por qué no puedo decirlo? Ella está en el cielo, tú lo dijiste. No está aquí. Y la tía... Ella puede ser ahora nuestra mamá. ¿Por qué no quieras que lo sea? ¿Por qué quieres que no tengamos una mamá?

Histérica, se levanta y tira la silla al suelo.

Rubio, rápidamente, se acerca a ella, la agarra de los brazos y se acuclilla a su altura.

—No es que no quiera, cariño. Es que... Es que... —La abraza fuerte contra él porque me imagino que no sabe cómo terminar esa frase.

No me he dado cuenta de que yo también me he puesto en pie hasta que noto unas manos en la cintura. Cuando bajo la vista veo a Llara agarrada a las presillas de mis vaqueros. Tiene los ojos muy abiertos y llenos de lágrimas, y ahora mismo parece un cachorrillo abandonado. Me siento y alargo los brazos para sentarla en mi regazo. Ella se abraza fuerte a mí, mientras observa a su hermana llorando desconsolada en brazos de su padre.

—Tranquila, cariño, tranquila —intenta calmarla Rubio.

Pero Marta está casi fuera de sí. Se aparta de él y me mira directamente a mí.

—No quieres serlo, ¿verdad? ¿Es eso? Tú también vas a irte, como querías hacer la otra vez.

—No, Marta, yo no voy a irme. Te lo prometo. Voy a estar aquí hasta que queráis vosotros —le prometo, y hablo completamente en serio. Estoy comprometiéndome a algo que puede salir muy mal, pero cualquier otra opción está ahora mismo fuera de lugar.

—Entonces, ¿puedo llamarte mamá? —susurra Llara, levantando la cabeza que tenía apoyada en mi pecho y mirándome a los ojos.

—No —dice su padre antes de que yo piense tan siquiera en qué contestar—. Será mejor que no.

—¿Ves? ¡Tú no quieres! —chilla Marta—. ¡Te odio, papá, te odio! ¡Tú no quieres que tengamos una mamá! ¿Por qué? ¡¿Por qué?!

—Porque ya la tuvisteis, y una mamá no se puede cambiar por otra, Marta. No es como cuando se rompe un juguete o un pantalón, joder —se desespera él—. No es...

—¡Eso ya lo sé! ¡No soy tan tonta! Llara y yo sabemos que la tía Laura no es nuestra mamá de verdad, pero ella nos cuida y nos quiere. Podría serlo, ¿sabes? ¡Pero tú no quieres! ¡Eres malo! ¡Te odio! ¡Ojalá se muera tu mamá, así sabrías...!

—¡Marta, para! ¡Se acabó! Tienes que tranquilizarte y...

—¡Te odio! —vuelve a gritar ella antes de girarse bruscamente y correr hacia su dormitorio.

Rubio se queda con la mirada perdida en la puerta por donde acaba de salir su hija y luego se gira hacia mí.

—Jesús... —susurra llevándose una mano a la nuca y resoplando—. Lo siento, Laura, pero... Pero tú no eres su madre —me dice.

Me levanto muy despacio, todavía con Llara en los brazos. Me siento como una figura de hielo, frágil y congelada. Pero nada de esto es lo que dejo ver.

—Vamos, cariño, son horas de ir a cama. —Sin mirarlo, ignorando a conciencia su presencia, llevo a la niña hasta su cuarto y la acuesto. Después me paso largos minutos acariciando la espalda de Marta, que llora angustiada con la cabeza enterrada en la almohada, hasta que se calma lo suficiente y se queda dormida.

Cuando vuelvo al salón, él ya no está allí, lo que agradezco. Recojo como una autómatas la mesa y meto la vajilla en el fregadero. Sin molestarme en fregarla, adcento el sofá para otra noche en él y me acuesto.

Estoy tan dolida y enfadada que el cuerpo me tiembla sin control. Y también confundida ante mi reacción. Porque yo ya sé que no soy su madre, joder, no hacía falta que me lo recordara ni debe molestarme que lo haga. Entonces, ¿por qué me siento así?

Chema

Hoy es el primer día que piso el bar de Paco desde que perdí a Clara. Cuando esta tarde, como muchas otras, Julián me invitó a acercarme allí al salir del trabajo, de mi boca salió el mismo no rotundo que siempre.

—Joder, tío, ¿pero qué te pasa? ¿Por qué no quieres venir a tomarte una cerveza?

—No me apetece. No seas pesado —le contesté no de muy buenos modos.

—No, si al final va a tener razón Paco —dijo él, captando de repente toda mi atención.

—¿Qué? ¿De qué hablas? ¿Qué dice Paco?

—Que parece que lo culpas de lo sucedido. No es que no hayas vuelto a pisar el local, él también opina que ni siquiera le hablas como siempre cuando te lo encuentras por ahí.

Y fue justamente eso lo que me hizo recapacitar. Era verdad. Aunque nunca lo había pensado, quizá una parte de mí lo estuviese castigando por lo ocurrido. Y era tan absurdo, tan de mente perturbada y necesitada de psiquiatra que opté por hacer lo más fácil. Negarlo.

—Eso es una estupidez. ¡Pero de las grandes! Venga, iremos e invito yo.

Así que aquí estoy, con Julián y Colás, y una cerveza en la mano. Y, para mi asombro, me encuentro a gusto. Lo que no me suele pasar muy a menudo últimamente.

Me viene a la cabeza una frase que me dijo mi suegro no hace mucho.

«Nunca la olvidarás, pero el dolor pasará y hasta te sorprenderás volviendo a ser feliz. Y eso no es malo, Rubio, solo que sigues vivo».

En su momento no lo creí, y aún ahora me cuesta pensar que llegaré a sentirme feliz y pleno como cuando ella vivía, pero sí es posible que pueda sonreír con ganas de nuevo. Porque, si bien todavía duele, y mucho, también es verdad que he salido del pozo en que me ahogué los primeros meses, cuando pensaba en serio que sería incapaz de salir adelante. Y, en cambio, aquí estoy, disfrutando por primera vez de unas cervezas con los amigos, sin sentirme como un cadáver andante o culpable por seguir vivo.

También sé que esta actitud es muy probable que me dure muy poco. Parezco vivir en una constante montaña rusa. No hace mucho que pensé algo similar, una tarde que pasé con las niñas en casa de Julián y en la que incluso me divertí, y esa misma noche volví a caer en el hábito de recrearme en la autocompasión y echarla más de menos que nunca.

Supongo que nadie tiene la capacidad de mandar en sus sentimientos. Y los míos, en ocasiones, me sacuden los cimientos cuando menos lo espero.

Por poner un ejemplo, no sé por qué me afectó tanto que las niñas quisieran llamar mamá a Laura. Solo es un nombre, por el amor de Dios. Y entiendo que, desde su punto de vista, ahora sea lo más parecido a una que tendrán nunca. Pero... todavía es pronto. Pronto para oír ese título de sus labios hacia otra mujer. Pronto para sacarla de nuestras vidas para siempre. Sentí como si la traicionara al permitir algo así. Y quizá sea ridículo, pero no pude frenar mi negativa a ello.

Es posible que haya herido con ello a mi cuñada. Y eso me jode. Ella no se merece eso. Pero, por otra parte, ¿quién soy yo para atarla a ellas de esa manera? ¿Y si tampoco le hace ninguna ilusión que mis hijas la llamen de ese modo? Y lo que es peor, ¿y si lo hacen y se larga a hacer su vida en cualquier momento?

Sé que soy egoísta. Completamente. Pero ahora mismo no puedo ni plantearme la opción de perderla también a ella. Es un auténtico desastre a veces, sí, pero su presencia llena de vida el piso, de alegría, aunque tenga un genio de mil demonios y un pronto que a veces me hace hervir la sangre.

Además, cómo se ocupa de las niñas no podré pagárselo jamás. Y hasta me ha sorprendido gratamente desempeñando a la perfección funciones de mi trabajo que nunca me gustaron. No sé qué haría sin ella. Imagino que tener a mis hijas de casa en casa, o tener que contratar a alguien que no las querría ni la enésima parte de lo que hace ella. No sería lo mismo, no. Así que, aunque eso me convierta en la persona más egoísta y cómoda del mundo, voy a disfrutar de su ayuda todo el tiempo que ella decida quedarse.

—¿Qué tal todo? ¿Cómo lo llevas? —pregunta justo en ese momento Julián, como si pudiera leerme el pensamiento.

—Bien. Más o menos... —Me encojo de hombros y bebo un buen trago de la botella.

—Ya. ¿Y qué tal con Laura?

Lo miro y entrecierro los ojos. No sé por qué, pero esa pregunta hace que, inmediatamente, me ponga a la defensiva.

—Bien, normal, ¿por qué?

—Joder, Chema, suaviza el tonito, que yo estoy de tu parte —dice, dejándome pasmado.

—Qué coño... ¿A qué te refieres?

—A que no me hables cabreado, yo no te estoy atacando.

—No, no, a eso no. A lo de que estás de mi parte. ¿De qué hablas?

—Bueno... A los rumores, ¿a qué si no?

Abro mucho los ojos y luego pestañeo para aclararme la vista. ¿Rumores?

—Repito. ¿De qué cojones estás hablando?

El que parece perplejo ahora es él, que me mira fijamente y luego intercambia una mirada con su hermano.

Colás carraspea y le da un largo trago a su cerveza, llevando su vista a cualquier sitio menos a mí.

—¿Qué pasa? ¿Queréis soltarlo de una vez?

—Bueno, Chema, ya sabes —el que me habla es Paco, detrás de mí y apoyado en la barra. Me giro hacia él y arqueo las cejas.

—No sé una puta mierda —espeto, cabreado.

—La gente habla... Laura y tú, viviendo juntos... —Paco traga con fuerza e, incorporándose, se seca las manos en el trapo que le cuelga del cinturón del vaquero—. Te lo puedes imaginar...

Boquiabierto, miro de nuevo a mis amigos, que me aguantan un rato la mirada para luego bajarla al suelo casi a la vez.

—¿Vosotros también los habéis oído?

—Sí.

—Claro. A ver, Teresa trabaja en una peluquería... —responde Julián, como si con eso lo dijese todo.

—Joder, no me lo puedo creer. —Me paso las manos por el pelo y me froto la nuca con ganas—. Esto es de locos. Pero... ¿cómo pueden ponerse a decir algo así? ¡Es obsceno, coño! Laura es...

—Es una mujer de muy buen ver. Joven, simpática... —comenta Paco, encogiéndose de hombros a modo de disculpa—. Eh, no es que yo piense que estáis... Bueno, ya sabes. Pero tampoco sé por qué te extraña a ti tanto que la gente se invente algo así.

—Pero... Pero es que Laura es...

—Tu cuñada, sí, pero no tu hermana, ni tu madre... Vamos, Chema, por favor. No me digas que te sorprenden las habladurías en este pueblo... Lo raro sería que no hablasen —interviene Julián con calma.

Lo miro sin dar crédito.

—¿Tú también crees que...?

—Joder, no. Sé que no sucede nada entre vosotros. Tú todavía no has superado... —se interrumpe en el acto, temeroso de haber hablado de más—. Pero yo os conozco.

—Yo tampoco lo creo. Y, de todos modos, no es asunto mío —opina Colás, el sentido común con patas—. Como no lo es de nadie más, así que no le des más vueltas al tema.

—No, si no es por mí. —Y me acabo de dar cuenta de que realmente me molesta más por Laura que por mí mismo. Sí, me jode que piensen que apenas cinco meses después de enterrar a la mujer de mi vida pueda liarme con alguien, y más con su hermana, pero... Pero Laura, joder, a ella le toca la peor parte. Ya me puedo imaginar a las lenguas viperinas poniéndola de aprovechada y de pendón para arriba—. Es por ella. Laura no se merece esto. Ella ha renunciado a su vida para ayudarme con mis hijas. Ella es increíble, no...

—Lo sabemos, Rubio. Olvídalo, anda. Paco, ponnos otras, por favor.

—Venga, va. Y a estas invita la casa, que es un placer volver a verte por aquí, Rubio.

No soy capaz ni de sonreírle. Paco es una gran persona y un amigo de toda la vida. Solterón, dejando atrás la cuarentena y más flaco que un junco, forma parte del pueblo, junto con su bar. Como la fuente de la plaza o las barandillas que delimitan el acantilado de la zona norte. Pero estoy tan perplejo y molesto que ahora mismo es como si todo estuviese fuera de lugar. Incluido yo mismo.

A pesar de todo, lo que sí hago es aceptar esa ronda. A lo mejor otra cerveza no me viene mal después de lo que he oído.

De camino a casa, soy incapaz de pensar en otra cosa que en las conversaciones que seguro que se cuecen en la mitad de las casas del pueblo y en prácticamente todos sus establecimientos. Me planteo hablarlo con Laura al llegar, pero lo descarto de inmediato. Al fin y al cabo, es casi seguro que ella ya haya oído algo y nunca ha sido de las que le han importado mucho los rumores. No por nada ha estado en boca de mucha gente desde bien temprana edad por su forma de ser.

A Clara sí le molestaban. Mucho. Nunca quería dar que hablar. Y las pocas veces que la vi enfadada de verdad era cuando oía cotilleos sobre su hermana, ya fueran ciertos o no.

Decidido a olvidarme del tema, aparco la camioneta y subo a casa. La encuentro sentada a la mesa de la cocina, dibujando ensimismada mientras mis hijas colorean frente a la tele, en la que están echando un capítulo de la famosa *Dora*.

—Hola, princesas —las saludo, acercándome a besarlas.

—Hola, papi —me dice Llara, colgándose de mi cuello.

Marta espera sentada a que sea yo el que la bese en la mejilla. Últimamente parece más reservada que nunca.

—Hola, papá. Hoy llegas más tarde, ¿no? La tía ya nos ha dado la cena.

Observo que ya están en pijama y asiento con la cabeza, aceptando el reproche.

—Sí, me he retrasado. Lo siento. —Y frunzo el ceño al decirlo, porque, en realidad, lo hago. Me prometí compensarlas por mi comportamiento durante aquel mes infernal y aquí estoy, volviendo tarde por unas puñeteras cervezas.

—No pasa nada. —Y acto seguido me ignora, volviendo a centrarse en su dibujo.

Le acaricio el pelo hasta que vuelve a mirarme, y solo cuando le saco una sonrisa al hacerle cosquillas en el cuero cabelludo me doy por satisfecho. Dios, no soporto fallarles. Es como

fallarle a ella. A mi mujer.

Meneando la cabeza con disgusto, me acerco a Laura tratando de centrarme en otra cosa. Así que, poniéndome tras ella, la observo trabajar. Amy Winehouse, cómo no, suena bajito desde su móvil a su lado. Como siempre que está concentrada en lo suyo.

—Tienes un poco de asado que sobró ayer en el microondas —dice sin mirarme—. Es el de tu madre, te va a gustar.

Sonrío de medio lado. Todavía está resentida porque ayer, sin poder evitarlo, critiqué su comida. Es que, Jesús, aquel intento de lentejas era realmente repugnante. Estaban demasiado hechas, supersaladas y se le pegaron. Vamos, incomedibles. Yo creo que ella acabó las pocas que se echó en el plato por pura cabezonería, pero las niñas y yo optamos por hacernos unos bocadillos, cosa que no le sentó demasiado bien.

Giro la rueda del electrodoméstico y, mientras se calientan, vuelvo a fijarme con detenimiento en lo que está haciendo. Parece el dormitorio de una niña, pero...

—Perdona, no es por meterme en tu trabajo, pero... ¿esos colores no son un poco...?

—Pues no te metas, joder —sisea ella, girando la cara hacia mí y quedando tan cerca que me aparto, porque los rumores vuelven a mi cabeza y, de pronto, me siento violento.

La cantante, con su «No, no, no...» también parece estar de acuerdo en que la situación no es la más acertada. Ni la actitud, ya puestos.

—Bueno, no pretendía ofenderte —le suelto algo más brusco de lo que debiera. Saco el plato, cojo los cubiertos y ocupo mi lugar en la mesa. Refunfuñando por lo bajo, me levanto y voy a por una cerveza a la nevera. Y me hago otra promesa más que añadir al carro, la de dejar de beber tanto.

Una vez de nuevo sentado, la miro de hito en hito. Creo que no discutí con Clara en seis años ni la cuarta parte de lo que lo he hecho con Laura en estos meses. ¡Qué digo! Nosotros no discutíamos. Quizá algún malentendido o alguna frase borde cuando no teníamos el día. Pero con Laura... Joder. Es que tiene un poder asombroso para sacarme de mis casillas casi sin proponérselo. O, a lo mejor, soy yo el que la saco a ella.

Me obligo a dejar de pensar en ello y prosigo con la conversación que dejé a medias. Si no le gusta lo que tengo que decir, tampoco es mi problema, ¿no?

—Solo comentaba que eso me resulta un poco lúgubre para una niña. Porque es el cuarto de una niña, ¿no?

Ella levanta la vista de su diseño y la clava en mí. Deja sobre la mesa con mucho cuidado el lápiz y se cruza de brazos.

—Es para el dormitorio de la sobrina de Miriam —me explica, y con eso solo ya me aclara bastante. La hermana de Miriam es una chica de casi mi edad que sigue vistiendo tan gótica como lo hacía con quince años. Supongo que de tal palo...—. Y le encantan las Monster High. Así que me ha pedido que me base en las muñecas para la decoración.

—Ah, vale... Ahora lo entiendo.

—Genial. Pero no tenías por qué hacerlo, ¿sabes? Esto no tiene nada que ver con tu negocio, es cosa mía, así que...

—Oye, no te me sulfures. No era una crítica a tu trabajo, solo...

—No, tú solo criticas el resto —deja caer al despiste, mientras coge de nuevo el lápiz.

No puedo evitar que se me escape una media sonrisa ante su cara enfurruñada. La verdad es que es muy buena en lo suyo y estoy contentísimo de que le salga trabajo, pero en el resto...

—Laura... Las lentejas estaban asquerosas —le digo suavemente, pero es inevitable que se me haya colado un leve toque socarrón.

Ella se lleva a la boca el lápiz y lo mordisquea observándome durante unos segundos.

—¿Y qué me dices de tu funda de trabajo?

—¿Qué? —Abro los brazos y pongo las palmas hacia arriba. Contesto a la pregunta sin saber muy bien a qué se debe—. Era azul y ahora... Ahora es rosa, como las sábanas. —Tengo que hacer verdaderos esfuerzos para no sonreír con toda la boca—. ¿Te gusta el color, Laura?

—Tenía unas manchas. Así que le eché lejía a la lavadora —me explica muy seria.

Y, de repente, sorprendiéndome gratamente, se echa a reír a carcajadas. Creo que es la primera risa así, desbocada y tan suya, que le escucho en meses, lo que me alegra de una manera casi absurda.

—Joder —balbucea sin parar de reírse—, soy la peor ama de casa del mundo. Es que, Dios, es más fácil sacarse un máster que poner la puta lavadora. Y ya no te cuento de cocinar. ¿Por qué no viene todo en latas como la fabada? ¡Sería tan fácil...!

Aunque no soy capaz de contagiarme de sus carcajadas porque parece que se me ha olvidado cómo reír, sí que luzco ahora una sonrisa boba en la cara. Laura es... Bueno, es Laura.

—¿Por qué os reís? —pregunta Marta a mi lado, acaparando toda nuestra atención.

—De las aptitudes de tu tía, cariño —le digo, todavía sonriendo.

Ella me mira y ladea la cabeza.

—Me gusta que sonrías, papá. Me gusta mucho.

Y eso hace que pierda la sonrisa de pronto. Aunque hago lo posible por fingir una de nuevo, el momento divertido ya ha pasado y ahora solo me siento ridículamente mal. ¿Qué coño me pasa, joder?

—Ya. Es que tu tía es muy divertida —comento por decir algo.

—Entonces no se va a ir, ¿verdad? —pregunta ella, haciendo con eso que Llara atienda a la conversación y que corra a sentarse a mi lado.

—No, claro —respondo con rapidez, afectado por el miedo a volver a perder a alguien que parece sufrir continuamente mi niña. Entonces miro a Laura y la veo negando con la cabeza hacia Marta.

—Marta, cariño, ya te dije que no me voy a ir en mucho tiempo. ¿Vale? Deja de preocuparte por eso.

—¡Guay! —se alegra Llara. De rodillas en la silla, apoya los codos en la mesa y se aguanta las mejillas en sus manos—. Pues si te quedas mucho... —Piensa durante un rato y me mira a mí cuando sigue hablando—. ¿Po qué no *dueme* en tu cama? Es muy *gande*, papá.

—Sí, podrías compartirla —insiste Marta—. El sofá debe de ser muy incómodo. Y pequeño.

—Ah, no, no, no. Estoy perfectamente en él. Es comodísimo. Comodísimo. De verdad —se apresura a contestar Laura, y hasta parece nerviosa. Si no fuese porque la situación es bastante violenta para los dos, hasta resultaría cómica.

—Sí, cariño, además... Yo me muevo mucho —explico, para que no vuelvan sobre el tema.

—Pues con mami *domías* —dice Llara, toda inocencia.

—Sí, pero... —Vuelvo mi vista de nuevo a Laura, y ella está mirándome también con los ojos muy abiertos y tapándose la boca con una mano, no sé si incómoda o muerta de la risa—. A mamá no le importaba.

Joder, ¡quien me oiga...! ¿Y por qué cada frase ahora me suena sexual? Jesús...

Meneo la cabeza y me froto la cara.

—¿A ti te importa, tía? ¿Que papá se mueva en la cama?

Sí, definitivamente me va a dar algo. Esto ya es surrealista, hostia.

—Sí, sí, mucho —contesta ella apurada—. Estoy bien en el sofá.

—Bueno... —Marta se queda pensativa y casi puedo oír los engranajes de su cerebro funcionando a toda prisa. A ver con qué nos viene ahora—. ¿Y si compramos una camita para el cuarto de costura, papá? Ahora nadie lo usa.

—¡No! —Me levanto como un resorte de la silla. No. Sé que estoy siendo más egoísta que nunca, pero no. Para eso también es muy pronto. Soy incapaz de ver el refugio ocupado por otra persona, aunque sea alguien que se lo merece más que nadie. No, no puedo quitar sus cosas, sacarla de mi vida, de mi casa...—. No.

Y, como un cobarde, me escabullo hasta allí, como si quisiera cerciorarme de que cada cosa de Clara sigue en su lugar.

CAPÍTULO 17

Laura

Tengo unas ganas inmensas de quitarme esta ropa sudada y darme una ducha, pero primero debo meter de una vez a las niñas en la cama. Hoy es viernes, han tenido un cumpleaños en casa de una amiguita del cole y todo va con retraso. Apenas han cenado y tarde, y ahora... Ahora hace ya un buen rato que deberían estar acostadas. Pero yo tengo que decir que he disfrutado como nunca de la tarde. Primero he tomado un café en la La chapa, la cafetería frente al bar de Paco, y luego he dado un paseo hasta las afueras, que he acabado en la playa. Me ha venido genial en muchos sentidos. Es como si el ruido de las olas y el aroma del mar me aclarasen las ideas. Desconectar y salir de la rutina es algo que echaba en falta y creo que, a partir de hoy, voy a comenzar a buscar mi propio espacio. No pienso desatender a las niñas ni el trabajo, pero creo realmente que todo el mundo necesita un poco de tiempo para sí mismo y yo estoy empeñada en buscarlo. De hecho, hasta me estoy planteando salir la noche de Carnavales, que es en dos semanas. ¡Dios, cómo pasa el tiempo!

—Venga, por favor, recoged los juguetes y a la cama —les pido por enésima vez. Siempre se hacen las remolonas, pero hoy, como solía decir Clara, están pasadas de vueltas—. Por favor, niñas... Es muy tarde.

—Un poquito más —pide Llara con mimitos.

—No, cariño, de verdad que es muy tarde.

Parece hacerme caso por fin, porque comienza a recoger la ropa de la muñeca que tenía tirada por todo el sofá y a guardarla en la bolsa de tela que tiene para ese uso. En cambio, Marta me ignora por completo. Esparce las fichas del puzzle por la mesa y busca una entre todas ellas.

—Marta, recoge —insisto, poniendo mi voz de sargento. Esa que siempre, o casi siempre, funciona.

Ni caso. Pero bueno...

Miro hacia atrás y Chema está de espaldas a mí, en la otra punta de la estancia, lavando los platos de la cena. Cada vez se implica más en las labores de casa, gracias a Dios. Ya no es que yo sea un desastre; es que, además, no me gustan nada de nada.

—Marta... Me estoy enfadando.

—Por mí... —Me mira fugazmente para soltar eso y vuelve su atención al dichoso puzzle.

—¿Qué? ¿Qué has dicho? ¡Recoge inmediatamente! —Me muevo un poco y separo las piernas, plantándome justo frente a ella.

Mi sobrina se incorpora y clava sus ojos en mí. En un acto de puro desafío, tira con el antebrazo la mitad de las fichas sobre la alfombra y luego comienza a coger el resto de una en una con sus deditos, haciéndolas también caer al suelo.

—¡Pero será posible! ¿A qué viene esto? ¡Re-có-ge-las! —Sé que tardaría alrededor de dos minutos en hacerlo yo y evitar esta discusión, pero me niego a dar el brazo a torcer. Marta ha estado, desde que la recogí, enfurruñada y callada, pero esto pasa de castaño oscuro.

—¡No! —me grita—. ¡Tú no me mandas!

—¿Que yo no...? ¡Marta, por favor, tengamos la noche en paz y recoge las pu... dichasas fichas! —Resoplo e intento calmarme para no ponerme a su altura, pero es condenadamente

difícil.

—¡No me da la gana! ¡Tú no eres mi madre!

Doy un paso atrás instintivamente.

—Ya lo sé, pero... Tampoco he dicho que lo fuera. Solo quiero que recojas, como haces siempre —le explico lo más tranquila que puedo. Observo a Llara, que, con los ojos muy abiertos, parece apresurarse más que nunca en recoger lo suyo, como si así suavizara un poco esta situación.

—Pues no voy a hacerlo. ¡Hazlo tú! —me increpa Marta, con la voz llena de rabia—. ¡No eres más que una buscona que te largarás en cuanto te canses de jugar a papás y mamás!

¡¿Qué?! ¿Me ha llamado buscona? ¿Buscona, en serio?

Ni siquiera sé cómo reaccionar. El cuero cabelludo me hierve de tal manera que es como si tuviese toda mi sangre concentrada ahí. Es rabia, lo sé. Pero la estupefacción también está haciendo su parte, dejándome congelada en el sitio con la boca abierta y los ojos como platos.

—¡Marta! ¡Discúlpate ahora mismo! —grita Chema, sacándome un poco de mi aturdimiento y pasando por mi lado para ponerse frente a la niña.

—¡No quiero! —chilla esta fuera de sí, y entonces me señala con un dedo tembloroso—. Ella... Ella... Ella se va a ir. Se va a ir cuando se cansa de nosotras. Porque se va a cansar. Lo dijeron... Yo lo oí.

Ha ido bajando el tono en cada palabra al tiempo que sus ojos se encharcan de lágrimas, y yo no puedo más que imaginarme qué es lo que ha pasado.

La rabia no me abandona, ahora dirigida a quien sea que haya puesto en semejante estado de vulnerabilidad a mi pequeña, asentando en su mente miedos y dudas que ya de por sí posee.

—¡No! Eso no es cierto. Yo no me voy a cansar nunca de vosotras. Porque os quiero, cariño —le digo buscando sus ojos, que me rehúyen.

—Marta... —susurra Chema dejándose caer en el sofá después de coger a la niña en brazos, a la que ahora acomoda en su regazo—. Escúchanos, por favor. Y escucha a tu tía. ¿La has oído? Ella te quiere, y nadie se cansa de la gente a la que quiere. A veces la vida... —Se calla de repente, como si no supiera cómo continuar o lo que iba a decir fuese demasiado profundo para los cinco años de la niña, a pesar de su madurez e inteligencia. Suspira con fuerza y, cogiéndole el mentón con una mano, hace que lo mire—. ¿Dónde has escuchado todo eso? Dime... ¿Ha sido en el cumple?

Marta asiente con la cabeza y me lanza una fugaz mirada que correspondo arrodillándome frente a ella.

—Ellas... decían cosas. Cosas feas de la tía. —Baja los ojos hasta que acaba apoyando la barbilla en su pecho y continúa mucho más bajo—. Y de ti... De ti también, papá.

Chema resopla y sé que está haciendo un esfuerzo sobrehumano para no explotar. Y yo me siento igual, para qué mentir. Solo tengo ganas de ir en busca de esas malas pécoras y gritarles cuatro verdades. Pero primero está la niña.

—Cariño... —Le acaricio una mano y consigo que me mire—. ¿Sabes cuando en el cole los niños se burlan y dicen cosas feas sobre ti porque eres más lista que ellos? —Tras su asentimiento, prosigo con una sonrisa que no tiene otro propósito más que el de hacerla sentir bien—. Tú sabes por qué lo hacen, ¿verdad? Ya lo hemos hablado. Es porque te tienen envidia y no saben cómo comportarse ante eso. Pero son mentiras y tonterías lo que dicen, ¿cierto?

—Sí, son tonterías y mentiras —repito observándome con atención.

—Pues esto es lo mismo. No puedes creerte todo lo que oyes.

—Es más —interviene Chema—, no deberías estar pendiente de las conversaciones de los

mayores. Cuando crecemos, nos volvemos cada vez más gi... idiotas.

Escondo una sonrisa divertida ante su frase y me centro de nuevo en la niña, que ahora nos mira a uno y a otro muy pensativa.

—Vosotros sois grandes y no sois idiotas —dice después de un buen rato frunciendo mucho la frente y consiguiendo, contra todo pronóstico y después de una escena de estas características, que nos echemos a reír.

—Bien —continúa su padre tras el agradable paréntesis, volviendo a ponerse serio—, ¿todo aclarado?

—Sí, creo que sí, papá. Yo... no voy a volver a creer cosas malas de vosotros.

—Perfecto. Porque nosotros te queremos y nunca nunca vamos a hacer algo que te haga daño. Pero, cariño, sigues debiéndole una disculpa a la tía, ¿no? —Ante la cara de Marta, a la que le cuesta un mundo pedir perdón, prosigue con calma—. Marta, es lo que debes hacer. Disculpate es una de las consecuencias de tus actos. Lo hablamos muchas veces con la psicóloga. Acción-reacción. ¿Recuerdas? Tus frases han ofendido a la tía, así que...

Espera, espera, espera. ¿Psicóloga? Ahora sí que estoy perdida. ¿Marta va a la psicóloga? Pero... ¿cuándo? ¿Y por qué?

Mis pensamientos quedan en suspenso cuando la niña se echa a mis brazos y se abraza con fuerza a mi cuello.

—Perdón, tía —susurra contra él.

—No pasa nada, cariño. Está olvidado. —Acaricio su espalda y, tras concederle un tiempo para que se recomponga, la aparto con delicadeza—. Venga, ya está. Ahora vamos a recoger el puzle y a acostarnos, ¿vale?

Y tras su asentimiento, esta vez sí la ayudo e incluso Llara, testigo silencioso e inocente de todo lo ocurrido, se une a nosotras. En menos de diez minutos ya las tengo acostadas y, cuando mi cuñado entra en el cuarto para darle el beso de buenas noches, salgo escopetada hacia la cocina.

Saco de la nevera una cerveza y enciendo uno de los cigarrillos escondidos. ¡Dios, esto deberían recetarlos como terapia antiestrés!

—No se te ocurra decirme que es un mal hábito —aviso a Rubio cuando este aparece al cabo de unos minutos.

Y él no lo dice, solo menea la cabeza y se abre otra botella para él. Se sienta frente a mí, saca el paquete de tabaco del bolsillo y lo pone encima de la mesa tras coger un pitillo.

Juguetea con él sobre el mármol dándole pequeños golpecitos por un lado y otro. Con la cabeza baja, no me mira, se limita a quedarse ahí sentado hasta que logra ponerme nerviosa.

Cuando estoy por decirle que no le dé más vueltas, que ya sabía de los rumores y que me importan una mierda, aunque eso sea una mentira a medias, es cuando suelta eso que lleva tiempo rumiando.

—¡Malditas lenguas viperinas, joder! Como si ya no tuviésemos bastante...

No abro la boca. En realidad, no quiero hablar de ese tema. Y menos con él.

Sin embargo, comienzo a preocuparme cuando observo que, tras su exabrupto, parece derrumbarse. Hunde los hombros y deja salir un suspiro sentido mientras se frota la frente con nerviosismo.

—No lo estoy haciendo nada bien. Nada bien —masculla por lo bajo.

—¿Qué? ¿Por qué lo dices? Tú no has hecho nada malo.

Traga muy fuerte y no puedo evitar clavar la vista en su nuez, pero la aparto con rapidez cuando continúa hablando.

—Con las niñas... Con Marta. Cada día está más encerrada en sí misma, agresiva casi... Y

yo... Yo la dejé a su suerte durante semanas, como si mi dolor fuese más importante que el suyo. Joder, y solo es una niña. Pero es que he estado tan perdido, Laura. Jesús... Aún lo estoy. Hay días en que... En que no me apetece ni salir de la cama —se sincera.

No sé qué decirle. Nos hemos gritado y dicho cosas horribles, hemos discutido por gilipolleces y mantenido alguna que otra conversación, pero esto es demasiado íntimo. Profundo. Me encanta que lo haga, implica la confianza que me he ganado, pero, al mismo tiempo, me da pánico. Un miedo terrible. Yo sé lo que quería a mi hermana, pero quizá no estoy preparada para oírsele decir. Y eso es sumamente egoísta y cruel, lo sé, lo que me hace sentir horrible. Y ahí está otra vez la pescadilla esa que se muerde la cola. Sentimientos encontrados que van a acabar por volverme loca.

—Es normal —acabo por decir. Callarme tampoco es una opción—. Estás haciendo lo que cualquiera en tu situación. Todo lo que puedes, Rubio. No te tortures. Marta... Marta es una niña especial, pero acabará por superarlo, como todos. Estoy convencida. Solo que... Oye, ¿por qué está yendo a una psicóloga? No tenía ni idea.

—Bueno... —Levanta la vista y me mira. Se muerde el labio inferior y lo suelta despacio, desprendiéndolo poco a poco—. Tú lo has dicho, Marta es especial.

—Sí, pero... ¿en qué sentido? No te lo tomes a mal, pero muchas veces me he dicho que no es normal para su edad. Ella... Ella... No sabría cómo decirlo, es...

—Es una niña con altas capacidades —explica, dejándome pasmada.

—¿Altas capacidades? ¿En serio?

Él sonríe con tristeza y asiente con la cabeza.

—Sabes que fue una niña precoz en todo, ¿verdad? Con nueve meses ya andaba y con año y medio casi mantenía una conversación.

—Sí, es verdad, pero de ahí a...

—Cuando empezó al colegio ya sabía el abecedario, sumar y restar. Clara tuvo mucho que ver, claro, ayudándola en su afán de aprender, pero era increíblemente inteligente y despierta. Como una esponja. Y nunca parecía darse por satisfecha. Se aprendió los países ella sola, gracias a un juego de esos interactivos que pidió el año pasado por Reyes y cuando pasó... Cuando lo del accidente, estaba con las capitales.

—Joder... —susurro, flipando en colores. Yo en geografía, lo justito, justito.

—Además, es muy curiosa, siempre cuestionándose todo y...

—Sí, eso lo tengo claro —lo interrumpo rodando los ojos.

Él sonríe de nuevo y enciende el cigarrillo.

—El año pasado le hicieron unos de esos test y su coeficiente intelectual es altísimo. Luego también nos pidieron permiso para someterla a otra prueba... ¡Bah, no me acuerdo del nombre! Lo que importa es el resultado. Y sí, es una niña especial, sí.

—¿Y por eso va al psicólogo?

—Sí. Nos recomendaron hacerlo, porque, como puedes ver, no todo es bueno. Es supersensible, introvertida y tiene un problema con la autoridad. Además, usa su inteligencia para salirse siempre con la suya y...

—Vale, me hago cargo. —Hago un mohín con los labios, cayendo en la cuenta de que todo lo que dice tiene sentido. Vale, cuando yo decía que no era normal, no iba nada desencaminada. Ni siquiera debería sorprenderme ante la noticia—. Pero... ¿cuándo va? Yo debería saberlo, yo nunca la he lleva...

—La lleva la psicóloga del colegio. Fui a verla en cuanto salí del... Vamos, en cuanto pude, y me indicó que hablara de la ausencia de Clara de manera natural y que siguiera con las pautas

anteriores, que no son otras que tratar a Marta como la niña que es... —Hace una pausa y se frota la nuca mientras mira a un lado y a otro, como si no supiera continuar—. Pero lo de aceptar con normalidad su muerte... Joder, Laura, yo no puedo.

—Quizá aún es pronto, tranquilo. Pero el segundo paso lo estás haciendo, yo no he visto que la trates diferente. No sé por qué dices que lo estás haciendo mal, Rubio. No es así.

Él se lleva las manos al pelo con los codos sobre la mesa. Suspira sonoramente y se frota los ojos con las palmas.

—Lo estoy haciendo todo mal. No puedo dejar de pensar que lo he hecho todo mal desde el principio. Debí actuar de otra manera cuando vi venir el coche, no debí beber nada de nada aquella noche, así quizá...

—Vamos, Rubio, esas son chorradas. Tú no tuviste la culpa.

Él clava los ojos en los míos todavía en la misma postura.

—Debí haber cambiado de coche. Estaba tan empeñado en gastar el dinero en material para la empresa y en hacer la casa... Clara nunca me lo dijo, pero yo sabía que ella no veía la furgoneta lo suficientemente segura para las niñas. Y no lo era. No lo fue para ella. Joder... ¡Era tan vieja que ni siquiera tenía *airbags*! De haberlos tenido...

—Y de no haber jugado a la primitiva, no hubierais ido a ese restaurante a celebrar nada. Y de no haber comenzado a salir con ella, no te hubieses casado... Por favor, Rubio, la vida es así. No vale de nada pensar en lo que se podría haber hecho o no. La gente que conduce Mercedes también se muere, ¿sabes?

Él me mira detenidamente y apoya las manos sobre la mesa tras apagar la colilla en el cenicero.

—¿Cómo se sigue, Laura? Yo no voy a poder con todo. Yo... Joder, me siento tan torpe, como si hubiese perdido un brazo o una pierna. Como si...

—No estás solo. Me tienes a mí —digo sin pensar. Y es verdad. Me tiene a mí, siempre me ha tenido aunque nunca lo sabrá.

—Pero ella no te hubiese necesitado, ¿lo entiendes ahora? Ella sabría cómo tratar a las niñas, cómo llevar la casa, cómo... ¡Ojalá hubiese muerto yo ese día, joder, y no ella! ¡Soy yo el que debería estar enterrado en ese cementerio, yo el que...!

—¡No! ¡No, no! —No me doy cuenta de que estoy gritando ni de que le he cogido una de sus manos apretándosela con demasiada fuerza, hasta que me topo con su mirada estupefacta. Lo suelto al instante y trato de acompasar la respiración, que, acelerada, impide que el aire entre bien en mis pulmones—. No... digas eso —soy capaz de susurrar, pero eso solo hace que me cueste más inhalar. No me llega. No soy capaz de respirar con normalidad y mi pecho sube y baja mientras un zumbido horrible se ha instalado en mis oídos. Me echo hacia atrás como si la mesa fuese la causa de mi malestar. Como si fuese ella la que aprisiona mi torso impidiéndole la entrada al oxígeno, pero no funciona. Las manos comienzan a temblarme y mi mente disfruta regalándome pensamientos que me he negado hasta ahora.

—Eh, eh... Laura... —Chema está frente a mí, acuclillado y cogiendo mis manos—. Respira, nena, vamos, respira.

Lo oigo, sí, pero lo veo borroso. Son mis lágrimas, que ahora mojan también mis mejillas y que no puedo parar. Me levanto como escapando de la situación, pero solo logro tirar la silla a mi espalda y acabar en el suelo de rodillas. Los sollozos me oprimen la garganta, con un dolor horrible que me ahoga. Agacho la cabeza y dejo que salgan, incapaz de frenar el torrente de llanto que sale por mi boca casi a bocanadas.

¡Dios mío! ¡Soy lo peor, lo peor! Porque no lloro solo por Clara, la persona por la que estaba

dispuesta a darlo todo, aquella que se desvivía por mí y que me quiso como a una de sus hijas, con todo el amor que una persona puede tener hacia otra. No, no solo lloro por su pérdida, sino por algo todavía más espantoso. Porque en cuanto Chema dijo que ojalá él hubiese ocupado su lugar, comprendí que eso todavía me dolería más. He antepuesto la vida de él ante la de Clara y eso es imperdonable. Lo elegí por encima de ella. Y eso me hace ruin, miserable. Porque ella es mi hermana y él... Él es su marido, mi cuñado. La única persona de la que yo no puedo estar enamorada. Nunca lo tendré. Y ya no solo porque nunca me verá de esa forma, sino también porque yo no podría hacerle eso a ella, a su recuerdo. No podría aprovechar su muerte para ser feliz. Sería la traición definitiva. Como si haber estado años amando a Chema en silencio no lo fuese ya suficiente...

Chema

Jesús, no sé qué hacer. Laura está completamente rota, llorando como si se le fuese la vida misma, y nunca mejor dicho, porque está sufriendo horrores por el simple hecho de respirar. Inhala el aire demasiado rápido, pero este parece quedársele atascado dentro, saliendo de su boca en sollozos ahogados que la hacen volver a intentar recuperar algo de oxígeno casi con desesperación.

—¡Laura, respira! Venga, despacio. No pasa nada, échalo todo fuera, pero no te olvides de respirar, por Dios.

Joder, estoy diciendo gilipolleces, pero no sé qué otra cosa hacer. Creo que tendría que buscar una bolsa de papel o algo así, ¿no? ¿Pero de dónde coño saco yo una bolsa de papel?

Miro a mi alrededor buscando inspiración, pero un desgarrador sollozo me hace centrarme de nuevo solo en ella.

—Vamos, cariño, tranquila. —La rodeo con mis brazos sin apretarla demasiado y acaricio su espalda—. Venga, ya está. Ya pasó.

Mañana me sentiré ridículo por haberla tratado como a una niña, pero ahora mismo es lo que me sale de dentro. Parece tan frágil, tan desvalida e indefensa, que solo me inspira acunarla hasta que deje de llorar.

No sé cuánto tiempo estamos así, los dos de rodillas sobre el suelo, ella con la cabeza gacha y yo a su lado, ofreciéndole consuelo con palabras suaves y el calor de mi cuerpo, mientras mi mano se pasea suavemente por su espalda. Los sollozos han ido a menos y ahora permanece casi inmóvil, aunque un leve temblor la recorre entera y su respiración sigue siendo un poco forzada, soltando un hipido de vez en cuando.

—Vamos, cariño. Levántate de ahí —le digo ayudándola a incorporarse y, haciéndolo yo a la vez, la acompaño al sofá y hago que se siente—. Así, mejor. ¿Te apetece algo? ¿Un vaso de agua?

Ella me ignora. Todavía con la cabeza baja y el pelo ocultando su cara, parece incapaz de mirarme. Llevo una mano a su barbilla y le levanto el rostro. Aparto con delicadeza los rizos que se le han quedado pegados sobre las mejillas con la humedad y compongo una sonrisa.

—Ya está. Ya pasó. Espera. —Voy hasta la cocina y regreso con un vaso de agua. Aunque no ha contestado a mi pregunta anterior, supongo que le vendrá bien—. Toma, bebe despacio.

Ella me obedece, pero mira a todas partes menos a mí. Me da la impresión de que está avergonzada, y eso me molesta y conmueve a partes iguales.

Me acomodo a su lado, le quito el vaso de la mano y lo coloco sobre la mesa.

—Laura, por favor, mírame —le pido cuando ella clava la vista en sus manos y suelta un inmenso suspiro.

—No. No puedo.

—¿Por qué? —Le paso un brazo por los hombros y la acerco a mí—. Esto que te ha pasado es lo más normal. Era inevitable que te sucediera un día u otro.

Ella se remueve contra mí.

—No... No me to... toques. Por favor.

Algo extrañado por su petición, retiro mi brazo y le cojo la cara, girándola hacia mí.

—Vale, no te toco. —Y separo mi mano poco a poco—. Pero no te escondas, ¿vale? No es malo ni vergonzoso derrumbarse, Laura. De hecho, has demostrado durante todo este tiempo una fortaleza que ya me gustaría a mí. No...

Laura se tapa la cara con las manos y niega con la cabeza, haciendo que la larga melena se le amontone sobre sus hombros y esconda casi todo su torso.

—Laura... Clara estaría tan orgullosa de ti. Te quería tanto, ¿sabes? Ella...

Un escalofriante gemido me hace callar. Solo intento ayudar, pero parece que empeoro la situación. De nuevo está llorando, los hombros le tiemblan sin control y recoge las piernas para cubrir también con sus rodillas la cara.

La observo impotente. No sé cómo consolarla. Cuando estiro una mano y le rozo un brazo, lo aparta como si no soportase el contacto y cada palabra mía sobre Clara parece desencadenar otro ataque de llanto. Así que me quedo ahí, quieto y en silencio, esperando a que se calme un poco o, en el peor de los casos, se quede sin fuerzas.

Con la cabeza apoyada contra el respaldo y la mirada clavada en el techo para concederle cierta intimidad, espero con inmensa paciencia a que pase alguna de las dos cosas. A lo mejor estaría más cómoda si la dejase a solas; me pongo en su lugar y es lo que querría sin dudas. Pero soy incapaz de moverme. Necesito como el respirar verla de nuevo bien, sonriendo, enfadándose o simplemente ensimismada como se queda a veces. Pero que vuelva esa Laura que ha tirado de todos nosotros hasta ahora. Y, después de lo que parece una eternidad, me doy cuenta de que ya no la oigo. Solo aprecio el silencio y un calor agradable contra uno de mis costados. Giro un poco la cara y la veo completamente dormida contra mí. Se ha hecho un ovillo y su cabeza descansa contra mi cadera en un ángulo de lo más extraño. Espero un poquito más por miedo a despertarla y luego la muevo un pelín, colocándola en una postura más cómoda y la cubro con la manta. Que su cabeza ahora esté encima de mi regazo y que uno de sus brazos me haya rodeado un muslo lo veo tan natural que no le doy la más mínima importancia. Vuelvo a apartarle el pelo de la cara y dejo caer mi espalda hacia atrás. Me quedaré un ratito más, hasta estar convencido de que no se vuelve a despertar, me digo.

Pero, inevitablemente, me quedo dormido.

Me despierta el dolor de cuello. Y mi espalda no está mucho mejor. Todavía con los ojos cerrados, me muevo un poco para estirar algo los músculos y huesos atrofiados y, de repente, recuerdo la noche anterior, por lo que abro los ojos como platos.

Sigo en el sofá, sentado y con Laura en la misma postura en la que la dejé. Joder, no me extraña que me sienta como si, en vez de dormir, hubiera corrido un maratón con un chaleco de pesas.

Una incipiente claridad entra por la ventana, lo que me hace saber que el día está a punto de abrir y, cuando miro el reloj, observo que mi apreciación ha sido correcta. Aunque todavía es muy temprano, llevo en esta postura más horas de las recomendables.

Me levanto con muchísimo cuidado para que ella no se entere y me voy hacia la ducha con las manos en los riñones y estirando la espalda hacia atrás. Mi cuello creo que no tiene remedio por ahora, cualquier movimiento produce un chirrido como el de una puerta vieja. Dios, y eso que acabo de cumplir los veintinueve. Me siento como un puto anciano centenario.

Supongo que la tensión de todos estos meses está pasándome factura, más que una mala noche de sofá. Eso, y que las semanas que me pasé tirado sin hacer nada hacen que todavía a día de hoy tenga agujetas cuando un día me esfuerzo un poco de más en el trabajo.

Me meto en la ducha y el agua caliente casi me hace sentir joven de nuevo. Me pongo el primer vaquero que veo y una camiseta de manga larga y vuelvo a la cocina. Desecho el café del día anterior y lavo la cafetera para hacer uno nuevo. Hoy es sábado y podría acostarme un ratito en la cama y aprovechar la mañana, pero lo cierto es que quiero estar bien despejado cuando Laura se despierte. Necesito saber cómo está. Y, sobre todo, no quiero que lo sucedido anoche cree un agujero incómodo entre los dos.

La primera en despertarse es Marta, como siempre. Le hago una seña para que no hable muy

alto cuando aparece en la puerta y, con las mismas, saco la leche de la nevera para prepararle el desayuno.

—Buenos días, papá —me dice, poniéndose de puntillas para darme un beso.

—Buenos días, princesa. —Me agacho para besarla y meto la taza en el microondas.

—Que no esté muy caliente, ¿vale?

Asiento con la cabeza y le hago señas para que se siente.

Ambos desayunamos en silencio. Bueno, yo más bien me tomo solo dos tazas de café bien cargado y caliente para despejarme del todo.

—Buenos días, tía —oigo a mi hija cuando estoy de espaldas sirviéndome la tercera. Me giro deprisa y clavo los ojos en Laura.

—Buenos días —contesta ella con un amago de sonrisa, apartándose el pelo y cuidándose mucho de no mirarme a mí. Se levanta y dobla la manta con prisas—. Bueno, yo... yo me voy a la ducha. —Y antes de que se me ocurra algo que decirle, desaparece de mi vista.

Podría decirse que el resto del fin de semana sigue la misma constante que esa mañana. Laura no solo evita mirarme a la cara, sino que hasta intenta no estar muy cerca de mí. Las comidas son silenciosas e incómodas, y se ha pasado las mañanas y las tardes buscando excusas para salir de casa, sola o acompañada por las niñas, pero nunca incluyéndome en sus planes. No es algo realmente sorprendente, pues tampoco es que hayamos salido mucho, o mejor dicho nada, juntos, pero ahora me ofende.

El domingo por la noche, preocupado por su actitud y más molesto de lo que me gustaría reconocer, me prometo no acostarme sin antes hablar con ella.

Estamos recogiendo la mesa después de cenar, mientras las niñas se entretienen diez minutos delante de la tele antes de acostarlas. Yo guardo en la nevera unos pocos calamares que han sobrado, y ella se lleva la ensaladera y los vasos al fregadero.

—¡Mierda, joder! —la oigo exclamar.

La miro y veo que todo el aceite restante de la fuente le ha caído sobre la sudadera.

—Ahí debajo —le digo, señalándole el armario bajo la pila—, hay un *spray* quitagrasas. Échase lo a la mancha lo antes posible, anda.

—Sí, será lo mejor —opina, mirando el estropicio que ha ocasionado. Se agacha y mete la cabeza en el mueble buscando el bote.

Cuando sale y se gira casi al mismo tiempo que pretende levantarse, yo no sé cómo coño hace, pero la capucha de su sudadera se queda enganchada en el asa de la puerta de al lado y, al incorporarse, la inercia del tirón hace que golpee la cabeza contra la puerta y acabe despatarrada en el suelo.

—¡La puta! ¡Qué dolor! —exclama, frotándose con una mano el cogote y con la otra el trasero, que ha levantado un poco hacia un lado para llegar mejor.

He observado toda su hazaña sin mover un solo dedo, estupefacto por lo ridículo de la situación, y ahora... Ahora solo puedo hacer lo único que se merece el espectáculo.

Suelto una carcajada tan tremenda que la noto salir desde el mismísimo estómago. Me lo agarro y me troncho con ganas. No recuerdo la última vez que me reí así, pero, joder, qué bien sienta. He cerrado los ojos durante mi ataque y, cuando vuelvo a abrirlos y la veo mirándome indignada, mientras con una mano tras ella intenta desprender la capucha, no puedo evitar volver a descojonarme.

—Deja de reírte como un loco y ayúdame, joder, que no puedo soltarme —exige, casi tirando del gorro y, como siga así, lo único que va a conseguir es arrancar el asa.

Las niñas la rodean en un abrir y cerrar de ojos al darse cuenta de que algo pasa y, al verla allí tirada de esa manera, comienzan a reírse. Llara incluso se lo toma como un juego y poniéndosele encima, le hace cosquillas.

—¡Estás *atapada!* ¡Estás *atapada!* —grita, mientras Laura se retuerce bajo sus pequeñas manos, ahora con una radiante sonrisa en la cara.

—Oh, para, por favor. Sabes que tengo muchas cosquillas.

Al oírla, Marta se une y ambas se ponen a competir buscando puntos sensibles por todo su cuerpo.

—¡Oh, por favor! ¡Ya está bien! —protesta, pero entre risas y ya devolviendo un poco de lo que recibe—. Rubio, ayúdame...

Y yo me acerco, claro. Llevo una mano al trozo de tela enganchado y, por primera vez en dos días, ella me mira a los ojos.

—Gracias —me dice. Y no sé bien el motivo, pero estoy seguro de que no se refiere solo a que cree que la voy a soltar.

—De nada. —Sonrío con malicia y le doy otra vuelta a su capucha, dejándola ahora totalmente prendida del tirador—. Hala, es toda vuestra —les digo a las niñas, ganándome una mirada malhumorada de Laura.

—Serás... capullo. Rubio, ven aquí. Ahora mismo.

Pero yo me siento a disfrutar de la escena. Hacía demasiado tiempo que en esta casa no se oían risas tan sinceras.

CAPÍTULO 18

Laura

Haberme desmoronado delante de Chema no fue la causa de mi gran vergüenza, como pienso que cree él. Fue el desencadenante, evidentemente. Tenía miedo a mirarlo y que lo descubriese, como si, de pronto, llevase pintado en el rostro lo que llevo ocultando todos estos años. Años en los que él salió con mi hermana, se casó con ella y tuvieron a sus dos hijas. Años en los que yo no los visité con la frecuencia que se merecían, porque, aunque echaba muchísimo de menos a Clara y a mis sobrinas, era a él a quien no podía sacarme de la mente.

Me alejé, los evité, incluso traté de enamorarme a conciencia de otro hombre, algo que probablemente habría conseguido, o eso quiero creer con todas mis fuerzas. Y, total... ¿para qué?

«Sí, bonita. Para acabar viviendo con él».

Joder, si la vida es retorcida por naturaleza, la mía se lleva la palma. Es como estos culebrones de Nova en los que la cosa no se complica más porque no puede. Margarita del Carmen acaba casándose con el que más tarde cree que es su hermano, Ignacio Adolfo. Pero resulta que no, porque Ignacio Adolfo en realidad es adoptado y su madre fingió su embarazo, cuando a Margarita del Carmen la concibió en una relación extramatrimonial y escondió su estado a todo el mundo.

Entrecierro los ojos y sacudo la cabeza ante estos pensamientos ridículos. Si yo cuando intento ponerme profunda... se me va del todo la olla.

Ha sido una semana rara, en la que mi reacción ha estado presente entre nosotros como una granada de mano, pero los días han suavizado el ambiente y yo estoy dispuesta a volver a cubrirme, otra vez, con esa fachada de chica dura y alegre que no se derrumba por nada.

Me subo a la escalera para ordenar un poco el altillo de un pequeño armario que hay en el vestíbulo. Con un poco de suerte, podré hacer sitio para un par de cajas pequeñas que María me trajo en la última visita y que, ahora, acumulan polvo en una esquina del cuarto de las niñas.

He dejado ya dentro del horno el pollo preparado. En un ratito le pondré los cuarenta minutos que Lidia me aconsejó y espero que, por una vez, me salga algo que no resulte vomitivo. Uy, espera... ¿seguro que eran cuarenta? Ay, la Virgen.

Bueno... probaré. Menos mal que estoy sola y que Chema no volverá con las niñas hasta la hora de comer. Aprovechando el buen tiempo que este finde nos ha regalado, las ha llevado con él a hacerles una visita a sus padres.

El sonido del teléfono que llevo en el bolsillo trasero interrumpe mis pensamientos. Lo llevo al oído medio despistada, sin siquiera mirar de quién se trata.

—Hola.

—Hola, Laura, ¿estás en casa?

Necesito un segundo para procesar que esa voz es la de Marcos y otro para comprender que debo contestar. Después de meses sin saber de él, no sé si estoy sorprendida, contenta o molesta al oírlo. Pero tampoco sé qué otra cosa esperaba. ¿Que insistiera en seguir con lo que fuese que tuviéramos? Ridículo y del todo erróneo, porque, si algo he descubierto en este tiempo, es que la atracción que sentía por él no podrá compararse, jamás, a lo que realmente se debe sentir por tu pareja.

—Laura, ¿sigues ahí?

—Eh, sí, perdona. Y sí, estoy en casa. ¿Qué...?

—Abre la puerta, anda.

—¿Qué? —Alucinada, solo bajo dos peldaños, pues estoy justo delante de la puerta. Con mis pies en el segundo, me doblo un poco y tiro hacia mí del pomo, abriendo solo el pequeño espacio que la escalera, al estar en medio, permite.

—Hola, preciosa —me saluda Marcos desde la abertura, guiñándome un ojo—. ¿Me dejas pasar?

—Eh, sí, sí, claro. —Aturullada, llego hasta el suelo y aparto la escalera, abriendo más la puerta y permitiéndole la entrada.

—Veo que te he cogido atareada, espero no molestar.

—No, por Dios. Anda, entra. Es solo... Solo que no te esperaba.

—La verdad, ni yo me lo esperaba —se sincera.

Arqueo las cejas y lo miro extrañada.

—Sabía que tenía que verte, pero no tenía muy claro cuándo. Y, esta mañana, cuando me he despertado, no sé... Cogí el coche y aquí estoy.

Sonríó porque me parece muy tierno lo que me dice y, cogiéndolo de una mano, tiro de él hasta el salón.

—¿Te apetece algo? ¿Una cerveza? ¿Un café? ¿Agua?

Él se echa a reír.

—¿Un beso? —dice, con una sonrisa pícaro.

—Sí, un beso. —Me pongo de puntillas sin pensarlo mucho y, cuando mis labios están a la altura de su mejilla, gira la cara y me estampa los labios en los míos. No pasa de ahí, es un beso amistoso, dulce y lleno de cariño, del que disfruto sabiendo que es el último.

Cuando nos separamos casi a la vez, me acaricia una mejilla y baja la mano por mi cuello hasta capturar uno de los rizos que se me han soltado de la coleta.

—Te echo de menos, Laura —declara sin ningún tipo de acritud—. Sé que has hecho lo que crees que debías y, a veces y muy a mi pesar, hasta te admiro por ello, pero te echo de menos.

—Marcos, yo...

—Joder, Laura, es que no solo perdí a mi chica, también a una compañera de trabajo y a una amiga. Todos te echamos de menos.

—Yo también os echo de menos. Muchísimo. —Sonríó con pillería e intento quitarle hierro al asunto bromeando—. Pero no era tu chica.

—¿Ah, no? ¿Y qué eras, listilla?

—Tú lo has dicho, una compañera, una amiga...

—Que sepas, preciosa —objeta con esa picaresca que me encanta—, que yo con mis amigas, y muchos menos con mis compañeras, nunca, pero nunca, hago el amor. No es aconsejable.

—Nosotros no hicimos el amor —apunto solo por chingar. Lo cómodo que me siento con este chico no es normal. Siempre ha sido algo que ha funcionado muchísimo entre nosotros, la capacidad para hablar de todo con naturalidad.

—Calla, no me lo recuerdes —dice cerrando los ojos y meneando la cabeza, con una mueca de dolor en la cara que hasta resulta cómica.

Me echo a reír, obligándome a no pensar en la causa que frustró nuestra noche. Pero aun así algo debe de leer Marcos en mis ojos, porque me abraza muy fuerte.

—Lo siento, no debería bromear con...

—No, no, estoy bien. De verdad. —Me separo y me muerdo el labio inferior. Por nada del

mundo quiero estropear este momento. Cuando me imaginaba un reencuentro con Marcos, nunca era tan bueno, siempre creí que sería tenso, algo violento incluso. Y él lo está haciendo hasta divertido, joder. Así que le sigo el juego con placer—. ¿Así que no follas con amigas?

—Nunca. —Él me guiña un ojo y luego da toquecitos con su índice sobre la barbilla—. Y, veamos, tampoco eras un rollo de una noche, ¿verdad? Así que, lo que te decía, eras mi chica.

—Vale, era tu chica —acepto con resignación. Y, demasiado pronto, llega el momento de ponerse serios—. Y ahora, ¿qué soy, Marcos?

—Ahora seremos amigos, Laura —me interrumpe—. Buenos amigos. ¿O quieres una relación a distancia?

—¿Me lo estás preguntando en serio? —pregunto asombrada y, sí, bastante incómoda, porque yo no me lo he planteado ni una sola vez y eso debería demostrarme de una vez por todas lo que verdaderamente significa Marcos para mí.

—En realidad, no. No funcionaría, ¿verdad? Todavía no estás lo suficientemente colada por mí para que así fuera. —Sonríe y me vuelve a apartar el mechón de pelo rebelde. Lo mete tras mi oreja con delicadeza y se acerca para darme un beso en la mejilla—. Solo quiero que estés bien, Laura. ¿Lo estás? ¿Es esto lo que quieres?

Aparto mi mirada de la suya y la pierdo por la estancia antes de contestar. Una parte de mí, no sé si la más valiente o la más cobarde, lo cogería de la mano y dejaría que me arrastrase de vuelta a la vida a la que renuncié. Pero no puedo. Me siento anclada a este pueblo, a este piso y a mis sobrinas de una manera que yo misma no comprendo. O tal vez lo comprenda demasiado. Mierda, tengo que dejar de desvariar.

—Es lo que quiero —respondo en voz baja—. Es lo que tengo que hacer.

—Vale, lo entiendo.

—¿Lo entiendes?

Marcos hace una mueca con la boca y se mete las manos en los bolsillos.

—Bueno, hasta un punto. No entiendo este afán de sacrificio, pero... —Mira a su alrededor y se encoge de hombros—. Es tu vida, preciosa, tú sabrás cuáles son tus prioridades.

Aunque agradezco su sinceridad, eso no impide que algo de lo que ha dicho me moleste. Me giro casi con brusquedad y me acerco a la mesa, de la que aparto un cesto con ropa que tengo para doblar.

—Sí, es mi vida. Exactamente —replico con evidente fastidio. Delante ya del horno, lo pongo a la temperatura que creo que me recomendó Lidia y lo enciendo. Abro después la nevera y cojo dos cervezas, sin volver a preguntarle si le apetece. Yo sí que necesito una. Las abro de espaldas a él y, cuando estoy a punto de girarme, sus palabras me plantan en el sitio, dejándome pasmada.

—Pues a mí me parece que estás viviendo la de tu hermana, Laura. Lo siento, pero es lo que parece.

Me cuesta mirarlo a la cara después de que haya soltado algo así, pero me obligo a hacerlo. Me vuelvo tan despacio que parezco moverme a cámara lenta.

—¿Qué? ¿Qué has dicho?

—Lo que has oído. Y María piensa lo mismo.

—¿Que María...?

—Joder, Laura, mírate. La que se ha ido ha sido ella y, en cambio, aquí estás —señala con un ademán el cesto y el horno antes de abarcar toda la estancia—, ocupando su lugar. ¿Y quién ocupa el tuyo?

—¡¿Qué?! ¿Pero qué chorradas estás diciendo? ¡Mírame! ¡Mírame tú! ¿Acaso te parezco Clara? ¡Joder, soy yo, la misma Laura de siempre! —contesto dolida y con un cabreo monumental.

Pero... ¿qué se habrán creído estos dos?—. Y te voy a decir otra cosita. Si tanto os gusta psicoanalizar a la gente y aconsejarla, podéis montar entre los dos un gabinete psicológico, pero a mí me dejáis en paz, ¿vale?

—Oye, no te enfades. —Marcos se acerca a mí y estira los brazos, pero yo doy un paso hacia atrás apoyando la espalda en la encimera. Me doy cuenta de que aún tengo su cerveza en la mano, así que se la estampo en el pecho y él la coge casi al vuelo para no dejarla caer—. Laura, yo no pretendía...

—¡Estoy harta! ¡Harta! ¡Hasta los mismísimos ovarios de que todo el mundo tenga algo que decir sobre mí! Si me apreciarais y me respetarais tanto como decís, no andaríais comentando estupideces a mis espaldas, joder.

Él deja la botella sobre la mesa y se acerca hasta quedar prácticamente pegado a mí.

—Aléjate —siseo con rabia. Ahora mismo estoy tan furiosa que solo tengo ganas de pegarle.

Me quita la cerveza de las manos, la coloca a mi espalda y, de pronto, me encuentro entre sus brazos, en un abrazo que no deseo, pero que, asombrada, descubro que me reconforta.

—Te queremos —susurra contra mi pelo—. Y te respetamos. Perdona. No era mi intención ofenderte. Solo estamos preocupados por ti.

—Yo estoy bien. Estoy bien —murmuro las palabras que llevo repitiendo como un mantra desde lo sucedido—. De verdad, estoy bien.

Marcos me abraza más fuerte y yo descanso mi cabeza en su pecho y me agarro a su cintura, apretando su chaqueta entre mis puños. Entre el zumbido extraño que noto en los oídos, puedo escuchar latir su corazón y me concentro en sus latidos, que me serenán, como si fuera un bebé ante una suave nana.

Él me besa el pelo y acaricia mi espalda. Y soy consciente por primera vez de que respiro demasiado rápido, así que intento tranquilizarme arrullada por su calor y cariño. Quizá acabo de descubrir lo mucho que me dolía haberlo perdido como amigo, y eso me hace pensar si encubrir los sentimientos como vengo haciendo acabará por pasarme factura. Pero ahora no quiero agobiarme con eso, solo estar ahí, entre sus brazos, en los que me siento a gusto, aunque no sean los que yo elegiría para pasar el resto de mi vida.

«Joder, Laura, de vuelta a las andadas. Deja de pensar en él de una buena vez».

Un carraspeo y un suave «hola» me arrancan del letargo en el que me encontraba. Me separo de Marcos casi empujándolo, como si estuviese cometiendo alguna falta. Él me mira durante un fugaz momento con sorpresa, pero luego se gira hacia la persona que ha interrumpido nuestro abrazo.

—Hola, yo soy Marcos —se presenta con impoluta educación, tendiéndole la mano a Chema. Y el susodicho se la coge, componiendo una mueca que intenta pasar por una sonrisa.

—Y yo, Chema. Bueno, todos me llaman Rubio. —Me mira un instante, levantando apenas la barbilla—. Su cuñado.

—Sí, me lo imaginaba. —Baja la vista hasta mis sobrinas, que lo miran divididas entre la curiosidad y la cautela—. Y vosotras dos debéis de ser Marta y Llara, ¿verdad? Es un placer conocerlas, señoritas.

—Hola. Yo soy Marta y ella es Llara. Tú... Tú ¿eres el novio de la tía? ¿Vienes a llevártela?

Cierro los ojos y resoplo suavemente. Así es Marta, directa a la yugular.

—Marta, cariño... —la reprende Chema—. Esas preguntas...

Pero Marcos se ríe entre dientes y se acuclilla para quedar a su altura.

—No, solo soy un buen amigo. Y tu tía quiere quedarse aquí contigo, ¿sabes?

Ella asiente muy rápido mientras mi ahijada sonrío por primera vez y corre a mis brazos.

—¿Qué hay para *comé*? —pregunta cuando la levanto en el aire.

—Pollo. ¿Y qué prefieres? ¿Arroz o patatas para acompañar?

—Patatas *fitas* —no vacila al responder—. Me gustan mucho.

—Pues eso será, entonces.

Miro hacia Chema y lo veo con las cejas arqueadas, observándome asombrado. Da los pasos que lo separan del horno y lo abre para mirar dentro. Olfatea exageradamente y se da la vuelta con una sonrisa.

—Huele bien —dice con auténtica sorpresa—. ¿Lo has preparado tú?

—Sí, claro. ¿Qué esperabas? —Me hago la ofendida, componiendo un mohín tan infantil que podría competir con uno de Llara.

Él levanta de nuevo mucho las cejas y sonrío casi con malicia.

—¿Macarrones con queso? ¿*Pizza*? ¿Bistecs duros? —se cachondea.

Entrecierro los ojos, pero no puedo evitar soltar una risita. Lo cierto es que no me extraña que esté sorprendido. Debe de ser la primera comida «de verdad» que hago y que tiene buena pinta.

—Bueno, Marcos, quédate a comer —prosigue Chema, mirando ahora hacia mi amigo—. Por una vez que Laura se esmera...

—¡Oye! —protesto sin demasiada ansia. Volteo la cara y también miro a Marcos—. Venga, quédate...

—No, mejor me voy —contesta con calma, pero observándome fijamente y de una manera tan extraña que consigo ponerme nerviosa.

—Pero, hombre... Si acabas de llegar. Come con nosotros, por favor —insisto.

—No, en serio. Tengo... Tengo que irme. —Y casi precipitadamente, comienza a despedirse de mi cuñado y de mis sobrinas.

—Te acompaño al coche —le digo cuando, tras abrazarme y besarme en las mejillas, se encamina hacia la puerta.

Seis horas después, estoy tirada en la cama de Llara, alegando una terrible jaqueca. Es mentira, pero, si comenzase a dolerme la cabeza de un momento a otro, tampoco me extrañaría, sobre todo con la de vueltas que le he dado. No he podido dejar de pensar en el tema ni un maldito segundo.

Boca arriba, doblo la almohada de un lado hasta que me tapo la cara con ella. Joder, joder... ¿cómo ha podido adivinarlo?

Respiro hondo contra la tela y me giro con ella en brazos, quedando boca abajo. Tengo que dejar de torturarme con ello o acabaré tirándome por la ventana. Yo, la persona a la que no le llegaba la vida para todo lo que quería hacer, la positiva, la que nunca, jamás, entendió cómo alguien podría querer acabar con su vida. Y no es que ahora lo esté considerando en serio, claro, pero quizá romperme aunque fuese solo un par de huesos me haría quitarme esto por fin de la cabeza.

Vuelvo a coger una bocanada de aire y obligo a mi cerebro a pensar en otras cosas.

Chema se ha ido a dar un paseo con las niñas, porque ha considerado que el silencio me vendría bien para mi falso dolor. Todo un detalle por su parte, sobre todo porque es la última persona a la que quiero ver hoy. El pollo estaba bueno, cosa increíble pero cierta. Hasta Rubio comentó, con humor, que había sido una pena que mi amigo no se quedase a disfrutar de mis dotes culinarias. Marcos... ¡Mierda! Es en él en quien no debo pensar, o más bien en sus palabras.

—*Lo que sientes por tu cuñado, ¿ha sido a raíz de la convivencia o ya viene de antes?*

Eso mismo es lo que me ha soltado en cuanto ha abierto su coche. Así, sin anestesia ni nada. Tengo que decir que ya estaba raro durante el corto trayecto en el ascensor y luego hasta el vehículo, pero eso no me lo esperaba. Creo que la sangre abandonó mi cuerpo, toda a la vez durante un instante, porque hasta me mareé. Luego volvió de golpe, destacando su color contra mi piel, más abochornada de lo que nunca he estado en mi vida. Y pasmada. Incrédula. Totalmente turbada y aturullada.

Mi cara debía de ser un poema. No daba crédito. Abrí la boca como un puto pez para cerrarla al momento, sin saber qué decir ante aquello. Él me besó en la mejilla y susurró contra mi pelo.

—Ahora lo entiendo todo un poco más.

—¡No! ¡NO! —grité, saliendo de aquella especie de trance—. ¡No es verdad!

Pero él solo sonrió tristemente y ocupó su lugar tras el volante.

—He visto cómo lo has mirado. Como creí que podrías mirarme a mí algún día. Hasta luego, Laura. Cuidate mucho —remató, antes de arrancar y desaparecer calle abajo.

No sé cómo pude volver a casa y sentarme a la mesa con ellos aparentando normalidad. Fue la comida más larga de mi vida. Y cuando pude escaparme, busqué la mejor excusa que encontré y me encerré aquí, para lamerme las heridas o, más bien, mi vergüenza.

Escucho ruidos y doy por hecho que ya están de vuelta. Miro la hora. Es tarde. Las niñas tienen que bañarse y cenar. Pero no me levanto para echarle una mano a Chema. Hoy no me apetece nada más que fundirme con el colchón y hacerme pequeña.

Además, con la de tiempo que llevaba sin acostarme en uno y no soy capaz ni de disfrutarlo, joder. No he sido capaz ni de dormir cinco minutos, ahuyentando así mis nefastos pensamientos.

Y entonces me cabreo. Mucho. Levanto el torso hasta quedar sentada en la cama. Y toda la vergüenza, dolor y autocompasión se transforman en indignación. Algo que, contra todo pronóstico, me hace sentir mejor o, al menos, más fuerte.

Estoy cabreada con Chema por dejarme seguir durmiendo en un puto sofá teniendo una habitación libre que podría adecentar para mí. Y sí, soy egoísta, joder. Pero más lo es él, ¿no?

Me enfado con Marcos, por haber soltado una bomba así y haberse ido sin darme tiempo a defenderme o a explicárselo. ¿Quién se cree que es? No tiene ningún derecho a interpretar ninguna miradita y mucho menos a dar por hecho algo que no sabe a ciencia cierta. Que sí, que en este caso es verdad, pero él no lo sabe con seguridad, ¿no? Es imposible que así sea. A no ser que, al pasar tanto tiempo con María, se haya convertido en el puto Rappel.

También estoy molesta con ella. Con María, a la que considero una gran amiga. La que ahora se dedica a juzgar mi comportamiento a mis espaldas. Aunque lo haga porque está preocupada, eso no la exime de pensar sandeces sobre mí. Que estoy viviendo la vida de Clara... Pero ¿qué tontería es esa? Yo solo pretendo aliviar el vacío que su ausencia ha dejado.

Y ya puestos a cabearnos de verdad, voy a ser sincera y a reconocer que me enfurecen los comentarios que corren sobre mí. ¡Vaya pueblo de mierda! ¡«Buscona»! ¡«Jugar a mamás y papás»! Que Chema y yo... Aprieto tanto los puños que siento las uñas agujerear mi carne. ¡Mierda, joder! ¡Gentuza aburrida que disfruta criticando a sus vecinos! ¿Cómo coño se atreven a decir semejantes cosas y luego ir a misa los domingos? Porque seguro que van. Esas son las peores. Las que se creen con la moral superior por ir a rezarle a un Dios en el que ya no sé si creer.

Pero, sobre todo, estoy decepcionada conmigo misma. Encrespada y rabiosa.

Salto de la cama y estiro el edredón. ¡Yo no soy así, joder! Yo no me tiro en la cama durante toda una tarde para lamentarme por lo que no tiene solución. A mí no me importan los comentarios mordaces, crueles y malintencionados de la gente del pueblo. Yo no soy ninguna plañidera para

andar llorando por los rincones. A mí no me vencen las dificultades, sino que me crezco ante ellas.

Y si no es así, sé engañarme para que, al menos, lo parezca.

Sin parar a pensármelo un segundo más, cojo mi móvil de encima del escritorio y llamo a Nieves.

—Hola, guapa. Me apetece salir, ¿por dónde vas a andar?

—¿Laura? ¡Vaya, qué sorpresa! Sobre las diez estaré en el Pantera Rosa. ¿Te acercas?

—Allí nos vemos.

Tras colgar, abro el armario y observo con ojo clínico mi ropa colgada. Muchas camisetas y algún que otro vestido. Los vaqueros y alguna malla doblada en el estante inferior.

Paso las perchas y no consigo encontrar nada que me apetezca ponerme. Hoy quiero resultar rompedora. Verme guapa, moderna y juvenil. Volver a ser la Laura de siempre, la despreocupada y con ganas de fiesta.

Al final, me decido por una falda bastante corta de polipiel negra, una camiseta no muy ceñida de color granate y mis Martens a juego. ¡Dios, me encantan estas botas!

Cuando las niñas entran corriendo en el dormitorio, recién duchadas y totalmente desnudas, yo ya tengo entre mis brazos todo lo que necesito, incluido mi pequeño neceser de maquillaje.

—Niñas, no hagáis tanto ruido —les pide Chema desde la puerta—. A vuestra tía le duele la cabeza. —Se encoge de hombros mirándome con resignación—. Lo siento. ¿Qué tal estás?

—Bien, bien —digo apresurada, al escabullirme ya del cuarto, y paso por su lado rozándolo—. Me voy... Me voy a la ducha.

Él me mira con extrañeza.

—Eh, ¿seguro que estás bien?

—Sí, sí, perfectamente —aseguro, ya entrando en el baño.

De camino hacia el pub me aprieto la cazadora de piel contra el pecho, cobijándome en ella del viento frío que azota las calles. Pero, a pesar de sentir como si cientos de agujas se clavasen sobre mi cara, manos y piernas, hasta lo disfruto. Llega hasta mí con su característico olor salado, a mar, y ayuda a ahuyentar mi mal humor y despierta, en cambio, sensaciones que no reconocía casi desde la adolescencia. Quisiera volver a aquellos años en los que mi mayor preocupación era conseguir el último disco de Shakira o Rihanna, bailar las canciones de Loquillo que Román insistía sábado sí y sábado también en poner en el Pantera, y lucir en las orejas los aros o las cruces más grandes que pudiese encontrar.

Ahora todo se ha complicado un poco, o más bien ha dado un giro tan brusco que a veces parezco tambalearme al borde de un precipicio. Pero, aun así, ese espíritu rebelde y tenaz tira de mí para no dejarme caer. Me aferro a él con manos y pies, y hasta soy capaz de sonreír ante el recuerdo de la cara de pasmo que se le ha quedado a Chema al verme preparada para salir.

Cierro los ojos un instante e inhalo fuerte. Vacío la mente y lo consigo. Durante unos escasos momentos, he vuelto a aquella época. Un fugaz relámpago de felicidad.

Cuando los abro de nuevo, sonrío con toda la cara y... ¡mierda! Tengo que estirar los brazos para tratar de aguantar el equilibrio, porque me he comido una cosa de esas de hierro que separan las aceras de la calle.

Un minuto después, cuando entro ya por las puertas del pub, todavía me dura el ataque de risa que me ha causado mi torpeza. Risueña, atravieso el comedor y me dirijo directamente a la

cocina. Abrazo por detrás a Dora, la mujer de Román, que dirige esa minúscula cocina como si estuviese en el mismísimo Arzak.

—¡Demonio de chiquilla! —exclama ella a modo de saludo cuando se gira y me ve. Me envuelve entre sus brazos sin tocarme con las manos, en las que sujeta unas pinzas y un tenedor—. ¡A buenas horas nos vienes a visitar! ¡Jorge, Luis, mirad a quién tenemos aquí!

Soy abrazada y besada también por sus hijos, que uno con el uniforme de camarero y el otro con un mandil blanco como el de ella, trabajan también en el negocio familiar.

—Me alegro muchísimo de veros —le digo a Dora en cuanto los chicos vuelven a sus quehaceres.

—Y nosotros a ti, cariño. Sé que llevas meses en el pueblo, pero apenas se te ve el pelo.

—Bueno... No es que no salga, pero...

—Sí, sí, lo sé. Estás bastante liada. No era un reproche, mi niña. —Me mira con atención por encima de las gafas antes de continuar—. Y dime, ¿qué tal estás?

—Bien, estoy...

—La verdad, Laura. No lo que les dices a todos.

Trago saliva, pero compongo mi mejor sonrisa.

—La verdad es que estoy bien.

Ella mueve en el aire el tenedor y suelta un bufido que he oído en incontables ocasiones.

—Y así es como quiero que te vea toda esa gente que está inventando basura sobre ti —me suelta—. Pero que sepas que me tienes para lo que necesites, criatura. Para cualquier cosa, ¿vale?

—Lo sé. —Ahora sí, con una sonrisa del todo sincera, le doy un beso en la mejilla y, excusándome en que tengo que dejarla seguir trabajando, pues las comandas se le acumulan pegadas a la campana extractora, salgo de allí en busca de Nieves.

La encuentro en el otro salón, sentada a una mesa y sorbiendo por un par de pajitas el contenido de la botella de un refresco. Sonríe ante esa imagen porque, a pesar de los años, me hace gracia que no haya cambiado ese hábito.

—¡Hola, Nieves! —la saludo también con un par de besos y me siento a su lado—. Espero no haberte jodido ningún plan.

—No, qué va —contesta, desviando un momento la vista, pero al instante me sonrío y me guiña un ojo—. Además, es un placer verte de nuevo por aquí. Y estás divina, pendón. ¡Guapísima!

—Gracias. Hoy me apetecía arreglarme, tomarme un par de copas y bailar hasta que me duelan las caderas.

—¡Genial! ¡Esa es mi Laura! Y, por cierto, me encanta ese color de labios.

Me río y pongo morritos.

—Burgundy Red. De Yves Saint Laurent —le contesto con una nefasta pronunciación, que hace que las dos soltemos sendas carcajadas.

—Joder, qué bueno tenerte de vuelta, Laura. Te echaba de menos.

—Ya... Yo a vosotras también. Mucho. ¿Sabes si Nela se acercará? No la he llamado.

—No sé, pero no lo creo. Últimamente no hay quien la separe de Colás y ya sabes cómo es él... No le gustan demasiado estos sitios. Prefiere ir al cine o cualquier cosa más tranqui. Bueno, eso y que, con este frío, estarán muchísimo mejor en el sofá o en la cama follando como locos.

—¡Hala! ¡Ya salió a relucir el tema! —bromeo, pero solo en parte. La verdad es que a esta chica le encanta hablar de sexo. Y no solo hablar.

Ella se echa a reír con ganas.

—Bueno, ya sabes que opino que es lo mejor del mundo. —Me guiña un ojo y me da un manotazo cariñoso—. Y sobre todo últimamente.

Arqueo las cejas y la miro maliciosa.

—¿Y se puede saber quién es el afortunado? —me intereso, apoyando los codos sobre la mesa y descansando la barbilla en las manos—. ¿O es un secreto?

Ella sonrío pícara.

—No, más bien es sorprendente.

Frunzo el ceño, ahora más curiosa.

—Verás... Digamos que he ampliado mi círculo de amistades y entre ellas...

—¿Entre ellas? —insisto, cuando ella hace una pausa y se queda con la vista perdida a lo lejos.

Nieves vuelve a prestarme atención, pero tarda en contestar. Se muerde el labio inferior y parece nerviosa.

—Sé que no eran mucho de tu agrado, pero...

No es necesario que termine la frase, porque, justo en ese momento, como si todo estuviese preparado de antemano, Selmo y Hugo se sientan a nuestro lado desplazando las sillas ruidosamente.

Mi cuerpo reacciona tensándose y me quedo mirándolos asombrada. He entrecerrado los ojos y los vuelvo un instante hacia Nieves, que, algo incómoda, me aparta la mirada y se encoge de hombros en un movimiento casi imperceptible.

—¡Joder, esto sí que es una sorpresa! ¡Y de las buenas! —dice Selmo con la vista clavada en mí. Deja de mirarme el tiempo que le lleva guiñarle un ojo a Nieves y continúa pícaro—. Estas cosas se avisan, Nieves. Y si no llegamos a acercarnos por aquí, ¿qué?

La aludida suelta una risita y creo que eso me deja tan anonadada que por eso ni reacciono a los comentarios de Selmo. Solo observo a Nieves como si le hubiese salido otra cabeza, pero mi instinto me hace apartar un poco la silla de la mesa y alejarme un poco de ellos y de la situación en sí.

Parezco despertar de la inopia cuando es Lucas el que también se acomoda a la mesa, mirándome con una sonrisa algo precavida. Me saluda simplemente levantando la barbilla y juguetea con su vaso.

—¿Y qué nos cuentas, pelirroja? —prosigue Selmo, dirigiéndose, evidentemente, a mí—. ¿Rubio te ha dado permiso para salir esta noche? ¿No tienes que lavarle sus calzoncillos o calentarle su...?

Mi mano da una palmada en la mesa para interrumpir sus palabras. Ha sido un acto reflejo, casi como lo que sale a continuación de mi boca.

—Como acabes esa frase te pongo los huevos por amígdalas —siseo furiosa.

—Tranqui, nena. Su cena. Calentarle su cena. —Se ríe ante lo que él considera una graciosa respuesta y sus amigos lo imitan con más o menos entusiasmo, porque casi diría que Lucas parece del todo menos cómodo. Para rematar, Selmo pone una mano encima de la de mía, que aún reposa sobre la mesa. Se la aparto de un manotazo y me cruzo de brazos con los ojos convertidos ya en dos rendijas. Es un gilipollas, pero no le tengo ningún miedo.

—No me toques. Y largaos. Nadie os ha invitado a esta mesa —me atrevo a decir.

Selmo mira a Hugo, que, a su vez, observa con atención a Nieves. Esta, un poco colorada y con una sonrisa entre tímida y divertida, no niega ni afirma nada, lo que me pasma tanto como me cabrea.

—¿En serio? —le pregunto sin poder creérmelo—. ¿Has quedado con ellos? ¿O con él, o lo que sea? ¡Habérmelo dicho cuando te llamé, joder!

—Bueno... Es que no es así exactamente, Laura. Pero a mí no me molestan —responde ella

encogiéndose de hombros, esta vez muy claramente—. Perdona, pensé que no te importaría tanto verlos. Ahora somos adultos y...

—¿Qué? ¿Estás de coña? —Señalo a los chicos casi con perplejidad—. ¿Adultos? ¿Ellos? Pero... ¿en qué coño lo notas?

—Laura...

Suelto una carcajada incrédula ante la recriminación con la que Nieves dice mi nombre. Esto debe de ser una broma... Y yo me voy a largar.

—No seas rencorosa, Laura. Dijiste que me saludarías —interviene Lucas.

—Una cosa es saludarte y otra es esto. Yo me voy. —Y con las mismas, ya estoy levantándome para hacer justamente eso.

—Oye, no te enfades —me pide Nieves, imitándome—. Venga...

Selmo se ríe entre dientes y, con la mano abierta, le da un empujón en el pecho a Lucas.

—Joder, tío, pues sí que la dejaste insatisfecha. Todavía sigue cabreada.

—Cállate, capullo —le contesta él sin acritud—. Tú sí que no estuviste ni cerca...

Selmo suelta una carcajada y yo pierdo los papeles. Cojo el vaso, del que apenas he bebido, y lo vacío en la cara del subnormal con el que tuve la desgracia de liarme.

—¡Joder! ¡Qué mierda...! —grita él, incorporándose bruscamente y retirando del servilletero un buen montón de papel para limpiarse—. ¡Estás pirada, tía!

—Sí, muy pirada. Recuérdalo la próxima vez que te plantees abrir la boca.

Mis palabras quedan prácticamente ahogadas por las carcajadas de Selmo y Hugo. Nieves, aunque con más disimulo, también parece superdivertida con la situación, así como medio bar, que ahora está pendiente de nuestra mesa.

Recojo el bolso que tengo colgado de la silla y los dejo a los tres riéndose a sus anchas, mientras el cuarto se escurre el líquido de la pechera de la camisa. Pero, haciendo caso omiso a mi parte cuerda, que me aconseja abandonar el local, me dirijo a la barra y me acomodo en uno de los taburetes altos.

—Un chupito de tequila —le pido casi a gritos a Jorge, ocupado en servir varios de ellos a una pandilla cerca de mí.

—Aquí tienes, preciosa —dice al minuto, y me lo sirve. Me guiña un ojo y sonrío pícaro—. E invita la casa. Ya sabes, por el espectáculo.

Solo resoplo y me lo bebo de golpe, sin reparar en la sal y el limón que ha puesto a mi alcance en un platito.

—Otro.

Él enarca las cejas, pero me lo pone sin rechistar.

—Y otro para mí —oigo que dice alguien justo a mi espalda. Me giro muy rápido y la sonrisa vuelve a mi boca cuando veo que se trata de Pedro.

—Genial. —Toqueteo el taburete libre a mi lado para que lo ocupe y le doy un gran beso en la mejilla—. A ti tenía yo ganas de verte. Cuánto tiempo hace, ¿eh?

—Uff, muchísimo —me responde con una inmensa sonrisa—. No sé cómo lo hemos hecho, pero hace años que no coincidimos.

Y sé, sin lugar a dudas, que la noche acaba de mejorar. Bueno... el día a peor no podía ir, ¿no?

Chema

Me tomo un trago del ron con Kas de naranja que me acabo de preparar y hago girar el vaso sobre la mesa de la cocina. Sonríó irónicamente. Fue toda una sorpresa descubrir una botella en el armario. Supongo que ahora que Laura no teme que me la beba de una tacada, ha vuelto a meter en el carro de la compra algo de alcohol.

Me bebo otro y, a continuación, me enciendo el quinto cigarrillo de la noche.

Joder, sé que estoy haciendo el más absurdo de los ridículos, aquí sentado, esperando a que Laura vuelva de donde quiera que esté. Parezco un padre desesperado y ansioso ante la primera salida de su hija, pero no lo puedo evitar. Sé que está en su derecho de salir y que tiene edad suficiente para hacerlo; es solo que el día de hoy ha sido tan raro... Bueno, ella ha estado tan rara que me es imposible no preocuparme un poco.

Primero, la visita de ese Marcos, al que me la encontré prácticamente pegada. Después, su apatía durante la comida, en la que solo pronunció monosílabos que, a veces, ni siquiera correspondían con la conversación. Luego, ese dolor repentino de cabeza que la llevó a encerrarse en el dormitorio de las niñas, algo totalmente inusual en ella, y ahora... Ahora esto. Salir un sábado por la noche, la primera vez que lo hace en todo este tiempo y casi como si se avergonzara de ello. Sin comentarlo con naturalidad o avisar de que iba a hacerlo.

Que no tiene que pedirme permiso, joder, que no es eso. ¡Faltaría más! Pero tampoco tenemos esperando por ella con la cena delante o actuar casi como si escapara de algo. Exactamente eso. Escapar. Eso es lo que parecía hacer con su salida inesperada.

Doy una calada profunda y suelto el humo despacio, persiguiéndolo con la vista hasta que se pierde por encima del sofá donde duerme Laura.

¡Dios! Yo aquí ahumando la estancia donde la pobre pasa las noches. Y eso me recuerda una tarea pendiente. Horrorosa, por eso lo voy dejando. Penosa, por eso hago oídos sordos cada vez que mi conciencia tiene la decencia de mencionármelo. Pero absolutamente necesaria. Tengo que echarle huevos de una vez y convertir el refugio de Clara en un cuarto para mi cuñada. Ella se desvive por nosotros tres y yo no soy capaz ni de poner una puta cama a su disposición. Joder, es que no se puede ser más inútil y egoísta en esta vida. O sí. Porque, últimamente, creo que me duele tanto saber que soy capaz de continuar con mi vida sin Clara como su muerte en sí. Lo que ya es decir.

Me sacudo esos pensamientos que sé que solo darán lugar a una noche infernal de insomnio o pesadillas, y bebo de una sola vez la mitad de lo que me queda en el vaso.

Y entonces oigo el sonido de las llaves girando en la cerradura y me pongo en pie como si a la silla le hubiese salido un muelle.

Quieto como una estatua, ahora avergonzado por haberla esperado, la veo entrar en el salón. Y de la misma manera se queda ella al verme. Frena en seco su avance y me mira con los ojos muy abiertos, confusa ante mi presencia.

—¿Qué...? ¿Qué haces aún levantado? —Mira el reloj acercándolo mucho a su cara, como cerciorándose de que, efectivamente, son las cinco de la madrugada—. Es... Es tardísimo.

—Sí, es que... —Me paso las manos por el pelo, nervioso. Si parezco tonto, joder—. Es que... estaba preocupado por ti.

Ella me mira todavía más desconcertada y se acerca muy despacio.

—¿Preocupado? ¿Por mí? —Entonces, suelta una risita estupefacta antes de continuar—. ¡Por Dios! Ni siquiera mi padre me esperaba de pie.

Y eso me cabrea, porque sentirse estúpido no es muy agradable que se diga.

—¡Joder, es que lo tuyo no es normal! —le suelto exasperado—. Te pasas todo el día más rara que un perro verde, luego afirmas tener una jaqueca del copón y ahora vuelves de marcha tan alegre. ¡Perdona por preocuparme por ti! ¡Tienes razón, debo de ser idiota!

—Eh, eh... Yo no he dicho que seas idiota... —me dice, con el índice en alto y casi poniéndose de puntillas. Entonces, de pronto, parece desinflarse, porque baja la cabeza y se muerde el labio inferior. Cuando vuelve a hablar, arrastra las palabras, pero tan bajito que tengo que esforzarme para oírla—. Lo siento... No pretendía... Sí, hoy ha sido un día extraño y difícil.

Tras su confesión, separo la silla de mi lado para que se siente en ella y yo hago otro tanto, recuperando el resto de mi cubata. Le doy un trago, a la vez que doy tiempo a Laura para que se explique, pero ella, a pesar de que sí se ha sentado, no parece mucho por la labor.

—¿Qué ha pasado? —la apremio yo—. ¿Es por Marcos? ¿Él...? ¿Estabais saliendo o algo así?

No hay que ser muy listo para pensar eso. Sé de su cita romántica antes del accidente, los encontré abrazados y ella no tiene un buen día. Dos más dos toda la vida serán cuatro.

—Algo así —admite unos segundos después, sin mirarme.

—Joder... —Me vuelvo a pasar las manos por el pelo y dejo una de ellas en la nuca, frotándome para destensar los músculos que ahora encuentro agarrotados. De repente, dos más dos ya no me parecen cuatro. Pero ¿cómo se puede ser tan obtuso, joder...? Laura no solo ha renunciado a su trabajo por nosotros, sino a mucho más. Sí, sí se puede ser más egoísta, sí.

—Y, claro, lo habéis dejado porque tú estás aquí. Cuidando a mis hijas y...

Entonces sí que me mira. Levanta la cabeza tan rápido y clava la vista en mí de una manera que yo ni me planteo acabar la frase.

—No —me suelta tajante, moviendo muy deprisa la cabeza a los lados, para dejar constancia de su negativa—. Creo que si lo nuestro fuera de verdad, nada lo habría roto, ¿no crees? Apenas nos estábamos conociendo y... —Y se echa a reír como una loca. Hasta mí llega su aliento, que desprende un ligero olor a alcohol y solo entonces caigo en la cuenta de que está un poco achispada. Cesa su risa de repente y compone un mohín tan gracioso que me hace sonreír. Frunce el ceño y prosigue con la mirada puesta en la mesa—. Yo creo que no éramos ni novios. Pasamos de trabajar juntos a estar en la cama...

Vuelve a mirarme con premura, como si se percatara de lo que ha dicho. La miro con las cejas arqueadas y sé que mi boca luce una sonrisa algo socarrona ante su bochorno.

—Uy, perdón. Eso seguro que no te interesa. —Se tapa la boca con la mano, pero eso no impide que acto seguido observe como bostezo.

Me levanto y la ayudo a hacer lo mismo cogiéndola de un brazo.

—A la cama es a donde tienes que ir tú ahora. Veo que te lo has pasado bien, ¿eh?

Ella entrecierra los ojos y luego cierra uno, observándome con fastidio. Lo que pasa es que, más que imponer, resulta muy divertido que traten de fulminarte con un solo ojo. Así que aparto la cara para disimular la risa y la empujo con delicadeza hasta el sofá.

—Y eso no es una cama, listo. Es un sofá. So-fá. Listo, que eres un listo.

Vale, no está ligeramente achispada, está medio borracha. Como para demostrármelo, continúa, dándome un pequeño empujoncito para separarme de ella.

—Y ya puedes irte a tu camita. No te necesito para desnudarme, ¿sabes? —Me toca la nariz con un dedo y sonrío pícaro—. Tampoco te gustaría, ¿verdad?

Trago saliva y ella lleva su mirada hacia mi nuez. Entonces resoplo y la ayudo a sentarse en el dichoso sofá. Voy a por su pijama y se lo dejo al lado.

—Hasta mañana, Laura —me despido ya de espaldas a ella.
Y sí, definitivamente, está borracha del todo.

Al día siguiente parece no estar para demasiadas bromas, así que no la molesto recordándole su comportamiento ni me burlo de su cara resacosa. Me limito a acercarle un par de ibuprofenos junto con un café cargado en cuanto se sienta a la mesa para desayunar. Después, me llevo las niñas conmigo a visitar a mis padres para dejarla descansar tranquila.

Durante la semana, ninguno de los dos saca el tema. Ni el de su salida, ni el de su estado al volver. Seguimos con nuestra rutina, cada uno dedicándonos a nuestro trabajo, compartiendo las tareas del hogar y el cuidado de las niñas. Nuestras conversaciones tratan sobre esas cuestiones y poco más. Los chismes no son lo nuestro y, desde luego, como protagonistas de los más jugosos del pueblo, tampoco nos encontramos con ánimos de sacar el temita.

Así que sí. Todo parece normal entre nosotros, como siempre. Pero yo no puedo quitarme de la cabeza que detrás de su actitud de ese sábado esté su decisión de renunciar al chico ese. Marcos. Me gustaría ser lo suficientemente egoísta como para agradecer su ayuda al quedarse con nosotros y no darle más vueltas al tema, pero todavía no he llegado a ese punto.

Hoy ya es viernes y estoy decidido a quitarme la espinita. Después de acostar a las niñas, intentaré que Laura se sincere conmigo y, si es necesario, entre los dos encontraremos la forma de que pueda recuperar su vida. No debería ser tan difícil. No me apetece demasiado contratar a una niñera, pero, si esa es la única solución, lo haré. Ya es suficiente con que a uno de los dos se le haya movido el eje de su mundo, poniéndolo del revés. No voy a permitir que Laura se sacrifique, perdiendo de nuevo a alguien importante para ella; bastante ha tenido ya con lo de Clara. Bastante hemos tenido todos.

Mierda, las niñas... Las niñas lo pasarán fatal si ella se va. Todavía no han superado la pérdida de su madre como para hacer frente a la marcha de Laura. Para ellas, ha sido un milagro disfrutarla todo este tiempo. Siempre han tenido pasión por ella, era esa tía a la que no veían muy a menudo, pero que, cuando lo hacían, se volcaba con ellas. No le importaba pasarse horas enteras jugando a lo que fuese, escuchando y respondiendo sus innumerables preguntas e incluso participaba en sus travesuras. Y ahora, aunque Laura les ha demostrado que también sabe portarse como una adulta y reñirles cuando hace falta, eso no ha disminuido su amor por ella. Es más, creo que ya la ven más como a una mamá de lo que a mí me gustaría.

Jesús, ¿qué hago? ¿Es muy egoísta anteponer la estabilidad y el bienestar de mis hijas al de mi cuñada? ¿O lo es más robarle sus ilusiones y proyectos a ella?

Frustrado y disgustado ante el dilema, aunque oigo un coche acercarse, lo ignoro. Tampoco me giro cuando las puertas se cierran con brusquedad y escucho pasos tras de mí. Sigo colocando en la posición correcta el bloque en el muro en el que trabajamos y recojo con la paleta la masa sobrante, mientras mis pensamientos se entretienen imaginando decenas de maneras de sacar el tema con Laura, deseando al mismo tiempo no tener que hacerlo.

—Estás abusando de tu suerte, Rubio.

La frase entra a través de mis oídos hasta mi cerebro, pero tardo algo más de la cuenta en captar el significado y un poco más en reconocer el tonito y al dueño de la voz. Mi indeseada visita debe de pensar lo mismo, porque, acto seguido, me da un toque en el hombro y vuelve a hablar.

—¿Me estás oyendo? Me gusta que me miren cuando hablo, tío.

Me giro. Y no porque eso sea lo que quiere, sino casi más por la sorpresa de volver a ser molestado por Alonso y, si no me equivoco, también por su perro fiel, Hugo, que lo acompaña.

—¿Qué quieres ahora, Selmo? Estoy trabajando —digo, cortante.

—Ya lo veo. Y créeme, tenía toda la intención de respetar tu luto, supongo que ya estarás bastante jodido, pero...

Aprieto los puños y me pongo en pie. Estar de rodillas ante estos dos no solo me resulta insoportable, sino que la mención de algo que tenga que ver con Clara ha acabado por encresparme.

—¿Pero? Di lo que tengas que decir, Selmo. Los demás no tenemos todo el día.

—Claro. Además, supongo que estarás deseando terminar para volver a casa. La verdad, teniendo allí a Laura, no me extraña. —Mira a Hugo y sonrío con malicia antes de comentarle—. Al final va a salir ganando con el cambio.

Y ya no quiero escuchar nada más. Antes de ser consciente de mis actos, un dolor en los nudillos me anuncia lo que acabo de hacer, que no es otra cosa que partirle la cara a ese mamón. De su nariz comienza a manar sangre y me mira con las aletas de la misma dilatadas, como un toro enfurecido. Un puñetazo que no veo venir me sube el estómago hasta el pecho, pero la adrenalina apenas me deja sentir dolor y ataco sin control, utilizando puños y codos. Hugo intenta sujetarme los brazos, pero le resulta difícil. Estoy poseído por una fuerza brutal. La rabia me impide tener la mínima aprensión a mi propio sufrimiento y a las consecuencias de atizarle al niño mimado del pueblo. La prudencia es una palabra que ha desaparecido de mi cerebro y, cuando veo que un cabezazo de mi parte lo deja sangrando por la boca, todavía me enfurezco más, como si la misma visión de la sangre me hiciese desear derramar más.

Todo parece suceder a cámara lenta y, a la vez, demasiado rápido.

Un golpe en la nuca me atonta lo suficiente para recostarme contra el muro a medio hacer que está a mi espalda. Me zumban los oídos, respiro con dificultad y veo todavía peor. Delante de mí solo hay dos bultos borrosos a los que apenas les distingo los rasgos.

Unos gritos y exclamaciones que parecen provenir de diferentes direcciones me hacen mirar a los lados, confundido. El dolor en la parte posterior de la cabeza es tan bestial que me la sujeto con las dos manos.

—¡Eh, joder! ¡Qué coño...! ¡Rubio! ¡Rubio!

—Pero ¿es que os habéis vuelto locos o qué?

Son Julián y Colás, que estaban faenando en la otra punta de la finca. Me pregunto estúpidamente si ya habrán acabado de colocar las columnas donde irá el portal, justo un instante antes de desmayarme.

—Hola. Bienvenido de nuevo.

Parpadeo un par de veces antes de enfocar la imagen. La cara de Laura, a escasos centímetros de mí, me deja descolocado unos segundos. ¿Qué ha pasado? ¿Por qué me despierto con ella observándome tan de cerca y con tanto detenimiento?

Pasea sus ojos por todo mi rostro con preocupación, analizándome al milímetro, antes de separarse lo bastante para que me dé cuenta de que me encuentro en el hospital.

—¿Qué...? —Intento moverme un poco a la vez que abro la boca. Y me duele todo, joder.

Ella se sienta en una silla al lado de la cama y apoya los antebrazos encima de las sábanas.

—Te duele, ¿no? Te está bien empleado, si quieres que sea sincera. ¿A quién se le ocurre

liarse a trompazos con esos dos gilipollas? Que sepas que nos has dado un susto de muerte, solo por eso te mereces pasar un poquito de dolor, Rubio. Además...

—Joder, Laura, no te pases con la compasión —ironizo, haciendo una mueca de dolor cuando, al tratar de incorporarme un poco, un latigazo parece partirme la nuca.

La que sí se levanta es ella, deprisa, apoyando las dos manos sobre mis hombros y pegando mi espalda de nuevo al colchón.

—Ni te muevas —ordena—. Tienes más cardenales que el Vaticano, tío. Lo que te salva es que tus huesos deben de ser como los de Lobeznó, porque, por suerte, no te han roto nada. Eso sí, has estado inconsciente un rato largo por culpa de un golpe en la nuca. Da gracias a Dios por que al final no haya sido nada grave, o al menos eso dice el TAC que te han hecho.

—¿Qué? ¿Un rato largo? ¿Cuánto...?

—Varias horas, Chema. No había manera...

—¿Horas? Pero... ¿estás de coña? —E, instintivamente, comienzo a mover un poco las piernas y los brazos, haciendo un repaso de los daños.

—No, Chuck Norris, no lo estoy. Y te juro que no voy a volver a quejarme del sofá, esta silla es infinitamente más incómoda —apunta, poniendo los ojos en blanco. Y supongo que consigue lo que se proponía, porque sonrío sin poder evitarlo.

—Así que Chuck Norris, ¿eh? Yo pensaba que tú eras más de *Arma letal* —me burlo, aunque que haya gemido en un par de ocasiones le quita la gracia al asunto. Dios, es que me duele todo.

—Y lo soy, pero no te voy a comparar con mi Martin Riggs. Él siempre ganaba, ¿sabes?

Aunque podría debatirle que creo que Chuck también, intento centrarme en lo verdaderamente importante.

—¿Y las niñas?

—Ahora mismo, con Lidia. Y han comido en casa de Teresa. No te preocupes por ellas, están bien. El que da pena eres tú.

—Sí, me lo imagino. —Ahogo otro gemido, pues al asentir también con la cabeza, esta parece querer desprenderse de mi cuello. Y también porque, mal que me pese, estoy algo avergonzado de acabar en el hospital por una absurda pelea. Lo que me lleva a hacer la siguiente pregunta con bastante cautela—. ¿Y mis padres?

Ella malinterpreta mi pregunta, pero aun así contesta lo que quería saber.

—Bueno... La verdad es que tu madre casi sufre un ataque de nervios cuando se enteró de lo sucedido, así que creí conveniente no dejárselas.

Cierro los ojos y suspiro.

—¿Han estado por aquí? ¿Ya está más tranquila?

—Sí, han venido. Y sí, ya está mejor. —Se muerde el labio inferior y aparta la mirada.

—¿Qué más? —pregunto, pasándome los dedos con mucho tacto por la cara.

Ella me los retira con suavidad.

—No te toques. Pareces un cromó. Lo que no tienes hinchado, lo tienes morado, joder.

Aunque le obedezco, no permito que me deje sin respuesta.

—Has discutido con ella, ¿verdad?

Ella resopla ruidosamente y vuelve a sentarse.

—Sí. —Me mira y luego clava la vista en la colcha—. Lo siento, Rubio, pero...

—No te disculpes. Conozco a mi madre y también a ti.

Ella me mira, creo que esperando que aclare la frase, pero ni me molesto.

—¿Cuándo puedo irme?

—No lo sé, pero pronto. El médico dijo que, en cuanto despertases, si no presentabas ningún

tipo de secuelas a raíz del golpe, no tardarían en darte el alta. Y por lo que veo estás bastante bien, ¿no? Hablas correctamente y...

—Sí, claro. Solo estoy dolorido y... Y lo recuerdo todo algo borroso.

—Ya, me imagino. —Hace un mohín de disgusto, pero lo cambia rápidamente por una sonrisa llena de picardía—. ¿No vas a preguntar cómo quedaron los otros?

Arqueo las cejas, pero de una manera tan fugaz que seguro que ni lo ha notado. Joder, pues sí que me dieron fuerte estos hijos de puta, no soy capaz ni de hacer algo tan simple sin que parezca que estoy en el potro de tortura.

—Supongo que mala hierba...

Ella suelta una risita y se desata la coleta para, en cuestión de segundos, hacerse un inmenso moño en lo alto de la cabeza. Es algo que hace muy a menudo, creo que simplemente por tener las manos ocupadas, sobre todo cuando está nerviosa, que no digo que sea el caso.

—Pues... por lo visto, Hugo está perfectamente y Selmo, aunque lo tuvieron que atender aquí, supongo que también. Aunque alguien comentó que su cara tampoco era ninguna maravilla. ¿Qué pasó, Rubio? ¿Cómo llegasteis a esto?

Volteo la cara contra la almohada, aunque no dejo de mirarla. Un comentario de mal gusto sobre Laura y Clara repiquetea en mi cabeza, queriéndose hacer hueco en mi memoria. Y, de repente, ahí está. Lo recuerdo con absoluta claridad. Pero no me apetece contestar a su pregunta. Me siento incómodo y no solo porque ella esté involucrada. La verdad es que, ahora, en frío, pienso que no debí darle tanta importancia a otra de las pullas malintencionadas de Alonso, pero supongo que me pilló en un mal momento.

—Es un cabronazo. Estoy harto de sus gilipolleces. Esto es algo que un día u otro tenía que suceder...

—Ya. —Ella se muerde la carne de la mejilla y desvía la mirada—. El sábado también tuve una de sus dosis y sé que a veces resulta tan insoportable como para matarlo.

—¿El sábado? ¿Qué te dijo? Será capullo...

—Bueno, ya sabes que lo es. Él y sus coleguitas. A Lucas acabé bañándolo en Coca-Cola, y porque no tenía para todos. —Resopla y gira los ojos en sus cuencas—. Qué desperdicio de bebida... No valen ni tan siquiera los dos euros del refresco.

Sonríe de medio lado y tengo que darle la razón.

—¿Qué te dijeron? —insisto. Aunque me temo que las bromas a costa de Laura tienen mucho en común con la causa de la pelea.

Ella levanta las cejas y frunce los labios.

—¿No te lo imaginas? —me dice con soltura—. Te apuesto lo que quieras a que algo parecido a lo que a ti.

Aunque su tono es casi divertido, yo ahora estoy muy serio. Todo esto me recuerda lo que Laura ha perdido por mi culpa y que, encima, tiene que aguantar ser el centro de chismes sucios y falsos. Ella no se merece esta mierda, joder. Su comportamiento en todo caso es digno de admirar; está demostrando ser un ejemplo de ser humano.

—Lo siento, Laura. Tú... has renunciado a todo por nosotros y encima...

—Olvídalo, no digas eso. —Vuelve a ponerse de pie y juguetea con los dedos sobre el colchón—. Estoy donde quiero estar, Rubio. Os lo he dicho varias veces, a ti y a las niñas, y lo digo en serio. Y a los rumores que les den. Yo sé que...

—¿Y Marcos? —Si no lo pregunto, revienta—. Tú no tienes por qué...

—Marcos es un amigo, Rubio. Un buen amigo, lo único que siempre fue. No estaba enamorada de él y de verdad te digo que haber dejado nuestra relación cuando apenas comenzaba es lo mejor

que pudimos hacer. Luego las cosas habrían sido más difíciles. Seguro que incluso se resentiría nuestra amistad.

—Yo solo... Yo no quiero robarte tu vida, Laura. No soportaría...

Freno en seco cuando me coge una mano y me la aprieta sutilmente. Su pulgar traza dibujos sobre el dorso de la mía y me mira de una forma que me desconcierta.

—No me alejes... —susurra—. Yo...

De repente, me suelta y da un paso hacia atrás, como si se arrepintiera de haberse mostrado vulnerable. Un color rosado comienza a extenderse por su cara, resaltando más, si eso es posible, sus pecas castañas.

—¡Hombre! ¡Veo que estás de vuelta!

Julián y Teresa, apartando la cortina de este *box*, enfrían con su presencia el intenso momento. Y lo agradezco, porque creo que las conversaciones demasiado profundas no son lo nuestro.

—Hola.

—¿Qué tal estás, Rubio? —Teresa se acerca y me observa con una mueca de disgusto—. ¡Dios mío, estás horrible!

—Pues eso —respondo, haciéndolos reír.

—Yo... Esto... Voy a aprovechar que estáis vosotros y voy a ir un ratito a casa, ¿vale? —comenta Laura, ya colgando el bolso en su hombro.

—Claro, cariño. Vete tranquila, anda. Nosotros no tenemos ninguna prisa —le dice Teresa, mientras le da un beso en la mejilla y ocupa la silla a mi lado—. Si le dieran el alta antes de que regreses, ya te avisamos.

En cuanto ella desaparece por la puerta, los dos me acribillan a preguntas y les cuento al detalle lo sucedido. Con ellos no tengo tantos remilgos ni me ando por las ramas.

—Serán gilipollas... —se ofende Teresa.

—La pena fue no estar más cerca, joder. Yo mismo les hubiera dado también de hostias.

—Bueno, bueno... Con calma —le pide su mujer—. Que a porrazos no se arregla todo. Sois como animales, joder, todavía os regís por la ley de la jungla.

—Y lo dices tú, que esta mañana dijiste que un buen bofetón es lo que necesitaba... —Julián se interrumpe de repente y me mira a mí, colorado—. Bueno... ¿y tú qué tal? —me pregunta, intentando despistarme sin conseguirlo. Es que es pésimo para los disimulos el tío este.

Me da la risa y, si no me río a gusto, es porque parece que llevo una careta de espinas sobre la cara.

—¿A quién querías pegarle, Teresa? —pregunto.

—A tu madre. —Ella siempre tan directa, lo que se agradece—. Creo que estaba más preocupada por la polémica que iba a levantar lo sucedido que por ti. Se puso histérica y la pobre Laura pagó todos los platos rotos.

Inhalo mucho aire y resoplo, aunque eso me hace agarrarme a mi costado derecho cuando un dolor horrible me lo recorre entero. No estoy sorprendido para nada de lo que oigo sobre mi madre, y eso es todavía peor.

—Si te sirve de consuelo, Laura la puso en su sitio en un santiamén.

—Sí, supongo —susurro con el poco aliento que tengo ahora mismo.

—Esa chica es una maravilla —comenta Julián.

—Sí. Sí lo es —afirmo. Y hasta me sorprende la sonrisa con la que lo hago.

CAPÍTULO 19

Clara

Esta semana ha sido de locos. Tanto que hasta yo, un fantasma a la que no le afectan las emociones mundanas y que no debería sentirse saturada, he buscado, en más de una ocasión, la tranquilidad que me ofrece mi refugio.

Me siento en mi sofá y trato de dejar un rato la mente en blanco, lo cual me resulta muy fácil. La sensación es igual a la de dormir, pero con la diferencia de que la controlo a mi antojo. Dormir, lo que es dormir, me es imposible. Por suerte, tampoco lo necesito.

Cuando antes me sumía en la nada más de lo que quisiera, ahora comienzo a echarlo de menos. La primera vez que estuve más de dos días sin desaparecer, me alegré y pensé que no volvería a hacerlo. Pero me equivocaba. Sí lo hice, solo que ahora los intervalos que paso aquí se amplían progresivamente, supongo que concediéndome tiempo para lograr mi propósito, o será que mi desvinculación con el *más allá* es cada vez mayor. Sea como sea, sigo igual de perdida que al principio. No sé qué tengo que hacer, ni a quiénes va dirigida mi ayuda.

¡Mi ayuda! A veces me siento un tanto ridícula, pues solo soy algo intangible e invisible que no encuentra la manera de poder hacer nada por nadie. No solo no consigo identificar cuál es mi cometido sino que, en caso de lograrlo, creo que no dispongo de medios para cambiar nada.

Y así como pasan los meses, temo que esto vaya a peor. Mis *poderes*, en cuanto a ver lo que esconden las personas, están menguando y, aunque he olvidado qué es el dolor, mi frustración y confusión van ganando terreno. Como ahora mismo, por ejemplo.

Cierro los ojos y deseo con todo mi ser que se evaporen. Al instante me invade la paz y me ilumina una alucinante luz blanca. ¡Genial! Al menos, cuando las dudas me atormentan, puedo ahuyentarlas con celeridad.

Con el corazón colmado de amor y la cabeza libre del miedo al fracaso, me concentro en recordar todo lo que he oído y observado durante este tiempo.

Mis niñas parecen estar bastante bien. Todavía se entristecen muchísimo cuando alguien me nombra o sus compañeros de clase hablan de sus mamás, pero día a día van aceptando mi ausencia y la llenan con el cariño que Laura les aporta. Marta es la que más me preocupa. No acaba de abrirse del todo y sigue escondiendo su dolor disfrazándolo de irascibilidad, pero también es evidente que ha heredado la fortaleza de su tía, así que acabará por salir adelante, estoy segura.

Chema... Él está sobrellevándolo lo mejor que puede. Se ha volcado en el trabajo y en nuestras hijas y, gracias a Dios, ha vuelto a sonreír. Aunque mucha culpa de esto es más de Laura que de nadie. Ella no solo está prestando una ayuda esencial en lo cotidiano, sino que aporta a la casa la chispa de alegría que todos necesitan. Ya sea con sus payasadas, sus torpezas o sus salidas de tono, es imposible convivir con mi hermana y ser indiferente a ella.

Aunque no puedo obviar la tristeza y culpabilidad que la rodean en cuanto se despista y aleja esa pose de chica dura y rebelde. Esa misma aura que vi cuando se derrumbó aquella noche en la que mi marido confesó querer estar en mi lugar, o cuando se queda ensimismada con la mirada perdida, cosa que, últimamente, hace muy a menudo.

Tampoco logro adivinar por qué a veces se pone tan a la defensiva con Chema, apartándose e

ignorándolo cuando yo sé que no es eso lo que quiere. Supongo que tiene miedo a que perciba su vulnerabilidad o quizá sea por los rumores... Pero se está equivocando. Estos dos ahora se necesitan el uno al otro, de hecho se buscan y se defienden entre sí más de lo que son capaces de advertir, por lo que no entiendo que no se muestren esa amistad y confianza que ha ido creciendo entre ellos.

Los rumores... Ellos, o un comentario sobre lo mismo, han sido lo que ha hecho que Chema lleve recluido en casa diez días. La pelea, por suerte, no ha traído consigo nada más grave que un color, ahora amarillento, que luce por todo su rostro. Lo que no deja de sorprenderme es que se haya puesto a la altura de esos energúmenos y acabase a mamporros. Aunque, claro, él siempre ha tenido un pronto tempestuoso, que yo, con mi carácter, ayudaba a aplacar.

Laura todavía lo tiene peor que él, así que ya no me sorprende cuando los dos se enzarzan en una de sus discusiones absurdas en las que se dicen cosas que ni siquiera piensan. Y estos días, de esas, ha habido unas cuantas. Que Chema se sienta medio inútil y que Laura se crea culpable de la reyerta no ha facilitado las cosas precisamente.

Bueno, eso y alguna que otra visita que era mejor que se quedara en su casa. Como mi suegra, por ejemplo.

Cada vez que recuerdo la que se lio a los dos días de darle el alta a mi marido, no sé si reírme o ponerme a llorar.

Eran las cuatro de la tarde cuando mis suegros llamaron al timbre. Encontraron a Chema tumbado en el sofá mientras Laura adecentaba la cocina. Él llevaba puesto un pantalón de pijama y una camiseta de manga corta y atacaba el mando de la televisión, sin encontrar nada a su gusto. A las niñas, por suerte, las había recogido Teresa en el colegio para que pasaran la tarde en su casa.

Fue Laura la que les abrió la puerta mientras se limpiaba las manos con un paño de cocina.

—Hola, pasad, pasad. Rubio está en el salón —dijo, cordial, cediéndoles el paso y cerrando tras de sí.

Adela y José María pasaron al salón y se sentaron en las butacas, mientras Chema se incorporaba un poco, apoyando la espalda en el reposabrazos.

—Hola. ¿Cómo os va? —se interesó él, a pesar de ser el que estaba magullado.

—Bien, hijo, bien —contestó su padre algo avergonzado, supongo que por la tardanza de su visita—. ¿Qué tal tú? Perdona por no haber venido antes...

—¿Qué tal él? —saltó Adela sin el mínimo tacto—. ¿Acaso no lo ves? Como salido de una película de acción. —No me pasó desapercibida la sonrisa maliciosa de Laura antes de girarse para concentrarse de nuevo en la loza, ni la cara de resignación de Chema—. ¡Dios mío, Chema! Ni siquiera en el colegio te peleaste nunca, y lo haces ahora, con casi treinta años. ¿No te da vergüenza? ¿Qué clase de ejemplo eres para tus hijas? ¡Por el amor de Dios! ¿En qué estabas pensando?

—Adela... —susurró mi suegro como advertencia.

—¡De Adela, nada! Y con un Alonso, ni más ni menos. Es que...

—¡Mamá, ya está bien! —se exaspero Chema, sentándose del todo, aunque eso conllevase una mueca de dolor—. ¿Qué es lo que más te molesta? ¿Que me haya liado a trompazos o que le haya pegado al intocable de Selmo? ¡Por cierto, estoy bastante bien, gracias! —acabó con el sarcasmo justo como para que Adela se pusiese roja como la grana.

Pero eso no hizo que se quedase callada.

—Y me alegro, Chema. Claro que lo hago. Que estés bien es lo principal, pero eso ya lo sé, si no, no te hubiesen dado el alta y mucho menos tendrías los ánimos para hablarme así. ¿Qué es lo que te está pasando para que haya sucedido esto? ¡Clara se moriría de la impresión!

A mi marido le cambió la cara, pero fue Laura la que respondió.

—Y ese comentario está bastante fuera de lugar. —Y, sin esperar contestación, se volteó y se dedicó a limpiar la encimera con demasiado ímpetu.

Adela apretó muchísimo los labios y miró durante un interminable momento su espalda.

—No sé de qué me extraño —acabó por susurrar mi suegra—. Con este ejemplo en casa...

—Mamá, déjalo. No la metas —dijo en el mismo tono Chema, pendiente de que Laura no los escuchase.

José María carraspeó alto para hacer eso todavía menos posible y luego un silencio pesado se instaló en la estancia.

—¿Un café? —ofreció Laura, ya con la cafetera en la mano, desenroscándola.

—Mejor una tila —pidió Adela—. Me hace buena falta.

—Yo te tomaré un café, Laura —aceptó mi suegro.

—Te sube la tensión. Tómame mejor una infusión.

—Quiero un puñetero café, Adela, si no te importa —masculló mi suegro y, acto seguido, se giró hacia Chema y comenzó a preguntarle por su trabajo—. Así que al final presupuestaste también las obras que va a llevar a cabo el ayuntamiento, ¿eh? Muy bien, hijo. No puede ser que siempre las hagan los mismos.

Adela resopló, pero los hombres, como si oyeran llover.

—Sí, papá. Creo no equivocarme si te digo que eso fue el principio de todo esto... —confesó Chema señalándose su cara—. Pero no me voy a echar atrás. Realmente no creo que las consiga, ya sabes que el alcalde y Alonso son uña y carne, pero tenía que intentarlo.

—Desde luego...

—¡Oh, claro! —exclamó mi suegra, abriendo los brazos con las palmas de las manos hacia arriba—. Tú siempre dándoles donde más les duele... Y después te preguntas por qué Selmo te tiene esa inquina. Es que...

Laura la interrumpió acercándose a zancadas y plantándole la taza caliente justo en los morros. Taza que Adela se apresuró a coger para apartársela de la cara.

—Selmo le tiene inquina a cualquiera que no haga lo que él quiere, Adela —le dijo, supongo que cansada de oír ese tipo de reproches—. ¿Usted se está oyendo? No puedo creer que lo defienda. Es más, que lo anteponga a su hijo.

—Yo no hago eso. Chema es lo primero, pero cada uno tiene que saber el lugar que ocupa, Laura. Aunque, claro, tú no tienes ni idea de lo que hablo, ¿verdad?

Mi hermana entrecerró tanto los ojos que los convirtió en dos rendijas.

—Lo que tenga que decirme, hágalo clarito, por favor.

—Sabes perfectamente de qué hablo. —Adela apoyó la bebida sobre la mesa y se puso en pie. Se pasó los dedos por el pelo, como cerciorándose de que no había ninguno fuera de lugar y luego se cruzó de brazos—. Tu presencia en esta casa comienza a estar de más...

—Eso lo decidiremos nosotros, mamá —intervino Chema, crispado.

—Adela, no... —intentó frenarla su marido.

—Y después os extrañarán los rumores, por supuesto —continuó ella sin saber cuándo parar.

—Yo no me extraño, no se crea —apuntó Laura, dejándose caer frente a ella, sobre la mesa baja de centro—. Lo único es que me parece mal que se atrevan a juzgar y a criticar lo que no...

—¿Te parece mal? Vosotros mismos los provocáis viviendo juntos, por el amor de Dios. ¿Qué pensasteis que sucedería?

—Mamá... No pensamos en nada que no fuesen las niñas. Y me niego a escuchar una palabra más sobre el tema. La gente que realmente me importa no se cree ninguna de esas mierdas, así

que...

—Claro, hijo, nosotros tampoco, eso tenlo por seguro... —metió baza mi suegro, antes de que Adela siguiese despoticando.

—Ese no es el punto. La cuestión es que estáis dando que hablar compartiendo techo y... ¡Virgen santa! Pero si... ¡mírate! No estás ni vestido adecuadamente y convives con una mujer joven y soltera... —Se giró hacia Laura y la señaló con un dedo—. Y tú... Tú...

Nunca sabremos qué le hubiese dicho, porque mi hermana se levantó como impulsada por un resorte y la enfrentó.

—Y yo ya lo he visto hasta en calzoncillos y ni me he desmayado, ni lo he violado, señora. Hace falta más que un hombre semidesnudo para afectarme tanto —espetó, enmudeciéndola por fin.

Adela la fulminó con la mirada durante un eterno minuto, mientras Chema se pasaba la mano por la cara como si no se creyera lo que acababa de oír y mi suegro, bendito fuera, se giraba para disimular una sonrisa.

Después de eso, que se despidieran y se fueran con prisas fue un alivio para todos.

Chema se atrevió a comentarle a Laura que había estado un tanto brusca, pero ella resopló, se encendió un cigarrillo y lo acalló en un instante.

—Perdona si tu ego se ha visto perjudicado, pero solo he dicho una gran verdad.

Y él bufó y volvió a coger el mando. Actuando con cautela, esta vez, no le entró al trapo.

No fue la única visita que recibieron, pero el resto solo trajeron con ellos grandes sonrisas y algún que otro detallito. Julián, Teresa, Colás, Nela... Todos pasaron por casa. Hasta Pedro aprovechó el día libre en la comisaría para acercarse desde Gijón y Álvaro abandonó un fin de semana Galicia, donde vive y ejerce como profesor en un colegio privado. Y mi padre y Lidia, desde luego, aunque este, como guardia civil, sí tuvo algún comentario que decir al respecto de la pelea, como no podía ser de otro modo, claro.

Recuerdo con exactitud cada palabra dicha por todos, cada expresión y hasta el momento justo de su visita. Otro punto a favor de mi condición como fantasma. Mi increíble memoria.

Sonríó al acordarme de alguna de las bromas que nuestros amigos le gastaron a mi marido y decido que ya es hora de abandonar el cuarto. Aquí encerrada sí que no voy a descubrir el motivo de permanecer en esta especie de purgatorio singular.

Me acerco al cuarto de las niñas, donde ya duermen como angelitos. Puedo oír a Laura y Chema todavía en la cocina, comentando algo sobre Pedro y seguramente con un café delante. Por lo visto, está preparando las oposiciones para una plaza de policía local en la comisaría del pueblo. No es que no esté contento en Gijón, pero ya sabíamos desde siempre que, si no se quedó aquí, fue porque suspendió la única vez que lo intentó.

Me siento en la cama de Llara y la observo con dulzura. Paseo mis dedos sobre sus rizos, pero atenta a la conversación de mi marido y mi hermana. Me entero de que en sus últimas vacaciones coincidió con Laura en el Pantera Rosa y de que estuvieron juntos durante casi toda la noche. Ella comenta que es un chico muy simpático y Chema le responde que siempre ha sido un poco payaso, sí, aunque no hay ningún tipo de malicia en sus palabras. Sonríó al oírlos, pero mi sonrisa se me congela en los labios al momento.

—Mami... Mami... —lloriquea Llara sin abrir los ojos.

Y entonces la observo con atención y me quedo pasmada, pues mis dedos están entre sus rizos y, por primera vez, puedo notarlos en mis yemas. Como para verificarlo, cojo uno y lo estiro, fascinada al ver que soy capaz de hacerlo. ¡Dios mío! ¡La estoy tocando!

—Mami... —Cuando veo a mi hija con los ojos abiertos clavados en mí, como si pudiese

verme, me aparto sin pensar—. ¿Por qué no me hablas, mami? Mami... —Ahora dos gruesas lágrimas corren por sus mejillas.

Aunque me he prometido no volver a hablar con ella porque pensé que hacía mal, ahora me cuesta aferrarme a esa promesa. Abro la boca para consolarla y decirle que sí, que estoy aquí, a su lado, pero, antes de que pueda pronunciar palabra, ella comienza a llorar y a gritar.

—¡Papi! ¡Papi! ¡Mina!

Y yo comienzo a andar hacia atrás y me pego a la pared más alejada. Una acción más instintiva que otra cosa, pues donde esté es lo de menos considerando que soy incorpórea.

Oigo pasos apresurados acercarse al dormitorio y Chema aparece en el umbral de la puerta, donde coge en brazos a una desconsolada Llara, que ya se había levantado de la cama y echado a correr hacia él.

—Llara, cariño, ¿qué...?

—Es mamá. Es mami. Está aquí. Y no me habla, papi. No me habla.

—Shh, shh. —Él la abraza y se incorpora con ella en brazos. Llara se agarra a él como un koala y esconde su carita en su cuello—. Ya, cariño, ya.

Veo a Laura tras él, mirando a la niña con infinita ternura.

—Ha sido un sueño, princesa —le dice acercándose a ellos y acariciándole la espalda.

—No, no. Era mami... Era mami...

Chema abre la boca para decir algo pero, entonces, comienza a respirar muy fuerte y a mirar a su alrededor con asombro. Nada me gustaría más que que pudieran verme, pero, como sé que eso es imposible, los observo con fijeza extrañada por su reacción. Ahora es Laura la que hace cosas raras con la cara... Bueno, con la nariz. Está... Está como olisqueando. Vuelvo la vista de nuevo a Chema y sí, eso es también lo que él hace, ahora como un perro tras un rastro. Avanza hasta la cama con la niña en brazos y se sienta. Tiene la cara desencajada y parece aturdido. Laura lo sigue y se acomoda a su lado.

—¿Lo hueles? —pregunta mi marido mirando a Laura con los ojos muy abiertos.

—Joder, sí —susurra ella, perpleja—. Es... Es...

—Es mami —aclara Llara, apartándose un poco para mirar a uno y a otro, asintiendo energicamente con la cabeza, poseedora de toda la verdad—. Es mami. Huele a ella, ¿a que sí?

—Sí, huele a mamá —la segunda Laura. Le sonrío y le acaricia la mejilla—. No pasa nada, cariño. ¿A que te gusta este olor?

—Sí, me gusta mucho. Pero ella no está.

—No. Ella se ha tenido que ir, pero esto quiere decir que no nos olvida, ¿ves?

La niña sonrío, contenta con lo que escucha. El que parece ausente es Chema, que mira a su alrededor sin entender nada.

—Esto... Esto tiene que tener una explicación —comenta en voz alta, pero juraría que habla más consigo mismo que con nadie en especial.

Laura le pone una mano en el hombro, señala con la barbilla a la niña y, levantándose, sale del cuarto. Chema parece reaccionar ante ese gesto y, después de tomarse un minuto para abrazar fuerte a Llara y supongo que pensar en qué decir, la mete en la cama.

—Bueno... ¿Recuerdas que mamá ahora es un ángel? —le dice suavemente, tapándola hasta los hombros.

—Sí, y que tiene alas muy grandes y blancas.

—Sí, unas alas enormes. Pues los ángeles a veces pueden visitar a sus personas favoritas, ¿sabes? Y mamá te quería mucho, princesa.

Ella sonrío con timidez y se aferra a su cuello.

—Pero yo no quiero visita, yo quiero que vuelva, papi.

—Lo sé, cariño. Pero eso no puede hacerlo. Aunque te prometo que está cuidándote esté donde esté. Estoy seguro. Y hacer que aquí huela a ella es su manera de hacértelo saber.

Llora se lo queda mirando pensativa y luego asiente con la cabeza. Chema la vuelve a abrazar con manta incluida.

— Y ahora intenta dormir un poquito, ¿vale? Que mañana hay cole.

—Vale. —La niña asiente, no demasiado convencida, y mira hacia la puerta, donde Laura está apoyada—. Mina, un beso —le pide.

Mi hermana se acerca y la achucha entre sus brazos y le da diminutos besos que la hacen reír.

—A dormir, ¿vale?

—Vale. *A dormí* —acepta la pequeña a regañadientes, pero ya con los ojos casi cerrados.

Ellos salen del cuarto y yo me tomo un minuto para procesar lo que ha pasado. No solo que hayan podido olerme, sino que Llora haya notado mi presencia y, lo más importante, que haya podido tocarla. Y, de repente, tengo muy claro que mi decisión de no hablar con ella tiene que ser revocada de inmediato.

Pero mañana. Hoy ya ha tenido bastante la pobre.

Laura

Apilo los platos de la cena y los pongo sobre la encimera. Barajo la posibilidad de dejarlos para mañana, no porque esté cansada ni nada parecido, sino porque no me apetece nada ponerme a fregar. Pero, cuando quiero darme cuenta, ya tengo el estropajo en las manos y estoy frotando el primero. Al fin y al cabo, Clara nunca permitiría que la cocina quedase hecha una pocilga antes de acostarse.

Y sí, ya sé que no soy Clara, pero, esté donde esté, quiero tenerla contenta. O quizás sea mi manera de pagar mis pecados, hacer que en su casa no se note su falta más de lo que ya lo hace. Sigo echándola tanto de menos como al principio de la tragedia. A veces me sorprende al oír una voz parecida a la suya por la calle y me giro, esperando encontrarla. O espero con ansia una de sus llamadas, esas en las que se preocupaba por mí y se explayaba sobre lo maravillosa que era su vida. Esas que, a veces, incluso me molestaban, cuando su marido salía demasiado en la conversación. Fui tan egoísta con ella, me siento tan culpable, que sé que me merezco algún tipo de castigo.

Sin embargo, la que se ha muerto es ella, y aquí estoy yo, disfrutando de su casa, de su marido y de sus hijas. Aunque los dos primeros solo sea entre unas comillas exageradas y como parte de mi penitencia.

Chema está acostando a las niñas y apuesto lo que sea a que revisando hasta el último rincón del cuarto, buscando un recipiente que pueda contener la colonia de Clara. Pero, como las anteriores noches, no encontrará nada. Su perfume se encuentra a buen resguardo, en lo alto del armario del baño de su dormitorio, un sitio inalcanzable para las niñas y del que estoy segura no ha salido desde que ella lo usó por última vez.

Es el ritual de todas las noches desde hace casi cuatro semanas, cuando Llara se despertó a gritos nombrándola y con su olor inundando todo el dormitorio. Y que en tres o cuatro ocasiones hayamos podido volver a olerlo lo ha vuelto todavía más histérico. Eso y que Llara asegura que, de vez en cuando, Clara le habla y le acaricia el pelo.

Sí, la cosa es para volverse un poco loco o, al menos, descolocarte por completo. Quizá que yo haya conocido de primera mano el poder de lo paranormal con las predicciones de María me ha inmunizado un poco contra todo esto, pero no deja de resultarme maravilloso y acojonante a partes iguales.

Y lo de acojonante no es por miedo, porque si algo sé es que Clara nunca nos haría daño, sino por lo especial y extraño de lo que estamos viviendo. De hecho, aunque nunca lo hemos mencionado, ambos mantenemos un pacto de silencio y sé que no hablamos de ello fuera de estas paredes.

Supongo que creemos que nadie nos tomaría en serio o, en mi caso, más bien me resulta algo demasiado íntimo para contar. A Chema casi aseguro que le da repelús hacerlo, porque es como si lo hiciese real, cuando no hace más que repetir que tiene que haber alguna explicación, que es imposible considerar la posibilidad de que Llara tenga algo de razón. Por eso sigue registrando el cuarto todas las noches, a lo Nicholas Cage en *La búsqueda*.

Yo no lo tengo tan claro. La primera vez que la niña comentó que Clara la había visitado en su cuarto, se me pusieron los pelos de punta y un escalofrío me recorrió entera. Quise creer que eran imaginaciones de Llara o incluso un vívido sueño, de los que yo sé bastante, por cierto. Pero ahora... Ahora cada vez estoy más convencida de que hay algo más que lo que queremos ver y creer.

Doy un respingo cuando Chema abre la nevera a mi derecha, porque no lo he oído volver.

—¡Joder, qué susto!

Él me mira y esboza una sonrisa tímida.

—Lo siento. ¿Nos hemos quedado sin cervezas? —pregunta, con la cabeza prácticamente metida en el frigorífico.

—No sé. Mira arriba del todo. ¿No queda ninguna?

—Ah, sí. Una. ¿La compartimos?

—No, bébetela tú. No me apetece.

—¿Segura?

—Sí, de verdad. —Sonrío y acabo de aclarar el último plato. Cierro el grifo y me acerco a la vitrocerámica, donde la sartén espera su turno. «No, colega, hoy a ti no te toca». La escondo en el horno para no verla, como quien mete el polvo bajo la alfombra y, en cuestión de minutos, paso una bayeta por el electrodoméstico y la encimera retirando la grasa y luego un paño limpio. Miro el resultado y me doy por satisfecha. Por hoy ya es suficiente, mañana será otro día.

—¿Vas a salir?

Distraída con mi tarea, me giro con rapidez y miro a Chema.

—¿Si voy a salir? No, ¿por qué?

—Por nada. Como es sábado y te veo algo apurada...

—Ah, no. No es por eso. —Sonrío con picardía y me siento frente a él—. Y solo he salido tres sábados en casi siete meses, ¿sabes? No sé por qué das por hecho que...

—Ya, tienes razón. Pero no lo decía por mal, ¿eh?

—Lo sé, ni yo me lo he tomado así, tranquilo. Y hoy no, no voy a salir. ¿Sabes si dan algo bueno en la tele? ¿Te apetece ver una peli? —En cuanto lo digo, me arrepiento. En todo este tiempo, nunca hemos pasado muchos ratos a solas y menos después de cenar. Tal vez un café o dos, pero él siempre se va a su cuarto, donde también tiene televisión, y yo dispongo del salón todo para mí. Incómoda, me recoloco el escote amplio de la camiseta, de la que ahora me sobresale un hombro.

—Bueno... Si quieres, podemos mirar —contesta, sorprendiéndome. Con lo que ha tardado, pensé que me diría que no, o quizá era lo que deseaba.

—Vale. —Me levanto, cojo una Coca-Cola de la nevera y me dirijo al sofá, donde me hago con el mando y enciendo la tele—. Nada, aquí nada... —Y comienzo a cambiar de canal superconcentrada en algo que no sea él.

—¿Estás saliendo con Pedro?

—¿Eh? ¿Qué? —Giro la cara y lo miro asombrada. Está sentado a mi lado, acariciando el cuello de su cerveza y con la vista fija en ella. La levanta y me mira con una sonrisa torcida.

—Si estás saliendo con Pedro... El primer sábado estuviste con él y luego... ¿Tengo yo que recordarte que, los otros dos que saliste, también se dio la casualidad de que estaba en el pueblo y que también lo hiciste con él?

—Bueno... Depende el uso que le des al verbo salir... —digo, haciéndome la interesante. Cualquier cosa con tal de que nunca desconfíe de mis verdaderos sentimientos.

Él se echa a reír.

—Vamos, Laura, sabes qué quiero decir.

—No estamos liados, si eso es lo que preguntas, pero sí que estamos a gusto juntos. ¿Sabes? Salir con Nela y Colás puede estar bien, pero resulta raro... Supongo que me entiendes...

—Sí, nunca te ha gustado aguantarle la vela a nadie.

Sonrío tristemente recordando la ocasión en que utilicé esa frase en referencia a Clara y a él.

Fue justo el día que decidieron casarse. Cómo puedo acordarme con semejante exactitud de cosas tan tontas es alucinante, pero con respecto a Chema me pasa muy a menudo.

—Exacto. Y nuestra pandilla se ha ido a la mierda.

—Sí, la mayoría se han ido del pueblo. Al final es lo que acaba haciendo casi todo Dios. Álvaro en Galicia, Ana en Lanzarote y Pedro en Gijón, aunque parece ser que ya le queda menos. Sí, yo también sé lo que es eso.

—Ya. Y los que no se han ido tienen pareja. Me encuentro un poco fuera de lugar. Y Pedro... Bueno, pues los dos estamos en la misma situación y nos lo pasamos bien juntos. No hay nada más.

—¿Qué pasa con Nieves?

Cambio de nuevo de canal y hago un mohín. ¿Que qué pasa con Nieves? Algo que no me esperaba.

Después de aquel sábado nefasto, hemos quedado una tarde y hablado. Ella me explicó que se encontró en la misma situación que yo ahora mismo y que, casi sin querer, acabó juntándose con gente con la que nunca imaginó poder tener una amistad, pero con la que ahora está a gusto. Suele quedar con Tina, una rubia oxigenada más pija que los cuadros de Burberry, Aída Alonso, de la que realmente no tengo opinión ni buena ni mala, y su prima Angelines, esta última una estirada que nunca nos cayó nada bien, pero que, según Nieves, resultó ser bastante maja. No sé yo, me cuesta crérmelo. Pero, a lo que iba, que dichas compañías dieron lugar a que Selmo y los demás comenzasen a juntárseles... Normal.

Así que, aunque me duele no poder contar con su amistad como antes, tampoco soy nadie para juzgarla, ¿no? Ni a todos nos pueden caer bien las mismas personas, supongo, aunque que se vea con quienes considero unos idiotas prepotentes, y que se haya liado precisamente con Hugo... eso aún no soy capaz de asimilarlo del todo.

En fin, que seguimos siendo amigas, desde luego, pero no me sentiría cómoda saliendo de marcha con ella y su nuevo *círculo*.

Esto todo lo pienso para mí, pero a Chema le doy una contestación más bien seca. Estoy por apostar que él sabe perfectamente en qué pandilla se mueve ella ahora, pues en este pueblo, aunque no seas fan de los chismes, te acabas enterando hasta de la marca de papel higiénico de todos.

—Sabes bien qué pasa con Nieves.

—Bueno, sé que se ve con los Alonso y los demás, pero creí que...

—¿Qué? ¿Que va a abandonar a la gente con la que se ve desde hace un par de años porque su amiga del alma ha vuelto al pueblo?

—A ver...

—Y tiene razón, ¿no crees? Al fin y al cabo, primero la dejé yo a ella.

—Bueno... Tampoco es así.

Me encojo de hombros. Me pese lo que me pese, ser justa es mi peor defecto. Y tampoco puedo dejar de ser sincera.

—Es justo así, Rubio. Yo me fui y, salvo unas cuantas llamadas, dejé a todos de lado, buscando un éxito profesional que ahora me importa una mierda. —Suelto una carcajada amarga, porque este tema saca lo peor de mí. Es pensarlo y recordar las ocasiones que perdí de estar con Clara por... Bueno, mi carrera tampoco fue la única culpable. Sin ser apenas consciente, estoy fulminando a Chema con la mirada, como si él tuviese la culpa de algo. Que la tiene, a ver, pero...

—Eh, eh... ¿qué he hecho? ¿Por qué me miras así?

—Nada, nada, lo siento. Es que... —Apago la televisión apretando tanto el botón que por

poco lo dejo enterrado—. No hay nada que merezca la pena. Yo me voy a poner a dormir.

Él me mira anonadado.

—Vale, vale. —Se acaba la cerveza en dos tragos y se levanta para tirarla a la basura—. Hasta mañana entonces, Laura.

Y me deja sola. O acompañada de mucha mala hostia y remordimientos por tratarlo así, que es infinitamente peor.

La primavera llega pasada por agua. No me extraña que florezcan las plantas y que todo esté más verde que nunca. Con lo regadas que están, podrían hasta ponerse a bailar. Eso si no se ahogan antes. Las temperaturas han subido lo suficiente para apagar la calefacción y hacer un pequeño cambio de armario, pero durante abril y mayo son escasas las tardes en que podemos bajar y disfrutar de una tarde de parque o terraza, porque la lluvia no nos da tregua.

Así que, después de dos meses aburridos y extramojados, no es raro que hoy las niñas estén doblemente eléctricas. No solo el sol ha decidido brindarnos su presencia calentando como hacía tiempo que no pasaba, sino que lo ha hecho para celebrar el cumpleaños de Llara. Desde el accidente, todos los que cumplimos años lo hemos hecho en silencio y sin mostrar ni recibir el más mínimo interés, así que hasta yo estoy emocionada ante una tarde de fiesta, aunque esta sea solo para amigos íntimos y familia directa, y entre globos de colores y chucherías, en vez de alcohol y música alta.

—Mina, apura o vamos a llegar tarde.

—Ya voy, ya voy —digo cogiendo mi bolso, mi chupa, las cazadoras de las niñas, las dos bolsas con las cosas que hemos comprado a última hora en el súper, la inmensa piñata y seis globos hinchados con helio para darles a los pocos niños invitados a la celebración.

Chema se acerca a mí sonriendo y me quita de las manos las bolsas, colocándolas de nuevo encima de la mesa. Coge también de uno de mis brazos las chaquetas de las niñas.

—Que no te engañe el día. Refresca un poco —dice, mirando por la ventana. Y comienza a vestirles las chaquetas ante las protestas de las pequeñas.

—No hace frío, papá.

—No, no hace *frío*.

—Venga, luego cuando os pongáis a correr podréis quitáros las un rato, pero ahora hay que llevarlas puestas, ¿vale?

Ellas hacen sendos mohínes, pero estiran los bracitos dispuestas a cualquier cosa con tal de salir pronto de casa, supongo.

Yo sonrío y también las imito. Más que por el frío, porque acabo de darme cuenta de que me resulta más cómodo llevarla puesta que en la mano.

Apoyo el bolso en una silla y, sin soltar los globos ni la piñata, meto una manga, me paso todo de mano, y luego la otra. Y en mal momento se me ocurre cerrar la cremallera, porque los finos cordeles de la dichosa cosa esta y varios hilos de los globos se me quedan enganchados a medio camino y no hay manera de quitarlos. Es más, ahora la cremallera también se ha encaprichado y no sube ni baja, mordiendo las hebras como si su misión fuese engullirlas.

Joder...

Doy saltitos y me esfuerzo en liberarlos, pero lo único que consigo es apretarlos más, eso sin contar con que parezco una niña de tres años con ganas de hacer pis.

—Tía, ¿quieres ir al baño? —me pregunta Marta, muy seria.

Vamos, lo que yo decía. Dejo de mover los pies y los miro. Chema está conteniendo la risa y ellas me observan perplejas, sin entender mi absurdo bailoteo.

—Es que... —Separo los brazos del cuerpo para que contemplen lo que sucede. Y lo ven claramente. La piñata cuelga de mi chaqueta hacia el suelo, como un delantal medio caído, y tres de los globos quedan sujetos a mí, revoloteando sobre mi cabeza, mientras los otros tres se escapan por el salón en varias direcciones distintas.

Marta corre tras ellos divertida, Chema suelta una carcajada al verme, pero mi ahijada no le encuentra la gracia por ningún lado y comienza a lloriquear.

—Mi piñata... Se va a *estopear*. Sácala, papi.

—Ahora. Ahora mismo —dice él entre risas, acercándose a mí—. ¡Jesús, Laura! Pareces un anuncio de artículos para fiestas infantiles.

—Muy gracioso —siseo y me tenso inconscientemente cuando agarra el cierre de mi cremallera, justo a la altura de mis pechos. Joder, esto debe de ser una maldita coña. ¿Tenía que quedarse atascada justo ahí?

Él tira hacia arriba, hacia abajo, de nuevo hacia arriba y otra vez abajo. Y nada, que eso no se mueve un ápice.

—Habrás que cortarlos —susurro, no solo para que no me oigan las niñas, sino porque estoy conteniendo el aliento y hasta me cuesta respirar.

—Espera un poco. Con el de los globos no habría problema, pero el de la piñata será difícil reemplazarlo. Está diseñado para tirar de uno de éstos y que se rompa.

Suelto el aire bruscamente porque, si no, corro el riesgo de ahogarme. Chema me mira a la cara arqueando las cejas, algo sorprendido.

—No te preocupes, Laura, seguro que consigo sacarlos —me dice, malinterpretando mi suspiro.

Y vuelve a fijar su atención en el motivo de que, de repente, tenga tanto calor como si acabase de entrar en una sauna.

—Jesús... —murmura él concentrado en mi pecho. Bueno, no en mi pecho, sino más bien en el cristo que he liado.

Yo levanto la mirada hacia el techo y me imagino que estoy en cualquier parte menos ahí. Pero no funciona. El cabronazo huele de maravilla y su pelo me está haciendo cosquillas en la cara al estar inclinado sobre mí. Ya le vuelve a hacer falta cortárselo. Eso y la barba de una semana que luce lo hacen parecer un artista bohemio, o un vagabundo... Pero, Dios, uno muy atractivo.

—Laura, por Dios, estate quieta. Como sigas moviéndote así no...

Y vuelve a mirarme. Y ¡madre del amor hermoso! ¡Eso ha sonado tan sexual...!

«Mierda, céntrate, Laura. Es tu cuñado. El marido de tu hermana. De Clara. ¿La recuerdas?».

Como para olvidarla... Idiota. Estúpida. Soy lo peor, lo peor.

Apoyo con firmeza las plantas de los pies en el suelo e intento permanecer como una puñetera estatua. La verdad, ni siquiera había sido consciente de que había comenzado a menearme otra vez.

—Joder, qué calor hace, ¿no? —dice Chema, comenzando a desesperarse y deshaciéndose de su cazadora vaquera.

¡Oh, yo también quiero quitarme la mía! Por favor, por favor, Dios mío, ayúdame un poquito, anda...

—A ver... —Vuelve a centrarse en mí y...—. ¡Bien! Uno listo —dice con una tímida sonrisa, pasándole el globo a una Llara que no nos quita el ojo de encima subida sobre la mesa, pendiente de que su piñata no sufra el más mínimo daño.

—Dedícate a los de la piñata. Los otros son lo de menos —le pido, moviendo muy deprisa los ojos a los lados para no posarlos en él. ¡Fantástico! Ahora parezco Lina Morgan.

—Ya, pero no es tan fácil. Jesús, Laura, ¿cómo coño te pueden pasar estas cosas?

Resoplo por no mandarlo a la mierda. «Eso, Chema, tú echa más leña al fuego, que como estoy ardiendo poco...».

—Papá, que no llegamos —se queja Marta, trepando a una silla para mirar el conflicto más de cerca.

—A ver, niñas, nos estáis dejando sin aire —les dice Chema a las dos—. Un poco de espacio, por favor.

«Eso, un poco de espacio, por favor». Joder, esto es una puta tortura.

A él también creo que se lo parece, porque comienza a mover la cremallera con brusquedad. Aunque apostaríamí melena a que es por diferentes motivos. Supongo que está un poco harto de que unos hilos del demonio nos tengan aquí como dos pasmarotes, y el no ser capaz de sacarlos lo está poniendo de mala leche.

—Te la vas a cargar. —Y que conste que no quería decirlo, solo pensarlo.

—Pues a la mierda —me espeta, sin mirarme.

Le da un tirón tan bestia que, al subirla del todo, me golpea la mandíbula y yo trastabillo hacia atrás.

—¡Joder, perdona! ¿Oye? ¿Estás bien? —me dice, ahora preocupado.

Me froto el lugar golpeado y asiento con la cabeza.

—Sí, sí. —Miro la cremallera abrochada hasta arriba—. Oh, la has subido.

—Sí, a ver ahora. —Y con otro golpe seco y fuerte la baja del todo, liberándome por fin de toda la parafernalia.

—Ay, por fin —suspiro, aliviada.

Él se gira rápidamente y recoge la chaqueta del sofá, dejándola colgada de sus manos a la altura de su cintura.

—Sí, por fin. Anda, vámonos.

Las niñas han disfrutado de la fiesta como lo que son, dos pequeñas con ganas de divertirse, abrir regalos y soplar velas el día de su cumpleaños. Y Llara ha sido una cumpleañera sonriente y maravillosa, que hasta se ha cantado a sí misma el *Cumpleaños feliz*. Parece ser que nosotros no lo hicimos con el suficiente entusiasmo.

Ahora, cuando ya falta poco para anochecer, contemplo a través de la ventana como Chema, relajado y sereno, sonrío charlando y bebiendo bajo el porche trasero que él mismo construyó hace poco.

Lidia y yo estamos en la cocina acabando de recoger todo y, como lo prefiero, me ofrezco voluntaria para ir a echar la basura. Al regresar, observo que ya acompaña a todos los demás en la mesa.

—Pilla algo de beber y vente —me dice al verme.

Obedezco y me acerco a ellos con un refresco en la mano. Han dejado una silla libre justo al lado de Chema y eso me incomoda, aunque no tenga ninguna importancia. Quizá sea porque aquí todas son parejitas y eso me hace darme cuenta de lo que nunca podré tener. O, al menos, no con él.

Reprochándome esas ocurrencias, cojo la silla libre y le doy la vuelta, sentándome a

horcajadas sobre ella y apoyando los antebrazos sobre el respaldo. No es una postura muy femenina, lo sé, pero yo así siento que impongo más distancia con él. Una estupidez, sí, pero no tan grande como desearlo más que a nada en el mundo.

«Y ya vale, Laura, que el episodio de la cremallerita de los cojones te ha dejado tonta, tía».

—Bueno, ¿y qué? ¿Te pasarás? —le pregunta Teresa a Nela.

Esta se encoge de hombros y sonrío.

—Sí, claro, ¿por qué no? Pero no creo que lo consiga, ya verás.

—Bah, tonterías. Tú pásate y ya nos contarás.

Arqueo las cejas en dirección a Nela, que es la que mira hacia mí un momento. No sé de qué narices están hablando.

—Teresa le ha dicho a su jefa que le dé una oportunidad a Nela en la peluquería. Por lo visto, se le va la chica que la ayudaba durante toda la semana y busca a alguien —me explica Colás, que también ha debido de ver mi gesto.

—¡Ah, eso es genial! —exclamo con verdadero entusiasmo.

Nela trabaja en un ultramarinos del pueblo y no está descontenta, pero lo suyo, sin lugar a dudas, es la estética. Tiene un don para peinar y maquillar increíble. No hay más que verla. Siempre luce peinados estupendos que se hace ella misma y le encanta experimentar. Ahora mismo lleva su preciosa melena castaña, a la que le ha hecho unas exquisitas mechas californianas, recogida en una diminuta trenza a modo de diadema. Su maquillaje, aunque sutil, es simplemente perfecto. Problemas familiares bastante graves impidieron que pudiese sacarse el título de peluquera o esteticista; por eso esta oportunidad es tan importante para ella.

—Sí, lo sería, pero a ver... Yo no tengo ningún tipo de estudios... —dice con lástima, aunque sus ojos oscuros brillan con ilusión.

—Pero peinas como nadie —la interrumpe Teresa—. Tú ve y deja que te vea trabajar. Si hasta sabes utilizar las tijeras mejor que Trini.

—Eh, no hables mal de la competencia —se burla su marido, pues Trini es otra peluquera del pueblo, que lleva de cabeza a su jefa haciendo ofertas cada dos por tres.

—¿Como vosotros, quieres decir? —se la devuelve ella. Entonces mira a Chema y sonrío con pillería—. ¡Ah, no, perdona, que vosotros solo os liais a puñetazos!

—Ja. Ja. Ja —replica el aludido—. No vas a dejar que lo olvide nunca, ¿verdad?

Ella se ríe, contagiándonos casi a todos, porque mi padre se limita a negar con la cabeza.

—¿Y tú qué? —se interesa Nela, dirigiéndose a mí—. ¿Algún trabajo de decoración a la vista?

—Bueno, Román me ha dicho que quiere darle un cambio al comedor del pub. Estoy en ello. Por lo demás, todo muy tranquilo.

—Rubio, sigo pensando que no era mala idea que, cuando te pidan un presupuesto, les digas que puedes incluir el del proyecto de decoración. A lo mejor alguien se anima —le comenta Julián a mi cuñado, sorprendiéndome, pues no tenía ni idea de que hubiesen hablado sobre ello.

—No sé —dice él, repartiendo la mirada entre su amigo y yo—. No me siento demasiado cómodo. Es como si estuviese ejerciendo alguna clase de presión... A lo mejor es una tontería, pero...

—Yo te entiendo. Como clienta, no me gustaría que lo hicieras —interviene Teresa—. Que no te parezca mal, Laura, no es nada personal, pero ya sabes que yo soy muy mía y hasta pensaría que me lo dice porque piensa que tengo el gusto en el culo.

Estallamos en carcajadas al oírla. No es que sea muy suya, es que esta Teresa es muy bruta de Dios. Y luego la fama la llevo yo.

—A mí eso ni se me pasaría por la cabeza —opina Lidia cuando las risas comienzan a apagarse—. Lo aceptaría si me viniera bien y, si no, pues lo ignoraría. Sin más.

—Eso es porque eres la persona más tolerante que conozco —afirma mi padre, mirándola casi con adoración. Y, aunque todavía se me hace raro verlo en pareja, estoy tan feliz por ellos, joder...

—O porque no es tan mal pensada y sabe aceptar la opinión de alguien más —mete baza Julián, ganándose un manotazo de Teresa. Pero él se lo corresponde pasándole un brazo por los hombros y acercándola a él para plantarle un beso en toda la boca, lo que hace que el que más, el que menos, sonría al verlos.

—Lo que sí se podría hacer es poner un apunte —dice Colás, jugueteando con su refresco encima de la mesa sin apartar la mirada del vaso, como todavía pensando en la idea—. No sé, algo como que ofreces un descuento en el trabajo de decoración o así.

—Pero no a mano y de cualquier manera —continúa mi padre ladeando la cabeza y haciéndose eco de Colás—, sino como una frase que ya conste en la edición del papel que usas para presentar los presupuestos. Para no hacerlo tan personal, sino más profesional.

—IVA incluido, limpieza y recogida de escombros incluida —coge de nuevo Colás la palabra, refiriéndose a dos frases que aparecen en la parte de abajo de los folios que usamos para presupuestar—, oferta de un tanto por ciento en el proyecto de decoración... ¿Algo así?

—Sí, eso ya es otra cosa. Podría funcionar —admite Chema, apoyando los codos sobre la mesa y toqueteándose la barba—. ¿Cómo lo ves, Laura?

—Yo... —La verdad es que me emociona este apoyo y, al mismo tiempo, me siento superilusionada—. Me encantaría... Pero si tú no lo tienes claro...

—Como el agua. No se hable más, se hará así.

—Si al final, ya lo estoy viendo... Construcciones Rubio y Decoraciones Menéndez. Tiempo al tiempo, chicos... —bromea Teresa, levantando un brazo y haciendo como que lee un cartel. Y mi estómago hace una voltereta de tamaño magnitud que creo que hasta se me ha movido el abdomen. ¡Dios, ha sonado tan bonito!

A mi lado, en cambio, Chema carraspea y me da la impresión de que esa idea le resulta un tanto desconcertante. Doy gracias al cielo cuando Sofía, Marta y Llara escogen justo ese momento para acercarse hasta la mesa y reclamar algo de atención.

Hace rato que ya se han ido los otros tres niños y solo quedan ellas, que, agotadas de jugar y reventadas de la cantidad de comida que han ingerido, buscan ahora un poco de tranquilidad. La hija de Teresa se sube a su regazo y apoya la cabeza en el pecho de su madre, mientras Marta se acomoda en el de Chema. Llara, sin molestarse por ello, acepta encantada los brazos que yo le ofrezco después de darle la vuelta a mi silla y sentarme como una persona normal.

—Papá, ¿puede dormir hoy Sofi en nuestra casa? —pregunta Marta, abarcando con ambas manos la cara de Rubio—. *Porfa...* Es el cumple de Llara.

—Bueno... —Chema me mira sin decidirse a darle una respuesta y luego vuelve la vista a Teresa y Julián sin mover la cabeza ni un poco, todavía apresado por su hija—. No sé... ¿vosotros qué decís?

El padre de Sofi se encoge de hombros y Teresa sonríe con indulgencia.

—*Porfi*, papi... —interviene Llara casi saltando sobre mis piernas—. Puede *domí* conmigo. Yo quiero.

—O conmigo —dice Marta, soltándolo y levantando la barbilla—. A mí no me importa. No soy como tú.

—¿Cómo? —Chema medio bufá algo parecido a una risa, pero la mira frunciendo el ceño con

extrañeza.

—Sí, tú tienes una cama muy grande y no quieres compartirla con la tía. —Mira a los demás y asiente con la cabeza, por si no la han oído bien la primera vez—. Sí, no quiere. ¿A que eso es ser egoísta?

—Sí, hay que *compatí*, papi —remata Llara.

¡Oh, Dios! Tierra, trágame... Esto es tan cómico como violento. Me partiría de la risa si otros fueran los protagonistas, pero ahora mismo solo quiero conseguir el suficiente esparadrapo para que las bocas de estas niñas no vuelvan a soltar nada semejante. Supongo que el color de mi cara es parecido al de Chema, que luce varias gamas de rojo incluso en el cuello. Arquea las cejas y meneas la cabeza, sin saber qué decir.

Las risas, aunque disimuladas por toses y carraspeos, no tardan en llegar. Miro a mi padre, que con una extraña sonrisa en la cara observa a sus nietas, pero, cuando levanta sus ojos hacia mí, decide echarme un cable y comienza una conversación sobre fútbol, en la que Julián y Colás se implican inmediatamente.

—¿Por qué se han reído? —pregunta Marta, acercando su cuerpo hacia mí y dividiendo su mirada entre Chema y yo—. No lo entiendo. Cuando se lo dije a Lola también le dio la risa.

Ahora hasta yo tengo que disimular una sonrisa. Lola es su psicóloga y puedo entender perfectamente su reacción.

—Por nada, cariño —contesto, para que no piense que no la tomamos en serio. Con esta niña hay que tener especial tacto, es demasiado lista y sensible para su propio bien—. Es solo que nos sorprende tu preocupación por mí. Pero no tienes por qué, yo en el sofá estoy muy bien.

—Pero nadie duerme en el sofá. Les he preguntado a todos mis amigos y en sus casas todo el mundo lo hace en una cama —afirma ella, muy convencida de lo que dice—. Yo quiero que tú tengas tu cama, tía, para que estés contenta y no te vayas.

Abro los ojos como platos al darme cuenta del motivo de tanto interés en el tema. ¡Vaya, es por eso! Miro a Chema, que se frota la nuca y me devuelve la mirada.

—Oh, cariño, no me voy a ir —le aseguro por enésima vez, alisando con mi mano su lacio pelo—. De verdad.

—¿Va a *vení* Sofi? *Porfa*... ¿Puede? —repite Llara, impacientándose y sin haber prestado atención a nuestra charla.

—Puede —dice Chema rápidamente—. Pero nada de ponerse a dormir a las mil, ¿eh? Mañana por la mañana podréis jugar, ¿vale?

—Vale.

—Sí, papi, *gacias*.

Las niñas aceptan encantadas con tal de que Sofia se venga a casa, y Chema se vuelve a frotar la nuca y me mira poniendo los ojos en blanco y soltando un suspiro, lo que me hace reír. Pero, un instante después, está atendiendo a los chicos, por lo que yo también intento involucrarme en la conversación alrededor de la mesa. Nela está discutiendo de fútbol como la que más, merengue hasta la médula, pero Teresa me lanza una mirada significativa señalando con la cabeza a Marta. Me hago la sueca y no se la devuelvo, trago saliva y suelto un par de comentarios a favor del Barcelona solo por chingar.

Escasos minutos después, cuando ya todos han dejado más que claro que el Real Madrid es el mejor equipo del mundo mundial, descubro que Llara se ha quedado profundamente dormida en mis brazos.

—Oh, pobre... —murmura Nela, observándola—. Estaba realmente agotada.

—Sí, ha sido un día de muchas emociones... —digo, apartándole a mi ahijada unos rizos de la

frente y acariciándole después la mejilla.

Entonces decidimos dar por acabada la reunión. Nela y su novio son los primeros en levantarse y no me pasa desapercibido que Julián y Chema le hacen gestos de ánimo a Colás, levantando los pulgares con disimulo y guiñándole un ojo.

Es solo cuando estamos los cuatro ya en el piso y hemos acostado a las tres niñas que yo pregunto el motivo de tanto entusiasmo.

—¿A qué venían esas señas a Colás? ¿Se puede saber o es cosa de chicos?

—Bueno... —Chema sonrío y se acomoda en el sofá. Mira a Julián y mueve la barbilla—. ¿Qué? ¿Se lo contamos? Al fin y al cabo, mañana se van a enterar por Nela.

—Ya, pero, no sé... —se hace de rogar el otro—. Seguro que a ella le hace ilusión ser quien se lo diga.

—También... —Chema se frota la mandíbula y parece que ha tomado la determinación de no soltar prenda.

—¡Eh! ¡Soltadlo ahora mismo! —exijo, riéndome y dándole un golpe en el hombro.

—¡Sí! ¡Ahora lo contáis! —Teresa hasta se pone en pie con los brazos en jarras para dar más énfasis a sus palabras.

Los chicos se ríen y nos vacilan durante un rato, pero, al final, es Julián el que acaba confesando.

—Mi hermano llevaba en el bolsillo de su chaqueta un anillo. ¿Eso os da alguna pista?

—¡Oh, Dios mío! ¡Vamos a tener boda! —exclama Teresa saltando sobre el culo en el sofá—. Pero, por favor, ¿a qué venían tantos ánimos? Ni que Nela fuese a decirle que no.

—Solo nos estábamos metiendo con el chaval. El pobre estaba un poco nervioso —comenta su marido—. Y mañana haced el favor de disimular que ya lo sabíais.

—Sí, claro. Cuenta con ello —le aseguro, y Teresa también lo confirma asintiendo con una gran sonrisa.

Compartimos una media hora más de charla entretenida. Teresa y yo incluso nos atrevemos a fantasear con la ropa que nos compraremos para la ocasión y Julián parece que ya está celebrándola, pues entre lo que ha bebido en la fiesta y las dos cervezas de ahora, juraría que está algo achispado. Cuando deciden irse, como buenos anfitriones, los acompañamos al vestíbulo.

Chema aún está intercambiando las últimas palabras con Julián en la puerta cuando yo comienzo a caminar hacia el salón. Pero, aun así, alcanzo a oírlos.

—Así que no compartes la cama, ¿eh? —El cachondeo es tan evidente como el alcohol de más, lo que yo decía.

—Vete a la mierda, Julián —le espeta Rubio, antes de cerrarle la puerta prácticamente en las narices. No solo parece que no le haya hecho ninguna gracia, sino que por el resoplido que suelta a mi espalda y la frase seca con la que se despide de mí antes de irse a su cuarto, yo diría que está bastante molesto. No me ha pasado por alto que tenía la mandíbula apretada y los puños cerrados a los costados.

—Hasta mañana, Rubio —le contesto yo, fingiendo que él no echa humo por las orejas.

Bueno, la verdad es que Julián ha estado un poco fuera de lugar, pero parece que haya algo más detrás de esa actitud ofendida ante una simple broma.

Negándome a darle más vueltas al tema, pues ya puedo marearlo hasta el cansancio y seguiré igual, estiro las mantas en el sofá para pasar la noche. Una noche en la que me temo que tardaré en conciliar el sueño.

La mayoría de las veces puedo leer a Chema como un libro abierto, pero otras... Otras es más complicado que un puñetero jeroglífico. Y no sabría decir cuál de las dos facetas me atrae más.

«Mierda, Laura, para ya. Él solo es tu cuñado. Tu cuñado».

Sí. Y lo peor es que algún día no será ni eso. Es demasiado joven para que no acabe rehaciendo su vida. Y aunque para ello falte mucho, sé que ese día acabará por llegar. Un día en que el «hasta mañana» se convertirá en un adiós para siempre.

Joder, definitivamente va a ser una noche muy larga.

«Hay tres cosas que no se pueden ocultar por mucho tiempo: el Sol, la Luna y la verdad».
Buda.

CAPÍTULO 20

Chema

Cuando comienzan a dolerme los hombros es cuando caigo en la cuenta de lo tenso que estoy. Los dejo caer sutilmente y ahogo un suspiro mientras muevo un poco los pies sin desplazarme del sitio. Tampoco es que tenga mucho a donde ir. A cada uno de mis lados, mis padres, repartiéndose el honor de acompañarme en este momento. Momento que no sé si definir como incómodo, doloroso o simplemente inútil.

Como si esto consiguiese hacernos sentir mejor o fuese una demostración de que seguimos recordándola.

Es el aniversario de la muerte de Clara. Un año sin ella. Trescientos sesenta y cinco días en los que he pasado del auténtico suplicio a una resignación que me duele tanto o más que lo primero. Porque ahora es cuando soy consciente de que no solo la he perdido para siempre, sino que cada día lo hago un poco más. Incluso su recuerdo parece evaporarse a marchas forzadas, aunque yo intente retenerlo con toda mi alma. Porque, aunque la echo de menos a cada momento, aunque la casa no es la misma sin ella y mi cama es un mueble vacío en el que aún la busco medio dormido, aquella pena bestial y enorme que me consumía ya no está, se extingue como el tiempo. Semana tras semana, mes tras mes, la vida me enseña a estar sin ella, a proseguir. Y eso me provoca otro tipo de dolor. Mezcla de culpabilidad, apatía y sí, terror a que se vaya del todo. Porque cuando eso suceda, ¿qué me quedará de Clara? ¿Los recuerdos? ¿Las fotos guardadas en un cajón?

Ha pasado solo un año, por Dios. ¿Cómo es posible que a veces me resulte tan difícil recordar el sonido de su voz, de su risa? ¿Por qué me cuesta tanto rememorar su tacto? Lo único que permanece inolvidable es su perfume, a veces tan presente en casa que es como si Clara se hubiese paseado por ella. Ese es un tema tan extraño como desconcertante, así que lo aparto inmediatamente de mi cabeza. Levanto la vista y la clavo en Jesucristo colgado en la Cruz. «Jesús, por favor, estoy dispuesto a sentir este dolor sordo en el pecho lo que me queda de vida, pero no permitas que la olvide del todo».

Cierro los ojos y aprieto con las manos el respaldo del banco de delante. Una mañana de la semana pasada, al despertarme, mi mente no fue capaz de invocar su rostro con claridad. Sentí un instante de pánico tan atroz que mis pulmones dejaron de coger aire. Me senté en la cama de un impulso y cogí en mis manos su retrato, ese que permanece sobre la mesilla de noche. Repasé con mis dedos sus preciosos rasgos, expulsando todo el aire retenido y aliviado de que mis ojos la reconociesen de nuevo. Sí, fue una tontería, quizá... O, tal vez, una pequeña prueba de lo que me depara el futuro. A mí y a mis hijas. Un futuro en el que las fotos serán los recuerdos más nítidos de Clara, porque todos los demás, los que guardamos en el corazón, serán velados por otros nuevos, fruto de una vida que seguimos viviendo y que no se para por nadie ni ante nada.

Y hace solo un año, joder. Un año. Y ya estoy arrepentido de no haber sido nunca el típico tío enganchado a la videocámara, uno de esos que graba cada acontecimiento para tenerlo guardado en un cajón y poder verlo un millón de veces después. En mi casa no hay ni uno solo, ni siquiera el del día de la boda. A ninguno de los dos nos hacía verdadera ilusión y nos conformamos con las fotos. Solo doy gracias por que, al menos, Clara sí fuese aficionada a la fotografía y retazos de

nuestras vidas se hayan quedado reflejados en ellas para siempre.

—«Dios no prometió días sin dolor, risa sin tristeza ni sol sin lluvia, pero sí prometió fuerza para tu día, consuelo para tus lágrimas y luz para tu camino», nos dice Isaías en el...

La voz del sacerdote y el significado de sus palabras me devuelven al banco en el que ahora estoy nuevamente sentado, después de levantarme y sentarme imitando a los demás un sinnúmero de veces. Sin pensar, giro la cabeza hacia mi derecha y fijo mi vista en Laura, sentada entre su padre y Nela. Está muy derecha, con las manos apretadas una a la otra formando un puño y la mirada puesta en el cura. Enfundada en riguroso negro, con un vestido de lo más recatado y con el pelo recogido en un enorme pero perfecto moño en lo alto de la cabeza, no se parece demasiado a la Laura que todos conocemos. Sonríe mentalmente y ya no me causa ninguna sorpresa el sentimiento de ternura que me llena al verla. Fuerza, consuelo y luz. Eso es lo que ha sido ella para mí en este penoso año. Y para mis niñas. No quiero ni imaginarme todo este tiempo sin su presencia llenando nuestra casa y nuestras vidas. Su fuerza para sacarme de mi egoísta y patético encierro con un tirón de orejas, su consuelo y ayuda, mirando por mi empresa y por mis empleados. Y ni siquiera tengo palabras para agradecer lo que hace día a día por mis hijas. Y su luz, esa que parece iluminarla entera, esa que ha conseguido que vuelva a sonreír y a reírme a carcajadas sin ser apenas consciente de que semejante cambio se forjaba en mí. Frunzo el ceño. Esa que, sin esperar, ha hecho incluso que...

«No, frena, Chema. No se te ocurra pensar en ello, y menos aquí. Menos este día y en una iglesia, por el amor de Dios». Lo más sensato, siendo franco, sería no volver a pensarlo nunca. Más sensato y más fácil, sin lugar a dudas.

Parpadeo e intento centrarme, poniendo todos mis sentidos en el lugar en el que estoy, aunque sea el último en el que quisiera estar. Y, de repente, mi madre me besa y luego mi padre acapara mi atención dándome un apretón de manos y un abrazo tan leve como sorprendente. Algo asombrado, observo como todo el mundo hace lo mismo. Ah, vale, es el momento de darse la paz. No soy mucho de misas y esas cosas, pero he venido las suficientes veces para saber de qué va esto, aunque en un principio me perdiera un poco la demostración de afecto de mi madre. Ante un toque discreto en la espalda, me giro y aprieto las manos de Julián, Teresa, Colás, Pedro y Álvaro, que ocupan el banco detrás de mí.

Mis ojos vuelven a Laura, que reparte besos y abrazos entre los suyos. Ahora está entre los brazos de María, que tampoco ha faltado para la ocasión. Comparten unos murmullos y Laura sonríe con tristeza ante un comentario de la morena. Y entonces me mira. Nuestros ojos se dan el abrazo que la distancia y el recato imposibilitan. Ya bastante han hablado de nosotros a nuestras espaldas para dar un paso en falso, aunque sea algo tan sencillo e inocente como cruzar el pasillo y darnos la paz en una iglesia. Más de la mitad de la gente que está aquí se imagina que estamos liados, tratándola como poco más que a una cualquiera en sus estúpidas mentes. Otra mucha todavía no se cree que aquella joven loca esté siendo capaz de renunciar a su vida para criar a sus sobrinas y ayudar a su cuñado, supongo que dividiéndose entre los que suponen que no era tan atolondrada como parecía y los que esperan que se largue en cualquier momento. Y luego están el resto, los menos, los que están orgullosos de ella y reconocen su mérito, ya sea porque la conocen realmente o porque tienen más ocupaciones que juzgarla. Así que, en silencio, tristes y obedientes, apartamos nuestras miradas y volvemos a nuestros puestos, esperando que esta misa termine de una maldita vez. Y no soy arrogante ni demasiado atrevido al creer que Laura está pensando exactamente igual que yo.

Unos minutos después, que a mí me han parecido horas, estoy recorriendo el pasillo alfombrado de rojo, deseoso de escapar de este sitio en el que el aire está cargado de un aroma a

viejo y en el que las paredes parecen desprender un frío atroz que se mete en los huesos. Y eso en pleno mes de agosto. Es extraño que, en todas las ocasiones anteriores en que he pisado esta iglesia, no me hubiera percatado de lo gélida que resulta.

Inhalo una gran bocanada de aire al poner un pie fuera. Luego comienzo a caminar, casi a zancadas, poniendo toda la distancia que puedo entre esa inmensa y antigua puerta y yo. Y si me detengo, es porque aún no me puedo ir. O no debo hacerlo.

—Venga, ya ha pasado —dice Julián llegando a mi lado. Me pone una mano en la nuca y da un ligero apretón antes de soltarme, imaginándose lo duro que es esto para mí. Sabiendo mis reparos ante el hecho de hacer del aniversario de la muerte de Clara un acto religioso y multitudinario al que ha acudido casi todo el pueblo.

—Se me ha hecho eterna, joder. —Frustrado y agotado mentalmente, me paso una mano por el pelo y, al llegar a la nuca, me la froto con ganas. Observo como mi padre se despide de mí a lo lejos, levantando apenas una mano y moviendo la barbilla, antes de que mi madre tire de él y cruce el atrio. Ella ya me ha dicho adiós dentro y agradezco que le haya llegado, como a mí.

Teresa me da un beso en la mejilla y luego me acaricia un brazo con cariño. Álvaro y Pedro también me muestran su apoyo con pequeñas palmadas en la espalda. Solo Colás se abstiene de tocarme, aunque me dirige una mirada condescendiente y luego se mete las manos en los bolsillos para fijarla en el suelo. Nunca ha sido demasiado hablador ni extrovertido, pero, desde que se ha dejado con Nela, es como una ostra cerrada a cal y canto.

Porque no, al final no hay boda. De hecho, ahora no son ni pareja. Algo que, todavía tres meses después, nos sigue resultando a todos tan confuso como lamentable. Supongo que tiene mucho que ver el hecho de que no se entiende; apostarí a que siguen tan enamorados el uno del otro como siempre. De hecho, hace cuestión de un mes, incluso discutí con él sobre ello. Me molesta sobremanera que sufran así sin motivos, joder. Yo no puedo hacer nada para recuperar a la mujer de mi vida, pero ellos sí pueden luchar por lo suyo. Sin embargo, lo único que logré fue que me mandase a la mierda y se recluyera más en sí mismo.

—Hola, cielo —saluda Teresa a Laura, que se ha acercado a nosotros. Todos los demás que la han acompañado durante la ceremonia se han quedado a varios pasos, charlando entre ellos. No es difícil imaginar la causa. Todos somos conscientes de que Nela y Colás no quieren compartir el mismo espacio, lo que nos hace difícil al resto poder estar juntos sin tener que decidir entre uno y otro.

Laura no abre la boca, pero reparte besos y abrazos entre todos los presentes, menos a mí. Después de unos minutos en que la conversación fluye solo entre Julián, Pedro y Álvaro, Colás se despide con pocas palabras y se va, por lo que mis amigos aprovechan para acercarse al otro grupo y saludarlos.

Yo no me muevo del sitio. Ya he hablado con todos ellos antes de comenzar la misa y ahora mismo no tengo demasiadas ganas de charla. Laura parece de la misma opinión, pues con la vista perdida en mis rodillas, todavía no ha pronunciado palabra.

—Eh, ¿estás bien? ¿En qué piensas? —le pregunto, consiguiendo que levante la cabeza y me mire.

Me dedica una sonrisa tan leve que ha sido solo un pequeño movimiento en la comisura de su boca. Se encoge de hombros y aparta la mirada antes de contestar.

—¿Con sinceridad? —pregunta.

—Claro —contesto, intrigado.

Levanta mucho las cejas y ladea la cabeza.

—Llevo todo la misa pensando en el diseño del dormitorio de mi padre y Lidia y ahora...

Ahora en que nuestro fregadero sigue goteando, ¿lo sabías?

No puedo evitar la enorme sonrisa que me estira los labios. Pongo una mano delante para ocultarla porque, por algún absurdo motivo, no me parece bien sonreír aquí y ahora.

—No, pensé que ya había arreglado esa tubería —logro articular sin reírme.

—Pues lo debiste de hacer mal —asegura, antes de hacer el amago de meterse las manos en unos bolsillos que no encuentra en su vestido—. Mierda, nunca sé qué hacer con las manos... — protesta, llevándolas al asa de su bolso colgado al hombro.

Y yo vuelvo a sonreír como un tonto tras un par de dedos que pongo sobre mi boca. Pero se me quitan las ganas de reír cuando mi suegro se me pone enfrente.

—Vamos junto a Clara. Venís, ¿no?

Observo como, detrás de él, Teresa y Julián encabezan la marcha hacia el cementerio, a escasos metros de la iglesia. Y yo parezco anclado al suelo. No es que no quiera ir, de hecho visitar a Clara se ha convertido en una costumbre semanal que necesito y busco, pero en soledad. Hoy, rodeado de gente que también la quiso, no sé cómo actuar una vez allí. Hablarle está fuera de cuestión y...

—¿Rubio? ¿Laura? —insiste Abel mirándonos con extrañeza.

—Sí, sí, claro. Vamos —me encuentro diciendo, ¿qué otra cosa hacer?

—Yo no voy —declara Laura, en un tono tan inerte como parece ella. Tiesa y pálida, repite con firmeza—. Yo no quiero ir.

—Laura, por Dios. Es el aniversario de tu hermana, desde luego que tienes que...

—¡No! ¡No, papá, no voy a ir! —ha elevado la voz, pero su cuerpo no se ha movido ni un ápice.

Los dos la observamos con los ojos como platos ante su reacción. La única muestra física de lo que realmente le afecta esta escena son sus manos, blancas de tanto apretar la correa de su bolso.

—Laura... —intenta hacerla recapacitar su padre de nuevo, pero entonces ella se gira dejándolo con la palabra en la boca y desaparece en dirección contraria a donde se encuentra enterrada mi mujer.

Encontrar a Nela y Pedro en mi casa no me sorprende lo más mínimo. Desde que la primera rompió con su novio, parece un apéndice de Laura, y casi lo mismo puede decirse del segundo desde que logró establecerse en la comisaria del pueblo.

Reconozco sus voces mientras dejo las llaves sobre el recibidor y muevo el cuello en diferentes ángulos, destensando unos músculos que hoy parecen de hierro oxidado.

—Hola, Rubio —dice Pedro con una sonrisa y una cerveza en la mano en cuanto pongo un pie en el salón. Sentados a la mesa de la cocina, los tres comparten bebidas y unos sándwiches que tienen una pinta estupenda.

A pesar de lo amargo del día y de lo cansado que estoy, mi estómago parece tener vida propia y necesitar algo de sustento, porque comienza a sonar en el instante en el que mis ojos han visto comida.

—Toma, aquí tienes lo tuyo. —Es Nela la que se levanta, desenvolviendo un paquete que saca de una bolsa que hay sobre la encimera. Es entonces cuando caigo en que son del bar de Paco; algo tan apetitoso no podría ser resultado de las dotes culinarias de Laura. Y sé que he hecho ese comentario en voz alta cuando oigo las risas de Pedro y Nela, mientras Laura me fulmina con la

mirada.

—Pero que muy gracioso —sisea, levantándose a por una cerveza que pone sobre la mesa con un golpe seco. Pero para mí. Muy enfadada no debe de estar—. Por cierto, María ya ha tenido que marcharse. Me ha pedido que me despidiera de su parte.

Ocupo mi lugar de siempre, en la cabecera, y asiento ante sus palabras antes de darle un trago a la bebida.

—Gracias. —Cojo con ganas los dos sándwiches que Nela me acerca y me llevo uno a la boca, comiéndolo en apenas cuatro bocados.

—¿Cuánto hace que no comes, tío? —se burla Pedro, tras tragar su último trozo y limpiándose las manos con una servilleta.

—Mucho —contesta Laura por mí—. A mediodía apenas probó bocado.

—Bueno... Hoy es un día... raro —parloteo, vacilando ante el uso de la última palabra. Y entonces me corrijo—. Difícil.

—Ya. Normal. —Pedro hace una bola con el papel en el que venía envuelta la comida y se levanta a tirarlo—. Yo... Yo también tengo que irme. Entro de guardia en media hora. ¿Te acerco a casa, Nela?

Esta le hace una seña con el índice mientras mastica y luego acepta la propuesta, al tiempo que recoge los restos de su cena.

—Gracias por la compañía, chicos. Y por la comida —les dice Laura, incorporándose también.

—No es nada, tonta —contesta Pedro con confianza, dándole un beso en la mejilla—. Siempre que quieras, ya lo sabes.

—Lo mismo digo —afirma Nela con un guiño, una sonrisa cómplice y besándola también. Todavía con el segundo sándwich en la mano, hago el amago de levantarme cuando se acerca a mí para hacer lo mismo—. No, no hace falta, Rubio. De hecho, no es necesario que nos acompañes, Laura, sabemos el camino. No lo dejes comiendo solo a la mesa.

—Hasta luego, Rubio. Nos vemos —se despide Pedro tocándome un hombro.

Y no sé exactamente por qué, pero en cuanto Laura y yo nos quedamos a solas, es como si una pesadez opresiva e incómoda se instalase entre nosotros. Nos miramos casi a hurtadillas y luego comenzamos a hablar a la vez.

—Fui a por las niñas, pero...

—Las niñas se quedan con tu padre y Lidia...

Y los dos soltamos una risita tonta. Después de la visita al cementerio, Abel no quiso ni oír hablar de que fuese a recoger a las niñas. Alegó que era una noche en que le vendría muy bien su compañía y que las pequeñas estaban muy ilusionadas con su segunda noche fuera de casa. La primera había sido el día del accidente y solo pensarlo hizo que se me pusiera el vello de la nuca de punta. Mi suegro pareció adivinar mis pensamientos, porque comenzó a explicarme que Lidia se había pasado la mañana preparando el antiguo cuarto de Laura para ellas, haciéndose con películas infantiles, y hasta les había comprado un pijama nuevo a cada una.

—Marta casi me echa de casa en cuanto me vio aparecer. Lo cierto es que Lidia ya me había comentado algo la semana pasada, pero lo olvidé por completo.

—Bueno, no pasa nada —aseguro con una pequeña sonrisa—. Sé que las niñas disfrutarán un montón, será una noche diferente.

—Sí —Laura casi suspira esa afirmación y luego me mira muy seria.

Alzo las cejas esperando su próximo comentario, que me da que me va a sorprender por la manera en que me mira.

—¿Quieres que me vaya a casa de Nela? —me pregunta—. No le he comentado nada porque sé que esta noche tenía planes, pero...

—¿De qué hablas? No te entiendo. —Frunzo el ceño y la miro confuso.

—Es que... Estamos solos, aquí, en casa. A lo mejor no es lo que quieres. Ya sabes lo que dicen y... Y a mí me da igual, eh, pero a lo mejor prefieres que...

Levanto las manos y las pongo delante con las palmas abiertas hacia ella.

—Eh, eh, para. ¿Qué tonterías estás diciendo? ¿Írte a dormir a casa de Nela?

—Bueno... Pensé en quedarme en el sofá de mi padre, pero...

—¿En el sofá? —Ahora no estoy confuso, sino perplejo.

—Sí, ya sabes. En mi cuarto duermen las niñas y en el de Clara... No sé, está hasta arriba de todas sus cosas, sobre todo ahora que hemos vaciado su cuarto de costura y casi todo está allí guardado. No me apetecía meterme en una habitación abarrotada de recuerdos, sobre todo hoy... No...

—Espera, espera... —Me levanto frustrado y me frote el rostro para comprender lo que me está diciendo. Que no es que no lo haga, pero me molesta tanto, joder, que no sé cómo replicarle.

—No están las niñas y no sé si te parece correcto que... Yo no quiero que...

—¿Correcto?! Pero, qué coño... —Acabo por cabrearme de verdad—. Vives aquí. Desde hace un año. ¿Que no me parece correcto? ¿Qué estás diciendo, Laura? ¿Quieres tú pasar la noche en otro sitio?

—¿Yo? No, qué tontería. Pero...

—Entonces no hay peros. Es absurdo. Me importa una mierda lo que digan, total, aún con las niñas aquí no tuvieron pegas para imaginarse lo que quisieron, ¿no?

—Eso es verdad, pero...

—Y dale con los peros. ¿Es por Pedro? ¿A él le molesta esta situación? Eso puedo...

—¿Pedro? —Laura me mira pasmada y arquea tanto las cejas que su frente casi desaparece—. ¿Por qué le va a molestar a...? —Entonces parece entender a qué me refiero—. Pedro y yo no estamos saliendo. Y estoy realmente harta de tener que repetirlo, sois todos unos pesados. ¡Coño, ¿una no puede tener un amigo o qué?!

Ahora soy yo el que levanta las cejas. No tiene por qué mentir sobre ello, eso es algo a tener en cuenta, pero parecen tan unidos que es inevitable pensar que hay más que amistad entre ellos. Y, por su contestación, no lo creo solo yo.

—Bueno... Vale. Pues todo aclarado. Y yo tampoco quiero repetirlo más. Esta es tu casa, ahora hasta tienes tu propio cuarto —esto lo digo guiñándole un ojo, medio bromeando, pues sé bien lo que tardé en hacerlo posible—, así que no tienes por qué dormir en otro lugar aunque no estén las niñas. ¿De acuerdo?

—OK. Perfecto. —Abandona la silla como si alguien la hubiese pinchado y comienza a recoger la mesa con movimientos casi acelerados.

—Espera, te ayudo.

—No hace falta. Acábate tranquilo tu cerveza. Solo es tirarlo todo y lavar dos vasos.

—Vale. —Le doy un trago a mi bebida y mi mente me juega una mala pasada, recordando a Clara y todas las veces en las que la observé recoger mientras yo disfrutaba de una cerveza fría apoltronado en el sofá. Debí ayudarla más, debí ser mejor marido. Debí acompañarla cuando iba a misa, como a ella le hubiese gustado, insistir en contratar a una canguro y llevarla más al cine, algo que le encantaba hacer, o a cenar; debí consentirla más y cumplirle todos sus sueños, debí...

—Oye, ¿estás bien? —Laura vuelve a sentarse a mi lado y me mira con atención.

—Sí, sí. —Incapaz de ser del todo sincero, suelto algo que también me ha atormentado a lo

largo de todo el día—. ¿Tú crees que a Clara le hubiese gustado esa misa en su honor? Sabes que yo no estaba mucho por la labor, pero mi madre insistió y parece que a tu padre tampoco le disgustaba la idea, así que...

—Lo sé. Yo opino como tú. Si de mí dependiese, tampoco se hubiese celebrado, pero habla mi parte egoísta. Porque, ¿sabes?, creo que a ella le hubiera gustado. Es más, creo que, si fuese al revés, si fuésemos tú o yo los que ya no estuviésemos aquí, ella lo habría hecho por nosotros. Con coros y todo. —Sonríe tristemente y se deshace el moño para volver a rehacérselo en un santiamén.

Yo también esbozo una leve sonrisa. Es justo lo que necesitaba oír.

—Estoy seguro de que tienes razón. Gracias, Laura.

—¿Por qué? ¿Por decirte la verdad?

No le contesto, aparto mis ojos de ella y vuelvo a beber de la botella. Luego saco un cigarrillo del paquete de tabaco que he dejado sobre la mesa al llegar. Pero en el momento en que voy a encenderlo, me acuerdo de algo.

—Ah, esa gotera. Será mejor que la mire.

—No, por Dios, es tardísimo. Hazlo mañana.

—No me importa, de verdad, tampoco es que tenga nada más importante que hacer ahora, ¿no?

Como respuesta, Laura me guiña un ojo y se mueve, arrastrando la silla tras ella. Abre un armario y se sube al asiento para rebuscar en lo alto. Cuando se gira, abro los ojos como platos al ver en sus manos una botella de tequila.

—¿Qué? ¿Qué vas a hacer con eso? —pregunto estúpidamente.

—Pasar su aniversario a mi manera, ahora que ya lo hemos hecho a la manera de todos.

—¿Vas a emborracharte?

—Vamos a emborracharnos, Rubio. —Me sonrío traviesa y rebusca en otro armario hasta que se hace con dos vasos de chupito, que pone sobre la mesa. No es hasta que saca la sal y comienza a cortar un limón en rodajas que a mí se me ocurre protestar.

—Oye, Laura, no creo que sea buena idea. Esto...

—Venga, no seas aguafiestas. Mañana no están las niñas, no tenemos que madrugar. —Se acerca con dos platos pequeños, llenos de los ingredientes típicos para degustar la dichosa bebida y me mira suplicante—. Solo un poco, por favor. ¿Qué mejor manera de olvidar este puñetero día?

¿Cómo puedo negarme a semejante petición, cuando yo soy el primero que necesito evadirme un rato?

—Venga, vale.

Laura sonrío, aunque al fijarme bien puedo ver que la sonrisa no le llega a los ojos. Estos lucen tristes, no chispean como es habitual y están ligeramente enrojecidos. Llena los chupitos y desplaza uno por la mesa hasta ponerlo cerca de mis dedos.

—Por Clara —dice, alzando el suyo y poniendo una pizca de sal en el dorso de su mano izquierda.

—Por Clara —repito imitándola y, de la misma manera, me lo bebo de un trago, como ella. El alcohol me abrasa la boca, pero agradezco su calidez y disfruto de la acidez del limón que ambos comemos casi a la vez.

Vuelve a rellenarlos.

—Por la mejor cocinera del mundo —expone, levantando el vaso hasta sus labios y repitiendo el ritual de la sal.

—Por la mejor coci...

Se echa a reír y me increpa.

—No, no. Tienes que decir otra cosa, ¿vale? Pareces un loro, Rubio.

Hago una mueca y formulo lo primero que me viene a la mente.

—Por ser un ángel.

Ella sonríe con inmensa ternura y me copia lamiendo la sal y vaciando el vaso. Vasos que vuelve a llenar con rapidez, al mismo tiempo que mordemos el limón.

—Por ser la mejor hermana del mundo.

—Y la mejor esposa.

De nuevo, sincronizados, la sal, el tequila y el limón acaban en nuestra boca.

Y vuelta a empezar.

—Por traer al mundo a dos niñas maravillosas.

—Y por haber compartido su vida conmigo.

Sal, tequila, limón, y el alcohol ya no quema, sino que baja tan fácil que asusta.

Y en cuanto la botella toca otra vez los chupitos, pongo una mano sobre la suya, resoplando.

—Joder, espera un poco. A este paso vamos a acabar como una cuba en un tiempo récord.

Ella suelta una risita y sirve el tequila.

— Ni de coña! Estos chupitos son diminutos.  De dónde los habéis sacado?

Sonrío con tristeza al recordar el momento en que los compramos. Se parecen tanto a dedales de cristal, pero en un tamaño algo más grande, que Clara se quedó enamorada al verlos.

—De una tienda en Luarca. Y no son tan pequeños como crees.  En qué chupitos sueles beber t ?

Ella hace un mohín como una niña enfurruñada, pero acaba por considerar mi consejo.

—Vale, más despacio. Podemos jugar a algo,  te parece? Para hacer esto más interesante y no emborracharnos a la primera de cambio, entonces.

— Jugar?  En qué estás pensando?

—No s ... A ver... Con Nela y Nieves jugué muchas veces a *la verdad*. Hacemos preguntas y, cuando titubeemos en la respuesta, nos neguemos a responder o lo hagamos con una mentira en la que nos pillen, tenemos que beber un chupito,  vale? Si contestamos a la primera y somos sinceros, será el otro el que lo tome, pero solo medio.  Qu  te parece?

Sonrío ante su propuesta. Es tan infantil que mi primera intención es negarme.

—Venga, *porfa*, será entretenido —insiste, leyéndome el pensamiento. Parece tan entusiasmada y sus ojos brillan tanto de nuevo que soy incapaz de decirle que no.

—Vale, de acuerdo.  Qui n empieza?

— Ay, genial! —Ella se recoloca en la silla, se suelta el pelo, lo sacude y pone los antebrazos sobre la mesa cruzando una mano sobre la otra, como si la cuestión a tratar fuese sumamente interesante—. Primero vamos a establecer las reglas...

— Reglas? Ya las has dicho,  no?

—S , pero me refiero a si quieres poner algún tipo de condición para las preguntas o vale todo.

La miro durante un segundo.

— Vosotras pon ais condiciones?

— Qu  va! —Se ríe—.  Val a todo! Cuanto más retorcida y más incómoda fuese la pregunta, mejor nos lo pasábamos.

Meneo la cabeza, divertido.

—No s  por qué no me sorprende —murmuro—. Venga, vale todo —digo más alto, al fin y al cabo el precio a pagar cuando no quiera responder es justo lo que buscamos: beber.

— Guay! Vamos, empieza t , que eres el novato.

La miro y pienso en una pregunta, pero todas las que se me ocurren no tienen nada de

graciosas, sino que son más bien demasiado íntimas. Pero tampoco soy un santurrón ni ningún cobarde, así que...

—Venga, me lanzo. ¿Tu primer beso?

Ella sonrío traviesa y juega con sus cejas arriba y abajo.

—¿Eso es lanzarse? —me replica con guasa—. Eres un muermo, Rubio. Va. Supongo que quieres saber con quién, ¿no? —Asiento como si eso fuese lo más lógico, pero me doy cuenta de que tengo que andarme con cuidado con esta, porque es capaz de darle la vuelta a mis palabras y contestarme algo que no tiene ningún interés, como en dónde estaba, por ejemplo—. Fue Alfonso, ya sabes, mi compañero de clase. Un desastre, si te digo la verdad. Teníamos trece años y ni idea de cómo hacerlo.

Sonrío y me bebo la mitad de mi vaso.

—Se te ha olvidado la sal. —Me hace ver ella con una mueca.

—Pues sí. —Cojo el limón y lo meto en la boca—. ¿Me vas a penalizar?

—No, tonto. —Se recoge el pelo con las manos en lo alto de la cabeza y se repantiga en el respaldo de la silla—. Me toca. ¡Ah, y se me olvidaba decirte algo! No vale repetir o copiar las preguntas, ¿OK?

—Uy, eso me da que te lo acabas de inventar, Laura.

Ella deja caer el pelo y me mira con los ojos muy abiertos, casi horrorizada. No sé si porque he insinuado que hace trampas o porque he acertado.

—No vale repetir —insiste, alargando a conciencia la frase.

—Está bien, como quieras. No vale repetir.

Me roba el cigarrillo que yo había dejado sobre el mármol y se lo lleva a la boca. Le acerco el mechero y, solo tras darle una larga calada, me suelta la pregunta.

—¿Con quién y dónde fue tu primera vez?

Lo que decía, ahí, detallando su pregunta para que no pueda salirme por la tangente.

—Con Virginia, una turista madrileña. En el verano del 2001, en la playa —contesto con sinceridad y sin tener nada por lo que avergonzarme. Por lo menos es un buen recuerdo y no implica a ninguna conocida.

—¡Vaya, qué precoz! —se extraña ella.

—Tenía diecisiete años. ¿Te parece pronto?

—Bueno... Sí, ¿no?

Me echo a reír.

—¿Sí o no?

—Bah, olvídalo. Te toca.

—Sí, pero bebe tu mitad, listilla.

—Ah, sí, tienes razón.

Lo hace en menos de un par de segundos y luego apoya la barbilla en sus manos esperando mi pregunta.

Y allá voy, a cotillear un poco en su vida, de la que, con lo reservada que es Laura para lo suyo, no sé demasiado.

—¿Quién es el que te ha puesto el corazón del revés, Laura? Doy por hecho que alguna vez habrás estado enamorada.

Me observa fijamente mientras entreabre sus labios, supongo que pensando en su respuesta.

—Esto... yo...

Me echo hacia atrás en la silla y sonrío de medio lado. Cuando cuento mentalmente hasta seis, decido no darle más cancha. La verdad es que siempre me ha gustado ganar, juegue a lo que

juegue.

—Estás vacilando. Anda, a beber.

Ella se echa más tequila y obedece con prontitud, sin quitarme la vista de encima. Juraría que está planeando su venganza, aunque no sé por qué se ha puesto tan nerviosa ante mi pregunta, a no ser que sea alguien que yo conozca y del que se avergüence por alguna razón.

Se lleva el pitillo a la boca y recoge su turno, dejando salir sus palabras a la vez que el humo.

—¿Con cuántas te has liado, Rubio? —Abro la boca un tanto incómodo, pero ella hace rápidamente una aclaración más—. Hasta el final.

Será cabrona... Joder, no es nada del otro mundo, pero se me hace un tanto violento hablar de estas cosas con ella. De todas formas, tampoco tengo nada que esconder.

—Hasta el final, ¿eh? —Sonrío socarrón y ahora soy yo el que enciende un cigarrillo, tomándome así un poco de tiempo. Que no es que tenga que contarlas ni hacer repaso, pero... Joder—. No muchas, no te vayas a pensar.

—Contesta, Rubio. No te vayas por las ramas.

—Cinco.

Ella hace un insignificante movimiento de cejas, pero, como no lo acompaña de ningún comentario, algo me impulsa a saber qué está pensando. ¿Será que le parecen pocas? Jesús, si me casé muy joven. Y que crea que son muchas es imposible, ¿no? Pero, claro, a saber con cuántos se habrá... Lo cierto es que acabo de darme cuenta de que eso es algo que no quiero saber.

—¿Qué? —La palabrita me sale algo más borde de lo que pretendía. Y ahí es cuando me siento estúpido del todo.

—¿Qué de qué?

—No sé, me ha dado la impresión de que me mirabas raro.

—¿Yo? ¡Qué va! Es un buen número, ¿no?

Me encojo de hombros. ¿Un buen número? Si ella lo dice...

—Venga —se bebe la mitad de su chupito—, dale.

Le dedico dos segundos a mi pitillo y luego sonrío travieso. Se va a enterar. Si piensa que solo ella es capaz de aplacar su curiosidad morbosa, lo lleva claro.

—¿Quién ha sido el último hombre con el que te has acostado? Y no me refiero a dormir, eh.

Antes de terminar la última palabra, observo con asombro como Laura se rellena el vaso, se pone sal y se lo toma todo de un trago sin siquiera mirarme.

—¡Ah! —acierto a decir, pasmado. Y eso me hace sentir todavía más curiosidad por la respuesta. Lo cierto es que solo lo había preguntado por chingar, pero ahora... ¿Por qué no ha querido responder? ¿Acaso a ese también lo conozco? Puede no estar saliendo con Pedro, pero a lo mejor sí se han acostado. Joder, ¿y eso por qué me molesta?

—Me toca de nuevo —dice ella, después de inhalar hondo un par de veces, no sé si incómoda por su reacción o por el efecto del alcohol que ya tiene en el cuerpo.

—Sí, claro. Te toca. Pero que sepas que este juego se te da de pena, cariño —no puedo evitar burlarme un poco—. ¿Cuántos llevas ya?

Laura se cruza de brazos e ignora mi cachondeo.

—¿Cuál es tu mayor secreto? ¿Ese que no le has contado a nadie? —Ahí, directa a la yugular.

La contemplo durante demasiado tiempo. ¿De verdad espera que le conteste a eso o solo lo hace para que beba lo mismo que ella y estemos a la par?

—Has vacilado. Bebe, Rubio —me ordena con una sonrisa traviesa.

La obedezco, siguiendo los tres pasos casi por inercia. Pero, cuando acabo, me recuesto contra el respaldo y siento la necesidad de ser sincero y responder a la puñetera pregunta.

—Nunca le he contado a nadie que...

—No tienes por qué hacerlo, ya has bebido —se apura a interrumpirme ella, y juraría que hasta parece algo asustada ante mi confesión.

—Quiero hacerlo, Laura. Quiero decírtelo a ti —afirmo con convicción. Soy yo ahora el que se vuelve a servir un chupito y se lo bebe antes de soltar casi del tirón—. Era una niña. El bebé que Clara tenía en el vientre cuando se murió era otra niña. Muchas veces me he planteado la posibilidad de que ambas se hayan muerto porque yo deseaba un niño con demasiado ahínco, aunque nunca se lo hubiera dicho a Clara. Estoy seguro, conociéndola como la conocía, de que se hubiese sentido culpable de no habérmelo dado, a pesar de ser algo que no estaba en sus manos. Era una niña, y solo tras perderlas me di cuenta de que me importaba una mierda que lo fuera. Que no la hubiese cambiado por ningún niño, que ya la quería sin haberla conocido nunca, que...

Ella pone dos dedos sobre mis labios, ahogando el resto de mis palabras.

—Clara ha sido afortunada al tenerte, Rubio. No te atormentes. Es normal tener deseos, aunque estos no siempre sean los más sensatos o adecuados. Los humanos somos egoístas, egocéntricos e inconformistas por naturaleza. No te tortures pensando esas cosas, eres un buen padre y fuiste un buen marido. Estoy completamente segura de lo que digo.

Clavo mis ojos en los suyos y soy testigo de la humedad que los cubre. Las lágrimas reposan en ellos sin llegar a ser derramadas, como pequeños estanques, mientras el azul de sus iris se ha oscurecido tanto que roza el color del cielo antes de una tormenta. Entre un azul y gris difícil de diferenciar. Laura nunca ha tenido unos ojos tan claros como los de Clara, los que yo prefería por encima de cualquiera, pero ahora mismo los suyos me tienen hipnotizado y fascinado. Nunca había visto unos ojos tan bonitos, tan extraordinarios...

Abro la boca para decir algo y romper este momento, pero solo consigo rozar con mis labios sus dedos, que no ha movido todavía. Los aparta como si la hubiese mordido y se dedica a rellenar nuestros chupitos intentando, supongo, recuperar también la normalidad.

—Te toca —dice en apenas un susurro.

—Sí. —Y ya que estamos sacando los trapos sucios, no me corto nada. Apago el cigarrillo a la vez que la interrogo—. ¿Por qué no quisiste decirme con quién te has acostado por última vez, Laura? ¿Lo conozco?

Ella levanta la cabeza y me mira sorprendida.

—Porque no quiero —apunta con tranquilidad y un leve encogimiento de hombros, como si resultase evidente que esa es justamente la razón. Lo cierto es que o estoy tonto o el alcohol está atrofiándome el cerebro, porque no sé qué esperaba que me contestara—. ¿Y en serio te has gastado tu turno con esa cuestión? Y ahora, ¿qué? ¿Quién tiene que beber el chupito? Yo he contestado, ¿no?

Suelto una carcajada ante su desfachatez. Y me dispongo a beber, porque tiene toda la razón. Noto los efectos del alcohol en cuanto el líquido me llega al estómago, así, de repente. Paso de la tristeza a la euforia en cuestión de segundos, me siento lánguido y contento y mi cuerpo desmadejado sobre la silla es una prueba de lo poco que ya mando en él.

—Anda, vuelve a preguntar —me insta ella con la botella de nuevo en la mano—. Esa ha sido una pregunta absurda y no me parece justo que...

—Y a mí no me parece justo que trates de ser justa. —Hasta yo mismo soy consciente de que arrastro un poco las palabras, pero eso me causa gracia, así que me río y prosigo—. Pregunta tú.

—Vale, como quieras. ¿Crees que Clara puede vernos? ¿Que hay una posibilidad de que siga entre nosotros?

—Jesús... —Dejo caer la cabeza hacia atrás y me froto los ojos. El recuerdo de su olor, ese

que todos podemos percibir de vez en cuando, me asalta de una manera brutal. Como un mazazo en pleno pecho. Me incorporo y me llevo las manos a él—. No. No puedo aceptar algo así, sería tan cruel... ¿No crees? Y eso me hace ser la peor persona del mundo, porque daría lo que fuese por que siguiera aquí, pero no así... Ella no nos ve, no nos oye y no está aquí, Laura. No. No es que no lo crea, es que lo sé. Lo sé.

Y como si encharcarme de alcohol ayudara en algo a mi afirmación, bebo de nuevo aunque no me toque.

Ella apoya la frente sobre la mesa y suspira. Sé que mis frases han sido algo confusas y un poco bruscas, pero he dicho solo lo que pienso. O lo que quiero creer por encima de todo.

—¿Por qué no quisiste ir al cementerio hoy? —le pregunto de pronto.

—Ni hoy ni nunca —admite ella, solo girando la cara, apoyando ahora una mejilla sobre la fría superficie de mármol—. No sé dónde está ella, pero sé que allí no es. No he ido ni una sola vez a visitarla al cementerio, ¿sabes? Yo sí que soy la peor persona del mundo. La peor hermana... Lo peor... —Se incorpora un poco, lo suficiente para meter bajo su cara las dos manos y esconder el rostro en ellas. Mueve la cabeza hacia los lados, como negando.

Joder, este juego se nos ha ido de las manos.

—Eh, Laura, cariño... —Apoyo sobre sus rizos una mano y los acaricio. Son tan suaves que hasta me sorprende. No es la primera vez que se los toco, pero sí es la primera en que aprecio su suavidad, como seda fría que se escurre entre mis dedos.

—Estoy bien. Estoy bien. —Se sienta derecha deprisa y se tapa la boca con una mano—. Oh, Dios, qué mareo. Demasiado tequila. —Pero, aun a pesar de sus palabras, se bebe su chupito de un trago y luego hace una mueca, meneándose como si se hubiese tragado una anguila viva—. ¡Joder, cómo quema!

Me echo a reír al tiempo que relleno solo mi chupito. Le paso un trozo de limón a ella y yo bebo como si se tratase de la mejor medicina. Al menos, es la única que parezco necesitar ahora.

—¿Por qué... has... bebido? —pregunto, más despacio de lo que me gustaría.

—¡Y yo qué sé! ¿Por qué lo has hecho tú? —me responde, partiéndose ahora de la risa. Dios, parece incluso que está peor que yo—. Venga, otro.

—No. —Me pongo derecho e intento recuperar al Chema sensato—. Creo que hemos tenido suficiente. —Me fijo en la botella y abro los ojos como platos al ver que solo quedan unos cuatro dedos de líquido en ella—. ¿Dónde...? ¿Dónde está el resto del tequila?

—Aquí. —Laura se frota el estómago y suelta una carcajada—. Y aquí. —Se inclina sobre la mesa y frota también el mío.

—Joder... Se acabó. Tenemos que parar.

—¿Por qué? Venga, no seas gallina. Un par más, del tirón.

—No soy ningún gallina, pero eso no es una buena... buena idea. Ya te dije que hay que beber... despacio.

—No me gustan las cosas despacio. Soy impaciente por naturaleza. —Aunque alarga las vocales de una manera graciosa, no vacila al hablar, al contrario que yo.

—Ya, pero hay cosas que... que mejor despacio. Como... como beber, construir, conducir... —Mierda, ¿por qué he dicho lo de conducir? Un latigazo de culpa y dolor me recorre entero, haciéndome enterrar la cabeza entre las manos.

—¿Y qué más, Rubio? ¿Qué más te gusta hacer despacio?

Me tenso y la miro con tanta rapidez que me mareo. ¿Han sido imaginaciones mías o ha ronroneado la pregunta? Ella me está observando con demasiado interés, esperando mi respuesta.

—¿Qué...? ¿Qué...? —balbuceo como un lerdo con los ojos como platos.

Y ella los cierra y menea la cabeza. Cuando vuelve a mirarme, solo veo pena en ellos.

—Tienes razón, es mejor que nos vayamos a la cama. Estamos borrachos.

—Sí, a la cama. Cada uno... uno a la suya. —No sé por qué cojones he dicho eso, joder.
«Porque estás borracho, tío».

Pero ella solo suelta una risita entre divertida y horrorizada y, recogiendo su chupito para dejarlo dentro del fregadero, me deja solo en la cocina.

Clara

No, no sufro alucinaciones. En todo caso, la alucinación soy yo, ¿no?

Sentada en mi antiguo refugio, convertido ahora en el dormitorio de Laura, lo que por otra parte ya iba siendo hora, no puedo dejar de darle vueltas a algo que llevo considerando durante un tiempo y que esta noche he visto más claro que nunca.

Laura siente algo por Chema. Y no es solo lástima y comprensión por mi pérdida, ni siquiera un cariño desmedido por un cuñado y que una convivencia como la suya puede reforzar.

No. Laura quiere a Chema de otra manera. Y, aunque todavía me cuesta creer que esté enamorada de él, cada día nuevas señales me aproximan un poco más a estar completamente segura de ello.

Es cómo lo mira, sobre todo cuando él no se da cuenta. Es su reacción ante su cercanía, casi violenta, pero con un ansia y un dolor tan visible que parece cubrirla entera. Es cómo se aparta cuando él la busca, y cómo lo busca cuando él la ignora. Es todo. Sus acciones y lo que deja de hacer. Un cúmulo de hechos que, mes tras mes, después de ignorarlos y no darles mayor importancia, no me ha quedado otro remedio que ponerles nombre.

Pero, a la vez, temo equivocarme, de ahí que no quiera precipitarme en mi valoración. Más que nada porque es algo que no sé cómo me hace sentir. No estoy furiosa, ni dolida, ni mucho menos me siento mínimamente traicionada. Quizá como humana pudiese llegar a sentir alguna de esas emociones, pero ahora mismo solo estoy confusa y un poco triste por ella. Sí, por ella. Porque amar sin ser amada... Yo sé bien lo que eso duele. Durante años Chema fue mi amor platónico, ese chico inalcanzable por el que suspiraba de lejos y con el que soñaba de noche. ¿Quizá para Laura también lo haya sido durante algún tiempo? ¿Quizá no haya sido solo la cercanía y el vivir juntos lo que haya dado lugar a este amor, sino que ya viene de antes y yo haya estado ciega a él? ¿Es eso posible? No, no puede ser, yo casi podía leer en ella, no he podido omitir esa verdad, ¿o sí?

Cierro los ojos y me concentro en mi vida anterior. He aprendido a hacerlo. Si dejo vagar mi mente y recreo escenas vividas con la suficiente fuerza, los recuerdos son tan nítidos como si estuviese allí de nuevo.

Paseo por ellos, recordando momentos en los que los tres hemos estado juntos.

Estudio con detenimiento la manera en que Laura parecía tímida en compañía de Chema, lo incómoda que estaba ante sus abrazos, lo rápido que se apartaba ante sus muestras de afecto, los besos que él casi le tuvo que robar el día de nuestra boda o cuando nacieron nuestras hijas. Ahora que puedo ver estas escenas como una persona ajena a ellas, hasta soy consciente de las miradas fugaces que Laura le lanzaba a mi marido, siempre rápidas y culpables, con la cabeza baja y un dolor inmenso en sus ojos.

Vuelvo al presente y me llevo una mano al corazón. La observo con fijeza, ahora acostada en la cama, durmiendo por fin tras haber dado muchas vueltas a pesar de la aparente embriaguez con la que se acostó. Bueno, más que aparente, teniendo en cuenta todo el tequila que falta en la botella.

«¿Qué más te gusta hacer despacio, Rubio?». Eso fue un coqueteo en toda regla. El primero del que soy testigo y alentada por el alcohol, sí, pero lo fue.

También recuerdo aquella noche en la que se derrumbó por primera vez tras mi entierro. El aura de culpabilidad que emanaba de ella como una gran ola no la entendí, pero...

«Ojalá hubiese muerto yo», había dicho Chema. El desencadenante de su crisis.

Dios mío... De pronto, todo encaja. No es que Laura sienta ahora algo por él, es que lleva años amándolo en secreto. Alejándose de nosotros, evitando vernos, solo para apartarse del hombre al que quería y que no era otro que el que estaba casado con su hermana. Sufriendo en silencio, callándose una verdad desgarradora para no hacer daño a nadie más.

A mí. Sobre todo a mí. Porque... ¿cómo me hubiese sentido de haberlo sabido? Destrozada. Dolida. Impotente. No habría estado en mis manos ayudarla; es más, soy lo suficientemente sincera para asegurar que entonces hubiese sido yo la que la alejara de nuestras vidas, poniéndome a la defensiva, como si el amor que sentía por mi marido fuese un motivo por el que sentirme atacada. Sí, eso es lo que hubiera pasado, aunque me duela pensarlo y eso me haga darme cuenta de que no era tan buena como creía o tan santa como todos pensaban.

Hubiera renunciado a ella para conservar a Chema. Aunque él no estuviese interesado en ella, aunque Laura nunca hubiese intentado nada con él... Tal como hizo. Mi poca autoestima y su explosiva apariencia, junto con su imprevisible carácter, hubiesen minado la escasa confianza en mí misma.

En cambio, ahora todo es distinto. Solo puedo sentir compasión y amor por ella y unas intensas ganas de hacerle saber que cuenta con todo mi apoyo. Un apoyo que no sé cómo mostrarle.

Me acerco a ella y me siento en su cama. Pongo una mano sobre su cabeza, pero no logro tocarla. Otra cosa que he descubierto con el tiempo. Solo puedo tocar aquello que es realmente mío y solo mío. Y eso, ni tan siquiera siempre. Mis hijas, mi ropa, mis fotos... Pero no a mi hermana. Ni a mi padre, ni a mis amigos. Y no es que no lo haya intentado. De hecho, a Chema solo soy capaz de sentirlo a veces, únicamente cuando el recuerdo de mi pérdida le puede y, triste y a solas, se deja llevar por el dolor. Solo así mis manos aprecian su tacto, disfrutan escondiéndose entre su pelo y perciben el calor de su cuerpo. De otra forma, cuando está relajado, entretenido o sus pensamientos no van dirigidos a mí, no alcanzo a sentirlo. Como si no me perteneciese, lo que me apena y me alegra a partes iguales. Una parte de mí se entristece al saber que no podré acariciarlo en un futuro, pero la otra, la celestial, supongo, es feliz al percatarse de que su dolor va consumiéndose, que llegará un momento en que podrá rehacer su vida y volver a ser completamente feliz, tal como se merece.

¿Con Laura? ¡Ay, Dios! ¿Con Laura?

—Mamá, si existe el destino... y este era morirme, ¿eso quiere decir que yo no entraba en el de Chema o... ?

—Cariño... Existe el destino, te lo aseguro. Y eso implica que cada uno de nosotros tiene que vivir su vida al lado de la persona que le está designada. Normalmente, las almas nacen ya destinadas a unirse con la que les hará formar una unidad, y eso por muchas vueltas que dé la vida. Medias naranjas, según Aristófanes, almas gemelas o la otra mitad, según Platón, el hilo rojo para los japoneses... Hay muchas maneras de referirse a ello, pero todo viene a ser lo mismo. La absoluta verdad es que, para cada uno de nosotros, hay una persona ideal, que te completa como nadie.

—Y si esa persona se muere, la otra...

—Sí, hay gente que se queda sola para siempre, porque su momento juntos en la tierra es demasiado corto, o incluso efímero. Otra, simplemente, ha logrado amar a alguien que, aun no siendo su alma asignada, sí era necesaria esa unión para forjar su verdadero destino. Porque este siempre nos atrapa, Clara. Nadie puede huir de él, aunque algunos lo intenten con ahínco, cariño.

Sonrí, porque creo que sé a quién se refiere.

—¿Como papá?

Ella me devuelve una sonrisa serena, pero sus ojos chispean pícaros.

—Es un buen ejemplo. Nosotros nos quisimos mucho, muchísimo, pero nuestro vínculo tenía como finalidad traer dos seres más al mundo, cielo, no envejecer juntos. Su destino ha sido siempre hacerlo con Lidia. ¿Lo entiendes?

—Sí, sí lo entiendo, pero no sé hasta qué punto es justo que suceda eso.

Ella se encoge de hombros y me acaricia la mano que ahora reposa entre las suyas.

—Nadie habló de que fuera justo o fácil, Clara. La vida es así... Hay parejas que se encuentran de niños y personas que no consiguen hallar a su media naranja nunca. Como también las hay que se equivocan... De ahí los divorcios y...

—Y cada día más, por lo visto.

Mi madre se echa a reír.

—Sí, pero eso no siempre es malo. Al menos ahora nadie está obligado a permanecer con alguien al que no pertenece, ¿no crees?

Asiento, pero mi cabeza ya está planteando otra cuestión, que rápidamente sale de mi boca.

—Entonces, ¿Chema se quedará solo o...?

Ella sonríe y me acaricia una mejilla, interrumpiendo mi pregunta.

Y, de repente, la mente se me queda en blanco. Ya no puedo acordarme de más.

Es frustrante. Recuerdos aislados de la conversación mantenida con mi madre asaltan mi cabeza, pero todavía no soy capaz de recordarlo todo o, al menos, lo que creo que es verdaderamente importante.

¿Son Laura y Chema almas gemelas? Porque si realmente es así, ella ya lo ha encontrado y era yo la intrusa. ¿O es que su amor solo es fruto de un encaprichamiento equivocado? ¿Hay otro hombre asignado a ella? ¿Marcos, tal vez? ¿Soy yo la media naranja de Chema y está él destinado a pasar solo el resto de su vida? Pero entonces, ¿por qué no puedo tocarlo siempre? ¿Por qué parece cada vez más lejos de mí? ¿Quizá sí sea Laura su otra mitad? Desde luego, en Chema no veo ninguna muestra de ello. La trata con cariño, pero de una manera casi fraternal, ¿no?

¡Oh, Dios, son tantas preguntas y tan pocas las respuestas...!

Aprieto los puños y, antes de que yo solicite paz, esta me embarga de pronto, al mismo tiempo que se ilumina la habitación.

«Tiempo al tiempo, Clara. Todo llegará. Las respuestas se te aparecerán cuando tengan que hacerlo. Así como la manera de intervenir».

Las palabras de mi madre, susurradas a mi mente como si estuviese a mi lado, tal vez un recuerdo de las pronunciadas en nuestro reencuentro o un mensaje enviado desde el cielo, logran no solo que sienta una paz todavía más inmensa, sino que el futuro se me muestre esperanzador.

Son una promesa de felicidad para todos aquellos a los que amo.

CAPÍTULO 21

Laura

Al abrir los ojos, lo primero que noto son unas terribles punzadas en las sienes. Quizá sea eso lo que me ha despertado. Me las sujeto con las manos y hundo la cara en la almohada, pero un instante después estoy incorporada en la cama, con la vista perdida al frente y recordando lo sucedido la noche pasada.

Mierda, joder. ¡Mierda!

Me levanto casi a trompicones en dirección al cuarto de baño. No sé si las ganas de vomitar que me han entrado de repente son efecto del alcohol o de la vergüenza que siento ahora mismo, pero, sea lo que sea, acabo arrodillada en el suelo, con la cabeza metida en el váter y echando hasta la bilis. Cuando la última arcada me deja claro que ya no hay nada más dentro de mí, me limpio con papel higiénico la boca y las lágrimas que ni advertí derramar.

Apoyada con una mano sobre el lavabo, me lavo los dientes en un tiempo récord, quitándome el sabor asqueroso del tequila fermentado durante la noche junto con mi cena y, sin molestarme en sacarme la camiseta que uso para dormir, empujo mi cuerpo hacia la ducha.

El agua helada cae sobre mí provocando que dé un respingo, pero no trato de templarla. Hace calor y en nada me acostumbraré, aunque lo que realmente quiero es infligirme daño. Que estemos en verano no ayuda demasiado a mi propósito, pero ahora mismo es lo único que tengo a mano. Eso o cortarme las venas con las cuchillas que usa Chema para afeitarse.

¡Ay, Dios! Estoy de psicólogo. Lo cierto es que ni una docena de consultas lograrían ponerle remedio a este caos mental que siento, ni a esta costumbre de autocastigarme cuando rompo esa promesa que me hice a mí misma.

«Nunca, jamás, tratar a Chema más que como a un cuñado». Él no es para mí. Nunca. Será de otra algún día, seguramente, pero no mío. Como me repito a menudo, esa sería la traición definitiva hacia mi hermana. Como si su muerte me dejase vía libre, casi como si fuese una suerte para mí que ella...

«Joder, Laura, deja de decir gilipolleces. Tú adorabas a Clara, nunca le hubieses deseado el menor mal».

Lo sé. ¡Claro que lo sé! Pero es tan duro querer y desear al marido de tu hermana, tan obsceno, grotesco...

Me golpeo la frente contra los azulejos hasta que me duele de verdad.

«Y para de hacer eso, joder, estás de manicomio».

Es que me siento tan culpable, tan mala persona, tan horrible... Me abofetearía a mí misma hasta cansarme si eso fuese posible. Pero supongo que aún no estoy tan mal y la parte racional de mi cerebro no consentiría semejante barbaridad. La primera vez que me castigué, renuncié a una manta y prescindí de un pijama calentito a propósito, haciendo del frío mi penitencia. Fue al poco de convivir, cuando un día me descubrí oliendo la ropa usada de Chema como si fuese ambrosía. Otro día me negué a comer, después de disfrutar de uno de sus abrazos. Y tras la escena de los globos, en la que mis bragas acabaron empapadas por su sola cercanía, me obligué a limpiar todo el suelo del piso de rodillas.

Sí, siempre he estado un poco loca, pero ahora hasta yo estoy comenzando a preocuparme.

Supongo que el estrés, el dolor, el deseo frustrado, todo eso tiene que salir por algún lado y, en mi caso, como mi pecado es inconfesable, yo misma me juzgo y me condeno. La otra teoría es que mientras estoy pendiente del sufrimiento físico, mi cabeza y mi corazón parecen sosegar un poco.

Apoyo la espalda en la pared y resbalo por ella hasta acabar hecha un ovillo en el plato de la ducha.

«¿Quién te ha puesto del revés, Laura?». «¿Quién ha sido el último hombre con el que te has acostado?».

Me echaría a reír si pudiese encontrarle la gracia por algún lado.

¿En qué momento me pareció divertido proponerle ese estúpido juego? Y luego, para rematar, mi actuación estelar.

«¿Qué más te gusta hacer despacio, Rubio?».

Me tapo la cara con las manos y golpeo mi cabeza contra la pared. ¡Idiota, idiota, más que idiota! «¿Qué coño pretendías, Laura?».

No sé cuánto tiempo me paso allí tirada, torturándome, hablando sola e insultándome. Solo sé que cuando decido salir estoy helada, arrugada y no mejor que cuando me desperté. La cabeza sigue doliéndome horrores, ahora por varias razones, y tengo el estómago tan revuelto como si hubiesen jugado con él un partido de fútbol.

Aun así, yergo los hombros, me envuelvo en una toalla y regreso a mi habitación intentando recuperar un poco de mi dignidad. Me seco rápidamente y me pongo lo primero que encuentro. Unos pantalones vaqueros cortos y una camiseta negra. Con el pelo enrollado en una toalla, cojo mi móvil y me encamino a la cocina, donde preparo un café bien cargado. Me planteo no tomar nada para el malestar producido por la resaca, pero al final dejo que gane la sensatez y me llevo dos ibuprofenos a la boca. Tengo que aliviarlo; ya bastante tengo con todo lo demás.

Después de un par de cafés y una tostada que como con desgana, ya casi me siento persona de nuevo. Y estoy decidida a añadir otra promesa al carro lleno de ellas que arrastro tras de mí: comenzar a tratarme un poco mejor. Yo no tengo la culpa de mis sentimientos, lo que tengo que hacer es aprender a vivir con ellos y no alentarlos.

La entrada de un wasap hace que deje de pensar un poco en mí y que centre mi atención en el móvil. Es Nela.

«Por favor, dime que te apetece tomarte un café conmigo. NECESITO SALIR DE AQUÍ».

Sonríó ante su desesperación y acepto la propuesta. A mí también me vendrá bien salir de esta casa, donde la botella de tequila me mira desde la encimera, testigo de lo burra que soy a veces. Antes de irme, la tiro a la basura, con toda la mala hostia en la que ahora se han convertido mi frustración, vergüenza y dolor.

Cuando llego a la cafetería donde he quedado con ella, ya la veo sentada a una mesa en la terraza con una taza delante. Hemos quedado en La chapa, el bar que queda frente al de Paco. Aunque nunca, que yo recuerde, he oído llamarlo así a nadie. Cuando quedamos ahí, lo hacemos en la cafetería «frente al de Paco». Alguien debería decirle al dueño que le cambie el nombre al establecimiento, incluso sería más original.

—Hola, cariño —la saludo al llegar, sentándome a su lado—. Muy agobiada, ¿no?

—Calla, no me hables. Odio a mi prima y mucho más a su marido. No entiendo ese empeño en venir a pasar aquí una quincena todos los veranos, cuando estoy segura de que el cariño es mutuo —ironiza.

—Bueno, aquí hay playa y...

—Y mi madre los trata como a reyes. Casi parecemos regentar un hostel, joder. Les hacemos la

comida, la limpieza y les lavamos la ropa. Estoy hasta el puto moño.

—Pero tú misma dices que tu madre está encantada y... A lo mejor lo que necesita es eso, sentirse útil. No quiero ser pesada ni meterme en tu vida, Nela, pero te he dicho infinidad de veces que la tratas como a una inválida y que eso no la ayuda. Ella tiene una depresión, no es una persona...

—Sí, sí, lo sé. Pero lo pasó tan mal, Laura, tan mal... Tú lo sabes. Solo quiero hacerle la vida fácil. Aun así, sufre crisis varias veces al año, imagínate si... —se interrumpe ella misma, perdida en sus propias cavilaciones, y yo no insisto. Sé que Maite, su madre, ha sufrido lo indecible, como también lo ha hecho Nela, aunque de diferente manera.

—Bueno, venga, no he venido aquí para amagarte la mañana, sino para pasar el rato, así que... —Levanto la vista cuando una camarera se acerca a mí y le pido una Coca-Cola.

—Otro café con leche, por favor. —Nela levanta su taza vacía y se la entrega—. Y un poco más cargado, ¿vale?

—Si querías un buen café, haber quedado en el bar de Paco —sugiero, en cuanto la chica desaparece dentro del local—. Ya sabes que aquí...

—Calla, calla. Hoy lo que menos me apetecía era meterme ahí. —Señala con la cabeza el bar de enfrente, donde Paco está en ese momento colocando un par de mesas en la acera. Nos saluda con la cabeza con una sonrisa y sigue a lo suyo.

—¿Por qué? ¿Qué sucede?

Nela apoya un codo sobre la mesa y se pone a jugar con un mechón de su pelo. Ahora que me fijo, lo lleva suelto, no demasiado peinado, lo que en ella es de lo más raro. No suele ser descuidada con su aspecto, a pesar de que su estado de ánimo no sea el mejor, al contrario que yo, que solo me he molestado en pasarme los dedos por el pelo en el ascensor. De hecho, todavía está mojado y en nada tendré que atármelo o pareceré la reina de la selva.

Como no me mira, pues tiene los ojos clavados en la mesa, le sujeto la barbilla y se la subo, consiguiendo que lo haga.

—Eh, Nela... ¿Qué ha...?

—Hola, chicas —nos saluda Lorena, acercándose. Ha sido una compañera de clase y pandilla durante nuestra adolescencia y, aunque ahora la amistad se ha enfriado considerablemente, siempre nos hablamos allí donde nos vemos.

—Hola, Lore —le respondo yo.

Nela se endereza al instante y la mira con los ojos muy abiertos.

—Ho... Hola —balbucea.

Lorena sonrío casi con timidez y entra en la cafetería sin añadir nada más.

—No me lo puedo creer —murmura mi amiga.

—Pero... ¿me vas a decir de una vez qué coño está pasando?

—Sí, claro. ¡Cómo no! Ayer salí con mis primos a dar una vuelta. Ya sabes, hay que ser educada y sacarlos de paseo y todo eso... —Sonrío ante su sarcasmo, pero no la interrumpo, a ver si acaba de una vez con el misterio—. Pues estábamos ahí los tres, en el bar de Paco, tomando algo, cuando va mi prima y me señala una esquina del local. «¿Ese de ahí no es tu exnovio?», me pregunta la muy zorra. Y sí, era Colás. Estaba con ella —mueve la cabeza y la usa para señalar hacia dentro, antes de añadir muy bajito—, con Lore. Hablando. Pero fue verme y... la besó. Comenzó a enrollarse con ella en mis narices, joder.

—Joder... —repito yo.

Y justo en ese momento llegan nuestras consumiciones. Y no es otra que la propia Lorena, ataviada con la camiseta verde del local y el pequeño delantal atado a la cintura, la que nos las

sirve. Veo como Nela aprieta los puños y siento casi como propia la incomodidad de ambas. En cuanto la camarera se retira, Nela me mira con el rostro crispado.

—¿Tiene que ser un puñetero chiste! ¿Desde cuándo trabaja aquí? ¿Y de verdad no había nadie más para atendernos?

—Venga, tranquilízate. Ella...

—No se te ocurra defenderla. Y no me digas que me tranquilice. Ella sabe perfectamente que Colás y yo...

—¿Qué? ¿Que ya no estáis juntos? Nela, cariño, no voy a defenderla ni a decir que yo, en su lugar, hubiera optado por pedirle a cualquier compañera que viniese a nuestra mesa, pero de ahí a que le echés toda la culpa... En todo caso la tiene Colás, ¿no? Y no sé hasta qué punto, porque te recuerdo que...

—¡Joder, cállate de una vez! ¿Nunca te han dicho que eres demasiado sincera? Yo ahora solo quiero oír que esa es un putón verbenero y que Colás está tan dolido que solo se lio con ella para darme en la cara.

—Bueno, la segunda parte puedo repetírtela sin titubear, si eso te va a hacer sentir mejor —le digo. Y es verdad, de eso estoy segura. Pero también de que Lorena no es la única con la que ha tenido algo desde que lo dejaron. Aquel chico tímido que conocíamos no pierde ahora la ocasión de enrollarse con cualquiera que se ponga a tiro. Claro que eso, por muy sincera que yo pueda ser, nunca se lo diré a Nela. Ojos que no ven... Ya bastante mal lo está pasando la pobre.

De repente, ella ya no parece enfadada, sino tan triste que sus ojos se llenan de lágrimas.

—¿Lo he perdido para siempre, verdad? —susurra con la yema del índice entre sus labios.

—No lo sé, cariño. Lo que sí te puedo decir es que él te sigue queriendo. Solo que...

—Solo que la jodí. La jodí bien.

—Bueno...

—¡Dios! ¡Me asusté! Estábamos tan bien, tan bien. Y de pronto, sin que yo lo esperase, empieza a hablar de boda, de hijos y saca un anillo. Yo... yo...

—Nela, escúchame. Sé lo que pasó y no te juzgo. Solo que tienes que ponerte en su lugar. Le dijiste que no.

—Ya, pero en ningún momento pretendía dejarlo. Pero luego todo se complicó, discutimos y... Y cuando quise explicarme era demasiado tarde, supongo.

—A ver... Casi un mes después de haberlo dejado plantado y de evitarlo durante todo ese tiempo, pues... muy temprano no era, Nela.

Ella suelta una risita casi horrorizada que hace escapar unas cuantas lágrimas de sus ojos.

—Esa sinceridad, Laura... —me reprocha.

Y entonces, como dos locas, nos echamos a reír.

—Perdona, perdona... —me disculpo, en cuanto puedo hablar de nuevo—. Hoy no estoy muy fina, lo siento. Es que...

—Sí, la verdad es que muy buena cara tampoco tienes. ¿Una mala noche, cariño? Ayer fue un día duro, ¿no?

—Sí —admito, pero hasta ahí puedo contar. Como Mayra en el *Un, dos, tres*. Que no es de mi época, pero esa frasecita se ha hecho popular gracias a él. Y si todos estos planteamientos ilógicos que se me cruzan no son de psicólogo, entonces estoy para ir a un psiquiatra. Así que intento centrarme—. Nela, dale tiempo al tiempo. Yo creo que si llegáis a hablar...

—Ya. ¿Y cómo le digo que me entró pánico, Laura? ¿Que por un fugaz momento lo comparé con mi padre y no pude seguir adelante? ¿Que no fui capaz de decirle que sí, a pesar de que lo quiero con locura, por el miedo que tengo a atarme a un hombre y acabar como mi madre? ¿Cómo?

¿Cómo le digo todo eso sin que se ofenda? Porque la verdad...

—Pues así, tal como suena. Cariño, todos sabemos lo que pasasteis con tu padre en casa, no creo que lo sorprenda tu confesión. Es más, creo que te apoyaría y te concedería todo el tiempo del mundo.

—¿Tú crees? ¿En serio?

—Sí. —Pero, ante su tono esperanzado, también quiero ser clara para que no sufra más en caso contrario—. Pero no lo sé con exactitud, eh. Las veces que he querido hablar con Colás sobre ti, ha sido como hablar con una puñetera piedra. No quiere oír nada ni se digna a soltar prenda.

—Sí, bueno, eso no me sorprende. Es muy reservado y tiene que estar cabreado y dolido. Una mala combinación.

—Sí, de las peores. —Si lo sabré yo...

Le doy un sorbo a mi Coca-Cola y Nela le echa el azúcar a su café y lo revuelve sin demasiadas ganas. De todas formas, estará ya frío, eso no creo que se mezcle por muchas vueltas que le dé.

La observó con ternura, sintiendo impotencia por no poder hacer nada por ella, pero es cierto lo que le he dicho: Colás no permite que nadie saque el tema. Y lo sé bien, porque Chema me contó lo de su discusión y cómo acabó. Ni siquiera se ha abierto a su hermano, por lo que me contó Teresa. Y todo esto me da mucha pena, pero también mucha rabia, porque estoy convencida de que son el uno para el otro. Se complementan a la perfección y solo había que verlos juntos para darse cuenta de lo mucho que se querían. Claro que también entiendo un poco a Nela.

Lleva desde los trece años dedicada a su madre y, desde que acabó la ESO, sacando la casa adelante. Su padre maltrató a Maite durante años, le pegaba, la humillaba y vivía de lo poco que ella ganaba limpiando portales y locales, malgastando su dinero en bebida que lo hacía ponerse todavía más agresivo si cabe. La cosa acabó cuando Gustavo, el hermano de Nela, con apenas quince años, se metió en medio de sus padres durante una de las agresiones, cansado de ver esa situación casi a diario. Su padre le dio un puñetazo que lo tiró al suelo y su madre, como supo Nela después, intercedió por su marido solo para que no le hiciese más daño al muchacho. Pero este, malinterpretando la reacción de Maite, se largó de casa enfadado, cogió la moto de su padre y se mató cuatro calles más arriba.

Aquel fue el detonante para que la pobre mujer acabase denunciando a su marido, que estuvo un tiempo a la sombra y ahora tiene una orden de alejamiento contra las dos. Pero también fue lo que la llevó a caer en una depresión tan aguda que guardó cama durante un par de años. Y de la que nunca se llegó a recuperar del todo, porque se culpa por la muerte de su hijo.

Todos en el pueblo conocemos la historia, claro, pero nadie tanto como Nieves y yo, que la vivimos al lado de Nela durante aquellos horribles años, en los que la tontería y los complejos de la adolescencia lo intensificaban todo mucho más. Nadie sabe las noches que Nela se pasó despierta curando las heridas de Maite siendo una niña, ni las que pasó en el suelo, al lado de su cama, durante los años posteriores a la muerte de Gustavo. Nadie, ni siquiera Colás, sabe lo que le costó superar su rechazo a todos los hombres en general; ni que solo él logró romper esa barrera con su timidez, su aplomo y su dulzura. Nela se enamoró de él aun contra sí misma y tardó mucho tiempo en dejarse querer. Y ahora que estaban tan bien...

—En fin... —suspira ella apartándose el pelo hacia atrás—. La esperanza es lo último que se pierde, ¿no?

—Sí, cariño —susurro pensativa, callándome lo que realmente opino de esa frase. Porque, en mi caso, es dañina y engañosa. Es una puñetera estafadora, joder.

Una vez en casa, me alivia no encontrarme a Chema. Aunque estoy mucho más tranquila y decidida a ignorar la noche pasada, no me apetece tener que encararlo todavía. Hago una llamada y me autoinvito a comer en casa de mi padre; la excusa de traerme después a las niñas es buena, pero lo que quiero es evitar a mi cuñado todo lo posible. Le dejo una nota avisándolo y también diciéndole que hay un par de bistecs en la nevera, por si se levanta con hambre.

Son casi las siete cuando regreso al piso de nuevo, y nunca me he alegrado tanto de contar con dos niñas ruidosas y aceleradas a mi lado, reclamando mi atención. Chema está sentado en el sofá, viendo una peli de acción en la tele. Las achucha y ambos escuchamos como nos cuentan todo lo que hicieron anoche, incluidos algunos diálogos de las películas que vieron. También que han estado toda la mañana en la piscina que mi padre les montó en el jardín, aprendiendo a nadar y a bucear, que tienen unos flotadores de princesas y que Lidia les ha dejado comerse dos helados de postre.

Después de tal despliegue de información, los cuatro jugamos una partida al parchís y no noto en Chema nada diferente. Me trata como siempre, por lo que hasta consigo relajarme en su compañía, aunque no puedo dejar de lanzarle miraditas para comprobar que realmente no me mira raro cuando no lo veo. Sí, soy así de ridícula.

O no tanto. Porque en cuanto vuelve de acostarlas, su actitud ya no parece tan tranquila como antes. Con los brazos cruzados y muy pensativo, se apoya a mi lado en la encimera, a la que yo estoy pasándole un paño. Al acabar, lo doblo con esmero, más pendiente de su presencia que de otra cosa, pero esperando a que sea él quien hable, si es que tiene algo que decir.

—¿Qué pasa? —pregunto, impaciente, tras unos eternos segundos en los que se ha frotado la nuca en dos ocasiones para volver a cruzarse de brazos seguidamente. Es que me está poniendo de los nervios.

—Es que... No sé cómo decírtelo. Pero si no lo hago, reviento.

—Pues suéltalo, venga.

Él resopla y, luego, sopla. Joder, me va a dar algo. Pero... no puede ser tan grave, ¿no? Tampoco es que me echase a su cuello y lo besase o algo parecido. Solo se me fue un poco la lengua al imaginármelo haciendo el amor muy despacio... Bueno, haciéndomelo a mí, más bien... «¡Oh, Dios, para ya, Laura, que no ayudas nada a la causa, coño!».

—¡Rubio! ¿Qué sucede? Si es por...

—Anoche... ¿Recuerdas qué hiciste?

¡Oh, no, no, no! ¡Que no fue para tanto, hombre!

—¿Qué? ¿Qué hice? —Tampoco se lo voy a poner en bandeja, digo yo.

—Cuando nos fuimos a la cama. ¿Recuerdas si...?

—Caí como un tronco. Hasta esta mañana, que me levanté con un dolor horrible de cabeza y con unas ganas tremendas de vomitar.

—¿Estás segura? ¿Del todo?

—Claro. ¿Por qué? ¿Qué crees que hice?

—Nada, es solo que... —Él se frota la frente, de nuevo el cuello y después clava sus ojos en mí. Me pierdo en sus profundidades casi doradas lo que me parece una eternidad, pero al final parpadeo para aclararme y espero con ansia a que prosiga—. ¿Viniste a mi cuarto, Laura?

—¿Qué?! —De todas las cosas que esperaba, esta era la última. ¿Qué demonios piensa que fui a hacer a su cuarto? ¿Y por qué lo cree?

—Quizá entraste... No sé, para... No sé. Estábamos borrachos y...

—Sí, habíamos bebido, Rubio, pero no te pases. No tanto como para no recordar haber ido a tu cuarto, ¡en caso de que lo hubiera hecho! —acabo gritando y me importa una mierda. ¿A este tío se le va la pinza o qué?

—Espera, no te cabrees...

—¿Que no me cabree? No sé qué cojones estás insinuando, pero...

—Nada. ¡Nada! Es solo que... esto es todo tan raro, joder.

—¿El qué? ¿Qué pasó? ¿Tuviste un sueño húmedo y piensas que yo...?

De repente, él parece más horrorizado que si le hubiese dicho que nada me habría gustado más que protagonizarlo en vivo y en directo con él. Me mira con los ojos muy abiertos y, como no tenga cuidado, se le va a desencajar la mandíbula de un momento a otro. Yo cierro los párpados, ahora abochornada. Joder, qué cagada. ¿Por qué narices no puedo pensar antes de hablar? Pero es que su insinuación me sentó tan mal...

—Joder, Laura. ¡Dime que estás de coña! ¡Que estás de puta coña! ¿En serio me acabas de decir que...?

—Bueno —lo interrumpo antes de que me humille más de lo que ya estoy—, yo pensé que... ¡Dios, es que me haces cada preguntita que no sé qué quieres que piense! —Respiro hondo y trato de serenarme. Uno de los dos tendrá que hacerlo, porque él parece que va a echar humo de un momento a otro—. A ver, ¿a qué te referías?

—A nada —me responde, todavía molesto. Y ya comienza a joderme bastante su conducta. Aquí la única que puede sentirse así soy yo, a la que ha acusado de meterse en su dormitorio a hurtadillas, joder.

—¿Cómo que a nada? ¡Suéltalo de una vez! No puedes decirme que crees que...

—La foto de Clara. La que está sobre la mesilla. Esta mañana no estaba allí. Alguien la ha escondido en el baño, debajo del mueble del lavabo. La encontré después de buscarla por todas partes. Estaba desesperado... Yo... —me suelta todo esto de corrido, casi sin respirar, pero al final se queda sin resuello, como si lo que me está contando hasta a él le sonase a ciencia ficción.

—Y pensaste que yo...

—¡No! Sí. No sé. —Se pasa las manos por el pelo y se deja caer en una silla—. No te creo capaz de algo así, pero estábamos los dos solos en casa... ¿Qué otra cosa podía pensar?

Me apoyo en la encimera y lo observo casi sin pestañear. Que lo entiendo, a ver, pero que, aunque fuese solo por un instante, creyese que yo podría esconder la foto de Clara, me parece demencial. Respiro hondo para que el sentirme insultada de esta forma no me haga decir nada de lo que me arrepienta más tarde, porque me conozco, y esto ya es lo suficientemente de locos como para empeorar la situación.

—Veamos... Tú estabas igual de borracho que yo, ¿no podrías haber sido tú el que...?

—¡No! La tuve en mis manos antes de ponerme a dormir. Yo no fui. También dormí como un bendito hasta la una de la tarde. No me desperté ni para ir al baño. Creo que no dormía tanto seguido desde que... desde que...

Cierro los ojos y suspiro. Ahora lo único que tengo en la mente es la imagen de Chema con la foto de Clara en sus manos, cosa que me duele tanto o más que la puñetera acusación de antes. Y es tan absurdo... ¿Qué esperaba? Es su mujer. Esa de la que estaba enamorado y a la que veneraba. Me vuelvo a plantear la pregunta de nuevo. ¿Qué espero? ¿En serio espero algo? Eso sí que es absurdo. Joder, todo lo es. Empezando por la desaparición del retrato.

—Yo... Yo no fui. Por favor, créeme.

—¿Sabes qué es lo peor? —me dice él muy serio, tras un minuto observándome pensativo con

los codos sobre la mesa y las manos sujetando sus mejillas—. Que lo hago. Y estoy completamente seguro de que yo tampoco lo hice.

Chema

—¿Le preguntaste eso a Teresa?

—Buenos días a ti también —me dice Julián entrando en la furgoneta, cuando a primera hora de la mañana lo recojo en su casa para irnos a trabajar. Estamos currando en una obra a media hora del pueblo, por lo que, como durante toda la semana, no vendremos a casa a comer.

—Buenos días —refunfuño más que hablo—. ¿Y?

Él me mira divertido antes de contestar.

—Pues ella dice que no la conoce tanto, pero que con algo de cuero seguro que aciertas.

Resoplo porque no sé si la respuesta va en serio, pero, al mirarlo, él asiente rotundo, haciéndome ver que esas son exactamente las palabras de su mujer. Es el cumpleaños de Laura y no tengo ni idea de qué regalarle. Y lo cierto es que no solo se merece que nos acordemos de ella este día, sino que hasta a mí me hace ilusión poder obsequiarle algo que le guste.

—¿Algo como qué?

—Pues no sé. Eso no se lo pregunté. Pero, a ver, una minifalda, un pantalón, unos guantes...

—¿Unos guantes? ¿En serio? Vaya regalo de mierda.

—Yo qué sé, tío. Pues una cazadora. Te saldrá en un pico, pero no me dirás que ella no se la ha ganado. Además, ¿por qué coño me metes a mí en este berenjenal cuando casi nunca acierto ni con mi mujer?

—También es verdad —suspiro sonoramente y comienzo a pensar en voz alta—. Una minifalda no, es algo demasiado provocativo, ¿no?

Él suelta una carcajada y yo lo fulmino con la mirada.

—Sigue, sigue... —se cachondea.

—Pantalón tampoco. A mí me parecen horribles, así que no voy a comprármelos ni loco. No sé, tal vez la cazadora... Pero ya tiene una.

—Sí, y la usa un día sí y otro también. No creo que le haga ascos a otra nueva.

—Vale, hecho. Una cazadora. —Lo miro de reojo, pendiente de su reacción ante la proposición que le voy a hacer—. ¿Te vienes conmigo de compras?

Él me mira horrorizado, lo que me hace reír a pesar de mí mismo.

—¡Olvídalo! ¿Qué será lo próximo que me pidas? ¿Que hagamos calceta o punto de cruz?

—Venga, no seas mamonazo. Odio ir de compras y...

—Pues bienvenido al club. Díselo a Nela, o a Teresa. Yo no voy, tío. Ni de coña.

—Vale, vale. Gracias por nada, capullo.

—A mandar.

Reacio a depender de las mujeres para comprar un puñetero regalo, a última hora de la mañana le pido a Colás si puede acompañarme. Su respuesta no es tan escandalosa como la de Julián, pero viene a ser la misma. No está con ánimo, me dice. Y yo no insisto. Este chaval cada día está peor, así que lo dejo levantando una pared de ladrillos en compañía de su hermano, que se ríe entre dientes al escucharnos, y me largo al súper a por unos bocadillos y bebidas para todos.

Sentados en un murete bajo que recorre la finca, damos los últimos bocados a nuestra improvisada comida.

—Al final, ¿qué? ¿Vas a pedir ayuda a quien de verdad entiende, o te vas a ir de tiendas, Rubio? —se burla Julián.

—Vete a la mierda. Ya me las arreglaré —digo, haciendo una bola con el papel de aluminio en

que venían envueltos los bocadillos y estrujándola en un puño.

Él se ríe y se enciende un cigarrillo, lo que imito con rapidez. Lo de fumar, que reírme no me apetece demasiado.

—Flores. Eso siempre les encanta y no es nada complicado. Hasta se las entregan los de la floristería y todo —continúa con el tema de marras.

—No voy a regalarle flores a Laura —respondo, más sulfurado de lo que debiera.

—¿Por qué no? —mete baza Tobías, pendiente de nuestra conversación.

—Porque no. —Malhumorado, le doy una larguísima calada al pitillo y le echo una mala mirada a Julián.

—Pues a mi novia le chiflan. Y a mí me rechifla cómo me las agradece —sigue el chaval, sin saber que con ese comentario ha acabado por ponerme de mala hostia, y lo peor es que no tengo claro el motivo. O quizás sí...

—Pero Laura no es mi novia. Y si ya habéis terminado de comer, sería bueno que volviéseis al trabajo.

Los muchachos optan por obedecerme al instante, pero Julián y Colás se quedan allí, observándome detenidamente.

—¿Qué? —escupo, llevando mi vista de uno a otro.

—Solo ha hecho un comentario, no era para ponerse así —comenta Julián con disgusto.

—¿Y tú qué eres ahora? ¿Su abogado? —le espeto, machacando la colilla bajo mis botas de trabajo.

—Joder, tío, no se te puede decir nada. Y menos si se trata de Laura...

—¿Cómo? ¿Qué coño estás insinuando ahora?

—Rubio... —Colás pronuncia mi nombre con tranquilidad, poniendo todavía más en evidencia el tono agresivo con el que yo he hablado.

—No estoy insinuando nada, Rubio. Pero últimamente estás inaguantable, siempre a la defensiva. Y repito, sobre todo cuando se trata de ella.

—Estás paranoico, Julián —le rebato—. Y de todas formas, eso no es tu problema.

—Sí que lo es. Pero más tuyo, desde luego. —Y sin más, se dirige con pasos apurados hacia la obra.

Miro a Colás, que permanece muy quieto, con los ojos clavados en mí y las manos en los bolsillos.

—¿Tú opinas igual?

—Mi opinión no importa —me dice serio—. Pero sí que deberías escucharte más a ti mismo.

Y otro que se va, dejándome solo y, esta vez, a cuadros.

Me enciendo otro cigarrillo y le doy pequeñas patadas a cuanto piedra aparece ante mis pies. ¿Escucharme a mí mismo? ¡Qué chorrada! ¿Desde cuándo tengo a un filósofo en la empresa? Quizá sí esté un tanto irascible, pero motivos no me faltan, joder. O quizá sea yo el paranoico, porque lo que lleva sucediendo toda la semana muy normal no es. El marco con la foto de Clara de mi mesilla no ha vuelto a desaparecer, pero todas las mañanas, todas, lo descubro boca abajo. He cerrado la puerta de mi cuarto con llave, incluso, para asegurarme de que nadie entra en él de noche, pero eso no ha cambiado la situación. O me estoy volviendo loco o hay un fantasma paseándose por mi casa, joder, cosa que me niego a creer.

Toco las alianzas que llevo prendidas al cuello en una fina tira de cuero. Las aprieto hasta que me las clavo en las palmas. Tiene que haber una explicación racional. A lo mejor soy yo, inconscientemente, apartándola de mí un poco más.

La siguiente piedra la lanzo tan fuerte y lejos que oigo a Julián protestar.

—¡Eh, cuidado, tío! ¿Qué coño haces?

—Perdón —susurro, sintiéndome tonto del todo. Y me enciendo el tercer cigarrillo seguido, dejándome caer en el duro asiento.

Luego también está ese puto sueño. Cuatro. Cuatro veces lo he tenido en apenas quince días. Me despierto sudando, con una sensación horrorosa, como si mi mujer hubiese vuelto a irse, escurriéndoseme entre los dedos. Nunca consigo verla del todo y, sin embargo, sé que es ella la que se aproxima a mí mientras toco esa canción, siempre la misma. Jesús, es exasperante y agotador. A veces me levanto más cansado de lo que me acuesto.

Y para putada final, lo otro. Algo que prefiero obviar por completo y ni pensar, porque si lo del fantasma es absurdo, eso es inadecuado e imposible.

—¡Ábrelo, ábrelo!

—A ver, ayudadme vosotras —les pide Laura a las niñas, con el regalo en las manos. Y ellas, emocionadas, comienzan a romper el papel con impaciencia.

Yo las miro a las tres desde mi sitio a la mesa, con el café delante y un trozo de tarta que he comprado en el local de Miriam. Laura no quería celebrarlo de ninguna manera especial, pero al final la obligué a soplar las velas y pedir un deseo. Supongo que el empeño que Clara siempre ponía en esa pequeña tradición se me quedó adherido sin querer.

—¡Oh! ¡Dios mío! ¡Joder!

—Tía, esa boca... —la reprende Marta con seriedad, cruzándose de brazos, lo que me hace sonreír.

—Perdón, perdón. Pero es que es muy chula. ¡Me encanta! —La levanta en el aire y la observa desde todos los ángulos antes de ponérsela y ceñírsela a su cuerpo como si quisiese fundirla con su piel. Corre hasta el vestíbulo, supongo que para mirarse en el espejo de allí, y vuelve de nuevo a la carrera. Esta vez clava los ojos en mí y me mira emocionada—. Gracias, Rubio. Es preciosa. Y tan suave...

—Me alegro de que te guste. No sabía qué regalarte y...

—Has acertado de pleno. ¡Qué chula! Tienes muy buen gusto, sí señor.

—Bueno... —carraspeo y me veo en la obligación de admitir que no todo el mérito es mío, porque al final sí tuve que pedir ayuda a las chicas—, Nela me ayudó bastante.

—Pues enhorabuena a los dos. Es justamente la que hubiese elegido yo. —Sonríe con toda la cara, y nunca mejor dicho. Laura tiene la boca grande, pero nunca le había visto una sonrisa tan radiante, de oreja a oreja.

—¿Ese es el deseo que pediste antes, Mina? ¿La cazadora? —le pregunta Llara, curiosa—. ¿Papi ha acertado?

Me echo a reír. Muy típico de mi niña, seguramente sea eso lo que ella hace cuando sopla las velas, pedir los regalos que le apetece recibir.

—No creo —le respondo—. ¿O sí, Laura?

Ella me mira y juraría que se ruboriza un poco, pero gira la cara tan rápido que no estoy seguro del todo.

—¿Qué fue lo que pediste, tía? —se interesa entonces Marta.

—Los deseos no se pueden decir en voz alta —le explica ella.

—A nosotros sí, no se lo vamos a contar a nadie.

Laura se acerca y le susurra algo al oído. Mi hija sonrío satisfecha y vuelve a sentarse a la

mesa.

—¿Qué es? ¿Qué es, ma... Mina? —Lara ha titubeado durante una milésima de segundo al llamarla, y sus ojitos me han buscado durante ese tiempo. Imagino que es porque sabe que me molesta, pero ni siquiera por cumplirle el gusto a mi pequeña soy capaz de decirle que no me importa. Porque lo hace. Y mucho.

Laura, ajena o ignorando el lapsus de la niña, se inclina y repite la misma jugada con ella, obteniendo el mismo resultado. Una inmensa sonrisa.

—Yo también quiero saberlo —exagero un mohín caprichoso, sintiéndome excluido.

—De eso nada —me responde Laura—. Es un secreto.

—Bueno, está bien, ya me enteraré.

Me acabo mi trozo de tarta y Lara se sirve otro para ella, mientras las niñas corren hacia el sofá y se entretienen con dibujos en la tele.

—Muchas gracias, Rubio. No tenías por qué hacerme ningún regalo.

—No seas tonta, claro que sí. Además, he estado en plan espía y me he fijado que la tuya está para pocos trotes ya.

Ella suelta una carcajada.

—Fue lo primero que me compré con mi primer sueldo en el Pantera. Y eso que se suponía que estaba ahorrando para estudiar. Me apetecía tanto una de las de verdad...

—Y le has sacado partido, eso es cierto.

—Sí. Mucho.

Luego me pregunta sobre el trabajo y yo también me intereso por sus proyectos, pero no tiene mucho que contar. En todo el verano lo único que hizo de lo suyo fue cambiar la decoración del cuarto de su padre, y creo que Lidia se lo pidió más por mantenerla ocupada que por otra cosa.

Tras una hora amena de conversación, en la que también hemos charlado sobre Colás y Nela y lo frustrante que resulta verlos a los dos así de mal, nos encargamos de adecentar un poco la cocina y luego acostar a las niñas.

—Por cierto, el fregadero vuelve a gotear —dice ella en cuanto regreso.

—¿Otra vez? Pero si lo miré hace menos de una semana por segunda vez... —Sí, al día siguiente del aniversario de Clara, con resaca y todo.

Laura se encoge de hombros.

—Pues pierde agua.

—Buff, a ver...

Me arrodillo en el suelo y abro el armario para echarles un ojo a las tuberías de las narices. Que ya les cambié las juntas, los latiguillos no presentan ninguna rotura y sí, aunque ahora mismo no gotea porque el grifo está cerrado, hay un recipiente debajo con bastante agua. Lo habrá puesto Lara, supongo.

—¿Quieres que te traiga las herramientas? —escucho a Lara muy cerca de mí.

Saco la cabeza de dentro del armario para contestarle que ya voy yo a por ellas, pero con lo que no cuento es con encontrármela justo detrás de mí y en cuclillas.

Tropezamos y, cuando veo que se va a caer hacia atrás, la sujeto por los brazos con fuerza y la traigo hacia delante. Con demasiado ímpetu, por lo visto, porque acabamos casi abrazados. Tan cerca que puedo apreciar las pequeñas pecas más claras en la piel de sus mejillas, escondidas entre las más grandes, a la vez que respiro su aliento, que se cuele entre sus labios algo abiertos por la sorpresa.

Es cuestión de un par de segundos, no más, pero, cuando me doy cuenta de la posición en la que estamos, la suelto con el mismo brío con que la agarré, por lo que esta vez sí acaba sentada en

el suelo, despatarrada.

—Coño... —susurra ella tras el golpe. Está colorada, aunque ni me planteo imaginarme que la causa sea otra más que el batacazo que se acaba de dar.

—Perdona... Joder, lo siento —me disculpo apresurado, de la misma manera que me levanto y me entretengo sacudiéndome las rodillas, que no tienen la más mínima suciedad.

—Nada, nada. —Ella también se incorpora con rapidez y desvía la mirada hacia cualquier punto en que yo no esté.

—¿Estás bien? ¿Te has lastimado?

—No, no. Qué va.

—Vale. Voy... Voy a por las herramientas.

—Sí, vete. Vete a por las herramientas.

—Sí, a ver si esta vez consigo arreglarlo al fin.

—Sí, eso sería genial.

—Vale. Pues voy a por ellas.

—OK. Yo... Yo... Si no me necesitas, me voy a acostar. Estoy cansada y...

—Sí, ve. Me las arreglo solo. Voy a por las herramientas, que sin ellas no...

Y, por fin, salgo de la cocina para ir a buscarlas al armario de la entrada, donde guardamos un poco de todo. A buscar las puñeteras herramientas y sintiéndome idiota perdido. Porque ¿cuántas veces he dicho que iba a por ellas, joder?

CAPÍTULO 22

Laura

Durante meses he estado viviendo una vida que no sabía cómo vivir, cuestionándome, a cada momento, cuál sería el paso que daría Clara en relación a sus hijas y a su casa. Algo de cierto tenían las palabras de Marcos, aunque sea ahora cuando me haya percatado. Ahora que no quiero seguir haciendo aquello que no va conmigo, como, por ejemplo, asistir a misa el día de la Patrona.

Llevo toda la semana pasada pensando en la mejor manera de actuar, pues las niñas, desde bien pequeñas, acostumbran a ir. Al final he encontrado la solución, aunque esta pase por tener que intentar mantener una conversación civilizada con Adela. Yo misma me presenté en la ferretería para preguntarle si sus nietas podían acompañarla a la iglesia, pues sé fijo que ella por nada del mundo falta a tal ceremonia.

—Claro que pueden venir conmigo, faltaría más. Pero que sepas que a ti no te vendría mal asistir a misa —me soltó con su cortesía habitual.

—Sea como sea, no voy a ir —le aseguré, sin amilanarme.

—Laura, ahora eres un ejemplo para las niñas, estaría bien que ellas te vieran asistir y honrar a la Virgen como se merece.

En esa ocasión me faltaron las palabras, porque hasta me pareció oír amabilidad en su consejo y, cuando continuó, ya flipé del todo.

—Estás haciendo un gran trabajo con ellas, no falles ahora en nimiedades.

La miré muy seria e intenté que, por una vez, comprendiera mi punto de vista.

—Gracias, Adela. Pero... Pero lo que no puedo es fallarme a mí misma actuando como nunca lo haría, ¿no crees?

Ella solo frunció los labios y me dedicó una mirada que no comprendí. Luego volvió a fijarla, junto con toda su atención, en su calceta, tal como la había encontrado al llegar.

Así que, aunque las frases intercambiadas con ella me dejaron un sabor agridulce, lo que importa es que las niñas han ido con ella a la iglesia y yo estoy ya en casa de mi padre, donde hoy nos han invitado a comer a todos para festejar el día del Pilar. Y eso hace de este día algo diferente, especial, porque no solemos celebrar muchas cosas, y menos juntos. De una temporada a esta parte, yo suelo comer aquí dos domingos alternos al mes, mientras Chema y las niñas lo hacen en casa de sus padres. Los restantes los pasamos en el piso, los cuatro, como siempre. Así que, ilusionada, me dispongo a poner la mesa, esta vez en el salón, dejando a Lidia delante de los fogones dándole los últimos toques a la comida.

Cuando vuelvo a la cocina con mi tarea lista, mi madrastra me tiende una copa de vino que acaba de abrir. Suelto una risita a la vez que la llevo a la boca y doy un sorbo.

—¿De qué te ríes? —me pregunta con las cejas arqueadas y una sonrisa.

—De que es la primera vez que pienso en ti como mi madrastra —me sincero—. Y mira que le han puesto un nombre feo.

Ella suelta una carcajada.

—En eso te doy la razón. Pero que en los cuentos todas sean tan perversas ha ayudado bastante a que suene mal. «Cunnilingus» también es un nombre horrible; en cambio, la mayoría de la gente lo asocia a algo muy bueno.

—¡Lidia! —Se me escapa una carcajada horrorizada y divertida ante su desfachatez, que la contagia al instante, y así nos encuentra Chema cuando entra por la puerta trasera con las niñas.

—¿Qué es tan gracioso? —curioseas con una sonrisa.

Me atraganto con mi propia saliva, haciendo que Lidia se ría todavía más.

—Aquí, hablando de palabras feas —contesto todo lo sería que puedo aparentar.

—¿Como cuáles, para que os hagan reír de esa manera? —el que pregunta ahora es mi padre, al que no he visto ni entrar, tan concentrada en mi cuñado.

Y vaya, está muy guapo. Bueno, lo están los dos, pero ahora hablo de mi padre, que luce el uniforme de gala con el que viene de la misa en Luarca, donde tienen el cuartel.

—Como «madrastra» —responde Lidia con una sonrisa pícaras y guiñándome un ojo.

—Ah, sí, es fea de narices —afirma él.

—La de Blancanieves y la de Cenicienta son muy malas —nos comunica Marta con una convicción tal que se diría que habla de personas de verdad, lo que nos hace sonreír a todos.

—Sí, muy malas —repite Llara.

—Pero no todas lo son —explica Lidia—. ¿Verdad, Laura?

—No, no todas. Por ejemplo, Lidia es mi madrastra y es muy buena, ¿a que sí?

Las niñas la miran con una atención y una curiosidad desmesuradas, como si la viesen por primera vez en su vida. Entrecierran los ojos mientras sus pequeños cerebros intentan digerir esta nueva información sobre ella.

—¡Ah, claro! —Parece entenderlo Marta al cabo de apenas un minuto—. Y tienes razón, ella no es mala.

—No, ella es buena —interviene Llara—. Y no usa vestidos largos y con faldas así. —Mueve las manos sobre sus caderas, mostrando cómo sería un vestido pomposo de época.

—Nooo, gracias a Dios. —Se ríe Lidia, y los demás ampliamos nuestras sonrisas ante el desparpajo e inocencia de la niña.

—¿Tía Laura? —Marta me mira pensativa, pero en sus palabras se aprecia la ilusión—. ¿Tú también vas a ser nuestra madrastra?

Trago saliva con fuerza y pienso en algo sensato que contestar, pero mi ahijada comienza a dar saltitos, exultante.

—¡Sí, sí, *porfa!* ¡*Porfa, porfa!*

—¡Sería tan guay...! —se anima la mayor.

—Bueno, ya está bien —Chema no alza la voz, pero su tono frena a las pequeñas en seco—. Dejad a vuestra tía en paz. Venga, sentaos a la mesa, que es hora de comer. —Y con una mano en la espalda de cada niña, las saca de la cocina en dirección al salón.

Miro a Lidia un fugaz momento antes de clavar la vista en el suelo, el suficiente tiempo para captar en ella un ligero encogimiento de hombros y una mirada de lástima que me avergüenza más que la situación vivida.

—Bueno... —Mi padre se aclara la voz y va tras ellos—. ¿Llevo algo a la mesa?

—No, ve yendo, cariño. Ya podemos nosotras —le contesta Lidia.

Yo, casi con prisas, cojo de la encimera la fuente de marisco, pero, cuando estoy dándome la vuelta, ella me detiene poniéndome una mano en un brazo.

—Todavía está todo muy reciente, Laura.

—¿Qué? —pregunto por inercia, pero al momento sé de qué habla y lo que da a entender me deja tan estupefacta como inquieta, sin saber qué decir—. ¡Claro! ¡Qué chorrada! Estas niñas se imaginan unas cosas...

—Sí, porque te adoran.

—Sí, y yo a ellas. Y supongo que echan de menos a una madre y...

—Desde luego. Y tú estás haciendo muy bien ese papel...

—Lo mejor que puedo. Y claro, luego sueltan este tipo de comentarios absurdos y...

—Ya. Porque eso es imposible, ¿no? Que Rubio y tú...

Abro los ojos como platos y creo que se me ponen colorados hasta los dientes.

—Él... Él es el marido de Clara, Lidia, yo nunca...

—Era —me interrumpe ella por enésima vez.

—Pues eso. Y nosotros solo... Él es mi cuñado, joder.

—Claro, perdona. Estoy diciendo tonterías, ¿verdad?

—No te preocupes, olvídalos.

Pero aún me observa detenidamente un instante antes de soltarme.

—Venga, lleva la fuente, que ahora mismo voy yo con las bebidas.

Y sin saber muy bien qué ha pasado ahora mismo entre ella y yo en esa cocina, me encamino al salón.

La comida está riquísima y Chema parece estar de nuevo de buen humor, así que disfruto de la compañía y participo en la conversación, como si no hubiese pasado nada fuera de lo común hace apenas un momento.

—Esta carne está buenísima —la elogia Rubio, cortando un trozo enorme de ella antes de metérsela en la boca.

—Sí, espectacular —corroboro, porque lo cierto es que está increíble.

—Gracias, chicos. Es una receta de mi abuela. —Me mira y me señala con el tenedor—. Te la paso cuando quieras, Laura.

Chema se ríe entre dientes.

—No te molestes, Lidia. La estropearía —se burla, logrando que entrecierre los ojos en su dirección—. Pero yo sí que te la acepto encantado.

—Vale, pues entonces te la daré a ti —acepta ella con una sonrisa.

—Lo cierto es que los dones culinarios se los llevó todos Clara, ¿eh, Laura? —comenta mi padre con naturalidad y una sonrisa quizá algo triste. La verdad es que me encanta que hable de ella de esa manera, como si todavía estuviese entre nosotros o su falta no fuese motivo suficiente para no nombrarla. Yo también suelo hacerlo con las niñas, y creo que, al hacerlo, incluso aliviarnos un poco el dolor de su pérdida. En cambio, Chema... Bueno, Chema lo lleva como puede, supongo.

—Sí, papá —le respondo también con una sonrisa—. Ese y alguno más.

—Bueno... Tú también tendrás los tuyos —me dice Lidia con cariño.

—Desde luego —respondo con una sonrisa. Y solo por poner un ejemplo tonto, añado—. Bailo mejor que ella.

—Sí, Mina baila muy bien —interviene Llara sentada a mi lado—. Pero mamá canta mejor.

Todos la miramos, un poco asombrados de que recuerde eso.

—¿Recuerdas cómo cantaba mamá? —le pregunta Chema, que había estado algo cabizbajo durante todos los últimos comentarios.

—Sí, claro. Ayer me cantó la del patito. Es mi favorita.

Se me ponen los pelos como escarpas y, sin pensar, miro hacia Rubio, que parece que acabe de tragarse algo en mal estado. Está pálido e incluso ha comenzado a sudar.

—Llara... —comienza con tono de reproche, pero lo interrumpe Marta al instante.

—¡Mamá no puede cantarte, tonta! ¿Por qué sigues diciendo mentiras?

—Marta, por favor... —intento aplacarla yo.

—Es que no puede... —se defiende—. Ella está...

Un golpe en la mesa la hace callar de inmediato. Chema las mira a ambas muy serio antes de dar una orden tajante.

—Se acabó esta conversación. Comed y callaos. Las dos.

Las niñas obedecen sin rechistar, pero puedo notar como Llara lucha contra el llanto, sin saber qué ha hecho mal, mientras su hermana le lanza miradas enfadada. Le acaricio un brazo con ternura a mi ahijada y le sonrío cuando me mira, intentando decirle sin palabras que está todo bien, lo que, por suerte, parece funcionar.

A pesar de que todos seguimos comiendo e intentando aparentar que no ha pasado nada, no es hasta que Lidia sirve el postre que el ambiente parece volver a la normalidad. He sido testigo de la conversación muda entre mi padre y ella durante los últimos minutos, también de cómo Chema intentaba tranquilizarse un poco, aunque fue incapaz de acabarse la carne que antes de lo sucedido casi engullía.

Unos enormes helados vuelven a hacer sonreír a las niñas y hasta yo me atrevo a bromear.

—¿Por qué a mí no me das uno de esos, Lidia? —pregunto con un mohín enfurruñado, haciendo reír a mis sobrinas que, seguidamente, piden permiso para encender la tele y se acomodan en el sofá.

—Ve a por él —me dice ella—. Ya sabes dónde están.

Niego con la cabeza y sonrío antes de atacar la tarta de manzana casera, que merece un diez solo por el olor.

—¡Dios, esto está de vicio! —exclamo, saboreándola con ganas.

—Sí. Y la receta no es de mi familia. Lo cierto es que me la dio... —Lidia titubea, mirando un instante a Chema antes de continuar—. Bueno, Clara.

—Y sabe exactamente igual a la que hacía ella —asegura él después de tragar—. No me molesta en absoluto que la nombréis, es solo que antes... —No acaba la frase, con la vista clavada en el respaldo del sofá, donde las niñas siguen entretenidas.

Es mi padre el que replica con sencillez, rescatando su atención.

—Durante meses me pareció oír a Marta caminando por casa, incluso notaba su presencia, aunque nunca se lo comenté a nadie. Supongo que cada uno oye lo que quiere oír.

Lo miro pasmada ante su confesión, pues nunca he conocido a nadie tan práctico y prudente como mi padre, y escucharlo decir eso... me deja totalmente descolocada.

—Papá...

—Sí, ya ves —continúa dirigiéndose a mí—. Luego dejé de hacerlo y comencé a verla en vosotras dos. Clara tenía su mano en la casa, su voz y sus ojos. Tú, su mala leche, su impaciencia, su pelo y su...

—¡Dios, heredé lo peor! —protesto, solo para romper la emoción del momento. Y bueno, porque algo de razón también tengo. Consigo lo que pretendía y Lidia se echa a reír, mientras ellos lo disimulan mejor, componiendo sendos resoplidos.

—Yo hasta diría que lo heredaste todo duplicado por dos, Laura —se cachondea mi padre, a quien, desde que está con Lidia, hasta me cuesta reconocer a veces—. Sobre todo, la terquedad y esa vena impetuosa.

—Eso seguro. A terca y a impulsiva no le gana nadie —lo secunda Chema, observándome con picardía, aunque ni siquiera me parece mal, porque al menos ha recuperado algo de su chispa.

—Bueno, bueno... ¿algún piropo que queráis echarme? —ironizo.

—Yo creo que todo eso que están diciendo no es malo, Laura —comenta Lidia—. Y tu padre ha omitido algo muy importante que también has sacado de tu madre. Su fuerza. Es más, pienso

que, viviendo en este pueblo y en la situación en la que estáis, te viene muy bien contar con tu carácter. No todo el mundo aguantaría los chismes que corren como tú y...

—Bueno, ese ya es otro tema —la interrumpe mi padre muy serio, lanzándole una de sus miradas de advertencia.

—La gente siempre habla... Además, yo ya estoy acostumbrada —digo, quitándole importancia al asunto, a la vista de lo molesto que él parece.

—Sí, pero eso no quita que haya que callar algunas bocas —continúa ella, ignorando el ceño fruncido de su pareja—. Y no me mires así, Abel, que fuiste tú el primero en hacerlo el otro día.

Ahora la que junta las cejas soy yo. ¿Qué? ¿A qué se refiere?

—¿Qué pasó? —Chema me saca la pregunta de la boca.

—La semana pasada, en la panadería, dos urracas estaban poniendo verde a Laura, y Abel las puso firmes en un instante. —Le acaricia un brazo con ternura y luego le pasa un dedo por el bigote, peinandose, para acabar bromeando—. Y eso, sin uniforme.

Él parece, de repente, bastante violento. Y yo me meto en la boca un trozo de tarta, para no decir lo que me gustaría a mí hacerles a esas malditas y morbosas cotillas.

—No era necesario que se enterasen, Lidia. Ellos, por desgracia, ya están al tanto de...

Se calla y se encoge de hombros, pero ella no lo deja pasar.

—Sí, claro. Será cosa de familia. Como ya parecen haberse cansado de cotillear sobre nosotros, ahora les ha tocado a ellos dos.

—Pues a ver si hay rápido algún escándalo en el pueblo y nos dejan un poco en paz —demando, y eso parece, por fin, acabar con el tema.

O al menos eso creo.

De vuelta a casa, sobre las cinco de la tarde, Chema aparca el coche delante de nuestro edificio y me mira pensativo antes de bajar de él, provocando que yo haga otro tanto.

—Hace un día magnífico y seguro que a las niñas les apetece montarse en los hinchables —susurra para que no lo oigan ellas, sentadas atrás—. ¿Te apetece venir con nosotros?

—Claro —respondo, casi tan contenta como las niñas cuando las ponemos al tanto de la idea.

No es que Chema y yo hayamos hecho nunca un pacto por el cual no debían vernos juntos en público, pero la verdad es que no es muy usual que lo hagamos. Salvo un par de veces que hemos ido a la playa con las niñas, siempre las hemos acompañado por separado, quizá porque nuestro subconsciente no quería dar más pie a los rumores, o tal vez para demostrar que nuestras vidas son del todo independientes, a pesar de vivir y trabajar juntos. Y, en contra de mí misma, y de saber que disfrutar con él de un simple paseo no apoya nada mi propósito de no soñar con un futuro a su lado, no puedo evitar sentirme ilusionada como una adolescente en su primera cita.

Es de lo más absurdo. Todo. Mi propósito y mis esperanzas. Hubo un momento en el que incluso me atreví a fantasear con la idea de que la convivencia a su lado me haría desencantarme de él. Al fin y al cabo, ¿a cuántos matrimonios les pasa eso? A muchísimos. Convencidos de que un noviazgo perfecto es sinónimo de un matrimonio ideal, descubren, al vivir juntos y con el paso del tiempo, que nada más lejos de la realidad, sino que los defectos se hacen más visibles y las virtudes ni se aprecian, como cuando consigues el trabajo de tu vida y te das cuenta de que madrugar es un coñazo y el sueldo no es para tanto. Ahí están las estadísticas que lo demuestran. Más de la mitad de los matrimonios acaban en divorcio.

Sin embargo, a mí parece sucederme todo lo contrario. Cada día que pasa encuentro algo en él

que me fascina más si cabe. Ya estaba prendada del Chema que creía conocer, pero este, el de verdad, me enamora a cada momento un poquito más. Se mete en mi corazón y ocupa mi cabeza por muchas trabas que pongo, por mucho que me aparte, porque siempre hay una parte de mí que lo busca incansablemente. Joder, si hasta me gusta de él esa parte borde que ignoraba que tuviese. Esa que a veces me saca de quicio y que me pone tan cachonda que...

—Estás muy callada, Laura. ¿En qué piensas?

Doy un respingo a su lado y me doy cuenta de que ya estamos en la plaza del pueblo, delante de un hinchable de Bob Esponja en el que las niñas saltan encantadas.

—¿Yo? En nada, en nada.

Él me mira dubitativo, pero no insiste, y yo me entretengo mirando a mi alrededor, descubriendo que solo somos cuatro gatos los que estamos aquí, todos pendientes de niños sudorosos y entretenidos en las atracciones que el ayuntamiento pone gratis este día para ellos. Bueno, y ahora de nosotros, pues no me pasa desapercibido como varios ojos no se pierden detalle de lo que hacemos. Como si fuésemos a ponernos a besarnos aquí en medio... O en cualquier otro lugar, ya puestos.

—No hay mucha gente —comento por decir algo, y más incómoda por él que por mí.

—No, supongo que todavía es temprano —dice él mirando el reloj—. Pero mejor, así no hay cola y las niñas podrán jugar lo que quieran. ¿Qué te parece si nos sentamos un rato?

—Sí, claro.

Damos los pocos pasos que nos separan del asiento y nos acomodamos en él. Intento concentrarme en observar a las niñas divirtiéndose y en sacar un tema de conversación interesante con Chema, pero mis ojos, como si tuviesen vida propia, buscan los otros, los curiosos, los que parece que nunca en su vida han visto a dos cuñados sentados juntos en un puto banco.

—Ni los mires —dice él, leyéndome el pensamiento—. Céntrate solo en la gente que te aprecia, Laura, no...

—Joder, es que no me lo puedo creer. Podían disimular un poco, al menos. Ya hace más de un año que están con lo mismo, ¿no se aburren?

Chema sonrío de medio lado ante mi comentario, pero pierde la sonrisa al instante y me mira muy serio.

—A mí solo me molesta por ti. Porque...

—Eso es un poco machista, ¿no crees?

—¿Machista? ¿Por qué? —Se le escapa un amago de risa antes de continuar—. Y yo que creía estar siendo caballeroso preocupándome por ti.

—Claro, porque yo soy la puta y tú solo el viudo desconsolado del que me estoy aprovechando, ¿no? —le suelto sin pensar, cabreada por su condescendencia. Y porque sé que ese es el comentario más frecuente que corre por ahí. Pero, para mi sorpresa, Chema abre los ojos como platos y, a continuación, me fulmina con ellos.

—¿Qué cojones estás diciendo? No es por eso; es porque no te lo mereces, joder. Si todos ellos te conocieran un poquito, solo un poquito, sabrían que detrás de tanta mala hostia hay el corazón más grande de todo El Pilar. —Se frota la frente con el dedo corazón y el pulgar antes de continuar—. Y eso que has dicho... Solo es una más de tantas mentiras. También comentan que bien pronto olvidé a Clara y que no tengo ni pizca de vergüenza, con las niñas en casa y eso... Que...

—Ya. Creo que ya me los sé todos. No sigas. Y no merece la pena ni hablar de ello —lo interrumpo, pues, al igual que a Chema, a mí los chismes esos también me crisan todavía más cuando son hacia él. Eso y que lo que ha dicho sobre mí... me ha impactado. Sus palabras bonitas

solo son alimento con el que nutrir un poco más esa esperanza que yo no me puedo ni permitir.

Él vuelve la vista hacia las niñas y suspira sonoramente.

—Tienes razón, Laura. No vale la pena. —Clava de nuevo sus ojos en mí—. Además, que hablen y critiquen lo que quieran. Lo más importante es que los dos sabemos que nunca va a haber nada entre nosotros, ¿verdad?

Trago saliva con fuerza y asiento con la cabeza. Y entonces comienzo a moverla negativamente, al darme cuenta de que quizá estoy contestando al revés. Y lo refuerzo con una exclamación demasiado exagerada.

—¡No, no, nada! ¡Desde luego!

—Pues eso.

Mierda. Pues eso. Acabas de retorcer el puñal que ya tenía clavado en el corazón, pero gracias, Chema. Era justo lo que necesitaba para seguir con los pies en la tierra.

Chema

Entro en casa como una exhalación. Últimamente tengo la cabeza solo para peinarme, joder. La semana pasada olvidé pasarme a tomar las medidas para un presupuesto el día que prometí hacerlo y hoy, el día que tenía que entregarlo, voy y me lo dejo en casa. Menos mal que me lo ha recordado Julián, porque, después de haberle dado plantón a un futuro cliente el otro día, volver a hacerlo ya sería el colmo.

Miro el reloj mientras atravieso el pasillo con prisas. Bueno, he quedado en pasar sobre las once y todavía voy a tiempo, por suerte, porque...

—Oh...

—¿Qué...? —es lo único que acierto a decir en cuanto choco con algo... O alguien. Con tanta fuerza y tan de repente que los dos nos tambaleamos abrazados durante un eterno segundo. Ella trastabilla hacia atrás y pierde del todo el equilibrio. Cuando mis pies también tropiezan con la alfombra arrugada del pasillo al seguir su movimiento, ya soy totalmente consciente de a quién tengo entre mis brazos.

Sin pensar, la he sujetado con mis manos al primer contacto, y son mis rodillas las que sufren el primer impacto contra el suelo, intentando, sin éxito, no caer encima de Laura. Pero la inercia y mi peso, junto con el de su cuerpo, al que todavía me agarro, logran exactamente que suceda lo que trato de evitar.

—Jesús... —susurro enfocando la vista en ella. Ha sido todo tan rápido e inesperado que la postura en la que nos encontramos ahora mismo aún no ha sido registrada por mi cerebro—. ¿Estás bi...?

Y ahora parece que este tampoco sea capaz de mandar una simple orden. La de acabar una puñetera frase. Abro mucho los ojos, o los entrecierro, o quizá haya hecho las dos cosas a la vez, ya no lo sé. Lo único que sí sé con exactitud es que lo que menos esperaba era tenerla debajo de mí, prácticamente desnuda. Su pelo está empapado y nada cubre sus hombros. Bajo apenas la mirada para apreciar la toalla que todavía aprieta con sus manos sobre su pecho, pero que me deja ver la piel de su estómago, lo que me da una pista de lo minúscula que tiene que ser esa condenada prenda, por llamarla de algún modo. Levanto la vista rápidamente y, con la sensación de que me ha partido un rayo, la clavo de nuevo en su cara, donde todavía se aprecian algunas gotas de agua que se escurren hasta su cuello y que yo sigo con mucha atención, ofuscado, casi ajeno a mis propias acciones.

—Ay, Dios.

Eso hace que sea consciente de todo a la vez. De cómo la estoy mirando, de que es la primera vez que Laura abre la boca después de nuestra caída y de nuestra posición. Joder, sobre todo de nuestra posición. Yo apoyado malamente en mis rodillas, entre sus piernas abiertas, y con las manos, que he apartado de ella en algún momento, apostadas a ambos lados de sus hombros. Nuestros vientres se están tocando y, como no me aparte de inmediato, otra parte de nuestros cuerpos lo hará en menos de un segundo, poniéndome en evidencia.

Me impulso con las manos y me echo un poco hacia atrás, alejándome de ella, pero me quedo boquiabierto y estático cuando la oigo gritar.

—¡No! ¡No! ¡Ni se te ocurra!

—¿Qué...?

Laura parece espantada y me mira con una mezcla de cabreo y vergüenza que no logro entender. Ahora mismo no hay mucha sangre en mi parte norte, toda acumulada en otro punto de mi

anatomía, así que tampoco es extraño que esté un poco confundido. Hago de nuevo el amago de levantarme, pero vuelve a frenarme en seco.

—¡Que no te muevas, joder! —protesta, acabando con un gemido que me hace sudar. Literalmente. Entonces, para rematar, mete las manos entre nosotros, tirando de la toalla hacia el centro de su cuerpo, rozándome el estómago sin querer; mi mente lo reproduce como caricias. Bajo un momento la vista, intentando comprender qué demonios hace, pero la subo en cuanto la oigo resoplar. Su cara es un poema, parece disgustada y está como un tomate.

—¿Qué pasa? —Hacer esa pregunta y que no haya salido como un graznido me ha costado lo mío, pero al fin he podido ponerle voz a mis dudas.

—Dios... —gime Laura, cerrando un segundo los ojos. Cuando los vuelve a abrir, sopla antes de hablar—. Se me ha movido la toalla. Está toda arrugada en mi espalda y no logro... —Comienza a subir un poco su cuerpo contra mí, meneándose hacia los lados para recuperarla—. Déjame... taparme un poco, por favor.

Vale. Ya lo entiendo. Pero eso no me ayuda nada, joder. Y va en serio lo de que tengo que separarme de ella. Ya.

—Acaba de una vez —mascullo, frustrado y cabreado conmigo mismo.

—Eso intento, joder. ¿O no lo ves?

Yo es que lo veo todo rojo. O negro. Más bien nublado. Me incorporo apenas dejándole más espacio de actuación y apartando todo cuanto puedo nuestras pelvis.

—Mira, parecemos tontos —ella suspira y yo clavo la vista en una de sus mejillas. Un sitio de lo más inocente, ¿no?—. ¿Por qué no cierras los ojos y te levantas y ya? No me mires y todos contentos.

¡Claro! ¿Cómo es que ha tardado tanto en llegar a esa fácil solución? ¡Y qué estúpido! ¿Cómo no se me ha ocurrido a mí?

«Pues porque ahora mismo solo piensas con una cosa, Chema». Mierda.

Cierro los párpados con fuerza y me pongo en pie tan rápido como le doy la espalda. Y no solo para no ver su desnudez, sino también para que ella no me vea a mí y mi... Bueno, que no me vea. Aprieto los puños con tanta saña que hasta me duelen las manos y me quedo ahí quieto, como una estatua, sintiéndome ridículo. Y cabreándome. Mucho. Estoy tan furioso que oigo rechinar mis dientes. Joder, ¿qué coño estoy haciendo? Es Laura, la hermana de Clara. ¡Clara, mi mujer!

Bajo la cabeza y observo mi erección, que baja ante mis ojos casi al instante. Y entonces los cierro de nuevo, procurando calmar mi rabia y mi respiración.

Después de la muerte de Clara, quizá a causa de una depresión nunca diagnosticada, o a lo mejor simplemente por la tristeza inmensa que me superaba, no lograba empalmarme ni queriendo. Tardé meses en hacerlo. Y fue Laura la causante. Lo achaqué a una puta casualidad. Se puso a cuatro patas buscando el mando de la tele, que se había colado bajo el sofá. Y de repente y sin previo aviso, ante la visión de su culo moviéndose arriba y abajo, eso despertó. Incluso me alegré, porque no le di demasiada importancia a que fuera ella el motivo, di por supuesto que cualquier buen culo hubiese servido para excitarme. Pero el día del cumpleaños de Llara, cuando intentaba desabrochar aquella condenada cremallera, pensé que me daría algo allí mismo. Mi cuerpo volvió a reaccionar a ella de una manera brutal, casi con necesidad. Como un hombre perdido en el desierto ante las primeras gotas de lluvia. Rechacé esa reacción tan desafortunada e intenté incluso ignorarla. ¡Qué iluso!

Estos últimos meses han sido largos, horribles. Viéndola andar por casa con esa ropa que usa, que no es que sea provocativa en exceso pero sí bastante escasa. Excitándome en los momentos más inoportunos y odiándome por ello. Sí, odiándome. Porque Clara aún está muy adentro, joder,

¿por qué me excito con otras? No, no con otras. Con Laura. De todas las mujeres del mundo, tenía que ser ella la que me pone así...

Y eso me hace sentir desleal, estúpido, un mal hombre y un peor marido. Culpable por deseársela cuando todavía no debería tener ojos para otra, pues yo amaba a mi mujer. No, no en pasado. Yo aún la quiero. Solo a ella.

¿Cómo puede ser de otra manera? Clara era maravillosa, tenía todo lo que yo podía ansiar en una mujer. Era amable, cariñosa, generosa, serena, organizada y preciosa. Y su sonrisa era la de un auténtico ángel. Vivir con ella era fácil, inmejorable. Y Laura es... todo lo contrario. Es una persona increíble y tiene un corazón de oro, pero también es una pelirroja inquieta, deslenguada, impulsiva, un poco desastre y... preciosa, sí. Laura es muy atractiva, pero tan diferente a Clara... Es llamativa, casi exuberante... Una tentación para la libido de cualquier tío y eso es algo tan objetivo como que su pelo es rojo y su estatura, poco más de metro y medio. Pero yo soy su cuñado; por lo tanto, debería apreciar su belleza desde otro punto de vista y ser inmune a...

«¿Inmune, Chema? Y una mierda». Es verdad. Me atrae de una forma bestial y obscena. Dios, ¿cómo puede estar pasándome esto? Ni yo mismo estoy preparado para algo así. Es ilógico, desafortunado y está totalmente fuera de lugar. Siento tanto desprecio hacia esta atracción y, como resultado, hacia mí mismo, que me daría de hostias.

«Joder, es que no eres más que un hombre, un puto mortal. No te fustigues por algo que no puedes controlar».

Pero lo hago. Lo hago porque me siento un hipócrita al echar de menos a mi mujer mientras es su hermana la que me pone cachondo, joder.

Y apartarla de mi vida no me parece una opción. Mis hijas no tienen por qué pagar que su tía me tenga como cuando tenía dieciséis años y mi polla, y las ganas de satisfacerla, parecían ser lo único importante en mi vida. Y ella tampoco.

—Ya está. Ya puedes mirar, eh. Con bikini estoy todavía menos tapada.

Mierda. Sin pensarlo siquiera, me giro. Y toda la ira del mundo parece caer sobre mí cuando la veo envuelta en una toalla que le llega a medio muslo, apretándosela contra el pecho y mirándome con una sonrisa tímida. Furia hacia mí, que no soy capaz de aplacar o dejar dentro.

—Es que no sé qué coño haces paseándote medio desnuda por casa, Laura. Si llego a venir con alguien o...

—¡Oye! Que salía de la ducha camino de mi habitación, que queda justo al lado. ¿A qué viene esa estupidez?

—¡No es ninguna estupidez! Deberías acostumbrarte a llevarte la ropa contigo y vestirte en el baño, joder.

Laura entrecierra los ojos y ladea la cabeza, seguramente sin dar crédito a lo que oye. No me extraña, la verdad, pero parece que no puedo parar de meter la pata y pagar mi frustración con ella. Además, también podría poner algo de su parte y no provocar a cada momento, digo yo.

—¿Como haces tú? —me espeta—. Porque te he visto más veces en calzoncillos o con la toalla a la cintura de las que tú nunca...

—Joder, pero yo soy un tío. —Y, vale, esta es la frase más estúpida que he dicho en mi vida.

—¿Y? Perdona, pero... —se calla y se acaricia los labios con el dedo índice, observándome con atención. Cuando vuelve a hablar, ya no parece molesta, sino hasta preocupada—. A ver, ¿qué te pasa, Chema?

Jesús. Me quedo muy quieto, con los ojos clavados en su boca, sin acabar de creerme que me haya llamado así. Chema. Nunca, jamás, me ha llamado así. Yo soy Rubio para ella, como para casi todos. Solo mis padres, y alguna que otra vez Julián, lo hacen. Y Clara. Para ella, siempre fui

solo Chema. Es una tontería y lo sé, o al menos mi parte racional lo sabe, pero la cabreada, la decepcionada conmigo mismo y culpable de desear lo que no debería... esa se pone frenética. He intentado marcar una barrera entre nosotros, y de un tiempo a esta parte, cada vez con más ahínco. No tocarla era clave. No abrirme a ella, también. No observarla con demasiada atención. No estar a solas con ella. Y, mierda, he incumplido todas y cada una de ellas. Es como si dependiera de todas esas cosas y, en cuanto me descuido, estoy rozándola, contándole mis cosas o invitándola a pasear por la puta plaza del pueblo. Ella parecía incluso más dispuesta que yo a guardar las distancias, y no usando mi nombre de pila lo hacía de una manera increíblemente significativa. Tanto que es ahora que no lo ha hecho cuando me doy cuenta de lo íntimo que ha sonado mi nombre en sus labios y de lo injusto que es eso. Para mí, para ella y para Clara. Ante todo, para Clara.

—¿Desde cuándo soy Chema para ti, Laura? —le pregunto, mordaz, sin intentar reprimir la rabia de la que ella, en el fondo, no es la responsable.

Ahora hay tanta sorpresa y dolor en su rostro que todavía me cabreo más.

—¿Qué...? ¿Qué? Yo... Bueno... Es tu nombre, ¿no? —Su vacilación me produce una punzada en el pecho, porque me estoy portando como un auténtico cabrón, pero eso no impide que siga echándolo todo fuera, cubriéndola a ella de una mierda que solo me pertenece a mí.

—No te confundas, Laura. Vives en su casa, con su marido y sus hijas, pero no eres Clara y nunca podrás ocupar su lugar.

Creo que, si en ese momento le clavase un cuchillo, ni se inmutaría. Se ha quedado petrificada, está más pálida de lo normal y aprieta tanto la toalla entre sus manos que va a acabar por romperla. Cierro las manos en puños y aprieto la mandíbula hasta sentir dolor. ¿De verdad le acabo de decir todo eso? ¿A ella? ¿A la que ha abandonado su vida para estar junto a mí y mis hijas durante la peor desgracia de nuestra vida? ¿Y qué coño he insinuado? Ni que yo fuera una especie de premio gordo, joder.

Noto justo el momento en que la rabia la hace recomponerse, porque inhala aire muy rápido y luego lo suelta a bocanadas, casi a la vez que sus palabras.

—Ya sé que no soy Clara. Siempre lo he sabido. Lo que no sabía era lo hijo de puta que puedes llegar a ser tú. —Y tras eso, gira su cuerpo bruscamente y se mete en su dormitorio con tal portazo que retumban las paredes.

Clara

Observo pasmada como Chema se encamina a nuestra habitación y cierra con el mismo ímpetu que Laura. Cuando reacciono y voy tras él, lo veo sentado en la cama, con mi retrato en las manos. Retrato que yo pongo boca abajo todas las noches, después de mi intento frustrado de esconderlo en un sitio tan inútil como el que se me ocurrió rápido y corriendo. Como si no tuviese todo el tiempo del mundo para pensar las cosas y actuar con más inteligencia, por Dios. Pero estoy tan perdida... Lo único que me propongo es dejarle pistas de que lo mejor es que me olvide, pero creo que mis acciones están logrando justo lo contrario. Que me tenga más en cuenta que antes y piense más en mí.

Aunque desee a Laura. Ha sido la escena más violenta que han visto mis ojos en toda mi vida. Y no porque yo me sienta mal, triste o engañada. No considero que Chema me esté siendo infiel de ninguna de las maneras; mi fantasmal vida no me deja tener ninguno de esos sentimientos, lo que valoro muchísimo. No, no es por mí ni por mis inexistentes sentimientos al respecto. Es por ellos y por su sufrimiento. El de ambos.

No sé hasta qué punto es solo atracción, deseo o algo más, pero ha sido más que evidente que eso lo hay. Y también la furia que lo consume por sentirlo.

Él acaricia mi foto con ternura durante unos interminables minutos y luego la deja con extrema delicadeza encima de la mesilla. Resopla con frustración y se pasa las manos por el pelo tantas veces que lo deja de punta. Se frota la nuca, la frente y comienza a pasearse como un león enjaulado por todo el dormitorio. De repente se para, abre el armario, rescata del estante superior una pequeña carpeta y sale de casa como alma que lleva el diablo.

—¿Quieres que me vaya? Y sé sincero, Rubio —Laura machaca la última palabra y lo mira de pie, mientras él se encuentra sentado a la mesa tomándose un café y con la vista fija en el móvil, después de acostar a las niñas.

Mi marido levanta la vista sorprendido y suspira. Durante el día de ayer no se dirigieron la palabra y hoy se evitaron como si uno de los dos tuviese la peste.

—¿Quieres irte? —le pregunta a su vez, con un tono de voz no dulce pero sí amable.

—Las hijas de mi hermana me importan lo suficiente como para aguantarte a ti y tus gilipolleces, pero tampoco voy a estar donde no me quieren, así que tú dirás...

No puedo evitar sonreír con ternura ante la manera que tiene Laura de nombrar a las niñas. Está demostrando un cinismo y una fortaleza increíbles, aunque por dentro se esté muriendo de dolor, vergüenza y amor. Sí, porque esa noche en la que sus lágrimas acabaron por empapar la almohada acabó por ahuyentar la mínima duda sobre ello. Mi hermana siempre ha tenido la costumbre de hablar consigo misma cuando tiene algún problema, y esa vez no fue la excepción, sino que me confesó, sin saberlo, todo lo que yo ya me imaginaba.

—No te vayas. Ahora mismo tú también eres muy importante para ellas —le dice él.

Ella eleva las cejas, retándolo a que diga algo más, algo negativo, a juzgar por la desacertada frase de mi marido, que se ha lucido... Ha dado a entender que a él le da igual. ¡Vaya por Dios!

—Solo una cosa más —añade Laura cuando se da cuenta de que Chema no va a decir nada más —. La próxima vez que me humilles de esa manera, te voy a dar tal guantazo que no te va a reconocer ni tu madre. ¿Te has enterado, Rubio?

—Oído y copiado —contesta él, serio.

—¿Me estás vacilando? —Ella no está para muchas bromas, y parece ser que no le ha gustado nada la respuesta de él.

—No. Yo... no tengo excusa, solo que me sorprendió y...

—Y que eres subnormal —remata ella con una calma y frialdad extremas, dejándolo solo en la cocina.

Y esa es la pauta de las dos semanas siguientes. Una extrema frialdad y una calma casi escalofriante que, contra todo pronóstico, parecen crear chispas entre ellos alimentando la tormenta. Solo espero que, cuando caigan los rayos, las niñas no estén presentes. Y que yo haya ideado un plan para hacerles ver que mi muerte no es un impedimento para que estén juntos, sino el principio del camino en el recorrido del encuentro de sus almas.

CAPÍTULO 23

Laura

Me despiertan las risas de las niñas, que, como acostumbran los fines de semana, se han colado bien temprano en la cama de su padre. Sonríe inconscientemente y me levanto después de mirar el reloj. Aunque falta bastante para mi cita, me arreglo para ella, y luego me dirijo a la cocina pasando lo más desapercibida que puedo.

Han pasado quince días y, aunque ya no estoy cabreada, muy a mi pesar, sí estoy tan dolida que todavía sangro por la herida. Pasé de sentir el calor de su cuerpo a que me lanzase dardos de hielo envenenados, joder. Pasé de sentir una calidez increíble en el vientre, excitada y sofocada, a quedarme congelada y petrificada cuando me escupió aquellas palabras casi con saña. Palabras, por otra parte, con tal trasfondo de verdad que tuvieron la capacidad ya no de ofenderme, sino de humillarme hasta el tuétano. Y la rabia que emanaba Chema... Esa todavía me tiene confusa.

Me llevo la taza a la boca justo en el momento en que él entra en la cocina, con un pantalón de pijama y una camiseta raída que le sientan mejor que si llevara un puto esmoquin. Se acerca a la cafetera guiado por el olor a café recién hecho que invade la estancia, pero, al cogerla, me mira fugazmente haciendo una mueca y coge un paño para abrirla y hacerse un poco. Porque sí, la cafetera todavía está caliente, pero tras servirme el mío en la taza que tengo entre los dedos, el resto lo he tirado por el fregadero.

No, no estoy cabreada, pero cada una sobrelleva su dolor como puede, y el mío está jodiendo bastante a Rubio. Se me escapa una sonrisa maliciosa antes de darle un sorbo a mi taza, observándolo hacer malabarismos para no quemarse.

—¡Joder! —exclama, cuando una parte de su mano entra en contacto con el metal ardiendo. Y clava sus ojos en mí, supongo que esperando una risa burlona de mi parte.

Risa que no llega, porque, de repente, mi estúpida travesura ya no me causa ninguna gracia. Me estoy comportando como una niña malcriada y esto no es típico de mí. Además, ¿por qué diablos lo hago? ¿Porque no puedo tenerlo?

«No, Laura, no solo es eso. Ni siquiera se ha disculpado, joder».

Eso es cierto. Y aunque soy incapaz de guardarle rencor, es lo mínimo que podía hacer después de su imprevisible y cruel reacción.

Me levanto con prisas y cojo el bolso que he dejado colgado en el respaldo de la silla. Necesito salir de aquí.

—¿Vas a salir? —me pregunta al fijarse en mi gesto.

—Sí, tengo trabajo.

Él arquea las cejas, en una pregunta muda que no le contesto.

—¿Vas a tardar mucho?

Ahora la que las levanta soy yo, casi con desafío.

—¿Por qué?

—También tengo que ir a trabajar un par de horas. Colás y Julián van a ayudarme a cambiar unas pizarras del tejado de la señora Fátima. No nos llevará más que un par de horas, pero las niñas...

—Llama a mi padre. Me comentó que querían pasar el día con ellas —digo, alejándome de la

mesa. Por primera vez, me desentiendo del tema y no cambio mis planes. Yo también tengo una carrera y, lo más importante, una vida que no lo incluye a él y a mis sobrinas, como muy claro me ha dejado.

—Laura...

—¿Qué quieres ahora? —Me vuelvo malhumorada, ya en la puerta del salón.

—¿No vas a acabarte el café?

Miro la taza tontamente, como si no supiera ni de lo que habla.

—¿Eh? Ah. No.

—Bien. —Él la coge y se la lleva a los labios—. Demasiado azúcar, pero bebible.

Y yo me largo, porque estoy a punto de estrangularlo con mis propias manos, o algo todavía peor. De comérmelo a besos, joder.

Esa faceta canalla que apenas conocía es la culpable, en serio. Me vuelve loca.

Mi actitud con Chema es tal que ni siquiera le he comentado quién ha requerido mis servicios como decoradora. Y eso que es el trabajo más lucrativo que me ha salido hasta ahora. Sobre todo porque es el primero en el que no voy a tener reparos en cobrar unos honorarios incluso un poco desorbitados. Si me quieren, que me paguen. Aunque sea por ser quienes son. Los Alonso.

Increíble. Aún me dura la sorpresa ante su propuesta. Fue la mismísima Aída madre la que me interceptó en la calle, explicándome que había visto alguno de mis trabajos y que quería contratarme. Según sus propias palabras, hay que darle trabajo a la gente del pueblo, para que nuestra juventud no busque en otro sitio. Supongo que lo dice porque cada vez son menos los jóvenes que nos quedamos y su fábrica está compuesta por trabajadores, en su mayoría, de cuarenta y pico para arriba.

Sea por lo que sea, aquí estoy, puntual como un reloj, llamando a la puerta de su casa. Eso, por llamarla de alguna manera, porque la casita es una mansión en toda regla. Incluso tiene una fuente delante, al más puro estilo ricachón de telenovela.

—Hola, Laura. Entra, por favor, entra. —Es la propia Aída la que me recibe en la puerta, lo que me sorprende. Lo cierto es que me esperaba a una almidonada sirvienta, con cofia y todo.

Sonrío y la acompaño a través de un amplio vestíbulo en el que la ostentación parece haber ganado la batalla a la elegancia. Que no es que resulte vulgar, pero sí demasiado recargado y excesivamente clásico. Si hasta hay bustos de mármol blanco representando figuras griegas escaleras arriba, por Dios. Por cierto, las escaleras son las más anchas y majestuosas que he visto en mi vida, abriéndose a medio camino en dos y, ya arriba, en un pasillo con barandilla de forja que recorre toda la planta y que hace las veces de balcón interior.

—Bueno, ¿qué te parece? Me dio por lo antiguo. Quería que la casa pareciese de todo menos moderna, pues creí que así tendría más clase, pero ahora resulta todo tan cargante y aburrido, ¿no crees? ¡Quiero un cambio total!

—Muy bien. ¿Y qué le gustaría cambiar?

—Ay, tutéame, por Dios. Si podríamos ser hermanas. —Se ríe—. ¿Y qué quiero cambiar? Pues todo. —Suelta otra risita y yo no puedo evitar fijarme en que apenas se le mueven las facciones al hacerlo. Es una mujer de unos cincuenta años, todavía con un cuerpo digno de ver y una melena rubia hasta media espalda cuidada y resplandeciente. Sin embargo, se ha pasado con el bisturí y espero que se haya dado cuenta antes de empeorarlo en su próxima visita a la capital.

—Ya, pero ¿de qué estancias?

—¡Ah, eso! Vestíbulo —abarca con las manos el espacio que ocupamos, que debe de ser algo así como la mitad de nuestro piso—, el salón, mi estudio y la sala de estar. También mi dormitorio y los tres cuartos de invitados. Mi marido no nos quiere revoloteando por su despacho, así que me tendré que conformar con dejarlo tal cual está. Y Aída redecoró su dormitorio el año pasado. Por lo que, en principio, eso será todo. ¡Ah, sí, también podrías hacer algo con los baños! Pero sin obras, por favor. Darles otro aire, simplemente.

Trago saliva y sonrío por dentro. Joder, si todos mis principios fueran así y en este tipo de casas, podría llegar a convertirme en la próxima Lorenzo Castillo, un increíble diseñador que es un referente para mí.

—¿Y tienes alguna idea? ¿Algún estilo en concreto que te guste?

—No sé, quizá minimalista. O rústico. ¿O qué me dices de darle un toque oriental? O inglés. —Abre mucho los ojos, emocionada.

Genial. Lo tiene clarísimo... Me temo que voy a ganarme cada uno de los euros. Ya me estoy viendo haciendo un proyecto de cada estilo antes de que se decida.

—Ahora se lleva tanto todo lo inglés, ¿verdad? —continúa ella, ajena a mis gemidos mentales —. Esas telas son maravillosas, los colores... Y ese estilo *sandy chic*...

—*Shabby chic* —la corrijo sin asomo de burla—. Sofisticado, femenino, romántico...

—Sí, eso. Eso es lo que quiero. —Ella da palmaditas sin tocarse las manos y yo entonces sí que sonrío, porque esto es lo más pijo que he visto hacer desde... desde siempre.

—Bueno, podríamos valorarlo —comento con toda la diplomacia que reservo para estas ocasiones—, aunque no sé si los suelos de mármol aportarían frialdad al concepto. Aunque con muchas alfombras y...

—Oh —me interrumpe ella—, no, no, adoro mi suelo. Es lo único que no me he arrepentido de poner ni cansado de ver. Entonces...

—¿Mamá? ¿Laura? ¡Vaya! ¿A qué se debe esta inesperada visita?

Oh, mierda. El que faltaba. Era mucho pedir no encontrármelo en su propia casa, ¿no?

—Hola, Selmo, cariño. Ven, ven. Veo que os conocéis. ¡Claro! Si aquí nos conocemos todos, ¿verdad?

—Sí, por desgracia —murmuro sin poder evitarlo y, ante la mirada sorprendida de mi futura cliente, me apresuro a añadir—. Es que siempre digo que este pueblo es muy pequeño, nunca se conoce a nadie nuevo. Es un poco aburrido, ¿no?

—Sí, supongo que sí. —Aída vuelve a sonreír angelicalmente, mientras su hijo lo hace con socarronería—. Bueno, ¿qué quieres hacer? ¿Lo ves todo primero o...?

—¿Verlo todo? ¿Qué vas a hacer, mamá? —se interesa Selmo.

—Voy a redecorar. ¿A que es maravilloso? Laura se va a encargarse de darle a esta casa un toque nuevo, fresco, joven...

—Vale, vale —la interrumpe él, pero a quien mira es a mí—. Me parece genial.

—¿A que sí?! —exclama ella—. Ah, pero qué maleducada soy. Ni siquiera te he ofrecido nada de beber. Selmo, cariño, ¿por qué no te llevas a Laura a la cocina y os tomáis algo mientras yo...?

—Mejor me la llevaba a mi dormitorio.

Las dos lo miramos con los ojos como platos, casi horrorizadas ante su frase. Solo que a mí la sangre comienza a hervirme enseguida. ¿Qué se ha creído el niño este? Yo estoy aquí para trabajar, no para aguantar sus estúpidas pullas.

—¡Selmo! —Aída gesticula mucho con las manos, sorprendida—. Pero...

—No me importaría que se encargara de hacerle un cambio, ya que va a estar por aquí. ¿Qué

dices, mamá? —explica, con tono de no haber roto un plato en su vida.

Yo suspiro, no aliviada, porque me temo que en esto hay alguna trampa, pero, al menos, ha tenido la decencia de buscarse una excusa convincente para su desafortunada frase y no ofenderme delante de su madre.

Y parece que Aída también se siente, de repente, muy tranquila.

—¡Oh, cariño! ¡Claro que sí! Por un momento... Es que eres un pillín, ¿eh? Igualito a tu padre. —Pongo los ojos en blanco ante tanta cursilería y Selmo se ríe entre dientes al pillarme—. Te diría que tuvieses cuidado con él, Laura, porque es un conquistador nato, pero supongo que, como todas las chicas del pueblo se lo rifan...

Ahora sí que no intento disimular mi gesto. Ruedo los ojos y hago un mohín. ¡Esto es el colmo! Pero con ello solo logro que madre e hijo se ríen; debo de resultarles muy graciosa o, a lo peor, creen que lo hago para despistar.

—Pues venga, venga. Selmo, enséñale tu habitación y pónelos al día con lo que te gustaría hacer allí. Seguro que Laura tiene muchísimas ideas al respecto. Cuando bajes, estoy en el estudio, cielo. —Esto último me lo dice a mí, como si yo me conociera la casa al dedillo. Pero antes de que pueda poner alguna objeción, se ha dado la vuelta dejándonos solos.

Aprieto los labios y lo sigo escaleras arriba sin demasiadas opciones, porque no va a ser él el que me impida realizar este proyecto.

—¿Así que se supone que tengo que decirte lo que me gustaría hacer en el dormitorio? — Selmo sonrío de medio lado, burlón—. Y tú vas a aportar muchas ideas. Joder, pelirroja, esto va ser la leche.

—Vete a la mierda, Alonso —le digo casi entre dientes—. Como te pases un solo pelo...

—Tranquila, pelirroja. Tranquila. —Riéndose, acaba de subir las escaleras deprisa y yo voy tras él hasta una de las puertas del ala derecha. Me la abre y me hace una reverencia exagerada para que pase.

Yo entro lanzándole una mirada de advertencia y miro a mi alrededor, poniéndome en plan profesional. Es un dormitorio amplio, con el vestidor y el baño a la izquierda. Los muebles son negros y las paredes blancas, pero el edredón gris, la butaca tapizada a rayas negras y grises, y unos cuadros abstractos en los mismos tonos pero con detalles en azul, la hacen cálida y acogedora. Eso sin contar con la inmensa alfombra negra de pelo largo que casi la cubre entera y se pierde bajo la cama.

—Bueno, ¿y qué quieres hacer?

Él me mira, lascivo y guasón.

—Joder, me lo pones demasiado fácil... —se cachondea.

Resoplo y me apoyo en la cómoda, cruzándome de brazos.

—Me refiero al cambio que le quieres dar, idiota. ¿Quieres cambiar también los muebles? ¿Solo los colores o qué?

Él se acerca mucho a mí, encerrándome entre sus brazos al apoyar las manos en el mueble tras mi espalda. Me tenso, pero no le hago ver ni el más mínimo asomo de miedo.

—Puedes hacer lo que quieras. Es todo tuyo —susurra—. Y después podríamos disfrutarlo juntos, si quieres.

—Selmo... —yo también hablo en susurros, pero mi tono de voz es letal—. Como me toques, aunque sea sin querer, aquí lo único que va a necesitar una nueva decoración será tu entrepierna, ¿me oyes?

Él entrecierra los ojos y me mira muy serio, ladeando la cabeza. Pero, casi al instante, los labios comienzan a moverse como si tuvieran vida propia y rompe a reír a carcajadas,

separándose de mí.

—¡Dios, me encantas! Si no creyese que Lucas está colgado de ti, no me importaría que lo intentáramos, nena.

Alzo las cejas, incrédula ante tanta arrogancia.

—Ni Lucas ni tú tenéis la mínima posibilidad, nene.

Él deja de reír y me mira con una expresión difícil de descifrar.

—Pues es una pena. Lucas es un buen tío y sé de buena tinta que...

—De verdad. —Lo paro poniendo una mano delante—. No me interesa. A lo que estamos, Alonso.

—¿Por qué nos tratas tan mal? Es verdad que aquel día en la playa me pasé un poco, pero de eso hace demasiado tiempo, Laura. No somos tan malos, ¿sabes?

—¿En serio? ¿Por eso entre Hugo y tú mandasteis al hospital a Rubio? ¿Porque sois unos niños dulces y buenos?

—Bueno... Eso se nos fue un poco de las manos. Y que conste que empezó él. De todas formas, lo que haya entre Rubio y yo no tiene por qué enfrentarnos a nosotros dos, ¿no? Pregúntale a Nieves, en el fondo somos...

—No, te lo pregunto a ti. —Y no me había dado cuenta de que me moría por saber esto hasta ahora mismo—. ¿A qué viene esa manía persecutoria que tienes hacia Rubio? Ya sois adultos, joder, no es normal que...

—Laura, él tampoco es un santo, ¿eh?

—No, pero no se ensaña contigo de la manera que tú sí lo haces con él. ¿Piensas que no sabemos que tú estás detrás de que se traspapelaran los presupuestos que presentó para las obras del ayuntamiento? Eso sin contar todas las jugarretas que...

—Bueno... Ya. Él lo hizo primero.

Lo miro con el ceño fruncido, sin entender de qué me habla.

—¿Qué...?

—La jugarreta. Él se la hizo primero a mi hermana. La dejó tirada. —Se frota la cara con la mano abierta y luego se la pasa por el pelo, alisándolo, lo que es completamente innecesario, dada la cantidad de gomina que lleva en él—. Su habitación está aquí al lado. Noches enteras la oí llorar cuando... —Parece darse cuenta de que está hablando de más, porque de repente se interrumpe y, tras un fugaz momento en que no parece saber cómo comportarse, vuelve a su actitud socarrona—. Tu santo cuñado no lo es tanto, ¿sabes, pelirroja?

—Bueno... A veces las relaciones no funcionan y...

—Y ya está, ¿no? Y una mierda. Era él el que no se merecía a mi hermana y no al revés. Y todo para acabar casado con...

—No acabes esa frase —espeto, poniéndome tan recta como puedo. Y siento una especie de *déjà vu*—. Estás hablando de mi hermana.

—Pero era sosa de cojones. Reconócelo, joder.

Abro los ojos como platos y me cuesta pronunciar palabra durante un segundo.

—¡Cómo...! ¡Tú no la conocías, gilipollas! Ella era... era increíble, la mejor...

—Vale, vale. —Él levanta las manos con las palmas abiertas en mi dirección, interrumpiéndome—. Perdona, perdona. Eso ha estado mal, lo siento. Además, no se debe hablar mal de los muertos, ¿no?

Lo empujo con ganas, antes de tan siquiera ser consciente de que lo iba a hacer.

—¡Eres un cabronazo odioso! —le grito.

Él da dos pasos hacia atrás, pero no parece ni mínimamente molesto por mi insulto. Solo

sonríe y me hace otra de sus estúpidas reverencias.

—Toma medidas o haz lo que tengas que hacer, pelirroja. Lo quiero todo completamente nuevo y lo dejas en tus manos. Y que sepas que tengo claro que, sin lugar a dudas, harás un buen trabajo.

Y tras otra de esas sonrisas que no comprendo, sale del cuarto cerrando la puerta tras él.

Me quedo durante mucho tiempo quieta en el sitio, enfadada, sí, pero todavía más incómoda tras la conversación mantenida. Saber que Aída ha sido otra más enamorada de Chema hasta el punto de llorar por las noches me ha impactado más que las palabras de Selmo dedicadas a mi hermana. Supongo que esto último sí me lo esperaba de él y lo otro, no. O al menos, es la única explicación razonable que encuentro. Pensar que Clara me importa menos que mis sentimientos hacia Chema es algo que no puedo barajar. Porque ahora mismo lo único que siento, aparte de cabreo, son celos. Celos de una chica que lleva mucho tiempo fuera de su vida, pero que lo estuvo. ¿Sería ella una de las cinco?

«No, qué va, estuvieron juntos casi un año estudiando chino, no te jode. Pero serás masoquista, Laura...».

Me sacudo esos pensamientos y saco de mi bolso la cinta métrica, lápiz y libreta. Es hora de trabajar y de dejarse de tonterías.

En apenas media hora tengo todos los datos que necesito, e incluso he dibujado un boceto del dormitorio a pequeña escala para poder luego trabajar sobre él. Salgo del cuarto de Selmo en dirección a las escaleras y unas risas femeninas llaman mi atención, haciendo que me detenga delante de una habitación en la que la puerta está solo entornada.

—Pero mira que eres mala... —Reconozco la voz de esa chica a pesar de que habla entre risas. Es Aída, la hermana de Selmo.

—No, solo sincera. ¿No os podéis imaginar a Rubio con una espátula, intentando despegarla de su casa? Es que, a ver, Laura está en plan *okupa*. Nunca tuvo mucha vergüenza, pero meterse así en casa de su cuñado es bestial hasta tratándose de ella, ¿no creéis?

«¿Qué!?!». Lo peor es que la conozco. Es Angelines, la hermana de Hugo. Y aunque sabía que era una víbora, eso que ha soltado por la boca es veneno del que no tiene ni antídoto.

—A ver... está cuidando a las niñas —le responde otra voz, esta vez la de Nieves, lo que me alegra un montón. Vaya, por lo menos parece que sigo teniendo a una amiga por medio para contrarrestar los efectos de semejante serpiente—. Tampoco te pases, Angelines. Lo dices como si estuviese haciendo algo malo.

—¿Algo malo como qué? —pregunta la muy bruja—. ¿Como acostarse con él o algo así? Entonces, a lo mejor Rubio no necesita una espátula, sino...

—Joder, tía, cómo eres. Llevas desde el primer día pensando eso de ellos.

—Sí, y el tiempo me dará la razón, ya verás. ¿Tú qué opinas, Aída?

—Yo no conozco a Laura tanto como para juzgarla, pero sí conozco a Rubio y él es un buen tío. Además, que estaba loco por Clara lo veíamos todos. No creo que...

—Bueno, pero ella ahora no está, ¿no?

Una parte de mí quiere acercarse a esa arpía morena y con dientes de conejo y barrer la casa con sus pelos, pero la otra, la más cabrona y masoquista, me impide mover los pies, absolutamente pendiente de la conversación de la que, sin querer, soy protagonista.

—Yo sí conozco a Laura —replica ahora Nieves—. Y también es una tía cojonuda.

«Joder, menos mal».

La dientes de Angelines se ríe con retintín y yo aprieto tanto los puños que casi parto el lápiz que aún tengo en la mano. Lo meto en el bolso y cierro la cremallera con tanta fuerza que la pieza de metal de la que tiro se me queda en la mano.

¡Mierda! ¿Algo más para el día de hoy, Dios mío? Porque estás que te sales, tío.

—Entonces, si ambos son tan maravillosos como decís, ¿sabéis qué os digo? Que habrá que esperar a que Rubio se deje ver un poco más e intentarlo alguna de nosotras.

—A mí no me mires —dice rápidamente Nieves—. A mí Rubio no me interesa.

—Yo le haría un favor, o dos. —Se ríe de nuevo *Miss Rabbit*—. ¿Y tú, Aída? Tú ya lo has probado, ¿no te gustaría repetir?

Aída también se echa a reír, pero es una risa nerviosa, o al menos lo parece.

—No voy a contestar a eso, Angelines. No estoy tan loca como para darte munición...

—Yo nunca haría nada contra ti, prima. Y eso es un sí, ¿te has dado cuenta, Nieves? A Aída no le importaría repetir, así que en la cama nuestro Rubio tiene que...

Vale, ya he oído más que suficiente. Esto de escuchar conversaciones ajenas al final siempre es contraproducente. Y no aprendo, joder. Me escabullo pasillo adelante y bajo las escaleras casi corriendo. Además, no me interesa para nada saber cómo es Chema en la cama. Nada de nada.

«Venga, que si lo repites mucho seguro que acabarás creyéndotelo, bonita». ¡Oh, cállate ya!

Miro el reloj por enésima vez. Y por cuarta, vuelvo a coger el teléfono para preguntarle a mi padre si Chema se ha acercado a su casa, donde están las niñas. Se van a quedar a dormir allí de nuevo, como ya me ha explicado en nuestra primera conversación telefónica. Pero como son las siete de la tarde y Chema no ha aparecido ni para comer, es el primer sitio en que creo que puede estar. Con sus hijas. Según él, la chapuza que tenían que hacer les iba a llevar unas dos horas escasas y dejó allí a las pequeñas a las once de la mañana.

Empiezo a estar un pelín inquieta, para qué voy a mentir, pero a lo que no me atrevo es a llamar a Julián o a Colás. Tampoco quiero parecer tan desesperada, representando el papel de celosa esposa que no me corresponde.

Me levanto del sofá, doy una vuelta absurda alrededor de la mesa de la cocina y me dejo caer de nuevo en el mismo sitio que al principio. Miro el teléfono que tengo en la mano y lo tiro de cualquier manera sobre la mesa baja de centro. Aquí estoy yo, preocupada por él después de un día bastante complicado, y seguro que el muy capullo está tomándose unas cervezas en el bar de Paco, después de comer con sus amigos y pasar un día de lo más agradable. Seré tonta...

El timbre de la puerta me hace ponerme en pie como si fuera una gimnasta. Corro hasta el vestíbulo. No espero visitas y supongo que, si fuera Chema, utilizaría sus llaves.

—¿Qué? ¿Qué ha pasado? —pregunto, estupefacta, cuando veo a los tres plantados ante mí. Colás y Julián sujetando entre los dos a un Chema muy pálido y con una venda ocupando un lado de su frente.

—¿Nos dejas pasar, por favor? —dice Julián con una sonrisa ladeada—. Este pesa.

—Qué peso ni qué peso —protesta Chema—. Si estoy andando por mi propio pie...

—Sí, sí, lo que tú digas, Rubio —le contesta su amigo entrando en el piso, ya que me he apartado muy deprisa al caer en la cuenta de que estaba cerrándoles el paso como una idiota.

—Pero... ¿qué ha pasado? —repito desconcertada y ya haciendo cábalas. ¿Se habrá vuelto a pelear? Ay, qué mal pensada que soy... Quizá ha sufrido algún tipo de accidente. ¿O será que está borracho y se ha llevado un trompazo al...?

—No pienses tanto —me pide Colás, mirándome de reojo—. Solo ha ido a trabajar a saber con cuánta fiebre y ha sufrido un mareo en lo alto del tejado. Hay que agradecerle al toldo que acaba de poner la señora Fátima que no tenga algo más que unos cuantos puntos encima de una

ceja.

—Oh... —Me llevo las manos a la boca y me muevo delante de ellos, sin saber muy bien hacia dónde dirigirme.

—Estoy bien, Laura. Son unos exagerados.

—A la cama —me indica Julián a mí, señalando la dirección con la barbilla, para acto seguido fulminar a Rubio con la mirada—. ¿Estás bien, capullo? Tenías más de cuarenta de fiebre cuando te llevamos al hospital, y ahora mismo está subiéndote de nuevo y eso que no hace ni dos horas que te han dado algo por tercera vez para frenarla.

—Joder... ¿Ahora también eres médico? —Chema parece muy molesto, pero se deja sujetar y guiar hasta el dormitorio, lo que me dice que muy bien no debe de estar.

Me encargo de abrirle la cama y me aparto, esperando que no necesite ayuda para acostarse. Pero entonces veo a los chicos comenzando a desnudarlo ante el mutismo de Chema y me reafirmo en que realmente tiene que encontrarse bastante mal. Rebusco en varios cajones hasta que doy con un pijama y se lo acerco.

—Voy... Voy a por agua —digo, por tener algo que hacer.

—Sí, estaría bien que tomase bastantes líquidos. —Julián me tiende una bolsa que saca de dentro de su chaqueta—. Aquí tienes los medicamentos. Hay también una hoja en la que dice cómo tomarlos. Después te explico.

—Vale. —Los cojo y salgo del dormitorio, haciendo tiempo en la cocina hasta que son ellos los que vienen hacia allí.

Julián coge la botella de agua que yo había puesto sobre la mesa y, tras lanzarme una mirada de lo más rara, se la lleva él mismo al cuarto.

—Es la garganta, ¿no? —le pregunto a Colás.

—Sí, como siempre. Lo raro es que el año pasado no tuviese una de estas gordas. Ahora prometerá sacarse las amígdalas, pero en cuanto se le pase...

—Ya, lo de siempre. —Me retuerzo las manos y, ante la mirada que vuelve a lanzarme Julián a su regreso, las separo y me rehago la coleta en un plis plas.

—¿Oye? ¿Vas a estar bien? ¿Quieres que me quede? —me pregunta.

—No, no, no hace falta. Solo es una infección de garganta, por el amor de Dios.

—¿Estás segura? Estás un poco rara, ¿no?

¿Yo?

—No. Estoy como siempre. ¿Hay que cambiarle la venda en algún momento?

—No, no es necesario. El lunes tiene que ir a la clínica a hacerse las curas, hasta entonces ni tocarla. Y en cuanto a las medicinas...

Me explica a qué hora se las tomó y cuándo tengo que volver a dárselas, mientras yo le robo un cigarrillo en cuanto veo asomar la cajetilla por el bolsillo de su camisa.

—Si quieres me quedo, de verdad —insiste.

—O yo —se ofrece Colás, aceptando la cerveza que les paso en ese momento a ambos.

—No, por favor. ¡Qué tontería!

—Bueno... Que sepas que le suele subir mucho la fiebre, no te asustes, ¿vale? Según Clara, solía sufrir delirios y todo...

—Vale, vale. No creo que sea para tanto. Le daré algo para bajársela a menudo y, si no, recurriré a los paños de agua fría... Venga, que solo es...

—Sí, una infección de garganta —acaba Colás la frase por mí—. Pero si te vas a sentir incómoda o violenta, nosotros...

—Anda, volved a vuestras casas —lo interrumpo, quitándole importancia a sus palabras—.

Lleváis desde esta mañana con él en el hospital. Mira que no llamarme...

—Bueno, Rubio no quiso. Dijo que tenías planes y... Y, al fin y al cabo, también es nuestro amigo, ¿no? No hicimos nada de más.

—Lo sé. Y gracias. —Le doy una calada tan profunda al pitillo que hasta me mareo.

—No seas boba. —Julián se acaba la mitad de la botella casi de golpe y la tira a la basura—.

Y si tienes cualquier problema, me llamas. A la hora que sea.

—O a mí —repite de nuevo su hermano.

—Vale, vale. Lo haré, no os preocupéis, estaremos bien.

Y lo estuvimos. Hasta las cuatro de la mañana.

Esperé a acostarme para darle el antibiótico que le tocaba a una hora bastante tardía, después de que se lo hubieran metido en vena en el hospital. También le acerqué un paracetamol y otra pastilla más para ayudar a bajar la inflamación. Él tenía algo de dolor, pero dormía a intervalos y parecía tranquilo. Se negó a comer nada, pero no me preocupé, pues estaba hidratado, y una noche de ayuno no mata a nadie.

Dejé las puertas de ambos dormitorios abiertas por si no lo oía, pero lo que no me esperaba era despertarme con sus gritos llamando a Clara.

—¡Clara! ¡Clara! ¡Por favor, Clara, ¿por qué no te acercas?! ¡Clara!

La que se acerca soy yo, casi a la carrera. Me quedo clavada en la puerta durante un momento, en el que observo como él tiene los ojos fijos en el baño, mientras el nombre de mi hermana sale una y otra vez de su boca.

Con pasos vacilantes, voy hasta su cama.

—¿Por qué sangras?! ¡Clara, sangre! —grita tiritando.

Al oír la desesperación en su voz, ni lo pienso. Gateo sobre la cama para llegar a él, que ocupa el lado contrario a la puerta.

—Eh, eh, tranquilo. No pasa nada, Rubio. Estás soñando.

—No, no. —Él me mira, pero sus ojos están turbios, tan brillantes como el oro fundido. Ni siquiera me ve—. ¿Clara?

—No, soy Laura. Laura —contesto por inercia. Y mis dedos acarician su mejilla, haciéndole así notar mi presencia.

¡Dios, está ardiendo! Y en algún momento se ha quitado la camiseta, supongo que cuando le bajó anteriormente la fiebre, pero eso ahora solo hace que sus dientes castañeteen con más fuerza. Paseo mi mano por toda su cara, su cuello y su pecho, sin ser apenas consciente de lo que hago. Solo sé que es como tocar arena al sol, tan ardiente que quema. Le paso por encima para hacerme con las pastillas que descansan sobre su mesilla y le meto dos de golpe en la boca. Incorporarlo para que trague el agua me cuesta un poco más, pero lo consigo después de un par de intentos. Luego vuelvo a la cocina y preparo un bol de agua en el que echo cubitos de hielo y, cogiendo unos paños limpios, regreso junto a él.

—Hay murciélagos. Pero son rojos —me dice bastante después, cuando el hielo se ha derretido y todo él de cintura para arriba está cubierto de lienzos encharcados.

—Se van a ir ahora mismo —susurro, tratándolo como lo haría con una de las niñas—. Ahora mismo.

—Hay muchos.

—Shh, shh... —Le retiro los trapos y me levanto para cambiar el agua por una más fría.

Cuando regreso, tiene los ojos cerrados y parece tiritar menos, pero todavía está tan caliente que no cejo en mi empeño, mojo bien las telas y, tras escurrirlas, lo cubro de nuevo con ellas.

Casi una hora y media después del susto, él parece dormir y su cuerpo creo que ha recuperado

una temperatura normal. Le pongo el termómetro y corroboro que, aunque aún tiene unas décimas, la fiebre parece remitir. Entonces me fijo en que tiene floja la venda de su frente, supongo que a causa de tanta humedad. Corro al baño y saco del botiquín todo lo necesario para hacerle un apaño, cosa que consigo sin exponer la herida.

Apago la luz de su mesilla y enciendo la del otro lado, donde me estiro y lo vigilo un rato más, esperando a que ahora las medicinas hagan su trabajo y lo dejen descansar. Noto como comienza a sudar antes de ver como se destapa, así que tiro de las sábanas hacia arriba, temiendo que ahora coja frío. Era lo que le faltaba, un resfriado, encima.

Me acerco bastante a él, para sujetarle la ropa de cama y asegurarme de que respira con normalidad. Bueno, eso es una buena excusa, pero mi parte egoísta y chiflada está disfrutando de su cercanía y su cuerpo de la única manera que podré estar jamás. Cuando él no es ni siquiera consciente.

Estoy tan cómoda y tan cansada que me permito cerrar un momento los ojos. No voy a dormirme, solo quiero imaginarme que puedo hacerlo a su lado.

Chema

Clara está mirando por el ventanal de nuestra casa. Vestida de época, con un traje que aprieta su cintura de tal forma que hace que sus curvas se vean más acentuadas de lo que son en realidad. Se gira y avanza hacia mí muy despacio, y yo sonrío, esperándola, aunque mis dedos no se apartan de las teclas, tocando una de mis canciones preferidas. Una que le dedico, porque parece escrita para ella. «You're beautiful». Preciosa, dulce, romántica. Como ella.

Me aparto un poco para que pueda sentarse en mi regazo y disfruto de su peso y su calor, aunque hay algo extraño en todo esto y no logro saber qué es. Al levantar la mirada para clavarla en sus preciosos ojos, descubro que lo que me producía ese malestar era no haberle visto la cara en ningún momento, y ahora tampoco puedo hacerlo. Está cubierta por un velo o algo por el estilo. Levanto una mano para retirárselo, pero entonces ella se incorpora rápidamente, casi asustada, y la veo desaparecer ante mis ojos, así como al piano, la banqueta en la que me siento y todo lo que hasta hace nada ocupaba el salón.

La llamo a gritos, pero no vuelve a aparecer y una sensación horrorosa me recorre entero.

—¿Chema? ¿Cariño? —oigo que me llama.

Ahora estamos en un prado donde crecen flores amarillas por todas partes. Ella se ríe a unos metros de mí y echa a correr. Puedo verla, ahora sí. Su pelo rubio, del color de la miel, es movido por el viento, así como la falda de su vestido blanco. Corro para alcanzarla, llamándola. Pero ella parece estar siempre a la misma distancia, o incluso más, porque no logro acercarme a ella por mucho que me esfuerzo.

—No puedes llegar a mí, cariño, me he ido —dice parándose a mirarme, pero alejándose a la vez, si eso es posible—. Me he ido, Chema. Me he ido.

—No, no —gimo como un niño, sin dar crédito a lo que me dice.

—Y tú tienes que quedarte.

—Sin ti, no, Clara, por favor.

—Es un sueño, Chema. Esto es un sueño, pero me he ido de verdad. Ya no estoy. Olvídame. Dime adiós, Chema.

¿Un sueño? ¿Esto es un sueño? ¿Olvidarla?

Me giro en la cama, todavía en ese estado de duermevela en el que la realidad y los sueños parecen mezclarse. Alargo una mano y encuentro un cálido cuerpo a mi lado.

S sonrío sin poder evitarlo. Lo que ha sido una pesadilla ha sido todo lo demás. Su muerte, su ausencia, el dolor... Todavía con los ojos cerrados, le acaricio la cintura y tiro de ella hacia mí, colocándola boca arriba. Paseo mis dedos por su cara, un poco alucinado de que esté aquí de verdad.

Mis manos bajan por su cuello, llegan a su torso, se entretienen en sus pechos y se desplazan hasta su vientre, sin dejar de acariciar todo lo que encuentran a su paso. Buscando tocar más carne, meto la mano dentro de su camiseta y me estremezco al sentir su calor. Es tan cálida, tan suave... Esta suavidad me está matando, Dios. Alcanzo un pezón y lo acaricio hasta que solo es una punta dura entre mis dedos. Entonces le dispenso el mismo trato al otro, mientras acerco mi cuerpo todavía más al suyo, restregando mi erección contra su cadera. Jesús... Esto es tan bueno. Parece que llevo meses sin tocarla; mis ansias por ella son tan grandes que incluso me sorprenden.

Un gemido me anima a continuar con más ahínco, apretándoselos un poco más, abarcando después todo su pecho con mi mano y torturando con el pulgar el pezón endurecido.

No tardo en abandonar esas maravillas, explorando otros territorios que me muerdo por

disfrutar. Mis dedos levantan la cinturilla de su pantalón y se cuelan debajo, apartando a su paso el encaje de su braga y encontrando ahora no solo calidez, sino brasas ardientes y húmedas que se abren a mi contacto. Acaricio sus pliegues, me recreo en su clítoris y la oigo gemir más alto, casi jadear. Sonríe con satisfacción y acerco un dedo a su entrada, que parece buscarme, pues apenas levanta su cuerpo, aunque es suficiente para que entre fácilmente. Lo retuerzo y comienzo a jugar con él, consiguiendo que ahora suelte un jadeo más profundo que va directo a mi vientre, por lo que me froto todavía más contra ella.

Vuelvo a su clítoris, esta vez haciendo círculos, y ella los hace conmigo, siguiéndome el ritmo de una forma sensual. Mi cabeza busca el hueco de su cuello, mi boca comienza a besarlo y a...

Joder. Dios. No es Clara.

La verdad cae sobre mí como una losa, un peso a plomo que me deja sin aliento. La mujer a la que estoy acariciando no es la mía, sino Laura. Su perfume, una mezcla de cítricos y flores, me atraviesa entero haciendo que, atónito, frene todos y cada uno de mis movimientos, casi convertido en una puta estatua de sal. Ahora estoy despierto del todo, aunque es cuando menos me atrevo a abrir los ojos, y el malestar que siento en el cuerpo no es nada comparado con la confusión de mi cabeza.

—Joder, ahora no pares. Por favor. —Antes de que acabe su ruego, mis dedos, por iniciativa propia, ya han comenzado a moverse de nuevo. Y aunque el resto de mi cuerpo no se mueve apenas, con mi miembro todavía clavado en su cadera y mi cara en su cuello, mi mano vuelve a acariciarla como si tuviese algún derecho a ello.

Bueno, y ella no se queja. Yo más bien diría que el suspiro que ha soltado ha sido de puro alivio en cuanto mis dedos han vuelto a estimular su clítoris.

Suelta un jadeo más alto que todos los demás y yo le introduzco un dedo, mientras el pulgar sigue presionando su centro de placer. Llevo a cabo un mete y saca suave, sintiendo como se deshace en mis manos de una forma increíble. Tan mojada, tan receptiva...

¿Estará también dormida y creará al despertar que solo ha tenido un sueño erótico? No tengo ni idea, ni demasiadas ganas de averiguarlo. Lo que sé es que estoy que reviento y aquí la única que va a acabar va a ser ella. Joder, si esto no es una tortura, se le parece tanto que hasta a mí se me escapa un gemido.

Parece ser el detonante para que Laura comience a moverse más, buscando el orgasmo que yo voy a tener ya como siga retorciéndose así. Muevo los dedos más rápido y ella aprieta mi mano con sus piernas a la vez que estalla, jadeando entrecortadamente, como si le faltase el aire.

—Joder, joder... —susurra, levantando la espalda del colchón en pleno clímax.

Noto sus espasmos, su esencia cubriéndome la mano entera, pero no es hasta que se queda quieta del todo y su respiración vuelve a acompasarse que yo la retiro. Durante un minuto eterno, tampoco me muevo, intentando asimilar lo sucedido y tratando de hacer lo correcto ahora que ya he metido la gamba, o los dedos, hasta el puñetero fondo.

Entonces, como un cobarde, me doy la vuelta y me hago el dormido, después de recolocar mi erección, que, descontenta, apunta hacia arriba como si quisiera reprocharme algo.

«Sí, colega, la hemos jodido bien».

Y solo cuando ella pierde un poco de brío es que me doy cuenta del horrible dolor de garganta que tengo. Cierro los ojos y trato de no pensar en él, ni en nada. Y mucho menos en Laura, que, por alguna razón que desconozco, está en mi cama.

¡En mi cama, joder! Es que no pone nada de su parte. Y nada es nada.

Cabreado ahora, tardo más de lo que quisiera en volver a dormirme, pero el cansancio que siento, como si hubiera corrido un maratón, el malestar de todo mi cuerpo y la confusión de mi

mente acaban por ayudarme a refugiarme en la bienvenida oscuridad.

«En todo ser humano, hay deseos que no querría comunicar a otros, y deseos que no quiere confesarse a sí mismo».

Sigmund Freud.

CAPÍTULO 24

Clara

Abandona la cama con la cara desencajada y los ojos anegados en lágrimas, después de haberse pasado más de una hora totalmente quieta, tensa, sin mover un solo músculo al lado de Chema. Ha estado todo ese tiempo echándole miradas fugaces a su espalda, con el pánico y la vergüenza reflejados en su rostro y en sus auras, no tan claras como al principio de mi vuelta, pero lo suficiente para que yo pueda verlas. Solo cuando se ha convencido de que él estaba profundamente dormido, ha salido del dormitorio casi encogida, como si un dolor atroz la hiciese doblarse en dos, y se ha encerrado en el cuarto de baño muy deprisa.

La sigo preocupada. Me imagino perfectamente lo que está pensando en estos momentos. Nada me gustaría más que decirle que lo que acaba de pasar entre ellos, en esa cama, es lo que tenía que pasar. Que no me molesta, sino todo lo contrario. Que solo es el resultado de sus deseos, más presentes y poderosos cuanto más tratan de esconderlos. E incluso me atrevería a decir más. Aseguraría que ese es su destino, amarse en cuerpo y alma aun sin ellos quererlo.

Me la encuentro de rodillas ante el váter, provocándose a sí misma un vómito que no llega. Se mete los dedos hasta la campanilla y las arcadas la hacen soltar lágrimas calientes que le empapan las mejillas, pero no logran su objetivo. Cuando es consciente de que su desazón no la va a solucionar de esa manera, se levanta y se apoya en el lavabo, frente al espejo. Aprieta tanto las manos que se le quedan blancas, sin sangre, mientras mira su imagen en el cristal con una cara de loca tal que, por primera vez, hasta me cuesta reconocerla.

Tiene la boca torcida en un rictus de asco y las fosas nasales dilatadas. Sus ojos, enrojecidos y muy abiertos, parecen pozos sin fondo y vacíos, contradiciendo las lágrimas que siguen mojando su rostro y que no se molesta ni en limpiar.

—¿Qué has hecho? —se recrimina a sí misma, mirándose con odio—. ¿Qué coño has hecho?

Menea la cabeza con disgusto y luego se lleva las manos al cabello, agarrándolo a puñados.

—No solo te aprovechas de su enfermedad para dormir con él, ni apartas sus caricias, no. Le suplicas que no pare, joder.

Sus susurros son roncós, cargados de semejante ira que me pondría los vellos de punta si aún tuviera la capacidad de sentir tal cosa. Porque sé que esa ira va dirigida exclusivamente hacia ella misma.

Se inclina un poco y fija su mirada en la pila, como si no soportara ni verse. Y casi al momento, se incorpora tan de repente que hasta trastabilla hacia atrás. Sus ojos comienzan a vagar por todas partes, como si un nuevo pensamiento la hubiese trastornado más, si eso es posible.

—Oh, Dios mío... —Se sujeta la cabeza a la altura de la frente con las dos manos y comienza a llorar en entrecortados sollozos que parecen romperla por dentro—. Lo siento tanto, Clara, tanto... Esto no podía pasar. No podía. Yo...

Su vista repara en algo que frena su torrente de palabras en seco. Me fijo en que se trata de las tijeras que están sobre el pequeño mueble donde guardamos las cosas del baño. Las mismas que ella ha dejado esta noche ahí, al lado del esparadrapo que ha usado para ajustar la venda de Chema.

Las coge muy rápido y vuelve a mirarse al espejo. Sus ojos se han secado de pronto, sustituida

la pena y la furia por una enorme determinación.

—Dios mío, Laura, ¿qué vas a hacer? —grito sin voz.

En cuanto me doy cuenta de lo que pretende, sin pensar, me lanzo hacia ella, dándole un manotazo a las tijeras y logrando, ante mi propia sorpresa, tirarlas al suelo. Lo único es que he llegado tarde. Con ellas, también ha caído un gran mechón de pelo, que ahora descansa sobre las baldosas como el rizo de una muñeca, rojo y sin vida.

Laura se mira la mano con estupefacción. Luego lleva su vista hacia el arma que ha usado como castigo y que ha caído a un par de pasos de ella. Da una vuelta sobre sí misma, supongo que buscando algún tipo de explicación para lo que acaba de suceder, pero poco después, al no encontrarla, se agacha y recoge las tijeras del suelo.

De nuevo se sitúa frente a su imagen y se observa unos segundos, tocándose el trozo de pelo corto a la altura de los hombros. Parece recrearse con ello, revolcándose a gusto en la barbaridad que acaba de cometer, porque, entonces, contra todo pronóstico, se echa a reír. Es una risa histérica, triste, burlona... Llanto y sufrimiento disfrazado de hilaridad.

—Dios... Joder, estoy como una puta cabra —murmura, mirándose con atención, como si hiciese mucho tiempo que no se contempla a sí misma.

Detiene sus risas de la misma forma que empezaron, de cuajo. Un leve encogimiento de hombros y el hecho de que vuelva a llevar las tijeras a su pelo me señala que va a llevar a cabo la locura que intenté evitar.

—¡No, no lo hagas! ¡Por favor, no! —le suplico. Pero no se me escucha. Solo es una voz gritando muy alto dentro de mi cabeza.

Mi impotencia me hace volver a intentar arrebatárselas de la mano, pero esta vez no lo consigo. Frustrada, solo me queda ver como su pelo es cortado a tijeretazos, sin demasiado control, haciendo que sus preciosos tirabuzones caigan sobre la pila y las blancas baldosas.

—Lo siento, Clara. Perdóname. Perdóname —murmura entre corte y corte. Ni siquiera aparenta estar cabreada ahora, solo resignada a castigarse por algo de lo que no tiene ninguna culpa.

Solo cuando se da por satisfecha y su melena es un desperfecto cúmulo de rizos que le rozan la nuca y las mejillas, deja caer las tijeras al suelo, donde también acaba ella al cabo de un brevísimo instante. Se acurruca pegándose a la pared y clava la vista en todo aquel pelo rojo que cubre las plaquetas como si de sangre sólida se tratase.

—Solo es pelo —susurra—. Solo es pelo.

Aunque asemeja estar ahora arrepentida, juraría que el haber destrozado su maravillosa melena es solo una de las cosas que la fustigan.

Entierra su cara en las rodillas y sus hombros comienzan a temblar cuando los sollozos vuelven a ganarle la partida. Me arrodillo a su lado y pido a Dios, a mi madre, a todos los ángeles del cielo, que terminen con su tormento. Pero nadie parece escucharme. Así que me quedo allí con ella un tiempo del que pierdo la cuenta, hasta que, cansada de llorar, o simplemente porque se han agotado sus lágrimas, levanta su rostro.

Se incorpora, yergue los hombros y se va a la cocina a por la escoba y el recogedor. Lo limpia todo como una autómatas y se deshace de las pruebas de su crimen como quien tira la basura. Luego se mete en la ducha y se lava a conciencia.

Con el cuerpo y el pelo envueltos en sendas toallas, entra en su cuarto y se viste. Y tras una ojeada al cuarto de Chema, donde se asegura de que él sigue durmiendo tranquilamente, se encamina a la cocina a hacerse un café, como si fuese una mañana normal, como si hace una hora no se hubiese vuelto loca.

Laura

Por favor, por favor, que estuviese dormido. Por favor, Dios. Solo te pido eso.

Me obligo a meterme una tostada en la boca porque este tercer café no está sentándole demasiado bien a mi estómago. Y con estos pensamientos repitiéndose a cada segundo en mi mente, tampoco me extraña. La muerdo desgana, pero no es tan difícil. Morder, masticar, tragar. Morder, masticar, tragar.

Si todo fuese así de sencillo... Si pudiera forzarme a todo lo demás con esta facilidad...

Me toqueteo la toalla que todavía cubre mi cabello y bajo el último bocado con un gran trago del brebaje más cargado que he preparado en mi vida. Sé que no necesito cafeína, Dios sabe que ahora mismo es lo último que me hace falta, pero nunca he sido de las que hacen lo que deben, ¿no? Me enamoré del marido de mi hermana, joder. Ese podría ser un buen ejemplo. Diría más bien que es «el ejemplo».

Apoyo los codos sobre la mesa y me llevo las dos manos a la cabeza, acariciando el áspero tejido que no me atrevo a quitarme. ¡Maldita sea! De todas las cosas locas que he hecho a lo largo de mi vida, lo de hoy se lleva la palma. Sí, he sufrido una pequeña crisis, pero...

«¿Pequeña, Laura?».

Vale, he sufrido una enajenación mental transitoria, pero podía haberme cortado las uñas, digo yo.

Ay, Dios, estoy fatal. Soy bipolar. O algo espantosamente parecido. O quizá solo esté tan jodida que ya no tenga remedio.

No. Me niego. Yo toco fondo, pero me levanto. Me derrumbo, pero me recompongo y nunca me doy por vencida. Yo sonrío siempre, saco las uñas y, cuando me equivoco, vuelvo a empezar.

Y esta noche me equivoqué, vaya que sí. Pero cuando me despertaron las caricias de Chema, por un momento creí que seguía soñando, por eso lo dejé continuar. Y cuando estas llegaron a tocarme más íntimamente, yo... Yo ya no quise parar. ¡Dios, como para parar! Y cuando lo hizo él, o me pareció que lo hacía, no era yo la que le suplicaba, sino la más pura y lasciva necesidad. Joder... Sería un error, pero fue tan bueno...

Aprieto los muslos y suelto un suspiro exagerado.

«Por el amor de Dios, Laura, por lo menos no te recrees en ello. Faltaste a tu promesa, le fallaste a tu hermana, tú...».

Sí, yo soy lo peor. Y lo sé. Desde luego que lo sé. Lo supe desde el mismo momento en que todo acabó, cuando se me revolvió el estómago y la culpabilidad me arrasó como un puto tornado.

Oh, por favor, que estuviese dormido o, al menos, que se crea que ha sido un delirio.

Pero ¿y si estaba despierto? Entonces... ¡Imposible! Él nunca haría algo así por iniciativa propia. Seguro que estaba soñando... ¿Verdad?

Sí, seguro. Pero... ¿y si se despertó y por eso dejó de acariciarme aquel segundo?

«Ay, Dios, Laura, entonces te oyó suplicarle que...».

¡Oh, no, no puede ser! Él no hubiese seguido. No. Si estoy convencida de algo es de que él no traicionaría a Clara como he hecho yo. Él la quería. No, él la quiere.

Pero ¿y si estaba despierto y siguió... a saber, incluso por lástima?

«Joder, entonces tienes un problema, tía».

No. Se me ilumina una bombilla como si fuese un dibujo animado. Entonces la dormida seré yo. Y hablé en sueños. Y juraré hasta la muerte no recordar nada. Y...

Y ahora se acabó, o acabaré por volverme loca del todo. Alguien dijo que «hay un tiempo para

llorar y hay un tiempo para reír...». Creo que la Biblia, ¿no? Buf, sea como sea, tengo muchas cosas que hacer más que lamerme las heridas y arrepentirme de algo que no puedo solucionar. Torturarme no ayuda, joder. Así que me levanto con la intención de ir a echar un vistazo a Chema y coger mi ordenador. Prometí mostrarle a Aída a finales de semana algunas de mis ideas y debería ponerme a ello cuanto antes.

Sí, eso es lo que tengo que hacer. Volcarme en mi trabajo, en este proyecto nuevo que, por primera vez desde que estoy en el pueblo, me hace sentir profesionalmente estimulada. Porque decorar prácticamente toda una casa de las características de la mansión de los Alonso no lo había hecho ni en Oviedo, y poder hacerlo aquí, en el Pilar, es... Buf, un subidón.

Todavía no he alcanzado el pasillo cuando suena el timbre. Antes de abrir, me aseguro en el espejo del vestíbulo de que mi rostro no muestra ninguna señal de haber llorado, me ajusto mejor la toalla en la cabeza para esconder la barbaridad que he cometido y, con una sonrisa, hago pasar a Julián y a Teresa.

—Hola, chicos. ¿Qué tal?

—Nosotros, bien —me dice Julián, adelantándose y dirigiéndose ya hacia el salón—. ¿Y vosotros? ¿Qué tal la noche?

—Bueno... —Intento no pensar en una parte en concreto de ella y echo a andar detrás de él—. Ha tenido bastante fiebre, pero logré bajársela.

—¿Ahora está durmiendo? —pregunta Teresa.

—Sí, creo que sí. Ahora iba a verlo.

—Voy yo. No te preocupes. —Julián desaparece por la otra puerta y yo me acerco a un armario y saco una taza—. ¿Un café, Teresa? Está recién hecho.

—Sí, por favor —me pide, sentándose a la mesa.

En cuanto se lo acerco, le da un sorbito y luego rodea el tazón con las dos manos.

—¿Y qué? Tienes mucho que contarme, ¿no? —me suelta de repente.

Frunzo el ceño y la miro durante un eterno momento. Esta no es adivina, ¿verdad? No, imposible.

—A ver, cuenta, cuenta. ¿Qué es eso de que...?

—Duerme como un bendito —la interrumpe su marido, volviendo a entrar en la cocina—. Ah, sí, yo también quiero. —Y él mismo se sirve un café, mientras yo me entretengo cogiendo un plato en el que pongo unas galletas.

—El antibiótico estará haciendo su parte —comenta Teresa.

—Sí. Aunque le da a matar, en cuestión de un par de días estará como nuevo. Y con lo terco que es, mañana seguro que ya quiere ir a trabajar —afirma Julián.

—Sí, seguro —susurro.

—Bueno, tómate un café con nosotros, Laura, y luego, si no te importa, creo que será mejor que lo despierte y que lo acompañe mientras se ducha. No es la primera vez que se marea y acaba espatarrado en ella.

—Te va a odiar como insinúes algo así —bromea Teresa.

—No lo insinúo. Lo aseguro. —Sonríe de medio lado y se sienta a la mesa—. Aunque le cueste reconocerlo, ayer estaba débil como un bebé. Apenas se tenía en pie, joder. No sé cómo se le ocurrió subirse al tejado en esas condiciones. Y no sé cómo Colás y yo no vimos que ya se encontraba mal.

—Bueno, cariño... Es mayorcito. Y como tú muy bien has dicho, bastante tozudo. Así que pasa de sus protestas y haz lo que hemos venido a hacer. Después de una mala noche, no creo que hoy esté mucho más fuerte que ayer.

Suspiro mientras relleno mi taza. Me siento sin pronunciar palabra y me sirvo azúcar en abundancia.

¿Escaso de fuerzas? Desde luego, durante un buen rato, no lo parecía. Sus dedos eran de todo menos débiles mientras me acariciaban, joder. Y su erección frotándose contra mi costado tampoco parecía nada enclenque.

Debería dejar de pensar en ello, pero soy incapaz. En mi mente se repite una y otra vez lo sucedido, como si de una vieja película se tratase. No puedo olvidar sus manos sobre mí, sus caricias, y mucho menos mi reacción a ellas. Cómo me atreví a disfrutar de sus avances, a correrme en sus dedos...

¡Oh, Dios mío! Que estuviese dormido, por favor. Que no recuerde nada, rezo por enésima vez esta mañana. Por favor, por favor... Que tenga la oportunidad de aparentar que no ha pasado nada, de olvidar esto, y prometo no volver a desear nunca nada parecido. Aunque eso haya significado que esas caricias no eran para mí, que yo no era la destinataria de sus atenciones.

«Ja, Laura, no te lo crees ni tú. Ni lo vas a olvidar mientras vivas ni puedes negar lo que tu cuerpo te pide a gritos cada vez que lo ves, bonita».

Meneo la cabeza con disgusto hacia mí misma y a esa conciencia que me replica, gritando una verdad que no quiero oír.

—Eh, eh... ¿Estás bien, Laura?

La voz de Teresa me devuelve de nuevo al presente, a la cocina donde doy vueltas a mi café sin ton ni son.

—Eh... Sí, sí. Solo un poco cansada —miento. ¿Cansada? Lo que tengo es tanta energía acumulada desde que salí del baño que temo tocar algo y electrificarlo, al más puro estilo Tormenta de los *X-Men*. Y entonces suelto una risita ante mis pensamientos.

Y sí, vale, estoy de manicomio. ¿Y qué? Nunca he sido la más cuerda de los mortales, pero este último año he tocado fondo tantas veces y de tantas maneras que dentro de mí parecen existir dos Lauras. La que nunca se fue, esa alegre, fuerte, dicharachera y que todo lo ve con un toque de humor, aunque sea negro. Y la otra, esa triste, empecinada en un amor imposible y a la que le ha dado por ser juez, jurado y verdugo con ella misma.

—¿Y ahora de qué te ríes? —se interesa ella, mirándome como si me diera la razón en que estoy loca perdida.

—Ya lo verás en un rato. Mejor a solas —contesto misteriosa. Porque, como un *flash*, acabo de caer en la cuenta de que tener una peluquera en casa pueda solucionar un poco el desaguisado que hice con mi pelo. Todavía no he tenido el coraje de quitarme la toalla de la cabeza y contemplar detenidamente qué ha quedado de él.

—Bueno, chicas, pues ya os dejo. Voy a despertar a la bella durmiente para que se meta en la ducha —anuncia Julián, levantándose de la mesa.

—Vale, ve —le dice su mujer—. Nosotras prepararemos ahora mismo una sopita para más tarde. No creo que le apetezca demasiado comer, y menos si es sólido.

—Sí, genial. Seguro que lo agradecerá. —Y sin más, él desaparece por la puerta que da al pasillo.

—Bueno, estamos solas. Suéltalo ya —me insta Teresa, que ni es muy dada a tener paciencia ni demasiado sutil en sus demandas.

—Sí, claro. —Cierro los ojos para no ver su reacción mientras me quito la toalla que envuelve mi pelo. Pero al no oír nada de sus labios, los abro al cabo de un segundo, descubriendo que me mira boquiabierto, de ahí que no haya podido aún emitir ninguna opinión sobre el tema—. ¡¿Qué?! ¿Tan mal está?

Ella parpadea y me mira un instante a los ojos antes de volver a fijar su vista en mi cabello.

—¡Oh, joder! ¿¡Estás loca o qué!?! ¿Cuándo te has hecho eso?

—Esta mañana... ¿Tan mal...?

—Esta mañana... ¿Tú sola? ¡Dios! ¡Estás como un puto cencerro! ¿Cómo se te ocurre?

Me levanto y me acerco a la tele, intentando ver en la pantalla negra lo que no me atreví en toda la mañana. Ver lo que un momento de auténtica demencia me llevó a hacer. Me peino el cabello con los dedos y muevo la cabeza moviendo los cortos rizos.

—Pues yo no me veo tan mal —logro decir con un nudo en el pecho, después de evocar la escena del baño. Algo que, por otra parte, recuerdo casi como si se tratase de algo sucedido hace mucho tiempo y a otra persona. Como si la que estuviese allí encerrada castigándose por su pecado no fuese yo, sino un remedo de la mujer que soy en realidad.

—Y no estás mal. Lo cierto es que te queda muy bien el pelo corto, pero... —Entrecierra los ojos y me mira muy atentamente—. ¿Por qué lo has hecho?

—Pues... Porque me apetecía.

—¿Te apetecía? —me pregunta incrédula y poniéndome nerviosa, porque me observa de una forma extraña, como leyendo en mí más de lo que quiero mostrar. Pero entonces, para mi gran alivio, se incorpora y pone los brazos en jarras adoptando la actitud que sí me esperaba—. Joder, Laura, ¡lo que has hecho es un pecado! Tu melena era tan... tan increíble. Cualquiera pagaría por tener esos rizos y ese color y...

La miro con la boca abierta.

—Estás de coña, ¿no?

—No —responde casi con acritud y continúa donde lo ha dejado—. Y hacértelo tú misma... Dios, Laura. Tanto Nela como yo habríamos estado encantadas de ponerte las manos encima, aunque también es verdad que hubiésemos intentado quitarte la idea de la cabeza, para qué te voy a mentir. Pero, repito, cortártelo tú... ¿Qué coño te pasó por la cabeza? ¿Tanto apuro tenías de repente por un cambio total?

—Eh, respira. —La miro medio pasmada, pero al instante suelto la risa que se ha ganado con su monólogo. Parece tan ofendida... ¿Y qué me pasó? Mejor no se lo cuento, o pasaré de estar como un cencerro a encerrada en el primer psiquiátrico que encuentren para mí.

—Deja de reírte y vente conmigo al baño. Tengo que arreglar eso un poco. Sabes que tienes trasquilones irregulares y que está más largo de un lado que de otro, ¿no?

—Ya, algo así me temía. Solo quería ser yo la que me deshiciera de la melena.

Ella arquea las cejas y me mira como si no entendiese ni una palabra de lo que digo.

—Bueno... —improvisó—. Llevaba tiempo pensando en cortármelo, era muy molesta y...

—Y estás como una cabra. Ya. Vamos, al baño. —Sale de la cocina sin darme más opciones, ahora incluso más cabreada.

No le lleva más de diez minutos dar su trabajo por concluido. Me ha ordenado mojarlo de nuevo y ha cortado un poco por aquí y un poco más por allá. Ahora se dedica a secármelo con el secador, utilizando el difusor.

—Déjamelo lo más natural posible, por favor.

—Sé hacer mi trabajo, Laura —refunfuña—. Además, este pelo no necesita nada para quedar bien, solo quiero quitarte un poco la humedad y que no seas tú la que se enferme ahora.

—Yo nunca enfermo —aseguro. Y es verdad. No recuerdo la última vez que sufrí aunque fuese un pequeño resfriado. Supongo que tengo los genes de mi padre, que no sabe lo que es un antibiótico en sus cincuenta años de vida.

—No, tú solo estás muy mal de la cabeza —me espeta ella, consiguiendo una sonrisa de mi

parte.

«No lo sabes tú bien, Teresa».

Desenchufa el secador casi de malas maneras y da un paso atrás, observándome con el ceño fruncido. Yo, sentada en la taza del váter, todavía no me he visto en condiciones y ahora me muero por ponerme delante de un espejo. Sobre todo ante su cara, que frunce más a cada momento.

—¿Qué? ¿Estoy muy horrible?

Ella adopta su pose favorita, esa con las manos en las caderas, y me mira muy seria.

—Estás guapísima, joder. Alucino. Tu melena era preciosa, pero este corte de pelo... Te ves todavía más... Más tú. No sé cómo decirlo.

Me levanto corriendo y miro mi imagen con atención. Para mi asombro, es cierto que me veo genial. Rara pero fantástica. Los mechones juegan desde mis mejillas hasta un poco más arriba de los hombros, en capas, y, cuando me paso las manos por él, me encanta sentir los rizos cortos entre mis dedos, sobre todo en la parte de atrás, donde las capas son más marcadas. Muevo el pelo y sonrío. Me gusta. Me gusta mucho. Es un corte de pelo juvenil y descuidado, que me hace parecer incluso más joven y un poco más loca...

—Así que más yo, ¿eh? —bromeo, mirando hacia Teresa.

—Sí —dice con un mohín de fastidio—. Te queda realmente bien.

—Vaya, eso parece que hasta te molesta...

—¡Bah! Eres una cabrona. No te mereces que te quede tan fabuloso después de haberte deshecho de un pelo como el que tenías. Dios... Es para matarte. —Y entonces, por fin, me regala una sonrisa—. ¿Alguna vez piensas un poco antes de actuar, Laura? Podrías haber hecho un auténtico desastre.

—Ya... —No discuto porque sé que tiene razón, pero en aquellos momentos tampoco era yo misma la que actuaba, sino la otra Laura, cargada de culpa ante la traición a Clara.

—Venga, vamos, quiero verles la cara a los chicos cuando te vean.

—¡No! —casi grito. No, no, no.

—Laura... —Teresa me mira asombrada y yo no tengo ninguna explicación que darle. Pero no, no, no. No quiero verlo, todavía no. ¿Y si lo recuerda todo? ¿Y si...?

Entonces cambio el chip y decido enfrentarme a ello de una vez. Vivimos en la misma casa, no es como si pudiera evitarlo por mucho tiempo. Además, si lo recuerda, entonces también recordará que él empezó todo y que, fuese cual fuese el motivo, no puso demasiados reparos en continuar hasta el final.

Chema

—¿En serio? ¿Vas a sentarte ahí a mirar cómo me ducho?

—Sí. Y venga, acaba rápido. —Julián cruza los tobillos y coge una revista de coches de encima de la cisterna. Señala con un dedo el Porsche que hay en la portada y sonrío—. Al menos tienes buen gusto...

—Siempre —mascullo, antes de cerrar casi de malas maneras la mampara. Jesús, me siento igual que un niño de cinco años vigilado por su madre, y eso que le he repetido unas cuantas veces que me encuentro bien. Es verdad que la garganta todavía me duele como el demonio y que la fiebre ha dejado mi cuerpo entumecido, pero estoy bien. Soy perfectamente capaz de darme una maldita ducha.

Me enjabono con rapidez y frunzo el ceño, con la vista fulminando las baldosas al frente. Porque mi mente ya es otra cosa. Esa es una masa gelatinosa que ha debido de fundirse desde el mismo instante en que le puse las manos encima a Laura.

Cuando desperté, por un instante pensé que había sido un sueño. Utopía que se me fue a la mierda en cuanto llevé mi mano a la nariz y descubrí que aún conservaba su olor en mis dedos. Joder, es que esto no podía pasar. No entre ella y yo.

Espero que estuviese dormida. O que se piense que ha sido el sueño húmedo más vívido que haya tenido en su vida, porque yo, por mi parte, negaré haber estado consciente hasta bajo tortura. Hacerlo sería tener que renunciar a su presencia en esta casa, porque nuestra convivencia nunca volvería a ser lo mismo. No podría serlo después de que las dos personas que más presumimos de haber querido a Clara la traicionáramos de esta forma a la primera de cambio. Yo todavía no estoy ni preparado para acostarme con nadie, aún lo veo como una infidelidad, así que hacerlo con su propia hermana es mucho peor. Perverso casi. Inmoral. Debe de ser incluso incestuoso, por Dios.

«Bueno, tampoco te pases, Chema».

Me sacudo el agua de la cabeza como un perro, tal como me siento. Como un puto perro. Aunque... No. No sé ni lo que me digo, insultando al pobre animal. Él es fiel y leal, todo lo que yo no soy. Le juré fidelidad y respeto a mi mujer, y tengo sexo con la primera que se mete en mi cama, joder. Que no es que nos hayamos acostado, claro. Que no llegamos al final lo tengo dolorosamente presente, pero... Para el caso, es lo mismo, ¿no?

—¿Qué? ¿Es para hoy? Ni que estuvieses disfrutando de un *jacuzzi*, tío.

Abro un poco el cristal ahumado que nos separa y levanto el dedo corazón en su dirección, en un gesto universal para mandarlo a tomar por...

—Eh, un respeto. —Se ríe él—. Y sí, tenías razón, se te ve recuperado de cojones.

—Sí, me encuentro mucho mejor. De hecho...

—Olvidalo, mañana no vienes al trabajo.

Salgo de la ducha y cojo una toalla, a la vez que enarco las cejas mirando hacia él.

—Creo que olvidas quién es el jefe, Julián. Y si digo que...

—Bah, haz lo que te dé la gana.

—Eso puedes jurarlo.

—De verdad, eres insoportable.

—¿También quieres estar presente mientras cago? —le digo, solo por joder.

—Y un cerdo, coño. Eso se hace antes de ducharse. —Él se levanta y sale del cuarto enfadado—. Que sepas que la próxima vez que te rompas la crisma, voy a dejar que te desangres en el p....

¡Joder, Laura! ¿Dónde está...?

Las carcajadas de su mujer me impiden oír el resto de su pregunta, pero mi curiosidad hace que me ate la toalla a la cintura y vuelva al dormitorio.

—¿Qué...? —La pregunta se me queda atragantada en la garganta cuando la veo apoyada en la cómoda. ¿Qué diablos ha hecho con su pelo? Que no es que no esté guapísima, pero... Esa melena... Esa melena que yo tantas veces fantaseé con agarrar en un puño mientras...

«¡Oh, joder! ¡Genial, fantástico! No hace ni un minuto que te sentías tan deshonesto hacia Clara y en lo primero que piensas es eso, tío».

Jesús, tengo que frenar esto y tengo que hacerlo ya. Y entonces me doy cuenta de que los dos nos estamos mirando con más atención de la recomendable. Sobre todo después de lo ocurrido. Así que me centro en su nuevo corte de pelo; es la excusa perfecta para que nuestro primer encuentro no se haga tan incómodo. Al menos tengo algo sobre lo que hablar, pues ya me veía mirándola pasmado sin saber qué coño soltar y que pareciese natural.

—Estás... Estás diferente. —Bueno, tampoco he estado espléndido, lo sé.

—Estás preciosa, Laura —le dice Julián, y luego me mira con burla—. ¿Diferente, Rubio? ¿Eso era un piropo?

—Es que está diferente. —Molesto, me encamino hacia ella, solo porque los pijamas están en esa cómoda—. ¿Me permites?

—Sí, sí, claro. —Ella se aparta y yo abro un cajón del que saco lo primero que pillo. Entonces me atrevo a mirarla de nuevo, porque sé que he estado algo brusco y seguro que Julián y Teresa ya están imaginándose cosas raras. Conociéndolos...—. Pero te queda muy bien, ¿eh? —comento con sinceridad.

—Gracias. —Ella me sonrío casi con timidez, pero despega muy rápido su mirada de la mía y se lleva las manos al pelo, tocándose sus cortos rizos como si todavía no se acostumbrase a ellos. Y yo también miro hacia otra parte, porque ese simple gesto me ha parecido más adorable de lo conveniente.

Oh, mierda, esto va de mal en peor.

—Rubio...

A ver, si yo creía que era a Clara a quien acariciaba, eso no es infidelidad premeditada, ¿no? Una simple confusión, eso fue.

—Rubio...

Una equivocación, sí. Nada más. El encontrarme un cuerpo de mujer en la cama, junto con el anterior sueño, no ayudó para nada a que viera las cosas con perspectiva. Además...

—Eh, Rubio...

Esta vez sí miro hacia Colás, pero mi mente está tan lejos de él, de lo que estoy haciendo, que realmente ni lo veo.

Laura lleva estos dos últimos días tratándome como siempre, como si no hubiese pasado nada. Bueno, como siempre, no. Como las últimas semanas, después de mi gran cagada el día de la caída. Así que a lo mejor le estoy dando más importancia de la que tiene y...

—Joder, lo que yo decía. Tenías que haberte quedado en casa hoy también. Y querías venir ayer...

Las palabras de Julián me hacen espabilarme rápidamente.

—Estoy bien —digo entre dientes—. Solo estaba despistado. Dime, Colás.

Él no abre la boca, solo levanta hacia mí el esparavel que ahora recuerdo haberle pedido.

—Ah, gracias. —Lo cojo y me concentro en la pared en la que trabajo, o al menos todo lo que puedo.

Solo me despego de ella cuando Julián se acerca a mí con un cigarrillo, que me pasa ya encendido.

—¿Todo bien, Rubio? —pregunta con evidente interés.

—Sí, claro. ¿Por qué lo dices?

—No sé. —Menea la cabeza y sonrío algo burlón—. Será porque te has pasado toda la mañana más pensativo de lo normal y, cuando volvimos de comer, la cosa fue a peor. ¿Te das cuenta de que llevas recibiendo una pared que ya lo estaba hace una hora? Como sigas pasándole la llana, vas a acabar quitándole el cemento, tío.

—Eh, esto... Sí, tengo la cabeza en otra cosa —confieso.

—¿Algo de lo que quieras hablar? ¿O algo en lo que te pueda ayudar?

—No, ninguna de las dos cosas. Y sobre todo la última. —Y no puedo evitar esbozar una sonrisa socarrona dirigida hacia mí mismo. Porque mira que hay que ser idiota, a mis casi treinta años y no soy capaz de quitarme de la cabeza la sesión de sexo más insatisfactoria de mi historia. O al menos para mí. Porque todavía tengo grabados sus gemidos y jadeos en mi cabeza. Y cada vez que la miro, es en lo único que puedo pensar, joder.

Me doy cuenta, demasiado tarde, de la sonrisita que luce Julián, al tiempo que me mira con las cejas arqueadas.

—O sea que lo que te tiene tan ensimismado en algo que solo puedes hacer tú... —Se acaricia el mentón, pensativo.

—¿Alguien puede ayudarme a mover los tablones de los andamios? —grita Tobías, metiendo la cabeza por el hueco de la puerta—. Yo solo no soy capaz y Jaime está ayudando a Colás en la parte de atrás.

—Ya voy yo. —Cualquier cosa por escapar del interrogatorio de Julián, que a saber con qué me sale.

Mover tablones de un lado a otro es una actividad tan monótona que, inevitablemente, mi cabeza acaba desvinculándose de ella. Y claro, el camino que se le ocurre tomar es el mismo una y otra vez. Clara. Laura. Clara y Laura.

¿Cómo coño no reconocí que aquel cuerpo que tocaba no era el de mi mujer? Es cierto eso que dicen de que cada uno ve lo que quiere ver. O, en este caso, toca lo que quiere tocar. ¿Cómo narices no me di cuenta de las diferencias, tan abismales, entre ellas? No caí en el tamaño de los pechos, ni en que Clara nunca se depilaba ahí totalmente, ni en que...

—¡Ay! ¡Joder! —Me llevo deprisa dos dedos al mentón y los retiro llenos de sangre. A este paso acabaré desgraciándome antes de que acabe el puto año.

Tobías me mira con la cara desencajada desde su puesto, al otro lado del tablón, solo que ahora este está tirado a sus pies.

—Perdona, Rubio. Se me resbalaba. Te avisé, pero...

Julián se acerca a carcajada batiente.

—Pero ni te oyó. —Y yo, si pudiera, lo reventaría con la mirada—. Te avisó, Rubio —corroborra, ya frente a mí y levantándose la cabeza para mirar la herida.

Yo me separo cabreado, soltando de malas maneras la madera que aún sostengo entre mis manos y que, al soltársele de las manos a Tobías del otro lado, me ha golpeado con la suficiente fuerza para pegarme una buena hostia.

—No necesitas ni puntos. Toma. —Mi amigo me tiende un pañuelo que saca de un bolsillo y

yo se lo cojo casi a regañadientes—. Y ándate con más cuidado, colega, o vas a...

—¡Pasa de mí, tío! —espeto. No es que esté muy contento con las circunstancias, la verdad. Con cuatro puntos encima de una ceja y ahora sangrando como un cerdo. Eso sin contar el fin de semana de mierda, entre fiebre, dolor de garganta y... Y dolor de huevos, sí.

Él, ajeno a la frustración que arrastro, mira el reloj con tranquilidad y luego sonrío.

—Venga, mañana es otro día. Mejor te invito a una cerveza en el bar de Paco, ¿te parece? Creo que te hace bastante falta. Anda, Tobías, ve a avisar a Colás y recogemos un poco esto.

Y yo no replico, aunque todavía queda media hora de jornada. Y no solo porque cuando hace falta me la devuelven sin rechistar, sino porque realmente necesito esa cerveza.

La primera baja sin que sea apenas consciente. Apoyado de espaldas a la barra del bar, oigo la conversación entre Julián y Colás, pero lo cierto es que, para el caso que les hago, podrían estar a varios kilómetros de mí.

Me giro y apoyo el casco vacío sobre el mostrador.

—Paco, otra, por favor.

En cuanto me alcanza la botella fría, me vuelvo de nuevo y, antes de beber de ella, llevo el cristal al mentón, donde un dolor latente me recuerda la mala suerte que tengo últimamente.

—Por lo menos ha dejado de sangrarte —se cachondea Julián, al verme el gesto.

—Sí.

—¿Te duele?

—No, hace cosquillas, no te jode.

—Dios, eres como el Pitufo Gruñón.

Arqueo las cejas en su dirección y ahora el que me burlo soy yo.

—¿Qué? Al final te arrastraron al cine a verla, ¿eh?

Él asiente con la cabeza, mientras hace una mueca elocuente con toda su cara.

—Sí, ya hace un par de meses, pero todavía me dura el trauma. ¿Tú te has salvado? Si tus hijas le dijeron a la mía que...

—Fueron con Laura —explico.

—Sí, ya, si Teresa también fue, claro. Pero ella se puso como una energúmena en cuanto dije que no las acompañaba. En cambio, seguro que Laura ni te lo insinuó, ¿a que no? Eres u...

—No. —Levanto del todo la cabeza, que hasta ahora he mantenido más bien baja y clavo los ojos en Julián—. Y si vas decir algo así como que soy un cabrón con suerte...

—¡Joder! ¡No! Iba a decir que eres uno de los pocos padres afortunados que no han tenido que ver esa mierda azul. —Estampa su cerveza con ganas sobre la barra y da un paso atrás con los puños apretados—. Y déjame decirte que, si me he parado a explicarte lo que tenía pensado decir, es porque se supone que somos amigos. Por eso y porque espero que tengas una buena razón para hacernos pagar tu mala hostia. ¿Se puede saber qué cojones te pasa? Ni durante los primeros meses de la muerte de Clara tenías el carácter tan agriado, joder.

Lo miro durante un segundo que se me hace demasiado largo. Tiene razón. Estoy insufrible. Y ahora bastante avergonzado por creer, aunque fuese solo durante un instante, que Julián podría soltar algo así por la boca. Es un tío bastante bruto y no tiene reparos a la hora de vacilarnos a todos, pero también es lo suficientemente sensato como para no hacer una broma sobre mi viudez. Eso y que me quiere. Somos amigos desde parvulario, nos conocemos casi más de lo que a veces es conveniente.

Echo un vistazo rápido a Colás, que nos observa muy serio, antes de volver a mirar a Julián.

—Lo siento. No estoy en mi mejor momento.

—Eso ya lo vemos. ¿Qué pasa?

Meneo la cabeza y me doy la vuelta, apoyando los antebrazos sobre la barra sin soltar la botella. ¿Que qué pasa? ¡Y yo qué sé qué coño pasa!

Lo más fácil sería decir que necesito un polvo y que por eso Laura está causando este efecto en mí. Y quizá solo sea eso... Así de sencillo. O no tanto, si considero que solo pensar en tener sexo con alguien que no sea Clara es raro. Raro y desleal, Dios. Que hace poco más de un año que no está y...

—¿Qué es lo que pasa, Rubio? ¿Es la empresa?

—No. La empresa va mejor que nunca. Ya lo sabes —respondo, porque considero que es lo menos que puedo hacer después de cómo lo traté.

Es todo lo demás. Las cosas extrañas que pasan en casa. Esta mañana, sin ir más lejos, la foto de Clara no solo estaba boca abajo, como ya me la espero de un tiempo a esta parte al despertar, sino que esta vez el cristal estaba roto. Roto, joder. Y yo no he sido. A menos que ahora sea sonámbulo. Pero ni así. A mí nunca se me podría ocurrir hacer eso. Y luego está lo de Llara, que durante la cena de ayer comentó como si nada que mami tenía razón al decirle que yo no estaría muchos días malito. Y, claro, eso trajo como resultado una escena por parte de Marta. Es de locos. ¡De locos! Solo pensar que pueda ser cierto... Que ella se pasee por casa y que yo no pueda verla, o hablar con ella... Solo creer que haya podido ser testigo de lo que me pasa con su hermana...

—¿Tus padres? ¿Están bien las cosas con ellos?

—Sí. Como siempre —rumio por lo bajo.

¿Y qué me pasa con Laura? Nada. ¡Nada! Voy a olvidar lo sucedido como si realmente no hubiese pasado. Es lo mejor para todos. Ella parece no recordarlo o, de hacerlo, ha optado por ignorarlo, lo que me viene genial.

Por otro lado, sé que le sigo debiendo una disculpa. Cómo me porté con ella aquel día, las cosas que le dije... fueron tan estúpidas como crueles.

—¿Es por Alonso y pandilla?

—No, a ese respecto todo tranquilo. —Y mis contestaciones son casi por inercia.

Porque, para acabar, debería obviar cómo reacciona mi cuerpo ante la presencia de Laura. Es solo un acto físico, debido a la cercanía y a la sequía de quince meses. Nada más.

—Joder, Rubio, me estoy cansando de adivinar —protesta Julián, antes de darle un buen sorbo a su bebida.

—¿Es por Laura? —Colás sí capta toda mi atención, espetándome esa pregunta mientras se coloca en mi misma postura, a mi izquierda.

—Eh, ¿tienes algún problema con ella? ¿Es eso? —Julián insiste sobre ello desde mi derecha. Y yo estoy a punto de mandarlos a los dos a la mierda, pero me muerdo la lengua porque solo leo en ellos preocupación. Abro la boca para decirles que no, que con Laura todo va bien, pero Paco se aproxima en ese momento con un limón en la mano.

—No sé por qué lo llamáis problema. No deberíais mezclar las cosas —nos dice sin levantar la vista, comenzando a cortar la fruta en perfectas rodajas en una tabla frente a nosotros.

Y como no abrimos la boca, mirándonos los unos a los otros como gilipollas, levanta la mirada y nos observa con asombro.

—Yo... Esto... Es que no he podido evitar oír algo de lo que habéis dicho. Y al escuchar Laura, Alonso y problema, he pensado que... —se calla, ahora incluso algo incómodo.

—¿Laura tiene un problema con Alonso?

—¿Qué pasa con Laura y Selmo?

Colás y yo hacemos las preguntas a la vez. Y que él haya sido tan rápido no puede dejar de sorprenderme. Normalmente es pausado y piensa bastante antes de hablar. Nunca es demasiado impaciente, como si supiese que sus dudas serán resueltas tarde o temprano. Entonces lo miro y recuerdo con claridad otra conversación mantenida con su hermano en este bar. En la que me enteré de que había estado colgado por Laura. ¿Será que...? No. Me reprendo al momento. Él estaba loco por Nela, se iba a casar con ella, joder. De hecho, su actitud de los últimos meses solo es una muestra de lo mucho que todavía está enganchado a su ex. Será la preocupación normal de un amigo por una amiga. Porque esa es otra cosa que hay que reconocerle a Laura. Tiene de la amistad un concepto muy alto y de la misma manera se consagra a ella.

La contestación de Paco hace que deje de preguntarme estupideces y que me centre en ella.

—No, no, no van por ahí los tiros. En todo caso, pensé que os molestaba a vosotros. Y más a ti, Rubio.

Volvemos a mirarlo, perdidos. Parecemos tres niños ante una adivinanza difícil.

—No tenéis ni idea de lo que hablo, ¿no? —nos increpa Paco, asombrado y limpiándose las manos en un paño.

Ni siquiera me molesto en negarlo. No sé si estoy preocupado, inquieto o simplemente esperando que caiga una bomba sobre mí, pero estoy tan tenso que me duele el cuello.

—¿Quieres hablar de una puta vez? —espeto.

Paco levanta las manos en alto e incluso da un paso corto hacia atrás. Pero rápidamente las baja y mira a Julián con las cejas levantadas.

—Vaya humor... ¿no?

Mi amigo menea la cabeza.

—Ni lo menciones. Y cuéntanos, hombre, por Dios.

Paco mira hacia los lados, cerciorándose de que nadie reclama su atención y acomoda los brazos encima de la barra.

—A ver. Sé de buena fuente que la han contratado para decorar la casa de los Alonso.

—¿Qué? —pregunto perplejo—. ¿Qué dices?

—Pues no, no lo sabías —apunta un divertido Paco antes de que lo fulmine con la mirada y continúe con más seriedad—. A ver... Yo lo único que sé es que le han hecho la propuesta. No sé si la ha aceptado. Porque, por tu cara, Rubio, parece que mucha ilusión no te haría.

Miro hacia mis amigos sin contestar lo que resulta tan evidente y los encuentro mirándome a su vez.

—Vosotros... ¿lo sabíais?

Ellos niegan con la cabeza, tan sorprendidos como yo.

—En fin, creo que he metido la pata, ¿no? Vivís juntos... —comenta Paco con obviedad—. Pensé que Laura te habría puesto al corriente. —Entonces se echa a reír—. La comunicación no es lo vuestro, ¿no?

Entrecierro los ojos.

—¿Qué estás insin...?

—¡Eh! ¡Frena! —No solo son sus palabras, sino que Julián las refuerza con un codazo que no me funde una costilla por mi rapidez al apartarme—. Te está haciendo solo una puta broma. Una broma, Rubio. ¿Recuerdas lo que son?

Miro hacia Paco y me disculpo moviendo una mano en su dirección. Él disimula una sonrisa socarrona que me merezco y se mueve hacia el otro extremo de la barra, donde acaba de sentarse

un tipo. La verdad, sí que estoy insoportable. Demasiado susceptible con el tema Laura.

—Venga, va. ¿Os apetece otra ronda? —invito a modo de disculpa.

—Yo creo que paso, tío. Mañana es día de curro y, además, Teresa seguro que me espera para cenar —comenta Julián, mirando la hora.

—Yo te la acepto —dice Colás, acabándose de un trago lo que le queda en la botella.

Y a pesar de que la conversación mantenida es casi más con nosotros mismos que entre los dos, la tercera da paso a la cuarta y cuando salgo del bar es bastante más tarde de lo normal. Seguro que las niñas ya habrán cenado, eso si no están ya en la cama... Mierda. Es que no aprendo. Otra vez les he vuelto a fallar.

Parece que es lo único que sé hacer. Fallarles a todos. A mis amigos, con los que pago mi mal humor. A mis niñas, no concediéndoles todo mi tiempo libre. A Clara... Y a Laura. Sobre todo a Laura, a la que ofendí y grité porque... Porque soy imbécil. Imbécil y un puto arrogante que ni siquiera le ha perdido perdón. Y luego me sorprende que no me haga partícipe de sus cosas, como del trabajo que le han ofrecido los Alonso. Algo que, por otra parte, seguro que ha rechazado. Porque ella es mucho más empática y generosa que yo. Dónde va a parar. Qué mayor demostración que abandonar su vida como hizo por sus sobrinas, joder. Y así se lo pago.

Mi cara debe de ser aún un poema cuando entro en casa, porque la culpabilidad y la estupidez no son cargas agradables para nadie. Pero empeora todavía más cuando veo a Laura de frente, entrando a través de la puerta de la cocina que da al pasillo, mientras yo he atravesado el salón directamente desde el vestíbulo. No se ha percatado de mi presencia porque tiene la vista fija en el marco de fotos que lleva en las manos. Marco que yo reconozco al instante.

—¿Qué haces con eso? —Ni siquiera soy consciente de haber usado un tono exageradamente acusador hasta que yo mismo lo oigo.

Ella, rauda, levanta la mirada con los ojos muy abiertos. Se lleva el retrato al pecho y lo aprieta contra sí mientras da un paso hacia atrás.

—¡Joder! ¡Qué susto me has dado!

—Ya. ¿Adónde vas con eso? —Y no, no he suavizado el tono. Sé que tenía toda la intención de disculparme por lo del otro día, pero ahora mismo solo sé que ella tiene en sus manos la foto de Clara, la que debería estar encima de mi mesilla, y no entiendo el porqué.

Laura entrecierra los ojos y se acerca a coger una bolsa colgada de una de las sillas de la cocina.

—Tienes algo de cena en la nevera —dice sin mirarme, entretenida en sacar una caja y abrirla. Me fijo en que dentro hay otro marco de fotos y cierro un instante los ojos, sintiéndome estúpido. Jesús, otra cagada...

Con delicadeza, mi cuñada saca la foto del viejo y la pone en el nuevo, colocándolo luego de pie encima de la mesa.

—Esta mañana, cuando he ido a dejarte las sábanas limpias encima de la cama, he visto que estaba el cristal roto. Así que compré otro. Creí conveniente esperar a acostar a las niñas para cambiarlo —explica con los ojos clavados en la imagen de Clara. Y yo no solo me siento idiota, sino el más absoluto de los gilipollas.

«Lo que eres es un puto desagradecido».

—¿Ya están en la cama? —Me siento tan mal por haber pensado lo peor que es lo único que se me ocurre decir en ese momento. No, si yo cuando hago el tonto, lo hago bien.

—Sí, es bastante tarde, ¿sabes?

—Ya. Me lie un poco.

Laura solo se encoge de hombros y se dirige al fregadero, supongo que con la intención de

lavar los cacharros de la cena. No la dejo llegar; en un impulso la agarro de un brazo y logro que me mire. Con el movimiento, varios de sus rizos cortos se le ponen delante de los ojos y ella los aparta de un manotazo con la mano que tiene libre. Pienso, como muchas veces a lo largo de estos últimos días, que con el pelo así todavía está más guapa. Aquella melena salvaje era una pasada, pero así parece como... más dulce, más...

—¿Qué quieres, Rubio? —me dice seria, demasiado seria. Ella es la alegría personificada, por Dios. ¿Qué ha sido lo que ha hecho que sus ojos se vean tristes? ¿Yo? No, imposible, no soy lo suficientemente importante, pero... Pero es verdad que mi actitud con ella deja bastante que desear.

—Lo siento, ¿vale? Perdona por haberte hablado así.

—Te gusta acumularlas, ¿no?

Su pregunta me deja tan descolocado que enarco las cejas y la miro con extrañeza.

—Las disculpas —se explica—. Esta no es la única que me debes.

Por un momento, solo un fugaz instante, pienso en si se refiere a lo de aquella noche. Pero no... No puede ser, ¿verdad? Le suelto el brazo y pongo un poco de distancia entre nosotros.

—¿Te refieres a...? —no acabo la pregunta, que he hecho con una cautela extrema.

—A la que me debes desde hace unas semanas, joder. Sigo esperándola, ¿sabes?

Dejo escapar un suspiro de alivio entre mis labios, casi imperceptible.

—Sí, tienes razón. Perdona aquello también. A veces se me va la boca, Laura. No sé ni lo que digo. —Ante su cara de incredulidad, esta vez no disimulo un resoplido. Me paso las manos por el pelo y acabo frotándome la nuca—. Lo siento, en serio. Lo siento mucho. Es solo que... ¡No sé lo que es! Estoy un poco agobiado y las pago con todo Dios. Contigo, con Julián y Colás... Debéis de estar de mí hasta el gorro. Podéis mandarme a la mierda cuando queráis, ¿eh? Realmente me lo merezco.

—Bueno, bueno... Yo eso ya lo hago, y cosas peores. Ya sabes que, cuando a ti se te va la boca, yo no me quedo corta. —Entonces sonrío levemente—. Pero también podemos perdonarte, ¿no? Es lo que hacen los amigos...

—Sí, supongo —respondo, mucho más tranquilo después de haber apartado el escollo que había entre nosotros, y que hacía que nuestra convivencia fuese como un campo de minas—. Entonces... ¿todo bien? ¿Me perdonas? ¿De verdad?

—Claro que te perdono. De verdad. —Ella parece tan aliviada como yo—. De hecho, vamos ahora mismo a tomarnos unas cervezas para firmar la paz. —Resuelta, se dirige a la nevera y rebusca en ella.

Y a mí no se me ocurre otra cosa más que poner en juego esa tregua.

—Y ya que volvemos a ser amigos... ¿No tienes nada que contarme?

CAPÍTULO 25

Laura

No sé cómo no dejo caer las botellas. Pero lo que sí hago es cerrar demasiado fuerte la nevera... Y demasiado pronto. Con mi cabeza todavía a medio salir.

—¡Ay! ¡Joder! ¡Joder! ¡La puta! —Dando saltitos absurdos, echo la mano a la oreja, donde una de las estanterías de la puerta me ha dado de lleno, haciendo que rebotara y se volviese a abrir.

Ignoro ese hecho y sigo saltando un rato, como si con eso solucionase algo. Cuando acabo con el bailoteo y apoyo la espalda contra la encimera, Chema se acerca rápidamente.

—¿Estás bien?

—No, joder, no estoy bien. —Me froto la oreja con ahínco, intentando calmar el dolor bestial. Dios, ni que me la hubiese arrancado.

Él me retira las cervezas que todavía agarraba entre los dedos de la otra mano y, después, cierra la nevera y se queda apoyado en ella, mirándome.

—¿Qué coño miras? —Lo fulmino con la vista. Y continúo con una advertencia al ver un movimiento sospechoso en su boca—. Y que no se te ocurra reírte. ¡Dios, esto duele un huevo!

Y es todo culpa suya. ¿Qué se supone que tengo que contarle? No estará pensando en serio que hable de lo sucedido aquella noche, ¿no? Entonces está muy mal de la cabeza. Es más, ya lo está solo por haber sacado el tema. Aunque lo recuerde, debería olvidarlo. O ignorarlo.

—¿Mejor? —pregunta con una sonrisita insolente.

—Sí. —Soplo y sigo con el frotamiento. Que si ya no estaba roja por el golpe, ahora podrá pasar por un tomate con tanta friega.

—¿Qué ha sido eso? ¿Por qué te has puesto tan nerviosa?

—¿Yo? ¿Nerviosa? No estaba nerviosa.

—Entonces tenías mucha prisa o mucha sed, ¿no?

—Mira, Rubio, que te den. No tiene ni pizca de gracia. Me he hecho daño, joder.

—A ver... —«No, no, por favor, no te acerques». Pero lo hace. Aparta mi mano y un poco el pelo para echarle un vistazo a mi oreja. Clavo mis ojos en su nuez, que se mueve cuando traga saliva. Oh, Dios... Adoro esa nuez—. Está bastante roja, sí. Y aquí tienes una pequeña hinchazón. —Pasa un dedo por una zona y yo aparto la cabeza ante su contacto.

—Ya, me imagino. Deja, ya curará. —Lo miro de reajo, fugaz, pero el suficiente tiempo para verle una herida bajo el mentón, que juraría que antes no tenía. Y entonces son mis dedos los que van hacia allí, tocando la zona afectada—. ¿Y a ti qué te ha pasado?

—Nada, un rasguño en el trabajo —contesta, alejándose de mí con presteza. Entrecierro los ojos ante su reacción, porque yo sé muy bien por qué no quiero que me toque, pero... ¿y esto? Chema ha sido siempre muy sobón y recibir las mismas atenciones no parecía molestarlo. Pero entonces recuerdo la pregunta que comenzó todo y...

«Y a lo hecho, pecho, Laura».

—¿Qué se supone que tenía que contarte? —inquiero, antes de que me abandone este lapsus de coraje.

—A ver... —Él abre las cervezas, me pasa una y luego se sienta a la mesa—. He oído algo en el bar de Paco que me hubiese gustado saber por ti.

Es tal mi alivio que suspiro encantada y tomo asiento a su lado. Vale, de esto puedo hablar todo lo que él quiera, porque ya me imagino de qué va el tema. En este pueblo las noticias no corren, vuelan.

—Bueno, no te lo he dicho porque no es que hablásemos mucho últimamente, ¿no? Pero sí, ¿a que es fantástico?

—¿Fantástico? —Chema abre mucho los ojos y me mira pasmado—. ¿Te parece fantástico?

—Claro. —Apoyo un codo en la mesa y la cerveza que llevo en la mano la acerco a mi pobre oreja. Uy, qué gustazo—. Al fin y al cabo, me van a pagar. Y muy bien, además.

Ahora él me mira muy serio y acaba por entrecerrar los ojos.

—¿Te van a pagar? Supongo que hablamos de lo mismo, ¿no? De decorar la casa de los Alonso —dice, muy seco.

—Sí, ¿qué pasa? Esto es lo mejor que me ha pasado a nivel...

—¿Lo mejor que te ha pasado? ¡Espera, espera, esto tiene que ser una coña! —Y aparta la mirada mientras se pasa las manos por el pelo una y otra vez, exasperado. Pero ¿qué...?

Comienzo a cabrearme, la verdad. No entiendo su actitud y alguien tendría que decirle que ajuste el tono y que lo haga ya.

—No. De coña nada —le espeto de la misma manera. Y ya que estoy...—. Y ese tonito te lo metes donde te quepa, Rubio.

Él resopla. Y lo hace otra vez antes de dignarse a explicarse.

—A ver... ¿Me estás diciendo que vas a hacerlo?

—Claro —confirmo, como si cualquier otra opción fuera descabellada. Pero es que realmente es así, estoy encantada de encargarme de un proyecto de semejante envergadura.

Pero él parece del todo ofendido, aprieta mucho los labios y los dedos que rodean la cerveza están haciendo lo mismo, a juzgar por el color blanco que ostentan. Sin embargo, cuando habla, lo hace con calma.

—¿Has aceptado trabajar para los Alonso? —Se levanta casi tieso, demostrándome que esa calma no es tal. Su tensión es tan evidente que yo hago lo mismo por reflejo. Pero me obligo a relajarme y compongo una leve sonrisa. Puedo entender sus razones para sentirse molesto, pero también necesito hacerlo partícipe de mi ilusión; que comprenda que, desde mi punto de vista, esto es algo que no podía rechazar.

—Sí. Para los mismos. Aída quiere cambiarlo casi todo. Y mira que es grande la casita, ¿eh? No te puedes imaginar lo...

—Me puedo imaginar infinidad de cosas, pero que vayas a trabajar para ellos... es que no me lo puedo creer. ¿Cómo se te ocurre, Laura? ¡Joder, ¿cómo coño se te ocurre?!

Es tal su cabreo que ha tirado la botella encima de la mesa y parece no percatarse de ello. Me temía que no iba precisamente a saltar de alegría cuando se enterase, pero esto... Se está pasando y mucho. No entiendo tanta acritud. Pero lo que sí sé es que soy capaz de ponerme a su altura en un instante. Y lo hago literalmente, también levantándome de la silla.

—Pero... ¿tú de qué vas? ¿Que cómo se me ocurre? ¡Pues muy fácil! Yendo allí, oyendo a mi clienta y haciendo un putito diseño. ¿Cuál es el puñetero problema?

—Joder, Laura... ¡Todos! Selmo y compañía solo traen problemas y tú vas y te metes en su casa. Además, ¿sabes cuántas putadas me han hecho a lo largo de los años? ¿Sabes cuántas? ¡No me gusta ni un pelo que trabajes para ellos! ¡Para ellos, no, joder! No estamos en la miseria, no necesitamos su dinero, cojones. Yo no lo quiero.

—¿Qué?! ¿Qué acabas de decir? Punto número uno: yo trabajo para Aída. Allí vive Selmo, sí, pero eso no va a obligarme a perder el mejor trabajo, a todos los niveles, que me ha salido hasta

ahora en este puto pueblo. —Estiro un segundo dedo con la rabia tan a flor de piel que lo veo temblar—. Punto número dos: Selmo no es santo de mi devoción, desde luego que no, pero la mierda que os traéis entre tú y él no me la voy a comer yo. Punto número tres: Me importa muy poco si a ti te gusta o no que trabaje allí. Eso es bastante hipócrita, ¿no crees? Cuando tú sí lo haces, comprando en su almacén todo el material y...

—Eso es distinto. Ahí soy yo el cliente y...

—¿Distinto? ¿Pero tú te oyes? Es lo mismo, soberano tonto. —El cuarto dedo ni lo estiro, se lo clavo directamente en el pecho—. Y punto número cuatro: yo sí necesito y quiero ese dinero. Es mi trabajo, es mi sueldo y tú no tienes nada que decir. Como muy clarito me dejaste el otro día, puedo vivir en la casa de mi hermana, cuidar de...

—¡No! ¡No sigas! ¡Ya te he pedido perdón por eso! ¡Y se supone que estaba perdonado, joder!

—Sí, lo estabas. Pero no has tardado ni media hora en volver a deberme una disculpa. Es que lo tuyo no es normal, Chema. No es normal.

Algo tarde me doy cuenta de que lo he vuelto a llamar por su nombre. Pero ahora mismo estoy tan enfadada que me importa muy poco si le molesta. Me giro y voy a por una bayeta para limpiar la cerveza tirada sobre la mesa.

—No voy a disculparme por decirte lo que pienso —dice él mientras limpio y, a pesar del significado de sus palabras, parece mucho más tranquilo—. Haz lo que quieras.

—Eso voy a hacer —contesto, levantando el rostro hacia él.

—Bien.

—Bien.

Hace un ademán con la mano, no sé si de impotencia o frustración, y coge el marco de fotos antes de salir de la cocina. Pero a medio camino, se para y me mira.

—Solo una cosa. Prefiero que tú me llames Rubio.

Yo lo observo con los ojos entornados y hoy soy incapaz de aceptar esa sugerencia sin más. Estoy tan cabreada... Y dolida...

—¿Por qué? —Él pestaña muy rápido, sorprendido ante mi pregunta.

—¿Que por qué?

—Sí, eso mismo. ¿Por qué te molesta tanto? No soy la única que lo hace. Ni siquiera Clara era la única que lo hacía, por Dios. ¿A qué viene este...?

—¡Joder! ¿Y tú no puedes hacer por una vez lo que se te pide? —me interrumpe, con los puños apretados a los costados—. ¿Es que no puedes anteponerlo por una maldita vez a lo que tú quieres?

No le contesto, aunque tampoco es que me dé mucha opción, porque sale de la estancia a grandes zancadas.

Cierro los ojos y me dejo caer en la silla, enterrando mi cara entre mis manos, que todavía sujetan el trapo sucio de cerveza.

No lloro, ni siquiera suspiro. Me quedó ahí, muy quieta, como cubierta de escarcha.

Si tú supieras, Chema... Si tú supieras cuánto he antepuesto a mis deseos... Cuánto he llegado a odiarlos y a odiarme a mí misma por ellos. Si tú supieras cuántos años llevo haciéndolo...

Pero él no lo sabe ni lo sabrá nunca.

Y yo lo único que sé es que la tregua no nos ha durado ni una puta cerveza.

Clara

¡Oh, Dios mío! Estoy tan frustrada... No sé qué hacer con estos dos.

El tiempo pasa muy deprisa y, a la vez, se me hace eterno. Noto que vuela porque algo me dice que se me acaba, pero cada día aquí, siendo testigo de la infelicidad de mi marido y mi hermana, se vuelve interminable. Son como dos imanes con el que un Dios juguetón esté divirtiéndose en todo momento, girándolos de continuo. A veces su atracción es tan vehemente que incluso puedo ver la energía que tira de ellos, y otras, es tal su terquedad en ignorarse a conciencia que pareciera que se repelieran.

Las noches son todavía peores. Chema nunca se queda dormido sin mirar mi foto ensimismado, casi siempre en silencio y durante tanto tiempo que resulta enfermizo, murmurando en ocasiones un «No me dejes olvidarte» o un «¿Por qué te fuiste?» tan lleno de pesar como de rabia.

Laura, por su parte, se sumerge en su caparazón y se acuesta a altas horas de la madrugada, volcando ese tiempo en sus dibujos. Debe de tener ideas para varias décadas, al ritmo que lleva. Y apostaría cualquier cosa a que solo trata de mantenerse ocupada para no pensar. Pues cuando los pensamientos son tan fuertes que es incapaz de frenarlos, acaba llorando agarrada a la almohada y se queda dormida de puro agotamiento cuando las lágrimas aún no se le han secado en las mejillas.

Después de aquella absurda discusión sobre el trabajo de Laura, los dos se dedicaron a compartir piso como auténticos desconocidos. Durante un mes, apenas se dirigieron la palabra salvo para lo fundamental. Los temas de niñas, gastos y el papeleo del que Laura se encarga para Chema fueron los únicos que se dignaban tratar. Y eso de una manera tan fría y seca que daban ganas de darle de collejas. Yo, que nunca he sido partidaria de la violencia.

He dejado de darle la vuelta a mi foto, e incluso ignoro mis deseos de charlar con Llara, porque, aparte de que es demasiado pequeña para interpretar bien todos los mensajes que me gustaría hacerles llegar a ellos, siempre acaba provocando, con sus comentarios, una escena que trastorna muchísimo a Marta.

Así que aquí sigo... Deambulando por una casa que ya no siento como mía, tal cual el inútil fantasma en que me he convertido. Tan impotente como el primer día que llegué, o más. Porque ahora sí sé para qué he vuelto, y mi frustración es todavía mayor al no encontrar la manera de que ambos se den cuenta de que lo que sienten es justamente a lo que están destinados.

De hecho, sucede todo lo contrario. Yo parezco ser la causa principal de que estos dos tozudos no den ni un solo paso en dirección a su felicidad, demostrándome una lealtad increíble pero totalmente inapropiada. Improcedente, esa es la palabra. ¿Acaso no se dan cuenta que no es necesario guardarme ningún tipo de fidelidad? Estoy muerta, por el amor de Dios. En vida, mi hermana me quiso y respetó a expensas de sus propios sentimientos hacia Chema. Y él... Con él me sentí la mujer más amada, cuidada y respetada del mundo entero. Fui muy feliz. Ellos me hicieron feliz.

Ahora ya no estoy. He fallecido porque era mi sino, me he ido dejándoles el camino libre para que forjen el suyo. Un destino que les pertenece, uno en el cual puedan disfrutar uno del otro y dar salida a esa atracción que casi se puede respirar y a ese amor que, en el caso de mi marido, todavía tiene que madurar. Deben soltar lastre y dejarse llevar. Y yo soy ese lastre.

Al menos las cosas ya han mejorado un poco entre ellos, aunque yo no haya tenido nada que ver. Supongo que las Navidades ayudaron a que los ánimos se calmasen un poco. Eso y que Chema aprovechó la llegada del año nuevo para ofrecerle a Laura la disculpa que ella se merecía.

Y ya tardó. Aunque creo saber la razón. Pienso que Chema se obceca tanto en seguir cabreado con Laura solo para permanecer alejado de ella. Usa el orgullo y el mal humor como un muro entre ellos por su propio beneficio. Porque a mí no puede engañarme ni hacerme obviar cómo la mira cuando ella no se da cuenta, o las sonrisas que esconde ante muchos de sus comentarios.

Esa noche estaban los cuatro en el salón, atentos a la tele, comiéndose las doce uvas al son de las campanadas. Mis pequeñas parecían cansadas, no acostumbradas a semejante horario, pero con los ojitos brillantes de ilusión ante lo que para ellas era no solo una novedad, sino todo un acontecimiento.

—¡Feliz 2014! —gritó la presentadora de la tele, justo cuando los adultos engullían la última uva. Y, como en cualquier casa, los cuatro se levantaron para darle la bienvenida al año nuevo.

Chema cogió en brazos a Marta y la achuchó, al igual que hacía Laura con Llara, y luego las pequeñas cambiaron de brazos con dos enormes sonrisas. Y después llegó el momento violento, cuando esos dos cabezotas, tras un mes incómodo, se quedaron mirándose sin saber cómo reaccionar. Mis hijas, ajenas a la situación, se abrazaron entre ellas, aunque no entendieran muy bien por qué lo hacían.

El primero en dar un paso fue Chema, acercándose a Laura y abriendo los brazos.

—Anda, ven. Feliz año —dijo, algo cohibido.

Ella se acercó casi con timidez y se refugió en ellos, pasándole las manos alrededor de la cintura.

—Feliz año, Rubio —susurró contra su camisa.

—No sé si seré feliz, Laura, pero al menos te prometo que seré menos gilipollas. Lo siento, ¿vale?

Laura levantó la cabeza y lo miró a la cara con una triste sonrisa.

—Te ha costado, ¿eh?

Chema bufó sin soltarla.

—Es que... Es que fui muy injusto, joder. Me cegué... Y tú no te merecías mis palabras. Sé que lo has dejado todo por nosotros y yo voy y...

—Shhh... Ya está olvidado. —Laura dio un paso atrás, deshaciendo el abrazo—. ¿Sabes? Me resulta muy difícil estar demasiado tiempo cabreada contigo, tienes suerte.

—Pues realmente lo parecías... —replicó mi marido sonriendo.

—Bueno, ya sabes, tuve que elegir entre la decoración o el arte dramático... —se cachondeó ella.

Y, para mi sorpresa, él se acercó y volvió a abrazarla, besándole el pelo. Hasta yo noté como Laura se tensó ante aquello, igual que él cuando a Llara se le ocurrió hablar justo en aquel momento.

—¿Ahora ya sois novios?

Ambos se separaron tan rápido que hasta resultó cómico.

—¡No!

—¡No, no!

—Bueno... —La niña los miró muy seria, ladeando la cabeza—. Como os abrazáis y papá te da besitos en la cabeza...

—No... Yo solo... —Chema parecía tan incómodo que no era capaz de razonar—. Yo solo...

—Me estaba deseando un feliz año nuevo, como hizo con vosotras —terció Laura, acuclillándose frente a la niña—. No hace falta ser novios para eso, cariño.

—Ya...

—Claro, tonta —saltó Marta—. Ellos no son novios.

—No me llames tonta. Tú me dijiste que ojalá lo fueran —se defendió la pequeña.

Marta tuvo la decencia de ponerse colorada, pero no se quedó callada.

—Eso era un secreto, enana. Que no se te puede decir nada.

—Bueno, bueno, ya está. No os peleéis —las reprendió Laura con suavidad, ignorando adrede la peliaguda conversación. Sonrió y abrió mucho los brazos—. Y venid las dos aquí, que quiero un achuchón muy grande. —Las niñas aceptaron gustosas y la hicieron caer de culo con su entusiasmo. Laura se echó a reír, estrechándolas con fuerza—. ¡Dios, cuánto ímpetu! Os quiero mucho. Lo sabéis, ¿verdad?

—Nosotras también, tía Laura —dijo la mayor.

Llora se apartó un poquito y la miró a los ojos.

—¿También quieres a papi? —dejó caer, con toda la inocencia del mundo, haciendo que Laura ahogara una exclamación.

Chema carraspeó y se sentó en el sofá apoyando los codos sobre las rodillas y tapándose la boca con una mano. Me encantaría saber qué se le pasaba en aquel momento por la mente.

—Eh... Sí, claro —contestó mi hermana al descuido, todavía con los ojos muy abiertos por la impresión que le había causado la pequeña con su desafortunada curiosidad. No miró hacia Chema, las estrujó otro poco más y se levantó sin apartar la vista de las niñas—. Bueno... Yo... Voy a cambiarme. He quedado con ellos en el Pantera.

—Sí, ve. Ya acuesto yo a las niñas. —Chema, al contrario que Laura, no había apartado la mirada de ella desde la inoportuna pregunta. Incluso la siguió con los ojos mientras salía apresurada del salón.

Sonrí tristemente recordando la escena, cuando el timbre de la puerta me hace volver al presente. Chema apaga la cafetera que tiene al fuego y va a abrir, encontrándose con Pedro disfrazado de Popeye al otro lado.

—¡Anda! ¿Vienes a buscar a Olivia? —pregunta, mirándolo de arriba abajo.

Ya estamos en Carnavales y mi hermana se está cambiando para salir, como muchas noches de un tiempo a esta parte.

—Pues no sé. —Se ríe Pedro—. Quedamos en ir todos disfrazados de dibujos animados, pero también en que tenía que ser una sorpresa. Sería mucha casualidad, ¿no crees?

—Supongo. —Mi marido se encoge de hombros y lo invita a entrar—. Hace rato que está metida en el baño, no creo que tarde, pero ¿quieres tomarte una cerveza u otra cosa?

—No, y espero de verdad que sea puntual, porque tengo a Nela en el coche esperando.

—Bueno, con la que está cayendo, no me extraña que no haya querido moverse de él —comenta ya en la cocina, sirviéndose un café de espaldas a él.

Pedro suelta una carcajada.

—Sí, por eso y porque... ¡Joder! ¡Joder! ¡¿Laura?!

Y si las risas no lo han hecho girarse, los gritos sí logran que mi marido se vuelva rápidamente. Comienza a parpadear como si no diese crédito a lo que ven sus ojos. Porque mi hermana, haciendo gala de su atrevimiento, ha tenido la brillante idea de disfrazarse nada más y nada menos que de Betty Boop. Lleva un vestido cortísimo y ceñidísimo color rojo, con una liga del mismo color en su pierna izquierda. Se ha peinado con la raya al medio y las puntas algo levantadas, que apenas le rozan los hombros. Su maquillaje es un espectáculo, con sus labios gruesos disimulados con maquillaje y luciendo ahora una boquita pequeña y del color del vestido. En sus orejas y muñecas destacan unos aros de un dorado amarillento y, para rematar, los zapatos negros de tacón de aguja solo la hacen todavía más *sexy*, si ello es posible.

—Hola, Popeye —saluda ella con la coquetería propia de su personaje—. ¿A que estoy

divina?

—Divina es poco, joder. ¡Vaya nohecita me espera! ¿Pretendes causar algún infarto? — resopla Pedro, exagerando un poco la reacción.

—Bueno... Se trataba de sorprender, ¿no? —Ella se agacha un poco para colocarse bien la liga y pestañea muy rápido con sus pestañas postizas sin dejar de mirar al marino—. Y veo que lo he hecho.

Chema es incapaz de quitarle ojo, pero también parece que se le ha comido la lengua el gato. Ni siquiera es capaz de pronunciar palabra cuando Pedro se dirige directamente a él.

—Tu cuñada hoy arrasa —comenta con una sonrisa un tanto burlona—. Y yo me he dejado la porra en casa, a ver qué uso ahora para apartar los moscones.

Mi marido lo mira, pero inmediatamente se gira y presta atención a su café.

—Mira que eres soso, tío —lo sigue chinchando Pedro—. Al menos podrías alegrarte por mí. Voy a pasar la noche con las tres mujeres más guapas de todo El Pilar.

Laura, de repente, parece incómoda. Ha dejado su pose de mujer fatal y se frota las manos a su espalda. Abre la boca para decir algo, pero Chema se decide a hablar por fin.

—Pues felicidades. Y mucha suerte, tío. Yo de ti me plantearía ir a por esa porra.

Pedro ríe entre dientes y Laura entrecierra los ojos, sin saber cómo tomarse eso. Pero entonces Chema la mira y asiente con la cabeza.

—Estás espectacular, Laura. El disfraz no puede estar más logrado.

—Gracias —le dice ella sin mirarlo apenas—. ¿Qué? ¿Nos vamos, Pedro?

—Sí, claro. —Pero en cuanto Laura sale de la estancia, se acerca a Chema y le da una suave palmada en el pecho, guiñándole un ojo—. Y con respecto a la suerte... Tienes razón. En el coche también me espera Jessica Rabbit, colega.

—Jesús... —El susurro de Chema queda apagado por la carcajada de Pedro, al que ya está Laura llamando de nuevo desde la puerta principal.

En cuanto se queda solo, se acerca al fregadero y vacía la taza en él. Se apoya agarrándose a la esquina del mármol y se separa un poco con la cabeza baja.

—¡Joder! ¡Mierda, mierda! —escupe con rabia.

Y no es necesario más. Esas palabras y esa pose me muestran lo que siente como si me hubiese escrito una redacción de dos carillas. Impotencia, frustración...

Bienvenido al club, cariño.

¿Puede ser que también haya algo de celos? Ojalá.

Laura

—Me alegro de que Nela ya se haya ido y no tenga que ver eso. —Señalo con la cabeza hacia la pista, donde Colás se está restregando con una vampiresa en uno de los sofás colocados contra la pared. Y lo de vampiresa no es solo por el disfraz, sino por cómo le muerde el cuello al chaval.

—Lo de esos dos es penoso, de verdad —comenta Pedro, mirando en esa dirección—. Joder, y Colás está desenfrenado.

—Pues ya podían fallarme a mí un poco los frenos... —murmura Gerardo a mi lado, haciendo que me gire hacia él y no pueda evitar sonreír.

Hace apenas unos meses que lo conozco, pero es un encanto de hombre y sé que su comentario solo es para restarle importancia al asunto. Su poco atractivo, con una nariz demasiado ancha para resultar bonita, su escaso pelo y una delgadez extrema pasan a un segundo plano en cuanto se habla con él. Es de esas personas simpáticas por naturaleza, a las que les resulta exageradamente fácil hacer un apunte ocurrente o tener una salida de tono jocosa. Cuando Pedro regresó al pueblo, hizo tan buenas migas con él, a pesar de que es su jefe, que incluso comparten piso. Supongo que después de haberse acostumbrado a su independencia en Gijón, le costaba volver a casa de sus padres. Todo esto dio lugar a que sea un habitual en nuestras salidas. Y lo mismo casi puede decirse de Tania, una chica jovencísima y a primera vista supertímida, que también es compañera de ambos.

Hoy, para variar, les ha tocado a los tres la noche libre. Algo sorprendente, dado que son solo cinco los que cubren la comisaría.

—Oye, sargento... Hoy que llevas la cara tapada podrías hasta mojar, para variar. Vas a tardar tiempo en tenerlo tan fácil —se cachondea Pedro.

—Muy gracioso, Pedrito. Pero tú con tus bíceps y tu carita de niño pijo pareces en mi misma situación, así que cierra el pico.

—Bueno, lo mío es otra cuestión —se defiende Pedro—. Yo es porque no quiero.

Gerardo enarca las cejas y sonríe de medio lado.

—¿Estás pensando en cambiar el uniforme por un hábito?

—No, estoy intentando llamar la atención de alguien en concreto, listo.

—Vestida de rojo, ¿quizá? —lo sigue picando su jefe.

Pedro se lleva su vaso a la boca y esconde tras él una sonrisa, mientras hace un juego de cejas que nos hace reír a los dos.

Aunque mi curiosidad ya está elucubrando por libre. ¡Vaya! ¿A quién se referirá? De hecho, hoy en el local hay bastantes chicas de rojo entre vampiresas, piratas, caperucitas rojas y hasta una bombera que he visto por ahí. Eso sin contar que la casualidad haya logrado que tanto Nela como Tania y yo también hayamos optado por ese color. Nela estaba increíble con su disfraz de Jessica Rabbit y Tania resultaba adorable con su vestido rojo de lunares en su papel de Mafalda.

Bueno, Tania es adorable y punto, se ponga lo que se ponga. Nuestros casi cuatro años de diferencia de edad habían hecho que no tuviésemos mucho trato antes de que yo me fuese a estudiar, pero ahora que se mueve entre nosotros hemos congeniado desde el primer día.

Miro a Pedro, que parece estar muy entretenido mirando hacia la pista, y luego a Gerardo.

—¿Es la nueva? —le pregunto muy bajito a este último y refiriéndome a cómo llaman a Tania en el trabajo—. ¿Le gusta?

—Bueno, esa chica gusta a todo el mundo, ¿no? Pero...

—Os estoy escuchando —se queja Pedro sin girar la cabeza. Dios, qué oído tiene este tío.

Entre la música y nuestro tono resulta casi imposible que nos haya escuchado.

—Pero... ¿Tú qué eres, tío? ¿El puto Superman o qué? —Gerardo no se corta y le da una palmada en la espalda para acompañar sus preguntas, haciendo que nos mire.

—No, pero os conozco... —Nos señala con dos dedos de la misma mano y entonces los tres nos echamos a reír como locos. No es que la cosa tenga mucha gracia, pero el alcohol ayuda bastante a que tengamos la risa fácil.

Es justo por esto que salgo tan a menudo. No solo la compañía es estupenda, sino que es una manera de liberar tensiones y olvidarme por un rato del problema, tamaño hombre, que tengo en casa. Unas cuantas risas, un par de cubatas o unos pocos chupitos y mucho baile. Y vuelvo a sentirme yo, la que no babea como un bulldog cada vez que Chema juega con las niñas, las besa o les corta la comida. Cada vez que dice algo chistoso, o no tan gracioso, o incluso serio, qué coño... Cuando es amable, o incluso déspota... Me da igual. Parece ser que, haga lo que haga, consigue que mi corazón bombee a mil por hora y que el vientre me aletee como si me hubiese tragado una puta culebra, joder.

Es tan injusto... Tan patético... ¿Por qué no puedo enamorarme de Pedro, o de Paco? Echo un vistazo a mi izquierda, donde Lucas se sienta con Selmo y el resto de su pandilla. ¿O del insufrible de Lucas? Ya puestos... Cualquiera me valdría. Cualquiera con el que no tuviese que convivir a diario, cualquiera que no fuese el marido de mi hermana.

Incluso amar al fantasma ese que me persigue en sueños sería una mejor opción. Es que, joder, en estas dos últimas semanas he vuelto a soñar con el misterioso pianista en cuatro ocasiones. Cuatro. Y lo que es peor es que luego no puedo quitármelo de la cabeza en días, como si hubiese algo que se me escapa. Y seguro que lo hay... Es demasiado repetitivo, es demasiado...

—Eh, estás muy seria de repente. —Gerardo me da un empujón con su cuerpo y luego me pasa un brazo por los hombros.

—¿Qué va! Estaba pensando. Solo eso.

—¿Y se puede saber en qué? —interviene Pedro, apoyando los codos en la mesa para acercarse más a mí.

—Pues... en tu edad. —Miro a Gerardo y digo lo primero que se me pasa por la cabeza.

A este se le escapa una carcajada y me suelta para recuperar su copa.

—Bueno, mujer, no soy tan mayor para que eso te haga ponerte tan seria.

—No, es verdad. Debería ser él quien esté preocupado. Venga, ¿cuántos tienes, sargento? Que yo también quiero saberlo. ¿Cuarenta?

—Pedro, eres un amor, de verdad... —replica el aludido con sarcasmo. Y luego sacia nuestra curiosidad—. Solo te saco cinco años, capullo.

—Pues cuídate, colega.

—Pero si estoy de muy buen ver. Díselo, Laura.

—Estás estupendo, no le hagas caso a este guaperas. Oh, me encanta esta canción. Me voy a bailar. —Me levanto y, sin esperar a que me acompañen, pues pocas veces lo hacen, me encamino a la pista, donde me desmeleno y me dejo llevar por la música, que guía mis caderas y mis pies sin tener que esforzarme demasiado.

Cierro los ojos y tarareo la letra. Me encanta Cristina Aguilera y su *Ven conmigo* me lo sé de memoria. Aunque con la costumbre que tienen en este pub de poner canciones antiguas y repetirlas a menudo, tampoco es extraño que casi todo el mundo acabe aprendiéndoselas.

«Solamente tú. No me hagas esperar. Contigo quiero estar. Soy tuya nada más».

Joder... Ya estamos. Ya estoy de nuevo pensando en él. En sus ojos casi dorados, sus manos callosas y su voz ligeramente ronca. Sí, es con él con el que quiero estar, solo con él. Pero no

puedo. No puedo, por Dios.

«Métetelo de una vez en la cabeza, Laura. Chema no es para ti».

Cuando me doy cuenta, ya ha acabado la canción y empezado otra. Yo sigo moviéndome por inercia. Bueno, al menos esta es en inglés y, a la velocidad que cantan, no hay manera de entender todo lo que dicen, lo que ahora mismo agradezco. Seguro que hay una historia en la letra pensada para mí. O para él. Suele suceder, ¿verdad?

Intentando mantener la mente en blanco, me entrego a la música. Y a una segunda le sigue una tercera canción. Ignoro un par de miradas lascivas y rechazo otro par de invitaciones a bailar. Quiero hacerlo sola. Centrarme únicamente en el ritmo y olvidarme por un buen rato de mi vida.

Por eso, cuando unas manos que no espero agarran mi cintura por detrás, doy un respingo. Pero al instante me relajo, al mirar hacia nuestra mesa y no ver a Pedro en ella. Gerardo está entretenido con su móvil y doy por hecho que esas manos pertenecen a Popeye. Sigo bailando con una sonrisa, porque Pedro es un bailarín excelente cuando se anima a hacerlo.

—Eres un pecado andante —susurra mi pareja de baile en mi oído, haciendo que un escalofrío me recorra entera—. Debería haber una ley que prohibiera...

Me giro muy deprisa porque, para mi desgracia, ahora sé de quién se trata, y la reacción de mi cuerpo ha sido de repulsa más que otra cosa.

—Aparta. No me toques, Lucas.

—Bueno, hasta hace un momento no parecía importarte. Baila conmigo, Laura.

—No.

Sin perder ni un solo segundo más con él, me dirijo a mi mesa, pero él me sujeta de un brazo.

—Oye... —protesto, pero él interrumpe mi queja hablándome a escasos centímetros de mi boca.

—¿Y Betty Boop? A lo mejor ella sí quiere hacerlo.

—¡Vaya! Si hasta reconoces de qué voy disfrazada. Eso es toda una proeza, Lucas, ¿has tenido que recurrir a Google? —me burlo.

Él menea la cabeza y sonrío.

—Un solo baile, Laura, venga...

—No. Y suéltame, Lucas.

Él me obedece, pero entonces los que me sujetan son sus ojos, arrepentidos, y la frase que suelta justo a continuación.

—No vas a perdonarme nunca por aquello, ¿verdad?

Tardo un par de segundos en contestar, porque, aunque ya se ha disculpado en una ocasión, me sorprende que saque el tema, dado nuestro último encuentro. Además, es algo de lo que no quiero hablar, ni recordar. Yo era demasiado joven e ingenua y él... Él fue un capullo que, con su proceder, me marcó. Vale, al final tengo que reconocerlo. Sí, lo hizo. No es necesario ser psicóloga para saberlo. De no haber pasado aquello, quizá yo no me hubiese tomado tan mal los avances de los demás, quizá hubiese disfrutado del sexo de una manera más liberal. Como lo soy en todos los aspectos de mi vida. Porque, desde luego, lo que nunca imaginé es llegar a mi edad así. Virgen aún. Es que hay que joderse...

Así que, cuando respondo, soy del todo sincera.

—Me cuesta. Me cuesta mucho, Lucas.

—Joder, Laura... En serio creí que te imaginabas qué iba a pasar. Que solo te hacías la estrecha, que...

—No lo estás mejorando, ¿eh?

—Mierda... —susurra tan bajo que, más que oírlo, lo imagino. Se pasa una mano por la cara y,

cuando me vuelve a mirar, parece enfadado. Pues, mira, genial, casi lo prefiero—. Deberías crecer de una vez, Laura. No fue para tanto.

Me echo a reír sin ganas. Porque hasta es posible que él se lo crea de verdad, lo que no sé si lo hace ser un arrogante hijo de puta o es que no recuerda aquella noche igual que yo.

—Mira, Lucas... —suspiro—. ¿Sabes qué? Olvídalo, ¿vale? Y a mí también, de paso.

—Porque supongo que eres demasiado buena para mí, ¿no? —suelta, mordaz.

Y adiós contención.

—¿Sabes la cabra de la señora Fátima? ¿Esa vieja con el pelaje a ronchas? Pues hasta sería demasiado buena para ti, joder. —Y sin más, me alejo de él, cabreada. No sé si más con él o conmigo misma. Porque sigo siendo igual de estúpida que entonces, coño. Mira que tratar de mantener una conversación con Lucas...

Doy dos zancadas sin ni siquiera mirar y acabo en brazos de Pedro, con el que me tropiezo.

—Eh, eh... ¿Qué pasa? ¿Adónde vas tan apurada? —Y, aunque me ha echado una leve mirada, ahora sus ojos están fijos en Lucas, tras mi espalda.

—Venga, vamos —le digo, cogiéndolo de una mano y arrastrándolo hacia la mesa, donde, al llegar, recojo mi cazadora y mi bolso con la única intención de irme a casa. Acaban de quitármese las ganas de fiesta.

—Pero... ¿te vas? ¿Ya? No lo hagas por culpa de ese cabronazo...

—¿Qué? ¿Qué ha pasado? —se interesa Gerardo al oírlo.

—Nada, pero me voy, de verdad.

—Entonces espera. Te acompaño —me dice Pedro.

—No es necesario. Yo vivo muy...

—Se dónde vives y te acompaño. —Él ya tiene su chaqueta en la mano y ha dejado las bebidas sobre la mesa. Se dirige un momento a su jefe—. ¿Tú te vienes o te quedas?

—Yo... me quedo un rato.

—Vale, nos vemos. —Y sin más, me coge de una mano para salir del local.

Ha dejado de llover, pero el frío casi corta mis mejillas. Subo el cuello de la cazadora, pero me la ajusto más al cuerpo y me cruzo de brazos cuando dos tíos que fuman en la puerta me echan una mirada de arriba abajo de todo menos disimulada. Joder, quizá me he pasado con el disfraz... Pero es que me apetecía hacer algo descarado... Hacía tanto tiempo que mi faceta más atrevida no salía a la luz que la echaba de menos. Y también necesitaba saberme deseada, ¿por qué no? Sentir que el hombre por el que se te mojan las bragas te ve más como una hermana que como una mujer acaba por bajarle la autoestima a cualquiera. Pero quizás no debí...

—¿Ehhh? ¿Estás bien? —Pedro me rodea los hombros con un brazo y me aprieta contra él. Agradezco su calor y su consuelo, pero no siento nada más. ¿Cómo es posible que mi cuerpo no reaccione ni un ápice a un hombre atractivo y lo haga en modo tsunami ante el más inadecuado?

—Sí, sí. Solo es que... No sé, ahora me da vergüenza haberme vestido así, yo...

—¿Tú avergonzada? ¡Eh, Betty Boop, sal del cuerpo de Laura y devuélvemela!

Me río ante su broma, pero pronto me pongo seria. Necesito explicarme y que él lo entienda. Pedro se ha convertido en un gran amigo, uno con el que me siento cómoda hablando de casi cualquier cosa. Bueno, menos de lo que no hablo con nadie.

—A ver... Quizá es un poco atrevido de más, ¿no? Si me dieran un euro por cada mirada lasciva que me han dedicado hoy...

—Lo que creo es que estás diciendo tonterías —me interrumpe él. Y luego se echa a reír—. Bueno, en lo de las miradas, no... De esas fui testigo.

—¿Ves? —Hago un ademán con una mano antes de subir al coche que él ya ha abierto. Se

sienta tras el volante y me mira socarrón.

—¿Solo las has visto hoy? —cuestiona mientras arranca.

—¿Qué?

—Las miraditas esas... Por favor, Laura... Hoy estás rompedora, pero te miran así muy a menudo, ¿no te das cuenta?

—No. Eso no es verdad —resoplo y me abrocho el cinturón antes de subir la calefacción al máximo.

—Oh, sí, lo es. Los tíos somos poco sutiles, Laura. Y eso por decirlo finamente. Al menos, la mayoría. Y no sé qué te ha dicho Lucas para que te hayas querido ir de repente ni para que te pongas a pensar en chorradas, pero...

—Nada. En realidad, no me ha dicho nada sobre el disfraz ni... Ni nada de eso. Es solo que... Que me incomoda hablar con él. Y de ciertas cosas más.

Pedro me lanza una mirada interrogante y confusa antes de volver la vista a la carretera.

—Vosotros tenéis una historia —afirma, pensativo.

—No, de historia nada —apunto con énfasis.

—Bueno... Está la famosa escapada en la despedida de solteros de Rubio y Clara.

Niego con la cabeza, mirándolo.

—Esa noche no pasó nada. Poco más que unos besos —confieso, aunque me guardo mucho, lo sé.

Pedro abre mucho los ojos y suelta un silbido.

—¿En serio? ¿Vosotros no...? —No acaba la frase cuando vuelvo a negar con la cabeza, categórica—. Joder... Pues me alegra saberlo. Pero que sepas que allí todos pensamos que... — Se calla y ahora el avergonzado parece él—. Dios, ahora hasta me siento mal. Yo también pensé que vosotros habíais follado como conejos.

Me echo a reír ante su expresión.

—Joder, qué finura. ¿Como conejos? —le suelto, dándole un empujón.

Él también se ríe.

—Eh, que estoy conduciendo —protesta, divertido.

—Es lo que te salva —replico, haciéndome ahora la ofendida, pero sin poder evitar sonreír—. ¿Poco sutiles, decías? Tú lo que tienes es la delicadeza atrofiada.

—¿Yo? ¡Qué va! —Se ríe él—. Pero cuenta, cuenta... Lucas es idiota, al menos... ¿besa bien?

—Oh, por favor. No voy a contestar a eso.

—Eso es que besa mal. —Entrecierra los ojos y me lanza otra fugaz mirada—. O muy bien... Joder. Es eso, ¿no?

Refunfuño, pero acabo riéndome mientras apoyo la cabeza en la ventanilla.

—Eres como un perro con un hueso, Pedrito. Deja el tema, por favor.

—Estás poniéndote colorada, Betty —se guasea.

—Y tú eres un pesado, Popeye.

—¡¿Pesado?! Querrás decir fuerte y duro. —Levanta un brazo y me muestra el bíceps en la típica postura de sacar músculo—. Toca, toca. Mira lo que hacen las espinacas.

Suelto una carcajada y agradezco que haya vuelto a aparecer en mi vida, esta vez ocupando un lugar tan especial en ella. Y por segunda vez esta noche me hago la misma pregunta. ¿Por qué no podría haberme enamorado de él? Quizá todo resultase más fácil.

CAPÍTULO 26

Chema

—Bueno, cuatro días de fiesta. Bendita Semana Santa.

—Bendita sí es, pero no creo que sea por eso, Julián —le digo entrando en el bar de Paco. Hoy es miércoles y, como bien dice él, el último día de trabajo de la semana, lo que a mí no me hace demasiada ilusión. Claro que yo tengo que pasarme esos cuatro días evitando a Laura—. Además, no sé de qué te quejas. No hace ni un par de semanas que volviste de tus vacaciones.

—Yo no me quejaba. Solo que a nadie le amarga un dulce. Y cuatro días en casita, despertando al lado de Teresa sin prisas... Que quieres que te diga, tío, soy un fan de los polvos mañaneros.

Clara los odiaba. Era de las que quería abandonar la cama en cuanto abría los ojos. Siempre parecía tener algo que hacer...

—Demasiada información, Julián —apunta Colás, ya apoyado en la barra.

—A ti te voy a asustar. Aunque claro, tú eres de nocturnos y, a poder ser, sin repetir con ninguna, ¿no?

—No es tu problema.

—Ponnos unas cervezas, Paco, por favor. —Me pongo en medio de ellos intentando evitar el conflicto. Es verdad que Colás está desfasado, pero Julián no debería estar siempre lanzándole pullas. Sé que le molesta que su hermano no quiera ni hablar con Nela, cuando todos creemos que podrían solucionar las cosas entre ellos y más, cuando ella sí lo ha intentado. Pero también sé que con Colas ese método no funciona. Parece mentira que no lo sepa él, joder.

—Quizá sí lo sea, Colás, o el de Rubio. —Abro mucho los ojos al oír a Julián.

—¿Mi problema? —pregunto.

—Claro, cuando tenga que coger una baja por alguna de esas enfermedades sexuales.

Suelto una carcajada, pero, cuando miro hacia Colás, la ahogo al instante. Este no parece muy divertido con el comentario.

—Venga, va, chicos, haya paz —vuelvo a mediar. Pero ellos ya no me están prestando demasiada atención, pues Aída, Angelines y Tina acaban de entrar en el bar como si fuesen a desfilar en alguna pasarela, con sus modelitos maravillosos y perfectamente maquilladas y peinadas.

Me giro después de saludarlas con un movimiento de cabeza y apoyo los codos en la barra. Para modelito, el de Laura en carnavales. Todavía tengo en la retina su imagen vestida, o semivestida, de aquella manera. Me bebo la mitad de la cerveza de una tacada y luego hago dibujos con ella sobre la barra.

Lo que esa chica me provoca es cosa mala. Siempre parece tenerme al límite... O me cabrea hasta el punto de no saber ni lo que digo, o me hace reír a carcajadas... o me pone cachondo perdido, joder. Pero ninguna de ellas me deja indiferente. Y lo que es peor, ahora incluso utilizo a mi mujer para tratar de apagar lo que ella caldea sin proponérselo.

Cada vez que mi cuerpo reacciona a su presencia, o mi mente me juega una mala pasada fantaseando con ella, pienso en Clara. Clara cantándoles una nana a las niñas. Clara entre harina y cacharros, en uno de esos días en los que le daba por hacer repostería hasta para repartir entre los vecinos. Clara y su capacidad para ruborizarse ante cada una de mis frases subidas de tono. Clara

entre mis sábanas, cubierta por mi cuerpo.

Y, como por arte de magia, me enfrió de inmediato, porque es inevitable que junto con cada uno de esos recuerdos me llegue el de que ella se ha ido para siempre.

Sí, es masoquista... Y verdaderamente patético, porque, aun así, no puedo ignorar los momentos en que Laura me pillaba desprevenido. Momentos que no espero, en los que la misma convivencia hace que la encuentre, de repente, más cerca de la cuenta o en una postura o actitud que a mí me resulta del todo provocativa. Son instantes, instantes en lo que me empalmo tan rápido como con quince años ante mi primera revista porno. Y que ya me joden el día. Jesús, qué putada. ¿Por qué no podía haberme tocado una cuñada poco atractiva? Algo así como Chicote en chica. Seguro que mi vida sería mucho más fácil o, al menos, podría respetar el duelo por Clara como ella se merece.

—Oye, tío, no te des la vuelta, pero esas tres no te quitan ojo. A tu ex parece que...

—Joder, Julián, deja de decir burradas —digo serio y algo perplejo, pero en el mismo tono bajo que ha usado él—. No tiene gracia, de verdad.

—Eh, que no pretendía hacer un chiste. Es la verdad, joder. Te están comiendo con los ojos.

—Estás equivocado —aseguro—. Mirarán a Colás. O a ti.

Él suelta una carcajada enorme, agarrándose el estómago.

—Ya. A mí. —Apoya un solo codo en la barra mirando hacia ellas con disimulo—. Bueno, ahora que lo dices, Tina sí mira a Colás. —Por delante de mí, le da un toque en el hombro a su hermano—. ¿Te la has follado o la tienes en lista de espera?

—¿Por qué no te tragas la lengua, Julián? Y baja el tono, joder —se molesta el aludido.

—Es imposible que nos oigan. Están bastante lejos.

Haciendo que miro a Colás, les echo un vistazo disimulado a las chicas. Sí, gracias a Dios están lo suficientemente alejadas para no oírnos; y sí, tiene razón Julián, están mirando hacia nosotros y cotilleando entre ellas sin mucho fingimiento.

Entonces Paco se acerca a nosotros con otras tres cervezas en la mano, que nos planta delante sin habérselas pedido.

—¿Y esto?

—Invitan las chicas. —Nos guiña un ojo y luego se dirige a Julián con una sonrisa socarrona—. La tuya es simplemente por estar en su compañía, me pidieron que te lo dejara claro.

Me da la risa, pero no me da tiempo a soltarla, porque Julián no se corta ni un pelo. Se pone muy derecho y se dirige a ellas casi a gritos.

—¡Hombre, muchas gracias por la limosna, chicas! Pero puedo pagarme...

—Eh, eh... —Angelines se levanta y viene sin titubear en nuestra dirección—. Tú estás casado, tío. No queremos líos con Teresa, que es de armas tomar.

Y entonces sí que me río, porque la situación tiene su gracia y su verdad. Sí, Teresa es capaz de armar un pollo por algo tan tonto como esto. Colás también debe de ver divertida la cosa, porque es la primera vez que lo veo sonreír con ganas en mucho tiempo. Ya estando con Nela no era de sonrisa fácil, pero es que ahora verle los dientes es toda una hazaña.

Julián parece, por su parte, aliviado por la explicación. Siempre ha sido un tanto vanidoso, porque, a pesar de sus rasgos toscos y de ser una mole de tío, supongo que sus ojos verdes lograban que, en nuestros tiempos, estuviese bastante cotizado. Bueno, eso y su labia, claro.

—Ah, bueno, si es por eso... Gracias.

—De nada, majo. Que no se diga que no vivimos en el siglo de la igualdad, a ver si siempre vais a tener que invitar vosotros, ¿no?

Yo asiento como ellos, más por educación que por otra cosa. Porque a ver quién le ha dicho a

esta que nosotros íbamos a invitarlas a algo... Lo cierto es que no se me hubiese ocurrido.

—¿Por qué no venís a nuestra mesa y os sentáis con nosotras? Seguro que es mucho más cómodo que estar aquí de pie.

Me tenso pensando en cómo negarme, pero Colás se me adelanta.

—No, gracias. Aquí estamos bien.

—¿De pie? Pero si se supone que estáis relajándoos. Anda, no os hagáis de rogar.

—No, de verdad. Así la cerveza nos baja mejor, ¿sabes? —Y sí, he sido yo el de semejante tontería.

—Bueno, como queráis... Que las disfrutéis, chicos.

Aún no ha llegado la tía a la mesa y ya está Julián tocándome los cojones.

—Claro, así nos llega en un instantito a los pies, ¿no? —Se ríe guasón y hasta su hermano comparte su broma, porque lo oigo reírse por lo bajini.

—¿Por qué no os vais un poco a la mierda? —susurro con los dientes apretados.

Pero Julián no se da por enterado y se chancea un poco más, poniéndome una mano en el hombro.

—Joder, tío, con lo que tú eras... Que «ligar» era tu tercer apellido.

Me lo sacudo de encima y lo fulmino con la mirada.

—Ahora es «viudo» —espeto.

Un silencio opresivo cae sobre nosotros durante unos minutos. Ni siquiera los ruidos habituales del bar parecen sosegar ese pesado mutismo que he logrado con mi corta frase. Que me he pasado, sí, solo estaban de broma, pero tienen que entender que ligar no entra en mis planes futuros.

—No sé por qué, pero la palabra «viudo» en tu boca suena igual a «muerto», Rubio. Y estás vivo, muy vivo. —El que rompe el silencio es Colás, para mi sorpresa. Y no ha escatimado en palabras, aunque cada una de ellas me haya molestado más que la anterior.

—¿Y cuál es tu consejo? Ah, espera, que me lo sé. Follarme a alguna de las tres. O a las tres, todavía mejor. —Y el sarcasmo está tan claro como mi cabreo. Colás me aguanta la mirada hasta que presta atención a su hermano cuando habla.

—Bueno, tigre, las tres a la vez sería un poco mucho, ¿no?

—Realmente me tenéis hasta los mismísimos huevos —digo sin mirar ahora a ninguno de ellos y antes de vaciar la botella que tengo en la mano.

Pero Julián parece no haberme oído, porque tiene que poner el broche final.

—Aunque bien sabe Dios que un buen polvo sí te hace falta. A ver si así estás un poco menos insoportable.

Las niñas logran, en menos de media hora, quitarme la mala hostia que arrastré hasta casa. Me cuentan un sinfín de anécdotas del colegio durante el baño y no tacañean a la hora de devolverme los besos y las cosquillas mientras les pongo el pijama. Cuando me siento a la mesa para cenar la especialidad de Laura, *pizzas* congeladas, ya no recuerdo con rencor la conversación con mis amigos. A lo mejor Colás ha estado un poco fuera de lugar, pero, a la vista de mi comportamiento desde la muerte de Clara, tampoco soy nadie para juzgar algo dicho, seguramente, con la mejor intención, aunque a mí me tocara mucho las pelotas. Supongo que para eso están los amigos también, para decirte sobre todo lo que no quieres oír.

La cena transcurre con buen humor y hasta me atrevo a preguntarle a Laura cómo marcha su

trabajo en casa de los Alonso, pues es algo de lo que no solemos hablar mucho; será porque nos recuerda nuestra última fuerte discusión. Porque pequeñas... Ese es casi nuestro pan de cada día. En mi caso habla la frustración, que me hace saltar a la mínima. En el de ella... Bueno, creo que le viene de serie.

—Bueno, encaminada, por fin. Después de siete proyectos distintos con diseños tan diferentes como la noche del día, parece que he acertado con una pequeña mezcla de mi propia cosecha — explica con orgullo—. De hecho, ya han llegado la mitad de los muebles y espero dejar este mes todo terminado.

—Me alegro. Espero que les cobres por tiempo, al menos.

—Puedes jurarlo. —Ella sonríe y me guiña un ojo antes de darle un gran mordisco a su trozo de pizza.

Y yo bajo la cabeza y me concentro en el mío, porque ese simple gesto ya me ha puesto nervioso. Joder, pues sí que estamos bien. Ni comiendo puedo verla...

Al final va a tener razón Julián. Sexo. Sexo es justo lo que necesito. Aunque, claro, no con ella.

Soy el primero en abandonar la mesa cuando ella aún no se ha acabado el café. Me pongo a fregar los cacharros, escuchando a lo lejos un programa infantil que las niñas están viendo antes de acostarse.

—Vaya, parece tener prisa. ¿Vas a algún lado? —pregunta ella.

—No, no. Es solo que creo que hoy dan una buena peli y quiero verla —improviso.

—Ah, genial. ¿Cuál?

—¿Cuál? —Ni idea—. Pues no recuerdo el título. Una de acción.

—Pues genial. Esas son las mejores —dice, con aparente ilusión.

—¿La vemos juntos? —Mierda. ¿Qué acabo de hacer? Para empezar, no tengo ni pizotera idea de la peli que echan, si es que echan alguna, y para acabar... Para acabar, se supone que tengo que estar lejos de ella, no compartiendo sofá y palomitas, joder.

—Bueno, si no te molesta...

—¿A mí? ¿Por qué habría de hacerlo?

Laura se levanta y comienza a recoger la mesa.

—Pues perfecto. A mí tampoco me molesta.

La miro con el ceño fruncido, porque no entiendo muy bien ese comentario, pero al final opto por no darle demasiada importancia y, tras aclarar el último vaso, me seco las manos en un paño mientras miro el reloj.

—Niñas, a la cama.

—Papi... Mañana no hay cole —protesta Marta.

—Lo sé. Por eso habéis estado más tiempo de lo normal despiertas, pero ahora...

—Pero... si hemos visto muy poco la tele.

—Como siempre, cariño. Porque también habéis cenado más tarde. Venga...

—Es injusto. —Pone los brazos en jarras y entrecierra los ojos—. Es porque queréis estar solos, ¿verdad? —espeta.

Yo la miro con los ojos como platos, pero luego resoplo, resignado. Ya ha vuelto a oír algo que no debería. En el cole, en casa de mi madre, o a saber. Si no prestara tanta atención a lo que la gente habla a su alrededor, no nos saldría con estas de vez en cuando. Y es algo que no comprendo, porque a veces juraría que lo que realmente le hace ilusión es que llegara a haber algo real entre su tía y yo.

—Es porque es hora de acostarse, Marta. Y punto.

—Pero... ¿vosotros os vais a quedar aquí?

—Claro —suspiro y me paso las manos por el pelo—. Los dos vivimos aquí, ¿adónde quieres que nos vayamos?

Miro hacia Laura, que, apoyada en la encimera con los brazos cruzados, mira muy seria a la niña. Lo raro es que aún no haya abierto la boca.

—¿Y os vais a besar?

—¡¿Qué?! —Mi exclamación la han debido de oír los vecinos. Pero, Jesús, esto ya es el colmo...

—No, Marta, no va a haber besos, ni abrazos, ni nada parecido. Solo vamos a ver una película. Y puedes decírselo a cualquiera a quien vuelvas a oír hablar de nosotros, ¿vale? —Ahí está Laura, si ya decía yo que tardaba. Y gracias a Dios que lo está, porque yo nunca sé cómo manejar estos cristos.

La pequeña baja la cabeza y parece avergonzada. Mi cuñada va a su encuentro y se arrodilla enfrente.

—Cariño, yo no estoy enfadada contigo, ¿de acuerdo? Solo con esa gente que habla de nosotros a nuestras espaldas. Eso es muy feo.

—Sí. Y yo no debería repetirlo —murmura muy bajito—. Pero es que...

—Es que te puede tu curiosidad y tu genio, lo sé. No pasa nada, cariño. Con el tiempo aprenderás a controlar las dos cosas y...

Carraspeo, no lo puedo evitar. Y cuando Laura mira hacia mí, disimulo la risa que me ha causado su comentario tras mi mano. Ella parece entenderme, porque suspira con ganas, mueve la boca en una amplia sonrisa y se vuelve hacia la niña.

—Vale, o no. Pero lo que es seguro es que, cuando seas algo más mayor, no le darás tanta importancia a todo. Solo a lo que de verdad importa.

Marta frunce el ceño.

—Hablas de los chicos y esas cosas, ¿no? —dice con una mueca supercómica. Casi de asco. Lo que nos hace reír de nuevo.

—No solo a eso —explica Laura aún sonriendo.

—Venga, y ahora a la cama —intervengo yo acercándome y levantando a mi hija en el aire; me la echo al hombro y eso causa sus risas. Y cuando Llara me mira con ojitos suplicantes, también me la cargo en el otro, alzándola con una sola mano. Y caray, lo que ya pesa. Dentro de nada no podré hacer esto.

Comienzo a andar hacia su dormitorio con sus carcajadas como banda sonora, que aumentan ante las cosquillas que Laura les dispensa mientras nos sigue.

Ya acostadas en la cama, las beso y les deseo las buenas noches, pero Llara coge mi mano y me mira, de repente, muy seria.

—Pues yo sí quiero que os deis besos, papá —me suelta, dejándome casi petrificado—. Así ya podéis ser novios.

—Jesús... —Me paso la mano por la cara, como si así pudiera borrar lo que acabo de oír.

Y, ahora, dejándome boquiabierto del todo, oigo a Laura reírse.

—Ay... Por favor... —dice entre risas saliendo del cuarto—. Hasta mañana, princesas.

La sigo un ratito después, aunque ese tiempo no ha sido suficiente para acabar con mi incomodidad. Es que... Lo que tengo que oír cada dos por tres.

Me la encuentro sentada en el sofá y con el mando en la mano.

—¿En qué cadena la echan? —me pregunta como si nada. Será que no se ha imaginado, a diferencia de mí, cómo serían los besos entre los dos.

—No sé, no lo recuerdo.

—Madre mía, eres un desastre. No te acuerdas del título, ni de la cadena... ¿Estás seguro de que era hoy?

—Pues sí. Creo que sí. —Cojo dos refrescos de la nevera, me acerco a ella y me siento a su lado, pues, aparte de este sofá, solo hay dos sillas que a Clara le encantaron, sí, pero que resultan verdaderamente incómodas—. ¿Así está bien o prefieres una cerveza?

—No, Coca, mejor. —La abre y le da un largo trago, mientras sigue a la búsqueda de la película inventada. Que a ver si hay suerte y aparece algo, por favor.

Me levanto a por el cenicero y saco un cigarrillo que no enciendo todavía.

—¿Te apetece uno?

—Sí, uno te lo cojo. Para cuando empiece la peli. Lo necesito, después de lo de antes. —Me sonrío divertida y vuelve su atención a la tele—. Estas enanas... nos dejan en bolas, ¿eh?

—¿Eh? Sí, bueno, sí.

«Por Dios, Chema, Laura tiene razón. Si tú no tuvieras el problema que tienes justo entre las piernas, también le encontrarías la gracia».

—Tienen mucha imaginación. ¿A quién se le ocurre? ¿Tú y yo besándonos? —me escucho decir.

«Hala, tampoco te pases y fuerces la broma, colega, que pareces tonto».

Ella me mira con una cara que no logro descifrar y me pasa el mando.

—Prueba tú.

Comienzo a hacer *zapping*, parándome un ratito en cada canal. Deportes; un capítulo repetido de *Bones*; una telenovela —¿de verdad?, ¿a estas horas?—; una película en blanco y negro en un canal que ni conozco; un programa de cotilleo...

—Pues me temo que me equivoqué... —digo justo en el momento en que mi dedo pulsa de nuevo el botón y la imagen que veo en la pantalla me deja casi clavado en el sitio. ¿En serio? De todas las pelis que hay..., ¿tenían que poner justo esta?

El diario de Noah, la favorita de Clara, esa que vi con ella tantas veces que me la sé casi de memoria.

—Oh... —Y esa exclamación ahogada me demuestra que Laura está pensando exactamente lo mismo.

Observo como el protagonista se tira de una barca al lago y como la chica lo sigue con el vestido puesto. Oigo sin escuchar la charla entre los padres de ella. Y sé, con exactitud, la escena que viene a continuación.

Apoyo los codos en las rodillas e, incapaz de cambiar, veo como Ali llega corriendo a casa de Noah y se echa a sus brazos en el porche. Se besan y él la apoya contra la pared, mientras sigue besándola y acariciándola con la avidez típica del primer amor y, al mismo tiempo, con la cautela que parece regir los primeros contactos.

Es una escena sensual más que sexual, romántica y dulce, pero estos dos últimos adjetivos no pueden estar, ahora mismo, más lejos de mi mente.

Busco con los ojos a Laura sin apenas darme cuenta de que lo hago y, a la vez, ella se gira y también clava su vista en mí. Primero en mis ojos, bajando poco a poco, hasta llegar a mis labios. Tiene la boca un poquito abierta y juraría que está tan agitada como yo.

No sé cuánto tiempo nos observamos como si nunca nos hubiésemos visto, solo sé que parece haber olvidado hacer otra cosa. Y cuando se muerde el labio inferior, nerviosa, solo deseo ser esos dientes. Me acerco a ella, pero creo que Laura también viene hacia mí, porque, antes de ser consciente de lo que está ocurriendo, me encuentro con sus labios tocando los míos. Y ahí me

pierdo.

No hay nada más allá que lo que me pide el cuerpo. Ni pasado, ni futuro. Solo ella, yo y el presente. Solo sensaciones, ganas, la más absoluta necesidad.

Mi mano vuela a su nuca para hacer presión e invade su boca como un auténtico muerto de hambre. La saboreo con ansia, busco su lengua, mordisqueo cada uno de sus labios y de nuevo saqueo su boca entrando y saliendo de ella, tragándome sus sofocados gemidos, y ella los míos, enroscando otra vez nuestras lenguas en un beso voraz, casi desesperado, que solo me hace desear más. La aprieto contra mí hasta el punto de hacernos daño, mientras mi otra mano va hacia su costado, recorriéndolo de arriba abajo, desde su pecho a la cadera y después abarcando su espalda, sin otro propósito que acercarla todavía más. La siento lejos, demasiado lejos, y ahora mismo necesito tenerla encima, o debajo, pero contra mí, joder.

Cuando noto sus dedos clavándose en mi nuca, tiro de ella y, al instante, la tengo a horcajadas sobre mis piernas. El jadeo que se le escapa queda ahogado por mis labios y me pone, si cabe, más duro de lo que estaba. Aún no hemos despegado nuestras bocas, que se mueven sin descanso, como si quisiésemos impregnarnos del sabor del otro para el resto de nuestras vidas. Mis dedos suben y se pierden entre sus rizos, mientras sus manos encierran ahora mis mejillas. Estoy tan excitado que el vaquero me molesta y Laura, meciéndose encima, solo multiplica la sensación. Pero tampoco quiero que pare. Ese placer doloroso que me proporciona su fricción es una tortura bienvenida, necesaria. Mi mano, esa que no ha dejado de acariciarla, se cuela dentro de su camiseta, tocando por fin piel. Tan suave, tan caliente...

Y es justo ahí cuando reparo en la locura que estoy cometiendo. Ella parece tan compenetrada conmigo que se tensa casi a la vez, apartando su cabeza y mirándome con algo parecido a la confusión. Me suelta muy despacio, con cara de no creerse lo que estamos haciendo. A mí me pasa un poco como a ella, así que aparto mis manos de su cuerpo y las dejo caer a cada lado del sofá, junto a mis piernas.

Todavía sentada sobre mí, veo como se tapa la boca con las dos manos mientras sus ojos se llenan de lágrimas.

—Oh, Dios, oh, Dios... —susurra, mirándome ahora con horror.

—Laura... —Cierro los ojos y cojo mucho aire. ¿Qué narices se dice en un momento así?

Entonces se mueve tan rápido que me pega un rodillazo. Agradezco que haya sido en un muslo y no en otro lado, aunque ahora mismo sea lo único que me merezco. Una buena patada en los huevos. ¡Dios... ¿qué he hecho?! ¿Qué hemos hecho? Siendo justos, ella estaba ahí conmigo, devolviéndome cada beso.

Laura gira alrededor de sí misma, tan nerviosa que no sabe qué hacer. Me recuerda tanto a un hámster en su jaula que lo que yo siento pasa a un segundo plano al ver su estado. Me acerco a ella e intento mostrar una calma que voy a tardar en recuperar.

—Laura, escucha...

—Yo... Yo tengo que irme —dice, sobresaltándose ante mi cercanía.

—¿Irte? ¿Adónde? —No sé si estoy más sorprendido o asustado ante sus palabras.

—Necesito... salir. —Se encamina al vestíbulo y recoge como en trance la cazadora y su bolso del perchero.

—Laura, por favor... Espera. Hablemos y...

—No. Ahora no, por favor. Ahora no. —Y sin que yo pueda evitarlo, sale dejando la puerta abierta y la veo correr escaleras abajo.

Me encantaría seguirla y tratar de razonar con ella, pero no puedo dejar a las niñas solas. Y de todas formas, ¿qué le iba a decir que ella no sepa? Supongo que estará de acuerdo con cualquier

excusa que pueda buscar para lo sucedido. Un momento de debilidad, la necesidad pura y dura de volver a sentir todas esas emociones... Excusas. Solo excusas.

Porque la verdad, esa que nunca le podré confesar, es que yo llevo deseándola durante meses. La atracción ha pasado de ser inadecuada a vehemente. De ser un acto puramente físico ante un estímulo a que todo mi ser la codicie con locura. Y que besarla ha sido un error, sí, porque ahora, además, sé que sabe a gloria bendita.

Laura

Corro tan rápido como me permiten las piernas. Corro sin rumbo, sin un destino en mente, solo queriendo alejarme de lo sucedido. Como si al dejarlo atrás pudiera de alguna manera borrarlo.

Más que respirar, jadeo, pero ni eso ni el dolor de los músculos me hacen frenar en mi huida. Una huida cobarde, ridícula, pero vital para mi cordura.

Ignoro el pinchazo en mi costado derecho, pero, cuando resbalo en la hierba y acabo arrodillada sobre un montón de piedras, ya no me molesto en levantarme. El suelo está húmedo y una fría e incómoda llovizna cae sobre mí. Pinchazos de agujas líquidas atraviesan mi ropa, mojan mi pelo y nunca he tenido tanto frío, pero sigo sin moverme. Dejo caer el bolso a mi lado y me apoyo en las manos, recibiendo ese castigo de la naturaleza como lo que es, el pago a mis pecados. Intento controlar los sollozos que bloquean mi garganta causándome incluso dolor. Claro que ahora eso es lo único que siento. Dolor. Mi estómago está revuelto, las rodillas me están matando y la presión en mi pecho es tan intensa que temo ahogarme.

Miro al frente y dejo salir el grito que me quema las entrañas. He llegado hasta la playa más cercana sin darme apenas cuenta y observo como las olas, furiosas, lamen la arena para luego regresar mar adentro. Me pregunto por un instante que se sentiría al dejarse arrastrar por ellas, perderse en esa inmensidad, dejar de sufrir, de caer una y otra vez en la tentación... Siempre la misma. Chema y este amor enfermizo, casi abominable, que siento por él.

Ese pensamiento tan horrible hace que rompa a llorar. Lloro sin tregua, con lágrimas calientes y sollozos desgarrados. Lloro rota, desconsolada. Me permito soltarlo todo, no retener nada dentro. Grito cuando me lo pide el cuerpo y me maldigo a mí misma por amar a Chema, a este por existir y a Clara por morirse.

¿Por qué coño ha tenido que irse? Yo habría hecho mi vida lejos de ellos. Quizá hubiese podido querer a otro hombre y recordar a Chema con cariño, como mi primer y platónico amor. Pero no, lo ha dejado solo, tras una puerta que yo quiero, pero no puedo abrir. El candado que la cierra sigue teniendo su rostro, meterle la puta llave sería como matarla de nuevo, joder.

Sin embargo, la brecha está ahí. Y yo soy consciente de ello. Su marcha me ha dado la oportunidad de luchar por él, lo que hace todavía más difícil todo este puñetero asunto. Porque, si no podía ni plantearme traicionarla en vida, hacerlo ahora me parece sumamente peor.

Es horrible. Una batalla perpetua en mi interior. Mi parte romántica es incapaz de resignarse a vivir a su lado sin desear que las cosas fuesen de otra manera. La guerrera me impulsa incluso a condenarme al infierno si así voy a ser feliz. Pero la fraternal... Esa me frena en seco.

Está claro cuál de ellas me ha poseído esta noche. Durante el tiempo que ha durado ese beso, he olvidado a mi hermana por completo. Solo he sido capaz de concentrarme en seguir respirando por la nariz, para que mi boca no lo soltase ni un ápice. Me he derretido como la mantequilla al sol... Nunca, jamás, un beso me había hecho sentir tanto y tan bien. Hubiera vendido mi alma para que nunca se acabase. Aliviar esa quemazón que me abrasa entera y entregarme a él por completo y para siempre.

Pero recuperaré la sensatez, justo a tiempo para ver que Chema también lo hacía. Su cara me lo dijo todo. Aquello estaba mal, tremendamente mal.

Me tapo la cara con las manos y agoto las últimas lágrimas. Quiero desprenderme de todas ellas. Quiero arrancarme el corazón y lanzarlo al agua, ahogarlo hasta que deje de latir y luego volver a colocármelo en el pecho, limpio de sentimientos que nunca debieron estar ahí. No siento que el llanto me haga débil, sino más bien todo lo contrario: libera mi culpa, así que sigo

vaciándome, arrancando puñados de hierba y tierra, ahora que la rabia hace acto de presencia y se fusiona con el dolor. Y lloro, sí, lloro para no volver a hacerlo nunca más.

Luego me quedo ahí lo que me parecen horas, sintiendo como el frío se cuele bajo mi ropa y lo imagino recubriendo y soldando los trozos de mi corazón, que yo sola me he roto con el primer y último beso a Chema. El mejor y el peor de mi vida. Lo enterraré en un rincón de mi mente y buscaré otros que me hagan olvidarlo. No soy tan cobarde como para buscar excusas para lo que hemos hecho esta noche, pero sí soy lo suficientemente valiente como para encontrar soluciones e intentar con todas mis fuerzas no volver a repetirlo.

Mis piernas apenas me sostienen cuando me pongo en pie, pero la más pura rabia me impulsa a comenzar a caminar. Vuelvo a la carretera y enfilo en dirección a mi destino, como un soldado a la guerra, con el miedo disfrazado de valor, la vista al frente y mucha determinación. Ni el frío ni la fina lluvia son obstáculos para cejar en mi empeño. Necesito hacer esto por mi propia supervivencia.

Cuando ya distingo la comisaría, los últimos metros los hago a la carrera. Atravieso las puertas sin considerarlo ni un segundo y casi suelto un suspiro de alivio al ver a Pedro tras el mostrador de recepción.

Él levanta la vista de unos papeles ante el ruido de mis botas contra el suelo y me mira. Empieza a componer una sonrisa que se le muere en los labios al fijarse bien en mí. Soy plenamente consciente de que no estoy en mi mejor momento.

—¡Joder, Laura! ¿Qué te ha pasado? ¿Estás bien? Tienes una pinta horrible. —Lo que yo decía. Se acerca a mí apresurado y me coge las manos—. ¡Dios, estás empapada! ¡Y helada! ¿Qué te...?

—Lo siento, yo... Nada. Estoy bien.

Él entrecierra los ojos, se agacha un poco para estar a mi altura y busca los míos.

—No me mientas. Algo te ha pasado. Laura...

—No, no... No me ha pasado nada, de veras. Es que llueve... —digo estúpidamente y, antes de que me abandone el coraje, sigo muy deprisa—. ¿Podemos...? ¿Podemos hablar un momento? ¿A solas?

—Claro. —Pedro aún me mira un instante, pero luego gira la cara y habla hacia un despacho que tiene la puerta entornada—. Oye, tengo que hacer algo. Cúbreme un rato, anda.

—Vale, ahora salgo.

Y antes de que la chica haya acabado de hablar, Pedro me arrastra hasta otra puerta.

—No, no, aquí no —le pido.

—Pero...

Antes de que siga protestando, soy yo la que tira de él hacia fuera. Busco un lugar donde pasemos un poco desapercibidos, aunque con la hora que debe de ser y la oscuridad que solo rompen dos farolas a lo lejos, no resulta demasiado difícil. Pedro mira a un lado y otro cuando lo apoyo contra la pared del lateral del edificio. Parece sorprendido y no me extraña. Pero sigo adelante. «Siempre adelante, Laura».

Espero a que clave de nuevo los ojos en mí y, entonces, pongo mis manos sobre su pecho.

—Bésame.

—¿Qué? —pregunta, estupefacto.

—Que me beses —repito, poniéndome de puntillas para facilitarle la tarea.

—Pero...

—Por favor... —Aunque lo susurro, sé que suena más a orden que a súplica.

—Laura, espera... Esto...

—Bésame, joder.

Pedro pestañea muy rápido, pero baja la cabeza y me obedece, rozando nuestros labios con rapidez. Resoplo malhumorada.

—¿Eso es un beso? ¿De verdad?

—Es que... Mira, cariño, no sé qué te ha pasado, pero...

—Nada, no ha pasado nada. ¡Nada, ¿me oyes?! —Aprieto muy fuerte la chaqueta de su uniforme en mis puños y apoyo la frente en su pecho—. Solo quiero que me beses. —Y lo miro de nuevo a la cara—. Como si me fuese a morir, como si fuese la única mujer del mundo, como si me quisieses...

Y él lo hace.

Sujeta mi cabeza entre sus manos abarcando parte de mis mejillas y me besa tal y como le he pedido, a conciencia. Captura mis labios y su lengua busca la mía casi con furia. Me dejo llevar, la mente en blanco, solo consciente de su boca. Es muy agradable... Pedro besa muy bien e incluso lo disfruto. Pero acaba demasiado pronto, soltando un leve gemido mientras mordisquea mi labio inferior.

—¿Mejor? —cuestiona con una leve sonrisa.

—Sí. Otra vez.

Se le escapa un suspiro y acaricia mis mejillas con sus pulgares.

—Nena, ¿qué...?

Lo interrumpo estampando mi boca contra la suya, buscando yo ahora internarme en ella, desatada, poniendo mis cinco sentidos en ello y con el único fin de demostrarme algo a mí misma. Me deja, participa, pero, de nuevo demasiado pronto, me separa. Sujetándome los brazos, me mira muy serio.

—Laura, para.

Lo miro con los ojos entornados, sorprendida y molesta a partes iguales. Y entonces suelto una carcajada amarga, ronca, cargada de sarcasmo y que acaba por liberar la tensión que me embarga desde hace horas.

—Hostias... —susurra Pedro, mirándome alucinado—. Laura...

—Estoy bien, estoy bien —digo todavía riéndome como una demente—. Es solo que... ¡Joder! ¿No es esto lo que buscáis todos los tíos? Y al único que yo quiero besar, va y me aparta. Dios, es ridículo, es...

—¡Laura, ya! —Pedro vuelve a cogerme, esta vez por los hombros, y me obliga a mirarlo—. ¿Quieres besarme? ¿De verdad quieres hacerlo? ¿A mí?

Tardo unos segundos en contestarle, porque sí, quiero besarlo, claro, es evidente, ¿no? Se lo he pedido, joder, casi se lo he impuesto, ¿qué más necesita? Pero por otra parte... Quizá el motivo por el que quiero hacerlo no sea del todo correcto. De todas formas, es tarde para volverse atrás.

—Sí —respondo demasiado enérgica.

—¿Por qué?

—¿Qué? ¿Qué clase de preg...?

—¿Por qué hoy? ¿Por qué así? —Me recorre de arriba abajo con la mirada y yo lo sigo, observando lo que él ve. Mis ropas mojadas, mis pantalones manchados de tierra y hierba y mi cuerpo poseído por un leve temblor del que ni me había percatado hasta ahora. Vale, estoy horrible. Y debo de parecer a punto de sufrir un ataque de nervios—. ¿Me vas a decir de una vez qué demonios te ha pasado, Laura?

—Nada —repito, apartándome de él—. Yo solo necesitaba... —Me callo sin saber cómo seguir. Lo tenía tan claro y ahora... Ahora estoy todavía más confusa que cuando llegué aquí.

—Tú lo que necesitas es una ducha de agua caliente y una buena manta. Ven, aviso dentro y te llevo a casa.

—¡No! A casa no —casi lo grito. A casa no, por favor. Es el último lugar al que quiero ir.

«Sabes que en algún momento vas a tener que volver y mirarlo a la cara, ¿no, Laura?».

Sí, desde luego que lo sé; pero más tarde. Ahora no. Todavía no puedo. Todavía...

Levanto la vista que había mantenido baja mientras discutía conmigo misma y me enfrento a la mirada de Pedro. Parece estar estudiándome, tiene el ceño fruncido y la mandíbula apretada.

—Quiero estar contigo —murmuro. Y, madre mía, esa frase ya no sé ni lo que abarca.

Él me mira otro momento eterno y acaba por asentir con la cabeza.

—Bien... Ven. —Me coge de la mano y me mete dentro de la comisaría—. Ahí está el baño. Lávate un poco la cara y nos vamos.

—Pero... ¿adónde?

—Conmigo. Como querías. —Solo me dice eso antes de girarse y ponerse a teclear en el móvil. Cuando se lo lleva a la oreja, caminando como una anciana, me meto en el baño, cierro la puerta a mi espalda y me acerco al espejo. Genial, estoy aún peor de lo que suponía.

Me adecento lo más rápido que puedo, mojando una toalla de papel y quitándome las manchas de tierra que cruzan mis mejillas, donde las lágrimas han dibujado unos surcos muy significativos. Me peino un poco el pelo con los dedos, despegándomelo del cuero cabelludo y, tras un suspiro sonoro, salgo del baño y encuentro a Pedro esperándome con los tobillos cruzados, apoyado en el mostrador.

Sin pronunciar palabra, me coge otra vez de la mano y me conduce hasta el coche. Es solo cuando él ya lo ha arrancado y comenzamos a dejar atrás la comisaría, que rompo el silencio, extraño pero no incómodo, que había entre nosotros.

—¿Adónde...?

—A mi casa.

Abro mucho los ojos, sorprendida.

—Pero... Tu trabajo...

—Le he jodido la noche a Gerardo. —Me mira, me guiña un ojo y se ríe entre dientes—. De todas formas, no te preocupes, ya me hará devolverle el favor con creces.

—Bueno, yo... Yo lo siento, Pedro, no pretendía...

Él se ríe suavemente.

—Olvídalo, cariño. ¿Crees que puedes llegar en este estado, casi echarte sobre mí, y que yo te deje ir y me quede trabajando como si nada?

Abro un poco más los ojos, pero no contesto. No sé si está de broma o esto significa algo para lo que no sé si estoy preparada. Pero lo único que hago es recostarme en el asiento y relajar los músculos que he tensado sin querer. Sea como sea... esto es lo que vine buscando, ¿no?

—Toma. Y no discutas —dice, tendiéndome una de sus camisetas y un bóxer—. Ahí tienes toallas y todo lo necesario.

Cierra la puerta al salir y yo me desnudo sin apenas pensar. Me meto bajo el chorro de agua caliente y me ducho en un tiempo récord. Pase lo que pase esta noche entre Pedro y yo, quiero que sea ya. Alargar esta decisión es de idiotas y valorarla... Valorarla no se me pasa por la cabeza; si no, seguramente salga huyendo de nuevo.

Y no voy a hacerlo. ¡Ya está bien! Estoy harta de soñar con un imposible, mientras me repito

hasta el cansancio que ni siquiera tengo derecho a eso. Harta de dejar mi vida en suspenso, como esperando a que suceda algo que nunca va a pasar. Joder, tengo veinticinco años y ni siquiera he tenido una relación de verdad. ¿Una relación? ¡Qué absurda! Soy virgen, por el amor de Dios. Eso por sí solo ya debería decirlo todo. Marcos fue un buen ensayo... Pero ahí se quedó.

Virgen a los veinticinco. ¿No hay una peli con un título parecido? Sí, la hay, aunque lo de ese tío todavía es más ridículo que lo mío.

«Todo se andará, Laura...».

Dios, no. Resulta hasta vergonzoso. A este paso yo no voy a perder la virginidad como cualquier chica, joder, sino que va a extinguirse, como los dinosaurios. Seguro que tiene fecha de caducidad, como los yogures. Así que voy a dejarme llevar y que pase lo que tenga que pasar. Respiro profundo para aliviar los nervios que encogen mi estómago y salgo de la ducha.

Supongo que es normal que esté un poco intranquila. Pero también sé que Pedro va a ser un encanto. Además, hasta ahora, todo lo que he conocido del sexo me gusta. Me encanta, joder. Y quizá esto lo pienso como el último recurso para convencerme de que lo que estoy a punto de hacer no es una locura. Pero ya no hay vuelta atrás.

Me atuso los rizos después de haberme frotado el pelo con la toalla durante unos minutos y me visto con su ropa. Tras una rápida ojeada en el espejo en el que casi no reconozco a la chica que veo en él, salgo del baño dispuesta a olvidar, aunque, en el fondo, sea a costa de todas mis convicciones.

Tropiezo con Pedro, que sale de la cocina con dos platos en los que hay sendos sándwiches. Me los entrega con una sonrisa y me señala con la barbilla una puerta enfrente, antes de volver a meterse por donde ha salido.

Entro en el salón un poco asombrada; lo cierto es que, a estas alturas, esperaba que se tratase de su dormitorio. No quiero tener tiempo suficiente para considerar que todo esto quizá sea un error. Coloco los platos sobre la mesa de centro y me siento en el sofá. Pedro regresa casi al momento, con dos vasos de zumo de naranja.

—¿Es natural? —pregunto como una tonta.

—Para ti, siempre lo mejor, cariño —me dice con un guiño—. Anda, come antes de que se enfríen.

Tengo el estómago cerrado, pero hago el intento y muerdo una esquina. Mientras mastico, no puedo dejar de mirarlo y él hace otro tanto conmigo. Pero si esperaba deseo en su mirada, lo único que encuentro es preocupación y cariño. ¡Cariño! No quiero cariño, joder. Bueno, algo sí, tampoco se trata de hacerlo a lo bruto, pero necesito...

—Le he mandado un mensaje a Rubio diciéndole que te quedas esta noche —dice él, descolocándose del todo. Mi cara debe de hacerle la pregunta que mi mente grita, porque sonrío y continúa—. Bueno, ya sabemos cómo es de protector. Supongo que, si no apareces, se preocupará.

Trago el bocado y me bebo medio vaso casi de golpe.

—Sí, supongo.

—Y tu ropa podríamos lavarla y meterla en la secadora, ¿te parece?

—Sí, no estaría de más. Gracias. —Y bebo otro sorbito, porque realmente tengo la boca seca. No sé si por lo que va a suceder entre nosotros o por ese mensaje que ha enviado. Ay, joder...

—Ah, y no, no vamos a follar.

Doy gracias a Dios por no tener la boca llena de zumo, o lo habría duchado en naranja de arriba abajo. ¡¿Qué!?

—Así que relájate —sigue, como si hablase del tiempo—. Normalmente aceptaría encantado tu... tu entusiasmo, pero no estoy de humor —acaba la frase poniendo voz de falsete y echándose

la mano a la frente, en plan dramático.

—Estás como una cabra —murmuro, mirándolo incrédula.

Él se echa a reír y muerde casi medio sándwich de una tacada. Mastica sin quitarme ojo y, cuando vuelve a hablarme, ya no es el Pedro divertido, sino uno incluso un tanto enfadado.

—¿Qué ha pasado hoy, Laura? No es que no esté halagado, pero... Tus lágrimas, tu actitud... ¿Qué coño te ha sucedido?

—Na...

—Y una mierda.

Tiro la comida encima del plato y lo alejo de mí. Cruzo mis brazos y recuesto la espalda contra el respaldo del sofá.

—Nada de lo que quiera hablar, ¿vale? Yo solo necesitaba...

—Un beso —termina él la frase.

—Sí, eso y... sentirme... diferente. —No puedo explicarle que ha formado parte de un experimento, ¿no? Sería cruel y a sus ojos me convertiría en la zorra que soy, joder—. Siento si te he metido en un compromiso, si...

—Bah, chorradas. Ha sido un placer, pero... ¿estás bien?

—Sí —respondo. Y entonces sonrío—. Sí, increíblemente, estoy bien.

Y es verdad. Todo lo ocurrido con Chema es como una mala película... O una muy buena, tampoco nos engañemos, pero inadecuada. Y que Pedro haya descartado que nos vayamos a acostar es un alivio, pero el haber estado dispuesta a hacerlo me hace sentir que puedo salir de este bucle de autoengaño y desesperación en el que me revuelco en todo momento. Nadie se muere de amor... Y yo soy demasiada Laura para dejarme vencer.

—¿Y no vas a...?

—Y no voy a contarte nada. Perdona, Pedro, sé que te lo mereces, sobre todo después de haberme echado sobre ti, como tú mismo dijiste, pero... Es algo complicado, demasiado mío y no puedo... No quiero hablar de ello.

—Vale, perfecto. Estás en tu derecho. Solo quiero que estés bien. —Entonces vuelve a guiñarme un ojo y sonrío pícaro—. Si mis besos ayudan, yo puedo...

Me echo a reír.

—Ah... ahora quieres, ¿no? —bromeo, porque su afirmación de antes ha alejado la tensión y puedo volver cómodamente a nuestro estado de perpetuo coqueteo.

—Como bien dijiste tú, soy un tío, Laura —me dice, guasón, metiéndose en la boca lo que le resta del emparedado.

—Anda, ¿y esa chica para la que te reservabas en carnavales?

—Bueno, con ella... ahí estamos —me responde, enigmático.

—Muy bien. A ver... ¿y quién es ella? —pregunto, dándole un empujón con mi cuerpo.

—Ni loco —dice, riéndose entre dientes—. No te lo voy a decir hasta que yo mismo lo tenga claro.

—Venga, *porfa*...

—Que no, que las mujeres no sabéis guardar un secreto.

—Oh, qué mentira. Yo sí sé. Venga, confiesa.

—¿Como has hecho tú?

—Lo mío es... diferente. Créeme.

—Anda, qué pedante. A lo mejor lo mío, también.

—Dudo que se acerque. Venga, suéltalo.

—Ni de coña. Eres una cotilla, Laura.

—Y tú me tienes en vilo, Pedro.

—Aún no, pero si quieres te cojo y te empotro contra esa pared... —Hace su característico movimiento de cejas y luego una mueca absurda que me hace soltar una carcajada.

Apoyo mi cabeza en su brazo todavía riéndome. Y mira que soy hipócrita, aquí intentando sonsacarle una información que a mí tendrían que arrancarme torturándome con un cortaúñas. Así que no insisto más, pero tampoco quiero dejar el tema así.

—Sea quien sea —le digo—, es una chica afortunada. Y estoy convencida de que, si dejas que te conozca un poco más, acabará rendida a tus pies.

Él me aparta y me mira con fijeza.

—¿Sí? ¿Lo crees en serio?

—Claro. Eres genial. A mí me encantas.

—Así que te encanto, ¿eh, preciosa? —dice, observándome con demasiada intensidad.

—Sí, a ver... —Dios, esto no puede ser lo que aparenta, ¿verdad?—. Es que... eres genial.

—Vaya, gracias. Entonces... ¿piensas que tengo posibilidades? —Parece ilusionado pero también nervioso. Y yo empiezo a no entender nada. Y a inquietarme un poco. Porque antes ha dicho que no vamos a acostarnos, pero esa mirada... Es justo la que esperaba al salir de la ducha. Así que recurro a toda mi sinceridad para salir del atolladero en el que me he metido yo solita. Una cosa era sexo para olvidar, para dejar de ser la mema enamorada de alguien inalcanzable, para... Para lo que fuese... Pero otra son los sentimientos. Y con esos no se juega.

—Bueno... Pedro, espera, lo siento, pero somos muy amigos, ¿vale? No lo estropeemos. Una cosa es...

Su carcajada interrumpe mis palabras y hace que me ponga totalmente colorada.

—Oh, joder. No eres tú, Laura. —Se vuelve a reír con ganas—. Perdona, pero...

—Dios, qué vergüenza, pero me lo tengo merecido por creída. Pero es que, Dios, Pedro, tal como hablabas y como me...

—Ay, joder. Me vas a matar. Pero sí, tienes razón... —Parece poseído por el espíritu de *Risitas*, porque no es capaz de ponerse serio del todo.

—Ya, Pedro. Deja de reírte, coño.

—Lo siento, lo siento. —Respira hondo y me mira divertido—. Sí, pudo parecer que me estaba declarando, ¿no? —Y de nuevo, otra carcajada.

—Joder, esto ya comienza a doler, eh. Tampoco soy tan horrible como para que...

—Que no, tonta, que no es eso. Pero... Dios, Laura, para mí siempre serás la hermana pequeña de Clara. Algo así como intocable. Aunque estás para chuparte hasta los huesos, nunca te he visto con ojos de...

—¡Ya! Me ha quedado clarísimo —lo interrumpo cabreada. Y no con él, sino con sus palabras, que me imagino perfectamente en la boca de Chema y... Y me muero. Aunque, pensándolo mejor, en aquel sofá, no parecía que me viese de esa forma, más bien se diría que...

«Joder, Laura, deja de pensar en eso».

—Pues me besaste en condiciones para ser así, eh. —le suelto, solo por fastidiar, para quedarme más a gusto.

—Oye, no te enfades. Y sí, te besé, claro. No es que no sea capaz de hacerlo, a ver si me entiendes, es simplemente que nunca pensé en hacerlo, que es muy diferente. No...

—Vale, lo he entendido. No hace falta que sigas. Y no estoy enfadada, más bien aliviada. Sería una putada que... —Ni siquiera acabo la frase, por no hacer más el ridículo y provocar en él otro ataque de risa.

—Sí, lo sería. Solo me emocioné al pensar que podrías sospechar de quién se trataba y

tuvieras claro que tenía posibilidades. ¡Me tiene loco, joder! Y no consigo dar el paso. Es tan... No sé explicarlo, pero esta vez es distinto. No es un lígüe cualquiera, ¿lo entiendes? Y, en el fondo, eso me da más miedo que otra cosa. Hay veces, muchas, que incluso pienso que es mejor dejarlo todo como está.

—Dios, Pedro... —Sonríó con ternura, sabiendo por qué dice todo eso. Está claro que todos arrastramos algo detrás que mueve nuestros actos. Nuestra conducta. Somos marionetas de nosotros mismos.

—No me mires así, anda —me pide Pedro, tapándome los ojos. Y sé que solo trata de aligerar el momento.

—Vale, vale. —Me río y lo empujo, quitándome su manaza de la cara—. Pero sigo sin tener idea de quién se trata. Como no sea Tania...

—Y mi boca sigue estando sellada —dice él, imitando el gesto de cerrársela con una cremallera.

—Pues muy bien. Pero un consejo: deberías ir a por tu mujer misteriosa y dejar de estar tanto conmigo, ¿no crees?

—Bueno... No veo por qué. Me encanta estar contigo y... —Me guiña un ojo—. Quizá trato de dar un poco de celos.

—¿En serio? ¿Me estás utilizando?

—Tal vez... O tú a mí.

—¿Yo a ti? —Ahora sí que me he perdido—. ¿De qué hablas?

—De nada, tontita. No me hagas ni caso. Y deberíamos pensar en acostarnos; es tardísimo. Venga, te cedo mi cama.

—No, de eso nada. Dormiré en el sofá. Además, estoy más que acostumbrada.

—Ya, y con lo enana que eres, para ti será como una cama de las grandes, ¿no?

—Oh, eres odioso. —Pero cuando quiero darle otro empujón, él se separa y yo acabo despatarrada sobre el sofá, riéndome de nuevo.

¡Y vale, es definitivo! ¡Soy bipolar! ¡O estoy loca de atar!

Chema

Las busco por todos lados. Deshago la cama, sacudo las sábanas y me arrodillo toqueteando el suelo como un poseso. Miro en el baño y hasta vacío el armario tirando la ropa sin mucho cuidado, en un intento desesperado por dar con ellas. Y todo esto entre maldiciones y gruñidos que tienen a las niñas desconcertadas, mirándome desde la puerta de mi dormitorio con los ojos muy abiertos y sin pronunciar palabra.

Me encamino al salón pasando entre ellas y comienzo a quitar los asientos y los respaldos del sofá por segunda vez, metiendo la mano en cada hueco, en cada esquina, levantándolo incluso en el aire para mirar debajo.

—¡Joder, joder! —Me limpio las manos sudadas en los muslos y paso mis manos por el pelo, agobiado. ¿Dónde coño pueden estar? ¿Las tenía anoche? ¿Las perdería en el trabajo?

Me dejo caer en el armazón y meto la cabeza entre las manos. Cómo pude no darme cuenta hasta esta mañana, cuando al despertar y mirar la foto de Clara me llevé las manos al cuello para tocar las alianzas, como hago siempre. Y no estaban, Jesús. No estaban.

Después de lo ocurrido la noche pasada, esto es justo lo que me faltaba para que mi cuota de frustración y mala hostia se eleve a niveles inalcanzados hasta ahora. Porque esa es otra. Laura ha pasado la noche con Pedro. En su casa. Supongo que lo de ayer para ella no fue más que un calentamiento para correr a su cama. ¡Joder! ¡No me lo puedo creer! Y aún me puedo creer menos que eso me ponga igual de furioso que haber perdido las alianzas, las que consideraba sagradas, el único vínculo con mi mujer que su muerte me dejó. O, a lo mejor, no es eso y ya no sé dónde están mis límites, mezclándose todo en esta mierda que ahora es mi vida.

—Papi, ¿estás bien? —Miro a Llara, que se acerca a mí dubitativa y me acaricia un brazo. No, las alianzas solo son una cosa; ellas, mis hijas, son sin duda lo más fuerte y valioso que todavía me ata a ella.

—Sí, cariño, es solo que no encuentro algo muy importante para mí.

—¿El móvil? —pregunta con inocencia, y casi logra que un asomo de sonrisa mueva mis labios.

—No, cielo. Otra cosa. —Me levanto tras besarle la coronilla y me dispongo a colocar las piezas que he tirado, sin contemplaciones, un momento antes.

Estoy con el último cojín en las manos cuando Laura aparece ante mí con la misma ropa con la que salió. No luce ni siquiera arrugada; toda ella está impoluta, peinada y con un brillo raro en los ojos.

«¡Elemental, Watson! Para lo que fue a hacer con Pedro no necesitó la puñetera ropa y luego seguro que no se molestó en ponérsela de nuevo para dormir, genio. Y claro, hasta tuvo tiempo para arreglarse a conciencia mientras yo pasaba una mañana de perros. Seguro que hasta compartieron ducha y todo. Y ese brillo... ¡Mierda!».

Mierda, sí. Es mejor no pensar en lo que significa ese puto brillo.

Nos miramos lo que me parece una eternidad, pero soy yo el que aparto en primer lugar los ojos y, tras ajustar el asiento en su sitio, voy hasta la cocina a por una cerveza. Ni café ni leches, hoy necesito algo fuerte y lo necesito ya.

La observo con disimulo mientras saluda a las niñas con una sonrisa y les pone la tele, buscando algo que les guste. Cuando consigue que se queden con los ojos fijos en la pantalla, se acerca a donde estoy yo, consiguiendo que, al instante, me tense. O, más bien, todavía más de lo que ya lo estaba.

—¿Han desayunado ya? —me pregunta.

—No. —Y sí, soy escueto, pero imaginarla con Pedro... Jesús, me está superando. Sí, me atrae, mucho, pero solo es eso, ¿no? No debería importarme tanto, por Dios, yo puedo satisfacer esta necesidad de sexo que ella me recuerda a cada instante, con cualquier otra. Aunque ni esa idea cuaja del todo en mi cabeza, porque hacerlo... Todavía no sé si estoy preparado.

Mientras yo estoy barruntando todo esto, concentrado en mi cerveza y apoyado en la encimera, ella prepara los desayunos de las niñas y se los lleva hasta la mesa del salón. Luego vuelve de nuevo y se pone frente a mí.

—Con respecto a lo de ayer... —suelta buscando mis ojos—. Nosotros no debemos...

—No podemos... —digo yo a la vez. Y entonces, suspira.

—Pues eso. No sé qué pasó, pero no se va a repetir.

«¿No sabe qué pasó?». Joder, me dan ganas de recordárselo, y no solo de palabra, pero me sacudo esa mala idea porque estoy de acuerdo con ella. No puede volver a repetirse. Estaría en juego bastante más que la lealtad a Clara, estaría en juego nuestra convivencia, la estabilidad que ahora tienen las niñas con ella en su vida y un montón de cosas más en las que no quiero ni pensar.

—No, no se va a repetir —aseguro. Y para hacer más hincapié en algo que los dos tenemos tan claro y, también, solo por joder, prosigo—. ¿Qué tal con Pedro?

Ella abre mucho los ojos y un leve rubor cubre sus mejillas, pero su voz es suave y serena cuando me contesta.

—Muy bien, como siempre. ¿Me dejas? —Y como si realmente esta conversación fuese una más, tan normal como cualquier otra, me empuja un poquito para acceder a la cafetera, que está justo detrás de mí.

—Claro. Por cierto, no habrás visto las alianzas en algún lado, ¿verdad? —Me arrepiento de decirlo en el instante que lo hago, pero supongo que mi subconsciente se aferra a cualquier cosa con tal de encontrarlas.

—¿Qué? —Laura se gira con la cafetera en la mano y me mira sorprendida—. Las ali... Dios mío, ¿las has perdido?

Aprieto la mandíbula porque me cabrea esa pregunta. Ya bastante jodido estoy yo... Y que me la haga ella... Que en el diccionario a la palabra «patosa» deberían ponerle su foto al lado...

—No, te lo pregunto porque me gusta oírte hablar, no te jode.

Ella entrecierra los ojos y abre la boca, pero antes de emitir cualquier sonido, la cierra y respira con fuerza varias veces, intentando calmarse. Eso me resulta tan chocante en ella que hasta me hace gracia. ¿Laura y calma en la misma frase? Uno de los dos está perdiendo facultades.

—¿Estás contando hasta diez? —Y a mí, ¿qué coño me pasa, que parece que no puedo dejar de cabrearla?

—Créeme —otra inspiración y exhalación—, a este ritmo, ni aunque cuente hasta cien.

Y entonces disimulo una sonrisa que no puedo evitar. Tendría que patentar este don que tiene para hacerme pasar de un estado a otro a la velocidad de la luz.

—Perdona, ya sé que he estado borde, pero es que... No entiendo cómo ha pasado. Nunca me las saco y... Y no sabes lo que me jode no saber dónde están.

—Por eso me he sorprendido, Rubio. No era un reproche ni nada parecido. Y no, lo siento, no las he visto. ¿Has mirado en...?

—En mi cuarto, en el de las niñas, en el baño, en el salón... En todos los putos rincones... Y no las encuentro.

—A ver... Si están en casa, tarde o temprano tienen que aparecer.

—Supongo, pero ya he mirado en todos los lugares por donde yo suelo andar y nada. Solo

espero que no las haya perdido fuera de casa, eso...

Ella me pone una mano en el brazo y yo, sin pensar, clavo mi mirada en ese sitio, dejando de hablar, por lo que me imagino que la retira al momento.

—Tranquilo —me dice un par de segundos después, de nuevo de espaldas a mí—, estoy convencida de que aparecerán. Ya verás.

CAPÍTULO 27

Chema

Cierro con fuerza la tapa del piano de pared que aún conservo en mi cuarto, en casa de mis padres. Y no lo hago porque haya omitido notas en una canción que me sé de memoria, ni siquiera porque el piano esté un poco desafinado, sino porque no soy capaz de concentrarme en nada durante mucho tiempo. Estoy cabreado, confuso... Tan desubicado como si me hubiesen depositado en la Luna todavía dormido y me hubiese despertado en un paraje desconocido, inhóspito y totalmente imposible en el que sobrevivir.

En verdad pensé que mi vida se había roto en mil pedazos el día que Clara se murió, trozos tan difíciles de recomponer como un puzle al que le falten piezas. Mi mundo estalló en una hecatombe de sentimientos, todos negativos, que me hicieron tocar fondo tantas veces que creí inviable salir a flote de nuevo. Y, en cambio, lo hice. Nadé hacia arriba contracorriente, contra mi sufrimiento y mi impotencia, y respiré de nuevo. Me di cuenta de que todavía quedaba mucha vida en la superficie.

Pero ahora... Ahora me encuentro perdido. Tirado en lo más hondo sin ni siquiera saber hacia dónde avanzar. Algo dentro de mí tira hacia arriba y algo pesado me retiene ahí abajo, un peso que no se quita, pero que sé que yo puedo empujar. Y no me decido. Es como si yo mismo me encadenara al dolor, buscando en él la fortaleza para no perseguir lo que tanto deseo.

Porque, joder, lo que deseo es de lo más desafortunado. Al final soy exactamente como cree el pueblo entero, un hombre que solo piensa con la polla y al que su mujer le trae al paio ahora que ya no está. El ejemplo del típico tío al que le da igual una que otra con tal de satisfacer sus apetencias, uno del que hasta yo pensaría que nunca ha estado muy enamorado de su esposa, si ya desea a otra con tanta ansia. ¡Y yo la quería, joder! ¡Hubiera dado mi vida por ella! ¡Yo la amaba por encima de todas las cosas! ¡Yo la quería...! No. Yo aún la quiero.

Me llevo las manos al pecho, buscando aferrarme a los anillos. Y recuerdo que los he perdido, como a ella. Esta mañana, ayudado por Laura, volvimos a darle un buen repaso a la casa, buscándolos de nuevo, pero tampoco aparecieron. Incluso me acerqué a la obra, y nada, igual que en el bar de Paco. Suelto un taco y me golpeo la frente contra la tapa. ¿Cómo demonios no tuve más cuidado, joder?

—Chema, hijo... —La voz de mi padre me hace levantarme en el acto—. Habíamos quedado en la trastienda hace un buen rato y no has aparecido. Solo venía a ver si estabas bien —me dice casi con cautela.

—Sí, sí, estoy bien. Ahora bajaba.

Él entra en la habitación y se sienta en la cama, haciéndome un gesto para que yo haga lo mismo. Así que yo, después de dar una vuelta estúpida alrededor de la silla, vuelvo a dejarme caer en ella apoyando los codos en las rodillas y bajando la vista al suelo.

—Estabas tocando... —comenta bajito.

—Sí. —No hay mucho más que decir. Sí, estaba tocando, después de algo más de año y medio. Hoy algo me impulsó a poner los dedos en las teclas y perderme en ellas. Quizás pensé que sería capaz de olvidar por un rato, descansar mi mente... Pero ni la música, esa que antes conseguía relajarme y evadirme, ha conseguido hacerlo. A lo mejor tiene bastante que ver que me recuerda

otra cosa que comienza a hartarme de verdad. Ese maldito sueño. Ese en el que estoy en la casa que construí para mi familia, pues no puede ser otra. Ese en el que estoy tocando en el piano de cola que siempre quise tener. Ese en el que Clara se sienta en mi regazo... Ese sueño, justo ese que nunca va a poder cumplirse.

Porque la casa no he vuelto a pisarla, incapaz de observar otra ilusión rota; por lo tanto, que el piano ocupe el salón es una utopía. Y lo más importante de todo: Clara ya no está.

Una edificación descuidada y ruinosa a estas alturas y un ataúd tras un ángel de mármol. Eso es lo único que me queda de aquella vida con la que sí me gustaba soñar. Ahora se ha convertido en una puñetera pesadilla, que además se repite tan a menudo que parece una burla.

—Eh, Chema, ¿quieres estar solo? —se preocupa mi padre ante mi mutismo.

—No. No especialmente —respondo un tanto ausente.

—¿Quieres hablar, entonces?

Levanto la mirada y la clavo en él. Es mi padre y siempre nos hemos llevado bien, pero nunca hemos mantenido una conversación demasiado profunda y mucho menos le he confesado cosas íntimas, así que contesto lo que creo que él también espera oír.

—Lo cierto es que no. Estoy bien, solo ha sido un mal momento.

—Sé que no soy tu mejor amigo, o un cura, pero me gustaría que pudieses contarme qué es lo que te preocupa. De un tiempo a esta parte estás... raro. Distinto. Incluso enfadado.

—Papá... —suspiro y me froto los ojos. Ojalá pudiera echarlo todo fuera, así consiguiera un mal consejo o un rapapolvo, pero no me atrevo. Ni yo entiendo lo que sucede, mucho menos puede hacerlo este hombre chapado a la antigua y que, conociendo a mi madre, debe de tener la relación de pareja más fría de la historia—. No es nada. Y sería mejor bajar, las niñas...

—Las niñas están ocupadas con tu madre, haciendo magdalenas o algo por el estilo. ¿Es por ellas? ¿También están pasando un mal momento? Yo las veo bien, la verdad, creo que Laura les ha venido como anillo al dedo para superar la falta de su madre.

Solo oír su nombre hace que agarrote los músculos. Joder...

—¿O es por ella? ¿Es por Laura? ¿Te resulta difícil la situación? —Jesús, y ahora me lee el pensamiento.

—¿Situación? ¿Te refieres a la convivencia? —Él asiente—. No, para nada. Cada uno hace lo que quiere y en casa estamos bien. Somos los perfectos compañeros de piso —bromeo, intentando aligerar la conversación, pero ni a mí me suenan a chanza mis palabras; más bien resultan bastante irónicas.

Mi padre chasquea la lengua, algo me dice que también lo ha notado. Luego carraspea y se ajusta los puños de la camisa, lo que me hace temer lo que viene a continuación.

—Bueno... Me alegro. A pesar de los rumores que molestan tanto a tu madre, esa chica es lo mejor que te pudo pasar después de lo sucedido. Lo sabes, ¿no?

—Sí, bueno... —Ahora el que carraspea soy yo, comenzando a ponerme nervioso—. Supongo.

—¿Supones? —Se lleva una mano a la frente y luego se la pasa por el pelo hasta la nuca, en un gesto que he heredado de él—. ¿Sabes qué deberías hacer? Convertirla en una mujer respetable.

¡¿Qué?! Ay, Dios, esto mejora por momentos. ¿A qué coño se refiere? Parece que hayamos vuelto al siglo dieciocho, por lo menos. Ahora sí que estoy desorientado y, si Laura lo oyese, pondría el grito en el cielo. Sobre todo ella, conociéndola...

—Papá... Ella ya es respetable, no...

—Por Dios, claro que sí. En ningún momento quise decir lo contrario. —Se calla durante un segundo en el que clava los ojos en mí, como si buscara en mi rostro algo que no encuentra—. ¿Sabes que mi abuela, es decir, tu bisabuela, se casó con su cuñado a los meses de quedar viuda?

Es cierto que eran tiempos de guerra, las cosas estaban difíciles y ella estaba embarazada, pero...

¿Pero qué carajos está intentando decirme?

—Eran otros tiempos, papá, tú mismo...

—Sí, claro. Pero a nadie le pareció mal, ¿sabes? Ahora presumís de tanta modernidad y pragmatismo, y prácticos eran entonces. Ella siguió viviendo en casa de sus suegros, estos siguieron siéndolo al casarse ella con otro hijo y el niño se crió entre los suyos sin tanto drama. Y te aseguro que mi abuela no fue la única en hacer algo así. Era bastante usual...

—Ya, todo quedaba en casa, ¿no? —Me levanto frustrado y suelto un resoplido—. Pero yo no...

—No, no, desde luego. Estoy diciendo tonterías. Tú no puedes casarte con Laura. ¡Qué ridículo, ¿verdad?! Ahora los sentimientos son más importantes que la comodidad y, evidentemente, tú no sientes por ella lo que debería sentirse por la mujer con el que uno va a pasar el resto de su vida, ¿no? E, hijo, en eso tengo que darte la razón. Nunca, nunca te ates a alguien a quien no quieras. Es una cruz demasiado pesada para cargar.

Ahora sí que me ha dejado perplejo. Y eso que la conversación traía tela casi desde el principio.

—Papá... ¿Tú y mamá...?

—Oh, no digas disparates. Nosotros nos queremos, a veces no nos soportamos, pero nos queremos. —Suelta una risa entre dientes y meneas la cabeza—. No es tan bruja como aparenta. Al menos la mayor parte del tiempo —declara, mientras se levanta y se acerca a mí. Me pone una mano en el hombro y aprieta fuerte—. Estoy abajo. Tómame tu tiempo.

Y me deja allí, clavado en el sitio, como una estatua. O como un puto subnormal.

¿Acaba de darme su bendición para que me lance a por Laura, o solo es algo que quiero creer? Y esa es otra, ¿qué coño quiero yo?

La quiero en mi cama, eso es evidente, pero... Pero no hay nada más, ¿no? Y lo que hay no es un motivo de peso para darle ningún tipo de vueltas a esta conversación. No sé si mi padre está chiflado o lo estoy yo solo por planteármelo tan siquiera una milésima de segundo, pero, sea como sea, esto no deja de ser toda una locura.

Me prometo por enésima vez dejar de pensar en ella en esos términos. Quizá sí ha llegado la hora de buscar alivio en otros brazos, aunque todavía se me haga difícil y raro solo el imaginarme en esa situación con otra que no sea Clara. Pero tengo que ahogar esta atracción inoportuna de alguna manera. Y esta vez, lograrlo.

Laura

—¿Tía? ¿Ya lo tenemos todo? Que papá está abajo, esperándonos.

—Sí, sí. Nos vamos. Venga —le digo a la insistente Marta, mientras cojo la bolsa grande de la playa y la nevera con las bebidas.

—A la playa, a la playa —canturrea Lara saltando por el pasillo en dirección a la puerta.

—Sí, a la playa. —Sonrío y las sigo casi tan contenta como ellas. Siempre me ha producido una infantil ilusión el primer día de playa de cada verano, y los que pasé lejos del pueblo y del mar no fueron capaces de acabar con ese sentimiento, al parecer.

Aunque pocas veces esperábamos al verano, en realidad. Como esta vez. Pese a ser mediados de mayo, las temperaturas son envidiadas por el mes de agosto, y eso, junto con la insistencia de las niñas machacando durante toda la semana a su padre, nos va a hacer disfrutar de un día de playa antes de lo esperado.

Al llegar abajo, veo solo parte de Rubio, pues tiene la cabeza y medio torso metidos en la parte de atrás de la furgoneta, acomodando todos los lotes que él ha bajado en dos viajes. Pensar que hasta hace poco yo solo necesitaba una toalla y una botella de agua... Bueno, y el protector, que, con lo blanca que soy, me quemó en un instante. Ahora un día de playa se convierte en una pequeña mudanza, por el amor de Dios. Y de ir andando ya podemos olvidarnos, porque solo las cosas de las niñas lo hacen difícil.

—¿Metiste nuestros juguetes? —se interesa Marta, acercándose a su padre.

—Sí, están dentro —responde él sin salir del todo.

—¿La comida?

—Claro, Marta. Tranquila, no se nos olvida nada.

—¿Y mi flotador? ¡Yo no sé nadar! —Lara sigue dando saltitos mientras hace la pregunta.

—Sí, también. Y eso hay que arreglarlo. —Saca la cabeza del maletero y se acuclilla frente a ella—. Hoy vas a aprender, ¿vale? Tenemos todo el día para ello.

—Bueno... Me da un poco de miedo.

—Tonterías. Yo no voy a dejar que te pase nada —le dice él más serio—. Venga, al coche.

—Espera, falta Nela, papá —dice Marta mirando a un lado y a otro de la calle. Y yo sonrío de nuevo, porque a esta niña no se le escapa nada. Y eso que solo nos ha oído a Chema y a mí ayer decir que nos acompañaría.

—Ahí viene —informo yo al verla bordear una esquina. Le entrego a Chema la nevera y abro la puerta de atrás—. Anda, adentro.

Estoy abrochándoles el cinturón de seguridad cuando mi amiga saluda a mi espalda.

—¡Hola! Veo que he llegado puntual.

—Sí, no esperaba menos. —Acabo mi tarea y me giro para darle un beso en la mejilla.

—Venga, vámonos —nos apura Chema tras el volante—. Ya deben de estar todos allí.

Nela lo mira y luego vuelve sus ojos a mí. Con extrema precaución, murmura la pregunta que la está atormentando.

—¿Seguro que...?

—Anda, sube, dijeron que Colás no iba a ir.

Me aparto un pelín de la puerta y ella se cuela dentro, entre las niñas, por lo que rodeo el coche y me siento en el asiento del copiloto. Lo cierto es que iba a ofrecérselo a ella, pero ahora me resulta ridículo. Al fin y al cabo, vivimos juntos; si eso no me ha matado ni acabado con mis nervios, un poco más de proximidad tampoco va a hacerlo.

Cuando mi cuñado no ha sacado aún el coche del bordillo, Nela vuelve a dejarse arrastrar por sus inseguridades.

—Pero... estás segura, ¿verdad? Es que menuda faena, ya no solo por mí, sino por él y por todos vosotros... Va a ser incómodo de cojones.

—¿Qué son cojones?

—Llora, por Dios... —murmura Chema, pero se le escapa una sonrisa.

—Cajones, cariño, ha dicho cajones —le digo yo girándome en un ángulo difícil, pues la tengo justo detrás.

—Ah, cajones...

—¿Y por qué son incómodos, Nela? —Ahí está nuestra Marta, sacándole la puntilla a todo.

—Pues porque... —Mientras Nela trata de salir del apuro, yo no puedo evitar reírme ante su aprieto—. Porque estos de los que hablo son muy muy pequeños.

Entonces Chema suelta una carcajada, me mira y yo sonrío ampliamente. Tiene los ojos entornados por el sol y sus inacabables pestañas le hacen sombra debajo de ellos. La barba de dos días y esa sonrisa... Joder, me lo comería enterito.

Y qué mal... Con lo bien que me estaba yendo ignorando todos sus atractivos, y en un momento de debilidad vuelvo a las andadas.

—Bueno... ¿Y qué? Seguros, ¿no? —Nela me toca un hombro y, por suerte, se me esfuma la idiotez.

—A ver, en principio dijo que no iba, ¿no, Rubio?

—Sí, fue lo que dijo —comenta poniéndose las gafas de sol—. Pero si te quedas más tranquila, Nela, le mando un mensaje a Julián y le pregunto si su hermano ha cambiado de opinión. ¿Prefieres?

—Oh, sí, por favor... —susurra ella.

Chema recoge el teléfono de un lugar cerca del cambio de marchas y me lo entrega.

—Toma, hazlo tú —me pide. Y lo cojo con tanto cuidado para no rozarlo a él, aunque resulte del todo estúpido, que se me escurre entre los dedos, golpeando una pequeña botella de agua que había colocada entre los dos. Con rapidez muevo la otra mano para que no caiga esta y consigo levantarla, pero no agarrarla. Así que me paso unos segundos jugando con ella y con el teléfono como si fuese ahora una puñetera malabarista. Total, para que al final acaben cayéndoseme igualmente, pero los dos entre las piernas de Rubio, gracias al último golpe de gracia, en el que he debido de usar una fuerza más que innecesaria.

—Joder... Me cago en...

Que gire su cara hacia mí frena mi boca caliente. Pero calientes, más bien ardiendo, se ponen mis mejillas cuando comenta con un leve alzamiento de hombros.

—Hay que cogerla. La botella por lo menos... Se ha escurrido y está justo debajo del freno. Jesús, qué puntería, Laura. No puedo frenar, así que...

—¿Esto va en serio? Puto karma de las narices... Tiene que ser una puñetera broma.

—Estás de coña, ¿no?

—No, para nada. —Mueve los pies como si realmente estuviese intentando desplazar la botella del demonio, pero resopla resignado, levantando el flequillo con su aliento.

—Venga, Laura, y coge también el teléfono, *porfa*... —se impacienta Nela.

—Mierda... —Envalentonada por la rabia que me produce toda esta absurda situación, me inclino encima de sus piernas y él se aprieta contra el respaldo, dejándome un poco más de sitio. Mi estómago está en absoluto contacto con su muslo y yo meto la cabeza entre sus piernas para coger el dichoso botellín. Que me dan ganas de tirarlo por la ventanilla cuando lo consiga. Eso y

el teléfono, ya puestos.

La toco con los dedos, porque sí, estaba justo donde él decía, pero no soy capaz de sujetarla, así que, como puedo, la desplazo hacia mí. Y entonces, el jodido coche coge un bache y yo boto sobre Chema, mientras la botella se sale del sitio y veo el puñetero teléfono de las narices colándose debajo de su asiento, lo más alejado que puede de mí, ahí, contra la puerta. Si es que cuando algo no sale bien... va y se empeora.

—Jesús... —Chema lo dice tan bajito que me cuesta hasta a mí oírlo, y eso que no es que esté cerca, sino encima, joder. Entonces vuelve a hablar, pero en un tono normal, aunque algo entrecortado, la verdad. Supongo que esta situación le gusta tan poco como a mí—. Ya que estás, coge al menos el teléfono... La botella se ha movido.

«Sí, genio, y ya puedes frenar y cogerlo tú». Pero tampoco quiero hacerle creer que estar sobre su regazo está volviéndome loca, así que suspiro y me muevo un poco para alcanzar mi objetivo, colocándome en una postura extraña y poco afortunada para, al menos, no rozar sus partes más nobles. O innobles... Que no sé por qué las llamarán así. No creo que haga con ellas nada demasiado ilustre y señorial, digo yo.

—No lo veo —digo gimiendo interiormente. «Dios mío, por favor... Que a gusto se está aquí». Emanan tanto calor que me dan ganas de girar sobre mí misma, como costilla a la parrilla. Y cómo huele...

—Tía, con los ojos cerrados no ves, claro, es imposible.

La voz de Marta me hace dar un respingo. Mierda, ni siquiera había sido consciente de haberlos cerrado. Y esa niña del demonio... Levanto un poco la cabeza y la miro por el hueco que hay entre la puerta y el asiento, donde me encuentro su cara a escasos centímetros.

—¿Qué haces desatada? —le grito algo sulfurada—. Y tenía los ojos abiertos, listilla.

Oigo la risa disimulada de Nela y, aunque no escucho la de Chema, su pecho se mueve de una forma diferente, así que también supongo que le ha hecho gracia el chiste. Chiste a expensas de mi humillación, joder.

Salgo de encima y vuelvo a mi asiento en un tiempo récord, cabreada con él, conmigo... y con todos los del coche.

—¡Frena y cógelo! —suelto sin mirarlo.

—Bueno... Mejor se lo pregunto directamente, ya hemos llegado.

Y cuando centro mis sentidos en algo que no sea el hombre que tengo al lado, observo que sí, ya estamos en la playa.

—Oh, Dios... Solo espero que no haya venido. —El ruego de Nela se funde con el portazo que yo doy al salir. Me dirijo al maletero y lo abro de malas maneras, echándole la mano al primer bulto que veo.

—¿Por qué estás tan cabreada, pelirroja? —dice Chema a mi lado ya, quitándose las gafas y mirándome con una sonrisa un tanto traviesa.

—No me llames así —siseo. Y solo para quitarle ese buen humor que se gasta y que a mí me pone mala, acabo la frase con alevosía—. Chema.

Él pierde la sonrisa, pero no parece enfadado, sino que su expresión es... ¿intrigada? Eso parece, como si estuviese adivinando lo que me pasa por la mente. Si él supiera... Si él solo llegase a sospechar la cuarta parte de lo que siento, la mitad de lo que ha sentido mi cuerpo con ese patético contacto de hace unos minutos... Me giro con demasiado ímpetu, golpeándolo sin querer con las bolsas que llevo en las manos. Pero no me paro a pedirle perdón. Cojo a Llara de la mano y me encamino apresurada hasta la playa, dejando atrás a esos tres traidores.

—Yo te doy cremita, tú me das cremita... —Pedro, sentado a mi lado sobre la toalla, bate el frasco del protector como si de una coctelera se tratase—. Venga, Laura, tumbate, que esa piel tan blanca hay que cuidarla para que Lorenzo no se la cargue.

Sonríó ante su desfachatez, pero obedezco sin protestar. Me pongo boca abajo en la toalla y me encuentro con la mirada de Chema sobre nosotros, medio metro más arriba, al lado de Teresa. Solo por eso y por hacerle pagar cómo me sentí en el coche, incluso me desabrocho la parte de arriba para darle mejor acceso a Pedro a mi espalda. E inmediatamente me siento ridícula... Cómo si a él le importase lo más mínimo.

Apoyo mi cara en mis manos y observo como los demás están también poniéndose la crema, unos a otros o a sí mismos. Las niñas, empapadas tras meterse en el agua, ahora juegan a escasos dos metros de nosotros, pues las hemos atendido en primer lugar. Esta es una playa tranquila, familiar, en la que el agua está en calma gracias a los grandes acantilados a ambos lados que la resguardan, así que pueden jugar con la arena en la orilla sin que apenas las molesten las olas. Todavía no hay mucha gente, pues es bastante temprano, pero sé bien que a primera hora de la tarde la cosa cambiará. Yo siempre he preferido las playas casi desiertas y, desde luego, tampoco me ponía tan cerca del agua, tanto que tenemos que estar pendientes de que no se nos mojen las toallas si sube la marea. Lo que cambia la vida... Ahora todo gira en torno a las niñas. Pensando en eso, y en las manos de Pedro, que están produciendo un efecto casi soporífero, suelto un suspiro.

—Te gusta, ¿eh? —dice él utilizando un tono pícaro—. No me extraña, preciosa, tenías más nudos aquí que un pelo con rastas.

Me río ante su comparación y no soy la única. Observo como Teresa y Nela sueltan una carcajada y Julián sonrío con ganas.

—Anda, ahora eres fisio... —comenta Chema, y no, a él no parece haberle hecho gracia el comentario, a juzgar por el tonito que se gasta. ¿Qué le pasa ahora a este? Si no hay Dios que lo entienda...

—Bueno, yo soy todo lo que las mujeres quieran que sea... —replica el poli, guasón—. ¿Verdad, Laura? Duro, tierno... Un encanto, vamos...

Le doy un manotazo echando una mano atrás.

—Serás presumido...

—Anda, si hasta así me adoras... —responde él. Y entonces comienza a hacerme cosquillas en la cintura.

—Para, para... —Me río, pero también se lo digo en serio, aunque suene contradictorio.

—Anda, reconócelo. Di que soy el tío perfecto. —Él deja sus manos quietas esperando mi respuesta y yo me niego a subirle más el ego a este tío, que ya lo tiene por las nubes...

—Ni de coña —resoplo.

Y de nuevo comienza con la tortura.

—No, por favor, para, para...

—Dilo.

—Vale, vale, tú ganas. —Y él se detiene.

—Pero tienes que decirlo.

—Eres... Eres el tío más... —Me incorporo un poco intentando atarme la parte de atrás—. Más arrogante que...

—¿Arrogante? Vaya, qué fina te has vuelto, Laura. Pero te recuerdo que aquí quien suplicó por

un beso mío fuis...

Tarde, consigo teparle la boca con una mano. Que no puedo creerme que acabe de decir eso, joder. Y tal como me mira, él también parece arrepentido. Si a Pedro le pasan las mías, su boca es bastante más rápida que su cerebro... Por otra parte, tiene razón, ¿no? Le supliqué que me besara, aunque, gracias a Dios, eso no ha cambiado nada entre nosotros. Porque si lo hubiese hecho... Entonces era para matarme, porque no sirvió de nada. El experimento no solo habría sido en vano, sino que se habría vuelto en mi contra. Quise averiguar si otros labios me harían sentir lo mismo que los de Chema, qué ilusa. Me engañé pensando que podría borrar con otro beso lo que el suyo consiguió. Hacerme casi flotar, delirar... Su boca contra la mía, nuestras lenguas saboreándose y sus manos acariciando mis costados y espalda, sin tocar nunca donde realmente las necesitaba. Pero las sensaciones... Las sensaciones llegaron a todos lados. Mis pechos pesaban y mi sexo palpitaba como nunca... Tan excitada que incluso dolía. Dios, y eso solo con un beso... Basta decir que me resultó infinitamente más íntimo que correrme en sus manos, y eso ya es la hostia.

—Vale, me he pasado —susurra Pedro, trayéndome al presente.

—Serás mamón... —le suelto, más que nada por hacerme la dura, y entonces me doy cuenta de que sus ojos se desplazan hasta mis pechos y... Oh, Dios... Que todavía no tenía abrochado el sujetador... Mierda. Me adecento en segundos, con la cabeza baja y las mejillas ardiendo. No lo veo, solo oigo su voz en mi oído.

—Lo siento, perdona, de verdad. No debí decirlo.

Niego con la cabeza para quitarle importancia al asunto y él vuelve a susurrar.

—Y no te preocupes, solo las he visto yo.

Y entonces levanto la mirada y lo empujo con todas mis fuerzas, incapaz de retener la risa nerviosa que me sube por el pecho.

—Pero serás cabrón...

Él se deja caer en la toalla y abre los brazos en cruz.

—Oh, sí, pero un cabrón que adoras... —suelta por esa boquita que no sabe estar callada.

—Este no tiene abuela, ¿no? —pregunto a todos y a nadie en particular.

—Sí, y las dos vivitas y coleando. —Se ríe Teresa, sentada tras él—. A lo mejor es por eso... Está demasiado mimado.

—Siempre has sido un niño bonito, ¿verdad? —sigue con la pulla su marido, al lado de su mujer.

—Y ahora que tiene uniforme... —Nela pone los ojos en blanco y todos nos carcajamos cuando Pedro resopla con fuerza y la imita. Bueno, todos no... Chema ha hecho algo parecido a una mueca que intenta pasar por sonrisa, pero nada más. ¿Dónde coño se le ha quedado ese buen humor de antes? ¿Se lo habrá dejado en el coche? Estoy por decírselo, de verdad, de hecho ya tengo la boca abierta para hacerlo, cuando la exclamación de Nela me hace girar la cara y mirarla.

—¡Oh, joder! ¡Mierda!

Sigo su mirada y veo a Colás bajando las pequeñas dunas donde comienza la playa y buscándonos con la vista.

—Ay, Nela... Lo siento —murmuro—. Él...

—Él dijo que no venía —acaba Julián mi frase—. Tranquila, Nela, no pasa nada...

—¿Que no pasa nada? —ella casi gime la pregunta, se acuesta y esconde la cabeza entre las manos, quedándose así durante el tiempo que Colás tarda en llegar junto a nosotros y saludarnos. A nadie le pasa desapercibida la mirada que le lanza, y tampoco que, durante un breve instante, no sabe si quedarse o irse, pero al final opta por dejar el casco de su moto encima de la mochila y estirar su toalla al lado de Chema.

—¿Tú no ibas a Luarca? —le pregunta Julián, adelantándose un poco para verlo mejor, pues están los cuatro en fila, y nosotros tres justo debajo de ellos.

—Cambio de planes —contesta su hermano mientras abre una botella de agua.

—Pues pudiste avisar... —Realmente creo que Julián ha creído hablar en susurros, mientras señala a Nela con la barbilla, pero todos lo hemos escuchado y casi puedo sentir como Nela se tensa a mi lado.

Colás se encoge de hombros y bebe unos largos tragos. Luego se levanta y se encamina a la orilla sin volver a pronunciar palabra.

Nos miramos unos a otros sin saber qué decir.

—Bueno, yo he traído empanadillas y ensalada de pasta... —comenta Teresa, supongo que para desviar el tema—. ¿Qué más hay para comer?

—Rubio ha hecho un par de tortillas y...

Teresa me mira con los ojos muy abiertos.

—¿Rubio? —pregunta sorprendida—. Si cuando Clara vivía no tocaba una... —Se calla de repente, como si acabase de caer en la cuenta de que ha hablado de más.

—Cuando Clara vivía no tenía necesidad de hacerlo —replica él con bastante naturalidad—. Ahora, créeme, es mejor que las haya hecho yo, me lo agradeceréis todos.

—Bueno, vale, la cocina no es lo mío, ¿y qué? —le reprocho, aunque en realidad sé que tiene toda la razón y no deberían molestarme esa clase de comentarios. Aquel día del pollo fue todo un milagro. La suerte del principiante, supongo.

—Y nada. —Me mira muy serio y entonces desplaza sus ojos hasta Pedro—. Pedro, ¿a ti qué tal se te da?

—¡Fatal! —Se ríe él. Me pasa una mano por los hombros y me atrae hacia su cuerpo—. Pero no te preocupes, nena, viviremos a base de...

Le doy un codazo y lo aparto para interrumpir su frase. De repente, ya no me hacen ninguna gracia ese tipo de bromas. Que ya sé que son frecuentes entre nosotros y que Pedro las dice por costumbre, pero... Pero acabo de darme cuenta de que me importa que los demás piensen que pueda haber algo de cierto en ellas. Sobre todo...

«No, ni lo pienses».

—Oh, para de decir tonterías —le digo a mi amigo. Y me acerco más a Nela, que todavía no se ha movido ni un ápice—. ¿Estás bien?

—Sí. —Apenas la oigo, pero su cabeza se mueve afirmativamente.

—Puedes levantarla, ¿sabes? Él está en el agua.

Ella se incorpora un poco y me mira con tristeza.

—Joder... Esto es horrible.

—Yo... Lo siento, si lo hubiese sabido...

—Tú no tienes la culpa. Nadie la tiene. Bueno... Yo. —Y entonces sus ojos brillan con fuerza antes de entrecerrarlos y sentarse muy rápido—. Y él, joder. Él también —dice con la vista clavada en la orilla. Cuando vuelve a mirarme, Dios, hay tanta determinación en su mirada que hasta me siento orgullosa de ella.

—¿Qué vas a...?

Ni siquiera me deja acabar, se levanta como un resorte y va hacia el agua a grandes zancadas. Y yo deseo en ese instante que ese diminuto bikini que lleva puesto le sirva como armadura, porque el golpe puede que no sea pequeño.

—¿Pero qué demonios va a hacer? —pregunta Teresa cuando ve, al igual que vemos todos, que se mete en el agua muy resuelta y va derecha hacia Colás, que se ha desplazado unos metros a

nuestra izquierda.

—Uff, se va a armar —augura Pedro. Y yo le doy otro manotazo, aunque hace un segundo pensara algo parecido.

—O se arreglan. Joder, no seas ave de mal agüero...

—Y tú no seas ingenua, Laura —me espeta Chema—. Colás todavía...

—¿Todavía qué? —me cabreo. Mucho. Por su forma de hablarme, por el insulto gratuito y por no tener fe en ellos dos. Me pongo de rodillas en la toalla y no me corto un pelo—. ¿Todavía no es capaz de perdonar un error? ¡Y eso que la quería tanto como para casarse con ella! Si no llega a ser así, la asesina con una pala y la entierra en su huerto, joder...

Julián disimula una risa, pero es una risa triste.

—Bueno... Mi hermano es un tanto complicado, lo sé. Pero hay cosas que no son fáciles de olvidar, y ella lo dejó tirado...

—¡No! ¡Eso no fue así! —la defiende, porque parece mentira que nadie se haya puesto por un momento en la piel de Nela, con todo lo que ella ha pasado...

—A lo mejor necesita tiempo... —dice entonces Chema, pero su tono es más conciliador que otra cosa, para variar en lo que va de tarde.

—¡Tiempo, tiempo! Lo único que hacen es perderlo. ¿No os dais cuenta de que eso es lo único que no sabemos cuándo se termina? Y sino, pensad en Clara...

Veo sus caras desencajadas ante mi comentario, pero, por suerte o por desgracia, dejo de ser su centro de atención cuando las voces airadas de Nela y Colás llegan hasta nosotros.

—¡Lo sabes bien! —grita Colás, saliendo del agua y andando deprisa hacia nosotros.

Nela sale tras él con la misma rapidez.

—¿En serio?! —Gesticula muy rápido, abriendo y cerrando sus brazos—. ¡Vale, vale! ¡Sí, sí, sí! ¿Es eso lo que querías oír? ¡Sí a todo! Si esa es tu condición...

Colás se para en seco y se gira, pero no del todo, quedando de perfil a ella. Tiene los puños muy apretados y la cabeza casi incrustada en sus hombros.

—¡Nela, no, cállate!

—¡El «no» fue lo que nos separó, joder! —grita, haciendo hincapié en el no—. ¡Así que sí! ¡Quiero casarme contigo y tener tus hijos! ¿Cuántos quieres? ¡Cuatro, siete, diez! ¡Elige un jodido número, Colás!

A mí se me ponen los pelos de punta y se me humedecen los ojos. Dios mío... Enamorarse es una puta mierda. Por favor, Colás, reacciona, tío... Pero él menea la cabeza y vuelve a caminar hacia arriba. Casi cuando están a nuestra altura, Nela, corriendo, lo alcanza y lo agarra de un brazo.

—¿Qué más quieres de mí? —le pregunta temblando y bajando el tono, y, si no es súplica lo que oigo en él, es algo demasiado parecido.

—No lo entiendes —dice él, sin siquiera mirarla a la cara—. No tienes ni idea de... ¡Bah, ahora es igual! —Se suelta de su mano y pasa por mi lado como un tornado hacia su toalla. Por un momento creo que se va a ir, pero no, se sienta y saca el móvil, con el que se pone a jugar, para consternación de todos, que no sabemos dónde meternos después de haber sido testigos de semejante escena.

Miro hacia Nela, que no aparta sus ojos de su exnovio; ahora, aparte de furiosa y dolida, incrédula ante su actitud. Entonces es ella la que comienza a recoger todas sus cosas con una rapidez asombrosa y, antes de que me dé cuenta, está alejándose de nosotros.

Dirijo mi vista hacia el culpable de esta situación, y observo como Chema le da un codazo, a lo que Colás responde mirándolo y encogiéndose de hombros. Rubio menea la cabeza con

disgusto y le quita el móvil de la mano, consiguiendo así que el otro solo apoye los codos en sus rodillas y se quede mirando a la nada.

Entonces reacciono. También comienzo a recoger con prontitud y solo me pongo una camiseta encima, obviando ya los pantalones cortos, que meto en el bolso. Doy dos pasos y me acerco a Chema.

—Voy con ella —le digo.

—Claro, ve. —Rebusca en su bañador y me alcanza las llaves del coche—. Será mejor que te lo lleves.

Las acepto a la primera, pensando en venir después a por ellos, y muevo mis pies para irme. Pero en el último momento, no puedo dejar de soltar parte de mi frustración. Me acerco mucho a Colás y pateo en el suelo levantando un montón de arena que le da de lleno.

—Puto cabezota —escupo con la más absoluta rabia. Y solo entonces me largo de allí casi a la carrera.

La alcanzo en el aparcamiento. Apoyada sobre el coche de Chema, llorando a lágrima viva. Está tan descompuesta que, apoyada contra una de las puertas, parece no soportar su propio peso, por lo que su torso cuelga en un ángulo extraño y sus piernas se escurren sobre la grava. Me aproximo a ella corriendo, dejo caer mi bolso al suelo y la abarco con mis brazos, reconfortándola con un abrazo sincero, lo único que ahora puedo hacer por ella.

Nela llora sin abrazarme, solo con su cara contra mi camiseta, lo que me parece una eternidad. Su llanto es alto, murmura cosas que no entiendo y ni siquiera es consciente de las pocas personas que, al pasar por nuestro lado, se la quedan mirando pasmados. La dejo que se desahogue, solo acierto a acariciarle el pelo y a murmurar algún que otro «ya», pues ahora mismo sé que necesita echarlo todo fuera y eso es justamente lo que quiero que haga. Por desgracia, tengo bastante práctica en ello, así que no la agobio, ni le pido que se calme, solo me quedo ahí, abrazándola, sintiendo su dolor como propio y comprendiéndola más de lo que ella se imagina. Puto amor de los cojones... Lo que es es la más absoluta de las miserias. Lo peor que le puede pasar a una. Dicen que correspondido es lo más maravilloso del mundo... Lo será, es lo menos... Porque, aun así, si lo contrario es esto, no compensa, coño, no compensa.

Cientos de minutos después, o lo parecen, Nela logra tranquilizarse. Hace rato que sus manos aprietan mi cintura y, ahora, levanta poco a poco la cabeza de mi hombro, restregando su nariz en ella.

—Genial —bromeo, quitándole algo de hierro al asunto—, ahora lléname de mocos.

Ella se ríe, aunque es la risa más triste del universo.

—Lo cierto es... que te he dejado perdida —dice, mirando la huella de sus lágrimas en el algodón. Su voz todavía es temblorosa y un par de hipidos se han colado en su frase, pero, al menos, ya no llora.

Le acaricio el pelo y, con una sonrisa tierna, despego de su frente y sus mejillas los mechones que se le han quedado pegados.

—Ahora sí que es definitivo —anuncia, no resignada pero sí convencida—. Ahora sí es para siempre. Lo he perdido para siempre.

—Nela, cariño...

—Lo he intentado todo, Laura... Me he acercado a él durante estos últimos meses... —Se para un momento porque los hipidos le resultan demasiado incómodos para continuar.

—Shh, no te tortures, Nela, no, por favor.

Pero ella respira con fuerza varias veces y continúa como si yo no hubiese hablado.

—Y hoy... Hoy me he humillado, he...

—Eh, no, eso sí que no te lo permito. No te has humillado, has luchado por lo que te importa. Has sido muy valiente y...

—Y no me avergüenzo de ello, Laura. No lo hago. Pero sí me he humillado, le he entregado mi dignidad, he puesto mi corazón en sus manos y él... Él...

—Y él es un puto capullo. Si no sabe lo que se pierde es que es tonto, joder. ¡Tonto! Así que no te merece.

—No. No, Laura. No es tan sencillo. Y tú sabes que Colás no es tonto, él...

—Bueno, porque se le den muy bien los números tampoco quiere decir que sea una lumbrera, eh...

Ella sonríe con tristeza y me da un empujón.

—Tú sí que eres tonta —dice—. Y la mejor amiga del mundo.

—Del mundo mundial. —Y la abrazo de nuevo, pero esta vez me lo devuelve con ganas, estrujándome entre sus brazos.

Después de dejar a Nela en su casa, mucho más tranquila tras tomarnos algo en el bar de Paco y hablar hasta que ya no había más que decir sobre el tema, entro en casa y me sirvo un gran vaso de agua. Me hubiese gustado quedarme con ella más tiempo, pero cuando me pidió estar sola, también lo entendí. Una amiga y un hombro sobre el que llorar se agradecen, pero la soledad es la mejor compañera para revolcarse en la autocompasión, emparchar el corazón y buscar el valor en uno mismo, que es de donde debe salir para seguir luchando, o tomar la decisión, no menos valiente, de resignarse a perder.

Con muy pocas ganas de volver por hoy a la playa, decido mandarle un mensaje a Chema, diciéndole que me avise cuando quiera que los vaya a recoger. Pero antes me dirijo a mi cuarto para desnudarme y darme una ducha.

Me quito la camiseta y el pantalón, que me he puesto antes de volver al pueblo. Entonces, mi vista va hasta el escritorio, donde mi libreta de trabajo ha quedado abierta en mi último diseño. Después de acabar con la casa de los Alonso, no es que me haya llovido el trabajo, así que, basándome en un plano de la casa que Chema estaba construyendo y de la que no quiere ni hablar, me he dedicado a decorarla por diversión, proyectando en papel cómo me gustaría amueblarla. Es una pérdida de tiempo, lo sé, y también una especie de flagelación, pero en algo tengo que invertir las horas para no volverme loca del todo. Y esto me encanta.

Me acerco a la mesa y observo con interés el dibujo. Se trata del dormitorio que yo he elegido para Llara. Hago una mueca porque hay algo que no acaba de satisfacerme. Y, de repente, caigo en qué falta. Así que alargo la mano hacia el lapicero sin mirarlo y, sin querer, acabo volcándolo. Pero mira que soy patosa, joder.

Los lápices, clips, pequeñas gomas que no sé por qué no tiro, rotuladores y bolígrafos se desparraman por la mesa. Comienzo a recogerlo todo y... Y mis ojos se quedan fijos en algo dorado que nunca hubiese esperado ver. O, al menos, ahí, entre mis cosas.

Las alianzas... Oh. Dios. Santo. Madre. Del. Amor. Hermoso.

¡Joder!

Las miro durante mucho tiempo, casi con aversión, como si de serpientes se tratase. Y cuando salgo del trance, las cojo entre mis dedos con cautela, con pánico a descubrir lo que ya sé. Que son los anillos de boda de Chema y Clara.

Las giro con dificultad, pues me tiemblan hasta las pestañas, y leo las inscripciones dentro de

ellas. La fecha de la boda, sus nombres y dos pequeños corazones entrelazados. En aquel momento, ese detalle me pareció la cursilería del año y me reí con ganas ante tanta ñoñería, pero ahora solo hace que pase la yema de un dedo por el trazado y que los ojos se me encharquen de lágrimas. Tan típico de Clara... Y tan poco disfruté el significado...

Cuando me doy cuenta de lo que estoy haciendo, las dejo caer como si quemaran. Porque... ¿qué hacen aquí, en mi cuarto? Es imposible que Chema las perdiera aquí, más que nada porque no ha vuelto a pisarlo desde el día que trajeron los muebles y se lo enseñé, y por otra parte... Tampoco se le iban a caer ahí dentro, ¿no? Eso sería tan absurdo como increíble.

Clavo los ojos en el cordón roto y me llevo las manos a las sienes, frotándolas sin saber qué coño hacer. Miro a mi alrededor, como si esperase ver aparecer a alguien que me explique cómo han llegado hasta aquí, porque yo no he sido. Estoy algo loca, se me va la pinza un montón, vale, pero yo no he robado las alianzas inconscientemente para acabar escondiéndolas en el puto tarro. Eso es así y punto. Y entonces, antes de ser consciente de que iba a hablar, me encuentro haciéndolo en voz alta.

—Clara... Clara... ¿Eres tú? —Un escalofrío me recorre entera, o más bien varios. Tengo toda la piel de mi cuerpo de gallina, incluso el cuero cabelludo, pero no me permito callar—. Dios mío, Clara... ¿quieres decirme algo? Sé que lo que siento por Chema debe de ser hasta pecado, pero, por favor, no me hagas esto... No entiendo tu mensaje, yo...

Una idea cruza mi mente como un corcel desbocado. Casi vuelo hasta la cocina y me hago con mi móvil. Busco en la agenda el número de María, tan apresurada que tardo el doble de lo normal y, cuando consigo marcar, me froto los brazos con ganas esperando que contesten al otro lado.

—Hola.

—Hola —respondo con un hilo de voz.

—¿Laura? Te oigo fatal. ¿Todo va bien? —me pregunta, preocupada. Bueno, ella parece estar siempre preocupada por mí. Y yo me alegro de haber aclarado las cosas en su momento y no haber dejado que una tontería, una frase mal dicha en un mal momento, nos hubiese acabado separando.

—Sí, no, la verdad, no tengo ni idea. ¿Puedo pedirte un favor?

—Claro, cariño, lo que quieras, dime.

—Yo... Necesito que vengas, trae las cartas. Todas. La española, el tarot y esa otra de jugar al póker, la ouija y, si tienes, la puñetera bola, pero ven, por favor.

—De acuerdo. Es por Clara, ¿verdad? Entonces es mejor que nos veamos justo ahí, en su piso —comenta con calma, como si yo no hubiese dicho una locura y le hubiese pedido algo tan simple como que se trajera las palomitas para ver una peli—. El sábado puedo ir sin problema. ¿Te viene bien?

—Sí, perfecto. —Y si no, ya me las arreglaré. Pero necesito que venga, y cuanto antes, mejor.

—Vale. Pues ahí estaré. Y, cariño, tranquila, ¿de acuerdo? ¿Seguro que estás bien?

—Yo... Sí, estoy bien, María. O lo estaré. Yo solo... Necesito respuestas.

Cuando cuelgo, me quedo mirando un punto fijo medio pasmada. Pero en cuanto comienzan a picarme los ojos, los froto y miro el reloj. Aún no son las cuatro de la tarde y ellos todavía tardarán en volver.

Me sacudo un escalofrío. Lo que menos quiero ahora es estar sola aquí dentro.

Chema

—Oye, ¿estás bien?

Colás me mira, pero no contesta a mi pregunta. Lo cierto es que tampoco necesito que lo haga para saber que está hecho una mierda. Todavía no ha pronunciado palabra desde que Nela y Laura se fueron, la una con el sufrimiento y la derrota pintada en la cara y la otra... La otra, tan furiosa que era digna de ver.

—Papi, quiero comer. —Llara se deja caer de rodillas en mi toalla, poniéndomela perdida.

—Sí, cariño, ahora comemos.

—Sí, venga, todos a comer, que son horas —dice Teresa, atenta a nuestro intercambio y comenzando a estirar un mantel de cuadros.

Cuando tenemos ya todos los táperes que hemos traído abiertos sobre él, se dirige a Colás, que no se ha movido ni un milímetro de su lugar, y me temo que tampoco de postura.

—Vamos, Colás, ¿qué te apetece? —le pregunta, al tiempo que le da un manotazo a Pedro en la mano con la que robaba ya la tercera empanadilla—. Y tú para un poco, hombre, que mientras nosotros lo organizábamos todo ya te has comido un par.

—Joder, es que están de muerte. Si sé que cocinas así, Julián no habría tenido nada que hacer —bromea él, consiguiendo un resoplido por parte del aludido y que Teresa ponga los ojos en blanco.

—Tú tampoco, guapo —le dice ella—. Eres demasiado embaucador para mi gusto.

—¿Yo? ¡Qué dices! Solo me molesto en piropearos, cosa que, por cierto, no hace ninguno de los presentes. Es que vaya amigos me gasto, no saben cómo tratar a las mujeres.

Sé que Pedro solo pretendía hacer un chiste, aunque fuese malo, pero Colás aprovecha ese momento para levantarse y largarse como había venido, solo mascullando unas forzadas palabras de despedida. Supongo que la frase de Pedro levantó alguna ampolla...

—Joder, no pretendía... —comienza a excusarse, al caer en la cuenta de que puede haber sido el culpable de la marcha de Colás—. Yo solo...

—Bah, déjalo estar. No has estado muy oportuno, no, pero no creo que quisiera seguir aquí, de todas formas —comenta Teresa, cortando un trozo de tortilla en el plato de su hija.

—No, me imagino... —reflexiona Pedro—. Ha sido muy fuerte, ¿no?

Todos asentimos con la cabeza, sabiendo perfectamente que se refiere a la escena anterior con Nela. Julián y Teresa opinan sobre ello sin defender ni acusar a ninguno de los dos, simplemente diciendo lo que todos pensamos. Que es una pena que no puedan olvidar lo sucedido y volver a estar juntos, que es evidente que todavía se quieren y todo eso que ya está más que hablado... Así que yo desconecto durante un ratito, buscando las aceitunas en mi ensalada de pasta antes de ponerme a comer en serio. En una mala costumbre que tengo desde siempre, meterme en la boca primero lo que menos me gusta del plato.

—Tiene razón Laura —oigo entonces a Pedro—. Pero bueno, supongo que no hay peor ciego que el que no quiere ver. ¿Verdad, Rubio?

Levanto la vista, pendiente en ese momento de cómo Marta desmenuza una empanadilla, y lo miro sorprendido. ¿Es una pregunta con segundas?

—Supongo —respondo con desconfianza. Y como no me quedo del todo tranquilo, salgo de dudas—. ¿Y me lo preguntas a mí por algo en especial o...?

—No, joder, qué susceptible. Solo para saber tu opinión y que te involucres un poco en la conversación, tío, que estás como ido. Apenas has abierto la boca y...

—Es que no tengo mucho más que decir sobre el tema —digo sin contestar directamente a su pregunta. Porque, mal que me pese, yo no estoy ciego, ni me lo hago, pero sé que ignoro y esquivo lo que la cercanía de Laura causa en mí. Y aun así... Aun así, a veces no puedo evitar provocarla un poquito, buscando en ella algo, una pista, un detalle, algo que me haga ver que mi atracción es correspondida. El beso del otro día sí lo fue, sin duda, pero su actitud de después... Joder, fue como la mía. Arrepentida. Aunque en su caso, no sé exactamente los motivos. ¿Se dejó llevar y no era a mí a quien quería besar? ¿Por Pedro? ¿O quizá sus razones sean simplemente las mismas que las mías? Al fin y al cabo, Clara era su hermana. A la que adoraba.

«Bah, es una pérdida de tiempo pensar en ello, Chema. Lo más prudente sería olvidarlo».

Sí, eso lo tengo claro, pero luego me encuentro haciendo gilipolleces, cada una más grande que la anterior.

Sentirla sobre mi cuerpo en el coche fue brutal. Y, aunque no buscado a propósito, sí pude encontrar la manera de solucionar aquel desaguisado de otra forma. Pero no quise. Me comporté de una manera ridícula, pero descubrir que Laura parecía del todo menos indiferente a mí fue exultante, increíble. Durante unos minutos. Escasos minutos. Porque en el tiempo transcurrido desde el coche hasta la arena, ese sentimiento se convirtió en culpa, en vergüenza. Es que no se puede ser más retorcido, joder. Yo mismo me echo sal en las heridas. Seré gilipollas... Además, ella está con Pedro, ¿no? A lo mejor no mantienen la relación más normal del mundo, pero, después de lo visto y oído, no me queda más remedio que aceptarlo.

«Sí, definitivamente, eres gilipollas. ¿De verdad necesitabas ser testigo de unos arrumacos en la playa y cuatro frases fuera de tono? Si pasó la noche con él... La misma en la que tú la besaste, idiota».

Frunzo el ceño y me fuerzo a dejar de pensar en ello. Y entonces me fijo en que Teresa ya está recogiendo todo. ¿Cuánto tiempo he estado dándole vueltas a lo mismo, por Dios? Estiro una mano y alcanzo a robar una empanadilla antes de que cierre el táper, comiéndola en dos bocados antes de echarle una mano con todos los lotes. Y luego, mientras las niñas hacen algo que podría pasar por un castillo de arena cerca de nosotros, acarreando cubos y cubos de agua, todos nos sumimos en nuestros pensamientos, estirados en las toallas y satisfechos tras la comida. Observo fugazmente como Julián acaricia la espalda de Teresa con suavidad, casi distraído, mientras ella usa su hombro de almohada, y escenas parecidas a esa en las que Clara y yo éramos los protagonistas se pasean por mi mente. En aquel entonces todo era tan fácil, a pesar de la falta de dinero, del poco trabajo que conseguía en ocasiones, de luchar día y noche con dos bebés... A pesar de todo eso, mi vida era algo sencillo, con cada cosa en su lugar, ordenada, lógica.

Y, como no podía ser de otra manera, contradiciendo mis últimas palabras, Laura se acerca corriendo, casi jadeando, y se planta delante de nosotros captando nuestra atención. Tiene los rizos desordenados, los más cortos delante de los ojos, las mejillas coloradas, dobla un poco las rodillas con las manos sobre ellas y, luego, sube una al pecho, en la típica postura cuando creemos que el corazón va a salir pitando.

—Dios, Laura, ¿te persigue alguien? —se interesa Teresa, mirando incluso tras ella, buscando al culpable de su estado.

—No, no... —Ella se ríe nerviosa y arroja el bolso a sus pies—. Es que... he venido corriendo desde el coche. No sé... Creo que tenía demasiada adrenalina por saltar.

Yo, justo enfrente, me siento y apoyo las manos a mis costados. Cuando voy a preguntar cómo está Nela, el gracioso de Pedro se me adelanta.

—Nena, yo me sé otra manera de gastarla. Ven aquí y...

—Oh, cállate —se exaspera ella, poniendo los ojos en blanco—. No tengo demasiadas ganas

de bromas...

—¿Cómo está Nela? —me intereso deprisa, antes de que el payaso del grupo vuelva a las andadas.

Laura me mira directamente por primera vez desde que ha llegado.

—Bueno... No muy bien. Pero me ha pedido que la deje sola, así que...

—Si te sirve de consuelo —interviene Julián—, mi hermano está igual, y se ha ido, lo que...

—¿De consuelo? —Laura lo mira con los ojos muy brillantes, casi ofendida—. No, no me sirve. Él también es mi amigo, joder, y, aunque la mayoría del tiempo solo quiero abrirle la puta cabeza de un buen golpe y hacerle una buena limpieza de orgullo y terquedad, no quiero que esté mal, coño.

—A lo mejor no es orgullo, o tozudez —me escucho hablar sin haber pensado ni qué decir—. O no todo. A lo mejor también es miedo, ¿no crees? Miedo a volver a pasar por lo mismo. Lo ha tenido todo, estaban tan bien y, así, de pronto, ha descubierto que...

Me callo al darme cuenta de que ya no sé si solo hablo de Colás o también de mí mismo. Me callo confundido ante mis propias palabras, porque es la primera vez que me planteo algo así, tanto en relación a Colás como a mi futuro. Y me callo, sobre todo, por las caras que lucen todos, mirándome entre apenados y asombrados, haciéndome sentir como un enano de circo.

—Oh, Dios, Chema... —Laura susurra esas palabras, reclamando mis ojos, que se clavan en su cara al instante. Y entonces, da un paso al frente, en mi dirección, con una mano abierta y un poco estirada. Yo me tenso. Jesús, ¿qué va a hacer? Y, confundido, veo que da otro paso... Con tan mala suerte, la que parece perseguirla siempre, que tropieza con el bolso tirado a sus pies, se lía de mala manera con las asas y pierde el equilibrio sin que ninguno de nosotros pueda hacer nada por evitarlo. Por la rapidez con que sucede todo, por la sorpresa y, en mi caso, también porque todavía sigo oyendo, una y otra vez, su susurro, tan lleno de significado. Así que se cae, sí, pero no de cualquier manera y en cualquier lugar, no. Cae a plomo, todo a lo largo, encajando su cara prácticamente en mi ingle y quedando con el culo un pelín en pompa, como si, en el último segundo, hubiese intentado aplacar un poco la caída apoyando primero las rodillas.

Es algo así como un segundo lo que dura en esa posición, pero yo juro que tengo la sensación de que se ha congelado el tiempo.

—¡La hostia! —suelta Pedro con los ojos como platos, antes de estallar en carcajadas, imitadas al instante por los demás.

Ellos son incluso más rápidos reaccionando que Laura levantándose. Y eso que ella lo ha hecho deprisa, supongo que cuando ha sido consciente de que seguía de una pieza. Yo no hago ni el amago de ayudarla, estático y alucinado, pasmado y excitado. Sí, joder, excitado; tan pronto como quita la cabeza de ahí, me muevo veloz para disimular el resultado de tan inesperada y violenta caricia. Y he tenido suerte, que solo su pelo me ha rozado la bandera que ahora tengo izada, que, si no, ahora, en vez de medio empalmado, estaría aullando de dolor.

—Dios, Dios... —murmura Laura sentada en la arena, con la cara tapada con sus manos—. Esto es lo más... Lo más...

—¿Vergonzoso? ¿Absurdo? —la ayuda Pedro, partiéndose de la risa—. ¿Erótico que has hecho en tu vida? —Y tras esa última frase, incluso se revuelca en la toalla, agarrado a su estómago.

—Eso no te deja en muy buen lugar —se burla Teresa de él, intentando, creo, echarle una mano a Laura con su bochorno, aunque sus risas entorpecen ese cometido. Pero yo aprieto los dientes al escucharla, y solo soy consciente de hacerlo en cuanto oigo como rechinan.

A Julián parece haberle causado mucha gracia la frase, porque se ríe todavía más alto. Y

Pedro, más de lo mismo, porque sigue tronchándose, aunque, por alguna maldita razón, es a mí a quien mira.

—Ya está, ¿no? Se ha caído y punto —suelto, molesto, por ella y por mí.

—Sí, más bien en el punto justo. —Ahí está el simpático de Pedro, poniendo la puntilla. Y haciendo, aunque no lo creyera posible, que las risas de los tres empeoren. E, incluso yo, sin querer, acabo por esbozar una sonrisa que rápidamente disimulo poniendo dos dedos sobre la boca. Es que, vamos, la cosa tiene lo suyo, y, en serio, lo que no le pase a Laura...

Le doy un toque suave con una mano en su hombro, sin conseguir que aparte las manos de su cara.

—Venga, vamos, no es para tanto.

—Oh, por Dios... —la oigo gemir y veo sus hombros moverse. No estará llorando, ¿verdad? Les hago señas a los tres para que dejen de descojonarse, pero nada. Así que me acerco todo lo que puedo a ella, inclinando mi cuerpo sin moverme del sitio para que no se sienta agobiada y la vuelvo a tocar para llamar su atención.

—Venga, Laura, seguro que has hecho cosas peores —digo, intentando quitarle importancia al asunto.

Pedro frena en seco sus risas y me mira boquiabierto. Y entonces las renueva, pero con tantas ganas que, incrédulo, veo como se limpia las lágrimas de los ojos. Joder, que el tío está llorando de la risa, tal como suena. Es muchos segundos después cuando consigue hablar, tras haberlo intentando varias veces sin conseguirlo.

—Joder... Joder... —escupe entre risotadas—. Espero que sí.

—¿Qué? —pregunto, confundido.

—Que... Que haya hecho cosas... peores. O... O mejores, vaya. —Y de nuevo se monda. Cojonudo. Yo pongo los ojos en blanco, porque más me valdría haber estado con la boca cerrada.

—Laura, ya... —insisto, pues veo que sus hombros ahora se menean casi con violencia. Todavía no ha desenterrado la cara, que tiene escondida desde lo sucedido. Fulmino a Teresa y a Julián con la mirada, intentando que al menos ellos tengan un poco de consideración y dejen de reírse como locos. Total... Ni me ven. Así que me acerco un poco más a Laura, acariciándole un brazo de arriba abajo—. No llores, eh, esto es una soberana tontería...

Y, al fin, consigo que me mire. Está muy roja y tiene los ojos encharcados, pero, cuando aparta totalmente sus manos, veo que estaba equivocado. No lloraba, o al menos, no de la manera que yo creía. Joder, si son todos tal para cual. La muy bruja también llora de risa.

—Lo siento. ¿Te he hecho... daño? —consigo decir con dificultad, tapándose ahora solo los ojos y obsequiándose con la vista de su boca, que no es capaz de mantener seria.

—No, no —respondo rápido y corriendo, mientras miro casi fascinado como se ríe a gusto de ella misma. Y entonces, mi yo anterior a toda la tragedia que rige mi vida actual sale de su escondite y sonrío ampliamente, para acabar descojonándome como el que más.

—Anda que, si queríais alimentar los rumores, la posturita de antes fue apoteósica —se burla Pedro, dos horas después de lo ocurrido, cuando las risas ya estaban casi olvidadas y sin venir a cuento. Lo miro entre asombrado y cabreado, pero ni yo ni ninguno preguntamos por los rumores a los que se refiere porque, por desgracia, es un dato que todos conocemos bien.

—¿A qué viene eso ahora? —Sí, esa es una pregunta mucho más acertada, que Teresa no duda en hacerle, tras apartar la botella de agua que se estaba llevando a la boca.

—Pues... —Pedro mira a su derecha, donde parece que se han reunido las más chismosas del pueblo debajo de una sombrilla y no nos quitan ojo—. Llevan desde entonces mirándonos y cotilleando. Bueno, mirándoos, más bien.

—Genial —escupo—. Pues que les aproveche.

—Cristo, ojalá se atraganten con la lengua —dice Teresa, ofendida—. Yo me declaro la primera cotilla, eh, pero lo que están haciendo con vosotros ya no tiene nombre.

—Bah —Laura le quita importancia y, sin cortarse un pelo, saluda en su dirección, moviendo una mano con delicadeza.

—Realmente dan ganas de hacer algo tremendo para callarlas de una vez —sigue Teresa, defendiéndonos.

—Lo mejor es ignorarlas, así que para, Laura —le pido, pues sigue en plan Lady Di, consiguiendo que todavía seamos más el centro de atención.

—Sí —Pedro se ríe mirando a Laura, pero luego vuelve la vista hacia mí—, habría que hacer algo escandaloso, que no se esperaran...

—Bueno, dejadlo ya —protesto.

—Tienen razón, Rubio —interviene Julián, pasándome una cerveza que ha cogido de la nevera—. Deberías casarte con ella, a lo mejor así directamente se ahogan con la sorpresa —me suelta, tan pancho.

Lo miro perplejo. Joder, otro como mi padre. Pero... ¿de qué coño van?

—Dejad de decir gilipolleces —les espeto, mirándolos a todos, enfadado. Y no quedándome contento con ello, prosigo—. Eso desde luego sería tremendo, escandaloso y asombroso, sí. Tanto como ridículo. No tiene ni puta gracia.

No sé si he sido demasiado drástico, pero lo que consigo por fin es que se callen. Y que Laura baje la mano y la esconda bajo sus piernas, levantando las rodillas hacia su pecho mientras me mira con los ojos entrecerrados. Aparto la mirada, porque de repente siento como si le hubiese faltado al respeto. Pero es una tontería, ¿no? En realidad, toda esta conversación lo es.

—Tranquila, cariño —oigo que dice Pedro socarrón—, él se lo pierde.

Lo miro buscando algo más que una simple burla, pero no lo encuentro. Él me guiña un ojo y acto seguido le da un beso en el pelo a Laura, a la que le ha pasado un brazo por los hombros para acercarla a su cuerpo.

—Eres tonto —le dice ella, recostándose contra él. Y luego sonrío y le sigue la corriente, pestañeando con exageración—. Pero, desde luego, tienes toda la razón.

Observo como él la aprieta más contra sí y giro la cara para no seguir viéndolos, bebiéndome casi la mitad de la botella en un par de tragos. Busco mi móvil sobre la toalla y lo desbloqueo, buscando en el aparato algo con lo que distraerme. A mi lado, escucho como Teresa comienza a contar la última charla telefónica con Ana, aunque parece que solo su marido le hace caso.

La oigo por encima, cogiendo alguna palabra al vuelo, pero, inconscientemente, a quienes no puedo dejar de prestarles toda mi atención es a la pareja que tengo enfrente, agudizando mi oído para captar cada una de sus frases, a pesar de ser poco más que susurros.

—Deja de sobarme —escucho refunfuñar a Laura.

—No lo hago. Solo te abrazo. —Se ríe Pedro—. Relájate, mujer, no voy a meterte mano... aquí.

Ella se echa a reír y levanto un fugaz instante la vista para ver que siguen en la misma postura de antes.

—Eres la hostia —dice ella—. ¿Qué pasa? ¿Está por aquí?

Frunzo el ceño mientras paso un dedo por todas mis aplicaciones, sin decidirme a abrir

ninguna. Le doy un trago a la cerveza. ¿A qué se refiere Laura?

—Quizá... —le responde Pedro—. Pero, por si acaso...

—Lo que tienes es un morro... —Vuelve ella a reírse.

—Ya te lo dije en su día. Soy un tío.

—Claro. Y, además, el ejemplo perfecto de esos que piensan en sexo una vez cada minuto del día...

Pedro suelta una carcajada y eleva un poco el tono de voz.

—Bueno, nosotros llevamos la fama, pero que sepas que algunas mujeres también lo hacen, ¿eh? —Le da un beso en el pelo y continúa rápidamente—. ¿Verdad que tengo razón, Rubio?

Y me encuentro con sus ojos mirándome, como si estuviese cien por cien seguro de que iba a estar ahí, pendiente de ellos, cuando lo cierto es que no sé en qué mierda de momento he vuelto a levantar la vista del móvil. Joder, creo que hasta me pongo colorado. Porque ahora mismo me siento avergonzado, cazado. Como un puto crío mirando a escondidas algo que no debería.

—Eh... Eh... No sé de qué hablas —balbuceo casi, intentando disimular que hacía exactamente eso, espiarlos como un *voyeur* de pacotilla.

—Ah, perdona, ¿no? —me pregunta él, todo inocencia. Capullo...

—¡Niñas! Subid, está empezando a refrescar —grita Teresa a mi lado. Y me pongo en pie más rápido que inmediatamente.

—Sí, venga, hay que ponerse algo encima —les digo a las pequeñas. Y, ante sus protestas y remoloneo, me aproximo a ellas al tiempo que me alejo lo antes y lo más posible de la bochornosa situación.

Jesús, salvado por la campana. Gracias, Teresa.

CAPÍTULO 28

Clara

Laura se pasea por el salón y la cocina a grandes zancadas, retorciéndose las manos y llevándoselas de vez en cuando al pelo, logrando que sus rizos luzcan más alborotados de lo normal, que ya no es poco. Creo que nunca la he visto tan nerviosa, tan fuera de lugar. Y, al mismo tiempo, la determinación y la esperanza brillan en sus ojos, esos que lanzan miradas cada dos por tres hacia la mesa de la cocina, donde María, serena y con el mayor de los cuidados, prepara todo lo necesario para la sesión.

La morena enciende el incienso, que, para mi sorpresa, huele más a sándalo que a otra cosa. Va a ser que ni es incienso. Coloca en un recipiente de cristal unas piedras de cuarzo y amontona en un lateral las cartas del tarot y una baraja española muy usada. Abre un mantelito morado y lo estira sobre el mármol, para después coger una bolsa grande y sacar, con un suspiro, algo que en principio no logro identificar. Me acerco para mirar con atención ese artículo desconocido y casi siento deseos de reír al caer en la cuenta. Dios mío, es una ouija. ¿De verdad piensan que con eso podré hablar con ellas?

Pero ¿y si fuera posible? ¿Y si fuera tan fácil? Podría resolver las dudas de Laura, hacer que dejara de atormentarse por algo sobre lo que no tiene ningún tipo de control. Podría, incluso, animarla a buscar su felicidad.

—¿Qué? ¿Te falta mucho? Creo que tardas menos en amueblar un chalet, tía —la presiona Laura, acercándose a una silla y sujetando el respaldo entre sus manos.

—Ya casi está. —Levanta su mirada hacia ella y sonrío—. Y deberías tranquilizarte un poco, ¿no crees?

—¡Ya, como si fuera tan fácil! Estoy a punto de hablar con mi hermana, joder...

—Bueno, estamos a punto de intentarlo... Yo no prometo nada. Aunque esta semana he estado poniéndome al día sobre esto —señala la ouija— con alguien que sí sabe del tema, yo es la primera vez que hago algo así.

—Lo sé, lo sé. Pero ella está aquí, María. Solo eso debería hacer que fuese factible, ¿no?

María se encoge de hombros y suelta un suave suspiro, no queriendo precipitar resultados, pero tampoco discute que yo esté entre ellas. Primero, porque ella es así, crédula e increíblemente abierta para este tipo de temas, y todavía más después de que Laura la haya puesto al día de todos los episodios que yo he protagonizado a lo largo de todos estos meses. Bueno, de todos, no. Por alguna razón que solo mi hermana entiende, no ha abierto la boca sobre lo sucedido con las alianzas. Supongo que ese tema la pondría en una situación demasiado vulnerable con respecto al secreto que oculta desde hace años.

Las alianzas... Eso fue un golpe de suerte, porque realmente Chema las perdió. Bueno, más o menos. Se le rompió el cordón que las sujetaba al desvestirse y, durante parte de la noche, estuvieron allí, tiradas en el suelo. Y entonces, en un arranque, intenté tocarlas y... Y pude hacerlo. Reconozco que en el momento me asombré por ello, pero la sorpresa me duró poco. Era tan comprensible. ¿Qué objetos había más míos en esa casa que los anillos con los que nos casamos? Las alianzas con las que firmamos nuestro amor. Probablemente ninguno. Así que las recogí y acabé dejándolas caer entre los lápices y rotuladores de Laura, esperando que nadie más

que ella las encontrase. Era una manera de hacerle saber que estoy aquí, que sé lo que siente por Chema y que le entrego con todo el amor del mundo lo que un día me perteneció. Lo que no esperaba era que tardase tanto en encontrarlas, aunque, por otra parte, sirvió para que llamase a María, lo que ya es algo. Si hay alguien que pueda ver más allá de lo aparente, es ella.

Ojalá Laura se sincerara del todo. Se lo he gritado, suplicado, y luego simplemente rezado. Pero ni ella me oyó, ni mis plegarias fueron escuchadas por el de más arriba. María es su amiga, ella la entendería sin juzgarla y bien sabe Dios que mi hermana necesita desahogarse con alguien. Escuchar una versión diferente a la que se repite en su cabeza una y otra vez.

Y eso lo sé por su forma de actuar, porque hace semanas que soy incapaz de ver el aura de nadie. Estoy perdiendo facultades a marchas forzadas. De hecho, desde Navidades, Lara ya no escucha ni percibe mi presencia como antes y lo de poder tocar cosas creo que se me acabó. Lo último que tuve en mis manos fueron las alianzas, como si en ellas, en ese gesto que ahora hasta se me antoja inútil, agotara mis escasas energías.

En cambio, cada día mis emociones son un poco más humanas. Nunca por o hacia mí. Los sentimientos propios o egoístas se han esfumado como mi cuerpo físico, pero la frustración y la impotencia conviven conmigo a diario, y la lástima por los demás crece a pasos agigantados.

Además, ahora ya sé la diferencia entre creer que se te agota el tiempo y tener la certeza de ello. Y me tengo que ir. Pronto, demasiado pronto. Sin haberle servido de gran ayuda al destino.

—Bueno, esto ya está. —María coge una foto mía y la centra en la mesa—. Siéntate, anda, y procura relajarte un poco.

Mi hermana suelta un resoplido, pero obedece ocupando una silla frente a ella. Respira e inspira lentamente un par de veces antes de poner las manos sobre la mesa, mirar mi foto y dedicarme una sonrisa triste.

—Estoy lista. Cuando quieras, empezamos. —Y no sé si se lo está diciendo a su amiga o a mí, porque no aparta los ojos de mi retrato para hablar.

—¡Joder! ¡Joder! ¿Quién coño será ahora? —Ahí va, toda la tranquilidad que aparentaba, destrozada por el sonido del timbre. Laura se levanta y se lleva las manos a la frente—. Con lo que me ha costado echar a Rubio de casa durante toda la tarde. Casi tengo que sobornar a Julián para que me hiciese el favor de organizar algún plan con las niñas, joder. Y Nela no puede ser, está trabajando...

—Mientras no sea el propio Chema... —suspira María, observando el despliegue que han montado.

—No, él usaría sus llaves.

—Bueno, pues deja de tratar de adivinar y abre, ¿no? —razona la morena, cuando el timbre vuelve a sonar y, esta vez, con un poco más de insistencia.

Laura pone los ojos en blanco y se dirige a la puerta. Al abrirla, se encuentra con Teresa de brazos cruzados al otro lado, la cabeza un poco ladeada y una sonrisa traviesa en la cara.

—Espero no haber interrumpido nada... demasiado interesante —le dice con retintín—. Con lo que has tardado...

—Teresa... —Mi hermana empalidece al verla—. No, no, desde luego que no. —Y entonces también se cruza de brazos, enfadándose a pasos agigantados—. ¿A qué viene esa pregunta tan poco...?

—Eh, eh... Guárdate las uñas, cariño. Julián estaba empeñado en que tenías una cita con un chico, cosa que yo no me creí ni por un instante. Sé que nunca echarías a Chema de casa para meter aquí a un ligue... Y, además, claro, está Pedro, que...

—¿Esta conversación es en serio? —resopla Laura—. De verdad, Teresa, tu vena chismosa...

—¡Estaba preocupada por ti, ¿vale?! —confiesa mi amiga, cambiando su ironía por franqueza —. Mucho. La última vez que tu cabecita tuvo un cruce de cables te cortaste el pelo, joder. —La apunta con un dedo—. No lo niegues. Y, ahora, sin venir a cuento, echas a todos de casa para pasarte toda la tarde en ella, como me aseguraste por teléfono... Estaba preocupada, y muy ansiosa...

—Oh, Dios —Laura suspira y deja caer los brazos a los costados—. Gracias, Tere, de verdad, pero estoy bien. Solo necesitaba... estar sola.

—Para eso no hacía falta que montaras semejante película, Laura. Con pedírselo a Rubio creo que hubiese sido suficiente. Él no es tan insensible para no darse cuenta de que, a veces, todos necesitamos un poco de tranquilidad, tiempo para nosotras y...

—Pero... ¿qué coño has comido? —Se ríe sin demasiada convicción, pero su sonrisa, al menos, parece sincera—. No paras de hablar, por Dios.

—Lo siento. Es que realmente estaba preocupada. Julián dice que Chema está raro, irascible y más insoportable que nunca, pero tú tampoco estás como siempre, cariño. Estás más pensativa de lo normal, casi triste, ensimismada la mayoría del tiempo... ¿Estáis bien? ¿Qué os sucede...? Además de lo evidente, digo —termina Teresa en un murmullo.

Si al verla se había puesto algo pálida, ahora la cara de mi hermana adquiere un blanco casi enfermizo. Abre la boca y la cierra en un par de ocasiones, sus pecas destacando más que nunca sobre su piel y sus ojos abiertos y desconcertados.

—Estamos... Estamos como siempre. No sé, cada uno con sus cosas, ya sabes...

—Ya. —Teresa mueve los pies, parece incómoda, pero no hace el amago de marcharse. Más bien todo lo contrario; da un pequeño paso hacia dentro y descuelga el bolso de su hombro—. De todas formas, no te vendría mal hablar con alguien. Invítame a tomar algo, anda, ¿o me vas a dejar marchar así?

Laura levanta mucho los brazos y los deja caer con un suspiro. Parece casi desesperada, sin querer echarla de malas maneras y sin poder posponer lo que se traía entre manos. Sé absolutamente lo que está pensando ahora, a pesar de que no tengo la facultad de leer mentes. Pero ella es tan expresiva...

«Mierda, mierda, mierda». Eso es lo que se le está pasando por la mente. Una y otra vez. Eso y un sinfín más de palabrotas.

Y cuando la desfachatez de Teresa creo que está por esfumarse, sustituida por la sensación de que realmente está siendo más que una molestia, una voz que llega desde detrás de Laura pone las cosas en su sitio.

—Hola, Teresa. Laura, déjala entrar, anda. Es la mejor amiga de Clara y, por lo visto, también le importas tú. Debería saberlo.

Más de media hora después, la que está del color de la cera es mi querida amiga del alma. Entre las dos la han puesto al corriente de lo que pretenden hacer y de los extraños sucesos ocurridos en casa desde mi muerte. O, al menos, de lo que Laura considera que puede saberse.

Mi hermana le acerca un té que Teresa se toma a sorbitos, recuperando un poco el color en cuanto comienza a abrir la mente, pues no ha escatimado en adjetivos como «locas» o «chaladas», pasando por el algo más suave «demasiada imaginación», durante todo el relato.

—Y, claro, ni que decir tiene que esto se queda aquí, ¿eh, Teresa? Si Rubio llega a saber que te lo conté, o peor, que quiero hablar con Clara... No sé cómo se lo tomaría —la advierte mi

hermana.

—Claro, claro. A ver, Laura, todos sabemos que me gusta más un chisme que a una peluquera las tijeras, pero nunca te traicionaría y... Y menos con algo así. Me tomarían por loca, coño.

—Y de nuevo la dichosa palabrita —se queja Laura—. ¿Prefieres irte? Lo comprendería, que no te...

—Por nada del mundo —la interrumpe Teresa—. Más que nada porque quiero estar presente cuando veáis que estáis equivocadas. La gente que se... Vamos, que Clara se ha ido, para siempre, es imposible que ande por aquí como Pedro por su casa. —Se encoge de hombros y mira a María—. Pero cuando eso quede claro, no me importaría nada que me echaras las cartas.

—Ah, ¿en eso sí crees? —se burla mi hermana—. Tendrás cara...

—Bueno... La última vez algo acertó. —Teresa se aparta el pelo y se cruza de brazos—. ¿Qué? ¿Comenzamos para acabar de una vez? Esto todo me pone los pelos de punta, joder.

Laura resopla y María sonríe con dulzura, pero ambas adoptan un semblante más serio cuando recogen sus tazas ya vacías y vuelven a ocupar su lugar a la mesa.

—Venga... —María mira mi imagen en la foto y comienza a recitar unas frases de memoria. Es como una pequeña oración o poesía con la que invocarme, supongo. No, espera, más bien creo que es para rechazar malos espíritus. Buf, no sé, no lo tengo claro. La repite tres veces y entonces pone sus manos sobre una pieza que hay sobre la tabla, algo parecido a una flecha con un cristal en medio.

—Clara... ¿Estás aquí, con nosotras? Clara...

—Sí —respondo, sintiéndome absurda, porque no he notado nada extraño o diferente en mí. Nada que me haga pensar que me van a escuchar esta vez.

—Clara... ¿Estás aquí? —repite varias veces, como un mantra, con voz pausada, firme e incluso cariñosa.

—Sí, sí, sí. Dios mío, sí —reitero yo una y otra vez. Sin efecto. Si ni siquiera me oigo a mí misma..., ¿cómo van a hacerlo ellas?

—Clara...

—Esto es absurdo —protesta Teresa, aunque por respeto a la mínima posibilidad de que yo sí esté, me imagino, habla muy bajito—. Clara no está aquí. Estará en el cielo, donde le corresponde, ¿no?

—Shh... Por favor —sisea Laura, con los ojos fijos en esa flecha ancha que no se mueve.

Y entonces lo entiendo. Claro, qué tonta. Tengo que moverla. Yo, el espíritu al que llaman...

Me acerco muy despacio y pongo una mano sobre las de María, pero solo consigo traspasarlas. Entonces toco directamente ese pequeño trozo de madera, por la punta, el único sitio que sus dedos dejan libre, cierro los ojos y empujo utilizando más mi mente que mi cuerpo. Y empujo...

—Clara, cariño, ¿hay algo que quieras decirme? —Esa es Laura, seguro que cansada de no obtener resultados.

Y yo abro los ojos y veo como mis dedos no han logrado mover ni un ápice ese chisme, colándose entre él, atravesándolo. No sé qué esperaba, la verdad. Únicamente puedo tocar aquello que ha sido solo mío, y eso ni siquiera en todas las ocasiones.

Me separo muy despacio de la mesa, mis escasas esperanzas muriéndose en mi pecho. Qué ilusa... ¿Cómo he podido creer que esto iba a funcionar? Esto no es *Ghost*, ni yo soy Sam. Y, desde luego, ninguna de estas tres mujeres es Oda Mae.

Esto es la vida real, leches, aunque yo no soy más que una pobre e inútil fantasma.

—Clara, ¿estás ahí?

—Clara, ¿nos oyes?

Sí, estoy. Sí, os oigo. Sí, os veo. Pero no puedo hacer nada para que lo sepáis. Nada.

—Clara...

—Bueno, ya está, ¿no? Dejadlo...

—No, Teresa, un poco más —insiste María—. Clara...

—Clara... —Mi hermana se une a su amiga, casi con desesperación—. Por favor, Clara...

—Chicas, por Dios, esto ya es enfermizo. No va a contestar, porque no está aquí. —Teresa se levanta de la silla como una exhalación—. Dejadlo ya. Recoged todo esto.

—No, todavía no —le pide Laura con los ojos muy abiertos, enormes y demasiado brillantes—. No voy a rendirme...

—Laura, tienes que hacerlo, cariño. Ella se ha muerto, no está... Ella...

Me paseo alrededor de ellas, escuchándolas, frustrada. Tiene que haber un modo... Tiene que haberlo...

—¿Entonces cómo explicas todo lo sucedido, Teresa? ¡¿Cómo?! Y no me digas que todos nos imaginamos cosas, Rubio, Llara, yo... No...

—No lo sé, joder. No lo sé, pero...

Están discutiendo casi a gritos, las dos de pie, la una empeñada en demostrar que sigo presente en sus vidas y la otra tratando de hacerle entender que eso es una locura. Y desconecto. No quiero verlas así. No soporto que discutan, y menos por mí. Mis ojos miran a mi alrededor, sin saber qué buscan, una sensación demasiado parecida a la exasperación recorre mi columna para asentarse en mi pecho y...

—¡Que lo dejéis! ¡Ya! Esto no puede ser ni bueno para ella. Esto...

Y de repente, mis retinas se quedan clavadas en la licuadora en una esquina. Esa licuadora en la que me emperre y que utilicé solo un par de veces. Esa que nadie ha tocado ni antes ni después de mi muerte.

—¡Dejadlo, por favor! —Teresa casi gime esa frase, con los ojos llenos de lágrimas.

—¡No, no lo hagáis! —grito con toda mi alma, a punto de ahogarme—. ¡Estoy aquí, aquí! —Y mi mano sale volando, sin ser apenas consciente, tirando con todas mis fuerzas el pequeño electrodoméstico sobre la encimera, haciéndolo rodar con mi impulso hasta que acaba cayendo dentro del fregadero.

Después del golpe estridente del cristal contra el acero, silencio. Tres pares de ojos clavados en la pila, dos pares de manos tapándose la boca y una pequeña sonrisa en una de ellas, dulce y satisfecha.

—Clara —María pronuncia mi nombre, pero ya no invocándome, sino como si me tuviese enfrente—. Dios mío, Clara.

—¡Oh, Virgencita del Pilar! ¡Oh, joder! —Teresa salta sobre las puntas de sus pies, ahora con sus manos en la barbilla y gruesas lágrimas mojando sus mejillas.

Laura parece no ser capaz de pronunciar palabra. Se deja caer sobre el asiento y se masajea las sienes, mirando hacia el lugar donde antes estaba la licuadora.

María también ocupa su silla de nuevo, aparta un poco la tabla y se recuesta en el respaldo.

—Clara, ¿estás bien? —pregunta.

—Oh, Dios... —Teresa la mira con los ojos como platos, pero, muy despacio, también toma asiento, paseando después su mirada de una a otra con la conmoción pintada en su rostro.

—¿Estás bien? —vuelve a preguntarme María, mirando en mi dirección. O, más bien, en un punto un poco más a la izquierda de donde estoy. Mis pies se mueven hasta mi nueva fuente de comunicación e intento tocar la licuadora mientras murmuro un «sí», pero no consigo hacerlo. Por

alguna razón, ahora no soy capaz de moverla. ¿Qué ha cambiado?

—Y ahora, ¿por qué no mueve nada? —cuestiona Teresa—. ¿Por qué?

—No sé —le contesta María, justo antes de volver a dirigirse a mí—. Clara, cariño, ¿estás bien?

Nada, que no puedo. Durante lo que me parecen horas, y no son más que minutos, vuelvo a intentarlo. Incluso lo intento moviendo las cortinas, confeccionadas por mis propias manos, pero no hay manera. Si ya decía yo que este don se había esfumado. Entonces... ¿por qué he podido moverla antes? Y mientras, María, con paciencia infinita, sigue intentando obtener una respuesta.

—Olvídalo —le dice Teresa al cabo de un rato—. Eso... eso que ha pasado tiene que tener alguna explicación. —Señala hacia el fregadero—. Seguro. No ha sido Clara, no ha podido...

—¡Oh, cállate ya! —le espeta mi hermana, sulfurada—. No sé para qué demonios te has quedado, no haces más que ponerlo todo en duda, joder.

—Entonces, ¿por qué no lo hace ahora? María lleva llamándola mucho tiempo. ¿Por qué no nos demuestra que está aquí?

—¡Y yo qué sé, coño! ¿Te parece que he tratado antes con...? —se interrumpe ella misma, respira hondo y rechina los dientes. Entonces se levanta agitada, gira sobre sí misma un par de veces y abre mucho los brazos—. ¿Me odias, Clara? ¿Es eso? ¿Pretendes volverme loca? ¡Dime algo, joder!

—Laura, por favor... —susurra María.

¿Odiarte, cariño? ¿Por qué habría de hacerlo? ¡Yo te quiero! ¡Te quiero muchísimo! Y de nuevo ese sentimiento angustioso se apodera de mí. Un pequeño escalofrío que sube por mi espalda y se convierte en un gran nudo a la altura del esternón.

—¡Háblame! ¡Golpéame! ¡Pero haz algo, venga! —Laura está desquiciada. Chilla como una posesa y tiene los ojos muy rojos.

¿Que te golpee? ¿Qué narices estás diciendo, Laura? Y la sensación en mi pecho empeora.

Teresa la sujeta por los brazos.

—Para, Laura, para. ¿Qué te pasa? ¿Por qué...?

Mi hermana se aparta de ella sin importarle empujarla para conseguirlo.

—¡Clara! —Sus ojos me buscan por toda la estancia—. ¡¿Qué quieres de mí?! ¡Fuiste perfecta en vida! ¿Qué quieres ahora? ¡¿Convertirte en una mártir?! ¿Es eso? ¿Es eso lo que quieres, maldita sea?

—Pero ¿qué dices? —se cabrea Teresa.

—Laura, no —intenta aplacarla María.

Pero yo apenas hago caso de sus reacciones. Ahora la presión es tan enorme que siento como me comprime. ¿Perfecta? ¿Mártir? ¿Cómo puedes pensar eso de mí? ¡Yo solo quiero ayudarte! Echo a correr. ¡Estoy aquí para eso! Mis manos se mueven sin parar. ¡Pero no puedo hacerlo! ¡No sé cómo! ¡No lo sé, no lo sé! Y ¡no! ¡No soy una mártir! ¡No! ¡No era perfecta! ¡No, no, no!

—Oh... No... ¿Qué...? —Escucho el murmullo incrédulo de Teresa, pero sigo a lo mío.

—¡Eso es, cabréate si es lo que necesitas! Así ya somos dos —me anima Laura, casi entre dientes.

Y entonces me doy cuenta de lo que estoy haciendo.

¡Oh, Dios mío! Estoy moviendo cosas. Los cojines están en el suelo, el marco que sujeta una foto en la que estamos Chema y yo ha acabado sobre el sofá, las cortinas del salón se mueven contra la ventana y, ahora mismo, acabo de lanzar por los aires varias novelas mías que decoraban la estantería.

—¡Dios! ¡Dios! ¡No! ¡Yo me largo! ¡No puedo con esto! —grita Teresa.

Y entonces me quedo quieta, paralizada, sin fuerzas, sintiendo como mi cuerpo recupera esa paz que perdí durante unos momentos.

—Tranquila, Teresa —le dice María, acercándose a ella—. Ya pasó. Mira. Clara nunca...

—¿Tranquila? ¡Y una mierda pienso tranquilizarme, joder!

—Teresa... —El tono de mi hermana es admonitorio, pero ni la mira, sus ojos se clavan en cada uno de los objetos que yo he logrado desplazar.

—Teresa, Teresa... —repite ella misma—. ¿Teresa, qué? ¿Cómo podéis pedirme calma cuando acabo de presenciar un puto *poltergeist* en vivo y en directo, joder? Es más, ¿cómo es que vosotras estáis así, tan tranquilas? Esto es... Esto es...

—Esto es cosa de Clara —responde María con extrema cautela—. Y ella nunca nos haría daño, así que respira hondo y...

—¡No puedo! ¡No puedo comportarme como si esto fuera normal! ¡Porque no lo es! —continúa Teresa, a un paso del histerismo—. ¡Que parezco una gallina, joder! ¡Tengo toda la piel erizada!

—Lo sabemos. —Laura se acerca a ella frotándose sus brazos—. Créeme, yo estoy igual. Pero María tiene razón, Clara solo está llamando nuestra atención, ella no pretendía asustarnos ni...

—Pues tú eso te lo merecías, ¿eh? —le responde mi amiga—. ¿Cómo has podido hablarle así? Es tu hermana, por Dios. Te adoraba. Para ella eras...

—Lo siento, ¿vale? Se me fue la pinza —se defiende Laura, frotándose la frente—. Es que... Es que... ¡Joder! ¡Tú no lo entiendes!

Teresa no lo hace, no. No llega a comprender del todo a qué se refiere mi hermana, pero sus palabras no dejan de ser acertadas.

—Bueno, puedo entender que, si esto pasa a menudo, o algo parecido, estés de los nervios. Eso sí —dice abrazándola. Y cuando mi hermana esconde la cabeza en su cuello, Teresa gira la cara hacia María—. ¿Y tú, que eres la entendida, qué crees que nos ha querido decir?

María se sienta en la silla y observa detenidamente mi foto, pensativa. Cuando aparta la mirada, solo menea la cabeza con disgusto y se encamina a la nevera, de dónde saca dos cervezas.

—Toma. —Le entrega una a Laura—. ¿Quieres una, Teresa?

—No, gracias.

—¿Otra cosa? —le pregunta mi hermana.

—No. Yo... Yo mejor me voy. Y vosotras no sigáis con esto, por favor. Me da muy mal rollo.

—No. Por hoy ha sido suficiente. —Está de acuerdo María.

—Sí, y no solo por hoy. Yo he tenido para lo que me resta de vida —apunta Teresa—. Y no te preocupes, cariño —aparta un rizo de la cara de Laura—, soy una tumba. Además, ¿a quién quieres que se lo cuente? Seguro que creen que me he fumado algo.

Ellas sonríen, que era justo lo que mi amiga seguramente pretendía. La acompañan a la puerta con las cervezas en la mano y, ya de vuelta, María guarda la inservible ouija en su bolsa.

Luego toma de nuevo asiento y se encara con Laura, que juguetea con su botella encima de la mesa.

—¿Qué más ha pasado? Soy toda oídos, Laura.

—¿Qué? —Mi hermana la mira pasmada—. ¿A qué te refieres?

—¿Qué es lo que no me has contado? Algo ha tenido que suceder para que te hayas puesto de esa manera. Un poco de colonia y las conversaciones que una niña pequeña dice mantener con su madre no son la causa de tu comportamiento anterior. ¿Por qué has gritado esas cosas? Parecía algo más personal, ¿no crees?

Laura, con la cara más desenchajada a cada palabra pronunciada por su amiga, acaba por

esconderla entre sus manos, sin pronunciar palabra.

—Laura, por favor... Soy yo, María. Puedes decirme cualquier cosa, voy a creerte y lo sabes. ¿Qué...?

Mi hermana se levanta y, prácticamente corriendo, sale de la cocina hacia su cuarto. Cuando vuelve, deposita con delicadeza los anillos sobre el mantel. Y, con la mirada baja y un tanto avergonzada, le relata lo sucedido.

María la escucha en silencio, repartiendo su mirada entre las alianzas y su rostro, sin interrumpirla ni una sola vez.

—¿Y por qué crees que Clara las dejó en tu dormitorio? —le pregunta en cuanto acaba, observándola con mucha atención.

Laura hace dibujos con las uñas sobre la mesa, parece incapaz de mirarla a los ojos.

—No sé. Es como... como si buscase enfrentarnos a Chema y a mí. A lo mejor no me quiere aquí.

¡¿Qué?! Es todo lo contrario, por el amor de Dios. Y de nuevo comienzo a notarme rara. A sentir eso extraño que no acierto a definir.

—¿Qué? Eso es absurdo —razona María con convicción. Menos mal, alguien con dos dedos de frente.

—Entonces... —Sin levantar de todo la cabeza, Laura eleva la vista y por fin la mira—. ¿Cuál es tu teoría?

María entrecierra los ojos, coge el tarot, lo baraja y antes de disponer tres cartas sobre la mesa, le aprieta una mano. Se queda durante mucho rato mirándolas, mordiéndose la carne de la mejilla. Tanto que consigue poner muy nerviosa a Laura.

—¿Qué? ¿Qué ves?

Ella la ignora, se hace con la baraja española y, tras entremezclar las cartas con precisión, repite la operación, pero esta vez colocando doce cartas en perfecto orden. Cuatro columnas de tres cartas cada una.

—María, por favor... —le suplica—. Dime algo.

—Primero tú. ¿Crees que tu hermana te odia? —le suelta, tan de sopetón que las dos damos un respingo.

—Dios... —gime mi hermana con la espalda apoyada contra el respaldo de la silla—. Esto es muy difícil...

—Por favor, contesta.

—Sí, creo que me odia. Al menos lo creo la mayor parte del tiempo. —Cierra los ojos, vencida, como si admitir eso le doliera una barbaridad.

No más que a mí. ¿Cómo se le ocurre? Me llevo una mano al pecho, intentando calmar la presión.

—¿Y también piensas que quiere que te vayas de su casa?

—María, por favor... —Laura se tapa los ojos con los cantos de las manos, abarcando toda su frente con ellas. Tarda una eternidad en volver a hablar y, cuando lo hace, casi lo grita—. ¡Sí, es lo que pienso! ¡Porque no me merezco otra cosa, joder! ¡Solo su desprecio!

¡Maldita sea! ¿Cómo puede estar tan equivocada?

¡Yo no te odio, tonta! ¡Ni quiero que te vayas! ¡No es eso! ¡No!

Y solo soy consciente de que he alargado la mano hasta las alianzas y las he empujado al suelo cuando oigo su tintineo sobre las plaquetas de la cocina.

Laura

—Porque estás enamorada de Rubio.

Oigo la frase en la voz de María. Escucho sus palabras. Incluso saco las manos de los ojos para observar su serio rostro, observándome sin una pizca de desdén, burla o incredulidad. Pero todavía no me lo puedo creer. Tengo que estar equivocada. No ha podido adivinarlo. Seguro que mi imaginación me ha jugado una mala pasada y...

—¿Cuándo pasó?

Noto la sangre agrupándose en mis oídos, incluso puedo sentir en ellos el latido de mi corazón. Aprieto tan fuerte los puños que clavo las uñas en las palmas e intento controlar mi respiración, totalmente desbocada. Inspiro y expiro con ganas, intentando encontrarme la voz entre tanta emoción fuera de control.

—¿Qué? —logro susurrar.

María me sonríe con dulzura y entonces se levanta y comienza a buscar algo por el suelo. La miro desconcertada, con la sensación de tener la cabeza dentro de un avispero, hasta que un brillo dorado junto a la pata de la mesa y el recuerdo de un sonido característico me hacen abrir los ojos como platos. Mis ojos regresan a la mesa, al lugar exacto donde he dejado los anillos hace un rato. Y no están allí.

—¿Qué? —repito con un nudo en la garganta—. ¿Quién...?

—Parece ser que a tu hermana no le ha gustado lo que has dicho —me dice María con una sonrisa, volviendo a sentarse y enseñándome lo que buscaba, ahora en su mano—. Las ha tirado al suelo.

—Ay, Dios... —gimo. Realmente me odia, no puede perdonarme lo que siento por su marido. Es normal. Yo, en su lugar, quizá...

—No te rayes, Laura, eso no va contigo. —La frase de María, que ahora incluso parece molesta, consigue lo que quiere. Que toda mi atención sea para ella.

—¿Qué? ¿Por qué...?

Pone los antebrazos sobre la mesa y une sus manos, inclinando un poco su torso hacia mí.

—Vamos a ver... Eres la persona más pasota, práctica y despreocupada que conozco. Y, ahora, de repente, estás comiéndote la cabeza de una manera brutal, pensando cosas que no son, creyéndote una mala persona, ¿por qué? ¿Porque te enamoraste de Rubio? ¿Y qué, si es así? ¿A quién narices le haces daño con ello? A Clara no. Es imposible. Ella no va a volver para reclamar a su marido —me suelta con una dureza desacostumbrada en ella.

Abro la boca y vuelvo a cerrarla. Y así hasta tres veces. Parezco un pez en busca de oxígeno, joder.

—Yo no... Yo no estoy...

María levanta una mano y me frena con la palma abierta.

—No me insultes, ni a mí ni a nuestra amistad, por favor. Y no tenemos demasiado tiempo para charlar, así que comienza a hablar, ¿desde cuándo lo estás?

Dejo caer los párpados y suspiro. Y, aunque el zumbido ha disminuido, ahora mi estómago se ha subido a mi pecho, dejándome un vacío enorme en el abdomen, como cuando te lanzas a gran velocidad, mientras mis pulmones parecen separarse, para dejarle sitio al errante órgano. Sé que esto que siento no es otra cosa que miedo. Miedo a, por primera vez, exponer ante alguien un secreto que pensé que moriría conmigo. Pero también soy consciente de que es inútil engañarla a estas alturas. Y además, no quiero mentirle. Nunca lo he hecho y no voy a empezar ahora. Aunque

sí le he omitido lo que sentía por Chema, y durante mucho tiempo.

—Desde primero de carrera —susurro—. Poco después de conocerte.

—Dios, Laura... —Más que sorpresa, el rostro de María revela una gran lástima hacia mí, lo que odio y agradezco a partes iguales. Una contradicción en toda regla, sí, pero con retorcida lógica. Aborrezco que me tenga lástima porque no va con mi carácter, creo que es la peor emoción que alguien puede despertar en otra persona, la más miserable. Pero, ahora mismo, parece ser lo único que necesito para no sentirme la mayor hija de puta del planeta, por haberme enamorado del novio de mi hermana, y seguir estándolo después, si cabe más, cuando se convirtió en su marido.

—Al principio creí que era un encaprichamiento sin importancia, que se me pasaría... Pero la cosa fue a peor y no podía pararla. —Una vez abierta la presa, no puedo parar de hablar. Se lo cuento todo, no me dejo nada. Después de confesar lo más horrible, este amor casi incestuoso, lo demás sale solo, fácil. Mis excusas para no verlo demasiado, apartándome así también de toda mi gente, la única manera que se me ocurrió para no exponerme demasiado y no caer nunca en la tentación—. Porque, Dios, antes preferiría morir que traicionar a Clara intentando algo con Chema, que, total, nunca iba a funcionar. Él estaba enamorado de ella, todavía lo está...

Y continuó, acelerada y nerviosa, resumiéndole nuestra convivencia desde la muerte de Clara, con beso incluido.

—Soy horrible, María, la peor hermana del mundo. No hago más que romper la promesa que me recuerdo a cada minuto.

—Promesa ridícula, si me permites que te lo diga.

—Bueno, sí, quizá, sobre todo porque parezco incapaz de cumplirla. Pero necesito aferrarme a algo. —Alzo la cabeza y la miro a los ojos, casi suplicante—. Te juro que, si no fuera por las niñas, huiría lejos de él. Aunque dejase el corazón atrás, aunque...

—Estás equivocada, Laura, y muy confusa...

—¿Me lo dices o me lo cuentas? —ironizo, frustrada—. ¿Crees que no lo sé? Una parte de mí quiere lanzarse a sus brazos y la otra...

—¡A la otra que le den! —exclama, levantándose rápidamente y sentándose a mi lado—. No me estás entendiendo, cada frase que te digo la coges por donde quieres, joder.

La miro boquiabierta, ¿qué quiere decir?

—Mira, cariño. Escúchame con atención, ¿de acuerdo? —me pide, y esta es de nuevo la María que conozco. Sincera, sí, pero dulce y serena.

Asiento sin quitarle los ojos de encima, no queriendo perderme ninguna de sus expresiones.

—Hace poco menos de dos años, aquel día en que vi que algo malo sucedía... —Se calla abruptamente y suspira.

—Sí, sé de qué día hablas —susurro. Un día que no olvidaremos ninguna de las dos.

—No solo vi eso. Tres veces te eché las cartas, y las tres veces salió lo mismo. Una tragedia, sí, y una puerta abierta. —Hace una pausa para que esas palabras entren en mi cerebro y sean absorbidas y entendidas por él, supongo. Pero solo entran. Y se quedan ahí, como si estuvieran dichas en un lenguaje extranjero.

—Yo... no entiendo.

—Una puerta abierta, Laura. Yo tampoco lo entendí, la verdad. En aquel momento no le di muchas vueltas, creí que se trataba de tu relación con Marcos. Tú parecías lanzada y... ¡Bah! Eso no es lo que importa. Lo que sí importa es que ahora mismo lo he visto de nuevo. Una puerta abierta... Y ese hombre, el mismo, en tu pasado, presente y futuro. ¿Lo comprendes ahora?

—A ver... Más o menos. ¿Tú piensas que... que ese hombre es Chema?

—Sí, estoy segura de ello. Y creo que esa puerta está esperando a que la cruces para ir a su

encuentro. Y, por lo que me has contado, él no parece muy disgustado con ello.

Hago una mueca y meneo la cabeza, apesadumbrada. Ella es la que está equivocada, sobre todo porque ahora solo está pensando en aquel beso... No tuvo ninguna importancia para él. De hecho, estuvo de acuerdo conmigo en que no podía volver a repetirse, ¿no?

—Lo que te voy a decir va a sonar fatal, Laura, pero es una verdad indiscutible. La muerte de Clara ha puesto en tus manos la posibilidad de ser feliz...

Me tapo las orejas con las manos, sin querer seguir escuchando.

—Eso no suena fatal, ¡es terrible! ¡No digas eso, joder, es...!

—Y creo que ella lo sabe —prosigue, en voz lo suficientemente alta como para que la escuche. Niego con la cabeza y aprieto mucho los ojos.

—Es la verdad. —Me sujeta las manos con fuerza y me las baja muy apretadas entre las suyas —. Es el destino, cariño. El destino. Ese que está escrito desde que nacemos.

Me quedo mirándola demasiado tiempo. La esperanza, la culpabilidad, el alivio, el miedo, todo entremezclándose dentro de mí como si de un cóctel se tratase. No sé dónde acaba lo uno y comienza lo otro, solo sé que sería tan sencillo creer en sus palabras a pies juntillas...

—¿Por qué dices que ella lo sabe? ¿Tú crees que también lo acepta? Yo siento que no, que si sigue aquí es para apartarme de él, porque...

—Pues mira tú por dónde, yo hoy he visto todo lo contrario —me interrumpe y compone esa sonrisa de autosuficiencia con la que siempre esgrime sus mejores argumentos—. No ha sido capaz de comunicarse con nosotras, no al menos como querríamos, pero a mí me ha parecido escuchar un «no» rotundo en cada una de sus manifestaciones. Cuando quisimos dejarlo, cuando la llamaste mártir y le preguntaste si pretendía volverte loca, cuando dijiste que te odiaba... En cada una de esas situaciones, ha gritado que «no», Laura.

Lo pienso durante un momento y puede tener razón. Pero también puede que no.

—Y yo creo que tú solo oyes lo que quieres, María. Podría haber sido un «sí».

—¿Y qué sentido tendría eso? ¿Sí a que la dejásemos en paz? Con no hacer acto de presencia, lo tenía ganado. ¿Sí a que es una mártir, a que te desprecia? —Sonríe con indulgencia y me aparta unos rizos que han caído sobre mi ojo derecho—. Cariño, lo que ocurre es que te odias tanto por sentir lo que sientes que te olvidas de algo muy importante. Clara te quería, mucho, muchísimo. Y sigue haciéndolo. Me niego a creer algo diferente. Y me parece mentira que lo puedas creer tú.

«Clara te quería y sigue haciéndolo».

Me repito esas palabras una y otra vez, queriendo hacer de ellas una verdad absoluta, deseando acabar por creérmelas. Pero quizá tenga razón María y yo soy mi propia enemiga, porque, en cuanto comienzo a aceptarlas, la culpabilidad me ciega, me aturde. He pecado durante tanto tiempo, deseando y amando al marido de mi hermana, que ahora no puedo aceptar que su muerte sea la solución para que ese amor tenga posibilidades de ser correspondido. Es retorcido y cruel. Como cuando en una película, después de hora y media de tensión, gana la arpía, la adúltera, la mala, joder.

Abro la mano cuando siento como se me clavan en la palma las alianzas, que conservo en un puño desde que se fue mi amiga. Esta es otra. ¿Qué se supone que tengo que hacer con ellas? Devolvérselas a su dueño, eso es lo lógico.

«Pero, entonces, ¿por qué Clara te las ha dado a ti, Laura?».

Ay, Dios, voy a acabar por volverme loca.

—¡Háblame, Clara! —grito, encerrada entre las cuatro paredes de mi dormitorio, donde me escondí tras despedir a María—. Necesito saber qué quieres. Lo haré, te lo juro, pero dímelo, por favor.

Me acerco a la cómoda y me miro en el espejo. Tengo el pelo alborotado, los ojos hinchados y enrojecidos, la boca curvada en una mueca retorcida... No es que vaya a volverme loca, es que ya lo estoy o, al menos, lo parezco, joder.

—Te prometo que haré lo que me pidas, pero háblame, Clara. Me iré, si eso es lo que quieres. Aunque eso me destroce, aunque tus hijas me necesiten. Son tuyas, tú sabrás lo que es mejor para ellas, y quizá no sea yo... Pero, por favor...

Me interrumpen unos golpes en la puerta, que me hacen girarme, de la impresión, ciento ochenta grados sin apenas levantar los pies del suelo.

—Laura. ¿Se puede? —Y antes de acabar la pregunta, Chema mete la cabeza dentro de mi habitación.

—¿Qué? —pregunto con un hilo de voz, el corazón haciendo tanto ruido dentro de mi pecho que apenas me oigo a mí misma.

Él abre la puerta del todo y da dos pasos al frente. Sonríe de medio lado y me observa con curiosidad.

—¿Estabas hablando sola, Laura?

—No, no... Por el móvil —respondo precipitadamente y nerviosa. Muy nerviosa. Pues los dichosos anillos siguen ahí, en mi mano, a menos de un metro de él.

—Ah, qué raro —dice divertido, mordiéndose un carrillo por dentro—. Porque te lo has dejado encima de la mesa de la cocina.

—Ay, joder... —gimo. Y me apreso el labio inferior con saña cuando, esta vez, sí oigo con claridad mi voz. Mierda, lo he dicho en voz alta, coño. Pero lo que ha hecho que ahora mi corazón lata hasta en mis mejillas, poniéndolas del mismo color, a él parece causarle mucha gracia, porque comienza a reírse con ganas. Y entonces me pongo a la defensiva—. ¿Y qué si hablaba sola? Sí, lo hacía. ¿Qué pasa? ¿Tú nunca lo has hecho o qué?

—Sí, infinidad de veces. Pero nunca tan alto —se cachondea—. Venga, no te enfades, y ven a cenar, antes de que se enfríen los bocatas que he comprado en el bar de Paco.

—No tengo mucha hambre, la verdad —me disculpo, buscando una excusa para no sentarme ahora mismo a su lado. Después de lo de esta tarde, necesito estar lejos de él al menos unas horas.

—Pero... Es una pena. Son de calamares, tus favoritos.

—Guárdame uno. Quizá lo recaliente más tarde. Ahora me apetece acostarme, me duele un poco la cabeza.

Él me mira con atención, con demasiada para mi gusto.

—Bueno, ahora que lo dices, no tienes buena cara. —Da dos pasos más y se acerca tanto que puedo notar su calor. ¡Por Dios, que hoy lo necesito lejos, ¿es que tú nunca oyes?!—

—Ya te lo he dicho, me duele un...

—¿Has estado llorando? —pregunta preocupado y, casi más, sorprendido.

—¿Yo? ¡No! ¿Por qué iba a llorar?

Él ladea la cabeza y asemeja estudiarme.

—No lo sé. Si te pasase algo grave o tuvieses algún problema, lo que fuera, me lo dirías, ¿verdad?

¡No!

—Sí, claro.

—¿Segura?

—Que sí. —Joder, menos mal que no soy un muñeco de madera.

—Es que... te veo incluso triste. Laura...

—Por Dios, Rubio, déjalo ya. Estoy bien. —Y para que me deje en paz de una maldita vez, le doy una vuelta a las tornas—. Quizá tú hoy estás más contento de lo habitual, ¿no?

—Bueno, sí. Ilusionado, más bien. —Saca del bolsillo un pequeño folleto y me lo pone delante—. Los chicos me han sorprendido con esto. El fin de semana que viene nos vamos a Colunga. Es el festival *Motorbeach*. Ya sabes, motos, surf y buena música. Iba a comentártelo mientras cenábamos, por las niñas y eso...

—Ah, por ellas no te preocupes, desde luego.

—Estando fuera todo el sábado y parte del domingo. Pero, bueno, espero llegar como mucho después de comer.

—Ah, ¿pasáis allí la noche?

—No, en realidad. En Cudillero, donde un primo de Pedro tiene un piso libre que podemos usar. Estos, que tienen ganas de fiesta, insistieron y... —Es él el que ahora se muerde el labio inferior y da un paso atrás, algo cohibido—. Y bueno, a mí tampoco me vendrá mal airearme un poco. Parece que hace siglos que...

Ni siquiera acaba la frase, pero como si lo hiciera. ¿Airsearse? Entrecierro los ojos, pero eso sí que me cuido de hacerlo solo mentalmente. ¿Fiesta, airarse? Eso viene siendo sinónimo de salir de marcha por ahí y echar un polvo, ¿no? Mierda, claro que sí y, si tenía dudas, la actitud un tanto avergonzada de Chema, con la cabeza baja y la vista clavada en el suelo, mientras mueve los pies de un lado a otro, acaba con ellas en un pispás. Y yo quiero morirme.... Lentamente a ser posible. Por idiota. Por estúpida. Por estar tan enamorada de él que hasta lo comprendo. Joder, ¿se puede estar peor?

Pero mi parte más ruin, esa a la que consumen los celos, esa que no se resigna a no tenerlo nunca, esa que lucha por romper la promesa hecha a Clara, esa que no consigo gobernar del todo... Esa actúa por su cuenta.

Le cojo la mano y deposito en ella las alianzas, todo en un movimiento tan rápido que no se caen al suelo de pura chiripa.

«Toma, cuélgatelas de nuevo al cuello e intenta ligar así, capullo».

—Ah... —El las mira y luego a mí, incrédulo, como si en el fondo no hubiese pensado en recuperarlas nunca—. Las has encontrado. ¿Dónde... dónde estaban?

—En el armario de la entrada —improvisó deprisa—. Entre todo el batiburrillo de cosas que hay por allí.

—Pero... si miré. Lo saqué todo y...

—Ya sabes cómo son estas cosas. —Me encojo de hombros con tanta sangre fría que hasta me asusto de mí misma—. Solo falta que no las busques para que aparezcan.

—Ya. —Chema cierra el puño sobre ellas y ahoga un suspiro—. Bien, genial. Y ahora acuéstate, anda, que al final no te dejo descansar. —Se encamina a la puerta y, antes de cerrarla, vuelve a colar la cabeza—. Y gracias, Laura. Por encontrarlas y... por todo.

—No se merecen, Rubio. —Y esa casi es la única verdad que le he dicho hoy.

CAPÍTULO 29

Chema

—¡Joder, creo que me he enamorado! No podía dejar de mirarla.

—Nos hemos fijado, Pedro. Era una BMW R1200GS. No, no tienes mal gusto.

—Pues yo me quedo con la Honda —comento, sin apartar los ojos del paisaje que veo a través de la ventanilla.

—¿Cuál? ¿La Honda VFR800F o...?

—Colás, coño, déjalo ya, pareces un puto comercial —protesta Julián, sentado a mi lado—. ¿La negra o la roja, Rubio?

—La roja —respondo con una sonrisa.

Colás, en el asiento del copiloto, echa la cabeza hacia atrás entre los dos asientos y me guiña un ojo.

—La *custom* VT1300C, conocida como la *Fury*. Una preciosidad. Y el tipo de moto que te pega —me informa, pero es a su hermano a quien mira, desafiándolo a que haga otro de sus comentarios mordaces. Este solo suelta un resoplido que no me deja oír bien las palabras de Pedro. Bueno, por eso y porque las dice riéndose entre dientes.

—La roja, ¡cómo no! —me parece entender.

—¿Qué? —pregunto a la vez que Colás también se ríe de la misma manera, casi disimulando.

—Nada, que la roja estaba guapísima —me aclara Pedro, echando un vistazo hacia atrás antes de volver a centrarse en la carretera.

Me quedo mirándolos a los dos un rato, porque me da a mí que aquí se ha contado un chiste que no acabo de pillar. Y que, para más inri, era a mi costa.

—Bueno, mucha moto y todas muy bonitas, pero no me diréis que lo mejor de la tarde no ha sido surfear, eh. Joder, lo echaba de menos —comenta Julián.

—Sí, yo también. Y eso que este invierno me he escapado en varias ocasiones. Pero sin vosotros, no es lo mismo, tíos.

—Anda, estás hecho un sentimental —se cachondea Julián de Pedro—. Pero quita a Colás de la ecuación, que él solo ha estado tirado en la arena. —Y luego se dirige directamente a él—. Se te darán muy bien las motos, tío, pero mientras hemos estado en el agua o hablando de tablas, te has debido de aburrir como una ostra, ¿no?

—¡Qué va! Había mucho más que ver.

Pedro suelta una carcajada.

—Tías, las de Dios, ¿eh? Lástima no habernos quedado allí esta noche. Pero, joder, lo importante es estar juntos. ¿Hace cuánto que no salimos así, solos?

—Una porrada de años —confirma Colás.

—¡Va a ser la hostia! Después de un día genial, ¡una buena ruta de marcha, mucho alcohol y un buen polvo! ¿Qué más se puede pedir? —exclama nuestro exaltado conductor, que incluso da palmadas sobre el volante como un crío pequeño.

—Bueno, pues para eso... ¿estar soltero? —ironiza Julián, rascándose la cabeza—. Por lo menos para la última parte, ¿no?

Y yo no digo nada, todavía no tengo demasiado claro cómo quiero terminar la noche.

—¡Ohhh, lo sentimos tanto! —Los dos de delante se ríen, pero es Colás el que le devuelve las burlas—. No te preocupes, serás el encargado de llevar las llaves del piso.

—Eso, que aquí el que ligue se tendrá que buscar la vida, ¿eh? No vamos a convertir el piso de mi primo en un picadero —nos avisa Pedro—. Así que nos vienes genial, Julián, serás nuestro sereno.

—Muy graciosos. —Julián hace una mueca y después continúa, colgándose en el asiento de delante—. Pero ¿y tú?

—¿Yo qué? —le pregunta Pedro, deshaciéndose de las manos que aprietan sus hombros.

—¿No se supone que tú tampoco puedes?

—¿Yo? —Se echa a reír—. Lo que pasa en Cudillero se queda en Cudillero, tío.

—Bueno, eso...

—Y hemos llegado —interrumpe Colás la protesta que seguro que iba a hacer Julián. La misma que yo tengo en la boca. ¿Pero este tío no está con Laura? Aunque, bueno, a lo mejor tienen unas de esas relaciones abiertas o algo así. Desde luego, si hay alguien que dé el perfil para una de esas, son estos dos. Nunca les he conocido pareja estable a ninguno y, la verdad, no sería nada raro con lo modernos que son.

Pedro encuentra aparcamiento increíblemente fácil en una de las calles principales y apaga el motor.

—¡Allá vamos! —grita, repartiendo la vista entre los tres—. Y me pido el primero la ducha.

Julián resopla mientras sale del coche, lo que todos imitamos.

—Y falta te hará. Así, mientras los demás nos duchamos, tendrás tiempo a maquillarte y vestirte, Casanova —lo vacila, sacando las cuatro mochilas del maletero y repartiéndolas. Pedro también se hace con una nevera pequeña, mientras se parte de la risa ante lo que Julián ha intentado pasar por un insulto.

Corriendo por la acera marcha atrás, todavía con una sonrisa pícaro en la cara, se saca unas llaves del bolsillo y se mete en un portal cercano.

—¿Sabes qué? Creo que tienes envidia. Sí, eso es lo que te pasa —lo pincha, ya abriendo y caminando hacia el ascensor.

Cuando entramos en él, Julián se cruza de brazos y arquea las cejas en su dirección.

—¡Ni de coña, tío! Eso que vais buscando esta noche, yo lo tengo todas en mi cama. Os jodéis. —Y en cuanto esas palabras salen de su boca, cierra los ojos y se apoya contra la pared—. Joder, perdonad —dice al abrirlos, mirándonos a su hermano y a mí alternativamente.

Colás menea la cabeza quitándole importancia al asunto y yo fuerzo una sonrisa para no hacerlo sentir mal. Es totalmente contradictorio, pero, cuanto más tiempo pasa de lo sucedido, más habituales son las meteduras de pata de este tipo, y no solo por parte de Julián. Debería ser al revés, ¿no? Ya tendrían que estar acostumbrados a no decir según qué cosas, pero es exactamente a la inversa. Al principio, todo Dios parecía sopesar cada una de sus frases con una cautela que, a veces, incluso era molesta. Y ahora... Ahora casi me tratan como si mi matrimonio nunca hubiese existido. Me tratan como antes de Clara, supongo que olvidándola un poco cada día.

Y yo no me puedo cabrear por eso, porque, aunque me sienta raro al oír esos comentarios, ya no duelen como antes, y, por otra parte, sería un puto hipócrita. Sobre todo cuando, a lo largo de estas últimas semanas, y en más ocasiones de las que me gustaría, me he planteado en serio lo de intentar acostarme con alguien esta noche.

—Bueno, chicos, me voy a la ducha. Poneos cómodos y, si queréis, hay cervezas en esa nevera —dice Pedro, señalando la que ha subido.

—¿Pero en este pisazo solo hay un baño? —pregunta Julián, mirando a su alrededor.

—No, pero el del dormitorio está en plena reforma, así que...

Así que nos servimos una cerveza cada uno y nos tiramos en el sofá a esperar. Demasiado pronto para la fama de presumido que el propio Pedro ensancha, sale envuelto en una toalla y le cede el sitio al siguiente, antes de meterse en uno de los dormitorios.

Cuando me llega el turno, el último, saco unos calzoncillos limpios de la mochila, que en esos momentos ya tengo sobre una de las camas, y voy hacia el baño. En menos de un minuto estoy dentro de la ducha, y me alegro de que sea de esas grandes, con una gran alcachofa con la presión de agua suficiente para disfrutar de ella. En realidad, el piso entero es una pasada, muy moderno, con su salón y cocina americana nada más entrar, amplio, luminoso y con materiales de primera. Supongo que es deformación profesional, pero no he podido dejar de fijarme en ese tipo de detalles. También de que la decoración es de buen gusto, juraría que fruto del trabajo de algún decorador. A Laura le encantaría, pero seguro que aún encontraba algo a lo que darle la vuelta.

Mierda, ¿y por qué estoy ahora pensando en ella? Últimamente se cuela en mi cabeza más de la cuenta, joder.

«Le estás dando demasiada importancia, Chema, eso es. El piso está precioso, ella es decoradora... Normal, ¿no?»

Sí, es normal. Supongo. Quizá más normal y apropiado que deseársela de la manera que lo hago.

«Vamos, centrémonos y tengamos la noche en paz. Hoy no está aquí, deja de pensar en lo que te está volviendo loco y disfruta de tus amigos».

Sí, eso es lo que tengo que hacer. Disfrutar de la noche, de mis amigos...

«Y de lo que surja».

Bueno, eso ya no lo tengo tan claro. Por un lado, reconozco que me apetece muchísimo follar, joder. ¿Cómo no me va a apetecer? Creo que este ha sido el tiempo más largo de celibato desde que conocí el sexo y yo, para monje, como que no. Pero por otro, todavía hay algo ahí que escuece, que...

—¡Qué! ¡Y después yo llevo la fama, eh! —grita Pedro abriendo la mampara y, sin molestarse en cerrarla, abre el armario sobre la piletta, coge un par de colonias, las huele y, cuando se decide por una, se la echa en cantidades casi industriales.

—Jesús... —susurro mirándolo con algo de asombro—. ¿Es por si te pierdes?

—¿Cómo dices?

—Digo, como vas dejando rastro...

—Ja, ja, ja. —Y continúa observándose en el espejo. Se echa el pelo hacia atrás varias veces y luego sale del baño sin más, dejando la puerta abierta.

Joder, puta manía. Vuelvo a abrir el grifo que tenía cerrado mientras me enjabonaba y me aclaro rápidamente. Me echo una toalla por encima y me acerco a la puerta para cerrarla y secarme en condiciones con un poco de intimidad. Pero entonces oigo una frase que me deja clavado con la mano en el pomo.

—Que no, pesado, que entre Laura y yo no hay nada —está diciendo Pedro—. Solo somos amigos.

—Muy buenos amigos, por lo visto —insiste Julián.

—Pero mira que es cargante el tío, joder... —se exaspera el policía—. A ver, ¿qué es lo que quieres saber? ¿Si follamos? No, no lo hacemos. Y sí, somos muy buenos amigos, de los mejores. ¿Te ha quedado claro?

—Sí, pero...

—Pero nada, deja ya de darme la murga con que no debería salir en plan ligar y todo eso, que eres peor que una suegra. No va a haber cuernos, porque no hay nada entre nosotros, ¿estamos? Y

esta noche, si puedo, quiero echar un polvo, joder, que llevo meses a palo seco por culpa de una tía que no sé ni si vale la pena. ¡Lleno hasta los cojones me tiene!

—Y hablas con propiedad —suelta Colás, arrancando varias carcajadas.

Yo también sonrío, pero más por empatía ante las risas que por la gracia en sí, pues mi cabeza está valorando la información que acaba de recibir. Pedro y Laura no tienen una relación. Ni abierta ni cerrada. Solo son amigos. Vaya...

La sorpresa de saberlo pronto queda sofocada por un alivio que no me esperaba... Y que me cabrea. ¿Y a mí que más me da? Porque debería darme exactamente igual, ¿no?

—Bueno, en mi defensa diré que no soy el único que lo piensa. Y tú tampoco lo has negado hasta ahora, capullo —sigue Julián, parando en seco que yo acabe de cerrar la puñetera puerta. Nada, lo mejor será ya secarme aquí mismo, porque esto no me lo pierdo.

—Y si lo ha hecho es para que lo dejaras en paz —apunta Colás—. Que cuando te pones pesadito...

—Espera, espera... ¿Tú ya lo sabías? ¿Que no estaban liados? —Supongo que Colás le contesta por señas, porque no lo oigo hablar, pero sí el resoplido de Julián. —Anda, ¿y desde cuándo sois vosotros tan coleguitas? Y otra cosa, ¿qué es eso de que solo lo ha hecho para que lo dejase tranquilo? Oye, Pedro, ¿qué interés tienes tú para que creamos que...?

Pedro se echa a reír.

—Joder, Julián, si al final todo se pega. Hablas tanto como tu mujer. Y no tengo tiempo a contestar a todas esas preguntas, así que cállate de una vez. Que aquí el poli soy yo, coño.

—Pero mira que te lo tienes creído —resopla el que yo no tenía por tan cotilla, la verdad.

Y entonces caigo en que yo todavía soy peor, aquí, escuchando a hurtadillas una conversación. Que no digo que sea muy privada, pero, desde luego, eso no hace que me sienta más cómodo conmigo mismo.

Así que me encamino deprisa al dormitorio y me pongo los vaqueros y la camisa que he traído. Con los calcetines y las zapatillas en la mano, salgo para reunirme con ellos y participar, esta vez como una persona normal, en la charla que están manteniendo y que, a juzgar por las risas, debe de ser bastante entretenida.

—¡Pues sí que eres optimista, tío! —exclama, llevándose las manos a la cabeza, un Julián al que todavía solo veo de espaldas.

—¿Qué? ¿Qué pasa? —pregunto.

Pero no hace falta que nadie me conteste cuando, al acercarme más, veo a Pedro con una caja grande de preservativos en la mano. Jesús, pero este tío todo lo usa en cantidades exageradas o qué.

—Bueno, es mejor que sobren a que falten. Y además, así salen más baratos —explica él con una sonrisa socarrona. Saca unos cuantos y se los mete en la cartera. Sí, sí que es positivo el tío—. Todos tenéis, ¿no? A ti no te pregunto, Julián, no te hacen falta.

Este pone los ojos en blanco mientras Colás se limita a asentir con una sonrisa.

—¿Y tú, Rubio? ¿Estás servido?

—Yo... —Voy a por una cerveza a la nevera y la abro con el llavero que me pasa Julián. Le doy unos tragos antes de sentarme en el sofá para calzarme. Y espero de veras que se olviden de que no he contestado a la preguntita de las narices, pero va a ser que no, porque, cuando acabo de atarme la última zapatilla, me encuentro con seis ojos prestándome demasiada atención.

—¿Tú qué? ¿Ya tienes? Asegúrate de que no estén caducados, Rubio, sería una cagada. ¿O es que no tienes pensado usarlos? ¿Es eso? —me avasalla Pedro sin perder la puta sonrisa burlona. Que, de verdad, me dan ganas de darle un guantazo para borrarla de una vez de la cara. ¿Es que

no puede tomarse nada en serio el tío este?

—Yo no sé ni lo que quiero, joder —suelto, frustrado y enfadado.

Julián se sienta a mi lado y me da una palmada fuerte en el muslo, sinónimo claro de ánimo o consuelo. Pero, Jesús, mira que es bruto, creo que ha dejado la huella de su mano grabada en mi pierna.

—Oye, haz lo que te apetezca, nadie te va a juzgar —dice solo para mí, aunque quizá un poco demasiado alto.

—Desde luego que nadie lo va a hacer —asegura Pedro, sentándose enfrente, directamente sobre la mesa. Y, asombrado, veo que ya no bromea—. Pero yo creo que hasta te vendría bien.

Cierro los ojos y ahogo un resoplido. Demasiado alto, lo que yo decía.

—Ni a presionar —continúa Julián, pero ahora mirando al frente.

—Claro, ni a...

Me levanto interrumpiendo a Pedro.

—Ya vale. Os lo agradezco, de verdad, pero ya soy mayorcito y no necesito niñeras, gracias.

Los dos alzan las manos en señal de paz y un silencio algo incómodo cae sobre los cuatro. Y entonces me siento culpable, porque se supone que hemos venido a divertirnos y, cada vez más a menudo, no logro controlar mi genio. Al final van a tener razón, parezco un «mal follado» o, en este caso, un «sin follar», más bien.

El sonido de la entrada de un wasap me recuerda que no he llamado a casa desde el mediodía, así que llevo la mano al bolsillo para sacar el móvil y hacer algo más que mirar sin ver un cuadro colgado en la pared.

—Es Teresa —comenta justo en ese momento Julián, con la vista clavada en la pantalla del suyo—. Que nos lo pasemos bien, yo no demasiado... —Se ríe entre dientes y sigue leyendo—. Y que ella tiene montada su propia fiesta particular. De pijamas y con tres niñas. —Eso lo dice mirándome a mí, lo que me da una pista muy clara. Me señalo el pecho en el gesto universal de «¿las mías?» y él asiente con la cabeza antes de volver a prestar atención al móvil—. También cuenta que se van a hartar de chuches y de películas Disney.

Pongo los ojos en blanco y sonrío ante el planazo.

—O sea que seguramente Laura esté sola en casa, pues Nela trabaja mañana y Paco y Tania tienen guardia esta noche —expone Pedro en voz alta, con los ojos pendientes de sus uñas.

Es un comentario tan extraño, así, sin venir a cuento, que pierdo la sonrisa y miro hacia Julián y Colás, por si alguno de ellos lo encuentra tan raro como yo. Pero no. Julián escribe algo en el teléfono y Colás está bebiendo tan tranquilo. Entonces relajo la cara, pues acabo de darme cuenta de que tengo el ceño fruncido, y también me llevo la cerveza a la boca. Bueno, es su amiga, es lógico que pensara en ella al hablar de las niñas. Sí, lo cierto es que tampoco ha dicho nada del otro mundo, pero...

Me sacudo los pensamientos y ahogo un suspiro. Que va a ser verdad que estoy demasiado susceptible con todo lo que la implique a ella, joder. Soy idiota.

—Bueno, ¿qué? ¿Nos vamos? Si queremos picar algo y tal, buena falta nos hace el tiempo —opino cuando, al cabo de un rato, Julián por fin guarda el móvil.

—No, todavía no podemos irnos —declara Pedro, mirando el reloj—. Falta tu sorpresa.

—¿Mi sorpresa? —pregunto, desconcertado—. ¿Qué sorpresa?

—A ver, lo es para... —la explicación de Julián se corta en el momento en que llaman al timbre.

—Ahí está. Y antes de tiempo. —Y la sonrisa de Pedro no puede ser más amplia al decirlo—. ¿Haces los honores, Rubio?

Me acerco a la puerta mirándolos de refilón, pero, antes de abrir, una sospecha se instala en mi mente y me giro hacia ellos.

—No habréis contratado una stríper, ¿verdad?

Todos comienzan a reírse, pero es el simpático de Pedro el que acaba por contestarme.

—No, joder. Y mira que eres remilgado. Has puesto una cara de susto... —Le hago una mueca y llevo la mano a la manilla, pero sus siguientes palabras me vuelven a paralizar—. Abre, abre, es todavía mejor que eso.

Juro que ahora estoy sudando. No, no han podido atreverse. Pero, por las dudas, me doy la vuelta con los ojos como platos.

—¿Putas? ¿Habéis...?

Ahora no es que se ríen, es que se descojonan. De tal manera que me sorprende que Pedro sea capaz de llegar a la puerta, apartarme y abrirla él mismo.

—¿Qué? Veo que habéis empezado la fiesta sin mí —dice la persona al otro lado de ella, con una inmensa sonrisa.

—Joder, Álvaro... ¡Cómo me alegro de verte! —exclamo, envolviéndolo en un abrazo. Y es verdad, hacía mucho de eso. Pero también lo es que me viene genial para disimular lo ridículo que me siento por haberle hecho caso a mi calenturienta mente.

Sí, a lo mejor sería buena idea que esta noche fuese «la noche».

Laura

—Dios mío, da igual las veces que la vea, siempre, siempre lloro en la misma escena —me dice Nela limpiándose las lágrimas, pero sin apartar los ojos de la tele.

—Es que eres masoquista, joder. Te pedí que trajeses una peli de risa o de acción, pe...

—Eh, que es de acción. O de ciencia ficción, o lo que sea —se defiende—. Y tuviste suerte, no es que grabe muchas pelis de este estilo. Ahora que lo dices, sí, debo de ser masoquista, porque casi todas las que tengo en casa son de amor. O dramones.

Compongo una sonrisa triste y me acerco a la mesa a por una servilleta que le paso.

—Vale, vale. La próxima vez me encargo yo de la película. Y que conste que no era una crítica, que esta me encanta. Pero visto lo visto... —Señalo su cara, tapada ahora con el papel que usa para sonarse la nariz, mientras vuelvo a dejarme caer de cualquier manera sobre el sofá, encogiendo las piernas bajo el culo.

Ella también se acomoda en su lado, sentándose a lo indio. Sorbe los mocos, se frota los ojos y me mira.

—¿Qué crees que estarán haciendo ahora? —pregunta de repente.

Miro el reloj y arqueo una ceja. Ni siquiera me molesto en preguntar de quién habla, pues, mal que me pese, yo también tengo muy presente que esta noche es la primera que Chema ha salido por ahí. Y por los comentarios maliciosos que he oído entre ellos, especialmente a Pedro, me puedo imaginar que no solo pensaban en bailar y beber.

—Aún no son ni las diez y media. Cenando, supongo.

—Ya. —Nela se muerde el labio inferior y agacha la cabeza—. ¿Y después?

Reprimo las ganas de gruñir. ¿Por qué se tortura de esta manera, joder?

—Pues lo típico. —Me enderezo un poco antes de continuar—. A ver, Nela, sinceramente, no creo que Colás vaya a hacer nada muy distinto a lo que hace por aquí cualquier viernes o sábado, tía.

Y a mi conciencia, que esto debe de ser contagioso, se le ocurre un final para esa frase, que no digo. «A diferencia de Rubio».

—No, ya. ¿Se habrá tirado a tantas como dicen?

—Joder... —Suspiro y me inclino a coger el mando. Le saco el volumen a la película, pero no me molesto en apagar la tele. De todas formas, me da a mí que Bruce Willis y su *Armageddon* han perdido todo el interés para mi amiga en lo que resta de noche—. ¿Cómo sabes que...?

—Que vosotros tratéis de ocultármelo no vale de nada, ¿sabes? Trabajo en una peluquería y esto no deja de ser El Pilar. —Se encoge de hombros; con eso parece haberlo dicho todo.

—Bueno, vale. Entonces también sabrás lo que se suele exagerar, ¿no? De lo que veas, la mitad, y de lo que te digan, la cuarta parte. Aplícate el refrán.

—Aun así, son muchas.

—Por Dios, Nela, no te pases. Ni que este pueblo fuese chino. Que somos cuatro gatos, joder.

—Menudo consuelo —murmura. Y entonces se queda un rato pensativa mirando hacia el techo. No es más que un intento tonto de no derramar nuevas lágrimas, aunque alguna, desobediente, se le escapa mejilla abajo. Se la limpia de un manotazo casi furioso—. Todavía no puedo creer que esto nos esté sucediendo. Éramos tan felices, Laura...

Aprieto los labios sin saber qué decir. Me acerco un poco y le aprieto una mano en señal de apoyo.

—¿No has vuelto a hablar con él?

—No. El otro día... Al salir del trabajo, lo vi. Estaba en la acera de enfrente, tecleando algo en su móvil. Te juro que, por un instante, pensé que estaba esperándome a mí, que... Me quedé como una tonta, allí, de pie, mirándolo, pendiente del momento en que me viese. —Sonríe con tristeza y cierra los ojos.

—¿Y?

—Y nada. Bueno, sí. Cuando me vio, nos miramos. Durante muchísimo tiempo. Y entonces negó con la cabeza y yo... Yo me escapé casi corriendo.

—Oh, Dios. Pero... no entiendo.

—Es fácil de entender, joder. Un «no» es un no.

—Bueno... —Desvió la mirada hacia el respaldo del sofá y lo miro sin verlo—. No sé. Esa fue una situación un tanto rara, ¿no? Normalmente te evita. ¿Qué hacía allí? ¿Qué...?

—Ay, no sé. Una puñetera coincidencia, supongo. Mira, da igual... —Se tapa la cara con las manos—. Perdona, se suponía que venía a hacerte compañía, a divertirnos, y...

—No digas tonterías. Entiendo que estés dolida, celosa y...

—¿Celosa? Esa es una palabra muy *light* para definir lo que siento, joder —escupe rechinando los dientes.

Disimulo una sonrisa ante su frase y tampoco puedo dejar de fijarme en sus bruscos cambios de humor. Ahora está furiosa y, la verdad, la prefiero antes que deprimida.

—Me mata imaginarlo con otras. Me mata, de verdad. Y más que yo lo haya empujado a ello —prosigue con rabia. Y sé que es hacia sí misma. Conozco demasiado bien esa sensación.

—A ver... Empujar, empujar... Tampoco —no puedo evitar decir.

—Bueno, ya me entiendes. Si aún estuviésemos juntos, Colás nunca...

—Oh, eso desde luego —la interrumpo segurísima de ello—. Colás no te hubiese sido infiel en la vida. Apostaría cualquier cosa.

—¿Ves? Ese es el hombre al que eché de mi lado. ¡Dios! Es que soy estúpida. Debería arrancarme los pelos con pinzas. Todos. Incluidos los que no suelo enseñar.

Ahora no escondo la sonrisa, ni la risa que sigue a esta. Es que esta Nela... Siempre hicimos un buen equipo. Si bruta era la una, más lo era la otra.

—¡Ah, pero... ¿aún tienes?! —pregunto sin pensar. Y no me arrepiento, porque, si consigo que Colás abandone un rato su mente, me doy por satisfecha.

—Sí, claro. Me depilo la zona del bikini y... Y me los recorto, pero... El vello púbico está ahí para algo, Laura. Protege, ahuyenta y minimi...

—Ay, por favor... —Me carcajeo—. ¿Protege, ahuyenta? Ni que fuese un hombre con escopeta. Es solo pelo, Nela.

Ella arquea las cejas y, por fin, logro que se ría.

—Vamos, que tú no tienes, ¿no? —apunta.

—No. Yo no tengo ni un pelo de tonta, no —bromeo—. En ningún sitio.

—¿Y eso es cómodo? —cuestiona con el ceño fruncido.

—Sí, comodísimo —le aseguro—. Fue lo primero que hice cuando comencé a trabajar en lo mío. Me hice el láser integral. Y no me mires así, como si fuese un bicho raro...

—No, no es por eso. Es que... A ver, que no soy ignorante, eh. Que sé que hay gente que se lo depila todo, es solo que nunca he hablado de ello con nadie que lo haya hecho. Y tengo curiosidad. Porque además... lo normal es hacerlo cuando... cuando se tiene pareja, ¿no?

—Nela, por Dios... Eso es como decir que nos vestimos o peinamos pensando en los demás. Y tú no eres de esas.

—No, desde luego que no. Lo hago para sentirme yo bien. Pero es distinto.

—¿Ah, sí? ¿En qué?

—Pues... no sé. ¿Tú te encuentras más guapa cuando te miras en el espejo al tener todo eso despejado? —Entonces arruga mucho la frente—. ¿O es que ha habido alguien que sí lo prefería así? Quizá... ¿Aún lo hay?

—Oh, vamos, por favor, ¿tú también vas a darme la murga con que Pedro y yo...?

—No, no. Yo no hablo de él. —Baja las piernas al suelo y me observa muy seria—. Llevo meses comiéndote la cabeza con lo de Colás y nunca hablamos de ti, Laura. ¿Hay o hubo alguien especial en tu vida? No puedo creer que...

—¿Que me haya depilado para mí misma? —pregunto, riéndome. Y más que nada para que no siga por ahí. Junto con María, es mi mejor amiga, siempre lo ha sido, pero a ella no quiero contárselo. Es demasiado cercana a Chema y... Y llegó a hacer muy buenas migas con Clara en mi ausencia. Aunque llegase a comprenderme, el miedo a que me juzgue es superior a nuestra amistad, incluso.

—No, bueno, un poco también... —Sonríe, pero al instante vuelve a insistir—. Cuando me contaste tu historia con Marcos, reconociste que, a pesar de haber estado a punto de acostaros, no estabas enamorada de él, que solo era atracción y una bonita amistad, lo cual me parece genial, pero... Pero ¿nunca? ¿Nunca estuviste enamorada? Eso es lo que no me puedo creer. ¿Y ahora? ¿No hay nadie por el que...?

—Pues no —la interrumpo. ¡Joder, me estoy convirtiendo en una mentirosa compulsiva! Y no me siento nada a gusto con el papel, así que continúo con bastante firmeza—. Y vamos a dejar el temita, ¿vale?

—Ya no somos tan crías, Laura. Alguien tuvo que haber. —Casi me estudia con la mirada—. ¿Qué pasó? ¿Tanto daño te hizo?

—No hubo nadie. No hay nadie. Fin de...

—Bah, no me lo creo. Es imposible. Si en el fondo eres como yo, una romántica, por mucho que te esfuerces en aparentar la dura. Que nos conocemos, Laura... Vamos, confiesa. ¿Ni siquiera fue especial el primero? ¿Ni siquiera ese?

—¿El primero? —En cuanto la pregunta sale de mi boca, ahogo un gemido, porque capto el significado de la palabra. Y aunque clavo los ojos en la tele para disimular, mis mejillas actúan por su cuenta, reclamando mi sangre hacia ellas.

—¿Te pones colorada? ¿Tú? —Se ríe ella—. ¿Por hablar de la primera vez?

—No, no es por eso... —Y ahora el resto de mi cara, envidiosa, se pone del mismo color. Noto el hormigueo característico y ese calor abrasador abarcando hasta el pelo, joder. «Hala, bonita, ya está todo conjuntado».

Nela me mira desconcertada un segundo, pero al instante no es que abra mucho los ojos, sino que de un momento a otro me los lanza al regazo.

—¡Joder! ¿No me digas que eres virgen?

Y, claro, como no podía ser de otra manera, ataco.

—Cuidado con la de la experiencia... ¿Colás, Colás y Colás, quizá?

—Bueno, sí, pero... muchas veces. —Se ríe, aunque el recuerdo de eso supongo que no la deja alegrarse del todo, porque es una risa un poco triste, casi nostálgica.

—Perdona, Nela. Lo siento. No debí nombrarlo. Soy una bruta, coño. Perdona.

—Da igual, no pasa nada. No has dicho más que la verdad. —Se cruza de brazos y casi agradezco la mirada socarrona que me lanza, al menos así parece la Nela de siempre, y no la de los últimos tiempos, mustia y llorosa—. ¿Así que eres virgen? Dios, tía, debes de ser la única de nuestra generación. Y de la anterior. Y de la...

—Vale, vale, me ha quedado claro. Pero no exageres...

—Que tenemos veinticinco años. A mí creo que hasta me daría vergüenza.

Y mi bochorno se intensifica hasta el punto de que parezco un puto farol. La voy a matar. Definitivamente, la prefiero triste. No, no es verdad, pero... ¿qué se cree? ¿Que ha sido una decisión que tomé una tarde cualquiera? Y, además, lo peor es que su frase... Ha dado justo en el clavo. A cierta edad, ser virgen es hasta bochornoso. Ni que tuviese una tara o algo parecido, joder.

—¿Y qué quieres que haga para solucionarlo? ¿Pongo un anuncio en el periódico? No, mejor hablo con el instituto, para que los de cuarto vendan las rifas para la excursión ofreciendo mi virginidad, ¿te parece?

Mi sarcasmo solo logra que la tía se tronche de risa.

—Joder, qué bueno. ¿Te lo imaginas?

Bufo y pongo los ojos en blanco. Pero de repente me encuentro riéndome con ella.

—Sería la bomba. Eso sí sería lo suficientemente tremendo, escandaloso y asombroso para que las cotillas tuviesen un rumor más jugoso que exprimir —digo sin pensar, todavía entre risas.

Y Nela las cesa casi de golpe. Entrecierra los ojos y me observa con atención.

—Joder, qué memoria, ¿no? ¿Esas no son exactamente las mismas palabras que usó Rubio cuando Julián bromeó con que deberíais casaros?

—¿Qué? —pregunto pasmada. Sí, son justamente las mismas, las recuerdo por lo que me dolió el comentario. Que ya sé que entre él y yo nunca podrá haber nada, pero parece ser que eso no es motivo suficiente para que no me doliese oírlas. Lo que no sé es por qué las sabe ella, que en aquel momento ni siquiera estaba con nosotros—. Si tú no estabas...

—No, me puso al corriente Teresa. Punto por punto. Y la verdad, no las recordaba con exactitud, pero ahora al oírtelas...

—Ya. Bueno, si no son las mismas, son parecidas. —Me hago la loca. ¿Por qué coño no deja de mirarme de esa manera? Me desconcierta, joder—. Y mira que es cotilla la tía.

—Es Teresa. —Sonríe—. Y no lo dijo ni siquiera en plan chismosa, sino para hacerme reír. Fue a los pocos días de ese día de mierda en la playa, así que... la pobre lo hizo por bien. Al fin y al cabo, fue gracioso, ¿no?

—Tanto como que llueva mierda —suelto sin filtro alguno.

—Ahh... —Y en esa miseria de palabra, escucho más de lo que quiero. Mucho más. Así que intento despistarla.

—Para risas, mi caída, de la que seguro que también te hablé...

—¡Dios! Eso tuvo que ser la hostia. ¡Qué pena que a nadie se le ocurriese hacerte una foto! —dice entre carcajadas.

—¡Sí, mujer, ¿y qué más?! —Sonríe—. Además, fue todo muy rápido, a ver si vas a pensar que me quedé allí media hora.

—¿Allí? —Ella se monda—. Espatarrada entre sus piernas, ¿quieres decir?

—Sí, allí. —Pongo los ojos en blanco, pero no pierdo la sonrisa porque, aquel día, aunque durante unos minutos me sentí mortificada, violenta y bloqueada, más que nada por a quién pertenecían aquellas piernas, al final yo misma acabé muerta de la risa. Supongo que oír a mis amigos descojonándose también ayudó bastante.

—¡Ay, Dios! Te pasa cada cosa... —Y entonces me dedica la sonrisa más pícaro de su repertorio—. Y te pierdes cada una...

Cierro los ojos y meneo la cabeza resignada.

—Pues ya ves...

—Yo lo echo mucho de menos. Mucho. No más que a Colás, claro, pero... Bueno, supongo que, para mí, es todo uno.

—¿Hablas del sexo?

—Sí, del sexo.

—¿Y cómo fue? —le pregunto sin pensar.

—¿Cómo fue qué? ¿Acostarme con Colás?

—No, bueno, sí. Vamos, pero me refería a tu primera vez —me explico. Salvo con María, que tuvo una de esas de película, nunca he hablado con nadie de ello y tengo curiosidad. A Clara no le pedí detalles, no quería saberlos. Con su «muy bien» me di más que por satisfecha y recuerdo huir como una cobarde del dormitorio para no darle pie a más. Creo que ese día fue el primero que reconocí sentir por Chema algo más que amistad.

Nela sonríe con tristeza.

—Fue... un poco desastre, dolorosa, incómoda... Y absolutamente maravillosa. —Y sus ojos, emocionados, me miran húmedos, encharcados en lágrimas que pestañea para no verter.

—¡Oh, perdona! —De un salto la abrazo—. No debí preguntártelo. Soy una estúpida.

—No, no. Si soy yo, que te juro que voy a buscar trabajo como plañidera, joder. —Y me separa con delicadeza.

—Ya no existe esa ocupación, lo siento —la informo con guasa.

—Jo, pues me forraría, sin duda.

Y, de nuevo, pasa del llanto a la risa, contagiada por la mía.

Cerca de dos horas después, en las que incluso hemos acabado de ver la peli y todo, la acompaño hasta la puerta. Al día siguiente trabaja porque hay bodorrio en el pueblo, y se nos ha hecho un poco tarde con tanto palique. De hecho, confirmo que son cerca de las dos de la madrugada cuando miro el reloj colgado en la cocina.

Casi las dos. ¿Qué estará haciendo...?

Meneo la cabeza y me niego a terminar esa pregunta. Si todo se pega...

Una ducha. Una ducha es lo que necesito para evitar las paranoias, decido rápidamente.

Ya en mi habitación, fresquita e hidratada, me pongo una camiseta de tirantes gris y, cuando cojo el pantalón de pijama, lo miro durante un rato. No. Hace demasiado tiempo que no estoy sola en casa y hoy no voy a vestirme como se supone que debo hacerlo. Por lo que, en bragas y camiseta, me dirijo de nuevo al salón.

Me sirvo un vaso de zumo, me siento en el sofá, hago un poco de *zapping*, me tumbo, me vuelvo a sentar y veo diez minutos de un concurso que me aburre mientras fumo un cigarrillo. Cambio de cadena. Me levanto a hacerme un café sin haberme tomado el zumo. Y vuelvo al sofá. Miro el reloj y de nuevo la pantalla, donde ahora dos famosos se insultan con ganas. Le doy un trago al café y otra vez mis ojos vuelan al reloj.

¿Qué estará haciendo ahora Chema? ¿Tomando una copa en un pub oscuro y con la música muy alta? ¿Bromeando con sus amigos? ¿Conociendo a alguna chica?

Mierda, no.

Me levanto como si el asiento tuviese alfileres. No. No voy a fustigarme de esta manera. Para eso ya está Nela. Tengo que desconectar. Y entonces recuerdo algo que siempre me funciona.

Chema

Salimos del segundo pub de esta noche cuando escucho a Pedro elogiando mi vívida imaginación. Vamos, que está vacilándome a base de bien, contándole a Álvaro lo sucedido cuando llamó a la puerta.

—¿Putas? ¿En serio? ¿Cómo pudiste pensar eso? —me pregunta Álvaro a carcajadas.

—Ya ves. De estos me espero casi cualquier cosa —contesto con una sonrisa.

—Pero... ¿putas? Joder, Rubio... Eso es de desesperados.

—Ya, y yo no dudo que crean que lo estoy —digo con sinceridad. Y de un excelentísimo humor para estar hablando de este tema. Supongo que las dos cervezas de antes de salir, junto con las dos copas de vino en la cena y a copa por local, ayudan bastante. Que no estoy borracho, porque la cena ha estado de órdago y ya se sabe que un estómago lleno asienta el alcohol, pero sí más desinhibido, y mucho más contento.

—Porque lo estás —aclara Pedro. Otro al que el alcohol no le traba la lengua.

—¿Lo estoy? —cuestiono.

—¿Lo estás? —repite Álvaro.

—No sabéis cuánto —me oigo decir, justo cuando la imagen de esta misma mañana temprano, con Laura a cuatro patas embutida en unos diminutos pantalones cortos, me viene a la mente. Y que estuviese limpiando el váter no la deslució nada.

Todos se echan a reír, cosa en la que los acompaño como el primer sorprendido. Porque mira que hacerme a mí esto gracia... ya es la hostia en verso.

—Venga —Julián me da una palmada en la espalda—, pues eso tiene remedio. Demuéstranos que no has perdido tus mañas. —Entonces se le van los ojos detrás del culo de una morenaza que pasa por nuestro lado—. Y aquí hay buen material.

—Que ya no estás en la obra, colega —le suelta Pedro entre risas—. Aquí lo que hay son chicas preciosas, monas o resultonas.

—Vamos, lo que yo decía, pero sin ser tan fino. —Y me golpea de nuevo.

—Joder, deja de hacer eso o donde voy a acabar es en el hospital. Vaya manazas te gastas, tío —protesto, apartándome—. Pobre Teresa.

—Teresa está encantada, oye. A ella la trato con más delicadeza.

—Pues más te vale —le dice su hermano—. O de la hostia que te larga...

Y todos volvemos a reírnos a carcajadas.

—Anda, vamos, ahí está la discoteca de la que os hablaba —nos informa Pedro un par de minutos después.

—Espero que no tengan la música hasta los topes —apunto—. Estoy hasta los huevos de hablar a gritos.

—Tú haz como yo, sal a bailar y mueve el esqueleto como en tus mejores tiempos y, a lo mejor, no tendrás ni que hacerlo. El lenguaje universal es mudo, tío.

—Joder para el poli —interviene Álvaro—, ni siquiera piensa camelárselas un rato. Directo a la yugular, tendrá mala leche...

—Leche la que...

—Oh, joder, no seas guarro —le digo, interrumpiendo la barbaridad que todos nos imaginamos que va a soltar.

—Coño, ¿dónde te has dejado la finura? —le pregunta Julián, mirando hacia atrás, al corto trayecto que acabamos de andar.

Y de nuevo nos partimos. Joder, ¡cómo echaba de menos esto!

—La morena. ¡Vaya piernas!

Niego con la cabeza.

—Demasiado alta. —Y no lo digo por decir, que la tía me saca un buen trozo, fijo.

—Joder, pues su amiga. Esa alta, alta, lo que se dice alta, no es —apunta Pedro.

—No, eso no. Lo que es... es un poco... —No acabo la frase. La tía es fea, así de simple. Pero me resulta de muy mal gusto decirlo en alto, aunque, si lo pienso, eso no me hace menos superficial.

—Sí, ya. No te atrae demasiado. —Se ríe Álvaro, que hoy también ha bebido más de lo normal —. Pero seguro que es muy simpática. —Y el muy capullo mueve sus cejas arriba y abajo.

—Jesús, deja de beber, tío. Estás perdiendo la elegancia —le reprocho dándole una colleja.

—¿Qué? ¿Qué miráis? —pregunta Julián, cubata en mano, acercándose, junto con Colás, a la barandilla donde Pedro, Álvaro y yo nos apoyamos.

Estamos en la parte de arriba de la discoteca, donde, contra todo pronóstico, hasta nos podemos entender sin tener que aprender a leer los labios. Y sin chillar, lo que agradezco muchísimo. Será que me estoy haciendo viejo, pero a estos sitios en los que las luces te deslumbran y el sonido es ensordecedor ya no les encuentro el atractivo.

—¿Tú qué crees? Aquí, observando a las chicas —le contesta Pedro.

Julián se echa a reír.

—¿Y ya está? ¿Luego silbáis y vienen, o tenéis que hacer el esfuerzo de bajar las escaleras para conocerlas? —se cachondea.

—A ver, listillo, lo primero es echar un vistazo y luego...

—¡La rubia, tíos! En la barra, pidiendo. Está muy buena y solo ha venido con amigas —los interrumpe Álvaro, señalando con descaro.

—La Virgen, ¿cuánto tiempo llevas mirándola? ¿No eres tú el que lleva viviendo dos años con la misma chica? Carolina, ¿la recuerdas? —cuestiono entre asombrado y divertido.

—Que no es para mí, so mamón. Sino para ti —me explica, elevando los brazos hacia arriba, como pidiendo paciencia—. Joder, lo que hay que aguantar para que los amigos echen un polvo...

Nos reímos con ganas, pero ninguno pierde ocasión de darle un buen repaso a la mujer en cuestión. Porque lo cierto es que, entre broma y copa, la decisión de que esta noche es «la noche» parece haberse hecho firme. Sentirme apoyado por los amigos anima, y las ganas... Joder, esas están ahí, para qué engañarme. Me fijo bien en la chica y, sí, es guapa. Y también tiene un cuerpazo, pero...

—No sé. Muy rubia, ¿no? Demasiado artificial...

Colás adelanta la cabeza para mirarme y pone los ojos en blanco, mientras, a mi lado, Pedro se ríe entre dientes y Álvaro resopla.

—Que no vas a casarte con ella, Rubio...

—Ya, pero tendrá al menos que gustarme, supongo —me defiendo.

—Yo me voy a por otro de estos —nos informa Julián, levantando su vaso vacío—. ¿Alguno quiere que le suba algo?

Todos declinamos la oferta y Colás se acerca a mí, ocupando el lugar que su hermano ha dejado libre.

—Bueno, ¿a ti cómo te gustan las mujeres? —me pregunta lo suficientemente bajito para que lo

oiga solo yo.

—Pues no sé —contesto en el mismo tono. Imagino que la respuesta ideal sería que me gustaba Clara, pero eso no solo sería hipócrita en estos momentos, sino incluso grotesco. Además, siendo sincero, yo nunca he tenido un ideal de mujer. Morenas, rubias, trigueñas... Buscaba algo más que un físico espectacular en ellas, así que...

—La morena de la esquina está que rompe —comenta Pedro en ese momento.

La busco con la mirada, pero... cómo para no verla. Es tan guapa que no parece ni real.

—Está demasiado buena, ¿no? Tampoco se trata de convertir esto en un reto —me chanceo. Y justo a continuación—. Y desde luego, si está con esa mole mejor ni pensarlo.

—Sí, ese es un buen motivo para descartarla... —opina también Pedro después de ver, como todos, a un tío de dos metros comiéndole la boca.

—¿Y qué os parece si bajamos, bailamos un rato y dejamos de hacer el gilipollas? —aconseja Colás, dándose la vuelta y cruzándose de brazos—. En serio, tíos, sois como una reunión de viejos verdes. Me estáis empezando a dar vergüenza.

—Tiene toda la razón —dice Álvaro girándose también—. Estamos para que nos graben y nos suban a YouTube. «Pringados con excesiva chulería rompen una barandilla con sus babas».

Yo soy el primero en soltar una carcajada, a la que siguen las de los demás. Pero cuando Pedro y yo nos damos la vuelta para hacerles caso, el primero se frena en seco tras dar dos pasos.

—Joder, yo a esa pelirroja tengo que conocerla, sí o sí —nos informa, sin mirarnos, con la vista clavada en ella.

Yo me tenso involuntariamente ante la frase. Es que es oír la palabra «pelirroja» y mi cuerpo reacciona solo, joder.

—Es guapísima —opina Álvaro, exactamente igual a como pensamos todos. La chica es absolutamente preciosa.

—Venga, vamos. —Pedro me da un empujón con su cuerpo—. La amiga tampoco está nada mal.

—No, yo casi la prefiero —vuelve a hablar Álvaro—. Aunque bueno, ya sabéis, tengo debilidad por las morenas. —Y lo sabemos. De hecho, todas las novias que ha tenido han sido de pelo oscuro, igual que la actual, Carolina.

—Sí, ya. Y la delantera que se gasta esa es de impresión —dice Pedro—. Así que, Rubio...

—No, yo creo que paso, eh. Demasiado...

—¡Demasiado grandes! —sueltan los tres a la vez, dejándome un poco en ridículo, porque era justo lo que iba a decir. Una excusa, como cada una de las pegadas que he encontrado en todas. Porque, en el fondo, yo sí quiero follar, pero no con cualquiera, joder. Y darme cuenta de eso hace que acabe lo que me queda en el vaso de una sola vez.

—Venga, como hoy casi estás de estreno de nuevo, si prefieres tú a la pelirroja, yo no le entro, eh. ¿La prefieres? —Ahí está Pedro, el amigo que cualquiera quisiera tener, y el tío más arrogante del planeta. Seguro que da por hecho que, si él lo intenta, lo consigue.

—No te molestes —mascullo. Porque, la verdad, puestos a escoger a una pelirroja, elegiría a... ¡Joder, ¿en serio acabo de plantearme eso?! Inhalo aire con la suficiente fuerza como para que me estallen los pulmones.

—Creo que mejor te acompaño yo —le dice Colás. Y luego me mira a mí—. Respira, tío.

Y yo suelto el aire retenido en una gran bocanada. Casi aturdido.

—Vale, pues nosotros bajamos y os dejamos a vuestro aire. —Álvaro se mueve hacia las escaleras, sin esperarme, supongo que dando por hecho que voy tras él.

—Una cosa, Rubio. Toma. —Pedro pone dos condones sobre mi mano, que yo meto

rápido en el bolsillo trasero de los vaqueros, más por vergüenza a que alguien vea el tráfico de profilácticos que por otra cosa—. Por si acaso. —Me guiña un ojo, despidiéndose de mí, y le hace un gesto con la cabeza a Colás para que lo siga.

—Voy ahora mismo. Un segundo —le dice este y, cuando el poli se aleja lo suficiente para no oírlo, me pone una mano en el hombro y me mira a los ojos.

—Oye, si todavía no estás preparado, o aquí no estás cómodo, todos entenderemos que te vayas a casa, ¿eh?

—No, no es...

—Lo que quiero decirte es que deberías dejar de hacer lo que los demás esperamos y sí lo que realmente te apetece. —Hace un gesto con los ojos, buscando mi conformidad, pero estoy demasiado sorprendido como para devolvérselo. Pero, espera, no es justamente eso lo que busca... Es como si estuviese mandándome alguna clase de señal, joder—. Y si ahora lo que te gustaría es irte a casa, pues... Eso, que lo comprenderíamos.

—Ya, pero...

—Es más, Rubio, yo creo que lo que buscas... no está aquí.

Y tras un leve apretón en la zona donde seguía su mano apoyada todo ese tiempo, me da la espalda y se encamina en dirección a la mesa, donde Pedro ya está sentado, charlando tan contento con las dos chicas.

Yo aún tardo un rato en poder moverme. La señal acaba de entrarme directa al cerebro, ha recorrido mi columna con un escalofrío y la tengo alojada en mi vientre, desprendiendo un calor que me llega al pecho.

«Irse a casa. Dejar de hacer lo que los demás esperan. Hacer lo que quiero. Lo que busco no está aquí».

Mierda. ¿Me acaba Colás de dar permiso, aconsejar o lo que sea, para que me acueste con Laura? ¿Es eso lo que acaba de insinuar?

«Bueno, más bien de dejártelo cristalino».

Jesús, pero... ¿por qué? ¿Tanto se me nota? ¿Cómo ha podido saberlo? He sido cuidadoso, no se lo he contado a nadie...

Me acerco a las escaleras y comienzo a bajarlas con la cabeza como un bombo. No puedo dejar de pensar en sus palabras, y lo que es peor, cada vez que lo hago solo tengo ganas de salir a la calle, pillar un taxi y plantarme en casa.

Sin embargo, mis ojos buscan a Julián y a Álvaro, y mi cuerpo se dirige a ellos. Que estén en la barra me viene genial, porque ahora mismo necesito beber algo con urgencia.

—¿Y Colás y Pedro? ¿También bajan al final o...? —se interesan ellos. Y digo ellos, porque no tengo ni puta idea de quién ha hecho la pregunta.

—No, se quedaron arriba. Por favor, Cacique con Kas naranja —le pido al camarero.

Y cuando tengo ya la bebida en la mano, me la bebo, acompañado de mis pensamientos, que parecen burlarse de mí, unos tirando hacia El Pilar y otros manteniéndome anclado al suelo de esta discoteca. Ni siquiera disimulo implicarme en la conversación de mis amigos. Bastante tengo con la que se produce en mi mente.

Durante la siguiente copa, buscando un motivo para quedarme, me atrevo a pagarles las consumiciones a dos chicas que se han colocado a mi lado hace apenas unos minutos. Y, como por intervención divina, se ponen a coquetear conmigo. Les sigo la corriente como puedo, ni idea sobre cuánto tiempo.

Entonces una de ellas se va y la otra, no sé si atraída por mi recién adquirida timidez, o porque realmente le resulto lo suficientemente interesante, no duda en restregarse contra mí, mientras sus

manos juguetean con los botones de mi camisa. Y, antes incluso de que lo espere, tengo su lengua en mi boca y, evidentemente, a lo largo del beso, la mía acaba en la suya. Es guapa, rubia y, por lo que veo, con las suficientes ganas de fiesta para pensar en buscar un hotel. Y no es prepotencia, es su mano en mi paquete la que me lo indica. Casi doy un respingo al sentirla. Reacciono, claro que reacciono. Joder, no estoy muerto. La acerco más a mí sujetándola por la cintura y profundizo el beso.

Necesito tanto aplacar estas ganas de sentir de nuevo el placer de un cuerpo suave y caliente pegado al mío, de matar estas ansias de tener sexo, de zanjar de una vez esta frustración...

Quizá es la palabra frustración la que me hace apartarme un poco. Y dejar de participar en el beso. Soy un estúpido si creo que la atracción que siento por Laura va a esfumarse por echar un polvo con esta chica de la que no recuerdo ni el nombre. Y todavía lo soy más si creo que por follármela a ella, en vez de a la pelirroja que me vuelve loco, estoy siéndole menos desleal a mi mujer.

—Oye, ¿qué te pasa? —me pregunta la chica, con sus labios todavía sobre los míos.

Me aparto un poco más y niego con la cabeza, aunque realmente no es a ella a quien me dirijo con ese gesto. Es a mí. A mí y a mi grandísima ingenuidad e idiotez.

Mañana voy a sentirme como un mierda por haberme ido a la cama con otra. Lo sé. La culpabilidad, el pensar que Clara se merecía un poco más de tiempo, un poco más de respeto, va a hacer mella en mí. Me conozco, aunque ahora esté lo bastante bebido para que los problemas de mañana me importen un comino. ¿Por qué entonces no acostarme con la que verdaderamente deseo, joder? Con la única que logra que me suden las manos por las ganas de tocarla. Con la que un beso, un puto beso, consiguió excitarme hasta no recordar ni dónde estaba.

¿Por qué? La verdad, ahora mismo no recuerdo ninguno de los motivos. Hasta estoy lo suficientemente jodido y borracho para ni considerar que Laura pueda rechazarme. No está con Pedro, no es indiferente a mis caricias, ni a mis besos... ¿Dónde coño está el problema de que dos adultos se lo pasen bien? Ni siquiera hay sentimientos por los que temer.

Y las niñas no están en casa.

Es perfecto. Dios, es perfecto.

—Oye, ¿sabes qué? —Oigo que me dicen al tiempo que me clavan un dedo en el pecho. Miro a la chica frente a mí, sorprendido de que siga ahí.

—¿Qué?

—¿Me ves? ¿Me ves? —chilla con todas sus fuerzas—. ¡Pues ahora olvídate, imbécil!

Cualquier otro le hubiese contestado con una carcajada y un «será fácil, nena», pero yo no soy tan capullo. No. Yo quizá lo sea más, porque la ignoro y, un poco aturdido, me encamino a la salida antes siquiera de que ella me dé la espalda.

Apoyo la cabeza en la ventanilla e intento estirar un poco las piernas. Mordisqueo una de las regalices del paquete que me compré mientras buscaba un taxi e intento mantener la mente en blanco. No quiero volver a recapacitar sobre el tema. Lo tenía tan claro... Y ahora, ya entrando en El Pilar, no sé si ha sido el dulce, el trayecto o mi conciencia, pero ya no me siento igual de seguro. Ni tan borracho.

Acabo en dos sorbos la segunda botella de agua y la miro mal. Mierda, en vez del agua y de estas estúpidas chucherías, debí haberme comprado una botella de ron. Suelto una carcajada sarcástica ante la imagen que se me aparece, yo emborrachándome en la parte de atrás de un

coche, a morro, y todo para poder acostarme con una mujer. Soy patético, joder.

Vuelvo a recordar cada una de las razones que me llevaron a meterme aquí dentro, que me obligaron a enviarles un dudoso y cortísimo mensaje a mis amigos avisándolos de que me iba y que ya hablaríamos. Y quiero creer que no me equivoco. Necesito creerlo.

Cuando paramos frente a mi edificio, apenas veinte minutos después, dejo escapar un suspiro de ánimo antes de pagarle la carrera al taxista. Y una vez fuera, echo a correr, subiendo incluso las escaleras de dos en dos. Cogér el ascensor no es una opción, estoy demasiado nervioso y ansioso. Tropiezo y me caigo de rodillas. Vale, y quizá más bebido de lo que pensaba.

Me siento como en una burbuja, como si todo lo que ocurra esta noche no fuera a ser lo suficientemente real como para tener en cuenta las consecuencias. Mi deseo y lo que creo correcto están en consonancia y, aunque mi parte sensata trata de frenarme, me siento capaz de hacer cualquier cosa. Más valiente de lo normal y excitado como nunca.

Metó las llaves en la cerradura y apoyo la cabeza contra la puerta.

Joder, ahora acabo de acojonarme. De repente tengo la cabeza tan despejada que hasta me mareo.

¿Qué coño estoy haciendo? Esto no es justo para Laura. ¿Qué culpa tiene ella de tener un cuñado salido? Meneo la cabeza contra la madera.

Y entonces recuerdo el beso. Y después aquella noche en la que alcanzó el orgasmo con mis caricias.

Jesús, soy una contradicción con piernas. Esto es de locos.

Abro con extrema cautela y cierro muy despacio.

«Derecho a la cama, Chema, sin tonterías».

Sí, será lo mejor. Me haré un apaño. Si algo tengo últimamente, es práctica en ello. Sonríó con ironía. Vaya idiota. Con todo lo que yo había imaginado para esta noche y en eso se va a quedar. En una paja. ¿De verdad?

La escucho antes de verla y su voz entra en mi cabeza, ahuyentando cualquier otro pensamiento. Como llamado por el canto de una sirena, me encamino despacio al salón.

—«No hay en el mundo, no, nadie más dura que yo. ¡Ah, ah, ah! Debo sobrevivir, mintiéndome».

Canta la canción de Mónica Naranjo con una pasión casi desgarradora. No tiene una voz demasiado buena, pero le sobra entusiasmo. Y lo demuestra a lo grande, bailando encima del sofá. Doy dos pasos más para admirar todo su perfil y me la como con los ojos aprovechando que ella todavía no se ha percatado de mi presencia. Tiene los cascos puestos y el cable baja hasta el teléfono que usa como micrófono. Y, joder, solo lleva puesta una diminuta camiseta y bragas blancas con... ¿pequeños corazones negros?

Parpadeo como si estuviese ante una alucinación, mientras ella enronquece más el tono y se agacha echando el trasero hacia atrás, meneándose al ritmo de la música. Por Dios... Me pongo tan cachondo que hasta duele.

—«Sobreviviré, buscaré un hogar entre los escombros de mi soledad. Paraíso extraño, donde no estás tú...».

Y entonces me mira. Y a mí se me funde el cerebro. Solo la veo a ella. Solo la deseo a ella.

—A la mierda —me escucho decir.

CAPÍTULO 30

Laura

Pasmada, confusa, avergonzada... Así me quedo cuando me encuentro con los ojos de Chema fijos en mí. No lo he oído entrar, concentrada en bailar y cantar para olvidarme de... Justamente de él.

Me saco los cascos de las orejas, dejo caer el teléfono en el sofá sin dejar de mirarlo y parpadeo muy rápido al escuchar sus palabras.

—A la mierda.

«¿Qué?».

Ni siquiera me da tiempo a ponerle voz a mis pensamientos. En menos de un segundo está frente a mí y, de ahí a estar en sus brazos, no existe medida de tiempo. Me baja cogiéndome de la cintura y me impulsa contra él. Inhalo muy rápido, casi ya de su aliento, porque captura mi boca con fuerza, con desesperación. Con la misma con que yo le devuelvo el beso, un beso eterno, voraz, húmedo. O quizá son muchos, no lo sé. Apenas soy consciente de los brevísimos instantes en que nos paramos para coger aire, solo de su sabor. Dulce, muy dulce.

Estoy disfrutándolo tanto que ignoro todas las señales luminosas de peligro que destellan en mi mente. Todas sus preguntas y todas sus dudas. Lo único que me importa ahora mismo es que está aquí, conmigo, devorándome como quiero que lo haga.

Abandona mis labios y baja hasta mi cuello, besándolo con la boca abierta, abarcando la máxima cantidad de piel posible, calentándome con su aliento y su lengua no solo esa zona, sino todas las que ya estaban caldeadas por sus besos sin que las hubiera tocado. Mis manos siguen enroscadas en su cuello, pero, cuando las suyas acaban en mis nalgas, casi estrujándolas, me pego más a él, cruzando los brazos tras su nuca y poniéndome de puntillas.

Parece necesitar lo mismo que yo, porque me alza y acabo con mis piernas alrededor de su cintura, mientras su cabeza baja un poco más, recorriendo con su boca mi escote. Cuando sus dientes enganchan mi camiseta y la separan de mi cuerpo para alcanzar mis pechos, suelto un gemido que ahogo en su cuello. Ver eso ha sido tan erótico que me he vuelto lava. Lava ardiendo, que se escapa de mi cuerpo humedeciendo mis bragas.

—Joder, nena...

Me tensó en sus brazos. Y no por la palabra en sí, que realmente no me disgusta. Es otra cosa, algo que no logro explicarme, pero que hoy necesito.

—Laura —susurro, buscando sus ojos.

Y entonces se incorpora un poco y me los da, clavándolos en los míos. Tiene las pupilas dilatadas, los labios húmedos y la barba de dos días. Tan *sexy* y tan guapo que mi corazón se encoge en mi pecho. Pero lo cierto es que su cara también refleja asombro, lo que me hace despertar de repente de este sueño que no puedo hacer realidad.

—Soy Laura —repito con más firmeza. Llevo las manos a sus hombros, bajo las piernas y continúo con los ojos cerrados, pues ahora mismo soy incapaz de aguantarle la mirada—. Suéltame, por favor.

—¿Qué? ¿Por qué?

«Por Clara». La respuesta que me viene a la mente me hace empujarlo mientras intento alcanzar el suelo con los pies.

Me deja ir, separándose apenas, pero, cuando estoy por salir casi corriendo, coge mi barbilla y gira mi cara hacia él.

—¿Qué pasa? Tú también lo deseas —me dice con la voz más ronca de lo normal. Y mucha tranquilidad. Una tranquilidad que me desconcierta.

¿Es que no se da cuenta de que no podemos? ¿Que esto está mal, muy mal?

—No podemos. No debemos. Tú también lo dijiste —espeto enfadada. Pero más conmigo misma que con él. Porque es verdad. Yo también lo deseo, más que a nada en el mundo. Pero en mi cabeza sigue siendo el marido de Clara. Ese al que amé mientras ella vivía, cometiendo la peor traición que una hermana puede cometer. Estar con él... es casi como aprovecharme de su muerte. Convertirla en una ventaja. Y nadie, ni siquiera María, puede hacerme ver que eso no es tan horrible como parece.

—Laura... —susurra con pesar. Y entonces me suelta y da dos pasos atrás llevándose las manos al pelo—. Joder, me muero por tocarte, por...

—¡No, cállate! ¡No digas esas cosas!

—Mierda, son la verdad. Y tú... Y tú...

—Y yo aún soy capaz de pensar con algo más que con la polla —le digo, clavando mi vista en lo nombrado y... Y quedándome sin aliento, joder. Porque está tan excitado que va a reventar el pantalón en cualquier momento.

Cierro los ojos como una estúpida y me giro con rapidez, caminando hacia la cocina, poniendo distancia entre la tentación y yo.

—¡Pues yo no! ¡Hoy solo quiero pensar con ella! ¡Hoy quiero acostarme contigo! ¡Hoy...!

Agarro con fuerza la mesa y me doy la vuelta, incrédula ante sus palabras. Suspiro con fuerza y trato de hacerlo entrar en razón, al menos mientras yo no pierda la mía.

—Mañana...

—¡Que se joda mañana! —resopla él, tan frustrado que se frota la cara varias veces seguidas—. ¡Esta noche! Solo... Solo quiero una noche... contigo.

El corazón me late tan deprisa que me retumba en los oídos. ¿Solo quiere una noche? Pero... ¿qué coño está diciendo? No, seguro que me estoy imaginando esta conversación, no debí tomarme esas dos cervezas, pero bailar siempre me da sed y...

—Y tú también. Hace un momento... te deshacías en mis brazos. —Ahora se pasa las dos manos por el pelo—. Tú también... también te mueres por follar... conmigo.

Abro los ojos como platos. Que tiene razón, a ver... Pero hay formas y formas.

—¿Qué coño te has tomado? ¿Estás borracho? —Y en cuanto lo digo, veo que no voy muy desencaminada.

—No lo suficiente, joder, no lo suficiente. Si lo estuviese... —se echa a reír—, me hubiese tirado a la rubia. Ella también... También estaba bastante interesada, ¿sabes?

Es que ni pienso. Mis ojos buscan algo a mi alrededor y mi mano agarra lo primero que encuentra. Le tiro una manzana con todas mis fuerzas. Será capullo, presumido, cabronazo...

—¡Idiota! —lo insulto cuando la esquiva. Y entonces es una naranja lo que le lanzo. Que también evita—. ¡Habértela follado! —grito.

—¡No quería! ¡A ella no! ¿Por qué... por qué crees que estoy aquí?

Este tío es gilipollas. No sé si me siento halagada o insultada, joder. Aunque, mierda, parece que va ganando la primera, porque cada vez me cuesta más no echarme a sus brazos. Esa sinceridad casi insultante, esa sonrisa chulesca que ahora me dedica, esa pose casi atormentada que la contradice... Dios, sería tan fácil dejar de luchar contra mí misma, solo disfrutar el momento...

Y el miedo a perder la batalla me hace seguir atacando, esta vez con otra manzana.

—Ay, joder. Eso ha dolido —se queja, frotándose un hombro. Y de nuevo vuelve a sonreír—. Prefiero tus besos.

—¿Eres tonto o qué? No va a haber más...

—Pues entonces, déjame acariciarte. O acaríciame tú a mí.

Lo hago, pero con un peladillo que envío directo a su entrepierna. Por chulo. Y que él logra sortear.

—Por Dios, Laura... Esto lo necesito para echarte un polvo —me dice, y da dos pasos hacia mí. Y me pone muy nerviosa.

Dios mío. Tiene que estar muy borracho para decirme todas estas cosas, aunque no lo aparente. Porque esta faceta sinvergüenza y prepotente es algo nuevo, algo que sí entreví algunas veces, en menor medida, y de lo que mañana se va a arrepentir muchísimo... Los dos. Porque lo peor es que a mí me excita una barbaridad... Genial, soy la típica tía a la que le ponen los malotes. Me hago con otra manzana.

—Yo no soy un polvo. Nunca lo he sido —siseo furiosa por lo que me hace sentir, al tiempo que se la lanzo— y no voy a empezar a...

Él la caza al vuelo. Le da un mordisco al más puro estilo actor de cine antes de tirarla y comienza a caminar en mi dirección. Doy un paso atrás, más por miedo a mi reacción que a la suya, pero es en vano, tengo la mesa justo detrás. Entonces sujeta mis brazos y me mira con gravedad, como si se hubiese cansado de jugar.

—Deja de tirarme la puta fruta —dice, separando unas palabras de otras—. Y déjame besarte.

Giro la cara cuando busca mis labios.

—Por favor, no... Mañana vamos a odiarnos, vamos a...

—Sí, estoy convencido. Pero estoy... También estoy seguro de que valdrá la pena. Dime que tú no lo quieres, Laura. Dímelo y te dejo en paz.

Cierro los ojos con fuerza. Solo tengo que decir que no. Que no lo quiero. Pero, madre mía... Está demasiado cerca. Demasiado excitado. Demasiado atractivo. Está donde y como siempre soñé, tantas y tantas veces...

—Te deseo tanto que duele, Laura. —Coge mi mano y se la lleva a su erección—. Duele, joder.

—Dios... —gimo, apartándola. Pero cuando comienza a besarme el cuello, sé que estoy a nada de dejarme llevar. Mi cuerpo me lo pide a gritos y mi mente ya está buscando excusas para ello. Intentando creer a María. Pensando que me lo merezco, por todos esos años amándolo y deseándolo en silencio.

Una noche. Una sola noche. Mañana me odiaré... Pero mañana queda tan lejos...

Vuelvo a gemir, aunque no sé si por sus besos o por mis pensamientos. Ahora, en este instante, puedo tenerlo... Aunque sea un poco. Aunque esté mal. Aunque sea un error.

Mi jadeo, esta vez más alto, se confunde con el de él, cuando se cuela por debajo de mi camiseta, abarcando mis pechos con sus manos. Todavía llevo puesto el sujetador, pero el calor de su piel y la dureza de sus callos lo atraviesan, haciendo que los pezones se me endurezcan aún más, como si quisiesen agujerear la tela para ir a su encuentro.

Y sé que estoy dispuesta a pagar cualquier precio con tal de que esto no se acabe. Cualquier tormento o castigo me parece poca cosa, comparado con que deje de tocarme.

Así que respondo a sus besos cuando su boca busca de nuevo la mía. Nuestras lenguas se enlazan con lujuria, con desenfreno. No hay lugar para la delicadeza. Pero no me importa. ¿Quién necesita ternura, cuando yo tengo amor de sobra para los dos? Lo quiero así, desatado, famélico...

Tal como consigue que esté yo. Por eso, cuando me alza y me hace sentar sobre la mesa, colocándose entre mis piernas, no es que no proteste, es que me siento dichosa.

Chema empuja sus caderas contra mí y atrapa mi mano para ponerla de nuevo sobre su miembro. Comienzo a acariciarlo despacio, aunque mi otra mano ya esté sacando con urgencia la camisa de dentro de sus pantalones, nuestras bocas estén prácticamente devorándose y él haya encontrado en mis pezones su único asidero, al parecer. Los acaricia, los aprieta, los suelta y, de nuevo, los acaricia. Y así continuamente, logrando que tengan conexión directa con mi sexo, que palpita de deseo.

Solo deja de acariciármelos para quitarme la camiseta. Levanto las manos, pero solo interrumpimos nuestro beso el tiempo justo en que la prenda pasa entre nuestros labios. Él ni se molesta en quitarme el sujetador, bajando las copas para sacarme los pechos, juntándolos en sus manos para, ahora sí, dejar de besarme para dedicar su lengua a ellos.

Un latigazo de puro placer y necesidad atraviesa mi vientre. Suelto un jadeo a la vez que mis manos pelean con botones y ojales, para desabrocharle la camisa. Meto mis manos dentro de ella y lo acaricio, pasando las yemas de mis dedos por sus tetillas, hasta que se endurecen debajo de ellas, haciendo hincapié en su casi cóncavo vientre, recorriendo sus costados, llegando a su espalda, donde endurece los músculos ante mi contacto, al tiempo que sopla sobre mis excitados y húmedos pezones.

—Joder... —susurro echando la cabeza hacia atrás, transportada a un mundo donde lo único que importa es lo que me está haciendo sentir.

Yo misma me desabrocho el sujetador, quitándomelo prácticamente a tirones, lo mismo que hace él con su camisa mientras nuestras bocas se vuelven a encontrar.

Entonces pone sus palmas en mis mejillas, convirtiendo el beso en casi un pecado de pura perversión. Chupa mi lengua, lame mis labios de comisura a comisura, tira de ellos con sus dientes, casi me hace daño... Pero el «casi» es un placer delirante. Es un beso sucio, lascivo; joder, tan perfecto que mis entrañas se derriten. Se licuan como fruta madura, encharcando mi ropa interior. Gimo en su boca y él en la mía. Entonces, cogiéndome por sorpresa, mete las manos bajo mi trasero, me levanta y, con un movimiento brusco, me gira, coloca mi torso sobre la mesa y mis pies tocan el suelo. Acaricia mi espalda de arriba abajo, la besa, la lame, desde la nuca hasta la cintura, llegando hasta mis bragas y continuando por encima de estas, mordisqueando mis nalgas, mientras cuele una mano entre mis piernas, comprobando lo húmeda que me tiene.

—Jesús... —masculla con voz ronca y, enganchando con los dedos la tela en mis caderas, la baja hasta mis tobillos, acariciando mis piernas para luego incorporarse y acabar quitándomelas con sus propios pies.

Estoy tan excitada, tan ensimismada en cada una de las sensaciones que logra arrancar de mi cuerpo, que ni siquiera siento la mínima vergüenza. Ni siquiera cuando separa sus manos de mí, dejándome ahí expuesta durante un par de segundos. Es solo cuando oigo el característico sonido de la hebilla de su cinturón al desabrocharse, junto con el de una cremallera al bajarse, que mi cuerpo, sin el menor control sobre él, se tensa.

Vale, esto es un polvo. Vale, seguro que él lo hace perfecto, pero... Pero, tengamos o no esta sola noche, esta sea una postura como cualquier otra y él no vaya a hacerme daño... Joder, soy virgen. Soy virgen y la primera vez no lo quiero así. Quizá no sea tan dura, ni tan fuerte, porque ahora mismo sí que aspiro a un pelín de ternura. Se me llenan los ojos de lágrimas sin saber por qué. Lo que sí sé es que necesito mirarlo a los ojos, asegurarme de que, aunque esto sea un gran error, es con Chema con el que lo estoy cometiendo, y eso, ahora mismo, lo hace incluso maravilloso. Y, sobre todo, que él sepa que es conmigo con quien está.

Así que justo cuando noto una mano en mi sexo desnudo, me incorporo y me doy la vuelta.

—Yo... —susurro—. Prefiero...

—Como tú quieras —me interrumpe, abarcando con sus manos mi cuello, uniéndolas en mi nuca—. Como tú quieras —repite a escasos centímetros de mi boca.

—Solo... Solo quiero verte. Y que me abracés un momento. Muy fuerte.

Chema

De acuerdo. ¿Quiere que la abrace? Vale.

La rodeo con mis brazos y la aprieto contra mí, pero es tan bajita... Así que acabo aupándola para sentarla de nuevo sobre la mesa. Pero solo la abrazo, muy fuerte, tal como me pidió. Cierro los ojos y apoyo mi cara en su cabeza, besándole el pelo, acariciándole con una mano la nuca y jugueteando con sus rizos. Aunque lo que realmente quiero, por lo que me muero, es por hundirme en ella de una buena vez y que follemos hasta el hartazgo. Y mi erección, totalmente de acuerdo conmigo, da un respingo aún dentro de los calzoncillos.

Acaricio su espalda desnuda de arriba abajo, disfrutando de su suavidad, mientras su olor, ese olor a cítricos que parece acompañarla siempre, logra emborracharme como no lo ha logrado la bebida. Me siento embotado, solo soy instinto... Por eso no es extraño que esa mano, avariciosa, se desplace hasta sus costados, para luego colarse entre nuestros cuerpos y comenzar a acariciar su pezón, casi tan duro como lo estoy yo.

Laura, que hasta ahora había tenido la cabeza enterrada en mi pecho, la separa un poco para dejar en mi barbilla pequeños mordiscos, mientras sus manos también buscan su objetivo espalda abajo, en este caso, mis nalgas, a las que accede metiéndose dentro de mis pantalones. Y esa es la única señal que necesito para acabar con este paréntesis, porque ya no puedo más, joder.

Capturo su boca, que me ofrece con un gemido. La beso como si no hubiese un mañana, quizá porque mi subconsciente sabe que, con ella, no lo habrá. Y cuando el aire parece escasearnos, solo me separo de sus labios para continuar con su cuello, con sus pechos, que me brinda inclinándose un poco hacia atrás.

Como desde aquel primer beso, estoy tentado de echar la mano al bolsillo y coger un condón, pero una vez más me freno, queriendo disfrutarla un rato más, saciarme de ella, alargar este momento, mezcla de tortura y placer, porque estoy demasiado excitado. Aunque también es verdad que este es un tormento dulce, perfecto, en el que la recompensa promete ser bestial.

Vuelvo a su boca y me trago su jadeo cuando mi mano alcanza su sexo. Húmedo, resbaladizo, caliente... Deslizo mis dedos entre sus pliegues, encuentro su clítoris y lo rozo con delicadeza, en contraste con mis anteriores caricias, casi bruscas y ansiosas.

Ella se contonea sobre mi mano, mientras se separa de mis labios para recorrer mi torso a besos, empujándome hacia ella con sus brazos rodeando mi cintura. Me restriego contra su muslo, pero comienza a hacerme falta algo más... Mucho más, en realidad.

—Laura, por Dios... Tócame —suplico con una voz que no parece la mía.

Sabe perfectamente lo que le estoy pidiendo, porque al instante noto sus dedos en mi glande, que sobresale desafiante por encima de mis bóxer. Inhalo hondo ante ese primer roce; entretanto, mis caderas reaccionan por su cuenta, buscando más contacto, moviéndose contra su mano, que, con exasperante cautela, termina por agarrarla entera por encima de la prenda.

Y entonces prolongar esto se me hace imposible. La más pura necesidad me domina entero. Soy yo el que se deshace de mi ropa, bajándola hasta las rodillas, cogiendo el sobrecito plateado que rompo con prisas, usando los dientes.

Nuestros ojos se funden justo en ese instante, viendo el uno en el otro exactamente lo mismo. Deseo honesto, intenso, indescriptible. Excitación pura y dura. Laura tiene los labios hinchados, entreabiertos, los ojos más turbios de lo normal y luce un color sonrosado por todo su cuerpo. Esa sola imagen hace que ponerme el preservativo sin correrme se convierta en todo un éxito. Jesús... Creo que nunca he deseado algo tanto como ahora mismo a esta mujer.

Me sitúo mejor entre sus piernas, coloco con una mano mi erección en su entrada y luego abarco sus mejillas para besarla de la misma manera en que me gustaría entrar en ella. Con ímpetu y hasta el fondo. Por eso, quizá lo único que siento es desconcierto, cuando ella pone fin al beso para hablar en apenas un susurro.

—Despacio, ¿vale?

¿Despacio? Desde luego. Como ella quiera. Esto tiene que ser tan bueno para ella como para mí. Y ojalá lo fuera incluso más. Pero, Dios..., me va a matar. De expectación, de deseo, de gusto...

Y lo hace. Asesina cada una de mis neuronas cuando comienzo a sumergirme en ese calor que me abraza hasta el alma. Lo hago tal y como desea, con increíble lentitud. Aunque tampoco podría ser de otra manera, joder, porque es tan estrecha...

Jadeo encorvándome, escondiendo mi rostro en su cuello. Y empujo un poco más.

—Espera —dice Laura como si estuviera ahogándose—. Un segundo.

Y se lo doy. Se lo doy porque me lo ha pedido y a mí también me viene genial. Que estoy a punto de hacer el putito ridículo. Pero cuando el segundo se convierte en dos, me pueden las ganas, así que avanzo solo un poco en su interior.

Ella se tensa en mis brazos, echa la cabeza hacia atrás y yo la observo con atención. Está mordiendo el labio inferior con fuerza y, cuando se cruzan nuestras miradas, los cierra al momento.

—Por favor... Quieto. Arde —balbucea.

Me trago un juramento y, con las manos en su espalda, atraigo su pecho contra mí. ¿Arde? Y tanto. Más bien quema, inflama, como que estoy a punto de explotar y ni siquiera estoy del todo dentro. Y eso es algo que preciso como el respirar. Pero espero, espero hasta que parece abandonarse de nuevo en mis brazos.

—Laura... Tengo... Necesito...

Esta vez es ella la que se desplaza sobre mí, enterrándose unos centímetros más. Jadeamos a la vez, pero vuelve a pararse y busca mis ojos con los suyos.

—Ya está toda, ¿no? —pregunta con cautela. Y tengo que reconocer que tardo un instante en procesar las palabras.

Me río entre dientes contra su pelo, divertido y complacido ante la duda. Porque es la primera vez que me pasa algo parecido, la verdad.

—Casi —contesto. Y ella agarrota cada uno de sus músculos. Exhalo muy rápido, porque, cuando digo que ha comprimido todos, es todos. Me está estrujando, joder. Así no hay quien dure ni medio asalto.

—Pues sigue —me alienta—. Creo que ya pasó.

Y yo obedezco al instante ante la primera frase y, luego, me quedo estático, ya totalmente hundido en ella, al oír la segunda.

Joder... No. No puede ser. Es imposible.

No puede ser, ¿verdad?

Pero mi mente, no del todo despejada, todavía es capaz de reunir datos, hacer algunas conexiones y, después, sufrir un síncope.

Si no me retiro del todo, en ese momento, es porque el mal ya está hecho y, de todas formas, tampoco tengo la suficiente fuerza de voluntad para hacerlo. Es que... por Dios, se está tan bien aquí dentro. Pero lo que sí hago es mirarla, y la pregunta muda que ve en mi cara es tan evidente como su respuesta. Se pone del color de la grana, rehúye mi mirada y agacha la cabeza. Y cuando abro la boca para exponer en alto lo que los dos ya sabemos, me sorprende con sus palabras.

—Lo siento. No quería... —Cierra los ojos y traga saliva. Y en un arrebato, se aferra a mi cuello ocultando el rostro en él.

¿Lo siente? ¿Y qué no quería? Joder, que lo supiera, me contesto rápidamente.

Y ya no me cuestiono nada más. Su vulnerabilidad y este regalo sorprendente y para nada esperado hacen que la separe de mí para besarla a conciencia. Y el deseo que corre desquiciado todavía por mis venas, junto con las paredes de su vagina ciñendo mi erección, urgen a mis caderas a moverse. Comienzo suave, entrando y saliendo tan despacio que es un puto suplicio. Suplicio que disfruto como un demonio en el infierno, y que Laura, con sus gemidos, solo logra caldear más.

Aprieto los dientes para aguantar este ritmo, recreándome en acariciar, besar y lamer cada milímetro que alcanzo. Por mi vida que voy a hacerla disfrutar. Pero, un rato después, es Laura la que tira de mí hacia ella, rodeándome la cintura con las piernas, saliéndome al encuentro en cada embiste y frotándose contra mí de una manera desinhibida, provocadora, gloriosamente perfecta.

Y ahí dejo de pensar. Mis movimientos se vuelven más rápidos, demenciales. Tan locamente imparables que la tensión en mi entrepierna comienza a bullir de una forma alarmante demasiado pronto.

—Joder, Laura... Voy a... —no acabo la frase, concentrado ahora en bajar una mano hasta su clítoris y ayudarla a llegar conmigo.

Ni siquiera me deja acariciarla. Se aprieta contra mis dedos, aprisionándolos entre los dos y se mece en ellos.

—Oh, madre mía... —gime en voz alta.

—Dios... —jadeo yo, corriéndome de una forma tan brutal que un espasmo casi la levanta de la mesa.

—Te sigo, te sigo... —susurra ella contra mis labios, un instante antes de clavar sus uñas en mis hombros—. Joder, joder, joder...

La abrazo muy fuerte y compartimos así nuestras respiraciones aceleradas y desacompañadas. Mi erección es todavía firme y palpita en su interior, percibiendo y disfrutando cada una de sus pequeñas contracciones.

Cierro los ojos y me permito unos segundos. Solo unos instantes para seguir sintiéndola. Y luego la separo, lo justo para mirarla a la cara, queriendo grabarme para siempre ese rostro saciado y satisfecho después de un orgasmo. Pero lo que busca el orgullo de un macho primitivo se vuelve en mi contra. Sus ojos somnolientos y su sonrisa tímida, lo único que me provocan es una ternura tan intensa que me hace sentir incómodo.

—¿Tienes sueño? —pregunto sin pensar. Y no, parece ser que eso mucho no lo he hecho esta noche.

—Dormiría, sí —susurra, bajando los párpados muy despacio, para luego volver a abrirlos y clavar los ojos en mí.

Y entonces, con la laxitud y desverguenza producida por el alcohol y el sexo totalmente ausentes ya, solo me siento torpe, culpable y confundido.

—Esto... Esto no va a repetirse. Lo sabes, ¿verdad, Laura? —susurro.

Ella abre mucho los ojos, pero no me contesta.

—Solo una noche... ¿recuerdas? Esto es solo...

—¡Dios! —Ella sacude la cabeza como si no se creyese lo que oye y me empuja tan fuerte que me hace salir de su interior. Lo que, por cierto, yo ya tendría que haber hecho hace un rato—. Córdete un poco, ¿quieres? Todavía estabas dentro de mí, joder. ¡Joder!

Se baja de la mesa y comienza a recoger su ropa tirada, cubriéndose con ella en un santiamén.

Me deshago del condón y me subo la ropa con la misma prisa. Mierda, ¿cómo coño hemos llegado a esto?

—Laura, no te enfades, por favor. Es solo que... que no quiero malentendidos. Somos adultos y... Y lo último que querría es engañarte —trato de explicarle. Pero lo cierto es que, incluso a mis oídos, eso todo suena a cabronazo sin un ápice de sensibilidad.

—¿Engañarme? ¡Ja! Claro que no querías eso. Tú querías echarme un polvo, ¿recuerdas? — escupe esta última palabra con burla, réplica de la mía—. Y ya lo has hecho. Muy bien, ya está. Los dos hemos disfrutado. Es solo sexo, genial. ¿Quién coño te dijo a ti que te quería para algo más, eh? ¿Quién?

—Bueno... —Tiene razón, joder. Y como la tiene, ahora el que me cabreo soy yo—. Supongo que creí que esto para ti podía ser especial. Al fin y al cabo, eras virgen hasta hace nada, eso querrá decir que...

—¡Que ya iba siendo hora de ponerle remedio! —grita ella con furia, pero sus ojos se llenan de lágrimas que traga para no derramar, lo que le quita cinismo a su comentario.

Doy un paso hacia ella, alargando una mano con intención de tocarla, arrepentido de mis palabras.

—Laura, por favor...

—No. No me toques. Ahora, no. —Y, girándose con toda la dignidad del mundo, desaparece de mi vista.

Y yo también me doy la vuelta, furioso conmigo mismo. Golpeo con las palmas abiertas la mesa, esa que ha sido testigo de un tremendo error. Y de un polvo inolvidable, joder.

«Perdónaselo todo a quien nada se perdona a sí mismo».

Confucio.

CAPÍTULO 31

Laura

Supongo que, a pesar de no saber ni adónde voy ni lo que hago, mi subconsciente me lleva al baño, donde me encierro sin ni siquiera dar un portazo. Me apoyo en la puerta con lentitud y me dejo resbalar hasta el suelo. Me pregunto, estúpidamente, por qué cada vez que Chema me toca acabo tirada en el suelo. Y la respuesta que me viene a la mente me hace tanto daño como sus anteriores palabras.

Porque soy una arrastrada, por eso. Porque ya no se puede caer más bajo; si no, estaría a cientos de metros bajo tierra.

Ni siquiera soy capaz de llorar. Y estoy de acuerdo en que ese es un castigo apropiado para la situación, no poder aliviar a base de lágrimas este dolor que me ahoga por dentro. Mi propia estupidez, las palabras de Chema, la traición definitiva a Clara... Son tantas las razones para sentirme miserable que creo que he llegado al límite de mi resistencia.

Acerco las rodillas a mi barbilla y, abrazando mis piernas, me mezo a mí misma, repasando con pérfido detalle cada uno de mis pecados. La mirada clavada al frente y que sea justo en el váter lo hace todo todavía más grotesco. Porque soy un deshecho, una basura... Una puta mierda de hermana.

Me recreo en mi miseria durante mucho tiempo y lo que me hace levantarme del sitio no es que me duela el cuerpo de estar en la misma postura, ni tampoco que de repente me sienta mejor, ni siquiera que esa fuerza de la que presumo haya venido en mi rescate, no. No, no es nada de eso, sino simplemente que estoy a punto de hacerme pis. Y cuando, sentada en el váter, una mancha rojiza en mis bragas llama mi atención, no puedo evitar soltar una carcajada amarga.

Genial. Fantástico. Es bueno saber que, después de lo sucedido esta noche, no solo sangra mi corazón.

El amanecer me encuentra sentada en la playa. Veo salir el sol, casi como si lo hiciera de las entrañas del mar y esa imagen mágica, preciosa solo me parece una burla a mi estado de ánimo.

Un día más... Un día espléndido, luminoso, lleno de vida... Y yo me siento un despojo.

En algún momento durante la noche, después de dar mil vueltas en la cama y de pensar una y otra vez en lo mismo, me levanté y salí del piso.

Me encanta la playa, siempre me ha gustado. Y que fuera noche cerrada no me disuadió de ir hasta ahí. Y ahora, tras varias horas sentada, con la vista perdida en la inmensidad del océano solo alumbrado por la luna, ha dejado de doler. Es como si mi cabeza hubiese hecho *crack* para no acabar volviéndose loca, dejándose embargar por una frialdad y una dejadez que agradezco.

Solo soy un cuerpo sobre la arena. Pelo, piel, huesos y muchos órganos vivos. Pero el corazón y el cerebro, tan llenos de pena y culpa que desbordan, es como si estuviesen hibernando, aletargados, con el único fin de sobrevivir, supongo.

Soy consciente, al cabo del tiempo, de que ya no estoy sola en la playa. Oigo a un perro ladrar, veo a un adolescente correr tras él, un valiente metiéndose en el agua y dos señoras mayores

paseando por la orilla. Pero no me muevo. No quiero hacerlo. Sé que, en cuanto salga de aquí, la realidad me golpeará y hará resurgir todo lo que deseo olvidar.

Me abrazo a mí misma, arrebujándome en la inmensa chaqueta de punto que no es capaz de quitarme el frío que congela mi interior. Me aparto el pelo de la cara y enciendo otro cigarrillo. No llevo la cuenta de los que ya he fumado, pero sí sé que han sido demasiados. Lo compartimos entre el viento que se ha levantado de repente y yo y, cuando lo consumimos, lo apago en la arena y meto la colilla dentro de la cajetilla.

Una sonrisa triste cruza mi cara ante este hábito. Tengo que reconocer que, si lo tengo, es por la insistencia de mi hermana, no porque yo sea demasiado cuidadosa con mi entorno. Pero casi puedo oír una de sus regañinas cuando cualquiera de nosotros dejaba caer el resto de un pitillo al suelo o, en este caso, a la arena.

—Eras tan perfecta que dabas asco —murmuro. Y aunque mi frase pueda interpretarse casi como un insulto, está cargada de cariño y admiración.

Subo todavía más mis rodillas, descansando mi frente en ellas y rodeándolas con mis brazos. Cierro los ojos y exhalo un suspiro cuando las lágrimas inundan de nuevo mis ojos.

No quiero llorar más. Estoy tan cansada de hacerlo, tan saturada... Harta de odiarme, de caer una y otra vez en lo mismo, de sentirme culpable, de no ser coherente ni consecuente... De reprimir, esconder e ignorar este desafortunado amor para después dejarme llevar a la mínima ocasión... Estoy hasta el puto moño, joder. Todo esto me consume, me agota, me convierte en lo que más odio en el mundo. En alguien débil, miserable y triste.

Aprieto más mis párpados y limpio, contra mis piernas desnudas, la lágrima desobediente que se ha colado entre ellos. Necesito dejar de pensar, descansar un ratito. Es tal mi agotamiento mental, sin contar la noche en vela, que acabo por quedarme dormida.

Me despierto desorientada, casi asustada. El agua lame mis botas al haber subido la marea y mi refugio, antes casi desierto, se ha convertido en el sitio escogido por varias pandillas y familias para pasar el domingo. Miro el reloj y, sorprendida, descubro que son casi las doce. Me obligo a ponerme en pie, en cuanto caigo en la cuenta de que tengo que recoger a las niñas en casa de Teresa. Sin pararme ni siquiera a fijarme si hay algún conocido al que deba saludar, salgo de la playa y hago el camino como una autómatas, con la cabeza embotada por apenas un par de horas de sueño y el cuerpo dolorido por la postura. Y el corazón... Mejor no pensar en él. O en lo que queda de él.

Atravieso varias fincas, utilizando un camino de pies que me lleva directamente a la parte de atrás del bar de Paco. Una vez allí, enfilo hacia la derecha y subo la pequeña cuesta de poco más de cien metros hasta la casa de Julián y Teresa. Es una construcción de ladrillo, de una sola planta, pintada en un suave amarillo y con el tejado de pizarra, que perteneció a la abuela de él. Pero esta vez, para variar, ni siquiera aprecio lo que en otras ocasiones. Que, con unas pocas obras y mucho cariño, han convertido una casa vieja en un hogar maravilloso.

—Hola, Mina.

—Hola, Laura.

—Hola, tía —me saludan a la vez las tres niñas, solo unos segundos después de haber llamado a la puerta.

—Hola, niñas —les contesto forzando una sonrisa.

—Ah, Laura. Entra, entra —me dice Teresa desde el fondo del pasillo, mientras se seca las manos en un paño de cocina—. Iba a llamarte ahora mismo. Te quedas a comer, ¿verdad? Ayer se me olvidó comentártelo, dime que no tienes nada preparado, por favor.

—No, lo cierto es que no...

—Genial. —Vuelve a meterse en la cocina y yo voy tras ella, mientras las niñas desaparecen de mi visión y se encierran en el cuarto de Sofía—. Lasaña —me informa, abre el horno y mira en su interior. Yo no le contesto y me dejo caer en una silla. Ella saca la bandeja, le da la vuelta y luego vuelve a dirigirse a mí—. ¿Te apetece algo de beber o...? Laura..., ¿estás bien?

—Sí, sí, claro —respondo por inercia. Por costumbre. Por lo de siempre. Porque yo siempre estoy bien, ¿no?

—Pues no lo parece. —Teresa se sienta frente a mí y coge entre sus manos la taza que tenía sobre la mesa—. ¿Ha sucedido algo?

—No. Nada. —Me obligo a sonreír de nuevo y me envuelvo en la chaqueta.

—Estás muy pálida y... ¿has estado llorando? —insiste ella. Entonces dirige sus ojos a la prenda gruesa en la que busco un calor que no encuentro—. ¿Tienes frío?

—No. Bueno... Un poco.

—A ti te ha pasado algo —asegura.

—Que no. No ha pasado absolutamente nada. Es solo que... que tengo un mal día. O quizá esté pillando algo.

Entonces ella entrecierra los ojos y me mira con demasiada atención. Después traga saliva y, poniendo de nuevo la taza sobre la mesa, se dedica durante unos segundos a acariciarla ensimismada. Cuando se decide a hablar de nuevo, parece nerviosa.

—No es necesario que me mientas, Laura. Puedes contarme cualquier cosa, ¿lo sabes, verdad? Aunque algunas de ellas me pongan de los nervios. —Sonríe, quitándole importancia a sus últimas palabras y entonces pone una mano sobre una de las mías, apretándola suavemente—. Es por... ¿Has vuelto a...? Joder, Laura, ¿es por Clara? —acaba por soltar, aturullada por hablar de un tema que sé que le causa una terrible turbación.

Yo me muerdo la carne de la mejilla con la vista clavada en la superficie oscura de la mesa. Soy incapaz de aguantarle la mirada.

Porque sí, esa es una buena pregunta. *La* pregunta, más bien. Si estoy así por Clara... Sí, es por Clara. Y por mí. Y por Chema. Porque me acosté con él, joder, y fue increíble. Porque la muerte de Clara me permitió tenerlo en mis brazos y, encima, disfruté. Vamos, que soy una maldita hija de puta... Eso pasa.

Sin embargo, intentando ser lo más honesta posible sin acabar escupiendo todo lo que me atormenta, solo alcanzo a susurrar con amargura.

—Sí, es por Clara. ¿Acaso no es siempre por ella?

Y en cuanto esas palabras salen de mi boca, una rabia enorme se forja muy adentro. Aunque, aun sabiendo que es del todo injusto, en este caso no solo va dirigida a mí. Es contra Chema, contra Clara, contra el puto mundo y el jodido destino, que permitió que esa puerta de la que habló aquel día María, esa puerta en la que me aterra creer, esa puerta... Esa maldita puerta esté más presente que nunca.

Y eso me hace ser todavía más mala persona y peor hermana, ¿no?

Chema

Abro los ojos y los vuelvo a cerrar inmediatamente. La luz que entra por las persianas abiertas y el terrible dolor de cabeza son el primer motivo. Y después los aprieto más, cuando los recuerdos de la noche anterior vuelven en tropel y, con ellos, la vergüenza... La más absoluta de las vergüenzas...

Y el arrepentimiento, el asombro y, de nuevo, la vergüenza... ¡Jesús!

Me coloco boca arriba y pongo un antebrazo sobre mis párpados cerrados, mientras lleno de aire mis pulmones y lo dejo salir sonora y rápidamente.

¿Qué coño hice? ¡Maldito alcohol! Maldito alcohol y jodidas ganas de follar... No, de follar no, de Laura. Lo que tenía eran unas ansias locas por Laura.

Giro la cara y aparto el brazo lo justo para clavar la vista en la foto de Clara, que me observa desde la mesilla con una sonrisa inmensa.

—Dios, Clara... Lo siento —susurro, apartando de inmediato la mirada, todavía más avergonzado que antes.

¡Maldita sea! ¿Cómo pude dejarme llevar de esa manera? ¿En qué momento me permití creer que era una buena idea? Hay que ser estúpido, joder. Y un absoluto cretino para que la pregunta que ahora mismo me ronde la cabeza sea si valió la pena.

Ni me contesto. Tengo el estómago demasiado revuelto y me duele un huevo la cabeza para poder procesar todo lo que hice, y no solo me refiero al polvo. Aunque lo cierto es que debería volver a emborracharme para acabar por asimilarlo y digerirlo.

Seré gilipollas, joder.

Pero un gilipollas que tiene que tomarse ahora mismo un par de calmantes y beberse al menos dos litros de agua y uno de café. Así que me levanto y voy como un zombi hacia la cocina, donde preparo una cafetera y bebo directamente de la botella de agua, para tragarme dos paracetamoles.

Me dejo caer en una silla y apoyo la cabeza en mis manos mientras se prepara el brebaje, y no pienso. En nada. Ahora mismo me encuentro demasiado mal.

Una hora después, casi soy persona. He logrado asentar el estómago y el hombre del taladro ya no está en mi cabeza, sustituido por un dolor sordo que me merezco por idiota.

De vuelta en mi dormitorio, me deshago de los calzoncillos y me meto en la ducha. Y el agua a chorro termina por despejarme del todo. Aunque no sé si esto es bueno, porque ahora los recuerdos son más claros, más vividos, más bochornosos si cabe.

Anoche... Anoche me porté como un puto cabronazo. Con prepotencia, chulería, poco sentido común y mucha menos sensibilidad. Joder...

Apoyo las dos manos sobre los azulejos y bajo la cabeza, mientras el agua empapa mi pelo y mi cuerpo. Dios... Cada vez que pienso en lo que dije, en lo que hice... Es que me dan ganas de darme una paliza. Y al acabar, volver a empezar...

«Bueno, vale, te portaste como un hijo de puta, pero ahora céntrate, tío».

Sí, ahora tengo que apechugar con las consecuencias e intentar que estas no me jodan la vida. Debo dejar de pensar tanto, de comportarme como un idiota y actuar como lo que se supone que soy, una persona inteligente y centrada. Aunque ahora me sienta de todo menos eso.

A ver... En primer lugar, creo que tengo que preguntarme si estoy arrepentido de lo sucedido. Y con eso me refiero a haberme acostado con Laura, no a todo lo demás, pues eso pagaría por olvidarlo para siempre. Es cierto que tengo algunas lagunas, pero con lo que recuerdo ya me llega de cojones. Y recuerdo con asombrosa exactitud que fue un polvo espectacular. Con sorpresa

incluida.

Dios. Era virgen. Y yo, sobre todo al principio, la traté como a mí me apetecía. No la tuve en cuenta para nada, solo buscando mi propio placer, lo que yo quería hacer en cada instante, lo que me pedía el cuerpo. Y ella me siguió el ritmo de una manera increíble, hasta... Hasta ese momento. Agradezco que ella tuviese en cuenta que era su primera vez, porque yo me habría hundido en ella como un puto animal.

Y aun así, fue bestial. Estupendo. Perfecto es poco.

¿Me arrepiento? Sonríe irónicamente y echo un vistazo a mi erección, en pleno apogeo. No, para nada. Esa es la verdad. No me arrepiento porque solo evocarle ya me pone a cien. En todo caso, me arrepiento de no arrepentirme, si es que eso tiene algún sentido.

Porque ella es Laura, la tía de mis hijas, la chica que renunció a su vida por nosotros, la mujer con la que comparto casa, la hermana de Clara. Jesús...

Clara... Suelto un suspiro cansado y cierro los ojos con fuerza. Ya está. Ya he borrado con otra sus últimas caricias, sus últimos besos. Ya he deshonrado los votos de fidelidad que le prometí en su día. Y a pesar de eso, no puedo dejar de pensar que toda esta culpabilidad que pesa en mi pecho sea por no sentir la que realmente debiera. O quizá sea que ahora mismo estoy mucho más preocupado por con quién le he sido infiel que por el hecho de haberlo sido.

Es que... la que he liado. Me he acostado con Laura. Sí, con ella, con la que llevo fantaseando meses, aun sin desear hacerlo. Por la que renuncié a un polvo con la rubia y regresé a casa... Con Laura... Joder, hay que tener mala leche y peor karma para que a uno lo atraiga de esta manera su cuñada. No habrá mujeres en el maldito mundo...

«No se va a repetir, solo una noche», le dije. Y soltar eso justo al acabar de follar... Eso es ser un hijo de perra.

«Y también muy iluso, Chema. ¿Una noche? Eso no te lo crees ni tú».

Mierda, por ahí sí que no paso. No sé si lograremos recuperar la relación que teníamos antes, pero de lo que sí estoy seguro es de que no vamos a volver a acabar en la cama. O, para el caso, encima de la mesa de la cocina.

Abro los ojos como platos. Es que hay que ser animal... Por mi culpa perdió su virginidad encima de una puñetera mesa.

Su virginidad... Esa es otra. Resoplo con todas mis fuerzas y me llevo las manos a las sienes, tratando de detener estos pensamientos en bucle. No solo han agudizado de nuevo el dolor, sino que va a acabar por explotarme la cabeza.

«Y luego dicen por ahí que los tíos simplificamos y no nos comemos el tarro, ¿no?»». ¡Ja! Eso cuando la cosa no es tan complicada como surfear encima de un monopatín, joder.

Enfadado conmigo mismo, acabo de ducharme deprisa, queriendo salir de una vez de este pequeño cubículo convertido en una cámara de tortura.

Me visto con lo primero que pillo, unos pantalones cortos de algodón y una camiseta que acabo de ponerme ya en la cocina. Entrecierro los ojos cuando estos miran hacia el reloj colgado de la pared. Asombrado, compruebo que son cerca de las cuatro de la tarde y que, por otra parte, no hay nadie en casa. Ni Laura, ni las niñas... Genial, estoy hecho todo un padrazo. No he pensado en ellas ni un solo instante desde que me despertado.

Ahora todavía más cabreado y un poco inquieto, voy a por el móvil para llamar a Laura y preguntar por ellas, pero, cuando ya tengo su número en pantalla, lo bloqueo y lo lanzo encima de la mesa. Es de suponer que estarán juntas y bien, en casa de mi suegro o incluso en la de Teresa, pues el plan era que nosotros comiésemos en Cudillero. Plan al que más me valdría haberme adaptado en vez de dejarme guiar por mi puta polla.

Agobiado y físicamente hecho polvo, me dirijo al sofá, pero tropiezo al pisar algo que hay en el suelo. Bajo la mirada y, al clavar los ojos en la manzana, mi mente se ve asaltada de nuevo por lo sucedido la noche anterior. Incluso con más detalle.

Y, con ello, una pregunta me azota de pronto. Una que hasta me parece mentira no haberme cuestionado hasta ahora. ¿Qué pensará y cómo estará Laura tras lo ocurrido?

«Pues igual que tú, Chema. ¿Cómo crees que se encontrará?».

Joder, no lo sé. Ella intentó detenerme al principio... ¿Y si está peor? Pero... ¿Y si se lo echa a la espalda, como parece hacer con todo, y prefiere ignorarlo?

Aunque, de la manera que sea y muy consciente de que saberlo lo empeora todo, de algo sí estoy seguro.

De que ella lo deseaba tanto como yo y de que esta nefasta atracción es mutua.

He cambiado el horario de trabajo después de que los chicos hayan insistido hasta el aburrimiento y tengo que decir que trabajar de ocho a cuatro, o a cinco la mayoría de los días, es un auténtico gustazo. Pero también que lo sería más sin la tensión que me supone llegar a casa.

Porque, a golpe de viernes, no es que siga teniendo las mismas dudas que el domingo, sino que estas se han convertido en una necesidad imperiosa de hablar con Laura. De que conteste a todas estas preguntas que me carcomen y romper de una vez esa frialdad e indiferencia con la que me trata. Bueno, no es indiferencia exactamente, es algo mucho peor. Porque ella no se limita a ignorarme, no, sino que simplemente desaparece de mi vista en cuanto coincidimos.

Parece que estemos jugando al maldito escondite, joder. Me evita de una manera que raya el insulto. De hecho, en las pocas ocasiones en que nos hemos visto e intenté abrir la boca, desaparece como si tuviese el don de teletransportarse.

Remuevo la masa, distraído, y cojo una poca con la paleta.

De hoy no pasa, joder. No voy a consentir que nuestra convivencia se convierta en una guerra fría, no con mis hijas viviendo bajo el mismo techo y acribillándome a preguntas sobre por qué su tía ya no se sienta a cenar con nosotros, o por qué estamos enfadados. Yo no estoy enfadado con ella. O al menos no lo estaba antes de esta semana en la que Laura se ha transformado en una adolescente enfurruñada que apenas sale de su puto cuarto.

Estiro el cemento sobre un ladrillo y... se resbala.

—¡Mierda! Pero... ¿qué coño es esto? —interrogo en voz alta a nadie en particular, casi más sorprendido que cabreado al ver lo aguado que está.

Julián, acuclillado a mi lado, se ríe entre dientes.

—Estaba esperando a que te dieras cuenta —dice, señalándome los cuatro ladrillos que yo he colocado anteriormente, sin ser apenas consciente de lo que hacía. Y que tendré que retirar.

—Pero... —Lo miro de nuevo a él y entrecierro los ojos al ver su sonrisa guasona—. ¿Y esto te hace gracia? ¿Un trabajo mal hecho y un cemento que parece la papilla de un crío?

—No, eso no. Que no te hayas dado cuenta antes, sí. ¿Dónde tienes la cabeza, tío?

Lo ignoro y levanto mis rodillas del suelo. Es eso o mandarlo a algún lugar no muy agradable.

—¡Tobías! ¿Ahora no sabes hacer...?

—No las pagues con el chaval —me dice Julián incorporándose rápidamente y poniéndome una mano en el hombro—. ¿Te recuerdo que hoy se la has mandado hacer cuatro veces? Que si muy espesa, que si demasiada arena, que si...

—Esto tiene que ser una puta broma... —susurro, frustrado, componiendo una sonrisa

desagradable—. ¿Qué demonios...?

—Joder, Rubio, que Tobías lleva años contigo y nunca se ha sentido tan inútil como hoy. Y la primera masa estaba perfecta, que lo sepas... Pero llevas así toda la semana, tío, de un tocacojones... que no te sorprendas cuando alguno te mande a la mierda y se largue.

Tiro la paleta de cualquier manera dentro del cubo y resoplo alejándome de mi amigo. No voy a discutirle que estoy algo... insoportable. Pero...

—Debiste tirarte a la rubia, semental —bromea, alcanzándome y dándome una palmada en la espalda—. Quizás así...

—¡Ya está bien, joder! Ya no llevo la cuenta de las veces que has repetido esa puta frase —replico no de muy buenas maneras—. Y eso no...

—Sigo sin saber por qué no lo hiciste. No lo entiendo, tío. La tenías a punto —me interrumpo, ignorando mi cabreo—. Y no solo eso, sino que te largaste, eres...

—Déjalo un poco en paz, anda.

Miro hacia el lugar de donde procede la voz de Colás, una que no esperaba oír, pues se ha cogido libre la semana como parte de sus vacaciones. Lo veo al otro lado de la pared a medio construir, con las manos en los bolsillos de los vaqueros y mirándonos fijamente.

Su hermano ni se molesta en saludarlo, integrándolo en la conversación al instante.

—Es que no entiendo qué le pasó esa noche. ¿Tú sí? Parecía estar pasárselo bien con nosotros y luego, cuando ya tenía a la rubia en el bote, coge y se larga.

—Ya nos explicó que se sintió fuera de lugar y eso —me defiende Colás, repitiendo la excusa que me inventé para salir airoso del interrogatorio al que me sometieron todos menos él.

—Chorradas. Si no quería follársela, pues él se lo pierde, pero de ahí a irse de esa manera... —continúa mi amigo con su incansable diatriba—. Tú al final también te rajaste, hermanito... —Sonríe guasón—. Cosa que, por cierto, Pedro no te perdonará en la vida. La pelirroja no se animó por no dejar sola a su amiga.

Colás, indiferente, se encoge de hombros y mira hacia mí, lo que parece que le da pie a Julián para seguir donde lo había dejado.

—Pero, aun así, Colás se quedó con sus amigos, Rubio. No se fue a su casa, coño. Lo normal, vamos.

—Bueno, yo no estoy en la situación de Rubio —comenta su hermano.

—¿En la situación de...? Joder, ¿qué tendrá que ver una cosa con la otra? Además, sigo diciendo que lo que le hacía falta era un buen polvo. Y estoy por apostar que él está así porque ahora se arrepiente de haber renunciado a...

—¡Joder, para! —grito—. Estoy aquí, tío... Y hasta los huevos del temita. ¿Tú no eras el primero en decir que nada de presiones?

Camino a zancadas hasta donde tengo mis cosas y me desprendo de mis zapatones, arrancándome después los pantalones de trabajo y cambiándolos por unos vaqueros lo más deprisa posible.

—¿Quieres que recojamos, Rubio? —me pregunta Jaime con mucha cautela.

—Sí. Cuanto antes lo hagáis, antes dejaréis de aguantarme —respondo de mal humor.

Los chicos se ponen a ello, mientras Julián y Colás se acercan a mí y me miran con una pregunta muda en los ojos.

—¡¿Qué?!

—Joder... —Julián meneaba la cabeza con disgusto y se va tras los chavales, ayudándolos a adecentar el lugar. Pero aun así, no es capaz de evitar girarse en el último momento y lanzarme una pulla—. Sea lo que sea, resuélvelo de una puta vez, Rubio.

Aprieto los puños un instante y dejo salir el aire que he estado conteniendo durante un largo rato. Es cuando estoy agachado calzándome las zapatillas que Colás se decide a hablar.

—¿No salió bien? —cuestiona en apenas un susurro.

—¿Qué? —Lo miro pasmado. A pesar de las extrañas y sorprendentes palabras que me dijo aquella noche, no puedo creerme que acabe de preguntarme eso—. No sé de qué...

—¿De qué te hablo? —Colás enarca una ceja haciendo que las gafas le queden medio de lado y esboza una fugaz sonrisa a juego—. Te vendría bien hablarlo con alguien, no...

Me incorporo como un resorte.

—¿En serio? ¿Tú crees? ¿Lo dices por experiencia? —ironizo, pero me abstengo de levantar la voz por mi propio bien—. Lo que tengo que oír, joder.

—Rubio... —Colás tiene la delicadeza de parecer avergonzado y vuelve a meterse las manos en los bolsillos—. Vale, tienes razón. Solo un consejo, si me permites. Por una vez, y sin que sirva de precedente, hazle caso a mi hermano y trata de buscar una solución para...

—Aplicate el consejo, tío —lo corto, clavándole un dedo en el pecho. Colás da un paso atrás y yo bajo la mano, arrepentido de mi arrebato—. Lo siento, pero... Pero, joder, tú también tienes lo tuyo, ¿no crees? ¿No te parece un tanto hipócrita...?

—Bueno... Yo estoy en ello —me interrumpe él ahora, y tras esa frase que me deja fuera de juego, se va sin tan siquiera despedirse de los demás.

Son apenas las tres y media cuando entro en casa.

Genial, ahora ni siquiera cumplo con mi horario de trabajo en condiciones, me digo en cuanto traspaso la puerta y miro el reloj. Menos mal que el cobertizo que estamos construyéndole a Paco no corre demasiada prisa.

Tiro las llaves encima del recibidor y me encamino a la cocina atravesando el salón. Asombrado, descubro que Laura está de espaldas a mí delante del fregadero. Supongo que, entre el ruido del agua y el de la tele encendida, no se ha dado cuenta de mi vuelta. Eso y que tampoco contará conmigo a estas horas, claro. Echo una ojeada y no veo a las niñas por ningún lado, así que decido que este es tan buen momento como cualquier otro para poner los puntos sobre las íes. Que somos adultos, por el amor de Dios.

Me acerco lo más silencioso posible, evitando reparar demasiado en ese pantalón corto que se le ajusta como una segunda piel. Cuando ya estoy a su lado y apoyado en la encimera en sentido contrario a ella, es cuando se da cuenta de mi presencia. Abre mucho los ojos y da un respingo al verme, mientras yo me cruzo de brazos mordiéndome el labio inferior para no sonreír ante ello.

—Hola —digo con la voz más neutra posible.

A Laura se le resbala el vaso que enjabonaba y lo recoge apresurada, después de que este dé varias vueltas contra el acero. Pero no me devuelve el saludo, lo que me hace ahogar un suspiro.

—¿Vas a ignorarme durante mucho tiempo? —pregunto, ahora tal como me siento, frustrado y un tanto inseguro.

Ella gira la cara hacia mí y me mira un instante, pero retira la vista antes de contestar.

—Yo no te ignoro.

—¿Ah, no? ¿Por eso llevas toda la semana encerrada en tu cuarto? ¿Por eso...?

—Eso es mentira —me suelta con los dientes apretados, lavando la cristalería con tanta saña que es increíble que no la rompa.

—No quiero discutir, Laura. —Me doy la vuelta y me sujeto al borde del mármol, resoplando

—. Solo hablar. Me niego a que sigamos así...

Ella sigue a lo suyo, obviando mi frase conciliadora.

—Laura... Esta situación es absurda —insisto. Y cuando veo que ella aprieta la mandíbula, continúo casi en una súplica—. Por favor, hablémoslo. Sé que cometimos un error, que me porté como un gilipollas y te pido perdón por ello, pero... Pero quiero que lo solucionemos. Las niñas...

—No metas a las niñas en esto, joder —me suelta, haciendo mucho ruido cuando suelta de malas maneras los cubiertos que tenía en las manos.

—Vale, pero no pretendía... —Resoplo de nuevo, sin saber cómo salir airoso de esta conversación—. Es solo que no quiero que lo que hicimos les afecte e, inevitablemente, lo está haciendo.

Ella cierra los ojos y coge aire, pero, cuando vuelve a abrirlos, les dedica a los tenedores una atención desmesurada, restregándolos bajo el agua durante mucho tiempo.

—Haberlo pensado antes —susurra, cuando ya creía que no se iba a dignar a volver a hablar.

Y entonces me cabreo. Joder, que yo no he follado solo.

—Por favor, Laura, deja de comportarte como una cría. Sí, echamos un polvo, y sí, los dos lo disfrutamos. Punto final. Somos mayorcitos y tampoco hace falta montar un drama de ello. Sé que yo debí haber omitido algunas frases que...

—¿Papi? No te oímos llegar. —La voz de Llara me frena en seco, y juraría que la cara comienza a arderme. Pero cuando veo a su hermana al lado, es que hasta siento como el fuego se expande por todo mi cuero cabelludo. ¡Mierda! ¿Cuánto habrán oído? Puede que no entiendan con exactitud el significado de todo lo dicho, pero Marta es demasiado inteligente como para no darles vueltas a todas las dudas que mis palabras puedan haberle creado.

—Acabo de llegar —contesto, ni sé cómo.

—¿Estabais discutiendo? —se interesa la mayor.

—No, no. —Miro fugazmente a Laura, que, tan colorada como debo de estar yo, sigue frotando una y otra vez el mismo cubierto.

—¿Para qué sois mayorcitos? —insiste Marta.

—Pues... Pues para hablar como adultos —digo, ahora más tranquilo, esperanzado de que solo hayan oído desde esa parte y, de paso, echándole una indirecta a mi cuñada.

—Ah... ¿Y de qué?

—Pues... de todo.

Mi hija entrecierra los ojos y ladea la cabeza.

—¿De qué drama hablabas?

La Virgen. No solo es superdotada, es que es una auténtica cotilla, coño.

—¿Qué es un drama? —pregunta entonces Llara, mordisqueando la mano de la muñeca que tiene en brazos.

—Algo triste —le contesta su hermana sin apartar la mirada de mí. Y entonces se mueve un poco para acercarse a su tía y buscar su cara. Laura la mira y fuerza una sonrisa.

—Papá hablaba de una película que vimos el otro día, cariño. Una muy triste, sí —improvisa con rapidez—. Tanto que yo no quiero ni recordarla.

Ante esas palabras siento como si alguien me hubiese golpeado el estómago. ¿Tanto le afectó lo sucedido? Jesús... Y entonces cierro los ojos e inhalo y expiro el aire demasiado deprisa. Supongo que, cuando alguien llega virgen a los veinticinco años, es por algo. Y, aunque en el caso de Laura todos los argumentos que se me ocurren no corresponden con lo que yo conozco de su carácter, tengo que, al menos, considerar la posibilidad de que perderla conmigo, de la manera

que lo hizo y tal como acabó, no debe de resultar demasiado bonito, la verdad.

—¿Por eso llorabas la otra noche?

Mierda. ¿También ha llorado? Esto va de mal en peor.

—No lloraba, Marta. —Laura ahora parece tensa, quizá mortificada por que me haya enterado de ese dato—. Ya te dije que estaba acatarrada.

La niña arquea las cejas, incrédula, en un gesto idéntico al que hago yo al mismo tiempo. Sonreiría ante eso si mi relación con Laura no estuviese pendiendo de un puto hilo. Y no quiero perderla, joder. Ni como familia, ni como amiga. Tenía razón mi padre cuando dijo que, después de perder a Clara, ella es lo mejor que me ha podido pasar.

—Y ahora volved a mi habitación, anda. ¿No os gusta la peli que os he puesto en el ordenador?

—Sí, mucho, Mina. Pero Marta la paró para ir a hacer pis —explica Llara.

—Pues venga, id acabar de verla —las apremio. Y, por suerte, obedecen a la primera. Las acompaño y me aseguro de cerrar la puerta del cuarto antes de volver junto a Laura, que sigue en la misma postura en la que la dejé.

—Perdona —le digo, sin saber muy bien a qué me refiero. A todo, me imagino. Es una palabra que me sale sola en cuanto estoy de nuevo a su lado.

Ella aprieta muy fuerte un cuchillo entre sus manos y me mira con los ojos convertidos en rendijas.

—¿El qué? ¿Qué quieres que te perdone, Rubio? —sisea.

—No sé... Todo. Todo lo que consideres que hice mal. Y seguro que es mucho. Pero yo necesito que lo hagas y que podamos hablar del tema, Laura. Dejarlo atrás y...

—¿Qué coño quieres hablar? Está todo muy clarito, ¿no? Tenías ganas de follar y...

—Y había bebido, sí. Dos cosas que, juntas, no te dejan ni pensar, pero tú...

El estropajo impacta contra mi boca tan rápido que no lo veo ni venir. Doy un par de pasos atrás apartándome de él, que cae al suelo, y me limpio con el primer trapo que encuentro, escupiendo el jabón y el agua que se ha colado entre mis labios.

—Joder... —protesto furioso—. ¡Estás como una puta cabra! Coño, qué asco...

—Solo trataba de que no tuvieses que volver a pedirme perdón —me dice, cabreada, con las manos convertidas en puños.

Estrujo el trapo por no estrangularla o zarandearla a ella.

—No tienes ni idea de lo que iba a decir. ¡Y no vuelvas a hacer algo así nunca más!

—¿O qué? —Le falta ponerse de puntillas para resultar todavía más desafiante. Y, maldita sea, pero a mí ahora mismo solo me gustaría besarla hasta dejarla sin aliento. Como eso es algo que sé que no puedo hacer, intento una vez más hacerla razonar.

—Mierda, Laura. Joder. —Meneo la cabeza con disgusto—. Solo quería hablar contigo, pero está visto que es imposible. ¿Tan difícil te resulta que nos comportemos como adultos? Yo volveré a disculparme si es necesario y...

Entonces, la loca esa se echa a reír como eso, como una jodida demente.

—¿Disculparte? Sí, realmente te veo con ganas. Pero esta vez no se arregla solo con un perdón, Chema.

Laura

Estoy tan dolida. Tan rabiosa... que ni siquiera soy yo ahora mismo. Aprieto con fuerza el cuchillo que todavía no he soltado y soy incapaz de filtrar nada de lo que sale de mi boca.

—¿Por qué te disculparías, dime? ¿Por haberme usado en un calentón sin pensar en las consecuencias? ¿Porque me tenías a mano? ¿Por eso? ¿Por, al terminar, restregarme que solo había sido un polvo que no se va a repetir? ¿Por haber traicionado a Clara con su propia hermana? ¿Por no ser lo suficientemente hombre para guardarte la polla dentro de los pantalones? ¿Por qué? ¡Dime! ¿Por qué?

Chema me mira horrorizado, con la frente fruncida de incredulidad e ira. También con vergüenza, con mucha, tanta como la que siento yo. Porque de cada una de mis horribles preguntas, de cada uno de esos crueles ataques, yo soy la única destinaria. Le he trasferido todas mis faltas, todas mis flaquezas, sumando una vileza más a mi pérfido historial. Y, por su cara, sé que él cree haber cometido también cada una de ellas.

No, Chema. La culpa es mía, toda mía. Por haberlo permitido.

Cierro los ojos cuando noto las lágrimas asomando a ellos y aparto la mirada, arrepentida de lo que acabo de hacer y tan abochornada que no sé dónde meterme.

—Yo... Yo... —balbucea él, tras unos minutos de tenso silencio—. Tienes razón. Yo...

—¡No! —Niego con la cabeza rápidamente, no queriendo oírlo—. No. No. Lo... lo siento.

Abro las manos y doblo un poco el cuerpo, tan devastada que no soy capaz ni de sostenerme. El cuchillo cae en el fregadero con un ruido sordo y un dolor lacerante me recorre la palma, pero es tan poca cosa comparado con el que me corroe por dentro que ni me la miro.

—Laura... —Noto como da dos pasos hacia mí y me tenso de inmediato. No soportaría que ahora me tocase. Sé que me romperé al mínimo roce, como una figura de arena, como un círculo de humo—. Yo... ¡Jesús, estás sangrando!

Antes de que me dé cuenta, me coge la mano que sujetaba el cubierto y me la mete bajo el grifo. Observo alucinada la sangre que cae sobre el acero, el corte abierto sobre el que el agua chorrea, una mano flácida entre las de Chema. Y no parece que me pertenezca. De hecho, es como si lo viera todo a través de un tupido velo, turbio y gris.

—Esto necesita puntos, Laura —oigo. Pero lejos, muy lejos.

Y, de repente, tampoco veo. Todo es negro. Un negro liberador.

—Bueno, el médico dijo que te tomases algo dulce, ¿no? Aquí tienes, un cafecito y un cruasán. Que lo disfrutes.

Miro la comida que Nela pone delante de mí y, después, a ella. Estamos en la terraza del bar de Paco, después de salir de la clínica a la que me acompañó tras la insistencia de Chema, que incluso estaba dispuesto a hacerlo él junto con las niñas, tras despertar de mi pequeño síncope.

—No voy a comerme esto. Tengo el estómago revuelto —la advierto, pero lo que sí hago es robarle un pitillo de la cajetilla que acaba de colocar encima de la mesa.

—Uy, no creo yo que después de desmayarte eso sea muy bueno —opina Nela, pero no duda en pasarme el mechero.

—Eres una amiga cojonuda —le suelto tras encenderlo y darle una calada tan profunda que la noto entrar en mis pulmones.

Nela entrecierra los ojos y me mira confusa.

—¿Eso es una crítica?

—No, tonta —aseguro, moderando el tono, pues no me extraña que hasta haya dudado de que se lo decía en ese plan.

Lo que debería hacer es irme a casa y meterme en cama durante un mes, no soy demasiado buena compañía para nadie. Quizá solo para las niñas, las únicas que parecen tener el poder de paliar mi mal humor. Las horas en su compañía son casi un descanso a mis sentimientos; aunque me siento un tanto culpable por haberlas desatendido un poco solo por no coincidir con su padre, al que evité como una cobarde durante toda la semana.

—¿Te molesta mucho? —se interesa Nela observando mi mano vendada.

—No, solo noto como si tuviese ahí otro corazón. —Abro mucho los ojos y hago una mueca que la hace reír.

—Ya, conozco esa sensación. ¿Y lo del desmayo? ¿Qué pasó? No tenía ni idea de que le tenías tal repelús a la sangre.

—Y no se lo tengo. Tampoco fue para tanto, sería una bajada de azúcar, o el calor, yo qué sé —miento.

Sí, miento, porque supongo que sangrar como una cerda solo fue el desencadenante, pero los días que llevo sin apenas pegar ojo y comiendo menos que Gandhi en una de sus huelgas de hambre ayudaron bastante. Y esta vez ni siquiera fue premeditado, sino que mi cuerpo se volvió mi peor enemigo, no rindiéndose ante el sueño ni aceptando comida sin acabar vomitándola a continuación. Es como si tuviese una bola pesada y enorme en el estómago. Una inmensa bola de angustia y culpa.

—Eso o que parece que no hayas comido ni dormido mucho últimamente, tía. Has adelgazado, estás superpálida y tienes unas ojeras horribles.

—Vaya, gracias, yo también te quiero. —Le doy tres caladas seguidas al cigarrillo y lo apago en el cenicero de malas maneras.

—Oye, no te enfades conmigo. Pero tampoco me digas que no te pasa nada, ¿vale?

—Vale, pues no te lo digo, pero no quiero hablar de ello.

—Ni de nada, me has ignorado durante toda la semana. Y no será porque no insistí en hablar contigo, ¿eh?

—Estuve ocupada. Tengo más cosas que hacer que estar colgada al teléfono, Nela.

Ella entrecierra los ojos y se pasa la lengua por los dientes, lo que me dice que está comenzando a enfadarse.

—Pues qué bien. Suerte que yo no lo estaba para ir contigo a que te pusieran esos puntos, ¿no? —me espeta, molesta.

—Tampoco te obligué. Fue Rubio el que se puso pesado y te llamó. Podría haber ido yo sola.

—Claro. Tú te lo guisas y tú te lo comes. Todo. —Y, sin más, acaba su café de golpe y se levanta para volver a entrar en el bar.

Mierda. Ella no se merece que le hable así. Pero es que esta mala hostia que parece haberse expandido por mis venas, desplazando otros sentimientos que gestiono bastante peor, hasta la agradezco la mayor parte del tiempo.

Lo que yo digo, encerrada y sola es donde debo estar. Y a este paso lo voy a conseguir, pero en un manicomio. Necesito como el respirar sacarme todo esto de dentro, digerirlo, perdonarme por ello. Y sé que no lo conseguiré hasta que pague por ello a mi manera, una que todavía no he encontrado, porque, joder, lo que hice es muy fuerte. Muy fuerte. Creo que esta vez ningún castigo estaría a la altura. De ahí la mala hostia.

Por eso evité a todo el mundo estos días y, a Chema, al que más. Porque verlo, escucharlo, olerlo, desearlo y amarlo como lo hago no favorece en nada a la causa. Es como una burla a mí misma. Y más después de saber a qué saben sus besos y cómo se sienten sus manos sobre mi cuerpo.

Joder, ¿por qué narices no puedo quitármelo de la cabeza aunque sea un rato? Entre el recuerdo de todo lo que sentí aquella noche y la culpa de la que casi me alimento, me siento dividida, estafada. Poseída por dos demonios que no se ponen nunca de acuerdo.

—¿Me estás escuchando, Laura?

Parpadeo y me centro de nuevo en lo que estoy. Nela ya está otra vez frente a mí, agarrada ahora a una cerveza con la que hace dibujos sobre la mesa. Me mira fijamente, ya sin ningún tipo de rencor en los ojos. Es lo que tiene, esta chica no sabe ni enfadarse en serio.

—Joder, tía, que te acabo de decir que Colás y yo nos hemos acostado. ¿No vas a decir nada?

—¿Eh? ¿Qué? —Abro tanto los ojos que mis pestañas alcanzan mis cejas.

—Pues eso. —Somríe pícara y se lleva la botella a la boca.

—Pero... eso significa... ¿Estáis juntos de nuevo? —pregunto emocionada y contenta por ella.

—Bueno... No. La verdad, no lo hemos ni hablado.

Asombrada de nuevo, apoyo los codos sobre la mesa.

—A ver, explícate. ¿Cuándo sucedió? ¿Cómo? ¿Y qué es eso de que no habéis vuelto? No entiendo nada.

—Joder —se ríe Nela—, para no querer hablar sobre ti, no te cortas a la hora de saber sobre los demás, ¿no?

—Corta el rollo y comienza a soltar —la apremio.

—Pues no sé el porqué, pero pasó el domingo por la tarde. Y el cómo, pues... Te lo puedes imaginar.

—¿El domingo? —pregunto en voz alta, aunque no era esa mi intención.

—Sí, justo cuando llegó con los chicos de Cudillero. —Eso es exactamente en lo que yo estaba pensando, en qué coño les habrán dado en ese lugar. O en lo que no.

«Mierda, no sigas por ahí, Laura».

—Cuando llamaron a la puerta de mi casa y lo vi allí, con las manos en los bolsillos, no me lo podía ni creer, Laura. Me invitó a dar una vuelta, así, sin más. Saludó a mi madre, que salió al oír su voz, tan sorprendida como yo, y luego... Pues nada. Nos montamos en su moto y dimos un paseo de alrededor de dos horas. —Se muerde el labio inferior con la vista perdida, soñadora, y continúa sin apenas mirarme—. Joder, cómo echaba de menos estar así, agarrada a su cintura y solo disfrutando de su calor, del paisaje, del aire y de la velocidad.

—Y no hablasteis.

—No, claro. En la moto es verdaderamente difícil y sabes que él odia los intercomunicadores esos que...

—Vale, vale, al tema —la corto.

—Cuando regresamos al pueblo, aparcó delante del piso de Gerardo y Pedro, me cogió de la mano y subimos. ¿Sabes que prácticamente está viviendo con ellos desde que lo dejamos? Incluso abona su parte y tiene una habitación allí... Bueno, qué tontería. No va a pagar por subir a tomarse un café.

—Ah, bien, veo que al menos eso sí te lo contó.

—No, en realidad fue Pedro el que me puso al corriente. Nos lo encontramos arriba tirado en el sofá; y lo comentó entre broma y broma, puteando a Colás sobre algo de una pelirroja y su amiga... La verdad, no le hice mucho caso, pues a esas alturas ya estaba un poco nerviosa.

—Después de oír que tenía ahí un dormitorio, quieres decir.

—Pues sí. No es que no lo deseara... ¡Uff! Pero bueno... Tampoco pensé que subiéramos a eso, y esa información lo cambió todo. Sobre todo cuando, después, me llevó a su cuarto.

—Y no hablasteis —repito como un loro.

—No. —Suelta una risita entre triste y eufórica y se toquetea el pelo—. Fue lo único que no hicimos.

—¿Ni al acabar? —Sí, soy una pesada, pero es que no entiendo nada.

—No. Nos vestimos y me acompañó a casa.

—Pero... ¿no te dijo nada? ¿Nada de nada? Algo os diríais, digo yo.

—Bueno, se despidió con un «te llamo».

Respiro aliviada.

—Vale. ¿Y lo hizo?

—No, todavía no.

—¿Qué? Estamos a viernes. ¿No te llamó? Pero... ¿qué coño tiene ese tío en la cabeza? Tú no eres un rollo cualquiera, joder. Tú eres... Tú eres...

—Ehh, tranquila, no pasa nada.

—¿Cómo puedes decir eso? ¿Te echa un polvo y te ignora después y no pasa nada? Sí que pasa, joder. Le faltó decirte que... —me callo de repente, cuando me doy cuenta de que estoy traspasando a su relación toda la rabia de lo sucedido con Chema. Y eso no es justo, sobre todo porque Nela no parece molesta, sino tal vez un pelín preocupada.

—Lo que ocurrió es un gran paso, ¿no lo ves así? Creo que él estaba tan sorprendido como yo de haberme buscado, así que a lo mejor necesita algo más de tiempo para... Para perdonarme del todo o... O lo que sea. —Sonríe tímidamente y se encoge de hombros—. Yo... Yo ya había perdido todas las esperanzas, así que esto... Esto me lo tomo como un regalo, Laura. Estar con él de nuevo fue... Fue maravilloso, joder.

Enciendo otro cigarrillo y cojo la taza del café, deseando que se convierta en tequila. Dios, las palabras que ha pronunciado me han llegado al alma, porque, aun a pesar de mí misma, son las que están escritas en mi corazón, la costura que mantiene unidos los trozos. Mi cabeza, mi hermana, y sí, también mi orgullo, esos son otro cantar.

—Te llamará —me encuentro diciendo sin haberlo pensado. Porque tiene que hacerlo, joder. Ellos se merecen ser felices. Tienen que serlo.

—Eso espero, tía. —Apoya los antebrazos sobre la mesa y acerca su cara a mí—. Y ahora tú. Suéltalo de una vez. ¿Qué fue lo que pasó desde el sábado para que estés así, Laura?

—¿Qué? ¿Así, cómo? No pasó... nada.

—Vale, como tú digas. Entonces, ¿por qué tienes la mirada más triste del mundo? —Se separa y se muerde el labio inferior, estudiándome—. Joder, Laura. ¿Quién es él? ¿Y qué te hizo?

Me echo hacia atrás como si así esquivara las preguntas con las que acaba de acribillarme. No sé qué decir. Y la verdad no es una opción, aunque una parte de mí sabe lo que me aliviaría poder descargar todo esto que está quemándome, pero la otra... La otra se lo calla, lo esconde... Como lleva haciendo toda su vida. Ocultando un amor prohibido que he elevado a la categoría de sórdido al haber...

—Hola, chicas... ¿Qué tal? —oigo a alguien saludándonos a nuestro lado.

—Hola, Nieves. Bien, como siempre —respondo deprisa, agradeciendo su presencia como nunca. Me fijo en que Angelines y Aída están demasiado cerca para mi gusto, pero decido ignorarlas y centrarme en mi amiga, una a la que el recuerdo de años de amistad la reconocen como tal, aunque ahora nos veamos más bien poco—. ¿Tú cómo estás?

—Bien. Muy bien. ¿Qué te ha pasado?

Me miro la mano, donde ella tiene los ojos clavados.

—Nada. Un accidente tonto.

—Ya sabes que nuestra Laura es un poco patosa, ¿no? —se chaceo Nela con una sonrisa.

Nieves se ríe y entonces la chillona voz de Angelines entra en mis oídos, produciéndome un escalofrío desagradable.

—¿Un accidente casero, Laura? ¿Haciendo tareas domésticas? —cuestiona con evidente burla, andando hacia nosotras y arrastrando con ella a Aída de la mano.

Aprieto la mandíbula, pero fuerzo la sonrisa más encantadora posible, aunque mis palabras no vayan en consonancia.

—¿Y a ti qué mierda te importa? —y lo digo totalmente en serio. Ella y yo apenas nos hemos relacionado nunca, por eso no entiendo esta inquina que me muestra ahora y la que también demostró en aquella conversación que oí a escondidas. Recuerdo que era compañera de clase de Clara y que ya entonces era odiosa, pero más por comentarios que por otra cosa.

—Por favor, qué carácter. Aunque bueno, después de estudiar en la capital, supongo que haber acabado siendo la chacha y niñera de Rubio, pues...

—Ange...

Interrumpo a Nieves, levantándome tan rápido que casi tiro la silla al suelo.

—Mira, Angelines de los dientes...

—¿Qué has dicho?! —se altera ella, abriendo muchísimo los ojos.

—Es que, en tu caso, Angelines de las narices, o de los cojones, no me parece apropiado, bonita —expongo con una calma escalofriante. Tanto que si tuviese dos dedos de frente se marcharía corriendo. Pero no, claro, la tía se eriza todavía más.

—¡Eres...! ¡Eres...!

Espero casi ansiosa el insulto que no parece encontrar. Lo cierto es que enfrentarme a ella es una terapia tan buena como cualquier otra para soltar la ira que desbordo por cada uno de mis poros.

—¿Qué? ¿Qué soy? —la apremio.

—Laura, por favor. —Nela se levanta y pone una mano en mi brazo, pero yo ni la miro, ocupada en fulminar a la venenosa morena.

—¡Eres una vulgar...!

—¡Bueno, bueno, pelea de gatas! —Estoy dando un paso hacia ella cuando oigo esa frase, a la vez que siento unas manos en mis hombros—. Venga, chicas, un poco de clase...

Me sacudo el agarre y giro la cabeza para mirar a Selmo.

—Nadie te ha dado vela en este entierro, joder —le espeto—. Lárgate.

Pero él sonrío y se deja caer en una de las sillas vacías en nuestra mesa.

—Vale, vale. —Pone las manos en alto y amplía la dichosa sonrisa—. Si queréis seguir... Adelante.

Resoplo y vuelvo a encarar a Angelines, que parece haberse quedado sin palabras ante la llegada de Alonso.

—Yo solo me preocupaba por su mano —le explica la dentada a él, toda modosita ella.

—Ah, ¿qué te ha pasado ahí? —me pregunta él, entrecerrando los ojos.

Vuelvo a resoplar ante la falsa inocencia de ella y la no menos falsa preocupación de él, y ocupo de nuevo mi asiento al ver que mi mala leche no va a tener la salida que preveía.

—Nada que os interese. Y levántate, Alonso, nadie te ha invitado a...

Me interrumpo, incrédula, cuando observo como Lucas se sienta a su lado y Hugo acerca otra

silla, que habrá cogido de alguna de las mesas de al lado. Ni siquiera había reparado hasta ahora en que también estaban por aquí.

—Pero... ¿qué...? —balbuceo flipada, observando como Hugo se acomoda y da una palmadita sobre su muslo, que es inmediatamente ocupado por Nieves. Miro a todos, uno a uno, captando la cara igualmente alucinada de Nela y su encogimiento de hombros. Entonces una risa sarcástica se escapa de mi boca mientras muevo un dedo en el aire—. ¡Genial! Estamos todos, ya pueden colocar la carpa.

Selmo se ríe a carcajadas ante mi salida y los demás no disimulan la sonrisa, pero Angelines no parece muy contenta con ella.

—¿Qué estás insinuando? Aquí la única payasa eres tú.

—Sí, bonita, tú en todo caso serías el conejo del mago —le espeto sin mirarla, causando ahora más risas.

—¡Oye! No te pases ni un pelo —protesta, ahora mirando hacia sus amigos.

Pero ellos no parecen muy por la labor de defenderla. De hecho, Selmo sonrío y apoya los antebrazos en la mesa, acercando su cara a mí.

—¿Ya te he dicho que me encanta cómo has dejado mi cuarto?

Pongo los ojos en blanco y hago el amago de levantarme, pero él me frena poniendo una mano sobre mi brazo.

—Venga, por favor, déjame invitarte a algo. Y no solo por lo de mi cuarto. —Entonces fija la mirada en mi venda con aparente interés—. ¿Y qué te ha pasado ahí?

Lo miro confundida, porque, o es muy buen actor, o en serio parece preocupado. Y entonces, a través de mi mal humor, se cuelan unas reflexiones que mi mente había guardado en algún lugar; unas que me llevan a reconocer ante mí misma que puede que Selmo no sea tan capullo como yo creía. No voy a obviar todo lo mal que se portó en el pasado, eso no; pero trabajar en casa de los Alonso no solo trajo consigo un buen dinero que alegró mi cuenta corriente, sino el conocimiento de que él es otro allí dentro. Atento, simpático y tan protector con su hermana que hasta resulta gracioso. Aunque supongo que a ella gracia le hará la mínima. Incluso conmigo cambió su actitud después de aquella primera escena en su cuarto. Su chulería innata y ese humor pícaro y a veces fuera de lugar seguían ahí como muescas de su carácter, pero también es justo decir que fue amable y hasta divertido en algunas ocasiones.

Sin embargo, si algo también tengo claro a pesar de sus virtudes recién descubiertas, es que nunca seremos amigos. El agua y el aceite nunca hicieron un buen aliño.

—Solo me he cortado —acabo por responder—. Y, en serio, se agradece la invitación, pero prefiero que os vayáis. Nela y yo estábamos muy a gusto aquí las dos solas.

Miro a Nela, que también parece flipar a cuadros por que estos se hayan acoplado de esta forma, y de nuevo me giro hacia Selmo, que me observa con atención.

—Lucas, pide unas cañas dentro, anda —le ordena a su amigo sin tan siquiera mirarlo. Y después se dirige a Angelines y Aída, que siguen de pie, esta última bastante incómoda, o lo parece por la manera en la que mueve los pies—. Coged unas sillas y sentaos, ¿no?

—Oh, no os preocupéis —me apresuro a contestar, poniéndome en pie, cosa que Nela imita al instante—. Ya os dejamos nosotras estas libres.

—Joder... No os vamos a contagiar nada —masculla Lucas por lo bajo, incorporándose.

—Bueno... Yo no estaría tan segura —le contesto entre dientes, aguantándole la mirada que me lanza—. Y ahora, adiós, chicos. Nieves, nos vemos.

Y, sin más, comenzamos a alejarnos de ellos, dejando a Lucas negando con la cabeza y a Selmo sumamente divertido, o eso refleja su sonrisa. Pero cuando creo que ya nada puede ir a

peor en el día de hoy y apenas hemos dado unos pasos, oigo a Aída a mi espalda susurrando mi nombre.

Sorprendida, me giro hacia ella.

—Oye, Laura... Yo quería decirte que... Angelines...

Sin pensar, hago un ademán con la mano sana interrumpiéndola.

—No me apetece oír nada sobre ella, Aída —le digo seria, pero intentando no intimidarla. Porque la pobre se ve bastante apurada, la verdad.

—Ya. Yo solo quería... Bueno, tienes razón. Da igual. Pero, ahora que estamos hablando... esto... ¿Cómo está Rubio?

Pasmada. Ahora es como estoy. Mientras ella, un tanto avergonzada, espera mi respuesta a esa pregunta que ha hecho casi en un murmullo inaudible. Pero que yo he oído bien, demasiado bien.

—Bien. Bueno... Bien —respondo, ahora alucinando por colores.

—¿Le darías recuerdos de mi parte? Por favor —me pide antes de irse, sin esperar contestación.

—Eh... Sí —acierto a decir, ya a su espalda. Y clavo de nuevo los ojos en Nela, buscando en ella algún tipo de explicación a esta escena sacada de alguna película de serie B.

—Sin comentarios —replica ella, leyéndome el pensamiento.

Suspiro sonoramente y ruedo los ojos, flipada. E intento por todos los medios ocultar otro sentimiento bajo la sorpresa. Uno molesto. Uno inadecuado y que me hace apretar los dientes. Porque soy incapaz de ignorar lo mucho que me escuecen las palabras de Aída. Joder, es justo la única emoción que me faltaba para alimentar mi rabia. Los celos. No, no, no. Es que me niego... Es absurdo, es...

—¿Qué te parece este plan? —Nela corta mis desastrosos pensamientos enlazándose en mi brazo—. Vamos a la farmacia a por los calmantes que te han recetado, a mi casa a cambiarme y al Pantera a picar algo. Y luego...

Pero yo acepto sin acabar de oírla. Mi subconsciente ha oído hablar del pub y solo ha pensado en una cosa. Alcohol. Alcohol y calmantes... Me parece lo ideal para olvidar por un rato que mi vida se ha vuelto del revés.

CAPÍTULO 32

Chema

—¡Dios mío! En las fotos que me mandaste las niñas están preciosas. Y tan grandes... Me muero por conocerlas en persona. Pero ya falta menos...

—Sí, lo cierto es que cuando nos demos cuenta estarás ya aquí. Agosto está a la vuelta de la esquina...

—A mí se me va a hacer eterno. —Suspira mi hermana—. No te puedes imaginar las ganas que tengo de veros a todos. Lo que me da pena es viajar sola, pero qué se le va a hacer.

—Ya. Yo también lo siento, pero, como bien dijiste, tu hijo ya no está en edad para obligarlo a venir y tu marido... Bueno, si no puede dejar la rehabilitación, pues no puede.

—No. O no debería, al menos, a pesar de que ya está mucho mejor.

—Eso es genial, así que dale un abrazo de mi parte y dile que se ponga las pilas, que tiene que acompañarte en alguna otra ocasión —la animo, apoyando el móvil en mi cuello mientras me enciendo un cigarrillo.

—Ojalá...

—Y, oye.... Viajarás sola, pero te prometo que aquí no lo estarás. Además, no te olvides de la misión que te encargué. Tienes que intentar convencer a papá y mamá para que se jubilen de una vez.

—Uff. Si tú no lo has logrado durante estos últimos años... Pero haré todo lo posible, cuenta conmigo. Supongo que el motivo no será que aún esperan a que tú te quedes a cargo de la ferretería, ¿no?

—Hombre, a estas alturas, no lo creo. Pero nunca se sabe. Ya sabes cómo es mamá...

—Sí, terca como una mula. —Se echa a reír—. Venga, y ahora te dejo, que tengo que irme al trabajo. Un beso muy grande y hablamos, ¿vale?

—Vale. Un beso para ti también.

Cuelgo el teléfono con una sensación extraña, como cada vez que hablo con ella. Supongo que aún no me acostumbro a tenerla ahí, tan lejos, sí, pero cercana a la vez. Porque lo cierto es que, de un tiempo a esta parte, casi sin ser consciente, nuestras llamadas se han incrementado y hemos ensanchado nuestra relación de hermanos, entremezclándola con la amistad. A ver, el cariño lo había, claro. La sangre tira y todo eso. Pero no la extrañaba. Imagino que no puedo echar de menos algo que nunca tuve. Apreciaba a esa persona con la que hablaba de vez en cuando y de la que tengo un vago recuerdo de mi niñez, pero, de la misma manera, podía pasar meses sin tener el mínimo contacto y no echarla en falta. Por eso soy del todo sincero al decir que no me importó demasiado el no tenerla cerca cuando perdí a Clara, el día de mi boda o cuando nació cada una de mis hijas.

Además, sería del todo hipócrita que me hubiese molestado su ausencia cuando yo tampoco he hecho nunca por ir a verla. Eso y que conozco la causa por la que no vino al entierro de mi mujer. Su marido, Fernando, había sufrido un accidente bastante grave al caer de una obra en la que trabajaba, y todavía seguía en el hospital en aquella maldita fecha.

Me siento en el sofá y le doy un trago a la cerveza que tengo sobre la mesa, ya medio caliente.

Adela llega el ocho de agosto y va a pasar aquí dos semanas, lo que ha hecho a mis padres

decidir celebrar de una manera especial su cincuenta aniversario de bodas, ya que coincide, además, en ese primer fin de semana. La verdad es que espero con ansia su visita. Por una vez sé que voy a disfrutar de mi hermana, una de esas con las que puedes hablar de todo y que no solo el ADN marque el porqué de una relación. Supongo que nos llegó el momento, cuando la diferencia de edad ya no nos perfila como personas. Ahora ambos somos adultos y podemos tratarnos como tal.

Adultos. Esa palabra me hace pensar en Laura. Me llevo una mano al pecho y me lo froto a la altura del esternón. Joder, todavía me dura el susto de verla desplomarse de aquella manera. De no haberla sujetado, la hostia habría sido de las buenas. Los minutos que tardó en volver en sí se me hicieron eternos. No sabía qué coño hacer, salvo darle pequeñas palmadas en las mejillas y echarle un poco de agua. Bueno, al final también le subí las piernas, recordando haberlo oído alguna vez, lo que pareció clave para que despertase.

Miro el reloj y voy a por otra cerveza a la nevera. Mierda, no quedan. Bebo agua fría directamente de la botella y, de vuelta en el sofá, jugueteo con el mando a distancia sin tan siquiera encender la tele.

De nuevo, por si un milagro ha hecho correr mucho la aguja desde hace dos minutos, le echo otro vistazo al reloj. Y me insulto, por gilipollas, aunque tampoco puedo evitar seguir esperándola.

Ya es cerca de la una de la madrugada y Laura todavía no ha regresado a casa. Sé que se encontraba bien cuando salió de la clínica, donde le dieron unos puntos de sutura. Pero lo sé gracias a Nela, a la que le pedí que me mandase un mensaje en cuanto acabaran, pues por mi cuñada podría esperar sentado. Como ahora.

Pero tenemos una conversación pendiente y estoy dispuesto a tenerla hoy. Después de que despertara ni me lo planteé, su mano no dejaba de sangrar y necesitaba que la viera un médico, pero estoy más que harto de esta situación y creo que los dos necesitamos hablarlo para poder seguir viviendo como hasta ahora. Cómodos, como amigos, joder, no como putos extraños o, lo que es peor, como un matrimonio con la espada del divorcio pendiendo sobre sus cabezas.

Y todo por un puto polvo. Jesús, si lo sé me ato a aquella barra y no salgo del puñetero bar.

«Ya. Eso lo dices ahora. Pero el sábado te morías por ella, colega».

Y si solo fuese el sábado... Hoy, sin ir más lejos, a pesar de todas esas puñaladas que salieron de su boca, tan acertadas y dolorosas, una parte de mí solo quería volver a subirla a la mesa y demostrarle que no son ciertas. No me la follé por tenerla a mano, ni por un calentón, y mucho menos quiero que no se repita. Aunque sea lo mejor... Porque lo que dijo sobre Clara... Joder, ahí lo clavó. Nombrarla lo volvió todo obsceno, cuando de lo único que somos culpables es de haber disfrutado del mejor sexo que recuerdo. Que sí, que ella debería ser la última mujer con la que follar o a la que desear, pero... Pero no deja de ser una, ¿no? Y una que me calienta la sangre de una manera bestial.

Me recuesto contra el respaldo y me paso las manos por el pelo con la vista clavada en el techo. Por desgracia, también me calienta la cabeza. La tengo como un puto bombo de tanto pensar. Me gustaría hacerle tantas preguntas... ¿Por qué está así? ¿A qué viene esta actitud irracional? Porque comprendo que habernos acostado fue un error, pero ella parece tan dolida... El cabreo ya lo entiendo más, pues es lo único que se merece el apoteósico final con el que marqué la pérdida de su virginidad. Joder, ¿y eso? Esa cuestión me tortura las entendederas, me tiene pasmado y totalmente desconcertado. No me lo hubiese esperado en la vida y lo que me jode todavía más es que, después de saberlo, actué como un auténtico cabronazo.

—Dios, Clara... ¿Contigo era tan gilipollas? No, ¿verdad? Contigo todo era fácil, sencillo.

Tan perfecto...

Mi olfato es asaltado de repente por un aroma que me hace separar la espalda del sofá, tan rápido que hasta noto un pinchazo. Qué demonios... Pero no. No lo estoy imaginando. No es, como siempre quiero creer, fruto de una ilusión. Pero hacía tanto tiempo que esto no sucedía de nuevo... que quise olvidarlo, hacer como si hubiese sido poco más que un sueño. Su olor. Ese olor tan suyo que invade mis fosas nasales como si la tuviese al lado. Joder, no, no puede ser...

Meneo la cabeza y me tapo la cara con las manos. No. Es superior a mí pensar que pueda estar entre nosotros. Que, por algún motivo, no descanse como se merece. Que... Mierda. Que sea testigo de lo que estoy haciendo, babeando por su hermana como un viejo verde o un adolescente salido.

Respiro hondo y suelto el aire despacio, aliviado al no encontrar esta vez ni rastro de su aroma. Vale, seguro que ha sido producto de mi desesperación. Del cansancio. De comerme tanto el tarro que ya comienzo a tener visiones, u olores, o lo que coño sean.

Yo no creo en el más allá, por Dios. Supongo que algo habrá, pero nunca me he parado ni un segundo a pensar en ello. Quiero creer que, cuando nos morimos, estamos en una especie de paz constante, como cuando dormimos a pierna suelta. Y mucho menos puedo considerar que mi mujer nos ronde, porque entonces podría volverme loco. ¿Qué clase de broma cruel sería esa? ¿Tenerla y no tenerla? ¿Saber que me ve, pero que está sufriendo a cada momento por lo que echa de menos?

No. Antes prefiero creer que no hay nada. Que solo somos un cuerpo que acaba putrefacto y desapareciendo en una caja de madera. Aunque esa sea una imagen que me revuelve las entrañas cuando pienso en el de Clara.

Cierro los ojos, me dejo caer hacia atrás y me los tapo con el antebrazo.

Y, en esa extraña postura, algo me despierta varias horas después. Me duele todo el cuerpo y tengo la cabeza embotada como si hubiese estado bebiendo. Quizá por eso mi cerebro no registra con claridad lo que mis ojos ven.

Laura está a cuatro patas en el suelo de la cocina y, por cómo mueve las manos, parece buscar algo en él. Pestañeo para aclararme y me levanto muy despacio.

—Mierda... Mierda. ¿Dónde están? —dice para sí, desplazándose un poco hacia delante.

La miro con los ojos entrecerrados y doy un paso adelante.

—Laura...

Ella, con movimientos lentos, me mira y se incorpora un poco, sentándose sobre sus talones.

—Se me han caído —me informa con un encogimiento de hombros.

—¿Qué? ¿El qué?

—Las pastillas. Han salido... volando. —Abre mucho los ojos y gesticula con las manos en el aire—. Plis, plas, plus, volando.

Arqueo las cejas y la observo con detenimiento.

—¿Has estado bebiendo? —pregunto, sabiendo de antemano la respuesta.

—Un poco —contesta con una risita—. Una... cerveza. No, dos. Espera... —Guiña los ojos y ladea la cabeza—. ¿Un par de pares? No sé...

—Jesús... Anda, levántate y... —Pero ella me ignora, de nuevo a gatas y continuando con su búsqueda.

En dos zancadas me acerco a la mesa, donde la caja de los calmantes está abierta. La cojo simplemente para hacerle saber que allí tiene más, pero me quedo perplejo mirando la tableta.

—¡Joder! ¿Has bebido y te has tomado...?

—¡Ahh! ¡Aquí estáis, traidoras! —chilla ella con alegría y, ante mis ojos sorprendidos, se

mete en la boca una pastilla y se la traga así, sin agua ni nada. Cuando va a hacer lo mismo con la otra, casi me lanzo a por ella, consiguiendo que la pastilla se le caiga otra vez—. ¡Qué! ¿Qué haces?

—¿Estás loca o qué coño te pasa? —La levanto por un brazo y tengo que hacer un ejercicio de control absoluto para moderar mi tono en consideración a las niñas—. ¡Estás borracha, joder, y te has tomado siete calmantes! ¡Siete! ¿Desde qué hora?

Ella intenta fijar la vista en mí, pero no me pasa inadvertido que sus pupilas, un poco dilatadas, se mueven de un lugar a otro, sin lograrlo, así como que sus pestaños duran más de lo normal, como si en cualquier momento se fuese a quedar dormida.

—¡Laura!

—¡Qué! ¿Qué? Dios, tengo mucho sueño... Y... Y estoy bien. Muy bien... En realidad.

—¿Estás bien? La madre que te parió —murmuro, incrédulo.

—No... No te enfades. —Sonríe casi con timidez y acaricia con dos dedos mi entrecejo—. Se te hacen arrugas aquí y... aquí. —Toca ahora las comisuras de mis labios y vuelve a cerrar los ojos.

—Joder, no me lo puedo creer... —La meneo un poco, lo justo para que vuelva a mirarme—. ¿En qué estabas pensando para hacer algo así?

—Pues... en olvidar. —Se echa a reír—. Y en dormir. Hace mucho que no... —Ladea la cabeza y se pone ahora muy seria—. En olvidar.

Noto como mi cabreo es sustituido por una ternura infinita al oírla. Pero eso no quita que mi preocupación por ella no sea mayor que eso, lo que me hace casi gruñirle.

—Eres una inconsciente. Una puta alocada, joder. ¿Cómo se te ocurre hacer esto?

Ella da un paso atrás, soltándose de mi agarre, y se desequilibra, por lo que la sujeto cogiéndola, esta vez, de la cintura. Y, mierda, nos quedamos demasiado cerca uno del otro. Pone sus manos en mi pecho y apoya la frente en él.

—Yo... Yo...

—¿Tú qué?

—Yo... Joder, voy a vomitar.

—Aguanta un segundo. —La guío lo más deprisa que puedo hasta el baño, mientras ella se tapa la boca con las manos.

Abro la tapa del váter y apenas me da tiempo a apartarme cuando comienza a echarlo todo fuera, dejándose caer de rodillas y casi metiendo la cabeza dentro de la taza.

—Muy bien. Échalo todo, vamos. —Retiro su cabello de la cara sujetádoselo en la coronilla con una mano, mientras con la otra le acaricio la espalda sin ser apenas consciente—. Venga, tranquila. Ya está —susurro cuando parece haber acabado, acuclillado a su lado y entregándole un trozo de papel para limpiarse.

Pero, mientras ella se adecuenta, no puedo evitar volver a enfadarme por lo que ha hecho.

—Agradece que tu cuerpo lo haya eliminado por sí solo, porque ya estaba pensando en mil formas de hacerte vomitar para...

Una nueva arcada interrumpe mis palabras, pero ella solo escupe algo de saliva antes de volver a limpiarse y mirarme con los ojos húmedos de lágrimas.

—No... Yo... —Incapaz de decir lo que pretende, baja la tapa y recuesta una mejilla en ella, con la cara vuelta hacia mí—. Yo... Joder, me encuentro fatal.

—Te lo tienes merecido. Joder, Laura, ya tengo bastante con estar pendiente de las niñas, para que tú te comportes como una estúpida adolescente que no sabe ni beber. Mira que mezclar...

—Shh, shh. No me... No me sermo... sermo... Sermo... Eso.

A pesar de mi enfado, no puedo evitar disimular una sonrisa y mi mano actúa por voluntad propia, metiéndole tras la oreja un rizo que se le ha atravesado sobre un ojo, para luego acariciarle la mejilla, fugaz. Lo que me pasa con esta chica no es normal. Paso de la furia a la ternura tan rápido que mi estómago siente el vértigo propio de la velocidad y las bajadas de una montaña rusa.

—Vale, no lo haré. ¿Te encuentras mejor?

Ella cierra los ojos y suspira.

—No —contesta con sinceridad después de unos segundos en los que creí que se había quedado dormida.

—¿Estás mareada? ¿Quieres vomitar de nuevo?

—No sé... Quiero... morirme. Aquí... Con mi amiga *Roca*.

Esta vez no escondo la sonrisa y vuelvo a apartarle los traviesos mechones que tratan de taparle la cara.

—¿Quieres acostarte? Esa postura no parece muy cómoda. Venga... —Hago el amago de levantarme para moverla de ahí, pero entonces ella pone una mano sobre una de mis mejillas y clava sus ojos en los míos.

—Eres tan dulce... —murmura, dejándome perplejo—. Clara me lo decía siempre... Que eras dulce... —Compone la sonrisa más triste del mundo y luego continúa, aunque juraría que habla más consigo misma que conmigo—. Y yo me burlaba porque... Porque eso era una... Una ñoñería, joder. Ningún... hombre lo... lo consideraría... un piropo.

Bueno, en eso casi le doy la razón. ¿Yo, dulce? Es verdad que con Clara yo era muy cariñoso y delicado, porque ella era tan sensible que sacaba lo mejor de mí. Pero... ¿dulce? Eso quizá es pasarse, ¿no?

—Laura... —la llamo instantes después, lo que me ha llevado reponerme de la sorpresa de sus palabras, y observo que está con los ojos de nuevo cerrados—. Laura...

—Déjame... —habla sin abrirlos—. Déjame dormir.

—Sí, vas a dormir. Pero en una cama. —La sujeto por las axilas y la pongo en pie—. Vamos...

Ella apoya su frente contra mi pecho con la barbilla baja y, de pronto, me empuja, mirándome con una mueca de asco.

—Joder... Apesta —dice.

Suelto una carcajada después de un momento de incredulidad. Lo que tengo que oír...

—Eres tú. Tienes la camiseta manchada de vómito —la informo con algo de burla, señalándole las salpicaduras a la altura de sus pechos.

Baja la mirada hacia ellas y las mira confundida, como si no tuviese ni idea de cómo ha podido suceder tal cosa. Entonces, con movimientos más bien torpes, comienza a levantársela con el propósito de deshacerse de ella.

—¿Qué? ¿Qué haces? —pregunto con los ojos como platos, viendo ya su sujetador, de un inocente color azul cielo, pero que, joder, desborda unas nada inofensivas tetas. Como un idiota, me encuentro pensando que alguien debería decirle a esa chica que tiene que usar una talla más.

—Quitar... Quítarla. —Con dificultad, intenta quitarse las mangas sin sacársela por el cuello, por lo que, al querer retirar el segundo brazo, se queda atascada de la manera más rara.

—Ay... —gime, tirando con todas sus fuerzas—. No... No puedo.

Resoplo y estiro la prenda, ayudándola a rescatar la oprimida extremidad y, luego, doy un par de pasos atrás para no estar demasiado cerca de toda esa carne expuesta. Que ya sé que no dice mucho de mí que me esté excitando en estos momentos, con ella en ese estado y eso, pero, Jesús...

Laura gira sobre sí misma varias veces, con la camiseta hecha un guiñapo en sus manos.

Parece que no sabe qué hacer con ella, pero acaba por tirarla dentro de la bañera con demasiado impulso, tanto que se tambalea.

—Cuidado. —La atrapo, intentando tocar lo menos posible—. En serio, creo que te vendría bien acostarte.

—Sí. Una cama. —Emite un suspiro larguísimo y se recuesta contra mí, pero al segundo siguiente saca mis manos de su cintura y vuelve a empujarme—. Y no me toques, joder. No hace falta.

—Está bien. No te toco. Pero si me permites un consejo, deberías lavarte los dientes. Mañana por la mañana vas a tener suficiente con la resaca para que, por encima, la boca te sepa a perro muerto.

Suelta una risita absurda y apoya el vientre en el lavabo, mientras se pone pasta dentífrica en el cepillo de dientes. Se los lava a conciencia y, todavía con el agua abierta, se agarra a la pileta con mucha fuerza y se encorva sobre sí misma.

—Eh, ¿estás bien?

—Como Rambo. —Suelta otra risita de esas y me mira de reojo—. Tampoco... siento las... piernas.

—Venga, a la cama. A dormir la mona —apunto riéndome entre dientes ante su comentario.

Laura se deja llevar hasta su cuarto dócilmente, pero dando pasitos cortos y soltando breves carcajadas que, a veces, hasta parecen sollozos. Una vez al lado de la cama, se deja caer de cualquier forma en ella, quedando atravesada y en una postura imposible, ya con los ojos cerrados. Pongo una rodilla sobre el colchón e intento tirar de ella para ponerla más cómoda y en su sitio, pero ella me sorprende cuando, tras abrir los ojos como platos y encontrarme a escasos centímetros, se cuelga de mi cuello enterrando la cara en él.

—No me cuides... —gime, entre lo que, ahora sí, estoy seguro de que son sollozos—. No me... No me lo... merezco.

—No seas tonta. —Le acaricio la espalda con suavidad y sonrío—. Esta noche no has demostrado mucha inteligencia, pero...

Se aparta lo justo para mirarme, con los ojos brillantes y las mejillas húmedas.

—Nos... hemos acostado, Chema —expone sin venir a cuento, haciendo que pierda la sonrisa—. Eso... Eso ha estado mal. Muy... mal.

No le contesto porque no sé qué decir, así que me quedo callado mientras ella ladea la cabeza y después la baja, clavando los ojos en el edredón. Se separa de mí lo suficiente para empujarme poniéndome las plantas de sus pies en mi pecho, pasando de un estado a otro tan rápido que va a volverme loco.

—Vete, vete. Tú... Tú... Estás en mi... cama. —Vuelve a mirar a su alrededor confusa y de nuevo a mí. Y entonces menea la cabeza y suelta un suspiro inmenso—. Buf... Tú, yo... Una cama...

No puedo evitar, ante sus balbuceos y el significado que encierran, mirarla divertido a pesar de mí mismo. Enarco las cejas y compongo una sonrisa torcida.

—Tranquila. No corres peligro, prefiero a las mujeres sobrias —la informo con retintín. Y solo consigo que comience a reírse como una loca.

—Tienes razón. Eres tú... Eres tú... el que tiene que... estar borracho.

Aprieto la mandíbula al oírla, todavía de rodillas sobre el colchón.

—Eso tampoco es así —le digo, para que le quede clarito de una buena vez, aunque no esté muy seguro de que mañana recuerde algo—. No me acosté contigo porque estuviera borracho, Laura. Ni porque te tuviera a mano. Yo... Yo...

Laura no me deja terminar, interrumpiéndome al incorporarse muy deprisa y, adoptando la misma postura que yo, me tapa la boca con una mano.

—No lo digas. Por favor... No —me suplica con la voz rota—. Nosotros no... No podemos.

Y entonces me abraza. Muy fuerte. Apretujando sus pechos contra mi torso y clavando sus dedos en mi espalda. Dos segundos. Eso es lo que resisten mis brazos, estirados a mis costados, antes de rodearle la cintura y corresponder a su abrazo.

Cierro los ojos apretando los párpados hasta ver lucecitas. Joder... Ya sé que no podemos, ni debemos, pero, mierda... Tenerla así ahora es tan perfecto... Jodido pero perfecto. Es ella la primera en hacer el siguiente movimiento, apartando la cara de mi cuello y hablando a escasos centímetros de mi boca.

—Nosotros... Nosotros no nos deseamos... Y no se puede repe... Repetir. ¿Recuerdas? —Entrecierra los ojos y después levanta las cejas, no sé si desafiándome a retractarme de mis palabras o para reforzarlas. Lo único que sí sé es que, de pronto y sin saber muy bien cómo, estamos besándonos de nuevo. Me dejo arrastrar por ella y caigo de lado con nuestras bocas enlazadas; reconozco que no hago nada por evitarlo. Después de un largo y húmedo beso, o más bien varios, nos quedemos así, tumbados y todavía abrazados, con nuestras frentes unidas y respirando el aire que exhala el otro. Estoy tan a gusto que ni me muevo, pero, cuando noto a Laura demasiado laxa y relajada, sí separo nuestros rostros para observarla. Una sonrisa boba se instala en mis labios. Se ha quedado dormida. Totalmente frita.

No sé cuánto tiempo estoy contemplándola. Supongo que el mismo que me lleva darme cuenta de que ha sido mejor así, que no hayamos vuelto a caer en la tentación, sumando una locura más a todas las que esta atracción que no deberíamos sentir ya nos ha hecho cometer.

Y cruzando ya el pasillo en dirección a mi cuarto, hay dos cosas más de las que estoy completamente seguro. Que Laura y yo tenemos que hablar de una vez. Y que yo no puedo volver a tocarla. Por el bien de mi cordura, por el de Laura, a la que no puedo ofrecerle nada más que sexo y, sobre todo, por el de mis hijas y su estabilidad.

Sé que esto no está bien, pero, después de darle muchas vueltas durante toda la noche, he decidido poner toda la carne en el asador y arreglar hoy esta situación de una vez por todas. Así que, armado con una taza de café recién hecho, entro en el cuarto de Laura y cierro la puerta.

Ella está dormida como una bendita, con su cuerpo semidesnudo encima del edredón y una mano escondida bajo la almohada. Su pelo corto le tapa parte del rostro, pero sus labios entreabiertos son totalmente visibles, así como su mentón, cubierto de menos pecas que sus mejillas. Aunque me obligo a no apartar la vista de su cara, es inevitable que esta no baje hasta sus pechos, donde uno de ellos desafía la pequeña prenda, mostrándome parte de su pezón. Aparto rápidamente de ahí los ojos, sintiéndome como el puto pervertido en el que me he convertido, pero lo empeoro cuando caen irremediabilmente sobre su culo, embutido en ese apretado y cortísimo pantalón.

Joder...

Carraspeo cabreado conmigo mismo y ella se remueve un poco en la cama, por lo que repito la acción hasta que sus ojos se abren, clavándose en mí. En un instante está sentada en la cama, con los pies en el suelo. Esa acción tan rápida e inesperada hace que se agarre la cabeza con las dos manos, supongo que sintiendo el típico martilleo de una buena resaca.

—¿Cómo estás?

—¿Qué...? —susurra, pasmada.

—Que cómo te encuentras. Te duele la cabeza, ¿no?

Ella suelta un gruñido a modo de respuesta y luego se mira la mano vendada con los ojos entrecerrados.

—¿Te molesta mucho? —le pregunto, mirando el manchón amarillento en la venda.

—Un poco... —Sus palabras se quedan casi atascadas en su garganta cuando se percata de que está en sujetador—. ¿Qué...?

Nerviosa, se levanta de la cama y corre al armario, de donde saca una camiseta inmensa que se apresura a vestir. Entonces se gira y me fulmina con la vista.

—¿Qué coño haces aquí, Rubio?

—Te traigo el café y...

—¿El café? —resopla—. Sal de mi cuarto. No sé qué quieres, pero...

—Ya te lo he dicho. Te traigo el café —me aproximo a ella y le doy la taza, que coge mirándome con desconfianza—, y vamos a hablar.

Pestañea muy rápido y se aleja de mí, sentándose sobre la cama.

—Sal de mi cuarto, Rubio —repite, pero esta vez en tono hastiado.

—No hasta que hablemos. —Decidido a salirme con la mía, ocupo un sitio a su lado.

Se tensa ante mi cercanía y, levantándose, camina hasta la puerta e intenta abrirla.

—Mierda. ¿Por qué no se abre? —pregunta, más sorprendida que otra cosa.

Le enseño la llave que tengo en mi mano y entrecierra los ojos en una mirada asesina.

—Vamos a hablar —insisto. Y con la suficiente seriedad como para que se lo tome en serio.

Con lo que no cuento es con que deje la taza sobre el escritorio y eche a correr hacia donde estoy; pero consigo ponerla fuera de su alcance, guardándola dentro de uno de los bolsillos traseros de mi pantalón, pensando que no se atreverá a...

Me empuja por un costado y alcanza la parte de atrás de mi pantalón, intentando apropiarse de ella. Joder...

—No lo puedo creer —digo asombrado y poniéndome en pie para escapar de sus manos—. No quieres hablar conmigo, pero no tienes ningún problema en tocarme el culo. No hay quien te entienda.

Ella se pone tiesa como un palo ante mi frase.

—Eres un puto capullo... Y dame la puñetera llave, joder.

—No.

—Voy a gritar. Te lo juro.

—Hazlo. A las niñas les encantará contarlo por ahí —comento.

—¿Y piensas que me importa? Deberías saber que los rumores me resbalan, Rubio.

—Pero no lo que piensen ellas, ¿verdad? Así que no vas a chillar. Las he dejado muy entretenidas viendo la tele, así que vamos a hablar como personas civilizadas y a volver a nuestra rutina. —Me siento en la silla que tiene ante su escritorio y suspiro con cansancio—. Por favor.

Laura se tapa la cara con las manos, niega con la cabeza haciendo que sus rizos se muevan en varias direcciones, pero, finalmente, toma asiento sobre la cama y agarra con la mano sana el edredón hasta formar un puño.

—¿Te duele? —me intereso de nuevo, mirando hacia su mano vendada.

—No. Venga, habla. ¿Qué quieres decirme? Y no me pidas perdón. No es necesario, ¿vale?

—Sí, lo es. Y además, ayer me dejaste cristalinos cada uno de los motivos.

—Ayer me pasé, ¿de acuerdo? —dice en apenas un susurro, con la vista clavada en la puerta, frente a ella.

—Bueno, yo solo oí verdades. O al menos las que tú crees que lo son —expongo con sinceridad, pasándome las manos por el pelo. Porque que quiera quitarme esto de en medio no significa que para mí esté siendo fácil—. Laura... ¿qué fue lo que te molestó tanto?

Gira la cara muy rápido y clava los ojos en los míos.

—¿Que qué...?

—Sí. ¿El qué? Puedo entender que... que, bueno, no estuvo bien... —Me levanto ante lo que acabo de oír de mi propia boca y comienzo a pasearme por el cuarto—. Mierda, no es eso lo que quiero decir. Estuvo bien. Más que bien... Es solo que... Que...

—Que no podemos. No debemos. No se puede repetir —apunta, repitiendo las palabras que pronunció anoche, aunque no sé si será consciente de ello.

La miro y la encuentro observándome con fijeza.

—Sí, eso. Y...

—Y ya está. —Se incorpora y da dos pasos hacia mí, estirando su palma abierta—. Tema resuelto. Dame la llave.

—No. No hemos resuelto una mierda.

—¿Qué más quieres, Rubio? Yo... Yo no sé qué quieres de mí, joder.

Ni yo, maldita sea.

—Es que... no lo entiendo. Sé por qué yo me acosté contigo, Laura. Pero... ¿por qué lo hiciste tú? ¿Por qué estás tan enfadada conmigo? ¿Por haber follado o por mis palabras? Sé que fui cruelmente sincero y poco oportuno. No debí hablarte así. No en ese momento, al menos. Pero estarás de acuerdo conmigo en que lo mejor es olvidarlo. El sexo entre nosotros solo complicaría las cosas, ¿no crees? —Me río sin ganas y me rasco la frente—. Joder, de hecho, una sola vez ya lo ha hecho.

Laura baja la cabeza y se muerde el labio inferior.

—Tienes razón. Toda la razón. Lo siento —dice muy bajito—. Es solo que... que...

—¿Qué? Dímelo, por favor.

Ella aprieta muy fuerte los párpados y suelta un suspiro.

—La verdad es que estaba más enfadada conmigo misma que contigo, ¿vale? —confiesa sin mirarme—. Aunque tus frases después de... Bueno, no me sentaron bien. ¿Qué quieres? Soy así de estúpida. Y ahora ya está. —Mueve su mano abierta delante de mí—. Tema zanjado. ¿Me das la llave?

—Solo una última cosa. ¿Por qué conmigo?

Abre los ojos como platos y un maravilloso rubor le cubre las mejillas al entender perfectamente de lo que hablo.

—Y no me digas eso de que ya era hora —añado.

—No sé... —contesta, después de casi un minuto en el que juraría que no sabe dónde meterse—. Joder... —Se vuelve a tapar la cara con las manos, pero aun así oigo lo que dice—. ¿Qué más te da por qué? Pasó y listo.

—Laura... Dios... —Resoplo y continuo agarrándole los antebrazos—. Si te presioné, o algo parecido, dímelo, por favor... Pero, joder, creo que no fue el caso. Que tú también querías. Sin embargo, no puedo quitarme de la cabeza que tienes veinticinco años, eras virgen y yo...

—Ay, por Dios... —masculla, sacudiendo la cabeza.

Le quito las manos de la cara porque necesito que me mire, pero no se las suelto, sujetándoselas entre las mías.

—¿Cómo... cómo es posible? —cuestiono. Y es más que curiosidad, joder. Es... Es una necesidad casi enfermiza por saberlo. Porque sé que entre nosotros hay una poderosa atracción,

pero esa noche un pensamiento desastroso se filtró en mi cabeza y desde entonces sigue dando vueltas en ella.

—Joder, tampoco es tan raro.

Arqueo una ceja y la miro, escéptico.

—Bueno... No se dieron las circunstancias —prosigue nerviosa—. Yo qué sé...

—¿Y conmigo sí? Jesús, Laura... Mira, yo no soy ni podré ser el hombre de tu vida. Somos cuñados, joder —le suelto sin pensar, con la convicción de que el único motivo de que no se hubiese acostado con nadie es porque seguía esperando al príncipe azul. Y yo no lo soy.

Andando hacia atrás, se desprende de mi sujeción y me mira con absoluta rabia.

—Te lo tienes muy creído, ¿no? —me espeta—. ¿Quieres saber por qué? Porque tú parecías bastante empeñado, porque no estás nada mal y porque estaba hasta el puto moño de no saber lo que era echar un polvo. ¿Estás contento ahora? ¿Era eso lo que querías oír?

No. Sí. ¡Qué hostias sé! ¿Y por qué tengo la sospecha de que solo está soltando un fajo de mentiras?

—Yo... Solo... Lo que te dije aquel día era verdad. No quiero hacerte daño, Laura. Nunca fue mi intención. Y... Y me dejaste descolocado, joder.

—No te preocupes, Rubio. No fue para tanto. —Chasquea la lengua y continúa casi con aburrimiento—. Estaba un poco harta de esta virginidad, ¿sabes? Gracias por el favor. Ahora ya no me dará tanta vergüenza salir a follarme a otros. —Mueve los dedos y acaba silabeando cada palabra—. Y ahora dame la puta llave.

No lo hago. Soy yo el que abre la puerta con ella y sale de la habitación para meterme en la mía. Me dejo caer en la cama todavía alucinado por sus palabras. Y también por lo mucho que me ha molestado imaginarla con otros, como ha tenido los santos cojones de informarme. Pero sobre todo, con la sensación de que no hemos aclarado una puta mierda.

Todavía sigo sentado en el mismo sitio cuando pocos minutos después ella aparece en mi puerta, luciendo otra camiseta y una pequeña mochila al hombro.

—Ah, por cierto —me dice con cierta chulería—, recuerdos de Aída.

Laura

No puedo creer que acabemos de tener esta conversación. Ni que yo le haya dicho todo eso. Pero, Dios, el verlo tan convencido de que nunca podrá verme más que como a su cuñada, junto con el hecho de que pudiese sospechar aunque solo fuese una milésima parte de mis sentimientos, me puso cardíaca. Y furiosa.

Al menos me queda que he sido capaz de dormir varias horas, aunque sea a expensas de un dolor de cabeza que me la va a partir en dos. Los recuerdos de ayer por la noche están un poco revueltos en mi mente y los que tengo claros no quiero ni evocarlos. ¿Nos besamos o solo ha sido un sueño? ¿Y nombré a Clara? ¿En relación a qué?

Ahuyento esos pensamientos y, como la cobarde en la que me he convertido, deambulo por el pueblo haciendo tiempo, sin ganas de volver a casa por miedo a que Chema lea en mis ojos la cantidad de embustes que le dije. Una parte de mí sabe que estoy comportándome de una manera absurda, que esta situación no nos hace ningún bien compartiendo casa como lo hacemos y con dos niñas por medio, pero la otra... La otra siente tantas cosas y tan distintas en su presencia que necesita aferrarse a la distancia como un medio de supervivencia. Hay veces en que lo odio en la medida que lo quiero, joder... Y eso sin contar con lo que me aborrezco a mí misma.

Confieso que, en ocasiones, trato de analizar este amor, buscando qué es eso que veo en Chema que lo hace distinto a otros hombres. Deseando que sus defectos me desilusionen, me lo arranquen del pecho. Pero nada funciona. Desenamorar no es tan fácil. Y eso ya tendría que saberlo después de tantos años.

Porque puedo enfadarme con él, y mucho, pero luego me quedo prendada en un gesto suyo, en una frase, en una sonrisa. En esa manera tan ridícula de comer, dejando para el final lo que más le gusta. En cómo mira a sus hijas cuando ellas no se dan cuenta. En su perseverancia y seguridad. En su generosidad y esa faceta protectora que suele esconder porque creo que lo abochorna. En ese pronto que lo hace estallar y en cómo se muerde el labio inferior a continuación, ya arrepentido. En su forma de desenvolverse con los demás, quedándose a veces solo mirándolos, como si no necesitase ser el centro de atención.

Aunque, sin él ni siquiera proponérselo, consiga ser el mío.

Cansada de andar durante horas sin un destino fijo, me acerco a la peluquería donde Nela trabaja tras comprobar la hora. Supongo que tampoco le vendrá mal un poco de compañía, sobre todo mientras Colás no da señales de vida. Que esa es otra. Como no lo haga pronto, yo misma voy a decirle cuatro cositas a ese idiota.

En cuanto sale, a eso de las cinco, nos dirigimos al bar de Paco, donde nos pedimos unos bocatas que ninguna de las dos es capaz de terminar. Y, después de un largo paseo en el que no hablamos mucho, acabamos compartiendo el último cigarrillo sentadas en un banco de la plaza.

Me da la risa tonta cuando me lo pasa tras una larga calada.

—Joder... Hemos vuelto a la adolescencia.

—Y que lo digas. —Se ríe ella también—. Yo hasta vuelvo a tener las hormonas revolucionadas. —Y, con las mismas, levanta una mano y saluda a alguien frente a ella.

Es a Nieves, que, acompañada por Angelines, cruza la calle en ese momento.

—No sé cómo puede andar con esa —critico sin ápice de vergüenza.

—Bueno... Por lo visto es bastante maja. —Y ante mi cara, prosigue con una risita—. Según Nieves, oye.

Bufo. Así, toda fina yo.

—Aunque, si te soy sincera... —continúa Nela—, la tenemos de clienta en la peluquería y... es muy simpática y amable. Nada que ver con otras a las que dan ganas de chamuscarles el pelo.

—¿En serio? —pregunto pasmada. Y no por el último comentario—. Siempre ha tenido fama de repelente y... —Me callo cuando Nela menea la cabeza y frunzo el ceño—. ¿Qué?

—A ver... Es así, muy suya ella, vale, pero... Pero lo que es repelente, solo es contigo.

—¿Y por qué, si puede saberse? Yo nunca...

Pero ni siquiera acabo la frase, porque Nela, con la vista por encima de mi hombro, sonrío de una forma tan exagerada que yo también miro en la misma dirección. Bien, ya lo entiendo.

Colás se acerca a nosotras con las manos en los bolsillos y el casco de su moto colgado en un brazo. Se para justo delante y nos saluda levantando apenas la barbilla. Está tan serio como estos últimos meses, pero juraría, o tal vez quiero creer, que los ojos le brillan diferente cuando se dirige a Nela.

—¿Te apetece un paseo?

Ella se muerde el labio inferior y gira la cara hacia mí, supongo que no queriendo dejarme sola, pero muriéndose por irse con él. Sonríe y estiro mis brazos a lo largo del respaldo del banco, en una pose que no es demasiado femenina, lo sé.

—Vete, anda. Yo voy a acercarme a casa de mi padre.

—Pero... —comienza a protestar Nela.

—¿Te acompañamos, Laura? —zanja el asunto Colás.

—Vale, aunque tengo que hacer una paradita para pillar tabaco —acepto, más que nada porque quiero verlos juntos un rato más.

Y tengo que decir que disfruto de cada paso que doy, con el nerviosismo y la esperanza de Nela tan desmedidos que salta más que anda y con la tensión en Colás, que intenta por todos los medios no rozarla, aunque se la come con los ojos.

Lo cierto es que ese recorrido, en el que ni siquiera hemos hablado mucho, es lo más divertido que me ha sucedido en toda la semana. Así que, ya delante del portal de mi antigua casa, me despido de ellos con una sonrisa auténtica.

—Bueno, chicos, gracias. Sed buenos, pero pasadlo bien, ¿vale? —les digo con un guiño antes de darles la espalda, pero no lo suficientemente rápido como para no ver como los dos se ponen colorados y se miran a los ojos durante un fugaz momento, para después dirigir su vista a ningún sitio en concreto.

CAPÍTULO 33

Laura

Le doy un par de vueltas más a la mareada hoja de lechuga antes de llevármela a la boca. Esa ilusión de buen humor con la que entré en casa se ha evaporado como por ensalmo. Y no es la compañía, ni la comida, ni nada de lo que me rodea. Es, en definitiva, lo mismo de siempre: yo misma. Observo con disimulo a mi padre y a Lidia, que charlan con sendas sonrisas en la cara, tan cómplices como enamorados. Pero no consigo contagiarme del amor que hay en el ambiente, sino más bien todo lo contrario.

Todo a mi alrededor parece confabularse para que me dé de cuenta, una vez más, de lo que yo nunca podré tener.

—No tienes demasiado apetito, ¿no?

—No, Lidia. No mucho. —Me muerdo la carne de la mejilla ante la mirada que entrecruzan y sus caras preocupadas, así que me obligo a sonreír y a dar una respuesta un poco más entusiasta—. Ayer salí con Nela y... Bueno... Ahora sufro las consecuencias de una noche loca.

—Sigo sin entender esa manía de tener que excederse con la bebida para pasarlo bien. A ver, Laura... Ya no eres ninguna ingenua adolescente para saber que...

—Ay, por favor, deja el sermón para don Julio —lo corta Lidia con una risita—. ¿Qué tiene de malo que tu joven y guapa hija salga a divertirse y que lo haga como le dé la gana?

Mi padre suelta algo parecido a un gruñido, pero, para mi sorpresa, permanece en silencio, llenándose la boca con un buen trozo de bistec, supongo que para que le sea más fácil mantenerse callado. Disimulo una sonrisa maliciosa y magreo esta vez un tomate, antes de comérmelo.

Ya con el café delante, un ruido espantoso nos hace mirar hacia fuera. De repente y después de un día claro y soleado, la lluvia golpea el tejado del porche con una fuerza descomunal, y el silbido del viento llega a nuestros oídos igual que la banda sonora de una película de terror.

—Dios mío... ¿Y esto?

—Ya se esperaba tormenta para esta noche —explica mi padre sin muestra de asombro—. De hecho, en el cuartel se han suprimido las salidas para el control de alcoholemia que estaban programadas para hoy.

—Pues qué suerte para los borrachos, ¿no?

Mi padre obsequia a Lidia con una mirada asesina durante un instante, pero, después, se ríe con ganas.

—Mira que te fastidia que cuando llueva nos quedemos a buen resguardo, ¿eh? —le dice, guasón.

—Hombre... Al fin y al cabo, cobráis gracias a nuestros impuestos. Y en cualquier otro trabajo, la lluvia no es un impedimento para...

—Vale, vale, fiero, me ha quedado claro —la interrumpe él levantándose, pasándole un brazo por los hombros y dándole un sonoro beso en la mejilla. Y entonces centra su mirada en mí—. ¿Por qué no te quedas a dormir, Laura? Es bastante tarde y fuera... Ya ves cómo está.

—Sí, cielo, quédate —insiste Lidia—. Total, mañana ya comes aquí.

Asiento con la cabeza y me acabo el café de golpe. No es necesario que me convenzan demasiado para hacerlo. Lo cierto es que volver al piso se me hace cuesta arriba, y que esté

diluviando no es el motivo.

—Vale, me quedo. Y si no os importa, subo ya. Estoy algo cansada y...

—Claro, cariño. Sube. Ya sabes dónde está tu cuarto.

—Sí, ese que te han robado tus sobrinas —bromea mi padre, guiñándome un ojo—. Ah, por cierto, ya le mando yo un mensaje a Chema avisándolo de que no vas a volver esta noche.

Sonríó sin ganas y le doy un beso en la mejilla a cada uno antes de subir las escaleras. En la última, clavo la vista en el pasillo que se abre ante mí. Dos puertas a cada lado de él y al frente, la del baño. Avanzo como una anciana hasta el que fue mi dormitorio, la última puerta a la izquierda, pero, al pasar por delante de la primera, me planto frente a ella, observándola como si ese trozo de madera contuviera las respuestas a mi futuro.

Tardo mis buenos minutos en alcanzar el pomo con las manos y otro entero, antes de atreverme a abrir y entrar en el cuarto de mi hermana. Ese en el que no he puesto un pie desde que nos dejó.

Cierro tras de mí y me apoyo en la puerta, observando con detalle cada una de sus cosas, en las que hay implícito un recuerdo de ella, un trocito de sí.

La cama sigue teniendo el edredón azul cielo que ella misma compró. Encima de la mesilla de noche, una foto de Chema y Clara en aquel primer baile del día del Pilar al que fueron juntos. El armario cerrado a cal y canto, presumiblemente lleno de la ropa que no se llevó con ella al casarse y de cajas que contienen retazos de su vida. La cómoda con aquel juego de tocador antiguo que perteneció a mamá y una colonia suya empezada y que el tiempo se encargará de evaporar, pues nadie se atreve a tocarla.

A un lado de la ventana, la estantería que se trajo del que ahora es mi dormitorio en el piso, repleta de sus libros, películas y algún retrato. Al otro, su máquina de coser. Las fotos que allí había no están aquí, sino colgadas en el cuarto de Chema, así como aquel sillón en el que le gustaba acurrucarse a leer, al que también le hizo un sitio en su habitación.

Doy un par de pasos vacilantes hacia delante y el resto, sin ser apenas consciente, hasta que me encuentro delante de unos cuadros en la pared que hacen que se me humedezcan los ojos. En uno de ellos, colocado con esmero en un fondo de terciopelo azul, hay una pequeñísima chaqueta de punto. La chapona con la que Clara salió del hospital. En otro, una poesía en un trozo de papel algo amarillento, con la que ganó un premio en el colegio. Y en el tercero, una foto nuestra. De las dos. Desternillándonos de risa un día de playa y con el agua hasta los tobillos. Yo no debo de tener más de diez años y estoy agarrada a su cintura, empujándola hacia el frío mar, mientras ella tira en sentido contrario y varios mechones claros y lacios escapan de su cola, acariciándole las mejillas.

La descuelgo con inmenso cuidado, como si se tratase de un tesoro que puede deshacerse en mis manos, y, después de tirar la mochila en cualquier parte, me dejo caer sobre la cama sin quitar los ojos de nuestra imagen.

Así fue siempre nuestra vida juntas. Feliz. Maravillosa. Aunque yo siempre tirase de ella hacia el peligro, siempre en dirección opuesta a lo que ella era.

Me acurruco con el pequeño cuadro agarrado al pecho y adopto una posición fetal, ahuyentando mis demonios, que son un runrún constante en mi cabeza. Y, sobre todo, queriendo tenerla cerca, muy cerca. De repente, siento que estar en este dormitorio es el consuelo que necesito. O quizá el castigo merecido, ese que no hallé en toda la semana.

—Laura, cielo, ¿estás aquí?

Unos suaves toques en la puerta interrumpen lo que llevo haciendo desde primera hora de la mañana, después de permanecer durante gran parte de la noche en un estado de duermevela del que, por extraño que parezca, me levanté como si hubiese dormido diez horas del tirón.

Pongo la caja que tengo sobre mis piernas encima de la cama y me peino con los dedos.

—Pasa, Lidia. Estoy aquí.

Ella abre la puerta y se queda apoyada en el umbral, mirándome con una sonrisa triste.

—Supongo que llegó tu momento —comenta, dejándome un poco descolocada, pues no la entiendo a la primera—. El de tu padre fue el año pasado, al día siguiente del aniversario de su... pérdida.

Suspiro con los ojos cerrados ante sus palabras y compongo una sonrisa que solo puede ser triste.

—Sí, supongo —digo con un encogimiento de hombros y recuperando la caja en la que estaba ensimismada antes de su llegada—. Aquí hay un montón de fotos de su época de instituto. Y también algunas de cuando éramos pequeñas.

Ella se acerca, pero me sorprende no sentándose a mi lado, sino abriendo dos puertas del armario.

—Esa estaba dentro de la mesilla de noche, ¿no? Mira, aquí guardadas sí que hay un montón de ellas, todas etiquetadas. Clara era tan ordenada y organizada para todo, ¿verdad?

—Sí, lo era. —Me levanto y observo con afecto aquellas cajas de zapatos, unas más grandes que otras, pero todas forradas con un alegre papel de regalo. «Cosas del cole», «Escritos», «Bisutería y fulares», «Postales, cartas y demás», «Laura»...

Me quedo con la vista congelada en esta última y mis manos vuelan hacia ella.

—Tiene mi nombre —informo algo estúpidamente, como si Lidia no supiera leer—. ¿Qué habrá dentro?

—No lo sé. Ábrela.

La coloco sobre la cama y me arrodillo en el suelo antes de sacar la tapa con una lentitud rara en mí. Creo que tengo miedo, pero no sé si más a ver solo cosas buenas, o a aceptar que en aquel entonces también la decepcioné.

Lo primero que veo encima de todo es una trenza hecha con mi cabello y protegida con papel film. La cojo entre mis dedos y se la enseño a Lidia con una sonrisa sincera.

—Dios, ni la recordaba. Le dije a Clara que me la guardase porque me conocía y sabía que acabaría por perderla. Tenía catorce años y me empeñé en cortarme el pelo a pesar de sus protestas.

—Ella adoraba tu cabello, no me extraña que protestara. —Sonríe también y me coge un par de rizos de la frente, estirándolos con cuidado hacia ella—. En cambio, yo no sabría decirte cómo me gustas más. Este corte de pelo te queda genial. Y ella también lo pensaría.

—Gracias. —Pongo la trenza a un lado y saco unos cuantos folios prendidos con un clip—. Joder, mis notas. Todas. —Las miro de prisa, fijándome en las fechas—. Desde parvulario. No me lo puedo creer.

Lidia solo se ríe dulcemente y me da un beso en la coronilla.

—Voy abajo, cariño. Creo que te vendrá bien hacer esto sola —me dice con ternura—. Pero no tardes en bajar a desayunar, ¿vale?

—Vale.

Pero un par de horas después todavía no he bajado. Y no sé si encontraré las fuerzas para salir de esta habitación en todo el día. Me encuentro observando cada cosa que cae en mis manos con una fascinación absoluta, oliéndolas incluso. Cuando las lágrimas me impidieron la visión, dejé

aparcada por un tiempo la caja con mi nombre y me puse con otras, pero ahora de nuevo estoy con ella.

Tengo en las manos una pequeñísima figura de barro que pretendía ser un unicornio, pero parece un burro cojo y amorfo. Sonríe entre sollozos ante el recuerdo y lo pongo a un lado, para coger un folio escrito con mi letra, que comienzo a leer casi con aprensión.

«Hola, Clara. Me ha dicho papá que estás malita en el hospital. Espero que vengas pronto a casa. Te echo mucho de menos. Y ponte buena, por favor. Tú no puedes irte como mamá, ¿vale? ~~Me lo prometiste. Que nunca ibas a dejarme~~».

Una trémula sonrisa mueve mi boca cuando veo que las dos últimas frases están tachadas y que lo que sigue es tan típico de mí que hasta siento algo de vergüenza.

«Te prohíbo que te mueras, Clara. Te lo prohíbo, ¿me has oído? Ni se te ocurra».

Cierro los ojos y trago con fuerza el nudo que tengo en la garganta. El papel tiembla en mis dedos y acabo sentándome sobre los talones, acongojada ante el recuerdo del miedo que pasé mientras escribía esas líneas. Acababa de cumplir los diez años y a Clara la ingresaron por una apendicitis. Había olvidado ese momento, entre otras vivencias más o menos importantes de mi vida, pero ahora... Ahora me siento como aquella chiquilla, solo que mi hermana sí está muerta.

—Joder, Clara. Yo nunca quise que te pasara esto. ¡Nunca! A pesar de mis sentimientos hacia tu marido, a pesar de lo que ahora haya dejado que suceda entre nosotros. ¡Nunca! Nunca dejé de quererte de esa manera, te lo juro. Aunque no te lo demostrara como te merecías... Aunque no me creas, estés donde estés... Solo perdóname. Perdóname. Perdóname, por favor.

Devastada por tantos recuerdos y sentimientos, me permito llorar como nunca. Mis lágrimas mojan el folio entre mis manos y, dejándolo sobre la cama, aprieto fuerte entre mis puños el edredón, para no dejar salir esos gritos que saturan mi garganta.

No soy consciente de que llaman a la puerta de nuevo, si es que lo han hecho. Solo de unos brazos cálidos rodeándome por detrás y una voz dulce consolándome.

—Llórala, Laura. Eso es bueno, cariño. Y creo que no lo has hecho en condiciones hasta ahora —me susurra Lidia, acariciándome el pelo.

Y eso hago. Llorar. Hasta que me siento vacía. O tal vez hasta que por fin logro desenterrar mi corazón de tanto dolor acumulado.

Clara

—Sigue mirando, sigue mirando —grito sin voz a una Laura desconsolada.

Pero no me oye. Claro que no lo hace. ¿Por qué iba a hacerlo ahora si no lo ha hecho en todo este tiempo que llevo vagando cual espectro?

Aprieto los puños frustrada mientras escucho cada una de las palabras que me dirige después de leer esa carta que me escribió hace tantos años.

—No tengo nada que perdonarte. ¡Nada! —grito aún más fuerte. Con idéntico resultado.

Lidia llega justo en ese momento, para abrazarla y consolarla ante ese llanto que se me hace eterno y que consigue que me sienta totalmente inútil. Pero, en realidad, Laura no se permite llorar lo suficiente, o no todo lo que necesita. Se limpia las lágrimas a manotazos e, inhalando muy fuerte y pestañeando de la misma manera, se apresura a guardar todas las cosas dentro de la caja y la cierra después.

—Ven, cielo. Te vendrá bien tomar algo —sugiere Lidia con cariño un par de veces antes de que mi hermana acepte.

Una vez sola en el cuarto, tomo asiento sobre la cama, resignada. Paso mis dedos sobre la tapa sin llegar a tocarla, pues sé que lo único que conseguiría sería atravesarla. Ya no sirve que algo sea mío, ya no vale incluso si lo deseo con ganas o con la rabia que sentí aquel famoso día en que intentaron contactar conmigo. Ese don se ha esfumado. O quizá me lo han retirado por inepta.

—¿Por qué no me permites darle una pequeña pista? —cuestiono mirando hacia el techo, sin realmente esperar ningún tipo de contestación.

Por la cara que Laura ha puesto al encontrar esa carta, sé que no se acordaba de ella. Pero yo sí. Con exactitud. Como de cada una de las cosas que en su día metí ahí. Y quizá peque de optimista, o de ingenua, pero puede que si vea lo que quiero mostrarle... Si pudiera transmitirle ese pequeño mensaje y ella abriera lo suficiente la mente... Tal vez así dejaría de tener ese concepto sobre sí misma por haber cometido la que cree la mayor equivocación de su vida. Enamorarse de Chema. De mi marido. ¡Como si una pudiese elegir de quién se enamora! Sus sentimientos son tan puros y genuinos como los que yo pude tener por él, solo que, a diferencia de ella, yo sí tuve la suerte de poder disfrutar de su amor durante un tiempo, corto, sí, pero infinitamente feliz.

Ella, en cambio..., solo ha conocido del amor el desencanto. La angustia de no verse correspondida y, en su caso, incluso de no querer serlo, porque eso me haría a mí un daño difícil de reparar. Y ahora que podría luchar por ese amor... Ahora sigue temiendo herirme. ¡Qué equivocada está!

Sí, sé que se han acostado. Y que conste que no fui testigo de ello, pues, cuando las cosas se pusieron... calientes, les concedí la intimidad que se merecían. Pero sé que lo hicieron y también fui testigo de sus actitudes después de ello.

Laura está equivocada al pensar que me traicionó de alguna forma. Y Chema... Ese hombre se ha vuelto idiota de repente o algo parecido. ¿Cómo se le ocurrió decirle todo aquello y en aquel momento? Supongo que él también estará confundido y un tanto abrumado por lo que mi hermana le hace sentir, pero ser un canalla sin sentimientos no tiene ninguna excusa. Al menos, intentó arreglarlo después, aunque creo que solo acabó de hundir el dedo en la llaga ayer, acercándose demasiado a una verdad que Laura se guarda muy adentro.

Suspiro y entrelazo las manos en mi regazo. Creo que va siendo hora de que me haga a la idea de que no está en mis manos ayudarlos. Lo poco que he hecho hasta ahora solo ha servido para

turbarlos más.

—Entonces... ¿Por qué estoy aquí? ¿Cuál es mi función? Ya sé quiénes son esas almas confundidas, pero no me das ningún arma para ayudarlos. Mamá, he fallado, he...

No he acabado de pronunciar la última palabra cuando algo a lo lejos, alterando de una manera mágica el tamaño de la habitación, consigue aturdirme y maravillarme a partes iguales. El túnel... Un túnel de luz que se abre ante mí y me da una bienvenida que no sé si estoy preparada para recibir.

Cierro los ojos y mi mente evoca una conversación con mi madre como si se estuviese produciendo ahora mismo. Una de las muchas que había olvidado.

—Mamá, cuando acabe mi... misión, por llamarla de alguna forma, ¿voy a volver aquí? —le pregunto observando con detalle aquella enormidad blanca y diáfana que me rodea.

—No, cariño. A pocos se les permite la entrada aquí, pero, de ellos, los que deciden irse para intentar arreglar ciertos asuntos no pueden regresar. A esto es a lo que tienes que renunciar si eliges darle un empujoncito al destino.

—Pero entonces... no lo entiendo. Si esto se supone que es el... —Mi garganta no es capaz de pronunciar la palabra, todavía un poco incrédula y pasmada ante lo que estoy viviendo—. Entonces... ¿Adónde iré?

—Al lugar de donde procedes. Volverás a la vida, como una persona normal. Lo que se conoce como reencarnación.

—Oh... —Sorprendida, abro la boca, pero soy incapaz de emitir más que una sílaba que ha sonado casi como un gemido. Volver a nacer, a crecer, a vivir. Como alguien diferente. Es la primera vez que siento algo similar al miedo desde que he entrado aquí. Y mi madre parece leerme el pensamiento.

—Sí, lo sé, cariño, produce un poco de pavor. Pero te prometo que será una buena vida. Tú no te mereces otra cosa.

—Pero... Pero... —Las dudas son tantas que ni encuentro las palabras—. Las niñas... Chema, Laura... ¿Podré verlos de nuevo? Pero... Dios mío, serán muy mayores cuando...

—Eh, eh, mi niña... Calma. —Y el milagro se produce. Un manto de serenidad me cubre entera antes de que mi madre vuelva a hablar—. Otra vida, Clara. Probablemente en otro lugar, tal vez incluso demasiado lejos para que os encontréis. Una nueva vida en la que tendrás nuevas experiencias, otra familia, otro nombre... Cariño, ni los recordarás —explica con una sonrisa triste—. Y eso aunque volvieras a nacer en El Pilar.

—¿No los recordaré? ¿Nunca? ¿Será como si...?

—Sí, será justo como estás pensando. Como si nunca hubiesen formado parte de ti. —Entonces frunce el ceño pensativa y mueve la cabeza como si ordenase sus pensamientos—. A ver... Hay casos...

—¿Casos? ¿Qué...?

—Hay personas especiales que... Que llegan a evocar recuerdos de su pasado, pero... Pero no es lo usual. —Niega con la cabeza y luego sonrío—. ¿Sabes los déjà vu que todos experimentamos en ocasiones? —Y tras mi asentimiento, continúa—. Pues sí, eso es un suceso ya vivido, como casi todo el mundo piensa.

—De acuerdo, eso lo entiendo. Pero háblame de esas personas especiales, por favor.

Ella parece indecisa, pero acaba cediendo tras suspirar.

—Esas personas tienen un don, Clara. Pueden recordar su vida anterior con una facilidad pasmosa, pero no es lo normal. Es algo tan atípico como que una pareja tenga una segunda

oportunidad tras la muerte de uno de ellos. Los hay, claro, pero son acontecimientos muy muy aislados. Los dos. Regalos que Él concede o caprichos del mismo destino. Así que, por favor, no te aferres a esa idea, cariño. Solo quiero que en esa nueva vida que se te concede vivas. Solo eso.

Vivir. Otra vida. Sin recuerdos. En realidad, aunque resulta sobrecogedor, también parece tan fácil que asusta.

—Es todo tan raro... Existe esto —abarco con mis manos todo lo que me rodea—, la reencarnación... ¿Y el infierno? ¿Existe el infierno?

—El infierno no es otra cosa más que la vida misma, cielo. En ningún sitio se sufre tanto como ahí abajo, aunque, por suerte, muchas personas alcanzan la felicidad la mayoría del tiempo. Pero aun así, ¿cómo crees que se siente ahora mismo tu familia, hija? En el mismo infierno. Sé que es duro oírlo, pero es la verdad. No hay nada peor que la vida como castigo, por eso Él extinguió el infierno que todos imaginamos hace muchísimos años. Ahora no es más que una leyenda... Una metáfora.

—¿Pero eso es injusto! Me estás diciendo que todos tienen las mismas oportunidades, sean o no buenas personas.

—No, eso tampoco es así. ¿Qué hay peor que una vida gris, dolorosa, cruel o vacía? ¿Qué hay peor que eso? Los asesinos, violadores, corruptos o un sinfín de personas que se han ganado el castigo volverán a vivir una existencia horrible. Una que será peor que cualquier infierno, aunque por suerte para ellos no será eternamente.

—¿Y tienen alguna posibilidad de enmendarse? —cuestiono comenzando a comprender el verdadero significado de todo esto.

—Sí, y algunos hasta lo logran. Pero seamos realistas, normalmente no sucede. A su manera, esas personas también son necesarias. Es el equilibrio entre el bien y el mal. Él nos da la oportunidad de construir nuestra felicidad, pero las herramientas que usamos ya es cosa nuestra.

Me quedo pensativa durante mucho tiempo. Y tengo que reconocer que, a pesar de todo lo oído, lo que más me asombra es ser incapaz de sentir ningún tipo de dolor o angustia al pensar en mi familia. En lo que estará pasando. En que no volveré a estar con ella. Es extraño, pero también un alivio tan grande que no me queda otra que agradecer «no sentir».

—¿Y el túnel ese de luz? Supongo que se trata de otra leyenda, ¿no, mamá?

Ella se ríe con dulzura.

—No, cielo. Ese existe. Es el camino al útero que te llevará de nuevo a la vida. Pero no te preocupes. Se te concederá tiempo para asimilar que tienes que dejar a los tuyos y emprender un largo camino. Es más, cuando esa cálida luz te acompañe, será cuando más fuerte seas.

Me despierto de ese recuerdo como en trance. El fulgor de la puerta a mi futuro destino parece acercarse por momentos, aunque solo es una ilusión óptica, como puedo comprobar tras mucho tiempo mirándolo. Sigue ahí, a cierta distancia, pero latiendo, esperando paciente, poseedor de vida propia.

Vuelvo mis ojos hacia la caja, deseando de corazón poder abrirla y entonces... Como por arte de magia, la tapa se desplaza muy poco a poco y cae del otro lado. Pestañeo incrédula a la vez que una gran sonrisa se hace casi permanente en mi cara. Y, esperando que eso no haya sido un hecho aislado, pido otro deseo, que algo en concreto salga de ella. Una ráfaga de viento mueve los papeles dentro de la caja y consigue sacar uno, meciéndolo como una hoja arrastrada en otoño hasta que desaparece en el interior de la mochila de mi hermana.

Suspiro encantada y, de improviso y después de mucho tiempo, me sumerjo en la nada.

Chema

Dejo a las niñas en casa de mi madre unas horas antes de comer y me encamino hacia el cementerio. La visita asidua de todos los domingos tuvo una excepción el anterior, cuando preferí rumiar mi estupidez y aliviar mi resaca tirado en el sofá. Eso supongo que no me hace peor marido que el haberme acostado con mi cuñada, pero sí eché en falta a lo largo de la semana este ritual. El plantarme delante del immaculado y blanco mármol y confesarle todas mis inquietudes a la que fue y será la mujer de mi vida.

Retiro las dos rosas blancas ya algo mustias del pequeño violetero y coloco las frescas que traigo envueltas en papel. Saco de la pequeña bolsa una bayeta doblada y limpio el polvo de la lisa piedra tras la que está su cuerpo. Luego la paso también por su foto, dentro de un marco de nácar que Lidia ha comprado para ella. Dando un paso atrás, busco en mis bolsillos un mechero y, tras retirar la gastada vela, pongo en su lugar una nueva que me apresuro a encender.

—Mierda —susurro ante el sexto o séptimo intento de lograr una miserable llama. Vuelvo a intentarlo con ganas, logrando que esta vez el mecanismo del mechero salga disparado hacia el suelo—. Joder...

Rebusco en mis bolsillos de nuevo, a ver si por una casualidad tengo otro en mi poder, pero sabiendo de antemano que no es así. Cuando ya he metido la mano en varias ocasiones en cada uno de ellos, dejo caer los brazos a los costados y resoplo cabreado. El no encender esa puta vela se ha convertido en algo importante para mí, aunque suene estúpido. Quizá lo veo como el último fallo a Clara. Y me temo que ya han sido bastantes.

Dejando escapar un suspiro, me quedo mirando su retrato durante mucho rato antes de decidirme a abrir la boca.

—Mi vida... Mi ángel... —Cierro los ojos ante el recuerdo de todo lo sucedido desde la última vez que le hablé. Por primera vez me siento verdaderamente culpable de haber traicionado mi promesa de fidelidad. Y también más avergonzado que nunca ante mi comportamiento.

Respiro hondo y paso los pulgares por sus mejillas, apenas rozándola, pues el frío del cristal me hace saber una vez más lo que nunca voy a tener. A ella, su calidez, su dulce sonrisa y su limpia mirada.

—Lo siento. Siento haberte traicionado. Siento haber sido débil y... —Mis párpados caen solos ante mis palabras, no queriendo mirarla a la cara cuando sé que no estoy siendo del todo sincero—. Perdóname. Perdóname por ser solo un hombre confuso y estúpido. Por sentir cosas por otra que no debo sentir. Perdóname por amarte, pero desear a otra. A tu hermana, Jesús...

Me paso una mano por la cara en un gesto frustrado, inhalo muy rápido y me obligo a seguir. Si no puedo ser franco del todo ante la tumba de mi mujer, entonces es que no valgo para nada como persona.

—Por favor, perdóname —se me rompe la voz y trago saliva para poder seguir, ignorando el cosquilleo en mi nariz, que me indica que las lágrimas están próximas—. Perdóname, Clara, por necesitar seguir con mi vida. Por disfrutar de otros besos y de otro cuerpo. Perdón, Clara, por tratar de olvidarte. Aunque sea difícil... Aunque sea imposible.

Doy dos pasos atrás ante la magnitud de lo que acabo de decir sin pensar, sin filtro alguno. Y entonces la primera lágrima moja mi mejilla, mientras aprieto los puños disgustado conmigo mismo, pero me obligo a seguir soltando todo aquello que guardo tan adentro que ni siquiera me había atrevido a confesarme a mí mismo.

—¡Dios, Clara! Necesito saber que lo entiendes. Que me digas que lo que me pasa es normal.

Necesito tu consuelo. Tus consejos... Tu perdón. —Miro a mi alrededor asegurándome de que cuento con total intimidad y apoyo las manos en el saliente del mármol. Continúo hablando con los dientes muy apretados, tan enfadado como hundido—. Si de verdad estás cerca, si no he soñado tu olor, si tu alma no está ahí enterrada contigo, dime que me comprendes. Que me perdonas. Que sabes que nuestro amor está por encima de todo, pero que eres consciente de que yo sigo vivo. ¡Vivo, joder! ¡Y que no me culpas por ello!

La mañana, gris y húmeda después de la tormenta de anoche, acoge mi voz en su inmensidad. Esa que ha comenzado en susurros y que ha acabado casi a gritos.

Dejo caer la frente contra el mármol y resoplo frustrado, negando con la cabeza. ¿Qué coño estoy haciendo? ¿De verdad esperaba que...?

Y entonces un calor exagerado, un ardor confortante pero muy caliente sobre mi espalda, hace que me aparte de la sepultura y mire hacia atrás. El sol luce justo frente a mí en todo su esplendor, de una manera que nunca he visto en mi vida. Incluso puedo ver como irradia sus rayos en torno a él, como en el típico dibujo que hacen los niños.

Un tanto pasmado, observo con atención como el césped parece más verde, se eriza ante la luz. Sé que seguramente esto sea una alucinación fruto del estrés, o de una imaginación desbordante, pero lo cierto es que el día ya no es sombrío, sino luminoso; ya no luce apagado, sino que hasta puedo oír el canto de los pájaros.

Me giro bruscamente y busco con la mirada la foto de Clara, en busca de una respuesta que no puede darme. Parpadeo y no puedo dejar de volver a echar un fugaz vistazo a mi espalda, asegurándome de que el sol sigue en lo alto, alumbrando de esa extraña manera. Y, cuando de nuevo mis ojos se posan en el mármol, mi sorpresa es tanta que tardo unos cuantos segundos en salir de mi estupor. La vela, esa que no tenía con qué encender, desprende la llama más grande que haya visto en mi vida. Una que se mece ante mis ojos, encogiéndose y alargándose a un ritmo constante.

—Jesús... —susurro fascinado y un poco asustado, no lo voy a negar—. Me entiendes...

Un escalofrío sin igual me recorre entero cuando siento lo más parecido a un tímido e invisible beso en mi mejilla. Y juraré siempre que no es otra más que su voz la que susurra un adiós en mi oído antes de que la vela se apague sola.

No sé cuánto tiempo permanezco allí clavado, con los párpados cerrados y casi en trance, intentando notar algo más y, al mismo tiempo, convenciéndome de que todo lo sucedido ha sido real. Solo sé que, al abrir los ojos, oigo a lo lejos a dos señoras hablando entre ellas. La mañana vuelve a ser plomiza, triste como una de invierno. El mundo no ha cambiado..., pero yo sí.

Por primera vez desde que se fue, soy consciente de que debo dejarla marchar. Y eso, a pesar de que duele muchísimo, también me produce una extraña sensación de paz. Un pequeño alivio lleno de matices. Porque, por mucho que sea capaz de corresponderle ese adiós, sé que nunca la voy a olvidar, o a quererla menos. De hecho, que eso suceda lo veo imposible.

Me acerco una vez más a su retrato y paso el pulgar por sus labios.

—Porque nunca nadie podrá ocupar tu lugar, cariño —aseguro llevándome una mano al pecho—. Eso sí te lo prometo.

CAPÍTULO 34

Laura

—No quiero ser la típica pesada, pero... ¿no estás fumando mucho?

—Bueno, sí. —Apago el pitillo todavía a medias y alejo de mí el cenicero con una buena cantidad de colillas para el poco tiempo que llevamos aquí sentadas.

—¿Estás mejor, Laura? ¿Te preparo otro café? ¿O prefieres ahora un té? —me pregunta Lidia con las manos rodeando el suyo, mientras el contenido de una olla se cocina a fuego lento cerca de nosotras.

—No, gracias. Estoy bien. En serio. Han sido... muchas cosas. Muchos recuerdos.

—Y como te dije, no la habías llorado a conciencia. Si me permites, creo que aún no lo has hecho.

—Quizá... —Agacho la cabeza y jugueteo con mi taza vacía sobre la mesa. Lo cierto es que ella tiene razón, debería llorar este dolor. Pero, si no me lo permito, es porque hay una emoción superior incluso: el rencor... Hacia mí misma.

—Bueno, dejemos de rememorar cosas tristes. ¿Qué tal las niñas? Esta semana, entre unas cosas y otras, no las hemos visto.

—Muy bien. Como siempre. Llora, encantada de que en breve se acabe el cole y Marta refunfuñando por ello. Ya sabes, en su línea —respondo, obligándome a sonreír.

Ella se ríe y da un pequeño sorbo a su té.

—¿Y Rubio? ¿Qué tal el fin de semana pasado? ¿Lo pasó bien?

Me atraganto con mi propia saliva, pero, tras toser un par de veces, fuerzo una pequeña mueca que intento pasar por sonrisa.

—Sí, bien, creo. Tampoco habló mucho sobre ello...

—Bueno, yo me alegro de que, al menos, se haya animado a salir. Después de casi dos años, se merece un poco de diversión con los amigos, ¿no?

—Sí, claro.

—Nadie ha querido más a su mujer de lo que él ha querido a Clara, pero la vida sigue y es muy joven para no rehacer la suya. Y ahí entra algo más que sus hijas y su trabajo.

—Sí, es verdad. —Trago saliva y aparto la vista de sus ojos.

—Eso sin contar que aquí, entre tú y yo, a Rubio no le faltarán candidatas. Es un chico guapo, simpático, trabajador y honesto. No sería justo que no volviese a encontrar a alguien que...

—Ya. Ya lo sé —la corto, no queriendo oír el resto de la frase.

—¿Te molestaría? —Arquea las cejas en mi dirección y me observa con tanta atención que me pone nerviosa.

—¿Qué...? ¿Qué?

—Que rehiciera su vida, que...

—No. Para nada —respondo, quizá demasiado rápido.

—¿De verdad? —pregunta con suspicacia, o quizá comienzo a estar paranoica y solo sean cosas mías.

—Claro. ¿Por qué me iba a molestar?

—No sé. Quizá sean imaginaciones mías, pero no parecen haberte sentado demasiado bien mis

palabras.

—No, no es eso. Es solo que parecías un anuncio de esos *online* para encontrarle pareja — bromeo, o al menos lo intento con ganas.

Ella sonrío maliciosamente y se muerde la carne de la mejilla antes de hacer su siguiente comentario.

—Bueno, no he dicho nada falso. Cosa que seguro que hay de sobra en ese tipo de anuncios.

—Ya.

—¿A ti no te parece guapo? ¿Y encantador?

Carraspeo y me llevo a la boca la taza que tengo delante, olvidando por un momento que hace tiempo que no contiene nada.

—Está vacía. —Se ríe ella—. ¿Te la lleno?

—Sí, por favor —contesto, solo con la intención de que se olvide del tema anterior.

Ella se levanta, remueve con una cuchara el contenido de la tartera y se acerca a mí con la cafetera en la mano.

—Es guapo —apunta mientras me rellena la taza—. Y encantador. Puedes reconocerlo, no voy a pensar nada raro.

—¿Y qué habrías de pensar? —le pregunto, a la defensiva. Y al instante me arrepiento de hacerlo. Joder, estoy fortaleciendo sus sospechas, si es que las tiene.

—Yo, nada. Pero tú sí parece suponer que voy a creer algo distinto a que solo sois dos cuñados que viven juntos por las circunstancias. Aunque, bueno, supongo que los rumores que siguen corriendo por el pueblo te hacen estar un poco de uñas, normal...

Suspiro agradecida por la salida que me ha puesto en bandeja y hasta consigo sonreír sin parecer un muñeco de cera.

—Pues sí. Es eso, Lidia. Estoy un poco cansada de que todo el mundo...

No acabo la frase. Más que nada porque eso que todo Dios cree ha resultado ser cierto. Y es la primera vez que caigo en ello, mortificándome un poco más. No es que me importen los putos chismes que circulan por ahí, pero también es verdad que me hace rechinar los dientes tener que darles la razón a estos pueblerinos cotillas.

—Bah, ni caso. El tiempo pone todo en su lugar —declara todavía de pie, con la cafetera en la mano.

Genial. Entre nosotros no va a volver a pasar nada, así que imagino que seguiré ocupando mi sitio por siempre jamás. El de cuñada.

—Tómame el café tranquila, ¿vale? Yo voy a ponerme a pelar unas patatas.

—Espera, te ayudo.

—De eso nada. Bébetelo el café y luego sube a descansar. O date una ducha... Lo que te apetezca.

—Pero no me importa...

—Que no. En serio, puedo sola.

—Dios, eres como Clara. Ella tampoco soportaba a nadie a su alrededor cuando cocinaba.

—Sí, es verdad. Me lo tiene comentado Abel. —Se ríe—. Aunque también que ella lo hacía mejor que yo. Menos mal que no lo conquisté por el estómago...

—No exageres. Lo haces genial y...

—Y me conquistaste apuntando directamente a un órgano un pelín más arriba y a la izquierda —me interrumpe mi padre, entrando en la cocina y con los ojos clavados en su novia.

—Bueno... Y algún otro un poco más aba... —Mi padre le planta un beso en toda la boca, haciéndola callar, pero yo no puedo evitar sonreír divertida ante lo que ella iba a decir.

—Y sí. Clara cocinaba mejor, Laura. No tienes por qué mentirle a esta mujer.

—¡Papá! —lo reprendo asombrada. Y luego la bruta de la familia soy yo...

—Tu padre peca de sincero, Laura. Uff, no sé a quién habrás salido... —Se ríe Lidia, para nada ofendida—. Pero es un defecto que me encanta, porque así no le queda otra que valorar lo que sí hago estupendamente.

Él sonrío pícaro y le da un cachete cariñoso antes de sentarse a la mesa. Y yo hago rodar los ojos. Si unos años atrás me hubieran dicho que iba a ser testigo de una escena así con mi padre como protagonista, no lo habría creído. Y no es que me incomode, ni mucho menos, solo es que la felicidad ajena no se lleva demasiado bien con la desgracia propia, supongo. Eso, o simplemente que soy una puñetera envidiosa. Lo que me hace sentir todavía peor.

—Bueno, Lidia, si no me necesitas... —digo poniéndome en pie—. Creo que voy a subir un rato arriba.

—Claro, cariño, sube. ¿Vas a acostarte un poco?

—No. Voy a seguir con algunas cajas.

Ella me mira con preocupación.

—¿Estás segura, Laura? Quizá deberías...

—No, de verdad, estoy bien. Quiero hacerlo.

—Vale. Pues, ya que estás tan decidida, te recomiendo que mires la que lleva su nombre. Tu padre y yo nos llevamos una inmensa sorpresa con lo que hay allí. Sabíamos que escribía, pero no que lo hiciera tan bien. ¿Verdad, Abel?

—Sí... —Mi padre clava los ojos en la mesa y frunce los labios—. Me habría gustado poder decírselo cuando aún... —Alza los ojos hacia mí y yo asiento, entendiéndolo a la perfección.

—No pasa nada, papá. Creo que ninguno de nosotros le dio la importancia que merecía su afición. Pero ella tampoco nos lo ponía fácil, ¿eh? Le daba tanta vergüenza el simple hecho de que la encontrásemos escribiendo... ¿Te acuerdas? Creo que no era ni consciente de lo buena que era, y además... Bueno, nos conocía demasiado. Sabía que nosotros siempre hemos sido más de tele.

Logro arrancarle con eso una sonrisa, aunque sea triste.

—Sí. Era tan reservada y tan... modesta. ¿Sabes? Tengo que confesarte una cosa. Siempre he creído que ella era la hija fácil, esa que no daba problemas y que no protestaba... Pero también es cierto que, por culpa de ese carácter dócil y tímido, nunca llegué a conocerla del todo, cosa que me da mucha rabia. Tú, en cambio...

—Yo sí que te di caña, ¿no?

—Bah, tampoco fuiste tan mala. Solo algo... espontánea y revoltosa de más, digamos. Pero tienes algo inmensamente bueno y que tardé en valorar, Laura.

—Vaya, ¿y qué es?

—Que nunca ocultas lo que eres, Laura. Ni lo que sientes... No te escondes ni te callas. Contigo siempre sabemos a qué atenernos, ¿verdad? Nos dejas conocerte del todo.

Asiento porque no sé qué otra cosa hacer. Me acerco y le doy un beso en la mejilla, porque irme sin más no me parece correcto después de que me diga algo tan bonito y que sé lo que le ha costado. Pero luego huyo escaleras arriba. Porque sus palabras me han producido más pavor que otra cosa. Porque, en el fondo, yo no soy esa que mi padre cree conocer. Escondo algo demasiado vergonzoso, algo que sí me callo y siempre lo haré.

Clara

—A dormir, ¿vale? Que mañana hay cole.

—Que sí, papá —responde una malhumorada Marta, que no quería acostarse todavía.

—Yo no quiero dormir sin que llegue ma... Mina a darme un beso —protesta Llara. Y no me pasa desapercibido que por poco la llama mamá, cosa que Chema decide ignorar, como siempre que sucede algo así. Sé por qué lo hace, o creo saberlo, pero, si él supiese el orgullo que me causa que mi hermana haya sabido ganarse el amor y el respeto de mis hijas hasta ese punto, cambiaría de opinión al respecto.

—Mina aún va a tardar un rato. Así que a dormir. Y os prometo que mañana por la mañana desayunaremos todos juntos, ¿de acuerdo?

—¿No tienes que trabajar? —se interesa Marta.

—Sí, cariño. Pero iré algo más tarde. Venga, ojitos cerrados.

Sin alargar más la cosa, Chema se mueve de una cama a otra para arroparlas de nuevo y besarlas antes de salir del cuarto y entornar la puerta tras él.

Yo espero pacientemente a que se queden dormidas para acercarme a ellas. Me dedico a observarlas, queriendo llevarme grabados sus rostros; incluso cada una de esas imperfecciones que solo las hacen más maravillosas a mis ojos. Hoy podré tocarlas por última vez, hablarles, besarlas... Aunque ellas no se den ni cuenta. Pero yo necesito hacerlo antes de que esa tentadora luz me lleve con ella. Algo que yo también comienzo a necesitar más cada segundo que pasa. Preciso partir, sumergirme en esa calidez que tira de mí y encontrar de nuevo mi lugar en el mundo.

Se agotó mi tiempo y las últimas señales ya están lanzadas. Ahora todo depende de ellos. Ahora solo es cuestión de tiempo que triunfe el amor. Solo espero que sea más temprano que tarde, porque todavía tengo clavadas en el alma las palabras que Chema me dijo como despedida. Está tan equivocado... Tanto... Yo no soy la mujer de su vida. Tan solo fui un CAPÍTULO en ella, importante y necesario para su trama, sí, pero nunca su desenlace, ni mucho menos su final. Tal vez el nexa, la manera o la excusa para conocer y alcanzar ese destino donde sí encontrará su verdadero amor. Ese que tiene al alcance de la mano y que ya lo ha esperado más que suficiente.

Ojalá pudiera habérselo dejado más claro, pero mi tiempo en aquel cementerio, en donde aparecí de repente, estaba limitado. Y mis facultades también. Por eso espero que haya comprendido algo de lo que quise mostrarle transformando un día gris en uno soleado. Prendiendo una llama como símbolo de la nueva vida que se merece. Fueron las únicas metáforas que se me ocurrieron. Siempre tan poética yo...

—Y gracias por ayudarme un poco —le digo con una sonrisa al de más arriba.

Cuando a mis oídos llegan las respiraciones acompasadas de mis niñas, doy los pasos que nos separan y me subo a la cama de Marta. Está dormida como un tronco, boca abajo, con la cara casi sepultada en la almohada. Sonríe con dulzura y le acaricio el pelo. Tal como esperaba, mis manos sienten su tacto, mientras su aroma me inunda de ternura.

«Dios mío, gracias también por esto. Gracias por dejarme despedirme de ellas».

—Cariño... Eres tan bonita. Vosotras sois lo mejor que tu padre y yo hemos hecho juntos, que nunca se os olvide —susurro. Hago una pequeña pausa para encontrar las palabras exactas, unas que no recordarán, pero que yo preciso decirles—. Sé que vas a ser una gran mujer. Has nacido con un don enorme para ello. Pero no quiero que tu inteligencia te impida sentir, ¿de acuerdo? No intentes analizarlo todo, estudiarlo, entenderlo... Hay cosas en esta vida que solo se deben sentir.

Que solo se tienen que vivir. Esa es la única manera de ser feliz, princesa. Y yo quiero que seas feliz. Muy feliz. También quiero pedirte que se lo pongas un poco más fácil a tu tía, ¿de acuerdo? Ya sé que ella a veces es un poco despistada y eso... Pero tienes que comprender que ser mamá es nuevo para ella y, aun así, está poniendo en ello todo su corazón. Quiérela, cariño. Ella se lo merece. No tengas miedo a hacerlo, nunca te defraudará. Nunca lo hará, porque ella os adora, tanto como papá o yo. Y cuídamelo a él, ¿vale? Dile que lo quieres más a menudo... Por todas esas veces que yo dejé de hacerlo.

Pierdo la cuenta del tiempo que estoy acostada a su lado. Acaricio con delicadeza su cuerpo menudo, me embriago con su olor y memorizo cada una de sus facciones. Debería estar rota al saber que no voy a volver a verla y una parte de mí quizá lo está. La que últimamente se ha humanizado un poco. Pero, por suerte para mí, sigue cubriéndome esa coraza que repele el dolor, por lo que es una despedida agrisada, necesaria, pero casi terapéutica.

Me levanto y me escabullo hasta la cama de abajo, donde vuelvo a tenderme al lado de mi pequeñita. Mi tomatito... Mi bebé.

—Preciosa... Una muñequita. Eso eres. —Acaricio sus rizos y jugueteo con ellos, estirándolos para observar como vuelven a enroscarse por sí solos. No recuerdo las veces que hice esto mismo con ella en mi regazo, o viéndola dormir, como ahora. Pero fuesen las que fuesen, nunca me parecerán las suficientes—. No pierdas tu dulzura, cariño. No dejes que nadie te impida ser como eres. Da besos, abrazos, achuchones... Recuérdale a papá esa faceta suya que parece haber abandonado un poco. Esa constante necesidad que tenía de acariciarnos, de besarnos... ¿Recuerdas? Si alguien puede devolverle eso que mi marcha le robó, eres tú, tomatito. Tienes tanto amor para dar... Tanto que sé que llamar mamá a Mina es algo que necesitas, más que deseas. Nunca te sientas mal por ello, cariño. A mí me parece genial. Y papá acabará por entenderlo. —Beso su mejilla y la acurruco contra mí. Ella sonríe en sueños, lo que me hace sonreír—. No pierdas tu inocencia, tomatito. No tengas prisa en crecer, para eso ya tenemos a tu hermana, ¿verdad? Ten paciencia con ella, mi amor, ya sabes que es un pelín especial, pero también que te adora. Llora, mi bebé... Sé feliz. Y hazlos felices a todos como solo tú sabes hacer. No pierdas tu esencia, tomatito. No la pierdas nunca.

Y de nuevo, la nada.

Al abrir los ojos, la luz está justo frente a mí, mientras todo lo que me rodea permanece en la más absoluta oscuridad. Avanzo hacia ella, despacio, muy despacio. No es miedo, sino un respeto desmesurado. Es un momento tan sustancial en mi vida, o en mi muerte, que preciso colmarme de esta experiencia con mesura. La calma que me invade es tal que parezco flotar más que nunca.

La trascendencia de este increíble momento se rompe de repente cuando otra luz llama mi atención y soy consciente de algo más que de mí misma.

Sin entender muy bien qué es lo que sucede, me giro en redondo y veo que me encuentro en la habitación de Laura. Y la nueva luz no es otra que la de la lámpara del techo, que ella ha encendido al entrar.

Sonríó divertida. Si hay alguien en este mundo capaz de interrumpir un momento tan solemne como este, es ella. Aunque sea sin querer, como es el caso.

Veo como tira su mochila encima de la cama y abro los ojos como platos a la expectativa de que la abra. Pero ella la ignora, comenzando a desnudarse para ponerse luego una camiseta de esas inmensas que usa a modo de pijama.

Entonces sí, camina de nuevo hasta la cama y agarra la bolsa. Contengo el aliento cuando la veo hurgar dentro, pero, para mi desilusión, solo saca el móvil y se pone a revisarlo. Aprieto los puños.

—Venga, Laura —la apremio.

Y, como si oyera mis súplicas, vuelve a meter la mano en la mochila y se pone a buscar algo en ella que parece no encontrar.

—Bueno... Pero... ¿Dónde coño está el cargador? —se pregunta, exasperada.

Un minuto después y harta de rebuscar, coge el macuto por la parte de abajo y, sin muchos preámbulos, vacía todo su contenido sobre la cama.

—A ver... Juraría que lo metí —dice.

Claro que sí. Ya lo estoy viendo yo desde donde me encuentro. Justo al lado de lo que yo le metí dentro.

—Oh, aquí estás. ¿Y esto? ¿Qué es? —Sorprendida, recoge también la fotografía y se la queda mirando embobada durante tanto tiempo que no sé qué pensar—. Oh, joder. ¡Dios!

—Lee la parte de atrás, cariño. Seguro que recuerdas nuestra conversación de aquel día.

Pero ella no me hace caso. Aparta los ojos de la foto y los clava al frente, en mí, sin saberlo. Muy pálida, abre la boca, pero parece incapaz de decir ninguna palabra. Traga saliva y cierra los ojos un instante antes de volver a intentarlo.

—Yo... no comprendo. ¿Qué? ¿Quién...? ¿Por qué? —balbucea.

—Dale la vuelta, por favor. Dale la vuelta.

Y lo hace. Muy deprisa. Como si de repente hubiese recordado la primera vez que se la enseñé y que insistí en regalársela.

Veo sus ojos recorrer las escasas líneas con rapidez. Y después hacerlo de nuevo. Se deja caer sobre la cama y, con la foto todavía entre sus temblorosas manos, se las lleva a la cara.

—¡Dios mío! ¿Qué...? ¿Qué significa esto?

Sin previo aviso, me siento empujada hacia atrás. Hacia la luz. No dispongo de más tiempo, ha llegado mi momento. Impulsada por el amor más puro e irracional hacia todos los que habitan esta casa, desafío a mi destino una última vez y corro hacia ella.

—Sé feliz —susurro, mientras mi mano toca su mejilla por primera y única vez desde mi muerte. También será la última.

La luz del cuarto se apaga y, al mirar hacia atrás, la que me espera se ha hecho inmensa, cegadora.

—Sé feliz, Laura —grito otra vez con todas mis fuerzas mientras me alejo de ella. Porque esta vez ya no es necesario ni siquiera que camine, solo dejarme arrastrar por esta fuerza desconocida que tira de mí. Por esta energía mágica que me traslada a un mundo de paz.

Laura

Incrédula y maravillada, me llevo la mano a la mejilla. Ha sido un roce suave, delicado como el de una pluma, pero muy real. Y las palabras...

«Sé feliz». ¿En serio acabo de oír eso o estoy volviéndome loca de remate?

Parpadeo muy rápido y me pongo en pie de un salto, mirando a mi alrededor por si se me escapa algo que en principio no puedo ver. Pero no. Todo sigue en su sitio y, sin embargo..., hay algo en el ambiente.

De repente, la bombilla se apaga y...

«Sé feliz, Laura».

Y vuelve a encenderse.

El vello se me eriza y un escalofrío me recorre desde los dedos de los pies hasta el último pelo de mi cabeza.

—Clara... —murmuro, extasiada—. Dios mío, Clara.

Comienzan a temblarme tanto las piernas que me siento sobre la cama para no caer de bruces. Las manos no están mucho mejor, pero, aun así, sujeto con fuerza la fotografía y me empapo de la estampa que hay allí.

Somos Chema y yo bailando. Sí, bailando. Él me tiene agarrada de la cintura y yo coloco mis manos sobre sus hombros. Nos estamos mirando, aunque seguramente eso fuera pura chiripa para Clara, la que nos hizo la foto, porque yo recuerdo haber estado todo ese baile tensa, con la cara escondida en su pecho o mirando hacia cualquier parte salvo a él. De hecho, creo que contesté con monosílabos a todos sus intentos por mantener algún tipo de conversación durante la canción.

Fue en uno de los fines de año que pasé en casa. Mi hermana estaba embarazada de Llara y ese día había vomitado hasta el confeti que se lanzó tras las campanadas. Así que Chema me sacó a bailar, con ganas de fiesta después de haber bebido un poquito de más. Sonríe con nostalgia cuando me acuerdo de que casi me llevó a la pista a rastras, tras mis negativas, mientras Clara lo animaba. Sin desconfiar en ningún instante de las razones por las que yo me negaba.

Unos meses después, durante otra de mis visitas, Clara quiso darme la foto.

—Toma, cariño. Estáis guapísimos, mira.

Sentí un vacío inmenso en el pecho, a la vez que un rechazo inmediato ante aquel retrato.

—No, quédatela tú.

—De eso nada. Es tuya. Hasta te he escrito algo atrás —me informó, divertida.

Cuando leí aquellas palabras, yo también sonreí.

«Para que luego digas que saco unas fotos penosas».

—Es que normalmente lo haces —le dije—. Y lo sabes.

—Sí, es verdad. —Clara se echó a reír—. Pero esta es preciosa, ¿verdad? Hacéis una pareja estupenda, aunque supongo que Chema la haría casi con cualquiera, ¿no crees?

—¡Joder, Clara! Estás encoñada hasta las cejas —me burlé, una de mis muchas bazas para olvidarme de que yo también lo veía tan perfecto como ella.

—Sí, lo estoy. —Soltó una carcajada y luego se quedó mirando la foto muy pensativa—. ¿Sabes qué te digo? Que si llego a faltar, no me gustaría que acabase con cualquiera. Él se merece a alguien...

—No digas tonterías, coño, que...

—Bueno, ya sabes que pienso mucho en la muerte, desde siempre.

—*Ya, lo sé. Pero eso es porque eres tonta. Tú no vas a morirte hasta que seas viejecita y...*

—*Y si ese no es el caso...*

Ni corta ni perezosa, cogió un bolígrafo y escribió en la parte de atrás.

«Si yo no estoy para hacerlo, consigue que sea feliz, Laura».

Yo me quedé patidifusa al leer aquello, pero ella lo remató diciendo.

—*Sé que encontrarás la manera. —Y volvió a entregarme la dichosa foto.*

Recuerdo también que, por mi propia tranquilidad mental, fingí que me la olvidaba en casa de mi padre, donde estábamos pasando aquel extraño día.

Una foto que nunca más vi y que ahora tengo en mis manos, provocándome una sensación difícil de explicar. Por todo lo que acarrea.

Sin buscarlas, se pasean por mi mente las palabras de María. «La muerte de Clara te dejó una puerta abierta con Chema». Y de nuevo me llevo una mano a la mejilla en la que minutos antes he sentido esa pequeña caricia.

«Sé feliz, Laura».

¿De verdad me lo merezco?

CONTINUARÁ...

Muy pronto, *Encuentro de almas 2: por nosotros.*

AGRADECIMIENTOS

Si pensé que escribir la sinopsis de la novela era complicado, esto todavía lo es más. Sobre todo, porque, si me hubieran dicho hace escasos dos años que me vería haciendo esto, no me lo hubiese creído.

Pero para eso está ahí esa gente maravillosa que nos quiere, ¿verdad? Para empujarnos cuando es necesario. Y yo soy afortunada, porque estoy rodeada de mucha; solo espero no dejarme a nadie atrás.

A Montse, mi mejor amiga, que tengo la suerte de que también es mi hermana; a Moncha, que ojalá lo fuera; a Eli, esa *mi niña* que ya es toda una mujer; a Concha, mi tremebunda cuñada; a Ire y Ana, mis primeras e insustituibles sobrinas; a Nati, mi ahijada, que no se parece más a mí porque no puede; a Carmen, que lo dejó todo por mi novela; y a Mónica, mi vecina y gran lectora, a la que considero ya una amiga. A todas, muchas gracias. Por querer leerla, por vuestro tiempo, por comentarla conmigo, algunas incluso por sufrirla más que yo, por oírme hablar de ella durante horas, por los ánimos, por los «para cuándo», por todo. Gracias.

A Óscar y Elena, gracias por ese interés continuo, no sabéis lo que me emociona. A María, porque tú y yo siempre seremos tú y yo.

De verdad, muchas gracias a todos. Es de admirar que nunca me dijerais que estoy como un cencerro por querer hacer esto.

Y gracias, Abril. Por tu paciencia, por tener una respuesta exacta a cada duda, por hacer de mí protagonista mejor persona, por tus «muy bien» y por tus «no tan bien», pero siempre como críticas constructivas. Muchas gracias. Las dos sabemos que esta novela no sería la misma sin tu grandísima profesionalidad por medio.

Pero si hay alguien que se merece un «gracias» inmenso y un párrafo entero, son dos personas sin las que este libro seguiría siendo ese gran secreto guardado en un cajón.

Ángela, mi cuñada, mi amiga, mi lectora cero. La que tiró de mí desde el principio pidiéndome un capítulo más, y otro, y otro. La responsable de que, por fin, fuese capaz de terminar una novela y no se convirtiera en otro cúmulo de folios en una carpeta. Gracias, cielo. Por todas esas horas al teléfono y a horas intempestivas, por hablar de mis protagonistas como si fuesen personas de verdad, por meterte en su piel y en la mía, por llorar, reír y cabrearte con ellos, por tratarlos como yo. Gracias, mil gracias. Ya sabes que ese «Jesús» de Chema va por ti, ¿verdad?

Y tú, cariño. Mi marido. Mi alma gemela, el otro extremo del hilo, mi media naranja. Gracias. Por creer en mí. Por darme mi espacio cuando lo necesito, que ya sé que es muy a menudo. Por leerla aunque no sea tu género favorito, gracias incluso por criticarla cuando lo veías necesario, aunque te gruñera por ello. Por estar ahí, más que alentándome, dándome empujones para que publicara. Gracias, mi amor, por esperar de mí lo que yo ni siquiera espero.

Y a mis tres hijos... Ainss... Cositas. A vosotros, más que un agradecimiento, os tengo que pedir perdón. Un perdón enorme y sentido por todo ese tiempo que me roban mis personajes; por todas esas veces en las que me habláis y estoy en mi mundo. Os quiero, mis vidas.

Y sí, no me olvido, Cande, que ya te estoy oyendo, a las dos mayores también tengo que agradeceros haberme leído. Gracias, preciosas.

Y, por último, muchísimas gracias a ti, que estás leyendo esto. Gracias por apostar por mí y haberme dado una oportunidad. Ojalá lo hayas disfrutado, porque eso es lo único en que consiste escribir y leer. En disfrutar, ¿verdad?

SOBRE LA AUTORA

Me llamo Sonia y solo soy alguien con demasiada imaginación.

Desde siempre me ha gustado leer y escribir. Creo que incluso antes de lo conveniente. Encerrarme con un libro o una libreta y un lápiz en mi cuarto nunca era aburrido. A veces, era el mejor plan.

Yo nunca estaba sola. Ni ahora. Y no hablo de la gente que me rodea, sino de esos personajes de las muchas novelas que leo o esos tan míos que se pasean por mi mente.

En definitiva, soy un pelín bicho raro. Lo sé. Me encantan mi casa, mis libros, mi cafetera, mi cama, mi familia y mis amigos. Odio viajar, mirad si soy difícil de entender.

Con un Grado Superior de Administrativo en un cajón, ni siquiera me gustan los números. Quizá por eso siempre me dediqué a otras cosas. A muchas, en realidad.

Nací, me crié y resido, con mi marido y nuestros tres hijos, en Ribeira, un pueblo en plenas Rías Baixas que todo el mundo debería visitar.

Y, si estáis leyendo esto, gracias. Gracias por hacer un poco más grande este sueño.